CENTRO
DE ESTUDIO
DE HISTORIA MILITAR
FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS DE CUBA

MONCADA: LA ACCION

COLECCION REVOLUCIONARIA
TOMO 2 1953

EDITORA POLITICA/La Habana, 1981

Compilación: 1er Tte. Francisco Ramírez Sánchez
Tte. Nav. Carlos Morejón Cerra
María Dolores Díaz Álvarez
Edición al cuidado de: Eva Pedroso del Campo
Diseño de cubierta: Félix Beltrán
Diseño interior: Juana Galarraga
Corrección: Máximo Salgado, Blanca Zabala y Dunia Ricard
Realización: Nilda Pereira, Belinda Delgado y César O. Arias

F
1787
.5
.A1633
1981
LAL

© Centro de Estudio de Historia Militar
Dirección Política Central de las FAR, 1981

© Sobre la presente edición,
Editora Política, 1981

10207847

EDITORA POLÍTICA
Avenida 41, No. 2202, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba

Prólogo

Con el ataque al cuartel Moncada el 26 de Julio de 1953, se inició para el pueblo cubano la última etapa de su centenaria lucha por la libertad.

El Moncada proyectó su luz en el oscuro panorama de una república mediatizada, cuyos últimos vestigios democráticos fueron destrozados por la camarilla militar que asaltó el poder el 10 de marzo de 1952.

Del Moncada surgió el camino, el movimiento revolucionario, el programa de lucha y el líder de la Revolución.

Así la historia ha dado su justa valoración a los acontecimientos de aquel 26 de Julio; así ha situado en un lugar cimero de nuestro proceso revolucionario el significado histórico de aquel día memorable.

En condiciones increíblemente adversas, Fidel consignó en La historia me absolverá:

"En Oriente se respira todavía el aire de la epopeya gloriosa y, al amanecer, cuando los gallos cantan como clarines que tocan diana llamando a los soldados y el sol se eleva radiante sobre las empinadas montañas, cada día parece que va a ser otra vez el de Yara o el de Baire."

El 26 de Julio devino en ese día, que como el 10 de Octubre y el 24 de Febrero, significó el inicio de una guerra necesaria e inevitable, el comienzo de un camino lleno de incontables sacrificios y que esta vez desembocaría, sin escamoteos ni frustraciones en la victoria definitiva de la Revolución Cubana.

Con toda razón la efemérides del 26 de Julio se ha convertido en un tema de estudio e investigación permanente y una fuente inagotable de experiencias y enseñanzas no solo para nuestro pueblo combatiente, sino también para los revolucionarios de otros países que enfrentan situaciones análogas a la existente en nuestra patria en 1953. Artículos, manifiestos, cartas, entrevistas realizadas a través de estos años de proceso revolucionario, conforman un valioso testimonio de las acciones del 26 de

Julio, que la actividad ininterrumpida del historiador ha seleccionado con el objetivo de facilitar a los lectores una fuente de información y a la vez brindar los resultados del estudio y análisis de tan importantes acontecimientos históricos.

El presente tomo II del volumen Colección Revolucionaria titulado Moncada: la acción, *es el fruto de la compilación de documentos cuyas fuentes, en su mayoría, son los propios moncadistas. En todos los casos, se ha respetado con rigurosidad la ortografía de los originales o fuentes primarias utilizadas.*

Como toda compilación, esta tampoco agota el material relacionado con el tema, pero ofrece materiales básicos al estudiante, profesor o investigador de la materia y en general al soldado, al obrero y al campesino, como parte del pueblo trabajador que se interesa en hallar en las raíces de nuestra historia la explicación de los fenómenos sociales que actualmente se producen en nuestra patria.

La favorable acogida dispensada a las anteriores ediciones del tomo I de Colección Revolucionaria bajo el título Moncada: antecedentes y preparativos *ha significado un estímulo al presente trabajo. Si este llega también de esa forma a los lectores y sirve de vehículo e instrumento en la reconstrucción de los hechos históricos y ayuda a verlos en su conjunto y hacer de ellos un análisis profundo, nuestro colectivo sentirá la satisfacción de haber cumplido los objetivos trazados.*

CENTRO DE ESTUDIO DE HISTORIA MILITAR
DIRECCIÓN POLÍTICA CENTRAL DE LAS FAR

ya estamos en combate

La estrategia del Moncada *

I. Los orígenes

Periodista: Comandante, usted ayer en la Granja Siboney nos habló de su formación ideológica, de su evolución ideológica y política en tiempos de la Universidad. Yo quería hacerle una pregunta un poco anterior, a eso, es decir, ¿cómo ha pasado de ese tipo de educación que usted recibió en ese tipo de familia hasta esa evolución ideológica, porque en ese discurso a los intelectuales que usted hizo, usted utilizó una imagen muy fuerte, muy viva, que decía que la educación burguesa era como un molino de piedra, que casi lo podía triturar a uno mentalmente para siempre? Eso me llamó mucho la atención, queríamos preguntarle algo sobre eso.

Fidel Castro: En realidad, mi procedencia... Yo nazco en el seno de una familia de terratenientes, pero no tenía una estirpe de terratenientes. ¿Qué quiere decir esto? Mi padre era un campesino español de familia muy modesta, que viene a Cuba a principios de siglo como emigrante español.

Comienza a trabajar en condiciones difíciles. Era un hombre emprendedor, se fue destacando, llegó a ocupar cierta posición dirigente en los trabajos de principios de siglo. Fue acumulando algún dinero y fue adquiriendo algunas tierras. Es

* El presente trabajo es una selección de las conversaciones en que el Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, Comandante en Jefe, Fidel Castro, narra su propia evolución política y los acontecimientos relacionados con el asalto al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953.
Los periodistas suecos que hicieron la entrevista acompañaron a Fidel por los distintos escenarios en que se efectuaron los históricos sucesos hace más de veinte años.
Los compiladores hemos considerado que este material es de excepcional interés para comprender muchos aspectos de aquellos hechos, y que servirá de eslabón de continuidad entre el Tomo I, *Moncada: antecedentes y preparativos*, y el presente Tomo II, *Moncada: la acción*, de Colección Revolucionaria.

decir, tuvo éxito en los negocios y llegó a ser propietario de unas cantidades de tierra, si mal no recuerdo alrededor de mil hectáreas. Cosa no muy difícil en los primeros tiempos de la República. Después arrendó otras tierras. Y cuando yo nazco, realmente nazco en el seno de una familia que pudiéramos llamar terrateniente.

Ahora, por otro lado, mi madre era una campesina muy humilde, muy pobre. Por eso no existían las tradiciones de lo que pudiéramos llamar una oligarquía en el seno de mi familia. Pero no obstante, objetivamente, la posición social nuestra en ese momento era de una familia que tenía recursos económicos relativamente abundantes. Era propietaria de tierra y tenía todas las comodidades —pudiéramos decir— y los privilegios propios de una familia terrateniente en nuestro país.

La educación mía en los primeros años, los primeros meses casi pudiéramos decir... Yo aprendo a leer y a escribir en la escuela pública del lugar donde nací, en pleno campo. Después me llevaron a Santiago de Cuba cuando apenas tenía cinco o seis años. Pasé trabajo, pasé hambre; pasé hambre a pesar de que mi familia remuneraba la pensión donde yo estaba en Santiago de Cuba, pero por una serie de circunstancias, éramos un grupo relativamente numeroso de muchachos allí, pasamos bastante trabajo en ese período.

Periodista: Es decir, que no tuvo una infancia privilegiada realmente.

Fidel: Cuando estaba en mi casa sí, cuando me trasladaron a Santiago no. Puedo decir así que pasé hambre, que me quedé prácticamente descalzo, que tenía yo mismo que coser mis zapatos cuando se me rompían.

Periodista: Eso explica muchas cosas.

Fidel: Y estuve en esa situación algo más de un año. Se puede decir que en esa ocasión conocí la pobreza.

¿Puede haber influido eso en mí? Realmente no sé, no puedo asegurarlo.

Después de eso ingresé... Me enviaron a una escuela privada de Santiago de Cuba que era regida por una orden religiosa, los Hermanos La Salle. Ahí estuve aproximadamente cinco grados. Después me mandaron a una escuela de los jesuitas. Y así hice la enseñanza primaria, y toda la enseñanza preuniversitaria en escuelas de ese tipo. Eran escuelas de familias relativamente privilegiadas.

Ahora, ciertos factores contribuyeron a desarrollar en mí un cierto espíritu de rebeldía. Pudiéramos decir que me rebelé en primer término contra las condiciones injustas en la casa de la familia donde me llevaron a los cinco años. En las propias escuelas adonde me enviaron sentí también un impulso de rebeldía contra ciertas injusticias en la escuela. Podemos decir que durante el período de mi infancia, aproximadamente tres veces

sentí la sensación de cosas que me parecían injustas y que estimularon en mí un sentimiento de rebeldía. Esos factores pudieron haber contribuido a desarrollar un carácter relativamente rebelde. Ese espíritu de rebeldía puede haberse manifestado también después en mi vida ulterior.

Mis relaciones sociales de muchacho, en las vacaciones en la escuela, eran con los niños muy pobres del lugar donde yo vivía.

Periodista: Comandante, ¿usted querría desarrollar más ese punto?

Fidel: Puedo decir que a pesar de la situación económica de mi familia, siempre —en el campo donde yo nací— me relacioné con los hijos de las familias más humildes, porque no había una tradición aristocrática en mi familia. Tercero, que el proceso de mi niñez y mi adolescencia me llevó más de una vez a adoptar una actitud de oposición y de rebeldía contra cosas que creía que eran injustas. Aunque recibimos esa educación propia de esos colegios particulares, también hubo en la formación nuestra, la preminencia de ciertos principios de rectitud.

Ahora, en toda esa fase de mi vida tal vez se fue desarrollando un carácter, se fue desarrollando un espíritu, pero no adquirí ninguna conciencia política. La conciencia política que me ayudó a interpretar la vida, me ayudó a interpretar el mundo, me ayudó a interpretar la sociedad y me ayudó a interpretar la historia, la adquirí como estudiante universitario. Principalmente, cuando entré en contacto con la literatura marxista, que ejerció en mí una extraordinaria influencia, y me ayudó a comprender las cosas que de otra forma no habría comprendido jamás.

De modo que yo puedo decir que la conciencia política mía la adquirí por estudio, por análisis, por observación; no por origen de clase. Pero no creo de ninguna manera que el origen de clase sea un factor insuperable, creo que la conciencia del hombre se puede elevar por encima de su origen de clase.

II. El Moncada

Escogimos este lugar,[1] porque nosotros teníamos que buscar un punto donde concentrar el personal antes del ataque del Moncada. Entonces estudiamos las distintas direcciones. Y buscando, encontramos esta casa, con una pequeña parcela de terreno, que la alquilaban. Y entonces, analizados todos los factores, decidimos escoger esta casa, que estaba a unos cuantos kilómetros del Cuartel por una carretera, bastante directo.

[1] Fidel hace este relato en la granjita de Siboney, en las afueras de Santiago de Cuba, donde se concentraron los revolucionarios para marchar al asalto del cuartel Moncada el 26 de julio de 1953.

Se alquiló la casa, pero teníamos que buscar algún elemento para disfrazar esto. El plan que hicimos fue simular una granja avícola, por eso ustedes ven algunas de estas instalaciones, que parecen instalaciones para la avicultura, pero que en realidad servirían para esconder los automóviles.

Entonces unos meses antes alquilamos esta casa.

Se preparó con algunas cosas adicionales bajo el pretexto de que era una granja avícola.

Periodista: Tengo entendido que estaba cerca la casa de uno de los militares batistianos, que eso disminuía, de cierta manera, la sospecha.

Fidel: Es posible. Pero no fue ese el factor principal: el factor principal es que estaba aislada, que estaba en esta carretera que conducía directamente a las proximidades del Cuartel, y era uno de los lugares disponibles, porque no era fácil encontrar una casa.

Entonces, esta casa sirvió, primero, para concentrar las armas, y por último, para concentrar el personal. Esto había que hacerlo en condiciones de clandestinidad. Por eso había que tomar todas las medidas. Incluso había un vecino que vivía ahí, frente a esta casa, un campesino. Se hizo amistad con él y todo, pero él nunca sospechó que esta casa tenía un propósito revolucionario. Había un compañero del Movimiento que vivía en Santiago de Cuba, era el único de Santiago de Cuba, porque no queríamos reclutar personal de Santiago para disminuir los riesgos de que pudiera haber alguna indiscreción. Por eso, en Santiago solo teníamos un cuadro que ayudó en el alquiler de esta casa; después para esta casa vino uno de los jefes del Movimiento, y se instaló aquí en Santiago de Cuba. Y durante varias semanas estuvimos concentrando las armas aquí.

Periodista: Pero ninguno de los asaltantes sabía realmente el objetivo hasta el último momento.

Fidel: No. La Dirección del Movimiento sí, un grupo de tres compañeros, que era una especie de ejecutivo de la Dirección del Movimiento. Y el compañero de Santiago también tenía idea del objetivo, puesto que a él se le dieron instrucciones de observar el Cuartel, de hacer una exploración sobre el Cuartel.

Periodista: De ahí fue de donde partieron los vehículos que fueron a atacar el Cuartel.

Fidel: Desde aquí, sí. Aquí se concentraron las armas. El 26 de Julio era domingo, y desde el sábado por la noche se fueron concentrando aquí en esta casa.

Periodista: ¿Y el recorrido es más o menos el mismo?

Fidel: El recorrido es varios kilómetros —no recuerdo exactamente ahora cuántos—. Esta carretera sale a una avenida, la avenida al Cuartel, y tácticamente era el lugar mejor para esa operación. Y aquí se disimulaba esto con el pretexto de que se estaba fundando una granja avícola en este lugar. Y realmente

todo el mundo creyó que había una granja avícola, por lo menos los pocos vecinos que estaban enfrente. Por ahí todavía vive el vecino que estaba frente a esta casa en aquellos tiempos. Tenía algunas matas de mango... Yo no sé si después han sembrado algunas; pero en general era este el ambiente de la casa.

Periodista: Pero aquí no se hizo ningún entrenamiento; aquí solo se hizo la concentración.

Fidel: Aquí no se podía hacer entrenamiento porque era muy arriesgado; el entrenamiento lo hicimos en La Habana. Aquí solo se fueron acumulando las armas y había una sola persona en Santiago de Cuba que conocía de esta casa. A pesar de que Santiago de Cuba era una ciudad muy rebelde, muy revolucionaria, nosotros, para guardar la discreción del plan, pues no reclutamos a nadie de Santiago para el asalto.

Periodista: A pesar de todo eso una de las cosas más admirables del Movimiento, que ahora refleja la historia, fue cómo se pudo mantener esa organización clandestina bajo un régimen de tal represión, una organización tan amplia.

Fidel: Era muy difícil, realmente era difícil, puesto que en aquella época los revolucionarios no tenían organización, no tenían experiencia militar.

Periodista: Pero el 26 sí la tenía.

Fidel: Bueno, nosotros... Había mucha gente organizándose en aquel período. El grupo nuestro yo creo que en aquella época reclutó más combatientes que todas las demás organizaciones. Además, era un grupo muy discreto; pero, además, no solo era discreto por la calidad de la gente, sino por el método de organización que teníamos. Estábamos organizados en células. Nadie tenía contacto, unas células con otras. El grupo de dirección era de mucha confianza, y seguíamos las reglas de la clandestinidad. Porque en aquella época había muchos elementos revolucionarios y hablaban y conversaban. Eran indiscretos. Casi todo lo que se hacía en aquella época contra Batista se sabía.

Periodista: Y toda esa importación de armas de la gente de Prío[1] y todo eso que se iba haciendo...

Fidel: Sí... Porque la gente de Prío tenía dinero y nosotros no teníamos dinero; ellos tenían armas y nosotros no teníamos armas. Por lo tanto, nosotros teníamos que hacer las cosas con mucho cuidado. Ellos hacían propaganda con las armas. Podíamos decir que hacían política con las armas.

Periodista: ¿Y no pudieron conseguir de aquellas armas ustedes?

[1] Se refiere al ex presidente Carlos Prío Socarrás, cuyo gobierno (1948-1952) se caracterizó por la corrupción administrativa y el peculado, de lo cual derivó una considerable fortuna. Fue depuesto por Fulgencio Batista mediante el golpe de estado del 10 de marzo de 1952.

Fidel: En realidad, tratamos de conseguir un poco. Y nosotros les habíamos infiltrado la organización de ellos. Teníamos trescientos sesenta hombres infiltrados en la organización de ellos, con el objetivo de tratar de tomar las armas. Pero parece que fue demasiado ambicioso nuestro plan, y en un momento dado ellos sospecharon de aquella gente un poco.

Periodista: Pero todos los hallazgos de armas que iba haciendo la policía de Batista por esa época eran...

Fidel: Eran armas de ellos, del antiguo gobierno, que tenía mucho dinero porque había robado mucho.

Periodista: Pero eran armas sembradas por ellos mismos en algunas ocasiones, por la policía, paquetes con...

Fidel: No, yo creo que no. Los dirigentes de los partidos políticos tradicionales y del gobierno que estaba en el poder, que había sido desalojado por Batista, tenían mucho dinero. Y compraron armas y pudieron introducirlas en el país por distintos procedimientos bastante ingeniosos, y las trajeron. Ellos no tenían masa, ellos no tenían combatientes; tenían dinero; tenían armas, pero no tenían hombres. Y ellos trataban de hacer un esfuerzo por reclutar gente del pueblo. Y en ese período nosotros tratamos de filtrarles algunas gentes en la organización de ellos, con el objetivo de ocupar las armas.

Periodista: Pero el Movimiento sí tenía bastante efectivos ya en aquella época...

Fidel: Bueno, nosotros llegamos a entrenar más de mil hombres. En esa época nosotros teníamos alrededor de mil doscientos hombres.

Periodista: Pero aparte de los entrenados, ¿la organización era bastante amplia?

Fidel: No era tan amplia, no era muy amplia, aunque su base sí era la base de oposición y de odio al régimen de Batista. Pero los militantes, los hombres organizados y entrenados llegaron a ser alrededor de mil doscientos hombres, porque había una oposición bastante generalizada al gobierno de Batista. Muchos de ellos eran de origen ortodoxo,[1] muchos de los combatientes del Moncada, pero eran ya gente de extracción humilde; es decir, era una organización al margen de aquellos partidos políticos. Yo seleccioné la gente principalmente entre los sectores humildes del pueblo. Nuestra gente fue seleccionada en sectores humildes del pueblo, de entre los que tenían una actitud de oposición contra Batista.

Periodista: Pero muchos militares del Movimiento, tenía entendido que eran provenientes de la ortodoxia...

[1] Significa miembros o simpatizantes del antiguo Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) lidereado por Eduardo R. Chibás, de considerable arraigo, que puso el acento en la lucha por la honestidad administrativa y otras demandas populares. En el apogeo de su popularidad oposicionista, Chibás se suicidó meses antes del golpe de estado de 1952.

Fidel: Eran provenientes de la ortodoxia porque era un partido popular con bastante ascendencia en el pueblo, pero un poco heterogéneo. El Partido Ortodoxo se componía principalmente de gente humilde, obreros, campesinos, y gente de la pequeña burguesía. En aquella época la alta dirección de ese partido estaba en manos de gente ya de la clase dominante, realmente.

Periodista: Y la juventud del Partido donde usted militaba...

Fidel: Había una juventud combativa, pero los líderes oficiales del Partido ya estaban más o menos comprometidos, no voy a decir con una posición de clase, sino que estaban ya adaptándose al sistema, podemos decir. Yo organizo la juventud de ese partido, pero aparte de la... oficial. Yo hice un trabajo en la base con los jóvenes principalmente de extracción humilde del pueblo. No había dirigentes oficiales de ese partido en la organización nuestra.

Periodista: Fue un trabajo político, ideológico, ya que se hizo...

Fidel: Sí, fue un trabajo político-ideológico.

Periodista: Pero todavía no se hablaba de ideas socialistas en esa época.

Fidel: Todavía no se hablaba de socialista en esa época. En esa época pudiéramos decir que el objetivo principal del pueblo era el derrocamiento de Batista. Pero ya la extracción social de toda aquella gente que nosotros reclutamos propiciaba el adoctrinamiento político. Por lo menos el grupo, el pequeño grupo que trabajó en la organización del Movimiento, era gente de ideas muy avanzadas. Nosotros teníamos cursos de marxismo. Y el grupo de Dirección, durante todo aquel período, estudiamos marxismo. Y pudiéramos decir que los principales dirigentes de la organización eran marxistas ya.

Periodista: Después de la muerte o el suicidio de Chibás se fue agudizando, digamos, la diferencia entre la dirección del partido y la juventud...

Fidel: Yo puedo decir lo siguiente: Chibás era un líder carismático, de mucho apoyo popular, pero no se caracterizaba por un programa de reformas sociales profundas. Digamos que su programa en aquella época se circunscribía a algunas medidas de tipo nacionalista frente a los monopolios yanquis, y principalmente medidas contra la corrupción administrativa, contra el robo. Era un programa constitucionalista, y luchaba en favor del adecentamiento público. El programa de Chibás está lejos de ser un programa socialista.

Podíamos señalar que en aquella época ese programa respondía a las ansias de la pequeña burguesía, que ya tenía contradicciones con el imperialismo, que se resentía del exceso de explotación de los monopolios existentes en el país, y su bandera principal era la lucha contra la corrupción pública, contra

el robo, contra la malversación. Pero ya dentro de la masa de ese partido había una izquierda. Podríamos decir que nosotros éramos la izquierda de ese partido. No era muy numerosa tampoco, pero estaba integrada por compañeros procedentes de la Universidad, que en la Universidad habían podido tener contacto con las ideas socialistas, con el marxismo-leninismo, y habíamos adquirido ya una conciencia política mucho más avanzada.

De modo que cuando se produce la muerte de Chibás existía un gran partido de masas sin dirección. Y la dirección era una dirección reformista. Y dentro de esa masa había ya un grupo que teníamos ideas mucho más avanzadas. En dos palabras: yo en aquella época, al final de mis estudios universitarios, ya tenía una concepción marxista de la política. En el tiempo de la Universidad, mis contactos con las ideas marxistas fueron los que me hicieron adquirir a mí una conciencia revolucionaria. Ya a partir de ese momento toda la estrategia que yo elaboré políticamente estaba dentro de una concepción marxista.

Cuando se produce el golpe de Estado del 10 de Marzo, ya yo tenía una formación marxista. Pero nos encontramos con la situación de un país donde se produce un golpe de Estado, donde el partido que tenía más base popular era un partido que estaba mal dirigido, sin orientación. Yo tenía ya idea revolucionaria práctica, concreta, desde antes del golpe del 10 de Marzo.

Periodista: Y el PSP, el Partido Socialista Popular, ¿tenía alguna estrategia elaborada?

Fidel: El Partido Socialista era pequeño, relativamente pequeño; para la América Latina era un partido grande, pero estaba muy aislado. En aquellas circunstancias, toda la época del macartismo, del anticomunismo, había logrado, digamos, bloquear al Partido Comunista. Yo no era un militante del Partido Comunista, porque por mi educación, mi origen de clase... Yo llego a la Universidad y es en la Universidad donde yo adquiero ya una conciencia revolucionaria. Adquiero una conciencia revolucionaria, pero por ese período estaba ubicado ya dentro de un partido que no era un partido marxista, sino un partido populista, podemos decir. Pero yo veo que aquel partido tiene una gran fuerza política de masas, y entonces empiezo a elaborar una estrategia para llevar a esas masas hacia una posición revolucionaria, desde antes del golpe de Estado del 10 de Marzo. Ya yo tengo la idea clara de que la revolución hay que hacerla tomando el poder, y hay que tomar el poder revolucionariamente. Ya en aquella época, antes del golpe de Estado, yo adquiero esa convicción.

Desde luego que antes del golpe de Estado la estrategia que personalmente yo elaboraba era una estrategia de acuerdo con aquellas circunstancias. Era una época política, parlamentaria. Entonces yo estoy ya dentro de ese movimiento. Las primeras ideas de una revolución yo las concibo incluso desde el Parlamento, pero no para hacerla a través del Parlamento. Yo pensaba utilizar el Parlamento para proponer un programa revolucionario.

Periodista: ¿Por eso se postuló usted?

Fidel: Pensaba precisamente utilizar el Parlamento para proponer un programa revolucionario, y alrededor de ese programa movilizar las masas y marchar hacia la toma revolucionaria del poder. Desde entonces, ya yo no estoy pensando en los caminos convencionales, en los caminos constitucionales, desde antes del 10 de Marzo.

Cuando se produce el 10 de Marzo, fue necesario cambiar toda aquella estrategia. Ya no había necesidad de utilizar los caminos constitucionales.

Periodista: ¿Pero el 10 de Marzo se produce no tanto para impedir una revolución, sino para impedir que tomara el poder el reformismo en Cuba, o un partido más o menos progresista, o...?

Fidel: Me parece a mí que en realidad el 10 de Marzo se produce para impedir el triunfo de un partido progresista en Cuba, no para impedir el triunfo de un partido revolucionario. Esa es la realidad. Ellos tratan de impedir un movimiento progresista, pero podemos decir que históricamente crearon las condiciones para producir un movimiento revolucionario. Pero en las condiciones de Cuba, yo creo que era posible incluso promover una revolución aun antes del 10 de Marzo.

Antes del 10 de Marzo ya yo era comunista, pero el pueblo todavía no era comunista, la gran masa todavía no respondía a un pensamiento político radical, la gran masa en esa época respondía a un pensamiento político progresista, reformista, pero no era todavía un pensamiento comunista.

Periodista: Además, en eso influía también todo el problema del anticomunismo, del macartismo.

Fidel: Mucho, mucho, porque nosotros éramos una colonia económica y además ideológica de los Estados Unidos. Pero yo adquirí esta conciencia como estudiante universitario.

Periodista: Comandante, ¿es de ese lugar exactamente de donde se montaron aquí en los carros y en los autos que fueron?

Fidel: Por ahí hay un pozo donde guardamos las armas, porque las armas nuestras las conseguimos en las armerías, eran armas de caza: fusiles 22, calibre 22 y fusiles-escopetas de caza, para cazar patos, para cazar palomas. Pero no eran armas inofensivas, puesto que nosotros compramos un gran número de escopetas automáticas, para las cuales adquirimos cartuchos no para cazar patos, sino para cazar venados y para cazar jabalíes. Es decir que, como armas, no eran armas inofensivas realmente.

Pero Batista se sentía tan seguro, que en aquella época funcionaban las armerías y las tiendas de armas. Ellos se sentían muy seguros dentro de su poder militar.

Periodista: Pero armas de guerra no había.

Fidel: No, no había armas de guerra. No, pero nosotros por lo menos algunas armas eficientes podíamos adquirir, y las adquirimos legalmente, legalmente adquirimos las armas nuestras. Nosotros teníamos unos compañeros que estaban disfrazados de cazadores y de gente burguesa, y entonces tenían sus carnés y ellos compraron en las armerías.

Hay que decir que fue tan eficiente el trabajo que conseguimos que las armerías nos dieran crédito, y las últimas armas las compramos a crédito casi todas.

Periodista: Y luego las metieron en un pozo aquí.

Fidel: La mayor parte vinieron el día antes aquí; el viernes, vísperas del 26 de julio, compramos la mayor parte de las armas, y se trasladaron en ómnibus, en tren, para acá. Armas de guerra propiamente, teníamos unos tres o cuatro fusiles. Nuestras armas eran fusiles calibre 22, o calibre 12; escopetas automáticas, una sola ametralladora, que teníamos un M-3, que se utilizaba de entrenamiento en la Universidad, porque nosotros utilizamos mucho la Universidad para entrenar a la gente.

Periodista: Pero luego tuvieron que salir de ahí llegado el momento... No entendí.

Fidel: En esa época había muchas rivalidades entre las organizaciones juveniles. Los estudiantes en aquella época, muchos de ellos, pensaban que ellos eran los herederos de las tradiciones revolucionarias; pero nuestro movimiento había conquistado el apoyo de unos cuantos cuadros universitarios, y ellos nos facilitaron la Universidad para el entrenamiento de nuestra gente. Es decir, nuestro movimiento era popular, no era universitario; pero algunos compañeros en la Universidad, principalmente Pedrito Miret, que hoy es del Buró Político, que era el responsable de entrenamiento en la Universidad... Ellos entrenaban a todo el mundo, pero entonces nosotros logramos la adhesión de algunos de esos compañeros que trabajaban allí, esencialmente Pedrito Miret, y utilizamos la Universidad para entrenar a nuestra gente, que era de extracción popular, no universitaria.

Periodista: Comandante, ¿y entonces de aquí salieron?

Fidel: Aquí concentramos las armas y aquí concentramos el personal que iba a atacar el cuartel Moncada. Ciento treinticinco hombres se reunieron aquí en la madrugada del día 26 de julio, mientras otro grupo estaba en la zona de Bayamo. Porque militarmente nosotros pensábamos tomar el Moncada y Bayamo, para tener una vanguardia organizada en la dirección principal de contraataque posible de Batista.

Periodista: Comandante, ¿pero la estrategia del Moncada era tomar ese campamento para armar luego al pueblo y seguir una guerra?

Fidel: Nosotros pensábamos ocupar las armas del campamento, pensábamos hacer un llamamiento a la huelga general de

todo el pueblo, partiendo de la situación de descontento y de odio hacia Batista, y pensábamos utilizar las estaciones nacionales de radio para un llamamiento a la huelga general. Si no se lograba la paralización del país, el objetivo nuestro era después ir hacia las montañas para librar una guerra irregular en las montañas.

Periodista: Así que el plan de la guerrilla ya lo tenía elaborado.

Fidel: Tenía dos variantes. Una, tratar de provocar un levantamiento nacional para el derrocamiento de Batista. Caso de no lograrse el levantamiento nacional, o en el caso de que Batista pudiera reaccionar con fuerzas superiores y atacarnos aquí en Santiago de Cuba, la idea nuestra era, con las armas del Cuartel Moncada, marchar a las montañas y librar la guerra irregular en las montañas. Fue exactamente lo que hicimos tres años después. La estrategia que elaboramos para el Moncada fue la misma que nos condujo después a la victoria, solo que en la segunda ocasión no comenzamos por el Moncada, sino comenzamos por la Sierra. Hicimos la guerra en la Sierra, y al final liquidamos a Batista con esa misma estrategia en esencia.

De modo que la estrategia del Moncada fue la estrategia que seguimos —en rasgos generales— después, y con la cual derrocamos a Batista. Pero no fue en ese momento.

Ahora, estoy convencido de que si hubiéramos podido tomar el cuartel y ocupar las armas, y hubiéramos iniciado en ese entonces la guerra contra Batista, habríamos liquidado a Batista antes. Ahora, habría que ver si la correlación de fuerzas en 1953...

Yo pienso que si hubiéramos liquidado a Batista en 1953, el imperialismo nos habría aplastado; porque entre 1953 y 1959 se produjo en el mundo un cambio en la correlación de fuerzas muy importante.

Periodista: La guerra fría estaba todavía en pleno auge.

Fidel: Y el Estado soviético era todavía relativamente débil en esa época. Y hay que ver que a nosotros nos ayudó decisivamente el Estado soviético, que en 1953 no lo habría podido hacer. Esa es mi opinión.

Es decir, un triunfo en 1953 posiblemente habría sido frustrado después por el imperialismo. Pero seis años más tarde, era el momento preciso, muy ajustado, en que un cambio en la correlación de fuerzas del mundo nos permitía a nosotros sobrevivir. Tal vez en 1953 no habríamos sobrevivido, si hubiésemos triunfado.

Periodista: Se hubiesen radicalizado y...

Fidel: Pero habiendo triunfado en 1959, hubo una oportunidad de sobrevivir. Esa es mi apreciación.

Periodista: Una oportunidad.

Fidel: Sí, sí, una oportunidad.

Periodista: Eso es significativo, que Ud. diga una oportunidad; porque realmente fue bastante estrecha para...

Fidel: ¿Qué habríamos podido hacer en 1953? Habríamos triunfado, habríamos llevado a cabo el programa revolucionario que entonces habíamos concebido, ese programa habría desatado la agresión imperialista, y nos habrían aplastado. De modo que si la revolución triunfa en 1953 no habría podido sobrevivir. Esos son los azares de la historia.

Periodista: Bien, Comandante, ¿podemos seguir con usted?

Fidel: Hacemos lo que ustedes quieran. ¿Quiere que le enseñe las armas aquí? Venga. Ese es el único fusil M-1 que teníamos, la única arma de guerra.

Esta es una selección del grupo de armas que nosotros utilizamos. Esta es la única arma de guerra que había, un fusil M-1, que era de la Universidad. Entrenábamos allí en la Universidad, con ese fusil.

De este fusil teníamos tres, pero este es un fusil de la época de Bufalo Bill más o menos, un fusil 44. El grueso de nuestras armas era de este tipo de escopeta, calibre 12, calibre 16 y fusiles de 22 milímetros. Con estas armas... Estas las compramos en armerías todas. Pero yo diría que eran armas eficientes, eran fusiles automáticos, y estos también eran automáticos, que tenían cartuchos especiales que había comprado. Y pienso que son armas eficientes, aún hoy pienso que son armas eficientes.

Claro, no teníamos ninguna *bazooka*, ningún cañón antitanque, ningún mortero. Habría sido mucho mejor todo eso. Pero en aquella época teníamos esas armas, y esas fueron las armas con las cuales nosotros organizamos el ataque al Cuartel Moncada.

Otro hecho: Nosotros habíamos adquirido uniformes del Ejército, todos nuestros uniformes eran uniformes del Ejército, que los habíamos adquirido a través de un compañero nuestro que estaba en el Ejército de Batista, y entonces los ciento treinticinco hombres tenían uniformes militares. El elemento sorpresa era el factor decisivo de la operación, con estas armas y con estos uniformes del Ejército.

Al Ejército de Batista íbamos a tomarle la segunda fortaleza militar del país, que tenía más de mil hombres. Y se habría podido tomar. Aún hoy pienso que el plan no era un mal plan; era un buen plan.

Periodista: El problema fue el desvío de la otra fuerza.

Fidel: El problema fundamental es que con motivo de los carnavales, que nosotros habíamos planificado nuestra acción en el carnaval, durante el carnaval, para poder movilizar más fácilmente a nuestras fuerzas, en esos días precisamente ellos redoblaron la guardia, y establecieron una posta cosaca alrededor del Regimiento. Y lo que complicó la situación definitivamente fue el choque con la guardia cosaca, una guardia cosaca que pusieron a todo alrededor del Cuartel y por la calle principal por donde íbamos nosotros. Y origina un combate fuera del Cuartel. De lo contrario, nosotros habríamos podido tomar el Cuartel perfectamente bien.

Periodista: Se puede sacar una foto ahí.

Fidel: En este pozo escondimos las armas, y sobre este pozo Abel Santamaría, que era el compañero responsable de esta casa y dirigente del Movimiento, colocó esta tinaja. En esa tinaja echó tierra y sembró un árbol. Así que nuestras armas estaban debajo de un árbol que se sembró aquí. Y así estaba todo hasta el día 26 de julio, que quitamos el árbol, quitamos la tinaja y sacamos las armas.

(La entrevista continúa mientras Fidel conduce el *jeep*, rumbo al Cuartel Moncada.)

Periodista: ¿Cuántos carros eran en total?

Fidel: Eran, en total... Primero salieron los carros que iban a tomar el Hospital Civil, eran tres. Después, los carros que iban a tomar la Audiencia; eran dos. Y después conmigo iban los carros que iban a tomar el Cuartel, que eran alrededor de catorce carros los que iban conmigo. Yo llevaba alrededor de noventa hombres para tomar el Cuartel.

Periodista: ¿Entonces el total era asignado a otros objetivos?

Fidel: Sí, había treinticinco destinados a tomar el Hospital Civil y la Audiencia, para rodear el Cuartel.

Periodista: ¿Su hermano Raúl, Comandante, qué misión tuvo?

Fidel: Raúl iba a tomar el Hospital Civil, el Hospital Civil no, la Audiencia de Santiago de Cuba, que rodea el cuartel. Y Abel iba al Hospital Civil. Yo a los compañeros responsables, al segundo jefe del Movimiento que era Abel, lo mandé al Hospital Civil por si me mataban a mí en el Cuartel ¿comprende?, que no fuera a quedar el grupo sin dirección. Y Raúl iba a la Audiencia. Nosotros tomábamos los edificios alrededor del Cuartel simultáneamente con el ataque al Cuartel.

Ya se imaginará que íbamos tensos por aquí, por este camino; pero en realidad muy decididos. Ciertamente no teníamos ninguna duda del éxito. Lo más difícil hasta este momento se había logrado: organizar los hombres, entrenarlos, adquirir las armas y preparar el ataque.

Periodista: Claro, sin caer en la represión.

Fidel: Claro.

Periodista: ¿Y esta montaña, al frente, es la Gran Piedra, a dónde fueron después?

Fidel: Después nosotros regresamos aquí a la casa, para tratar de reorganizar a la gente, y con un grupo de diez o doce hombres fuimos a las montañas. Pero nuestras armas, que eran buenas para luchar en el Cuartel no eran buenas para luchar en las montañas.

Periodista: ¿No eran de largo alcance?

Fidel: Eran de muy corto alcance.

Periodista: Me imagino que el panorama era un poco distinto, porque no había tales pastoreos allí.

Fidel: No, esto es nuevo todo. Si quieren, pueden guardar este material para cuando lleguemos allá ¿eh?

Periodista: Si, sí, hay.

Fidel: Era por este puente.

El único incidente de importancia es que este puente es de una sola vía, y cuando íbamos por allí venía un carro por el frente, y tuvimos que esperar que cruzara, y entonces seguimos por aquí.

Como usted ve, la casa estaba cerca del Cuartel. Aquí doblamos para entrar en el Cuartel.

Periodista: ¿En ocasión del asalto siguieron derecho?

Fidel: Por aquí, por aquí, por aquí seguimos.

(Fidel y los periodistas arriban al Cuartel Moncada, donde prosigue el relato.)

Entonces le voy a decir dónde se produce la crisis; la crisis se produce aquí.

¿Por qué? Porque la posta cosaca venía en esta dirección hacia acá, y nos la encontramos aquí; pero un carro había pasado delante de nosotros, que es el que tenía que desarmar la posta, y el carro llegó —llevaba cien metros delante de nosotros— y desarmó la posta. Pero la posta cosaca vio pasar el primer carro y se quedó mirando; y cuando vio que el carro desarmó a la posta allí, se puso en actitud de guardia, de alerta. Entonces me quedaba a mí aquí al lado la posta cosaca, y yo estaba sacando la pistola para hacer prisionera a la posta cosaca. Y en ese momento, la posta cosaca se da cuenta de que nosotros estamos al lado, y hace un ademán de disparar y yo le tiro el carro a la posta cosaca arriba. Aquí mismo fue, en este lugar, más o menos. Entonces la posta cosaca se retira para allá, yo me bajo... Porque yo estuve haciendo tres movimientos: con esto por aquí, manejando por aquí, la pistola por acá. Entonces, cuando yo me paro, los carros que vienen detrás piensan que están dentro del Cuartel y se bajan y asaltan este lugar aquí. Entonces yo tengo que bajar a sacar a la gente de este edificio para continuar el ataque; pero invierto como cinco o seis minutos en eso. Cuando ya nosotros montamos otra vez en el carro, monto otra vez en el carro, un carro avanzó y retrocedió y chocó con el mío. El resultado fue que el combate se empieza a desarrollar fuera del Cuartel, y el combate tenía que desarrollarse dentro del Cuartel.

Periodista: Entonces se movilizó el Cuartel.

Fidel: Entonces se movilizó el Regimiento, y entonces organizó la defensa. Eso fue lo que impide... Porque realmente la posta cosaca era una cosa nueva, que la habían puesto con motivo de los carnavales. El plan realmente... Le voy a decir...

Yo no sé si se podrá caminar por aquí, pero ahí no había árboles —creo yo— en esta época. Entonces el asalto empezaba allí, allí.

Periodista: Allí tenía que empezar.

Fidel: Allí tenía que empezar cuando nos franqueara la posta. Pero resulta el encuentro con la posta cosaca, que en realidad yo tuve dos intenciones: uno, proteger a la gente que había tomado la posta; segundo, quitarle las armas a la posta cosaca. Yo creo que si hubiéramos seguido de largo, sin hacerle caso a la posta los otros carros, habríamos tomado el Cuartel.

Periodista: En esos momentos.

Fidel: Sí, sí, lo hubiéramos sorprendido; porque él hubiera visto un carro delante, otro detrás, otro detrás, y la posta cosaca no habría tirado. Hoy me doy cuenta de eso, pero en aquel momento yo traté de proteger a la gente que tomó la posta y quitarle las armas a la posta cosaca. Y como resultado de eso se produce el combate fuera del Cuartel; y la gente que no conocía bien el Cuartel, asalta todos aquellos lugares. Y yo tengo entonces que dedicarme a reorganizar a la gente para el encuentro...

Cuando vamos a penetrar en el Cuartel, se produce un accidente de un carro que choca con el carro mío.

Periodista: Porque la gente suya no conocía a Santiago realmente.

Fidel: La gente no conocía, la gente tenía que pararse donde yo me parara. Pero realmente en ese momento, cuando yo veo que la posta cosaca va a tirarle a la gente nuestra en el Cuartel, traté de protegerlos y fui a arrestar la posta cosaca. Entonces la posta nos descubre, va a tirar, yo le tiro el carro arriba a la posta cosaca, y en ese momento se empieza a armar el tiroteo. Pero el tiroteo se arma fuera del cuartel.

Periodista: Entonces ese incidente fue el más grave.

Fidel: Ese fue el más grave. Si no llega a ocurrir el incidente de la posta cosaca, nosotros tomamos el Cuartel, porque la sorpresa era total.

El plan era un buen plan. Y si fuera necesario hacer un plan ahora, con la experiencia que ya tenemos, haríamos un plan más o menos igual. El plan era bueno

Es decir que se produce un incidente, una cosa accidental, que dio al traste con todo el plan; esa es la realidad.

El fracaso de la toma del Cuartel fue el encuentro con la posta cosaca, que en realidad debimos haber seguido de largo.

Periodista: ¿Por qué le llamaban posta cosaca?

Fidel: Porque le llaman así a la posta que hace recorrido alrededor del Cuartel, y esta iba de aquí hasta la avenida, y volvía. Y la pusieron con motivo de los carnavales, es decir que eso no estaba previsto, la posta. Parece que con motivo de los

carnavales, quizá para prevenir incidentes de menor importancia, pusieron la posta cosaca; porque ellos no tenían la menor sospecha de que se iba a atacar el Cuartel, pero la posta la pusieron con motivo de los carnavales de Santiago; anteriormente no tenían esa posta; la pusieron esos días.

Periodista: Por otro lado, los carnavales eran un elemento favorable.

Fidel: Nos ayudaban, porque facilitaban el movimiento con menos sospecha. Es decir, el carnaval nos favoreció, pero por otro lado el carnaval originó que ellos pusieran una posta extra que no ponían normalmente, y esa posta tiene el choque con nosotros allí, a ochenta metros de la entrada del Cuartel. Pero de lo contrario, de los carros se habría bajado aquí todo el mundo y habrían tomado el Cuartel, lo habrían tomado. Y estábamos vestidos de soldados además. Y si se toma la posta, se atrincheran aquí, porque el problema es que ellos movilizan al Regimiento; de lo contrario, nosotros hubiéramos agarrado al Regimiento dormido y lo habríamos cercado, porque teníamos tomado el edificio de la Audiencia, los edificios que rodean, los edificios principales los habíamos tomado ya, los que rodean el Cuartel. Entonces nosotros habríamos tomado esta parte y los habríamos puesto para el patio a ellos. Claro, habría sido una carnicería; porque lo que se demostró allí cuando chocamos con la posta cosaca, empezó el tiroteo violento, muy violento... Yo pienso que como la gente nuestra todavía no tenía mucha disciplina de fuego, al llegar aquí habría disparado también, y habría sido una carnicería. No dudo eso.

Periodista: Y ahora en este Cuartel existe una escuela. Se ven pioneros.

Fidel: Sí, una escuela. Quitamos los muros y todo eso. Pero algunos critican eso, porque dicen que mejor se hubiera quedado como lugar histórico; pero en los primeros tiempos de la Revolución no teníamos muchas escuelas y no estábamos pensando en la historia, y entonces tumbamos lo muros e hicimos una escuela.

Periodista: Pero es un lugar histórico.

Fidel: Pero queda ahora un pequeño museo aquí, es lo que hay. Quizás algún día sea mejor reconstruir los muros y dejarlo como estaba originalmente.

Periodista: Comandante, yo, como le mencioné, quería pasar a otro punto antes de hablar de cosas políticas más generales. Una cuestión que ha impresionado bastante a cualquiera que conozca la historia de Cuba un poquito, fue ese proceso de su aislamiento después de la derrota del Moncada, con la tragedia de tantos compañeros muertos. Una derrota, claramente... ¿Cómo en ese aislamiento, esa celda de aislamiento, usted no perdió el ánimo, no abandonó la lucha; siguió pensando, siguió preparando *La historia me absolverá*, hizo un documento político que

fue la base de la continuación de la lucha y el programa de la Revolución?

Fidel: En realidad nosotros trabajamos para la victoria, no para la derrota, y sufrimos un revés muy duro. Pero además, ese revés había costado el sacrificio de muchos compañeros. Si antes del ataque al Moncada me sentía obligado con el país, después del ataque me sentí mucho más obligado. Yo creo que dadas nuestras intenciones, nuestros propósitos, no podía reaccionar de otra forma que como reaccioné, todavía con más decisión, más espíritu de lucha. Nadie sabía cómo podía terminar todo aquello. No sabíamos, incluso, si nos iban a asesinar. Pero, desde luego, teníamos que defender nuestras ideas, teníamos que defender nuestra verdad. Puede decirse que en circunstancias como esas, el hombre tiene mucho más estímulo que en circunstancias normales, y de esas dificultades saca fuerzas para enfrentarse a los problemas. Pero lo más esencial de todo es que nosotros estábamos absolutamente convencidos de que teníamos la razón. Y ese factor nos daba fuerzas para enfrentarnos a aquellos momentos tan difíciles, profundizar más, exponer ante el pueblo los objetivos de nuestra lucha, enfrentarnos a la campaña de calumnias del gobierno y crear las condiciones para que si nuestra generación no podía realizar esas tareas, las pudiera realizar otra generación. Es decir, sembrar la semilla y ofrecer el ejemplo, que ya no era el ejemplo personal mío, sino era el ejemplo de todos los compañeros que habían luchado y se habían sacrificado. Teníamos el deber de hacer el máximo esfuerzo para que ese sacrificio no fuera inútil.

Periodista: En ese momento tan tremendo, usted se inspiró mucho en Martí, ¿verdad, Comandante?

Fidel: En realidad, siempre todos nosotros y toda nuestra generación recibió una gran influencia de Martí, y una gran influencia de las tradiciones históricas de nuestra patria, que habían sido tradiciones de lucha muy dura por su independencia, y tradiciones realmente muy heroicas, que ejercían una gran influencia en todos nosotros. Yo en ese momento tenía una doble influencia, que la sigo teniendo hoy: una influencia de la historia de nuestra patria, de sus tradiciones, del pensamiento de Martí, y otra de la formación marxista-leninista que habíamos adquirido ya en nuestra vida universitaria.

Siempre esa combinación de las dos influencias: la influencia del movimiento progresista cubano, del movimiento revolucionario cubano, del pensamiento martiano y del pensamiento marxista-leninista, estuvo muy presente en todos nosotros. No se puede separar una cosa de la otra en la historia de nuestro país. Porque Martí en su época cumplió la tarea que le correspondía y fue exponente del pensamiento más revolucionario de aquella época. Pudiéramos decir que para nosotros la vinculación de ese pensamiento patriótico, de ese pensamiento revolucionario,

con el pensamiento revolucionario más moderno, con el marxismo-leninismo, la combinación de esa fueron los elementos que más influyeron en nosotros y que más, realmente, nos inspiraron.

Y que no podía ser de otra forma, porque en países como Cuba la liberación nacional y la liberación social están estrechamente unidas.

Martí significó el pensamiento de nuestra sociedad, de nuestro pueblo en la lucha por la liberación nacional. Marx, Engels y Lenin significaban el pensamiento revolucionario en la lucha por la revolución social. En nuestra patria, liberación nacional y revolución social se unieron como las banderas de la lucha de nuestra generación.

[En: *Casa de las Américas*, julio-agosto de 1978.]

No se olvide nunca...

(Fragmento)

Una vez en poder nuestro la ciudad de Santiago de Cuba, hubiéramos puesto a los orientales inmediatamente en pie de guerra. A Bayamo se atacó precisamente para situar nuestras avanzadas junto al río Cauto. No se olvide nunca que esta provincia que hoy tiene millón y medio de habitantes, es sin duda la más guerrera y patriótica de Cuba; fue ella la que mantuvo encendida la lucha por la independencia durante treinta años y le dio el mayor tributo de sangre, sacrificio y heroísmo. En Oriente se respira todavía el aire de la epopeya gloriosa, y, al amanecer, cuando los gallos cantan como clarines que tocan diana llamando a los soldados y el sol se eleva radiante sobre las empinadas montañas, cada día parece que va a ser otra vez el de Yara o el de Baire.

[En: *La historia me absolverá*. Ediciones Populares. Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1961, pp. 44-45.]

Los primeros disparos...

(Fragmento)

El resto de la historia ya todos la conocemos, breves horas después dejaron de hablar los tambores al ser silenciados por el idioma de los primeros disparos con los que se iniciaba una nueva etapa en el proceso de luchas de nuestro pueblo. Dejó de correr la bebida para dar paso a la sangre inquieta de los primeros jóvenes que caían frente a los muros imponentes del Moncada. Con aquella primera sangre vertida, se dejaría iniciado el método correcto y fundamental de lucha de nuestro pueblo para destruir el andamiaje, en forma definitiva, del sistema económico-político y social existente en nuestro país.

¡Qué lejos estábamos todos de imaginarnos, en aquellos instantes, que durante ese amanecer del 26 de Julio, se había iniciado el comienzo del fin del capitalismo en Cuba!

[En: *Bohemia*, 26 de julio de 1963.]

Historia del cuartel Moncada

(Fragmento)

La represión desatada en el país por Tacón, motivó que éste ordenara la construcción de una cárcel en La Habana y que también, en 1837, proyectara edificar un presidio-cuartel en Santiago de Cuba.

En definitiva, el proyecto de la nueva cárcel en Santiago de Cuba, aunque se mantuvo vigente en los planes de los siguientes capitanes generales, no se ejecutó de inmediato.

Fue en 1859 que el entonces gobernador del Departamento Oriental de la Isla, brigadier Carlos de Vargas Machuca, se decidió a impulsar la ejecución del proyecto de construcción de un cuartel-cárcel en Santiago de Cuba.

Hasta ese momento, los numerosos detenidos por el régimen español se encontraban encerrados en los conventos y en el presidio El Provisional de la propia capital oriental.

Acerca de estos hechos, Jacobo de la Pezuela en su imprescindible *Diccionario histórico de la Isla de Cuba*, editado en 1863, escribe:

No habiendo en la ciudad un local suficiente para contener la fuerza de los presidiarios que se iba reuniendo en ella, habiendo que acuartelarlos en los conventos, se resolvió dotar a esta población de un edificio capaz de alojar cerca de 1 000 hombres. Pero el pensamiento estuvo sin ejecución durante muchos años, hasta que lo promovió durante su gobierno el brigadier Don Carlos de Vargas (1855-1860).

Cuando, en 1859, se colocó la primera piedra de aquel edificio, cuyo nombre original sería cuartel del Nuevo Presidio, por estar destinado a servir de cárcel departamental, se iniciaba también una larga historia... la historia de una siniestra fortaleza que fue símbolo de la ignominia y la opresión, hasta que el pueblo en revolución convirtió los cuarteles en escuelas.

Aquella fortaleza que los españoles colonialistas comenzaron a levantar, en 1859 para encarcelar especialmente a cubanos re-

beldes, sería conocida después —en el período de la seudorrepública— con el nombre de cuartel Moncada.

Según señala Emilio Bacardí en sus *Crónicas de Santiago de Cuba*, el presupuesto inicial para la construcción del cuartel del Nuevo Presidio fue de unos $ 300 000. La obra la dirigió Manuel Ciria, marqués de Villaitre. Originalmente el cuartel era un vasto cuadrilongo de unos 180 *m* de frente por 77 *m* de fondo, colocado en la explanada donde terminaba la población por el este, e inmediato al solar que había de ocupar luego, en 1862, el Hospital Militar (hospital Saturnino Lora, en la era "republicana").

En su primera etapa, la fortaleza contaba con una planta baja de sólida construcción y varias habitaciones en el sótano, destinadas a calabozos con capacidad total para unos 200 presos.

La Guerra Grande, iniciada por Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868, hizo variar los planes españoles con respecto a la función del edificio.

El régimen colonial, que tenía proyectado construir otro cuartel para albergar tropas de infantería y caballería, presionado por el tiempo y por los requerimientos militares de la contienda, y en consideración a la formidable posición estratégica que en aquella época tenía para la defensa de la plaza el cuartel del Nuevo Presidio, decide convertirlo en una gran fortaleza con fines bélicos.

De manera que la cárcel fue trasladada a la parte oeste de la ciudad, donde se encontraba el presidio El Provisional, y el cuartel del Nuevo Presidio fue destinado a alojar las fuerzas de caballería e infantería españolas que operaban contra los insurrectos cubanos.

En el transcurso de la guerra, el gobierno colonial decide cambiar el nombre de la fortaleza por el de cuartel Reina Mercedes, en honor de la esposa del Rey Alfonso XII, de España. Por esa denominación se conocerá hasta los primeros meses del advenimiento de la república mediatizada.

Mientras tanto, prosiguen las obras de conclusión del proyecto de la fortaleza, con los lógicos inconvenientes de que los trabajos se realizan en el marco de la guerra. Los fines militares del cuartel obligan a hacer algunas modificaciones.

En 1878, justamente 10 *años* después de iniciadas las hostilidades entre los cubanos y el poder colonial, terminan los trabajos de construcción del Reina Mercedes. Ya para esa fecha el edificio original de la primera fase se había ampliado considerablemente y se levantaban nuevas instalaciones.

Durante la tregua que produjo el Pacto del Zanjón, el cuartel Reina Mercedes, sin perder su función militar, fue utilizado también como sanatorio de soldados españoles convalecientes.

En sus sótanos, al mismo tiempo, se mantenían las mazmorras que sirvieron de prisión y lugar de tortura a cientos de mambises. En aquellos fríos calabozos fueron encarcelados numerosos revolucionarios, entre los que figuró —vísperas de la guerra del 95— el bravo luchador de las gestas separatistas Guillermón Moncada.

La detención del general Guillermón Moncada se produjo en 1893. Ya el noble mambí tenía una larga trayectoria de combate. Se le conocía por su permanente actitud de intransigencia y su clara disposición a la lucha. Sus biógrafos señalan que por esa fecha ya pasaba de los 50 *años* de edad.

Moncada, acusado por el gobierno español de conspirar fue enviado preso a los calabozos del Reina Mercedes. La detención de Guillermón produjo dolor en la población cubana, pues el valiente mambí gozaba de gran simpatía y respeto.

Un verso popular de la época refleja los padecimientos del extraordinario combatiente durante los meses que estuvo encerrado en los sótanos del Reina Mercedes. Una parte reza así:

En un calabozo, lóbrego y sombrío
las aguas calizas sus paredes hielan;
allí un anciano sufre amargas penas
en prisión horrible por su patriotismo.

Se ha dicho que la enfermedad que, en 1895, lo llevó a la tumba, ya alzado en armas, la contrajo Moncada en la prisión del cuartel Reina Mercedes. Lo que no pudieron hacer las balas españolas en decenas de combates frente al bravo Guillermón, lo lograron las húmedas celdas de aquella fortaleza.

En 1898, Estados Unidos entra en la Guerra Hispanocubana en los instantes mismos en que el desarrollo de la contienda organizada por el Partido Revolucionario Cubano de José Martí no dejaba lugar a duda sobre la pronta victoria de las armas mambisas frente a las fuerzas colonialistas españolas.

Aquella acción estadounidense, como analizara en su momento el genial Lenin, tuvo un carácter netamente imperialista.

Los cubanos, sin contar ya con las figuras de José Martí y Antonio Maceo, sin percatarse de la esencia oportunista y reaccionaria de la maniobra norteamericana, prestan colaboración militar a las tropas yanquis. Precisamente la decisiva participación de los mambises en operaciones de apoyo permite a los estadounidenses ocupar la plaza de Santiago de Cuba, el 16 de julio de 1898.

Con la toma de la capital oriental, los norteamericanos se apresuran a ocupar las principales fortalezas militares. El cuartel Reina Mercedes, por supuesto, pasó a las tropas estadounidenses. La bandera española fue arriada y en su lugar se izó la de los Estados Unidos. Mientras duró la primera intervención

yanqui, el cuartel Reina Mercedes se mantuvo en función de las tropas norteamericanas.

Con el advenimiento de la república mediatizada, en 1902, ondearía por primera vez la bandera cubana en el asta mayor del viejo cuartel Reina Mercedes. Ya los norteamericanos habían cumplido la fase de abierta penetración económica en el país y el retiro de sus tropas sólo constituía un acontecimiento formal: su influencia en la política cubana se manifestará durante los primeros 58 *años* del siglo *XX*. Los cuarteles de las clases explotadoras no cambian su esencia represiva; son instrumentos militares al servicio de los intereses de la burguesía y del imperialismo. No escapa a esa apreciación el Reina Mercedes que, bajo el gobierno "republicano" de Tomás Estrada Palma, se convierte en recinto oficial de la Guardia Rural.

Por esa época, a proposición del general Saturnino Lora, compañero de armas de Guillermón, combatiente de la Guerra del 95 y figura importante del alzamiento de Baire, el 24 de febrero de aquel año, se cambia el nombre del cuartel por el de Guillermón Moncada, en homenaje al valiente revolucionario de las gestas independentistas que, como ya expresamos, guardó prisión en sus calabozos.

El homenaje, sin embargo, no pasó de los primeros momentos. En los desgobiernos que padeció Cuba antes de 1959, especialmente durante las largas tiranías de Machado y Batista, la palabra Moncada, entendida como la fortaleza que llevaba esa denominación, estuvo muy lejos de recordar al glorioso combatiente mambí de ese apellido y, por el contrario, su sola pronunciación se asociaba al crimen, a la tortura, a la injusticia, a la represión contra los mejores hijos del pueblo.

Por eso, el nombre del bravo Guillermón, ultrajado permanentemente por los soldados al servicio de los más mezquinos intereses, terminó por olvidarse con el tiempo.

El Moncada es escenario destacado de numerosos movimientos relacionados con luchas políticas internas desarrolladas en las primeras décadas del siglo *XX*. Son años en los que la conciencia cívica, adormecida por el grotesco escamoteo yanqui de la victoria de las armas cubanas sobre España, sólo se expresa en la voz de unos pocos.

Se sabe que la tropa del cuartel Moncada estuvo muy vinculada a los sucesos ocurridos en agosto de 1906, cuando algunos grupos oposicionistas se alzaron en armas contra las pretensiones reeleccionistas de Estrada Palma.

Durante la llamada Sublevación de los integrantes del Partido Independientes de Color, en 1912 —que al margen de otras consideraciones tuvo como causa básica la discriminación racial a que estaba sometida la población negra en nuestro país—, el cuartel Moncada sobresale como centro de operaciones de los cuerpos represivos contra los alzados.

El jefe de la Guardia Rural, general José de Jesús Monteagudo, se trasladó a la provincia de Oriente, donde estaba el foco de la rebelión, y fijó en el cuartel Moncada su centro de operaciones.

Testimonios y publicaciones que recogen aquellos sucesos dan cuenta de los excesos e injusticias cometidos por la Guardia Rural contra la población negra de Oriente, especialmente contra aquellos detenidos que eran trasladados a los calabozos del Moncada.

El Moncada también se caracterizó como bastión de las luchas intestinas entre liberales y conservadores, ajenos a los problemas fundamentales que afectaban a la población.

Fue en esa fortaleza santiaguera donde se inició "el golpe" de los liberales contra el "cambiazo" electoral realizado por Menocal y su partido, en 1916.

A mediados de febrero de 1917 se subleva la guarnición del cuartel Moncada y se declara partidaria del liberal José Miguel Gómez. Políticos profesionales y militares confraternizarían en los patios de la fortaleza al son de "La Chambelona". El movimiento se extendería rápidamente por todo el país.

Con el auge de la rebeldía estudiantil y del movimiento obrero y comunista desde los primeros años de la década de 1920, se abre una nueva etapa en la lucha del pueblo cubano. La figura de Julio Antonio Mella, su acción e ideales, representan la búsqueda de la nación soberana por los sectores más avanzados.

Santiago de Cuba también se convulsiona al impulso de las fuerzas nuevas. Los agentes represivos arremeten contra los trabajadores y los estudiantes, y muchos revolucionarios sienten en sus propios cuerpos la humedad de las frías mazmorras del Moncada.

Con la dictadura machadista la situación se recrudece. Y aunque el cuerpo policíaco rige la acción represiva, el Moncada es mantenido como destino de revolucionarios presos.

Numerosos dirigentes obreros y participantes en huelgas obreras de Santiago de Cuba, durante los primeros y últimos años de la tiranía machadista, fueron detenidos y enviados a los calabozos del viejo cuartel.

Así ocurrió, por ejemplo —y sólo por señalar algunos casos—, con los promotores de la huelga de los tabaqueros en 1930, que tuvo en Oriente el escenario fundamental, y con los participantes en el paro de los tranviarios, algún tiempo después.

A raíz de los sucesos conspirativos, en 1931, en el lugar conocido por La Gallinita, cerca de Santiago de Cuba, fue detenido y recluido en las mazmorras del Moncada, el joven Antonio Guiteras Holmes, quien se destacó más tarde como uno de los más preclaros líderes antimperialistas de la época. La figura de Guiteras, como la de Guillermón Moncada en la gesta sepa-

ratista, representa los cientos de revolucionarios de la generación del 30 que padecieron prisión en aquel siniestro cuartel.

Los calabozos del Moncada fueron utilizados por Arsenio Ortiz, más conocido por "El Chacal de Oriente", para muchas de sus fechorías. El crimen y tortura estaban a la orden del día.

Serafín Portuondo, quien fuera dirigente obrero oriental por aquella época, narra que *los compañeros eran llevados al Moncada sin previo juicio y con los mayores maltratos. A los detenidos que el régimen decidía asesinar se les llevaba a dicho cuartel en horas de la noche, y luego los sacaban y los mataban en lugares distantes. Sus cadáveres aparecían al día siguiente en puntos lejanos de la fortaleza.*

El movimiento revolucionario se agiganta y Machado huye el 12 de agosto de 1933. Sin embargo, la traición, amparada en los cuarteles y estimulada por el imperialismo norteamericano frustra la radicalización del proceso.

Prácticamente, desde 1933 Batista es el "peón fuerte" de los agentes del imperialismo. Su dictadura se va a caracterizar por el predominio militar *como elemento de fuerza que garantiza un clima propicio a las inversiones.* Los cuarteles adquieren particular importancia en la política represiva.

Los santiagueros, que habían visto truncas todas las esperanzas de Revolución, persiten en la lucha. El 12 de agosto de 1934, al cumplirse un año de la caída de Machado, un grupo de jóvenes marcha al cementerio de Santa Ifigenia para rendir homenaje a los mártires de aquella gesta. El gobierno, que había prohibido todo acto de ese tipo, envía fuerzas policiales a disolver la manifestación. Se producen incidentes y la estudiante Gloria Cuadras es detenida y conducida a los calabozos del cuartel Moncada.

En los meses y años que siguieron se repetirían acontecimientos similares.

Obreros, estudiantes y elementos oposicionistas de partidos tradicionales en Oriente, sufrirían el despotismo castrense de la llamada primera tiranía batistiana. Durante esos años, el dictador tendría especial empeño en reforzar la fortaleza del Moncada.

Por supuesto, ya ese cuartel no tenía importancia alguna "en la defensa de la plaza" como en tiempo de la colonia. Santiago de Cuba había crecido considerablemente y en esos momentos el Moncada se encontraba, puede decirse, en el centro de la ciudad.

Ese tipo de fortaleza militar es la que necesitaba el régimen batistiano. Cuarteles cuyas armas apuntaran al pueblo, cuarteles, en fin, cuyo objetivo fundamental era asegurar la opresión a todos aquellos sectores opuestos al *statu quo.*

No es de extrañar, por eso, que el gobierno ordenara, casi de inmediato, la reconstrucción de aquella fortaleza después que un incendio la destruyó en parte, el 11 de diciembre de 1937.

Sobre este hecho algunos contemporáneos, como el historiador santiaguero Francisco Ibarra, admiten la posibilidad de que el suceso se produjera en forma intencional con la finalidad de obtener créditos para un nuevo cuartel, o para evitar que se descubrieran robos y malos manejos de los fondos de los soldados, cosa —por lo demás— muy común en la seudorrepública.

Lo cierto es que, según testimonio de exbomberos santiagueros, el incendio tuvo un desarrollo inusitado. Empezó el fuego por un lugar, y cuando ya éste se controlaba se detectó otro foco, en un punto opuesto al primero.

De todas formas, 3 *días* después del suceso, sin efectuarse serias investigaciones previas, los periódicos anunciaban en grandes cintillos: *Concede la Cámara de Representantes cien mil pesos para la reconstrucción del Moncada.*

Por otro lado, fue durante la tiranía batistiana de esos años, cuando se construyeron los anchos muros y garitas que rodearon el cuartel Moncada hasta 1960.

Y mientras se tomaban medidas de ese tipo que hacían más "inexpugnable" el siniestro cuartel, el dictador no dejaba de utilizar aquel escenario de crimen, para "guataquear" al amo yanqui. En cuanta oportunidad hubo, se celebraron en su polígono desfiles militares en "honor" de algún "influyente" norteamericano.

Bastaría sólo con revisar algunos diarios orientales para leer, con secuencia alarmante, informaciones con cintillos en primera plana similares al que aparece en el *Mundial*, del 7 de junio de 1937: *Lucida revista militar en el cuartel Moncada...*

Brillante Parada Naval-Militar se efectuó esta mañana en honor del contralmirante Williams.

El Moncada seguía tejiendo su larga historia como escenario de opresión al pueblo. Su esencia represiva, sin embargo, gana categoría jamás imaginada en el transcurso de la tiranía batistiana que se instaura en el país a raíz del artero golpe de estado del 10 de marzo de 1952.

No obstante, de las filas de la juventud cubana, surgieron los hombres encargados de enarbolar la bandera de la libertad. Cuando los disparos del 26 de Julio de 1953 hicieron impacto sobre las paredes y muros del Moncada, José Martí siguió *viviendo en el alma de la patria.*

Por primera vez, en sus casi 100 *años* de existencia, aquella fortaleza se estremeció ante una acción revolucionaria. Se sabe que se trataba de un plan que comprendía la ocupación de otras edificaciones, pero que tenía como objetivo central la toma del cuartel-cárcel.

Luego Fidel Castro explicaría, en su alegato *La historia me absolverá* que la intención del grupo de jóvenes del centenario era apoderarse por sorpresa del control y de las armas, llamar al pueblo, reunir después a los militares e invitarlos a abandonar la odiosa bandera de la tiranía.

Por primera vez en la historia se pretendía entregar al pueblo las armas de la fortaleza del Moncada.

Sin embargo, a pesar de que los combatientes revolucionarios encabezados por Fidel Castro lograron penetrar en el recinto del cuartel, una serie de factores imprevistos, unidos a la superioridad numérica del Ejército y a la protección que le brindaban las defensas de la fortaleza, hicieron fracasar el plan, en el orden militar.

La mayor parte de los asaltantes no fueron muertos en la lucha, sino que, ya dispersos, eran apresados en distintos puntos de Oriente y de la Ciudad de Santiago de Cuba, y conducidos al Moncada, donde eran torturados y asesinados.

Aludiendo a aquellos momentos homicidas, Fidel Castro denunciaría: *No se mató durante un minuto, una hora o un día entero, sino que en una semana completa, los golpes, las torturas, los lanzamientos de azotea y los disparos no cesaron un instante como instrumento de exterminio manejados por artesanos perfectos del crimen. El cuartel Moncada se convirtió en un taller de tortura y de muerte, y unos hombres indignos convirtieron el uniforme militar en delantales de carniceros. Los muros se salpicaron de sangre; en las paredes, las balas quedaron incrustadas con fragmentos de piel, sesos y cabellos humanos, chamuscados por los disparos a boca de jarro, y el césped se cubrió de oscura y pegajosa sangre. Las manos criminales que rigen los destinos de Cuba habían escrito para los prisioneros a la entrada de aquel antro de la muerte, la inscripción del infierno*: Dejad toda esperanza.

[En: *La historia del cuartel Moncada*. Edición UPEC-XX Aniversario. Editorial Organismos, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1974, pp. 13-41.]

Moncada. Primer combate de Fidel Castro

El ataque estaba previsto para las 5 y 15 de la madrugada. A las 5 menos cuarto, se comenzó a repartir a los compañeros en los autos, y se decidió que los prisioneros —el grupo Escalona y el de "patachula"— podrían irse después de la partida del último auto.

A pesar del cuidado con el cual Melba y Haydée habían recogido los clavos, esa misma mañana, un auto, el de Boris, tuvo un pinchazo al cabo de pocos metros. Tizol se detuvo inmediatamente y recogió, en su Oldsmobile a Boris y a sus compañeros, lo que llevó el número de sus pasajeros armados a dieciséis. Apenas si Tizol tenía bastante sitio para mover el timón.

Diecisiete kilómetros separan Siboney de Santiago. El trayecto se hizo sin incidentes. El convoy de los autos se detuvo dos veces: antes del estrecho puente de San Juan, para dejar pasar un jeep que rodaba en sentido contrario. Como dos cañones de fusil emergían de él, se creyó primeramente que se trataba de un jeep del ejército; pero cuando se acercó, se vió que no contenía más que dos viejos, que iban, sin duda, de caza.

Fidel detuvo por segunda vez el Buick que manejaba en la Avenida Garzón, para permitir al primer auto que entrara con un poco de distancia en la calle que llevaba a la Posta 3 del Moncada. Había que dejar tiempo, en efecto, al grupo de vanguardia para que neutralizase los centinelas y para que despejase la entrada, con el fin de que el auto de Fidel, que venía en segundo lugar, pudiese entrar en el cuartel, seguido de todo el convoy.

En realidad si el auto del grupo de vanguardia era efectivamente el primer vehículo del grupo de Fidel, no era el primer vehículo del convoy. Cuatro autos le precedían. Los tres primeros estaban ocupados por el grupo de Abel, el cuarto por el grupo de Raúl. Estos cuatro autos dejaron a su derecha la calle que llevaba al Moncada, y continuaron, por la Avenida Garzón, hasta sus objetivos respectivos: el hospital civil y el Palacio de Justicia.

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1966.]

El día 26 de Julio en la prensa...

Para el planeta Tierra, llevando la especie de los seres humanos en el espacio sobre su delgada capa de barro, el 26 de Julio de 1953 era un día como miles de millones de otros que había ya conocido. Pero desde que Hiroshima mostró a los hombres lo frágil que era esta corteza, las guerras que se encendían aquí o allá, sobre la superficie del globo, despertaban en ellos un sentimiento de angustia, aun si experimentaban un "cobarde alivio" al comprobar que la guerra era, como se decía, "local".

El 26 de Julio, precisamente, una guerra "local" acababa de terminar. El día 25, por la tarde, en Manson, es decir con la diferencia horaria, el 26 por la mañana en los Estados Unidos, el alto al fuego en Corea se firmaba, poniendo fin a un conflicto que había durado tres años: los dos beligerantes, a consecuencia del alto al fuego, se establecían de nuevo a los dos lados de la frontera primitiva. La cifra de los muertos coreanos no se conocía; pero los Estados Unidos, que tenían la costumbre de las estadísticas exactas, anunciaron que habían perdido 138 216 hombres.

El mismo día, las relaciones anglo-egipcias llegaban a ser extremadamente tensas con respecto al canal de Suez; en Indochina, el general Navarre, Comandante en jefe de las tropas francesas, decidía "una acción preventiva", cuyo propósito era apoderarse por sorpresa del campo de Dien Bien Phu; el militante argelino Ahmed Ben Bella, evadido de la prisión de Blida, llegaba a París y se ocultaba en la calle Cadet, en Montmartre, después de haber cruzado clandestinamente el Mediterráneo a bordo del "Ville D'Oran".

Los periódicos abundaban en detalles sobre los amores contrariados de la princesa Margarita y del capitán Peter Towsend.

En La Habana, el centro cultural Estados Unidos difundía un folleto en español titulado: "La educación del negro en los Estados Unidos." Terminaba con una nota optimista: algunas

dificultades quedaban, ciertamente, por resolver, pero una solución humana y equitativa estaba ya en perspectiva...

Los periódicos cubanos comentaban favorablemente la modificación ministerial a la cual Batista acababa de proceder. "Tiempo en Cuba", inquieto por la persistencia del sentimiento antibatistiano en el pueblo, dirigía al país esta advertencia solemne: "¡Cuidado! ¡Detrás de Batista sólo puede venir el caos!"

El dictador, "después de quien no podía venir más que el caos", pasaba sus vacaciones en Varadero, y, para más seguridad, no salía de su yate, el "Marta II". Su esposa le acompañaba. Los cronistas mundanos de "Información" revelaban que "la primera dama de la República" contaría dentro de dos días un año más.

El cardenal Manuel Arteaga, arzobispo de La Habana, que, algunos días después sería insultado y golpeado en su arzobispado por un oficial batistiano había prometido desplazarse para bendecir los locales de una nueva Compañía de Seguros: "The Insular Underwriter" de Cuba, filial de la gran compañía norteamericana del mismo nombre.

En el campamento de Columbia, en La Habana, el general Tabernilla ponía las estrellas de coronel sobre los hombros de Manuel Ugalde Carrillo, jefe del SIM que había organizado la represión contra los demócratas, después del golpe de Estado del 10 de marzo.

El mismo día, en Holguín (provincia de Oriente), un homónimo del nuevo coronel, el juez Fuentes Carrillo, decidía la hospitalización del joven Alfredo Ramírez, que, detenido por el ejército, y torturado por los soldados, había vomitado sangre en su celda y se encontraba en estado grave.

Como los sectores liberales de la prensa norteamericana habían sugerido al Departamento de Estado que interviniera cerca de Batista, para que pusiera fin a la "crisis cubana", el Departamento de Estado publicó, el 26 de julio, el comunicado siguiente:

"El Gobierno de los Estados Unidos, fiel a sus compromisos internacionales se niega a intervenir en los asuntos interiores de las Repúblicas Americanas".

El Periódico "Acción Cívica" de Bayamo señalaba el deplorable estado sanitario de Cuba, y la muerte de 25 000 caballos en su distrito a consecuencia de una epidemia de encefalitis.

El diario "Alerta" deploraba un nuevo caso de "geofagia" campesina en detrimento de una gran sociedad latifundista...

Con el propósito de calmar la inquietud que se había manifestado en la pequeña ciudad de Manzanillo (Oriente), el subsecretario cubano de Sanidad declaró que la curva de la mortalidad infantil no mostraba aumento en 1953 con relación a 1952. Y subrayó que, en el corriente mes de junio, *sólo veintiséis niños*

habían muerto de gastroenteritis en Manzanillo. Esa proporción de mortalidad era normal, y no había motivo para alarmarse.

Entre los males y los abusos que sufría el pueblo cubano, "El Excélsior", del 26 de julio denunciaba con vigor el que le parecía más grave: "El piropo".

Al regreso de una misión de "buena voluntad" cerca de los Estados de América Latina, el hermano del presidente de los Estados Unidos, Milton Eisenhower, dio, el 26 de julio, una conferencia de prensa, en el curso de la cual declaró especialmente:

"En el hemisferio occidental, nuestros vecinos y nosotros, nos entregamos conjuntamente, con entusiasmo, a la tarea de perfeccionar una comunidad fundada sobre los mismos fines y sobre una confianza fraternal".

Milton Eisenhower hizo una pausa, miró a los periodistas y agregó, destacando las palabras con fuerza: "Mi conclusión es ésta: el comunismo no tiene ninguna probabilidad en el hemisferio".

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1966.]

El cuartel Moncada

La calle que conduce de la Avenida Garzón a la Posta 3 del Moncada tiene unos cien metros de largo y ocho metros de ancho. A mitad de camino, a la izquierda, y un poco retirado, se alza el hospital militar, edificio de dimensiones bastante reducidas, de un solo piso. La parte de atrás de este edificio sólo está separada, por unos metros, del fondo del Palacio de Justicia. Este edificio, mucho más nuevo y grande, tiene tres pisos y sus vastas terrazas dominan la ciudad y el cuartel. El resto de la calle está compuesto de pequeñas casas de una planta bastante modestas, unas de madera, otras de mampostería, donde estaban alojados los suboficiales del cuartel. Esas casas no están separadas de la acera más que por muros pequeños, de sólo unos setenta centímetros de altura, detrás de los cuales buen número de fidelistas se refugiaron para disparar cuando comenzó el combate.

La foto que presento del cuartel Moncada muestra la Posta 3. Esta foto fue tomada después del combate por los periodistas, y numerosos impactos de balas son visibles en los muros. El conjunto del cuartel tiene más aspecto de una fortaleza que de un cuartel, en el sentido francés de la palabra. Si los cuarteles franceses están rodeados, en general, de muros altos, es más para dificultar que los soldados salgan que para impedir que entren los civiles mal intencionados. El cuartel Moncada con sus terrazas y sus muros bajos con almenas, y, a la entrada de la Posta 3, sus dos pequeños blocaos con aspilleras, sugiere, al contrario, que la eventualidad de un ataque desde el exterior estaba lejos de ser excluida por los que le habían construido. Sin embargo, el carácter arcaico de esas defensas, en un edificio que no tenía cuarenta años, implica que el ejército no había pensado jamás ser atacado por una fuerza que poseyera artillería y tanques, es decir por soldados de una potencia extranjera, pues esas defensas no son eficaces, con toda evidencia, más que para proteger hombres contra un armamento ligero de infantería, es decir, en una palabra, contra rebeldes. Como ya lo hemos subrayado,

y como la arquitectura misma del cuartel lo testimonia, la razón de ser del ejército no era proteger la nación cubana contra un improbable enemigo, sino defender el poder o derribarle.

Es una fatalidad de los Estados de América Latina que los ejércitos que se crearon originalmente con una preocupación de independencia, se vuelvan tan frecuentemente contra sus propios pueblos. Creados para afirmar la soberanía de su país, son utilizados para destruirla por la gran nación protectora.

El ejército cubano apenas estuvo organizado y ya los Estados Unidos se hacían cargo de la formación de los oficiales. Fundaban en La Habana Academias militares, donde el bilingüismo —las lenguas inglesa y española enseñadas en un plano estricto de igualdad— estaba acompañado de esfuerzos sistemáticos para desnacionalizar al futuro oficial. Se les enseñaba la civilización de los Estados Unidos, se celebraba el estilo de vida norteamericano (the American way of life), no se sentía escrúpulo en presentar a los Estados Unidos como los "libertadores" de Cuba, y se insistía, desde luego, mucho más sobre la historia de los Estados Unidos que sobre la historia de la isla. Con el fin de tener más éxito entre la burguesía cubana, esas escuelas se complacían en cubrirse con patronímicos católicos. Así, al lado de la "Havana Military Academy", se encontraba "St. Thomas Military Academy", o incluso, por una ingeniosa alusión a la disciplina de los jesuítas, la "Loyola Military School". Los lazos así creados desde la escuela con los Estados Unidos se fortificaban con cursos de West Point, con la presencia en Cuba de una numerosa misión militar de los Estados Unidos, y, en la escala de los generales, con relaciones contínuas con la embajada de los EE.UU., o con relaciones menos visibles, pero igualmente provechosas, con el "big bussines."

Si los oficiales, más yanquis que cubanos, y más politiqueros que combatientes, no escapaban a la corrupción del régimen, la moral de los soldados no era más elevada. Ejército, no de ciudadanos, puesto que no había servicio militar obligatorio, sino de mercenarios bastante mal pagados procedentes de las masas de obreros o campesinos sin trabajo, que preferían las tareas represivas a la perspectiva de morir de hambre, su valor combativo era débil, su patriotismo nulo, y no conocía otra fidelidad que la que concedía a los jefes, si estos se habían hecho apreciar. Cuadriculando a Cuba de un extremo a otro de su territorio con una red apretada de cuarteles con aspecto de fortaleza en las ciudades, y de cuartelillos en los pueblos pequeños, los soldados estaban ahí para detener, torturar, y ejecutar sin juicio a los "facciosos", y no para pelear.

El cuartel Moncada alzaba sus muros con almenas y sus blocaos con aspilleras en el centro mismo de la ciudad. Era contra ella, para mantenerla curvada en la obediencia, por lo que había sido erigido. Había algo de feudal en esta disposición. El cuartel aplastaba la ciudad. La contrarrevolución se alzaba en medio de la revolución. La represión frente al levantamiento. En el cuartel, todo estaba concebido para permitir, en caso de ataque, una reunión rápida de los soldados en el vasto patio que se extiende delante del edificio y que se llama el polígono. A uno y otro lado de la torre central —la Jefatura— que agrupaba los servicios del estado mayor del regimiento, corre un balcón al que se sube por seis escaleras. Estas llevan a los dormitorios, y su número es suficiente para verter, en caso de alerta en el polígono, una masa importante de soldados.

El cuartel tenía varias salidas, todas guardadas como la Posta 3 por dos o tres centinelas armados, delante de una cadena tendida entre dos pequeños blocaos: una, la Posta 1, que daba frente a la Jefatura; la segunda, la Posta 2, a la izquierda de la Jefatura, simétrica y opuesta a la Posta 3, y una cuarta salida al fondo de los edificios.

Frente a la Posta 2, y al otro lado de la calle, estaba la casa de una planta, pintada de verde, del coronel jefe del regimiento número 1, acantonado en el Moncada. Parecía, a primera vista, estar construida de madera, pero, en realidad, la madera estaba completamente forrada, por el interior, con una pared de cemento, que ponía el edificio a resguardo de las balas. Esa casa de una planta, que, en aquella época, estaba ocupada por el coronel Chaviano, era vasta, muy alta de techo y sin elegancia, pero, precaución significativa, tenía, como el cuartel, una radioemisora.

Bajo el largo balcón que corre a lo largo de la fachada del cuartel de un extremo a otro, se abren vastos sótanos utilizados para almacenes, servicios subalternos, etc. A nivel de la torre de la Jefatura, a la izquierda, se encontraba la cocina y, a la derecha los calabozos, vastas mazmorras que cerraban fuertes rejas desde la bóveda del techo hasta el suelo de cemento. Entre las rejas había un pasillo central por donde circulaban los vigilantes. Sobre las terrazas habían instaladas unas ametralladoras, que estaban cubiertas con sus fundas.

Detrás del cuartel, separado de él por un patio de unos treinta metros, e invisibles sobre la foto, se alza un edificio tan alto como la torre de la Jefatura, y casi de las mismas dimensiones. Ahí se encontraba el club de los oficiales y una institución que, a la escala de regimiento, era tan temida como el SIM a escala nacional: el SIR o Servicio de Información del Regimiento. Estaba dirigido por el capitán Lavastida.

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1966.]

Hacia el combate

(Fragmento)

a) Las acciones en el cuartel

Era noche cerrada —4:45 de la madrugada— cuando los combatientes comenzaron a salir en 18 carros, rumbo al objetivo, de la casa de Siboney, situada a 17 kilómetros de la ciudad. El orden de los automóviles guardaba relación con la forma en que debía llevarse a cabo el asalto. Así, abriendo la caravana iban las máquinas que se dirigían al hospital civil. La primera, manejada por Abel Santamaría, un "Pontiac" modelo 1950 y la segunda por Juan M. Ameijeiras, un "Chevrolet". A ésta la seguía otro "Chevrolet", modelo 1946 —donde iba Raúl Castro con su grupo— tripulado por Mario Dalmau. Sus ocupantes perdieron el rumbo y cuando bajaban por la avenida Garzón en vez de doblar por Carretera Central para detenerse ante el Palacio de Justicia continuaron hasta la Plaza de Marte, la que tuvieron que circunvalar para dirigirse, finalmente, a su objetivo. Un cuarto auto —"Mercury" de 1950— lo guiaba Pedro Marrero, que conducía la vanguardia del grupo de Fidel, encargada de forzar la posta 3. Tras él debían entrar en el cuartel los demás carros. Fidel, manejando un "Buick" de 1953, ocupaba el quinto lugar en el convoy, seguido por la máquina que guiaba Boris Luis Santa Coloma. Integraban el resto de la caravana los autos tripulados por Ernesto Tizol, Oscar Alcalde, Héctor de Armas, Fernando Chenard, Gildo Fleites, José Ponce, Ciro Redondo y Oscar Quintela. En este iba el grupo de reserva de Pedro Trigo, principal apoyo en la operación comando dirigida por Fidel. El último carro conducía al médico Mario Muñoz, Haydée y Melba, y Raúl Gómez García.

[En: *Bohemia*, 27 julio de 1973.]

las acciones

Recuerdos del Moncada

(Fragmento)

Me ordenaron montar en el tercer automóvil. Cuando voy a salir de la Granjita, oigo la voz de Abel que decía a Fidel: "Yo no voy al hospital. Allí que vayan Yeyé, Melba y el Médico. Yo tengo que pelear si hay que pelear, que otros pasen los discos y repartan las proclamas."

Fidel, consciente del valor de la figura de Abel, amistosamente le ordenó:

"Tú tienes que ir al Hospital Civil, Abel, porque yo te lo ordeno y tenemos que ser disciplinados. Irás al Hospital, porque yo soy el jefe, y como tal debo ir al frente de los hombres. Tú eres el segundo, yo, posiblemente, no regrese con vida."

Abel continuó insistiendo: "Precisamente Fidel, porque eres el jefe debes cuidarte, no vamos a hacer como Martí, inmolarse cuando más falta le haces a la patria y a nosotros mismos."

Fidel lo miró fijamente, le puso las manos en los hombros y persuasivo, aunque con firmeza, le respondió:

"Yo voy al cuartel y tú al hospital, porque eres el alma del movimiento, compañero inteligente, abnegado y valiente, y si muero tú me sustituirás." Se volvió a nosotros y ordenó:

"¡Vamos!"

Segundos después una caravana de automóviles corría por la carretera de la Granjita hacia Santiago de Cuba. El recorrido se hacía sin dificultades, pero al llegar al puente de hierro, por el que sólo podía pasar un vehículo, vimos aproximarse, en sentido contrario, a dos jeeps del ejército y nos sobresaltamos. No sé cómo detuvieron sus carros y dieron marcha atrás para dejar pasar nuestra larga fila, que, al continuar avanzando, recibió el saludo militar de los que nos proponíamos derrocar; nos confundieron con miembros del ejército.

Pensando sobre el incidente concluí que quizás los que viajaban en los jeeps iban de cacería por el tipo de escopeta que llevaban. Después teniendo en cuenta esta casualidad pensé que no

tendríamos problemas para poner en práctica nuestra operación sorpresa contra el cuartel Moncada, ordenada y dirigida por el compañero Fidel.

La caravana continuó la marcha y el auto conducido por Pedro Marrero se acercó a la fortaleza. Unos metros antes de llegar a la posta No. 3 se detuvo y Renato Guitart se bajó gritando a los centinelas allí apostados:

"¡Abran paso, que ahí viene el general!"

Los soldados se cuadraron de inmediato y presentaron armas. Serían aproximadamente las 5:15 de la mañana del 26 de julio de 1953.

[En: *Verde Olivo*, 23 de julio de 1978.]

El asalto a la posta tres

(Fragmento)

Fidel pidió voluntarios para tomar la posta tres, y en honor a la verdad, todos dimos un paso adelante. Pero fue el Dr. Castro quien escogió a los que integraríamos ese primer grupo: Carmelo Noa, de Artemisa; José Luis Tasende, obrero de una compañía productora de queso; Renato Guitart, de Oriente; Ramiro Valdés, un joven de Artemisa; José Suárez Blanco, líder del M-26-7 en Pinar del Río, también de Artemisa; Pedro Marrero, obrero de una cervecería; y quien les habla. MONTANE

Renato Guitart era el jefe de la "Operación Posta Tres". A las 5 y 10 de la madrugada del 26 de julio partimos hacia nuestro objetivo. Quiero aclarar que no se distribuyeron cargos algunos ni galones de ninguna clase, ya que éstos —todos estábamos de acuerdo— había que ganárselos en la lucha. A las 5 y 20 minutos de la madrugada llegamos al cuartel "Moncada".

En la primera máquina en el asiento delantero, íbamos Pedro Marrero, al timón; yo en el medio, y Renato Guitart a mi derecha, en la ventanilla. Renato con un arma larga y una pistola, yo con un rifle calibre 22, y Marrero con una 45. En el asiento trasero, Noa, Tasende, Ramiro Valdés y Suárez Blanco, con armas largas y cortas distribuidas.

Nadie en el asalto utilizó armas blancas, pues, sencillamente, no las llevábamos. En la posta tres había dos soldados y un sargento. Nosotros parqueamos el auto a 10 ó 15 metros de ese lugar. Como estábamos vestidos de militares saludamos a los tres militares y ellos nos respondieron. Nos apeamos los 7 del automóvil. Ramiro Valdés, quien había quitado las cadenas que cerraban la entrada de las máquinas al cuartel, mientras que Marrero, Guitart, Noa, Tasende y Suárez Blanco desarmaban a la posta. Los dos soldados no ofrecieron resistencia, pero el sargento intentó tocar el timbre de alarma, a pesar de las advertencias que se le hicieron, y hubo necesidad de ultimarlo de un balazo. La cara de sorpresa del sargento es tal cuando cae herido, que le dice a

Suárez Blanco: "Hijo, ¿qué has hecho?..." pues pensaba que era un compañero del Cuerpo. Pero aún herido, el sargento en su caída logra tocar el timbre de alarma, y con ello alertar al resto de la tropa. Casi simultáneamente el compañero Gustavo Arcos, tripulante del tercer auto, se le hace sospechoso a un militar y no le queda más remedio que tirarle. También una posta cosaca —movible— que vigilaba los alrededores del cuartel, atrasada en su recorrido según los chequeos que habíamos realizado días antes, nos sorprendió y constituyó un factor importantísimo en el fracaso del asalto.

[En: *La Calle*, 26 de julio de 1959.]

Casi al llegar a la posta tres

(Fragmento)

—Ya en la granja, vestidos de uniforme del Ejército y recibiendo las últimas instrucciones de Fidel, yo cojo una ametralladora de mano, marca Halcón, de fabricación argentina. Cuando Fidel me vio con la ametralladora en la mano me dijo: —tú mismo vas a tomarla.

—Fidel arengó a todos los compañeros y al terminar sus palabras dijo que el que no estuviera de acuerdo tenía tiempo de arrepentirse dando un paso al frente. Nadie lo dio. Pero cuatro se atemorizaron y también tuvieron pena de dar el paso al frente. Inmediatamente que se rompió filas, los cuatro le hicieron presente a Fidel que no iban. Fidel los mandó a prender. Chenard y el Dr. Muñoz se encargaron de meterlos en la cocina, en calidad de detenidos.

—Momentos antes de salir, Fidel les dijo que cogieran una máquina y se fueran después detrás de nosotros. Así lo hicieron, pero cogieron la delantera de la caravana de máquinas que iban al Moncada.

—Al llegar al puente del Siboney, la máquina número uno, en que yo iba, y que era manejada por Pedro Marrero, le pita para que nos deje vía libre. Ellos se hacen a un lado pero vuelven a meterse en la caravana. De esta forma quedan creo ocho máquinas tras ellos, cuyos compañeros no estaban enterados de la deserción de esos cuatro. Cuando los desertores cogen por el reparto Sueño buscando la Carretera Central hacia La Habana, las máquinas los siguen, y cuando se dan cuenta que se están alejando de Santiago, ya es muy tarde, y además se pierden por completo en la ciudad que no conocían. Los esbirros se ensañaron con esos compañeros. Por lo menos el 80% de los que iban en esas máquinas fueron asesinados por los soldados de la tiranía. Ellos llevaban las escopetas automáticas, y de haber llegado al cuartel, es posible que otra suerte hubiera tenido el asalto.

—En la máquina nuestra, que era la uno, iba Pedro Marrero, José Luis Tasende, Renato Guitart, que dirigía la acción de la toma de la posta, Carmelo Noa, Ramiro Valdés, Jesús Montané y yo. Nos seguía la máquina en que venía Fidel.

—Casi al llegar a la posta tres, nos encontramos con la posta "cosaca", la que hace guardia rondando fuera del edificio. Se cuadraron y nos saludaron, llegando nosotros hasta la posta tres.

—Ahí nos apeamos y al grito de Renato: "¡Abran paso al general!" los cogimos por sorpresa y les arrebatamos los rifles. Se quedaron lelos.

—A todo esto, la guardia "cosaca" que se había alejado, vio la operación y abrió fuego contra la máquina de Fidel. Los guardias disparan y salen corriendo a dar la alarma. Inmediatamente se generaliza el tiroteo.

—Ahí cae Renato, que se había lanzado a coger la radio del cuartel.

[En: *Verde Olivo*, 29 de julio de 1962.]

Nos reciben a tiro limpio...

(Fragmento)

Creo que fue poco después de las cinco de la mañana que partimos. En mi máquina todos los que íbamos éramos artemiseños. Fidel quería que estuviéramos juntos, porque confiaba mucho en nuestra puntería para cualquier emergencia. Me acompañaban en el auto —no recuerdo quién era el chofer— los hermanos Roberto y Orlando Galán, Ricardo Santana, Marcos Martí y Marino Collazo. Yo llevaba por todo armamento una pistola calibre 38 con un magazine y alrededor de una veintena de balas sueltas. Otros compañeros portaban rifles y escopetas calibre 16.

contradice p. 45, 48

Nuestro carro venía a ser el quinto en la fila en que nos dirigíamos hacia el "Moncada". Un buen tramo antes de llegar escuchamos el inicio del tiroteo. Eso nos advirtió de que no había funcionado el factor sorpresa. Al pasar la posta nos dispararon una descarga cerrada. Todos salimos ilesos, pero saltamos del carro y nos parapetamos detrás de la carrocería. Desde allí comenzamos a disparar contra todo lo que se movía por los ventanales y corredores del cuartel. Era nuestro bautismo de fuego y, en mi caso, puedo decir que la rociada de plomo me alivió los nervios en tensión. Ya tenía algo más serio de que preocuparme. El instinto de conservación funcionaba junto con el afán de combatir. Traté de ver desde dónde nos disparaban. Oí decir a alguien que había una ametralladora calibre 30 que nos hacía fuego.

Posteriormente he pensado que hubo alguna confusión entre nosotros mismos, por vestir uniformes similares a los soldados de Batista. Apenas nos lanzamos del auto, vimos correr a varios militares por los corredores y les abrimos fuego, desde abajo hacia arriba. En ese momento, Orlando Galán, que estaba cerca de mí, me dio tremendo halón, separándome del carro del cual me ocultaba. Fue oportuno, pues inmediatamente se escuchó fuego graneado y el guardafangos donde me apoyaba unos segundos antes, quedó convertido en una criba. El tiroteo se intensificó y

decidimos los que estábamos juntos correr hacia una garita cercana para rectificar el fuego. Cuando hacíamos esto, vimos llegar a un soldado que trataba de entrar al cuartel para unirse a sus compañeros. Al vernos, hizo ademán de esgrimir su revólver 45. Uno de nosotros le hizo un disparo de escopeta y el hombre cayó. Desde el suelo, sangrando abundantemente por un costado, extrajo el arma y tomó puntería. Era un valiente. Pero otro disparo lo dejó exánime...

Por lo que pude ver, Ramirito Valdés, Suárez Blanco y René Guitart lograron entrar en el cuartel. Este último moriría poco después.

Fidel se dio cuenta de que estábamos perdidos. Era inútil insistir en el intento. Otra de las cosas que había ocurrido, según pude saber más tarde, era que un grupo numeroso de músicos de la Banda Militar salían del "Moncada" en los momentos que llegaban los primeros carros asaltantes. Al escucharse los disparos iniciales estos músicos militares tomaron las armas y contuvieron nuestro asalto, hasta que la guarnición pudo reponerse y enfrentar nuestro reto.

[En: *Revolución*, 22 de julio de 1963.]

Severino Rosell

El asalto

(Fragmento)

El éxito del ataque se jugó en pocos segundos sobre dos acciones que estoy obligado a describir una tras otra, pero que se produjeron simultáneamente y pusieron en juego tres autos: el auto número 1 del grupo de vanguardia, el auto número 2 manejado por Fidel y el auto número 3 que le seguía a pocos metros.

Ocho compañeros montaron en el auto número 1: en el timón, Pedro Marrero; en el centro, Montané; a la derecha, Renato Guitart. Detrás, de izquierda a derecha, mirando hacia adelante: Pepe Suárez, Ramiro Valdés, Tasende, Noa y Corcho.

El grupo de vanguardia del auto número 1 había recibido dos misiones distintas. Jesús Montané, Ramiro Valdés y Pepe Suárez debían neutralizar los centinelas y ocupar la Posta 3. El resto del grupo, bajo el mando de Renato Guitart, debía subir por la primera escalera a la izquierda después de la Posta 3, penetrar en los edificios y apoderarse de la emisora.

Mientras que el auto número 1 se acercaba a la Posta 3, sus ocupantes tuvieron la sorpresa de ver, sobre la acera de la izquierda de la calle, y a unos diez metros aproximadamente de los centinelas que guardaban la Posta 3, dos soldados armados con metralletas. Esos dos soldados formaban parte de un puesto de guardia volante, que se sumaba por el exterior del muro del cuartel. En el ejército se le llamaba "guardia cosaca" y su existencia era conocida de los fidelistas. Estos habían tenido cuidado de documentarse sobre sus horas de paso, y su sorpresa, al comprobar su presencia, ahora radicaba en el hecho de que a las 5 y 15 —hora precisa fijada para el ataque— *no había debido encontrarse allí*. Sin duda, el carnaval debió aflojar la disciplina, introduciendo un retraso de algunos minutos en la ronda de la guardia cosaca. Sin embargo, los combatientes del auto número 1 estaban muy concentrados sobre su misión para ser inquietados por la presencia de esos dos hombres. Estos, por otra parte, al distinguir los uniformes y los galones de sargentos en el auto

lleno de hombres que pasaba delante de ellos, obedecieron a un reflejo condicionado: se pusieron en atención.

El auto número 1 se detuvo a pocos metros de la cadena, y, parece, más bien sobre la izquierda de la calle. Los ocho combatientes saltaron de él, y Renato Guitart, como se había acordado, gritó con voz fuerte "¡abran paso, que ahí viene el general!" Esta frase había sido cuidadosamente calculada para intimidar a los centinelas, y llenó a maravilla su función. Viendo surgir de un auto ocho sargentos, y oyendo a uno de ellos anunciar la llegada del "general", pensaron que se trataba de Batista, o por lo menos, de Tabernilla, y, aterrorizados de antemano por la idea de ser cogidos en falta, se pusieron en atención temblando, y presentaron armas. Su terror aumentó cuando tres de los "sargentos", Pepe Suárez, Ramiro Valdés y Jesús Montané, se dirigieron hacia ellos con aire furioso, y les quitaron de las manos sus Springfields. Pálidos y estupefactos, dejaron que les quitasen las armas, y retrocedieron al interior del cuartel. Montané y Ramiro Valdés quitaron la cadena. El camino estaba libre, la Posta 3 neutralizada. Renato y su pequeño grupo se lanzaron a la escalera y penetraron, arma en mano, en el edificio.

Un segundo después, en la calle que llevaba al cuartel, estallaron unos disparos y un timbre de alarma, particularmente fuerte y estridente, comenzó a sonar de manera ininterrumpida en las cuatro esquinas del cuartel.

Para comprender el encadenamiento de los hechos es preciso volver algunos segundos atrás. El auto número 2, que manejaba Fidel, seguía al auto número 1 a unos treinta metros aproximadamente, y muy despacio, para darle tiempo a que realizase su misión. Al lado de Fidel, en el asiento delantero, estaba sentado Reinaldo Benítez (que llevaba sobre su pecho la medalla de la virgen que su madre le había dado la víspera, en Bayamo), y, al lado de él, Pedro Miret, el gran maestro-armero del Movimiento. En el asiento de atrás, de izquierda a derecha, se habían situado Gustavo Arcos, Abelardo Crespo, Carlos González e Israel Tápanes.

Entre el pequeño hospital militar y las casas de una planta de los sub-oficiales, a la izquierda de la calle, hay una pequeña avenida, y mientras que el auto número 2 sobrepasaba el hospital militar, la atención de los combatientes que ocupaban el asiento de atrás fue atraída por un sargento del ejército, que bajaba por esa pequeña avenida a pasos rápidos, llevando en la mano un cartucho con víveres. Mientras caminaba, miraba el auto número 2 y el auto número 3 con aire a la vez sospechoso y espantado, y llevó, con un gesto maquinal, la mano a su revólver.

Fidel no vio ese sargento. Tenía la vista fija en los dos soldados con metralletas de la guardia cosaca, que, en ese instante, estaban de espaldas a él. El grito de Renato Guitart; "¡Abran paso que ahí viene el general!" les había paralizado de sorpresa,

y miraban estupefactos a los "sargentos" del auto número 1 desarmar a los centinelas.

"En ese momento —me dijo Fidel—, he tenido dos ideas en la mente. Temí, puesto que cada uno tenía una metralleta, que los hombres de la guardia cosaca se pusieran a disparar sobre nuestros compañeros que estaban ocupados desarmando a los centinelas. En segundo lugar, quise evitar que sus disparos alarmasen al resto del cuartel. Concebí pues la idea de sorprenderlos y de hacerles prisioneros. Eso parecía fácil, puesto que me volvían la espalda..."

Fidel dijo: "Vamos a arrestarlos". Y al decir eso, disminuyó la velocidad aún. Ninguno de los ocupantes del asiento de atrás puso atención en ese plural y ninguno creyó que se trataba de la guardia cosaca. Tenían la vista fija en el sargento del cartucho que, siempre tan nervioso y desconfiado, había llegado a su altura. Gustavo Arcos agarró el puño de la portezuela y sacó el revólver, dispuesto, en cuanto el auto se detuviera, a saltar sobre el hombre y a detenerle.

Lo que sucedió a continuación fue cosa de dos o tres segundos. Fidel seguía despacio junto a la acera de la izquierda, no estaba ya más que a tres o cuatro metros de la guardia cosaca, abrió suavemente la portezuela, y sacó su Luger de la funda. Hecho eso, paró el auto. Gustavo Arcos, detrás de él, abrió la portezuela y puso un pie en la acera.

En ese momento, los dos soldados de la guardia cosaca se volvieron al mismo tiempo, como movidos por el mismo instinto, hicieron frente al auto número 2, y apuntaron sobre él sus metralletas. Fidel aceleró y volviendo el timón a la izquierda, lanzó el auto sobre ellos.

Gustavo Arcos, empuñando el revólver, gritó: "¡Alto!" al sargento del cartucho. En el mismo momento, el Buick, —del que apenas había salido, manteniéndose en equilibrio sobre un pie— dio un brusco salto hacia delante, la portezuela se cerró sobre él. Cayó y rodó por el suelo. El Buick estaba demasiado cerca de la acera, y él giró demasiado en ángulo recto, lo que dificultaba que el auto pudiese subir a la acera. En efecto la rueda izquierda delantera chocó violentamente con el contén y el motor se detuvo.

Cuando el sargento del cartucho vio rodar por el suelo al hombre que le había gritado "¡alto!" apuntando un arma sobre él, tuvo un reflejo de miedo: echó mano a su revólver. Inmediatamente, del auto número 3, sonaron varios disparos y, en el mismo momento en que Gustavo Arcos se levantaba del suelo, el sargento se desplomaba fulminado.

Cuando Israel Tápanes, en el asiento de atrás del auto número 2, vio a la guardia cosaca apuntar las metralletas en dirección al auto, se agachó cubriéndose la cabeza con las dos manos. Unos disparos estallaron detrás de él, alzó la cabeza, y, por el parabrisas, vio a la guardia cosaca dar la vuelta a la izquierda de la

calle y huir. Dijo a Carlos González que estaba al lado de la portezuela de la derecha: "¡abre! ¡abre! ¡abre!", pero González no llegaba a encontrar el puño de la portezuela. Israel empujó con todas sus fuerzas. La portezuela se abrió de golpe. González cayó sobre el asfalto e Israel rodó sobre él. Cuando se levantó, tenía su arma en la mano. Se encontró, no supo cómo, entre Fidel y Pedro Miret detrás del auto. Vio aparecer un soldado en la ventana del hospital militar. Disparó sobre él, con el cañón de su fusil a pocos centímetros de la cabeza de Fidel. Fidel hizo un gesto, y puso la palma de la mano sobre su oreja, como si la detonación le hubiera ensordecido. En el mismo instante, el timbre de alarma resonaba en el cuartel con fuerza estridente.

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1966.]

Robert Merle, Moncada.
P. 182

Logramos encañonar a más de 50 soldados...

(Fragmento)

Después de desarmar a los dos soldados de la posta tres, que no hicieron resistencia, los llevamos encañonados hasta una barraca que está a la izquierda del cuartel, después de entrar. Suárez Blanco, Ramiro Valdés y yo, logramos encañonar a más de 50 soldados que se encontraban a medio vestir y semidormidos. Entonces se origina un tiroteo y la gente restante del cuartel logra formar una resistencia.

Muchos compañeros que no conocían la topografía del Moncada, equivocadamente entraron en las casas aledañas al cuartel, creyendo que eran parte de la fortaleza. Cuando teníamos encañonados al grupo de 50 soldados comenzaron a tirarnos de distintos lugares. A esa hora ya estaba formado el tiroteo en el Palacio de Justicia, que había sido tomado por Raúl Castro, habiendo emplazado una ametralladora en la azotea, cumpliendo así las órdenes de su hermano Fidel. Abel Santamaría, conjuntamente con su hermana Haydée y la Dra. Melba Hernández —hoy mi esposa— habían ocupado el hospital "Saturnino Lora".

En otras barracas del cuartel los soldados comenzaron a tirarle a los demás autos que se encontraban fuera del Moncada. La resistencia duró hasta las 8 y 30 de la mañana del 26 de julio. El tiroteo fue intensísimo. Desde el Palacio de Justicia y desde el hospital nuestros compañeros disparaban hacia el cuartel.

En todo momento el compañero Fidel se mantuvo dirigiendo el ataque, manteniéndose siempre en zona de peligro, saliendo con vida por verdadero milagro. Hubo un instante en que, cuando ya se había dado la orden de retirada, una ráfaga de ametralladora nos pasó muy cerquita de nuestras cabezas, lanzándonos juntos al suelo.

Logré coger una máquina junto con Ciro Redondo y Suárez Blanco, y nos dirigimos a Siboney, según las instrucciones que habíamos recibido en caso de fracasar el ataque. Fidel también logró salir en otro auto, logrando más tarde agrupar alrededor

de 20 compañeros en Siboney, lugar donde nos conminó en un discurso a continuar la lucha, y animados por sus palabras nos dirigimos hacia las lomas de "Siboney" para allí continuar la resistencia armada.

De ese grupo, entre otros, recuerdo a los siguientes compañeros: Almeida, Oscar Alcalde, Mario Chanes, Francisco González, Eduardo Montano, Jaime Costa, Armando Mestre —muerto en el "Granma"— Israel Tápanes, Reynaldo Benítez, Vero, Lazo y otros más, hasta el número de 20 justamente.

De los siete que íbamos en la primera máquina que asaltamos la posta tres, murieron cuatro: Noa, Guitart, Tasende y Marrero. Guitart fue muerto en combate, a Tasende lo vi herido en una pierna durante la lucha. De Marrero tengo la impresión que fue asesinado más tarde, al igual que la mayoría de nuestros compañeros. De Noa realmente no sé, aunque pienso lo mismo que con Marrero.

El grupo de veinte que habíamos logrado reunirnos estuvimos dándole vueltas a las lomas alrededor de Santiago durante los días comprendidos entre el 26 y 29 de julio en que Fidel nos ordenó a Tápanes y a mí que bajáramos a Santiago para acompañar a tres heridos, y además porque estábamos sumamente debilitados, y sin fuerza alguna para proseguir en los montes.

Cuando bajamos, Tápanes, los tres heridos y yo, nos detiene un grupo de militares y nos conducen al cuartel "Moncada" donde nos recibe una jauría de más de 50 soldados, cercándonos y dándonos de patadas e insultándonos hasta llegar a las oficinas del SIR. Reynaldo Benítez fue también víctima de estas vejaciones.

Mientras, Fidel y los demás se internaban en los montes. Se me acercó un sargento con los guantes ensangrentados y una navaja barbera amenazándome con extirparme los testículos si no hablaba. Si decía que había combatido me iban a matar irremisiblemente. No podía revelar el nombre de Fidel, para resguardarlo —al igual que a los demás—, ya que esa era la consigna hasta tanto no transcurrieran seis u ocho horas: el tiempo necesario para que lograran escapar. Me dieron un galletazo y me hicieron una herida muy leve con la navaja, aplicándome más bien torturas mentales, pero siempre negué mi participación en el ataque (hasta el día del juicio) con lo que logré salvar la vida. Me preguntaron si yo aspiraba a ser coronel, y les respondí que en la "General Motors" ganaba más que un coronel. Chaviano le dijo al capitán Lavastida, refiriéndose a mi persona: "Este tiene tipo de profesor... Es un intelectual... Déjalo, que es incapaz de hacerle daño a nadie... ¡No hace falta fusilarlo!...

Si logré despistar en los primeros momentos a los esbirros fue porque los guajiros del monte me habían dado una guayabera limpia y lo necesario para afeitarme y asearme, y por lo tanto no lucir como uno de los atacantes. En fin, me habían detenido por sospechas. Pero al enviarles al SIM en La Habana, mis huellas dactilares y mi foto, supieron que allí estaba fichado con motivo de la detención que me hicieron cuando un mal compañero nos delató a raíz de sacar el periódico "El Acusador", en una tirada especial que hicimos de 10 000 ejemplares, de los cuales lograron ocuparnos 5 000. Todos los de ese grupo participamos en el asalto al "Moncada".

Entonces, Chaviano no tuvo dudas de que yo había participado en el ataque. Estuve preso en el "Moncada", hasta el primero de agosto, fecha en que fui trasladado para el Vivac de Santiago de Cuba, llegando allí Fidel dos días después. De ese lugar nos trasladaron para la cárcel de Boniato, hasta el primero de octubre en que fuimos enviados a Isla de Pinos.

En todos los momentos nos estuvieron amenazando de muerte. Y se prepararon expediciones desde el cuartel "Moncada" para asesinarnos; hechos que no pudieron llevarse a efecto gracias a la intervención del teniente Llanes Pelletier, que era supervisor militar de la cárcel de Boniato.

Fue en Isla de Pinos donde se funda la academia ideológica "Abel Santamaría" para adoctrinar a los 29 compañeros presos que allí nos encontrábamos, y fue Fidel quien personalmente nos adoctrinó.

[En: *La Calle*, 26 de julio de 1958.]

A todo esto...

(Fragmento)

—A todo esto, la banda del Estado Mayor estaba formada a treinta metros de allí, observando todo.

Avanzando hacia dentro del Cuartel, cae Pepe Luis, con un tiro en la pierna. Lo asesina después Río Chaviano.

—A todo esto, estaba tomada ya el ala derecha del edificio.

—Al ver que no venían más refuerzos, salgo de la posta con Pedro Marrero. Me encontré con Fidel que con el arma en la mano, alentaba a la gente a seguir adelante, mientras disparaba constantemente contra un artillero que en calzoncillo trataba de apoderarse de una ametralladora pesada, que desde la azotea de la jefatura dominaba todo el polígono.

Marrero cae atravesado por una ráfaga de cincuenta, al subir cuatro o cinco escalones.

—Al percatarse Fidel que el factor sorpresa ha sido superado y que el ejército se recupera del ataque, y al no llegarnos los refuerzos extraviados en Santiago, da la orden de retirarse. Nos retiramos disparando.

En la máquina que yo voy, va Ciro Redondo manejando, Pancho González, (de Puentes Grandes) y Chanes. Heridos van Reinaldo Benítez, Marino y Abelardo Crespo.

Nos dirigimos nuevamente al Siboney y de ahí, a las lomas. Éramos 19 hombres en total los que seguimos para las lomas.

[En: *Verde Olivo*, 29 julio de 1962.]

La posta tres estaba barrida...

(Fragmento)

Mientras que Renato y su pequeño grupo se lanzaban por la escalera exterior que lleva al balcón del primer piso, y desde allí, entraban en el cuartel, Montané, Pepe Suárez y Ramiro Valdés empujaban delante de ellos a los centinelas desarmados. Bajo el balcón vieron lechos, y en ellos, soldados estupefactos, que les miraban sin moverse. Esos soldados habían venido de refuerzo a Santiago para el carnaval, y como los dormitorios estaban llenos, no se había encontrado para alojarles más que unas camas de emergencia que pusieron debajo del balcón que está a lo largo de la fachada del cuartel. "¡Acuéstense debajo de la cama!" gritó Ramiro a los centinelas, y éstos obedecieron inmediatamente. Luego, volviéndose hacia los soldados, gritó: "¡estesen quietos, si no, les tiramos!". Los soldados levantaron dócilmente las manos por encima de la cabeza, y los tres compañeros se dieron cuenta de que acababan de hacer prisioneros, ellos tres, a unos cincuenta hombres.

Los disparos continuaban sonando alrededor de ellos sin que pudiesen saber de dónde venían, y dominando los disparos, el timbre estridente de alarma les perforaba los nervios, ininterrumpido, interminable, desesperante.

Montané dirigía su arma sobre los soldados acostados. Tenía colgado del hombro el Springfield que había arrancado al centinela. Comprendió que debía escoger entre el Springfield y la carabina 22 que tenía en la mano, y dudaba. Al mismo tiempo, se daba cuenta de que su vacilación no tenía sentido, pues el valor de las dos armas no era comparable. Pero se había entrenado en el tiro de la carabina, y le daba un sentimiento tranquilizador de familiaridad, y tuvo que hacer un esfuerzo sobre sí mismo para abandonarla, y escoger el Springfield que tenía colgado del hombro. Al mismo tiempo oía el tiroteo cada vez más nutrido, y el timbre de alarma, y pensaba con desesperación: "¡Está fracasado!"

Ramiro Valdés pasó entre los lechos bajo el balcón, empujó una puerta, le hicieron unos disparos, disparó él tres veces, con su pistola, hacia donde le hicieron los tiros, salió y cerró la puerta. En ese momento, un golpe sonó. Se volvió. Un soldado, arrodillado a pocos metros de él, detrás de los sacos de arena cerca de la entrada de la Posta 3, le encañonaba con su fusil. Ramiro alargó el brazo, apuntó con cuidado como en la feria y disparó. El hombre cayó.

Entre los lechos, debajo del balcón, habían dispuesto un pasaje. Ramiro vio venir hacia él un sargento mulato, de gran estatura, con un revólver en la mano, quien le gritó: "¿Qué pasa?" Ramiro disparó, le alcanzó en el pecho. El sargento se dejó caer lentamente de rodillas, pero mientras caía logró disparar. La bala dio a Ramiro la impresión de que le rozaba la planta de un pie. Notó "un choque bastante fuerte, seguido de un calambre".[1] Apretó por segunda vez sobre el gatillo: su cargador estaba vacío. Vio que el sargento, de rodillas, apoyado sobre la mano izquierda, trataba de levantar su brazo derecho para apuntar. Se acercó rápidamente, le cogió la cabeza entre las piernas, y alzó la culata de su revólver para golpearle. En el mismo momento sintió que el cuerpo del sargento se desplomaba, le soltó, y el revólver que se le caía de la mano. Al levantar la cabeza, vio sobre él las miradas de los soldados acostados debajo del balcón. Estaban estupefactos de asombro y de miedo, no se habían movido. Visiblemente, no comprendían nada de ese duelo entre sargentos. Ramiro les encañonó con la pistola del sargento que empuñaba en su mano izquierda, puso la suya entre los muslos, cogió un cargador lleno de su bolsillo y lo introdujo en el arma. Y como unos soldados avanzasen por el camino entre los lechos, disparó dos veces sobre ellos.

Mientras tanto, soldados medio vestidos, pero en gran número, surgían de todas partes con el Springfield en la mano. El tiroteo era ya muy intenso, y Montané se dio claramente cuenta de que el golpe estaba fracasado, y que nadie les había seguido en el cuartel. "Nos van a cercar", dijo a Pepe Suárez. "Vámonos de aquí". Pepe afirmó con la cabeza y llamó a Ramiro.

La Posta 3 estaba barrida por un tiroteo violento que procedía de las terrazas del cuartel, pero Montané comprendió que pasando lo más cerca posible del blocao de la izquierda, se aprovecharía del ángulo muerto. Cruzó de un salto la calle, y se acostó detrás del murito de una casa. Ramiro y Pepe saltaron a su vez.

Fidel hizo un gesto y se puso la palma de la mano sobre la oreja. El disparo hecho por Israel Tápanes le había ensordecido. En ese instante, el timbre de alarma comenzó a sonar.

[1] Cinco años después, en la Sierra Maestra, Ramiro se quejaba de una dureza en la planta del pie. El comandante Fernández Mell, que era médico, le examinó, le encontró algo anormal, le abrió con el bisturí, y sacó de allí la bala del Moncada.

Los disparos del auto número 3 habían revelado prematuramente el ataque, cuando los asaltantes se encontraban aún fuera del cuartel, y la inmovilización del auto de Fidel, a consecuencia del choque contra el contén, tuvo una consecuencia más desastrosa aún para el éxito de la hazaña. Se recordará que los autos que le seguían habían recibido la orden de detenerse cuando el de Fidel lo hiciera, y los combatientes, salir y asaltar *los edificios que se encontrasen a su izquierda.* Viendo a Fidel salir de su automóvil, y no conociendo los lugares, saltaron fuera de los autos e invadieron las casas que se encontraban a su izquierda, especialmente el hospital militar, del cual Ciro Redondo y Guillermo Elizalde forzaron la puerta.

Fidel trató desesperadamente de reagrupar los combatientes, de convencerles de su error y de lanzarles de nuevo hacia adelante. Pero ya la confusión estaba sembrada en sus filas, el impulso inicial había sido roto, algunos no comprendían lo que Fidel les gritaba, otros no querían volver a montar en los autos. "¡Adelante, muchachos! ¡Adelante!", gritaba Fidel designando la Posta 3. Para darles ejemplo, volvió a montar en el Buick. Pero éste no quiso ponerse en marcha. Y en ese momento, verosímilmente para despejar la entrada de la Posta 3, el automóvil número 1 retrocedió, y vino a chocar violentamente con la delantera del Buick, al que el auto número 3 chocó fuertemente a su vez por detrás. Fidel salió del auto. Estaba loco de rabia y trató, una vez más, de reagrupar a los combatientes. Pero la calle estaba ahora barrida por un tiroteo intenso que venía del cuartel, los compañeros se habían desperdigado por todas direcciones, y acostados detrás de los pequeños muros de las casas, estaban inmovilizados por la violencia de la respuesta. Fidel, alzando los ojos, vio sobre la terraza del Moncada dos soldados medio vestidos, que procedían a quitar la funda de una ametralladora pesada. Apuntó y disparó. Otros soldados acudieron a la terraza. Disparó de nuevo. Los compañeros que estaban tendidos detrás de los muros le gritaron: "¡Quítate! ¡Quítate!" Pero Fidel ni se daba cuenta de que estaba de pie, en plena calle, bajo una lluvia de balas.

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1966.]

Aquí comienza todo a tiro limpio...

(Fragmento)

A mí me tocó ir en la máquina de Fidel, la segunda del grupo que atacaría el Moncada.

Omite Areas

En la máquina, además de Fidel, entre otros iban Pedro Miret, Abelardo Crespo, Tápanes, Benítez y yo. La primera anularía a los soldados de la posta. Los de la segunda tomaríamos el Cuerpo de Guardia, cortaríamos las comunicaciones y se comenzaría desde allí a dirigir y efectuar la operación. Tomada la posta por el grupo de la primera máquina, Fidel arrima el auto al contén, cerca de la puerta, pero por una de las bocacalles que daba a la entrada se acercaba un soldado de la tiranía. Fidel mandó un compañero que lo capturara y éste, al bajarse del carro, tropieza y se le dispara el fusil. El soldado ripostó, pero fue eliminado por un certero disparo de la tercera máquina.

Aquí comienza todo a tiro limpio. El factor sorpresa quedó descartado. Los compañeros de la primera máquina se dirigieron hacia las barracas de los soldados. Los demás seguimos hacia adelante, incluso se llegaron a tomar prisioneros.

[En: *Verde Olivo*, 27 de julio de 1969.]

La acción en el Moncada

(Fragmento)

Fidel no dejaba de recorrer la calle que subía al cuartel, y los compañeros no cesaban de gritarle "¡Quítate de ahí! ¡Quítate de ahí!" Habría dejado de ser quien era si hubiese desesperado. Pero estaba furioso, y furioso primeramente contra sí mismo, porque consideraba que el fracaso venía de la orden torpe que había dado de capturar la guardia cosaca. No le pasaba por la imaginación dirigir una crítica, ni aun en pensamiento, a los compañeros del auto número 3 que habían tenido, sin embargo, a pesar de las órdenes, el gatillo un poco ligero cuando el sargento del cartucho había hecho el gesto de sacar su revólver.

Hacía ya unos cinco minutos largos que sonaba el timbre de alarma, y continuaba sonando con una insistencia odiosa y siniestra, como si el Moncada amenazase, con su voz, de aniquilamiento a los que se habían atrevido a atacarle. A Fidel le parecía particularmente fuerte y estridente, más desmoralizador incluso que los disparos, y a medida que se prolongaba, le confirmaba el sentimiento del fracaso. La Posta 3 estaba irremediablemente prohibida por un tiroteo violento, y en la calle que conducía a ella, barrida por el tiroteo, los fidelistas hacían fuego contra el Moncada con todas sus armas, pero era todo lo que podía hacer. El ataque por sorpresa se había cambiado en un combate de posiciones, en el que la inferioridad de armamento y del número no dejaba ninguna probabilidad a los asaltantes.

Un millar de hombres, un armamento pesado, excelentes posiciones de tiro: el Moncada, despertado, hacía sentir su peso. Y aunque las reacciones del coloso fuesen todavía confusas y sin coordinación, el final estaba ya claro.

El desconcierto era enorme, y la situación tenía algo de irreal, porque los soldados que volvían del carnaval y llegaban al cuartel se encontraban mezclados con los combatientes, y no llegaban a comprender lo que sucedía. Estaban estupefactos de ver a sus hermanos de armas tirar unos contra otros. Y, al pasar, se les

ocurría dirigirse a los fidelistas para preguntarles lo que debían hacer. A esa pregunta, Pedro Miret, que ocupaba con algunos compañeros, el jardincito de la casa más cercana a la Posta 3, respondía invariablemente: "Lo mejor que tú puedes hacer, viejo es marcharte de aquí"...

Mientras tanto, el mando enemigo había debido enviar patrullas por la Posta 1 y por la Posta 2, para tratar de coger a los asaltantes por la espalda, pues éstos veían a veces aparecer entre ellos soldados armados que, por otra parte, seguían sin comprender la situación.

Así Israel Tápanes se encontró de narices, a pocos metros de distancia, con un soldado, con la camisa ampliamente abierta sobre el pecho. Era alto, broncíneo, los cabellos negros muy rizados. Miró a Israel y le dijo: —"¿Qué pasa?" Israel observó su Springfield, le encañonó con su carabina, y le dijo: "¡Alto! ¡Venga aquí!" El soldado le respondió con aire estupefacto: —"Pero, ¿quién eres? ¿Qué pasa?" Tápanes reiteró su orden. El soldado se inmovilizó, y sin dejar de mirarle con aire asombrado, montó su Springfield. Israel disparó: —"Recibió" —me dijo— el disparo en pleno pecho. Continuó mirándome, estupefacto, con los ojos abiertos completamente. Dejó caer su fusil, y con las dos manos, se sujetó el pecho. Luego se dobló muy lentamente, y sin cesar de mirarme, con el mismo aire de asombro cayó lentamente de rodillas, y a continuación al suelo. Experimenté una impresión terrible. A pesar de las balas que silbaban a mi alrededor, permanecía inmóvil, con el fusil en la mano, completamente desconcertado. En ese momento, Humberto Valdés pasó a mi lado y me dijo:

—¿Qué es lo que te sucede? Y le respondí: —He matado a un hombre. Entonces me cogió por los hombros, me sacudió y yo me desperté de mi trance síquico. Recogí el Springfield del soldado y continué disparando".

Fidel disparaba también sin interrupción sobre los servidores de la ametralladora, y al mismo tiempo, se preguntaba con angustia cómo podría modificar la situación. Sacudió sus anchos hombros. No, no había ya nada que hacer. La iniciativa se le escapaba de las manos. No podía ya dar ninguna orden que pudiese modificar la situación que se había creado. El combate se había parcelado en una serie de pequeñas acciones aisladas, donde sólo contaba ya la suerte individual de cada combatiente. Él mismo, no luchaba ya más que por la velocidad adquirida, y para dar escape a su furor.

Severino Rosell, el joven de Artemisa que no había jamás pensado que "iban a arrancársela", estaba ocupado en disparar protegiéndose detrás de un automóvil, cuando se sintió tirado violentamente hacia atrás, y cayó de rodillas. Roberto Galán había visto a un soldado que le apuntaba desde lo alto de una ventana. Cuando Rosell se levantó, vio un ancho agujero en la carrocería, en el lugar exacto donde, un segundo antes, se encontraba su

cabeza. Habían estado a punto, después de todo, "de arrancársela"...

José Ponce, el impresor que el ejército había apaleado al día siguiente del cuartelazo del 10 de marzo, descubrió demasiado tarde que estaba en el campo de tiro de la ametralladora enemiga. El choque fue tan violento que cayó sentado en el suelo. Una bala le había rozado el dorso de la mano, y herido en el hueco del hombro. Sentía que su camisa se mojaba y se le pegaba detrás de su espalda, pero aparte del aturdimiento del choque y de la caída, no experimentaba ningún dolor. Su mano comenzó inmediatamente a hinchársele, y podía ver con claridad, pequeñas esquirlas de hueso mezcladas con la sangre. Un muro de dos metros de alto se alzaba detrás de él y cada vez que la ametralladora disparaba, arrancaba del muro grandes trozos de cemento y de ladrillos. Después barría la calle, cortando toda retirada al herido. Se puso a escuchar el ritmo de las ráfagas y de las pausas que le seguían. Descubrió que era regular, y contó el número de segundos que duraba cada pausa. Luego se recogió sobre sí mismo, esperó que una ráfaga terminase, saltó inmediatamente, y del primer impulso, cayó al otro lado del muro. Se recogió, y con una rodilla en el suelo, esperó algunos segundos, con la respiración entrecortada, escuchando con alivio el impacto rabioso de las balas en la parte exterior del muro. No llegaría jamás a comprender, a continuación, cómo, con una mano y un hombro herido, llegó a saltar un muro de dos metros.

Oscar Alcalde, el tesorero del Movimiento, se protegía como podía detrás de un auto, cuando, al volverse, vio venir hacia él, pistola en mano, un teniente del ejército, seguido de algunos soldados. Disparó inmediatamente. El teniente volvió el rostro hacia él con aire interrogador, hizo un gesto de sorpresa con la mano, y se desplomó. Ese gesto y ese rostro se grabaron en la mente de Alcalde.

Una bala atravesó la pierna de Reinaldo Benítez. Cayó. Rolando Guerrero, uno de los guajiros de Nueva Paz, se acercó, y ató un pañuelo alrededor de su muslo para detener la sangre. "¡Apriétame fuerte para que pueda seguir peleando!", dijo Benítez con su habitual voz fuerte. Guerrero quedó muy impresionado al no verle en ninguna manera debilitado por su herida. Ancho de hombros y vigoroso, Benítez continuaba disparando, oculto detrás de un muro pequeño, mientras que Guerrero apretaba el pañuelo sobre la herida, Benítez no tenía aspecto de sufrir. Sus rasgos no reflejaban más que la cólera y la contrariedad de verse así inmovilizado en pleno combate.

Guerrero se puso en posición detrás de un muro, y volvió a disparar. El tiroteo era intenso, y el aire estaba saturado de humo acre. Guerrero distinguió claramente, a 15 metros de él, un soldado que avanzaba agachado. Tenía un Springfield en la mano, pero no estaba vestido más que con un calzoncillo y una camisa.

Guerrero apuntó con cuidado y disparó. El hombre cayó hacia adelante.

Marino Collazo, el obrero agrícola que organizaba huelgas en la finca Minerva, estaba de rodillas, cargando de nuevo su arma. A su lado, Guillermo Granados, que era, como él, de Artemisa, estaba acostado a todo lo largo sobre el vientre, disparando. Hubo un golpe sordo. Guillermo rodó sobre la espalda: estaba muerto. Collazo le miró un instante sin comprender, y luego sintió que sus propios cabellos estaban mojados. Se llevó la mano a la cabeza, y la retiró llena de sangre. Una bala había rozado el cráneo, quitándole una parte del cuero cabelludo sobre el lado derecho. Se dio cuenta de que la herida no era grave, pero perdía mucha sangre.

Del otro lado de la calle, Gustavo Arcos se desplomó. Había recibido una bala en el vientre. Abelardo Crespo le arrastró hasta un auto, y Ciro Redondo tomó el timón. Pero chocó con otro auto y a consecuencia del choque, el suyo se negó a ponerse en marcha. Abelardo Crespo salió del auto para ir a preguntar a Fidel qué es lo que había que hacer, dio algunos pasos corriendo por la acera, y recibió una bala en el pecho. Cayó. La corta distancia a la cual se disparaba hacía el efecto del choque terrible.

Cuando Abelardo Crespo se levantó, Jaime Costa le alzó hasta un auto, bajando el cristal; la portezuela estaba trabada y no era posible abrirla. Ramiro Valdés oyó que se reclamaba a alguien que supiera manejar. Acudió y tomó el timón de un auto cuyos cuatro neumáticos habían sido perforados por las balas. En el asiento de atrás, Gustavo Arcos estaba tendido, mortalmente pálido, sujetándose el vientre con las dos manos. Ramiro Valdés logró dar marcha atrás, y ganar la avenida Garzón. Gustavo Arcos le dijo en un susurro: —"Llévame a Vista Alegre."[1] El auto cabezeaba y zigzagueaba terriblemente sobre sus llantas, las cuatro gomas se desgarraban un poco más a cada metro, pero Ramiro consiguió de todas formas llevarlo hasta las primeras casas de Vista Alegre. —"¿Y ahora?", dijo volviéndose hacia Gustavo Arcos. Al mismo tiempo que le planteaba su pregunta, le miró, y quedó sorprendido por la alteración de sus rasgos: Arcos tenía "un rostro de loco". —"Telefonea al doctor Posada y luego, huye", dijo Arcos con voz débil. "¿Cómo te sientes?", dijo Valdés. Hubo un silencio, y Arcos dijo casi sin aliento —"Muy mal".

Hacía tres cuartos de hora que duraba el combate rabiosamente. Desde que sonó el timbre, los compañeros no se hacían ya ilusiones sobre el resultado de la lucha. Pero su odio a la dictadura, su impulso revolucionario y la amargura del fracaso eran tales que ninguno pensaba abandonar el combate. Todos sentían el mismo furor que Fidel. Su propia muerte no importaba. La aceptaban de antemano, a cambio de los golpes que asestaban al ejército.

[1] Barrio residencial de Santiago, cercano al cuartel.

Fidel fue el primero que se recobró. Era demasiado realista para sentir simpatía por los suicidios. Se había perdido una batalla. Habría otras. Era preciso preservar el Movimiento. Lo importante no era morir gloriosamente, sino vencer. Y dio la orden de retirada.

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1966.]

El asalto

(Fragmento)

Nosotros seguimos por todó Garzón para doblar en Carretera Central y parquear frente al Palacio de Justicia. Abel seguiría para bajar la calle Trinidad, que sale a un costado del Hospital. Creo que Dalmau era el que conducía el auto donde íbamos. Los dos carros del grupo que conducía Abel se adelantaron. Dalmau, por no ser de Santiago, siguió derecho y tuvimos que dar la vuelta a la Plaza de Marte para retornar al entronque de la Central con Garzón. Ya los dos carros de Abel bajaban Trinidad. El grupo, del que era jefe Renato, tomaba la posta. En el momento en que nosotros nos bajábamos del nuestro, frente al edificio de la Audiencia, Fidel entraba en el quinto carro por la calle paralela a la Central, para entrar por la posta del Cuartel. Eran las cinco y treinta de la mañana, la hora fijada para comenzar el ataque.

Cuando parqueábamos, vimos a un soldado que se dirigía hacia el Cuartel. Raúl Castro, que estaba al frente de nuestro grupo, fue el primero en tirarse de la máquina. Con una pistola en la mano derecha caminó apresuradamente y dijo al soldado: "Estás detenido".

"¿Qué pasa?" —preguntó con gran sorpresa el soldado—. "¡Que se cayó Batista!" —respondió Raúl mientras indicaba al guardia que fuera hacia el interior del edificio para ser el primer prisionero nuestro.

Yo toqué en la puerta del edificio; abrió un sargento de la policía que estaba sin camisa. El grupo lo encañonó; ahí fue donde empezamos a oír los tiros de nuestros compañeros y los soldados. Hicimos prisionero al policía y tomamos el elevador para subir al último piso; llevábamos los prisioneros con nosotros.

Había que subir la azotea por una escalera. Raúl abrió de un tirón la puerta que conduce a ella. Yo me asomé antes desde una parte del piso, desde donde se veía el polígono del Moncada y empecé a disparar contra algunos de los guardias que iban a ocupar la 50 que estaba sobre el Club de Oficiales. Luego seguí al grupo hacia la azotea. El muro de ésta es bastante alto y dificultaba hacer disparos contra el Cuartel; por otra parte había algunas escopetas trabadas, que me tocó arreglarlas. Se mantenía raya, no obstante, a los soldados que trataban de llegar a la ametralladora 50.

Raúl y yo bajamos para hacer un recorrido para ver qué pasaba. Al bajar por el ascensor encontramos a un soldado con fusil en mano. Nos abrimos en ángulo y Raúl le dijo que se rindiera, que si disparaba podía matar a uno de nosotros, pero que el otro daría cuenta de él. Pero detrás de este soldado había otro, y al escuchar las palabras de Raúl, se rindió; también se entregó el primero. Entregaron sus Springfields y vinieron a ser el tercero y cuarto prisioneros que hacíamos. Los condujimos hasta el último piso, donde quedó un compañero custodiándolos. Había un viejito, empleado de la Audiencia, que nos dijo que tenía un hijo que vivía en el sótano y que el mismo estaba llorando, que le permitiéramos salir; nosotros accedimos.

Después de un buen rato notamos que el combate comenzaba a decrecer en intensidad. En el Cuartel, el grupo de Gildo Fleites, Fidel Labrador y Pedrito Miret cubría la retirada de Fidel y demás compañeros. El Comandante en Jefe había ordenado la retirada y Chenard venía a comunicar esa orden a Raúl en la Audiencia y a Abel en el Hospital, pero Chenard fue abatido por el camino.

Fleites, Labrador y Miret habían sido heridos y por la feliz casualidad de que el médico-capitán Tamayo llegara a tiempo a donde ellos, estos no fueron asesinados por las bestias sedientas de venganza, suerte que corrieron casi todos nuestros compañeros hechos prisioneros después del combate. (Este hecho lo consigna detalladamente el compañero Primer Ministro Fidel Castro en "La historia me absolverá").

Después

Bajamos a los prisioneros y los metimos en una celdita donde ponen a los detenidos que van a juicio. En ese momento llegó un carro celular conocido por jaula, con 15 policías. Tocaron a la puerta; yo me adelanté a abrir la puerta, Raúl quedó en el centro y los demás compañeros se situaron a los dos lados. Abrí la puerta y cuando entró un sargento gordo con una pistola, Raúl se le tiró a agarrarlo e imperativamente dijo en alta voz: "¡Todos están presos!" Como un solo hombre, los 15 policías se entregaron con sus armas. Fue algo que sorprendió vivamente a los que acompañábamos a Raúl, cómo aquellos policías, armados y que nos doblaban en número, se entregaran mansamente sin que uno solo hiciera ademán de disparar. Los hicimos prisioneros,

encerrándolos. Las armas que teníamos multiplicaban tres veces el número de seis que éramos nosotros.

Viendo que el combate había cesado y al comprobar la retirada desde la azotea, decidimos retirarnos. Raúl y yo salimos a pie; los demás en carro. Yo cogí una guagua en la calle Celda y me bajé en Enramada y Carnicería, bajé a pie hasta mi casa para cambiarme de ropa. En mi casa quemaron el uniforme, me vestí de civil y mi padre llamó a un chofer para que me llevara hasta Palma Soriano, evadiendo la detención.

Luego supe que Raúl había sido el único detenido en nuestro grupo. Él se había ocultado en una casa en Santiago y luego salió caminando por la línea del tren. Lo detuvieron en Palmarito.

A todos los prisioneros que dejamos encerrados en la Audiencia dimos un trato correcto. Ellos reconocieron después que no se les ofendió ni maltrató por nosotros. Una actitud incomparablemente opuesta tuvieron los soldados con nuestros compañeros hechos prisioneros.

[En: *Verde Olivo*, 26 de julio de 1964.]

Lester Rodríguez

Manteníamos un fuego intensivo...

(Fragmento)

Renato y yo estábamos disparando desde la Posta 3 hacia los edificios del Moncada. Manteníamos un fuego intensivo hacia distintos lugares del cuartel, mutuamente nos hacíamos advertencias y recomendaciones hacia todo lo que se movía al alcance de nuestra posición. Renato mantenía una sorprendente serenidad y control mientras disparaba incesantemente.

De pronto vimos acercarse a José Luis Tasende, que arrastraba con dificultad una pierna con el pantalón ensangrentado. Nos dijo que estaba herido en el muslo. Yo lo ayudé a acostarse en una pequeña cama que había en la Posta 3, mientras Renato se mantenía disparando rabiosamente.

Después que dejé acostado a José Luis, me uní a Renato. Eran ya sobre las seis de la mañana. De pronto vi que Renato daba un violento salto hacia la derecha y caía manando sangre abundante de la cabeza. Viendo su inmovilidad, comprendí que estaba muerto.

[En: *Mártires del Moncada*. Ediciones R, La Habana, 1965, p. 144.]

Charla de combatientes del Moncada

Alcalde: ...aquí hay compañeros que participamos en el asalto al cuartel Moncada y al de Bayamo. Aguilera y Ramiro participaron en el asalto al cuartel de Bayamo y el resto de los compañeros en el del cuartel Moncada. Además, aquí tenemos también a dos compañeros que en el asalto resultaron víctimas de los soldados: Abelardo Crespo, que fue herido de un tiro en el pecho, que regresó a la finca de Siboney y al que nosotros dejamos allí, cuando nos fuimos, creyéndonos que estaba muerto... y está dando guerra todavía; y el compañero Fidel Labrador que al fracasar el asalto al cuartel, fue uno de los que se quedó cubriendo nuestra retirada.

Ustedes saben que allí se quedó un grupo de compañeros al mando de Pedro Miret, en el que estaba Fidel Labrador, Gildo Fleites... y no me acuerdo de otro que haya estado allí. Estuvieron combatiendo hasta que alguno fue muerto y otros fueron heridos y dados por muertos. Por ejemplo, Pedro Miret fue herido de un tiro en la cabeza y allí parece que cayó como muerto. El compañero Fidel Labrador, cayó herido de un tiro en un ojo. Y Gildo Fleitas cayó muerto.

Miret nos contaba de Gildo que éste tenía creo que como tres escopetas —¿tú te acuerdas de eso Fidel?— en un muro de una de las casas de los soldados en donde se habían parapetado y Gildo iba de una escopeta a otra, tirando hacia el cuartel. Yo no sé si tengo mala memoria, pero yo he oído alguna historia de alguien que estaba dentro de una casa —es algo histórico— en que iba de una escopeta a otra peleando... o no sé si es algo de una novela... pero yo leí algo parecido... Lo que sí sé es que Gildo estuvo allí combatiendo hasta que fue herido de muerte.

Yo puedo decirles que estuve en la toma de la posta 3; no pude entrar en el cuartel. Estuve tirando tiros hasta que se me acabaron los que yo tenía y entonces regresé hasta la finca de Siboney, una vez que Fidel dio la orden de regresar porque ya había fracasado la toma del cuartel.

Estuvimos en las lomas de la Gran Piedra hasta que quedábamos tres compañeros y nos detuvieron junto con Fidel. Yo me

imagino que Uds. han leído ya Verde Olivo, y si no lo han hecho, yo les aconsejo que lo lean porque se ha publicado una narración muy buena, muy bonita, no específicamente sobre nosotros —aunque yo estuve en el recorrido— sino cómo los campesinos nos ayudaron a nosotros en los días que estuvimos en la Cordillera de la Gran Piedra. Además, pudimos recorrer en este viaje —hace unos quince días— toda una serie de anécdotas, una serie de cosas, que ya prácticamente habíamos olvidado. Visitamos a cada uno de los bohíos en que estuvimos desde el día 26 hasta el día 30 de julio; y además vimos a cada uno de los campesinos que tuvieron relación con nosotros durante aquellos días. Y la verdad es que nosotros, en aquella oportunidad, pudimos palpar la ayuda que los campesinos nos dieron, pero ahora, en este recorrido que yo di, pude confirmar con más exactitud la gran ayuda que ellos nos dieron. Y además, un hecho muy interesante, cómo ellos se recordaban —han transcurrido catorce años desde que fuimos a tocar a las puertas de cada uno de ellos— de los más mínimos detalles. Inclusive yo, a algunos de ellos les llegué a discutir: "No, eso no fue así...". Y después tuve que reconocer que lo que ellos me decían era verdad. Conservan todos los detalles. Por ejemplo, uno de los campesinos visitados es la vieja Chicha; cuando estuvimos allí, ya ella era vieja —nosotros siempre hablamos de ella como la vieja Chicha—, ella tendría alrededor de setenta u ochenta años, y nos dio muchísima alegría verla viva todavía. Observamos la gran alegría que le dio vernos a todos nosotros vivos.

Además, logramos conocer de muchos compañeros que cuando nosotros oímos el discurso de Batista el día creo que 27 de Julio, despidiendo el duelo de los soldados, recuerdo que nosotros oímos dado por muerto en el asalto al cuartel Moncada a un compañero que había regresado con nosotros a Siboney, que había salido con nosotros para las lomas y ahora pudimos saber, por los campesinos, que efectivamente él había andado por la Gran Piedra, que había hablado con los campesinos y que además vieron cuando lo cogieron preso los soldados, y además cuando se lo llevaron preso en un jeep. Este compañero, Emilio Hernández, apareció en una lista de los que habían muerto en el asalto y en realidad lo asesinaron después.

Así pudimos conocer, además, de un grupo de cinco compañeros que los llevaron para la Gran Piedra, que iban con los ojos vendados y las manos amarradas; los bajaron de unos camiones y los sentaron en un tronco que había, y sentados así fueron asesinados; ellos, si no confiados, estaban tranquilos, y así sentados fueron asesinados. Todo esto ahora lo pudimos conocer de los campesinos.

Nos contaban los campesinos que aquello fue una batalla que duró alrededor de dos horas, es decir, que les estuvieron tirando tiros durante dos horas a estos compañeros; prácticamente a balazos los destrozaron y así los dejaron allí hasta el día siguiente,

y nos contaban cómo los puercos inclusive habían comido partes de nuestros compañeros, que ellos lo vieron.

A nosotros nos da tristeza que los compañeros no se encuentren junto con nosotros, pero por otro lado nos da alegría que por lo que ellos pelearon y por lo que ellos murieron pues se ha convertido en una realidad.

Aguilera, yo creo que tú puedes explicar algo de Bayamo, como llegaste allí, qué hiciste...

Aguilera: ...el viaje de los compañeros para el asalto a los cuarteles Moncada en Santiago de Cuba y "Carlos Manuel de Céspedes" en Bayamo, se realizó en máquinas, por ferrocarril y por ómnibus interprovinciales.

El compañero Ramiro Martínez fue quien realizó el traslado de armas a Bayamo. Nosotros salimos en varias máquinas. Cada chofer era el único que sabía su lugar de destino y algunas contraseñas que teníamos antes de llegar al pueblo. Los demás no sabían el lugar de destino, pero todos en general estábamos de acuerdo en iniciar la lucha en el momento y el lugar donde se nos dijera. Así llegamos al hospedaje de Bayamo y por cuestión de disciplina los compañeros permanecieron como si estuvieran acuartelados, en sus habitaciones.

Allí se dividió el mando entre cinco compañeros: Raúl Martínez Ararás —que estaba al frente de la operación—, Gerardo Pérez Poey, Ñico López —que cayó después del desembarco del Granma—, Orlando Castro, y yo. La misión del ataque al cuartel de Bayamo, específicamente, era tratar de apoderarnos del centro de comunicaciones que radicaba en ese lugar y, al mismo tiempo, impedir el paso de fuerzas del Regimiento de Holguín y de unidades acantonadas en Manzanillo. Para lograr ésto, la estrategia que se iba a seguir era tratar de tomar el cuartel en Bayamo prácticamente sin lucha; tomar posteriormente la estación de Policía, y a mí personalmente me tocaba trasladarme a las minas de Charco Redondo, donde existía un gran grupo de compañeros nucleados ya en el Movimiento —que después sería el 26 de julio—, y que vendrían con dinamita que ya teníamos preparada, para volar los puentes y establecer ahí la barrera de defensa de los compañeros que en ese momento estarían asaltando el cuartel Moncada o ya lo habrían tomado. Esa era la misión fundamental que tenía ese grupo, y que yo no estoy de acuerdo en que se le llame grupo suicida, pues nosotros, al igual que los compañeros del Moncada, estábamos seguros que de producirse el triunfo en el cuartel y en la estación de Policía, el pueblo, con las armas que nosotros ocuparíamos, iba a unírsenos y establecer las líneas de resistencia contra el Regimiento de Holguín, que era tan poderoso como el de Santiago de Cuba.

El ataque al cuartel tenía originalmente un plan: Raúl Martínez Ararás y otro compañero del propio Bayamo se dirigirían hacia la posta delantera del mismo y la tomarían por sorpresa.

El cuartel "Carlos Manuel de Céspedes" era bastante grande, ya que ocupaba un área de casi una manzana; era de mampostería y tenía numerosas fortificaciones. Aunque esto no nos preocupaba mucho a nosotros, porque confiábamos en nuestro jefe, quien correctamente vestido de militar no tendría problemas para acercarse al centinela.

Ya en la posta, el acompañante de Martínez Ararás, muy conocido de los guardias, le plantearía al soldado: "Este compañero viene a pasar los carnavales a Santiago de Cuba y necesita que se le albergue ahí". Sería entonces que el centinela accedería, pero tendría que llamar a la clase de guardia para que le autorizara, instante que aprovecharían para desarmarlo, pasar al interior y sorprender y desarmar a la posta de atrás.

Nosotros estaríamos situados en la parte trasera del cuartel para que pudiéramos entrar y tomar las barracas. Si había disparos, pues los había, y si no los había... El interés nuestro era tratar de evitar por todos los medios que, hasta decursado un tiempo grande del cuartel Moncada, no dar la alarma, para que nos diera tiempo, como yo les decía, de ir a las minas de Charco Redondo, traer los mineros y destruir los puentes que unen a Bayamo con Holguín y con Manzanillo. Esa sí era la estrategia que se iba a seguir en el asalto al cuartel de Bayamo, que posteriormente fue cambiado por sucesos que inclusive estamos en estos momentos tratando de determinar.

El compañero Ramiro Martínez pudiera relatar desde su salida de La Habana cómo fue que él llevó las armas, quiénes estaban ya en la casa esperando y la participación de él en el ataque.

Ramiro: Las armas fueron entregadas en casa de un compañero también combatiente de Bayamo, el compañero Orlando Castro. Fueron entregadas por Fidel a Rolando Rodríguez y a mí. Las armas las llevamos por ferrocarril; nosotros sacamos los boletos. El día antes estuvimos alquilando una serie de automóviles con Gerardo —que era fundamentalmente el contacto que yo tenía— y después de resolver el alquiler de los automóviles esos, salimos Rolando Rodríguez y yo en tren con las maletas que contenían las armas que íbamos a utilizar. Las armas fundamentalmente eran fusiles calibre 22, escopetas calibre 12 y 16 y algunas pistolas y revólveres que se habían conseguido. Falso

Nosotros llegamos a Bayamo por el Cruce de Martí el día 25 a las 10 de la mañana. Pensamos que nos estarían esperando algunos compañeros allí en los ferrocarriles. No sabíamos a quienes nos íbamos a encontrar. No sabíamos dónde iba a ser la misión nuestra. Nos dijeron: "Estas armas ustedes tienen que llevarlas a Bayamo y entregarlas allí." Falso

Estuvimos esperando un rato y como a la media hora llegaron Gerardo y Raúl. De allí fuimos a la casa de huéspedes que se había alquilado y nos mantuvimos hasta que llegó el momento del asalto. Después fueron llegando algunos compañeros que salieron más tarde para el pueblo. Exactamente como plantea Aguilera

lera, nos repartimos en las habitaciones. A algunos compañeros —los jefes de grupos— los hicieron sargentos, como al compañero Aguilera. Salimos al asalto en distintos grupos; yo fui con Gerardo Pérez Poey.

Alcalde: Oye Ramiro, ¿Fidel estuvo esa noche allí?

Ramiro: Efectivamente, Fidel estuvo ese día, aproximadamente a las 10 de la noche.

Las máquinas eran cuatro o cinco, y en cada automóvil, por problema de costo, iban siete u ocho compañeros; a los compañeros, antes de llegar a la casa, se les avisó para que se quedaran en los parques, en distintos lugares, regados por todo el pueblo; estuvieron hasta paseando en coches. Esperamos que se hiciera más tarde para que regresaran. A eso de las 11 empezaron a llegar todos los compañeros. Aproximadamente a las 9:30 ó 10 de la noche, ya oscuro, entró Fidel en la casa. Allí decidió cómo se iban a repartir las armas. Nada más estábamos dentro de la casa los jefes de grupos. El viejo que estaba allí, que era el responsable del hospedaje, se mantuvo sentado y prácticamente oyó toda la conversación nuestra.

Fidel dio las orientaciones a los compañeros Gerardo y Raúl y entonces se fue. Estuvo unos 15 ó 20 minutos y se fue para Santiago. Fue cuando me vine a enterar que nosotros íbamos a participar allí, porque yo pensaba que nosotros íbamos a salir para Santiago. Y el mismo grupo, independientemente de que en La Habana, habíamos visto distintos grupos de compañeros, unas veces grandes, en las manifestaciones; fundamentalmente en aquella grande de enero, que fuimos hasta Prado. Yo consideraba que era un grupo numeroso y después, en Bayamo, nosotros vimos que éramos un grupo pequeño.

Entonces nosotros no sabíamos si íbamos a participar en Santiago. Allí fue cuando yo me vine a enterar que era en Bayamo y a las 5:20 ó 5:18 de la mañana.

Cuando Fidel estuvo allí, ¿cuáles compañeros estaban?

Ramiro: Raúl Martínez, Gerardo Pérez Poey y Orlando Castro en la habitación, y yo que estaba allí.

A otros compañeros le preguntábamos eso y nos decían que no lo habían visto.

Aguilera: El problema fundamental fue lo que él explicaba. Para tratar de evitar que si había mucha gente allí..., porque eso estaba antes vacío, la gente se fue a pasear en coche, y de verdad que se fueron a pasear, pero bastante rato, entre ellos yo, por eso Fidel me cogió fuera de base ahí. Yo no estaba cuando él llegó.

¿El responsable del hospedaje ya estaba retenido allí?

Ramiro: Sí, ya él no podía salir, ya lo teníamos casi medio tumbao.

Aguilera: El no lo sabía, pero no podía salir.

Ramiro: El viejo se dio cuenta, de acuerdo a las cosas que nosotros hablábamos allí... Fundamentalmente yo tenía mucha confianza con Gerardo, porque desde los catorce años andaba con él. Él era de Oriente y vino a La Habana a estudiar; nosotros vivíamos en la misma cuadra. El hermano también fue dirigente de la Juventud Ortodoxa y de ahí nos conocíamos. El me decía: "No, el viejo ya lo sabe, lo que pasa es que ya no puede hablar." El viejo estaba en un rincón —aquello era una especie de posada y había allí un barcito, y el viejo se tomó todo lo que había en él, parece que del nerviosismo.

Alcalde: Bueno, Perico (Abelardo Crespo), dí algo tú. Cómo te dejaste dar un tiro, porque de los que estamos aquí muy pocos se dejaron dar un tiro.

Crespo: Porque ahí la bala corrió más que yo. Nosotros fuimos al Moncada con el grupo que estudiaba en la Universidad de La Habana: Vázquez, Tío, Gustavo Arcos, Merille, "Pata Chula" y aquel a quien nosotros le llamábamos "Garabato". Fuimos directamente a Santiago y nos alojamos en la casa de huéspedes que estaba directamente frente al Rex —la Perla de Cuba—; llegamos aproximadamente sobre las 7 ó 7:30 de la tarde del día 25. Salimos tras la comparsa —no queríamos perder esa oportunidad— después que terminamos de comer. Dimos varias vueltas y siempre venía un compañero para ver cuando teníamos que salir hasta que nos llamaron a todos, pues teníamos que partir para el punto señalado.

Nosotros fuimos de las últimas máquinas que salimos, casi nos perdemos; cerca de las 12 de la noche llegamos a la granja. Allí se nos dio la misión de hacer una posta en la casa. Casi toda la noche estuve de posta y por la mañana nos incorporamos al grupo hacia el Moncada. Yo fuí en el grupo de la máquina con Fidel. Iban: Fidel manejando, Benítez Nápoles, Pedro Miret, Gustavo Arcos, Carlos González, Alei Ligolé[1] y nosotros.

¿La máquina esa va después de la vanguardia?

Crespo: Sí, después de la vanguardia. Ya allí se repartieron los grupos: el que iría a tomar el Hospital con Abel Santamaría; el que tomaría la Audiencia, dirigido por Raúl Castro; el grupo que iba a tomar primero la posta; y el grupo que iríamos con Fidel.

Alcalde: Perico, cuenta cómo ibas tú en esa máquina, que ahí fue donde se formó el rollo con la posta, Gustavo Arcos, y la dirección de... Tú tienes muchas cosas interesantes que contar; y además tú estuviste cerca de la muerte. Cuenta cómo se llegó ahí.

Crespo: Ya se había tomado la posta; la idea que había era que podíamos entrar perfectamente, pero en ese momento fue que apareció la guardia cosaca —una cosa que no teníamos prevista—; además, casi en esos instantes también, cuando estábamos parando nosotros la máquina, venía un guardia y se dio la orden de que había que tomarlo preso, pero parece que se dio

[1] Debe ser un nombrete de Israel Tápanes, que es el que falta en ese grupo de Fidel. (*N. de la E.*)

cuenta de la cosa. Al tratar de tomarlo preso nuestro compañero cayó del auto, perdió el equilibrio, el guardia sacó el arma para tirarle y en ese momento los compañeros respondieron y tuvieron que tirarle al soldado; cayó muerto allí. Ya había cundido la alarma; la guardia cosaca... se habían disparado los primeros tiros. O sea, que el factor fundamental para tomar el Moncada había tenido un primer fallo y no podíamos tomar el cuartel por sorpresa.

Nos distribuimos allí los distintos compañeros. Nosotros tomamos una posición que daba frente a donde estaba un grupo de soldados y estaba el SIM. Estuvimos un rato tirándoles y entonces nosotros, que no sabíamos nada de balas ni tiros, empezamos a saber los estragos y el estruendo de la calibre 50 cuando le tiran a uno.

Nosotros estábamos detrás de unos muros y cuando estaba tirando la calibre 50, yo me decía: "Tengo que irme de aquí para otro muro, pues dentro de un rato me lo van a quitar", y así estuvimos cambiando de posición, tirándole a los soldados. Ya después nos dimos cuenta que un grupo de soldados quería tomar por sorpresa por la retaguardia al grupo que estaba en el Hospital. Entonces un grupo de compañeros, entre ellos Ramiro Valdés, Ciro Redondo... y antes de que los soldados pudieran tomarnos por sorpresa, los sorprendimos nosotros en las escaleras y no los dejábamos bajar.

Me acuerdo que era una escalera en forma tal que nosotros le tirábamos delante para que retrocedieran y no permitir que... la orden que teníamos nosotros era de no matar a ningún soldado sino en última necesidad; y así fuimos llevándolos para arriba, porque los de delante por el miedo que tenían iban empujando a los de atrás, y ninguno podía tirar hasta que por fin pudieron ir para arriba. Recuerdo que hubo uno que trató de bajar; él tenía que presentar todo el cuerpo y después la parte de arriba, o sea, la cabeza. Nosotros teníamos una posición privilegiada por la forma de la escalera y cuando él trató de arengar a los soldados para que bajaran, para que tomaran por sorpresa a los compañeros que estaban tirando contra el Moncada, entonces no quedó más remedio que tirarle un tiro, lo herimos en el pie. Fue entonces que él comprendió que era imposible bajar por allí y así se cubrió la retirada de los compañeros, para que no los pudieran coger por sorpresa por la retaguardia.

Recuerdo también —se me había pasado— que al principio de formarse el tiroteo, sinceramente creíamos que no iba a quedar nadie vivo porque nos tiraban de todas partes. Junto a nosotros estaba Fidel y no sé cómo salió vivo de aquello. Nos parapetamos detrás de las máquinas; posteriormente fuimos a recoger a Gustavo Arcos que estaba herido; cuando se tiró nosotros seguimos, no creíamos que había resultado herido; lo recogimos y tratamos de llevarlo a la máquina, cosa que era bastante difícil pues las posiciones de los soldados en aquel instante dominaban

la situación; no obstante hicimos una serie de peripecias y pudimos alzar al compañero y llevarlo para la máquina. Recuerdo que cuando la calibre 50 nos seguía levantaba todo el pavimento.

Cuando íbamos a salir en marcha atrás —no recuerdo si el que manejaba la máquina era Ciro Redondo— y cuando pasamos, pasaron otra vez las ráfagas y nos cogió creo que la parte delantera de la máquina, ésta chocó con otra por detrás, tuvimos que bajar y entonces seguimos en el problema del combate. Alguien cogió al compañero herido y lo llevó a una casa —creo que era de unos españoles— y de allí llamaron al Dr. Posada y lo llevaron a la clínica.

Al poco rato, de retirada, la verdad era que ya nosotros habíamos cogido el combate con una despreocupación que ya no nos importaban los tiros, en ese momento me sentí herido; nos montaron en la máquina, Fidel montó y fuimos para Siboney.

Había perdido bastante sangre y cuando llegamos recuerdo que me desmayé y recuerdo así levemente que un compañero se me acercó tratando de ver en qué condiciones estaba, alguien preocupándose cómo me encontraba —creo que era Fidel— y recuerdo así una luz que se iba apagando a medida que hablaba y decía que yo me estaba muriendo. Perdí el conocimiento, parece que me tomaban el pulso y por la pérdida de sangre prácticamente no tenía pulso, y con el apuro de la cosa pues me dejaron por muerto.

Al poco rato —no puedo precisar pues no tenía reloj— recobré el conocimiento, estaba solo —los compañeros se habían ido hacia las montañas— me incorporé con bastante trabajo, salí de la granja hacia una casa de campesinos que había enfrente, aproximadamente como a 60 ó 70 metros; recuerdo que el camino era de polvo.

Cuando llegué a la casa yo lo que quería era ver a donde habían ido Fidel y los demás compañeros, pero en mis condiciones me dí cuenta que era imposible seguir, y entonces quería procurar llegar a un hospital para que me pusieran plasma —era mi idea— y poder irme y buscar a algunos compañeros que estuvieran en Santiago. Efectivamente, pudimos llegar al Centro Gallego; nos llevó aquel chofer, nos pusieron plasma, y estaba en tan malas condiciones que me metieron en cámara de oxígeno. Cuando me pusieron el plasma me sentí mejor, al poco rato me quité la aguja que me ponía el plasma y procuré entonces salir de la cámara de oxígeno; y cuando trataba de irme por la ventana fue que se apareció el Ejército y me llevó para el Moncada. Allí primero me dieron una paliza; me llevaron para el SIM y ví las torturas refinadas que le hacían a los compañeros; a mi me cogían y me tiraban contra el suelo. Y cada vez que lo hacían perdía el conocimiento, por suerte, tenía entonces, otra vez, abundante pérdida de sangre por la herida, y no recuerdo cómo, el caso es que una de las veces que vuelvo en mí, estaba entre un grupo de compañeros que estaban heridos; volví a perder el co-

nocimiento; me llevaron a una habitación del hospital, vuelvo a perder el conocimiento varias veces, y en una de ellas me sacaron y me llevaron a un cuarto oscuro.

Cuando me desperté me dí cuenta que estaba entre un grupo de compañeros, entre ellos, Fidel Labrador, Pedro Miret y algunos más. Allí también pasamos una buena odisea, nos inyectaron aire y alcanfor en las venas —como uds. habrán leído en "La historia me absolverá"—. Una de las veces me dí cuenta de que me estaban inyectando, pero perdí el conocimiento muy rápidamente, tampoco me dí cuenta de eso, sinceramente; es más, yo no tengo noción del tiempo, para mí que cada vez que recobraba el conocimiento había pasado un día.

Yo sentía mucha sed, me dí cuenta que trataban de inyectarme y que yo procuraba poner las piernas y los brazos a lo largo de las barras de la cama que estaban frescas. Quería tomar algo frío y no nos lo daban; en una oportunidad —ahora recuerdo— que ví a un señor que estaba hablando con Pedro y que me llevó agua o algo que traté de tomar, y ahí mismo perdí el conocimiento de nuevo. Así pasamos varios días hasta que nos llevaron para el hospital "Saturnino Lora".

Debo decirle también que todos aquellos compañeros que estaban en el primer cuarto, muchos murieron a consecuencias de los métodos que usaron allí, el aire y el alcanfor. También en el hospital nos reunimos otro grupo que después fueron muriendo. También apareció un compañero —que murió al lado mío— que nosotros no sabíamos quién era y resultó ser —aquel que nosotros habíamos hablado cuando estábamos en prisión— un campesino de allí de la zona que cuando se enteró de lo que nosotros íbamos a hacer quería meterse en la cosa y por fin fue con nosotros al Moncada. No habíamos sabido más de él y resultó que estaba al lado mío con un tiro en la cabeza, inconsciente.

¿Donde lo habían encontrado ustedes?

Crespo: Un campesino de allí, de Siboney.

Alcalde: De la granja.

Crespo: De allí de la granja.

Crespo: Yo recuerdo que hacían el cuento de un compañero que había allí que de alguna forma trató de ir con nosotros, y ahora ha aparecido que era aquel compañero que apareció muerto en el hospital. Desde luego que ustedes saben que éstas son cosas que se van haciendo; cada cual va contando parte de la historia y entonces vamos rehaciendo los hechos; hasta ahora por lo menos no sabemos el nombre de él.

¿Se les unió a ustedes en la misma granja?

Alcalde: Oye Perico, según las narraciones que yo he leído ahora, del Hospital Civil, parece que este campesino era Rojo, que era un compañero militante del movimiento.

Crespo: ¡Ah! yo no sabía bien la...

Alcalde: Era militante del grupo de Palos.

Crespo: Lo que nosotros no sabíamos bien quién era el herido ése. Sí, creo que sí, que era alguno del movimiento que se incorporó allí.

Aguilera: Antes del juicio tú seguiste dando guerra en Boniato, porque allí había tres heridos: Reinaldo Benítez Nápoles, Fidel Labrador y Perico; y a los tres hubo que atenderlos allí; y como yo soy medio médico tuve también que darle atención a ellos. Y te pusiste bien malo y bastante lío hubo por tí allí.

Alcalde: Sí, formamos tremenda trifulca por el problema de Perico.

Crespo: Me acuerdo de toda aquella cosa. Debemos también señalar que no nos ponían antibiótico de ningún tipo; las enfermeras procuraban todo tipo de antibiótico y nos lo ponían casi a escondidas. De allí, nos sacaron bastante mal del hospital y nos llevaron para Boniato. Allí empeoramos, el pulmón estaba ya bastante mal, tenía creo que bronconeumonía o pulmonía. Yo me sentía bastante mal, pues inclusive no podía ni comer, me parecía que estaba lleno; y según el médico Martorell, que estaba allí, decía que tenía tanto humor en el pulmón que me comprimía el estómago; últimamente yo sólo podía tomar un poquito de café.

Le daba guerra a aquella gente, pues ya no podía estar acostado sino sentado, y los compañeros se ponían a espaldas mías, recuerdo a Aguilerita, a Raúl Castro, a Pedro Miret —que siempre lo fastidiaba para pasar lo mejor posible—, hasta que se formó una huelga en la que me quise meter, pero no me dejaron por las condiciones en que me encontraba. Y por la campaña de los compañeros nuestros que estaban presos allí, hicieron presión para que me llevaran otra vez para el hospital.

Pasamos algunos meses en el hospital; en este tiempo se desarrollaron algunos juicios —en los que no pudimos participar—. No sé si Fidel pudo ir. Yo no pude ir. Me dejaron para el final, pues a Fidel lo sacaron también del juicio por ser un acusado peligroso y por desbaratar los planes a la dictadura; lo trataron de envenenar, no lo dejaron ir más al juicio.

Posteriormente, lo juzgaron en la sala del Hospital "Saturnino Lora" donde estábamos nosotros heridos y fuimos testigos presenciales del juicio, puesto que nos juzgaron juntos a los dos. Tuve el honor de escuchar el famoso alegato de Fidel "La historia me absolverá".

Sobre la entrada a la posta 3, ¿Ud. recuerda más o menos el número de la guardia cosaca?

Crespo: Era un grupo de 2 ó 3.

Alcalde: Eran dos.

Crespo: Porque fuimos directamente a la cosa del otro que teníamos que coger, el compañero Arcos que se cae y que sigue la máquina, y son los otros compañeros los que tienen que hacer frente a la guardia cosaca.

Crespo, ¿Ud. considera que el ataque sorpresivo no se pudo efectuar porque fue simultánea la llegada de la posta, por el encuentro del soldado que venía, o la alarma...?

Crespo: No, fue casual, yo lo veo como una cosa casual.

Alcalde: Ya la primera máquina había tomado la posta, había entrado, había desarmado a los soldados, habían quitado las cadenas y los compañeros habían entrado.

La próxima máquina que llega al cuartel no es la de Fidel, hay otra máquina que va antes de la de Fidel, se apean y empiezan a entrar en el cuartel.

Ahí hay un punto que hay que aclarar.

Crespo: En el grupo en que íbamos nosotros, la primera máquina que iba era la de Fidel.

Alcalde: Hay otras máquinas que van antes que la de Fidel; que llegan, los compañeros se apean y empiezan a entrar en el cuartel. Inclusive los compañeros pasan y saludan a la guardia cosaca.

Crespo: Para mí que es el grupo de la primera máquina que iban Ramiro, Montané y ese grupo. Recuerdo que la primera máquina iba ya a entrar a la toma del cuartel. Era la del grupo de nosotros y era la de Fidel, detrás venían las otras.

Es decir, que ustedes durante todo el camino observaban que la máquina que iba delante era la de la vanguardia.

Crespo: Bueno, yo no había visto ninguna máquina delante, porque la otra fue un tiempo antes y nosotros no la veíamos; o sea, para mí era la primera máquina.

Para mí que el grupo que fue primero, que fue el que tomó la posta, era el grupo de la primera máquina.

¿La única que pudo entrar en el cuartel fue la primera máquina?

Crespo: Entrar completamente adentro, fue sólo la vanguardia.

¿La máquina de ustedes, que fue la inmediata...?

Crespo: Quedó a la entrada de la posta y todas las máquinas detrás.

Labrador: ¿En la que va Fidel, va Tizol?

Crespo: No.

Labrador: ¿Entonces ésa es la máquina que va delante de la tuya?

Crespo: Sí, la segunda máquina.

Labrador: Yo voy en la número cuatro, y yo veo que la segunda le hace así... cuando cae Gustavo, que viene la custodia esa, y luego Fidel le hace así a la posta cosaca y corta, y entonces es cuando empieza el tiroteo, viene el soldado, que cae Gustavo, se baja éste y te tira a tí.

Alcalde: ¿Tú ibas en la máquina detrás?

Labrador: Sí, en la de Trigo, en la número cuatro creo que es.

Alcalde: ¿Tú ibas en la cuatro?

Trigo: Sí, la cuatro.

Crespo: Está hablándote un muerto, tú.

Alcalde: Fíjate, él dice que iba en la cuatro, y que él ve la caída de Gustavo. Si él va en la cuatro, él no puede ver la caída de Gustavo. ¡Es difícil!

Crespo: Ya te digo que delante de nosotros no había ninguna máquina.

González: La única máquina que iba delante de nosotros fue la que tomó la posta donde estaba...

Crespo: ¿Te acuerdas? Carlos González iba en la máquina de nosotros.

González: Que fue cuando Fidel manda a Arcos que se baje a coger al soldado y ahí es donde se forma el tiroteo.

Crespo: Por una parte, eso era por el lado izquierdo, y el problema de la guardia cosaca que venía casi prácticamente en la otra dirección, un poco hacia delante, esa fue la cosa.

Alcalde: Ahí es donde está la confusión, porque Fidel Labrador dice que él venía en la cuarta máquina.

Mira, uno que hizo el viaje de La Habana hasta allá y que iba en la máquina con Fidel es Carlos.

Carlos: No, yo salí con Gildo Fleitas.

Alcalde: ¿Y cuándo se montó Fidel en la máquina tuya?

Carlos: Sí, pero eso fue cuando íbamos para el Moncada.

Crespo: El va con Fidel y conmigo ya cuando vamos ya al asalto al Moncada.

Alcalde: Bueno cuenta tú algo ahí. ¿Qué hiciste tú ahí en la máquina? ¿No te apeaste? ¿No tiraste un tiro?

Carlos: Bueno, ya contó Abelardo lo que hicimos; hay una diferencia, pero al final ya...

Por ejemplo: yo no me percato cuándo se da la orden de retirada; cuando yo me doy cuenta que se están retirando los compañeros, es cuando yo veo la última máquina que sale —que es en la que se van ustedes. El último que se está montando en la máquina es Benítez; pero ya yo no tengo tiempo de llegar a la máquina; cuando me doy cuenta ya se retiró la gente. Entonces yo me quedo parapetado en los muros del cuartel.

Ahí hay una cosa muy importante, pues en aquel momento si yo hubiera visto a Labrador —yo no lo conocía— y para mí Labrador era igual que un soldado de allí; lo que había era una completa confusión. Ante eso, lo que había que hacer era irse de allí; entonces logré salir de allí, coger la otra cuadra y salí por una calle que yo no conozco, porque yo no conocía Santiago de Cuba, ni nunca había ido a Santiago.

Alcalde: ¿Tú te habrás ido por la izquierda, por casualidad?

Carlos: Yo no sé si iba por la izquierda o por la derecha. (Se ríen). Yo sé que salí arrastrándome hasta el final de la cuadra.

Alcalde: Había una calibre 30 que hacía así, mire, y peinaba.

Carlos: Al final de la cuadra me paré y salí caminando. Ya entonces iban bajando los soldados que me pasaban por el lado, pero iban vestidos igual que yo y me preguntaban "¿Qué pasó?". "No, yo no sé lo que pasó, estaban tirando ahí, pero yo no sé lo que es"; y yo seguía caminando.

Entré en una casa ahí, salió un señor y le pedí que me diera una camisa, pero el hombre me dijo que no, que no tenía una camisa; seguí más adelante y allá, como a tres o cuatro cuadras del cuartel, había un puestecito que no recuerdo qué vendía, si refresco o vianda, no sé. Había allí un muchacho joven y ví que en la parte de atrás había unas camisas, le dije que me vendiera una camisa, que me iba a hacer un gran favor, que a lo mejor en alguna oportunidad yo le podía hacer un favor a él y me la trajo. Recuerdo que era una camisa roja de cuadritos que me quedaba estrechita; le dí $2.00 por la camisa y allí mismo en el quiosco me cambié. Yo llevaba un pantalón azul debajo del uniforme. El uniforme lo metí en un cartucho, seguí caminando y lo tiré. Pregunté donde se cogían las guaguas; cogí una y llegué a Contramaestre, donde yo conocía a un señor que vivía en Maffo. Fui para allá y estuve allí hasta el día 31 de julio (desde el día 26) escondido en un cuarto, sin salir. El 31 salí para La Habana y aquí fuí al hospital Calixto García con unos compañeros estudiantes que tenía allí, y me ingresaron en la Sala Albarrán como enfermo de los pulmones, bajo otro nombre.

A los tres meses salí para la calle, pero como yo no me había destacado como político (yo hablo poco y hay veces que eso da buen resultado) pues nadie me conocía. Yo trabajaba en un almacén de La Habana Vieja y cuando salí del hospital traté de volver al trabajo que tenía, y fui a ver al polaco que era el dueño de la tienda —yo ganaba $150.00—; él sí sabía en lo que yo había estado, y los hijos también, y me planteó que no podía darme trabajo por el problema mío, y sin embargo, por $100.00 me daba trabajo, pero por $150.00 no. Yo no acepté, y así estuve como dos o tres meses en La Habana, regado por ahí, por donde podía, hasta que en el mes de diciembre, que hay mucho trabajo en los almacenes, volví por allí a hacer otra gestión, y como que yo trabajaba bien me volvieron a aceptar en el mismo trabajo que yo tenía y con el mismo sueldo.

En ese mismo mes de diciembre iba a ver a los muchachos allá a Isla de Pinos.

Labrador: Bueno, yo más o menos lo mismo que han contado los muchachos. Yo soy del grupo de Artemisa, vinimos aquí a La Habana, Fidel nos dio los pasajes, fuimos en guagua a Santiago, nos hospedamos en el Hotel Lincoln. A eso de las 11:30 ó 12 de la noche partimos para el Cuartel General en Siboney. Sobre las 5:30 ó 6 menos cuarto (5:45 a.m.) ¿no?, fuimos para el Moncada. Iba manejando un compañero de Artemisa. Casi todo el grupo que fue al Moncada, la mayoría, era de Artemisa. Yo, más o menos, venía en la máquina número cuatro —que

yo le decía al compañero yo ví toda la odisea que Arcos se cayó, la posta que vino, la posta cosaca que se cogió con... Entonces yo seguí para el cuartel, entramos al cuartel, viene la retirada, yo cubro para atrás...

Perdón, en esa máquina ¿usted recuerda qué compañeros iban?

Labrador: Bueno, iba Julito Díaz, Ciro Redondo iba manejando, iba yo (delante) y sobre la derecha me quedaba otro compañero que no recuerdo quién es, creo que era uno que tenía la cara un poquito quemada, que comió con nosotros en el Hotel Lincoln; era de aquí de La Habana.

Alcalde: ¿Quiénes más?

Labrador: No, no, más nadie iba en la máquina ésa. Entonces, allí fue donde dejamos al compañerito, en una retirada de esas que tuvimos allí, que él se quedó con el riflecito, los soldados venían bajando por la escalera. Cuando nos quedamos para cubrir la retirada, Pedrito cubrió la izquierda y yo en la derecha; ¿el de la botica quién era? yo no me acuerdo; estaba Granado allí... entonces ¡figúrese! las ametralladoras allí son las que nosotros no podíamos dejar... porque los compañeros estaban todos echando para atrás. Y ahí fajados con ella ahí, con la escopeta recortada y con la pistola, y "el de la botica" era el que brincaba para acá y brincaba para allá. Era mucho el fuego ya, la verdad es esa. Teníamos como seis o siete detenidos ahí. Hubo momentos en que yo le dije a Miret que... hubo un soldado que yo le dije: "sácame el revólver con la izquierda" y me lo saca con la derecha y yo le puse ahí "el charro Loberto" tiró tres tiros pegados, se los puso más a Pedro que a mí, pero tuvo una facilidad para halar el revólver que eso fue extraordinario; velándolo de que él fuera a tirar fue cuando él tiró y me tumbó a mí.

Crespo: Sí, porque ellos tenían varios soldados presos y además estaban peleando...

Labrador: Sí, me tumbó a mí y cuando Pedro Miret me haló, al poquito rato, reconocí que era mucha la sangre que tenía en el ojo, lo tenía reventado, la boca... por aquí salía un chorro que daba en una mampostería que había así, y llegó Granado y me dijo: "Fidel, estás herido", "Sí, estoy herido grave, trata de salvarte"; y ahí fue donde yo sinceramente perdí el conocimiento y no supe más nada, hasta el 30 de julio que me encontré en el "Saturnino Lora". Allí nos pusieron "los coreanos"; yo veo a éste (Crespo) en la cama, y yo así parado casi en la cama.

Crespo: A nosotros nos decían "los Mau-Mau", "los coreanos".

Labrador: Y nos ponían los fusiles y las ametralladoras. De ahí, a los seis u ocho días, nos pasaron para Boniato. Allí no había una medicina, allí no había nada. Fue cuando Fidel dio la huelga de hambre para que no se muriera Crespo. Reinaldo Benítez estaba herido en una pierna y éste (Crespo) herido en

un pulmón, y yo el problema del ojo que lo tenía podrido; yo veía un bultico así, pero no veía bien. Recuerdo que a éste lo sacaron en un colchón para mandarlo para el hospital. Al poco rato me trajeron a mí también para el hospital, donde mismo habíamos estado. Que antes de todo eso nos mandaron al hospital ese... ¿cómo se llama?... que nos inyectaron... Yo de eso no supe nada, yo ahí estaba muerto.

Alcalde: El Hospital Militar. Todo eso fue allí.

Crespo: Que después nos pasaron para el "Saturnino Lora". Ahí fue donde el capitán Porro me estaba interrogando, y yo le dije a ese hombre que era de Artemisa, que le puso la mano a la... y dice: "¡Qué le habremos hecho nosotros a esa gente de Artemisa que todos son de allá!"

Cuando llegué le quité el suero a éste, tenía el vientre así... estaba negro. Nos formaron una bronca allí. Y allí fuimos pasando, hasta el 16 de agosto que fuimos a la mesa de operaciones. De allí pasé para la cárcel, donde estaba Fidel, que al otro día le celebraban el juicio, y éste (Crespo) estaba con Fidel también. De allí nos pasaron para Isla de Pinos...

Alcalde, yo quisiera que usted nos hablara algo del chequeo que se hizo allá en el Moncada, en el que usted participó.

Alcalde: Como quince días antes del 26 de Julio ya yo sabía donde era la cosa, además, yo sabía de las armas porque yo las había guardado; sabía inclusive del problema de los uniformes porque a casa de Melba muchas veces lo fuí a buscar. Tres días antes yo estuve con Ramiro (Martínez) comprando tres maletas en las que él se llevó las armas. Entonces como quince días antes me mandaron ir a Santiago y que le diera la vuelta al Moncada y buscara la forma de tropezarme con las postas que allí había. Fui a Santiago, viví en una casa de huéspedes y me aprendí de memoria la dirección de la casa con el número; entonces ya de madrugada, como a la una de la mañana salí y me fui caminando hacia el cuartel y anduve por el mismo hasta que me tropecé con la guardia cosaca. La paré y le pregunté donde estaba la dirección de la casa de huéspedes donde yo estaba; se paró, me contestó de lo mejor y me indicó el camino. Esto se hizo con el objeto de probar la reacción de las postas; pues como ustedes saben en distintas fechas se había anunciado por Aureliano, por Pardo Llada y toda esa gente que "tal día hay un levantamiento", una y otra vez, y nunca ocurría; y nosotros queríamos comprobar cómo reaccionaba un soldado, si ellos esperaban algo, si tenían algunas precauciones, en vista de todas las fechas éstas que se habían anunciado.

Yo comprobé que no había sospechas de ningún tipo; ni siquiera me palanquearon las armas, ni me dijeron ¡Párese ahí!, no, nada. Hablé con ellos normalmente. Me acuerdo que hasta estaba lloviznando. Luego volví a la casa de huéspedes. Después me monté en una guagua y vine para La Habana.

Y eso de que la guardia cosaca estuviera dándole vueltas al cuartel el día del ataque, ¿era que terminaba antes ese recorrido?

Alcalde: Sí, la guardia a esa hora ya no estaba dándole la vuelta al cuartel, a esa hora.

Todo parece indicar que la guardia aquel día se demoró más de lo que debía; si tal vez si nosotros nos hubiéramos atrasado, la guardia tal vez hubiera rendido posta allí en la Posta 3 y nosotros no nos hubiéramos tropezado con ella.

[Charla de los compañeros Oscar Alcalde, Abelardo Crespo, Pedro Trigo, Carlos González, Fidel Labrador y Ramiro Sánchez. En: Archivo del Centro de Estudio de Historia Militar de las FAR.]

Entrevista colectiva con moncadistas*

—Compañero Trigo: yo quisiera saber cómo se incorporó usted al grupo de los asaltantes al cuartel Moncada.

Trigo: —Compañera, antes de contestarte la pregunta que me formulas, yo quiero destacar un hecho que para nosotros tiene una significación extraordinaria; y es que antes del golpe del 10 de marzo, cuando se estaba en plena reorganización de los partidos políticos y el pueblo se preparaba para concurrir a unas elecciones generales, había un grupo de compañeros, que entre ellos para nosotros, tienen un recuerdo imborrable y me refiero a los compañeros Gildo Fleitas y José Luis Tasende, con la colaboración también del compañero Juan Martínez Tinguao y por iniciativa del compañero Fidel, nos dimos a la tarea de recopilar datos de las cadenas de fincas que había adquirido Carlos Prío Socarrás en pleno corazón de La Habana, o sea, entre Calabazar y Managua, donde le regalan una finca de dos caballerías y media, y en un término de tres meses y medio adquiere una extensión de 54 caballerías y media. Como el pueblo en aquel entonces recuerda, Chibás, el líder del desaparecido Partido Ortodoxo, no pudo aportar las pruebas que Aureliano Sánchez Arango le emplazó, entonces Fidel se da a la tarea, conjuntamente con nosotros, de recopilar todos aquellos datos de las fincas El Rocío, La Chata, La Altura y también una finca de José Eleuterio Pedraza, en la provincia de Santa Clara.

Queremos destacar esto, y repetimos que mientras todos los aspirantes, en aquel entonces, a distintos cargos políticos, Fidel se dio a la tarea de recopilar todos esos datos, para después formular una denuncia ante el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales y también a través del periódico Alerta, donde emplaza a Carlos Prío y a sus voceros para discutir ante el pueblo, lo que es un hecho muy significativo, Fidel emplaza a Carlos Prío, a sus ministros y a los voceros de su régimen, a discutir ante el pueblo en el Parque Central de La Habana, que efectivamente él tenía las pruebas y que él podía demostrar que era el gobierno más corrompido que había padecido la nación. En esos trajines nos sorprende el golpe del 10 de marzo.

Nosotros nos dimos, el mismo día del 10 de marzo, paralizamos nuestros centros de trabajo; por la tarde, los dirigentes nos orientaron que nos reintegráramos, ya que Batista se había consolidado. Salimos de inmediato a la busca de los dirigentes del partido donde militábamos y no los encontramos. En breves días hicimos contacto con el compañero Fidel, que estaba también acompañado por el compañero Gildo Fleitas, y Fidel nos plantea de inmediato: "Fíjate Trigo, como tú vés, este hombre se ha burlado miserablemente de nuestro pueblo, entró por la violencia y por la violencia tendrá que ser sacado. Tenemos que ir a la organización de un grupo que sea capaz, en un momento dado, de empuñar las armas y de salvar a la nación, pero no conformarnos, como hasta ahora muchos de ustedes lo entienden", y se refería específicamente a mí, ya que nosotros entendíamos, en aquellos momentos, que con un gobierno honrado en Cuba solamente, ya se resolvían todos los problemas. A partir de ese momento fue Fidel y Abel el que nos enseñó que el problema de Cuba no radicaba, vaya, someramente en un gobierno honrado, sino que teníamos que ir a las raíces de los males de nuestra patria. O sea, que consideramos que desde ese planteamiento que nos hizo el compañero Fidel nos incorporamos ya al grupo que posteriormente asaltaría el cuartel Moncada.

—Si considera la compañera que le hemos dado respuesta a su pregunta...

—Aclarado, muchas gracias.

—Compañero comandante Jesús Montané: nosotros quisiéramos conocer cuál fue su impresión cuando se le planteó la acción del asalto al cuartel Moncada.

Montané: —Bueno, en mi primer lugar, yo quisiera informarle a ustedes que esa impresión yo la recibí en la propia ciudad de Santiago de Cuba. Nuestro movimiento era un movimiento selectivo, secreto, y cuando los compañeros o compañeras ingresaban al movimiento se les decía que eventualmente se iba a combatir, pero no se les decía el dónde, el cómo ni cuándo. Y que nosotros, inclusive aquí está el compañero Gabriel Gil presente, que podrá relatar el trayecto que hicimos desde La Habana a Santiago de Cuba juntos, manejando yo y que nosotros le dijimos que íbamos a hacer una práctica en algún lugar de Cuba, pero no le dijimos el lugar, porque yo lo único que sabía, a pesar de ser miembro de la Dirección Nacional del

* Fragmento de una entrevista televisada a un grupo de asaltantes del cuartel Moncada, con motivo del XX aniversario de aquella gesta. Participaron en el programa: Haydée Santamaría Cuadrado, Melba Hernández Rodríguez del Rey, Jesús Montané Oropesa, José Ponce Díaz, Pedro Trigo López, Israel Tápanes Vento-Aguilera, Mario Lazo Díaz, Gabriel Gil Alfonso, Ernesto Tizol Aguilera y Ramiro Sánchez Domínguez. Ellos fueron entrevistados por un panel de jóvenes ejemplares que representarían a Cuba en el X Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes que se celebraría en Berlín, República Democratica Alemana.

Movimiento, de que íbamos a Santiago de Cuba, pero no sabíamos exactamente que íbamos a asaltar el cuartel Moncada. Así que yo me entero en la propia ciudad de Santiago de Cuba por parte del compañero Abel Santamaría y Renato Guitart de que la fortaleza que íbamos a atacar era el cuartel Moncada. La impresión que yo personalmente recibí fue de intenso júbilo y de alegría porque era lo que todos nosotros estábamos esperando durante mucho tiempo.

Tuvimos muchas prácticas, nos practicamos para ese momento, para esa acción. Ahora lo que..., salvo los compañeros que pertenecían al Comité Militar, los demás compañeros solo sabemos que eventualmente íbamos a combatir. Y la impresión que yo recibí cuando se me dijo que había llegado la hora de combatir fue de inmenso júbilo, de inmensa alegría y esa fue la impresión que yo detecté en todos los compañeros con los cuales conversé.

—El comandante Montané acaba de invitar al compañero Gabriel Gil a que complete su relato y sería muy bueno efectivamente que el compañero Gil completara esta parte del relato.

Gil: —Bien... a mí, precisamente el día 23, yo recibo una llamada de Fidel que me presentara en Consulado No. 9. Allí Fidel me dice que debía de llevar a la casa de O y 25, a la casa de Abel y de Haydée, a 8 compañeros. Me dijo que íbamos a hacer una práctica, solamente eso. Yo... salí para el barrio ese mismo día y fui diciéndoles a cada uno de los compañeros que se presentaran en casa de Haydée y de Abel Santamaría, en la calle O y 25, en tal dirección. Allí fuimos a parar todos los compañeros. Cuando llegamos allí, personalmente Fidel nos recibió allí, yo estuve allí, me dijo: "Mira Gil, tú vas a ir con Montané, en la máquina de Montané." Ya yo sabía que íbamos a hacer una práctica. Así lo hicimos, montamos, salimos de allí con Montané, el grupo, y Fidel allí específicamente me dio dos cheques a mí para que los cambiara para el viaje. Tratamos de cambiarlos en el barrio de Lawton, ya que yo había trabajado allí mucho tiempo, y no los pudimos cambiar. Entonces Montané, ya que estábamos sin dinero, en el barrio de Lawton y no podíamos salir porque no teníamos un centavo, Montané me dice: "Bueno, Gil... tengo que ir a buscar dinero a casa porque no tenemos un centavo", y efectivamente salimos rumbo a la casa de Montané. Allí Montané recogió el dinero y salimos con rumbo desconocido para mí.

Salimos con rumbo desconocido, sin mucho contratiempo hasta que llegamos al primer lugar y yo le pregunté a Montané, porque yo no sabía el lugar, yo sabía que iba con Montané, sabía que tenía que irle conversando a Montané para que no se durmiera en el camino, todas estas cosas sí, yo sabía que tenía que hacerlas, yo era amigo de Montané. Salimos con rumbo desconocido, ya cuando llegamos al primer lugar que sería por

Matanzas, un poco más allá, yo le pregunté: ¿Montané a donde vamos? y me dice: "No, allá alante". Seguimos avanzando hasta que, el primer contratiempo lo tuvimos por allá por Camagüey, que Montané, no sé qué le pasa a Montané allí, —que la policía viene a donde estamos nosotros y Montané después explicará esto—, y nos quiere detener. Allí Montané le dice que él es contador de una compañía americana, y al fin pudimos seguir avanzando.

Es decir, con la responsabilidad que yo tenía del grupo del barrio de Lawton no tenía conocimiento de a donde íbamos; sí sabía que íbamos a una práctica y así fuimos avanzando. Llegamos hasta Oriente, nos hospedamos en un hotel, el grupo, comimos allí y de allí, pues... pues ya Montané, el mismo grupo nos recoge y nos lleva rumbo a la granjita Siboney.

Ya cuando llegamos allí nos encontramos a las compañeras Melba y Haydée, al grupo de compañeros ya grande, un grupo grande de compañeros, ya era tarde en la noche, vimos las armas allí, vimos los uniformes, los preparativos, aquella cosa de nervios, ¿no?, y aquella cosa de que sabíamos que íbamos a algún lugar, que sabíamos que había una acción, la acción no la sabíamos. Y nos enteramos de la acción ya cuando Fidel lo plantea al grupo completo en aquella madrugada. Esa fue la forma en que ya nosotros nos enteramos, específicamente, yo, y el grupo que iba en esa máquina, hasta... de dónde era la acción y el porqué de la acción del Moncada, ya Fidel nos lo planteó allí, muy específicamente a todos los compañeros de dónde se iba a dar la acción en esos momentos, así que hasta esos momentos yo no conocía de la acción nada. Sabía que habíamos hecho muchas prácticas y estábamos preparados para la acción, pero hasta ahí nada más.

—Compañeros asaltantes, nos gustaría conocer cuáles fueron los métodos que se utilizaron para que el grueso de los Jóvenes del Centenario no se conocieran entre sí.

Montané: —Oye, tú quieres repetir la pregunta. ¿A quién tú se la haces?

—Cualquiera de ustedes me puede responder.

Montané: —Bueno... hazla de nuevo que no te oí.

—Que me gustaría conocer cuáles fueron los métodos que se utilizaron para que el grueso de los compañeros del Centenario no tuvieran conocimiento, no se conocieran entre sí.

Montané: —Bueno... ¿tú quieres contestarla Gil?

Yo expliqué en mi anterior intervención que nuestro movimiento era un movimiento selectivo, secreto, y celular me faltó decir. El movimiento estaba organizado en células y los compañeros de una célula no se conocían, no se conocían sino algunos jefes se conocían y se iban conociendo a medida que era absolutamente necesario. Fue por eso que se pudo mantener el grado de discresión que se mantuvo, que empezaba esa compartimentación ya a nivel de la Dirección Nacional, porque había una

Dirección Nacional en la cual estaba Fidel y Abel como primero y segundo jefes y habían otros compañeros, pero algunos compañeros pertenecían al Comité Civil y otros compañeros específicamente al Comité Militar, es decir, que a partir ya de la estructura de la organización solamente un grupo conocía de la cosa militar y otro grupo no lo conocía. Así, en la misma forma, cuando iban a la base estaba igual, habían compañeros de las células que hacían algunos trabajos con el aparato militar, otros hacían trabajos de finanzas, de propaganda, etc. Yo creo que eso te contesta la pregunta, ¿no?

—Sí, en efecto.

—Compañeros del panel, yo quisiera que ustedes nos dijeran qué métodos fue utilizado para la captación de personas de ideas revolucionarias por la vanguardia organizada.

Trigo: Fíjate, compañero, la experiencia nuestra: Fidel nos dio la responsabilidad de organizar una célula: debía de estàr integrada, y nos decía que si había compañeros, vaya, intelectuales, de las distintas capas sociales, que estuvieran decididos a ir a la integración de un grupo que verdaderamente fuese a las raíces de los males de nuestra Patria y que estuvieran, en un momento dado, en disposición de empuñar las armas, que nosotros fuéramos seleccionando a los compañeros que reunieran esas condiciones. Nosotros, en el barrio donde residíamos, fuimos seleccionando a compañeros que militaban en el Partido Ortodoxo, como el compañero René Bedia Morales, compañero que era fundador del Partido Ortodoxo, que participó en la acción del Moncada y después fue expedicionario del Granma; el compañero Oscar Quintela, el compañero Pedro Gutiérrez, y así sucesivamente para no extendernos demasiado, y desde ese momento constituimos una célula no mayor de diez compañeros. Una vez constituida esa célula, Fidel se reunió con nosotros, conversó con nosotros y después el compañero Abel nos empezó a hablar de los principios, de las leyes futuras por las cuales íbamos a luchar. O sea, que como dije con anterioridad, nos empezamos a formar verdaderamente por la orientación de Fidel y muy especialmente de Abel. Abel tiene para nosotros una significación extraordinaria y lo recordamos como si lo hubiésemos visto en la tarde de ayer o en el día de hoy. Podemos decir con toda sinceridad, con toda honestidad, que fue el que nos empezó a formar de verdad con ideas marxista-leninistas, ya que en la práctica, por nuestra actitud como dirigentes sindicales, lo éramos, pero lo desconocíamos. Vaya, nosotros decimos que Abel fue el que nos empezó a situar como verdaderos revolucionarios.

No sé si con esto le doy respuesta a la pregunta del compañero.

—Sí, compañero.

—Tú puedes decir algo también de cómo se integró tú célula, reuniste a tu gente.

Tápanes: —Sí, nosotros al calor una... de la oportunidad que imos de conocer a Fidel en el Liceo Ortodoxo y escuchar sus rantes palabras en una noche, nos percatamos enseguida de grandeza de Fidel, de sus condiciones, y automáticamente mos al convencimiento de que ése era el líder, de que en Fidel concentraban las condiciones en el hombre que era capaz de frentarse de una forma..., de presidir la lucha armada contra tirano. Esto lo decimos y surge precisamente de esa cantera Prado 109 porque allí concurrimos considerando que de allí dría la organización que se enfrentaría a la tiranía. Sufrimos unas decepciones, pero dentro de aquellas decepciones de alnos seudolíderes que se fueron después manifestando como les, surgió la figura de Fidel a nuestro punto de vista, ¿sabe?, e lo habíamos conocido allí y nos impresionó grandemente. sotros allí, en aquella noche, recordamos que Fidel nos abra- a casi todos con las manos, con los brazos extendidos, éramos grupo de jóvenes que habíamos allí, después de que ya bíamos sido presentados y nos expuso que nosotros íbamos hacer la revolución. A partir de aquel momento yo no era dirigente de la célula, yo pudiera ser el segundo al mando la célula porque radicaba en el comercio donde yo trabajaba. así se fue constituyendo la célula, así se fue nutriendo la lula de compañeros que aunque no constituíamos propiamente aspiramos a pretender constituir, una... una élite dentro de la neración aquella, sí teníamos que tener un mínimo de conciones: las de ser trabajadores o estudiantes o intelectuales, ro honestos, ser gente trabajadora, independientemente del mbito en que se desenvolviera, ser gente honrada, gente de incipios y por sobre todo, como decía el compañero Trigo, e estuviera dispuesto en un momento determinado a empuñar s armas contra el tirano.

La célula se nutría y al mismo tiempo iba desnutriéndose, iero decir, se iban desgajando de la misma aquellos compaeros que demostraban cierta charlatanería, que exteriorizaban e ya pertenecían a una organización, cosa esta que a Fidel o le agradaba en absoluto, claro, nosotros aunque deseábamos, n nuestro fuero interno, algún tipo de denominación a aquel quipo que se iba formando, Fidel estaba en contra de ello. sea, ni teníamos nombre, ni teníamos ninguna sigla que nos epresentara, sino era muy discreta la organización y, repetinos, nuestra célula que era de 18 compañeros se fue desgajando al final quedamos 9 compañeros; y solo participamos en el salto, de esa célula del barrio de San Leopoldo, 3 compañeros. nosotros tuvimos también algunas experiencias con relación Abel, yo lo he dicho en otras oportunidades. Abel nos visitaba a nosotros en la tienda, muchas veces, por las noches, y conversábamos mucho. Lógicamente, las tareas de Fidel no le ermitían reunirse de forma sistematica con las células y esta era, aparentemente, una tarea que llevaba Abel sobre sus hom-

bros, porque en muchas oportunidades fue a la tienda a conversar con nosotros donde nos reuníamos. Yo dormía, vivía en aquel mismo comercio, tenía acceso por supuesto al mismo por las noches y allí Abel nos hablaba y efectivamente fuimos profundizando un poco más en las razones de la lucha. Se nos fue puliendo un poco el ardor bélico que teníamos y ese ardor bélico se fue canalizando a través de una profundización de las razones de la lucha, de que no solamente nuestras proyecciones eran derrotar al tirano, aunque lógicamente tampoco pretendo decir que en esa oportunidad nosotros teníamos, ni remotamente —lógico, eso sería negar el desarrollo— el desarrollo político que pudiéramos tener ahora o que tendremos dentro de 10 años más, pero sí estábamos conscientes de que la lucha ya no era sencillamente para derrotar al tirano, sino para producir un cambio profundo, político, económico y social en nuestro país.

Yo creo que hasta ahí muy secreta la célula, muy compartimentada, nosotros no conocíamos tampoco a un gran número de compañeros. Diríamos que a casi nadie, salvo de la célula nuestra, y algunos compañeros que constituían la alta dirección del Movimiento, como el caso del compañero Montané, Haydée, Melba, Fidel, Abel por supuesto, recordamos a Pedro Miret de las prácticas en la Universidad, a José Luis Tasende, o sea, un número muy reducido de compañeros; de ahí que... nosotros después en la etapa del presidio, vinimos a familiarizarnos con un número considerable de compañeros. Pero con antelación, por este mismo método discreto y de compartimentación, no conocimos o no conocíamos al resto de las células que componían aquella organización.

Yo no sé Montané si Ud. entiende que ampliamos nosotros lo suficiente.

Montané: —Sí, yo creo que la compañera Melba puede ampliar un poco ahí.

Melba: —Es que..., mira, aunque nosotros no integramos ninguna célula, pero nosotros podemos decir algo capaz de señalar los principios generales que había que cumplimentar para pertenecer a aquel colectivo que se convertiría después en combatientes del 26 de Julio. Nosotros conocimos a Abel a través de la compañera Elda Pérez, una noche en su casa de 25 y O, y conocimos también en esa oportunidad a Yeyé.

Hablamos mucho Abel y yo, Yeyé, hablábamos todos, expresábamos nuestras inquietudes, todos coincidíamos en que la solución del país no era otra que la de la violencia revolucionaria y nos identificamos rápidamente en aquellos planteamientos. En aquella oportunidad Abel nos plantea que entre nosotros existía un joven que en su opinión reunía las condiciones para dirigir aquella futura acción.

Nos cita Abel —no obstante que a partir de esa noche nunca más dejamos de asistir a aquel apartamento, a cualquier hora del día o de la noche— nos cita para una tarde en que sor-

ivamente vemos entrar a Fidel. Empezamos a hablar; recuerdo que nos fuimos a la habitación de 25 y O, habitación-dormitorio, recuerdo que Fidel se sentó en el borde de la cama y empezó a hablar de cómo a nosotros nos correspondía legar a otra generación ese hecho de liberar la patria.

Empezó a plantearnos lo que acaban de decir los compañeros, que no era simple y llanamente convertir aquel régimen en un régimen honrado, sino que había que ir más allá, más fundamente. Entonces Fidel nos dice que para nuclear aquel lectivo de compañeros dispuestos a la acción armada, se requería fundamentalmente que fuéramos compañeros decididos, con una convicción de que la acción revolucionaria no era simple llanamente para aquello, sino para mucho más, y que para grar esto era indispensable que nosotros buscáramos en la fila los trabajadores. No usó entonces esta expresión, pero la vamos a usar hoy para que ustedes, jóvenes, nos entiendan, buscáramos en la fila de los hambreados, en la fila de los explotados, aclarando bien que no fue esta la expresión literal que del usó, pero estamos hablando en 1973; y que solamente os hombres serían los capaces de entender hasta donde teníamos que llevar el proceso revolucionario cubano. O sea, que señaló como una condición fundamental la comprensión de to y sobre estas bases la decisión de ir a combatir. Yo no si los compañeros están conformes con lo que nosotros planteamos, pero traemos aquí nuestra experiencia. Que no se nucleó compañero por nuclear, que no se captó un compañero por ptar, que cuando íbamos a captar o a conversar con algún mpañero teníamos siempre muy presente aquella premisa, uel principio fundamental que Fidel planteaba, y recordamos extualmente que nos decía: "Esto tiene que hacerse con jóvenes nónimos, con jóvenes que puedan entender todo lo que hay e hacer, todo lo que falta por hacer y todo lo que debemos acer."

Yo no sé si esto aclara un poquito la cuestión, pero esta es la experiencia que nosotros tenemos de aquella primera conversación con Fidel.

—A nosotros nos parece que todo lo que aquí se ha expresado con relación a la pregunta de los jóvenes acerca de cómo se estructuró aquel primer grupo es tan tremendamente interesante que seguramente ha trasmitido una experiencia muy valiosa a todos nosotros y a todos los televidentes. Y ahora el compañero Jorge Aldereguía tiene una pregunta que es muy probable que muchos de ustedes compañeros televidentes se hayan hecho alguna vez.

Aldereguía: —En la composición del grupo de asaltantes al Moncada hay un hecho muy singular y es que un gran número de los combatientes pertenecían a Artemisa. Nosotros quisiéramos preguntarle a algunos de los combatientes presentes esta noche a qué causa se atribuye esta composición.

Ponce: —Compañero Aldereguía, la respuesta a tu pregunta pudiésemos dársela el compañero Mario Lazo y nosotros.

En Artemisa existía un numeroso grupo de jóvenes militantes de la Juventud Ortodoxa, con preocupaciones e inquietudes, defraudados por las traiciones de los gobiernos corrompidos de Prío y de Grau, que tenían puestas sus esperanzas en el líder del Partido Ortodoxo, Eduardo R. Chibás.

A la muerte de Chibás esas inquietudes y esas preocupaciones se agigantan. Se buscaba en aquel momento la línea política que fuera capaz de borrar de una vez y para siempre la situación existente en nuestra patria. Aquel grupo que estaba compuesto, reafirmando las palabras anteriores de la compañera Melba, de jóvenes modestos y sencillos, anónimos, sin ninguna vinculación de ningún tipo con toda la corrupción existente en el país, de origen humilde, obreros, empleados, campesinos, que fueron capaces de en el momento decisivo ocupar la posición que la patria les reclamaba y que tuvieron el heroísmo necesario para ofrendar sus vidas por la libertad de nuestro país y por esta Revolución que hoy tenemos. Recordamos entre esos compañeros el compañero Ciro Redondo, atacante del Moncada, expedicionario del Granma, que murió heroicamente combatiendo la dictadura en Marverde. Recordábamos también al compañero Julio Díaz, combatiente del Moncada, expedicionario del Granma, muerto heroicamente en el ataque al Uvero.

Muchos de aquellos compañeros fueron asesinados en el Moncada; compañero Rigoberto Corcho, compañero Ricondo, los compañeros Betancourt Flores, compañero Álvarez Breto, Emilio Rodríguez, y otros compañeros que cayeron luchando por derrocar a la tiranía en el asalto al cuartel Moncada. También recordamos al compañero Carmelo Noa, representativo de clase humilde también como los demás compañeros anteriormente mencionados. Esos compañeros seleccionados a través de un período de tiempo se ganaron la confianza por su actitud, por su disciplina, por su ánimo de sacrificio, de ser seleccionados para participar en el ataque al Moncada.

Recordamos en vísperas del ataque la presencia en una reunión en Artemisa del compañero Fidel, compañera Melba, Yeyé, Montané y otro grupo de compañeros de la Dirección Nacional. Allí sí ya conocimos a los demás compañeros integrantes de las diferentes células, pero ello se hizo, lógicamente, porque ya la Dirección tenía la certeza de la discreción de esos compañeros, de la disciplina de esos compañeros y en aquella noche se nos explicó explícitamente por el compañero Fidel la situación reinante que existía en el país y la lucha que habíamos de librar posteriormente. Fue un período de organización, de viajes a Prado 109, de prácticas en la Universidad, de prácticas en diferentes lugares del municipio y de la preparación política correspondiente. Así se desarrolló en mi recuerdo los hechos que me parecen pueden dar respuesta a la pregunta del compañero

Aldereguía, aunque el compañero Mario Lazo pudiera enriquecerla aún más.

—¿El compañero Lazo quiere abundar en este tema?

Lazo: —Mire, yo creo con relación a lo planteado por el comandante Ponce, es que estamos totalmente de acuerdo con lo que él plantea. En Artemisa, a raíz del 10 de marzo, existía una juventud fuerte del Partido Ortodoxo y este día la juventud se dirige al local de la Organización o del Partido en la localidad en busca de orientaciones, y de ese propio día se puede enmarcar que hubo ya el paso decisivo de una gran parte de la juventud de aquel Partido, que fue una fuente de donde se nutrió lo que posteriormente se llamó el Movimiento o los grupos de compañeros de Artemisa que participamos en los hechos del Moncada.

Hay una cuestión que apunta el comandante Ponce y que es muy bueno que nosotros señalemos otra, que fue muy efectiva y muy barata. Me refiero con relación a las prácticas; es decir, en Artemisa se utilizaron los tiros al blanco para efectuar estas prácticas y lógicamente esto resultó para todos nosotros muy barato, por tanto se jugaba al compañero que perdiera era el que pagaba y esto se resolvió muy bien, por cuanto en la mayoría de las oportunidades los compañeros que ya teníamos prácticas de tiro pues casi siempre ganábamos, cuando se efectuaban estas competencias muy próximas a donde vivía el comandante Ramiro Valdés, donde inclusive tenía su novia el comandante Ponce y donde nosotros residíamos también bastante cerca de aquel lugar.

—Esta pregunta va dirigida a la querida compañera Melba. ¿Cuáles otras compañeras hubieran tenido oportunidad de participar en el asalto independientemente de usted y de Haydée?

Melba: —María, encuentro a Yeyé muy calladita aquí. Vamos a trasladarle la pregunta a Yeyé.

Haydée: —Mira, compañera, es que yo hablo mucho o no debo hablar, parece. Nosotros... esa pregunta se pudiera, vaya, contestar muy chiquita y muy poquito, pero no es así. Con nosotros estuvo una compañera, es Elda Pérez, que realmente tuvo todos los derechos de ir al asalto al cuartel Moncada, pero es que ni nosotras mismas sabíamos que íbamos a ir. Cuando yo fui trasladada a un lugar de Cuba yo no sabía hacia dónde era, sabía que iba a un lugar y a llevar algo muy importante, pero no puedo decir, no sabía si eso importante iba a ser para dentro de dos días o para dentro de tres meses. Parece que sigue sucediendo algo parecido, porque cuando a mí se me llamó hoy aquí creía que era para hablar de un conversatorio que íbamos a tener dentro de 15 días y fue hoy mismo en este momento ¿no?, así un poco pasó en aquel instante. Así que esa compañera, Elda Pérez pudo haber ido porque creo que, a excepción de Melba, era la única persona fuera de nuestra familia que visitara esa casa, la única mujer por lo menos, fuera de

nuestra familia, que visitaba esa casa. Pero creo que hubo también muchas más que pudieron haber ido. Ahora lo que sí es que Melba y yo fuimos de casualidad, tan de casualidad que si no nos ponemos fuertes no vamos al ataque.

Melba: —Un poco ampliar esto, que estamos de total acuerdo con lo que Yeyé plantea: no fuimos a Santiago de Cuba a combatir, es cierto, fuimos simple y llanamente a cumplir una misión. Yo creo Yeyé, que nosotros tenemos que traer aquí el pensamiento de Fidel, el pensamiento de Abel desde el punto de vista de la participación de la mujer en aquellas actividades.

Yo quiero decir que entre los muchos y grandes legados que he tenido en mi vida, hay uno, de una fuerza tremenda, que siempre me ha dispuesto a cumplir; y es el de Abel. Abel era un muchacho muy alegre, muy comprensivo, extremadamente dulce, muy dulce, a pesar de su tremenda firmeza revolucionaria y recordamos siempre cuando estábamos en 25 y O, como él hablaba del papel de la mujer cubana, recordaba a nuestras mambisas, recordaba a Mariana Grajales y nos planteaba que a nosotras, las de aquella generación, nos correspondía ponernos a la altura de aquellas mujeres mambisas. A partir de ahí, Abel se convirtió no solo en el compañero dirigente, sin temor a errar, en el mejor intérprete de Fidel, sino se convirtió un poco en el guardador de nosotras, en el formador de nosotras como mujeres, y raro era el día en que él no hacía mención de esta situación en que teníamos las mujeres cubanas que ponernos a la altura de nuestras grandes mambisas.

Nosotros éramos muy alegres, nosotros a pesar de la actividad clandestina y revolucionaria, no renunciábamos a uno de esos segundos de alegría, paseábamos, asistíamos a fiestas, pero siempre bajo el control de Abel. Nunca fuimos a ellas sin su permiso. Siempre nos fijaba una hora de regreso, y muchas veces, cuando más contentas estábamos, se aparecía, un poco a chequear la conducta de Yeyé y mía, sin que nos lo dijera, esto lo intuíamos las dos, nunca nos lo dijo. Se quedaba, compartía, pero sí nos enseñó a entender cuál era el papel de la mujer de aquella generación y el deber de que con nuestro ejemplo honráramos, si así se puede decir, a nuestras grandes mujeres cubanas.

Sobre Fidel hay otro hecho que se produce en la misma granja Siboney. Cuando se determina la salida para la acción y que Haydée y yo habíamos terminado nuestra misión, que teníamos que esperar allí en la granjita, y las dos planteamos nuestro criterio, nuestro derecho a correr la misma suerte de ellos. Recordamos que le llevamos tremenda preocupación a Fidel. Aún me parece estar viendo la terracita donde estábamos planteándole nuestros criterios, y cómo Fidel nos acepta nuestros planteamientos, y alega que sobre esta cuestión no solamente él podía decidir, que tenía que decidir Abel también, que Abel había salido, que era una responsabilidad muy grande para

él no tener la opinión de Abel. Y ahí fue cuando el compañero Mario Muñoz, apoyando nuestros planteamientos, le da la solución al gran problema que le presentábamos a Fidel. Le dice: "Yo voy para el Saturnino Lora, allí está Abel; ellas pueden ir como enfermeras, yo me responsabilizo con esta situación", planteamiento que fue aceptado por Fidel.

Independientemente de esta aclaración reiteramos que estamos de total de acuerdo con lo que Yeyé plantea.

La ausencia de Elda Pérez como un motivo casual y el hecho de que hubieran podido incorporarse muchas mujeres más, porque posteriormente, en la práctica revolucionaria, vimos el papel de la mujer cubana, de la mujer oriental fundamentalmente, sin que esto quiera decir que negamos el papel de las demás mujeres, el papel de la mujer en esta cuestión.

No sé si tú quedas satisfecha María.

—Sí.

—Compañero Ernesto Tizol, ¿hubo alguna organización que preparó condiciones para el alzamiento del pueblo luego del asalto al cuartel Moncada? ¿Qué tipo de trabajo desarrolló esa organización en caso de que haya existido?

Tizol: —Mira compañero, el trabajo específico en aquel momento, no está muy acorde con la pregunta que tú me haces, pero te la puedo contestar.

Sí, efectivamente, a lo que yo recuerdo, se había organizado posterior a la toma del cuartel, es decir, como condición previa, estaba la toma del cuartel, entonces correspondía al compañero Raúl Gómez García con toda una serie de documentaciones el programa mínimo que se había hecho y una alocución al pueblo que incluía una grabación del último discurso de Chibás y una poesía que él se había inspirado recientemente, que se llamaba "Ya estamos en combate". Esto tenía que producirse, como ya te decía, una vez tomado el cuartel, porque se preveía la cosa de no hacer una alocución ni simultánea, ni antes caso de que hubiera algún tropiezo, algún fallo, no se lanzara el pueblo, que estábamos totalmente convencidos de que si se hacía este tipo de alocución el pueblo de Santiago de Cuba se lanzaría a las calles. Eso es lo que yo puedo decirte y puedo recordar de la organización que se había previsto una vez tomado el cuartel.

—Comandante Montané, ¿a través de quién usted conoció al Comandante en Jefe?

Montané: —Bueno, yo conocí a Fidel como dirigente universitario, pero solo tuve un contacto ya directo en relación a la lucha revolucionaria el 1ro de mayo del 52, cuando coincidimos en el Cementerio de Colón conjuntamente con el compañero Abel Santamaría. Allí fuimos nosotros a celebrar el 1ro de Mayo conmemorando un año del asesinato del líder obrero, del dirigente obrero, el compañero Carlos Rodríguez que había sido asesinado por Casal y Salas Cañizares. Fidel había llevado la acusación contra este asesinato y a partir de ese momento nosotros nos

unimos a Fidel. Él allí nos dijo que él conocía un médico que se llamaba Mario Muñoz Monroy y que este médico, además de médico, era radio aficionado y que nos iba a construir dos estaciones de radio clandestina para utilizar la radio como vía de propaganda para luchar contra la dictadura.

El carro del compañero Fidel, como de costumbre, y esto yo lo he relatado ya en algunos de mis escritos, estaba roto, y sabiendo nosotros que el compañero Abel Santamaría tenía un automóvil que pudiéramos dar el viaje de La Habana a Colón, sencillamente hablamos con Abel y decidimos dar el viaje en el carro, creo que era un Oldsmobile que tenía el compañero Abel, y través de ese contacto es que nosotros empezamos a trabajar con el compañero Fidel Castro.

Anteriormente el compañero Abel Santamaría y yo, por el hecho de trabajar muy cerca el uno del otro, el compañero Abel trabajaba en la Pontiac y yo trabajaba en la General Motor Intercorporation de Cuba. Y en un cafecito que hay, no se si existe todavía, por allí en 25 y Hospital, creo que se llama el Bar Detroit, en las horas de merienda, el compañero Abel y yo discutíamos y hablábamos de la problemática cubana. Ya éramos amigos, éramos compañeros, habíamos conocido al compañero Raúl Gómez García y ya estábamos imprimiendo un periodiquito que nosotros le llamamos *Son los mismos* y se llamaba *Son los mismos* porque la idea era la siguiente: de que los que habían detentado el poder eran los mismos que habían dado el palmacristi, que habían dado golpeaduras al pueblo, es decir, los mismos personeros que anteriormente habían maltratado a nuestro pueblo, habían asesinado a Guiteras y nosotros quisimos llamar el periódico *Son los mismos*.

Este periódico salió varias veces, pero cuando nosotros nos unimos al compañero Fidel, a él le pareció que el periódico no tenía un nombre muy combativo, que él creía que el periódico debía tener un nombre más a tono con las circunstancias, más a tono con el momento y decidió cambiarle el nombre por *El Acusador*. Pero ¿qué sucedió?, que tanto Abel, como Raúl Gómez García, como yo, nos encariñamos tanto con *Son los mismos* que durante dos o tres semanas simultáneamente tirábamos tanto *Son los mismos* como *El Acusador*. El compañero Fidel se dio cuenta de esto porque nos veía a nosotros, sobre todo los sábados, que es cuando nosotros hacíamos el periódico, demacrados, cansados y él empezó a indagar cuál era el motivo de este cansancio. Y era que nosotros no habíamos renunciado a tirar ambos periódicos, *El Acusador* y *Son los mismos*. En realidad eso fue una discusión seria con el compañero Fidel, que nos convenció de la inutilidad del esfuerzo de tirar dos periódicos a la vez. Y así fue como pasó a mejor vida el periódico *Son los mismos* y se quedó *El Acusador* como el órgano de nuestro grupo, porque todavía no tenía nombre de el Movimiento 26 de Julio.

Esas son las experiencias que yo tengo de mi primer contacto con Fidel a los efectos de trabajar con él revolucionariamente.

—¿Si, Melba?

Melba: —Mira, Mirta, ya que se entró en el tema de *Son los mismos* y *El Acusador*, precisamente en ese momento de cambio de *Son los mismos* a *El Acusador*, fue que nosotros conocimos a Abel y a Yeyé, y por ende a Fidel.

Recuerdo exactamente que un 20 de mayo en las escalinatas de la Universidad de La Habana, repartimos *Son los mismos*. Entonces como Yeyé estaba tan vinculada a uno y otro periódico, como el periódico se empezó a tirar en 25 y O en una de las ocasiones, el mimeógrafo y todo aquello... yo no sé si alteramos un poco el orden de esto...

—De ninguna manera, el orden... yo creo que es muy secuente, si Haydée ahora habla de ese aspecto y quizás sería oportuno que Leonardo que tenía una pregunta para Haydée, se la hiciera, que tal vez ella pueda entonces dar una respuesta de carácter general. ¿Qué te parace?

—Compañera Haydée, yo quisiera que usted nos dijera a los que integramos este panel, y a los amigos televidentes, ¿cuántos compañeros conocían del plan del asalto al Moncada?

Haydée: —Yo... no he leído del asalto al plan ya directamente, yo creo que muy pocos compañeros. Eso yo lo supe después, pero creo que escasísimo número de compañeros; estaban Renato, José Luis, Abel ¿quién más? ¡Ah, Ernesto, sí! Que iba a ser en Santiago, pero no el cuartel Moncada.

Tizol: —Sí, pero no que iba a ser exactamente el Moncada.

Haydée: —Bueno, Ernesto, ¿quién más, Ernesto, tal vez tú pudieras decirme?...

Tizol: —Fidel, Abel, José Luis, Renato fue el que hizo todo el trabajo del cuartel.

Haydée: —Yo creo... eran 5 los que lo sabían.

Tizol: —Cinco. Yo conocía bastante del plan por la misión que tuve en la Granjita.

Haydée: —Pedro Miret. ¡Ah, Pedrito! Ahí están los cinco. Eran cinco: Fidel, Abel, José Luis, Renato, Pedrito, tú y creo que...

Tizol: —¿Yo mencioné a Ñico?

Haydée: —No. Pero la parte del Moncada, Ñico sabía la parte de Bayamo.

Tizol: —Bueno, parte del plan.

Haydée: —Sí, parte del plan, pero del Moncada. Yo creo que está tan difícil... yo tenía entendido que eran cinco nada más, ahora aparecen dos más, yo tenía entendido que eran cinco. Originalmente eran cinco, por el trabajo. Es decir, tienes razón; originalmente, cuando se concibió el plan, eran cinco, después, por algunas necesidades de trabajo, fueron sabiéndolo algunos más, que es lo que sucede. Tú te enteras cuando se necesita el problema de la granjita Siboney. Pero originalmente,

cuando se concibe el plan, cuando se concibe el plan que se habla del asalto, que se va a asaltar la fortaleza esa, yo tengo entendido, no sé, fíjate en estas cosas hay que precisar muy bien, pero yo tengo entendido que eran cinco nada más los que lo sabían. Que después, según hubo necesidad de trabajo, algunos otros compañeros fueron sabiéndolo en parte o por entero. Porque yo entiendo la pregunta: ¿cuando se concibió?, ¿verdad?, eran cinco. ¿Eh, Ernesto?, eran cinco nada más, eran cinco. Después por alguna necesidad de trabajo se fue... algunos más sabiéndolo. Mira, yo te puedo decir a tí que cuando yo llegué a Santiago de Cuba, yo no sabía nada, no lo sabía, Elpidio no lo sabía. Elpidio Sosa estuvo varios días casi conjuntamente con Abel, mucho tiempo, creo que todo el tiempo. Y Elpidio Sosa, cuando yo llegué a Santiago de Cuba, me dice: ¿Yeyé, tú sabes ya que va a ser? Y era un compañero que había estado allí hacía 15 días por anticipado. Cuando nosotros llegamos a Santiago, la noche que pasamos con Abel allí en la granjita, que Melba no había llegado, yo no pregunté nada. Pero por los movimientos que yo ví, yo me imaginé, pero no quiere decir que yo lo sabía. Pero fíjate que eso fue el 23, el 23. Ahora ¿cómo se concibió? Fueron cinco compañeros, exclusivamente. No creo que inclusive después, por necesidad de trabajo, ni cinco más sabrían todo el plan completo. Ni cinco más creo. ¿Eh, Ernesto?

Tizol: —No, en su origen lo conocían cinco compañeros. Después claro se extendió la cosa a... dos o tres compañeros más, por la necesidad que hubo de ciertas misiones específicas.

Melba: —Fíjate, para abundar en eso, recuerda Yeyé que nosotros en la granjita nos pusimos por radio a oír el desenvolvimiento de los carnavales. Y recuerda que tú y yo, en el momento en que Del Río Chaviano iba a hacer no sé qué con la Reina del Carnaval, en la puerta... en algo allí frente al cuartel, recuerda que tú y yo, en nuestra inquietud, decíamos: "Qué momento más formidable este, este es el momento formidable para darle el golpe a Del Río Chaviano." ¿Tú no te acuerdas? O sea, que esto es el 25 por la tarde, 25 por la tarde, y nosotras dos...

Haydée: —Que ya estaban llegando colchonetas.

Melba: —Que ya estaban llegando colchonetas, ya se estaba terminando de habilitar la granjita y nosotras dos sin saber qué era lo que iba a pasar. Decíamos: qué momento más bueno este para tomar el cuartel y darle un golpe serio a Del Río Chaviano, que está entretenido en la cosa de los carnavales. Y ya se estaba organizando toda la vida en la propia granjita. Pero, además, recientemente conocimos de Alcalde una misión; la conocimos hace apenas dos o tres semanas, que fue la de él darle la vuelta al cuartel, hablar con las postas del cuartel para ver cómo reaccionaban las postas. Alcalde iba acompañado de otro compañero de entonces y contaba él en este conversatorio, en Estocolmo, cómo le dieron la vuelta a todo el cuartel, hablaron

con las diferentes postas y terminaron inclusive tomando café en una de las garitas, con el soldado que estaba custodiándola y regresó e informó su misión, pero nunca se imaginó que aquella misión conllevaba el ataque al cuartel Moncada. O sea, que esto que Yeyé dice es así. Yo creo que, Yeyé del *Son los mismos* al *Acusador*, que es tan bello, que empezó allí con el mimeógrafo en tu casa, que yo no participé de eso...

Haydée: —Sí, pero Montané sí participó, y de verdad que esa fue una etapa buena, pero realmente cuando se entra un tema del Moncada, esas son cosas que se nos van de la mente. Montané... a mí, por lo menos ¿por qué tú no hablas de eso? Porque yo, realmente, cuando se entra en la etapa del Moncada, ya esa otra etapa empieza a fallarme, un poco... violenta.

Montané: —Yo, lo que puedo agregar de *Son los mismos*, en primer lugar, y después del *Acusador* es que nosotros empezamos a buscar maneras para combatir la tiranía y lo primero que se nos ocurrió hacer un tabloide, un pequeño periódico, para combatir la tiranía. Entonces utilizábamos seudónimos. Por ejemplo, en ese periodiquito, el director de *Son los mismos* era el compañero Raúl Gómez García, el Poeta de la Generación del Centenario; escribía el compañero Abel Santamaría... Raúl escribía con el seudónimo de "El Ciudadano" y Abel no recuerdo.

—Yo creo que era al revés, que Abel era el "Ciudadano".

—Y el compañero Juan Manuel Tinguao escribía con el seudónimo de "Don Tin" y yo escribía con el seudónimo de "Canino", tenía una columna que se llamaba *Incisiva*, y desde luego los personeros del régimen salían muy mal parados... Publicábamos alrededor de cinco mil números. Recuerdo que no teníamos dinero para comprar el mimeógrafo y un primo de Abel y de Haydée, el compañero Adolfo Vázquez, *Fito*, nos prestó 75 pesos y compramos, creo que fue en la Moderna Poesía, el mimeógrafo. Este mimeógrafo tenía en realidad una vida ambulante, porque estaba de casa en casa, porque temíamos que nos lo capturaran y muchas veces el *Son los mismos* se tiraba en 25 y O, otras veces se tiraba en la calle Juan Bruno Zayas No. 8, domicilio del compañero Raúl Gómez García, otras veces se tiraba en casa de Elda Pérez y en fin, ... recuerdo que teníamos un chofer de alquiler, que por cierto no sé que se ha hecho, que era el que trasladaba aquel armatoste de un lugar para otro. Pero en fin, el compañero Fidel vio el periodiquito, no que no le gustara, el periodiquito le gustó, lo que no le gustó fue el nombre. Decía que al nombre le faltaba combatividad y y entonces todos estuvimos de acuerdo cuando él le puso *El Acusador*.

En realidad fue nuestra primera arma, lo cual quiere decir que no se puede subestimar en la lucha contra la tiranía ningún arma... el arma de la pluma. Empezamos a escribir, a condenar el régimen por el arma que teníamos en nuestras manos.

Después vendrían las prácticas y después vendría todo lo demás, pero nuestra primera acción fue un periódico clandestino.

Haydée: —Pero claro, si no es clandestino no era de alerta acaso. Clandestino y más que clandestino. ¿Tú no recuerdas todavía la vez que entraron a buscarlo? No sabíamos, sé que iban a buscar el periódico... ¿y tuvimos que sacarlo y echarlo todo por donde llegaba la basura hasta el último piso? Clandestino que...

Montané: —Hay una anécdota más que se pudiera hablar: el 16 de agosto de 1952, al primer aniversario de la muerte de Chibás, se hizo una edición especial del *Acusador* hicimos alrededor de 10 mil números. Estos 10 mil números fueron distribuidos en la Catedral y en el Cementerio de Colón. Pero debido a una delación, fue capturado el lugar de la impresión en casa de un compañero, el compañero Joaquín González, fue capturada la imprenta. La imprenta por decirle nombre ¿no? pero un mimeógrafo, y fuimos detenidos por primera vez el compañero Abel Santamaría, el compañero Raúl Gómez García y quien les habla, y no sé, Melba y Haydée, si alguien más salió detenido, no sé si el compañero Joaquín González en aquella oportunidad fue detenido también.

Melba: —Precisamente en estos días hemos estado nosotros recordando esto (...) Es muy interesante este tema, porque estuvimos recordando un poco con el compañero Joaquín González sobre esa tirada del *Acusador*, en esa fecha histórica de nuestro país, el 16 de agosto, que se cumplía un mes más de la caída de Eduardo Chibás. El periódico se tiraba allí en H y 13, en la casa de Joaquín. Por la mañana, muy temprano, el 16, salimos en un carro con Abel, Elda Pérez y yo precisamente. Chequeamos la distribución del periódico *El Acusador* en la Catedral, donde se estaba celebrando una misa por Chibás; vimos que la distribución se desenvolvía bien. Entonces Abel dijo: "Vamos a buscar los periódicos del cementerio, que allí es donde está el pueblo y vamos a organizar la distribución del periódico en el Cementerio de Colón", donde también se reunía el pueblo cubano en la tumba de Chibás. Llegando a la casa de Joaquín, nos encontramos que ya estaba tomada la casa, estaba tomada la imprenta, Joaquín estaba preso, algunos otros compañeros que estaban trabajando allí estaban presos, y a Abel, a Elda y a mí, no nos dieron ni siquiera chance de bajarnos del carro. Y de allí salimos todos para el Buró de Investigaciones: Creo que se llamaba así, ¿no? El Buró de Investigaciones. Elda y yo estuvimos presas hasta las dos o las tres de la tarde... El señor que dirigía aquello, Ugalde Carrillo, empezó a convencernos que éramos unos locos, que dejáramos eso, que nosotros no íbamos a arreglar el país, que cómo dos mujeres, que eso era muy feo. Entonces, "generosamente", nos iba a dar la libertad, y nos aparecimos a la casa como a las 3 o las 4 de la tarde, donde nos esperaba impaciente Yeyé, pues no sabía de nosotros desde entonces. Le dimos la noticia de que Abel quedaba preso y a las 5 de la tarde nos incorporamos a la gran peregrinación, que era el pueblo entero de La Habana en aquella peregrinación y, cuando llegamos al cementerio, empezamos a buscar a Montané, a Gómez García, al resto de los compañeros que no aparecían. Y Fidel, inquieto, preguntaba: "Bueno, pero ¿dónde están esta gente? Pero vamos a buscarlos". Los circulamos por todo el cementerio, no aparecían, y al día siguiente fuimos a visitar a los que nosotros sabíamos que estaban detenidos, o sea, a Abel, a Joaquín González, algún otro compañero más que no recordamos. Cuando llegamos allí le dijimos a Abel, recuerdo que hay un detalle también que es muy bello, que creemos que lo debemos decir de Fidel, porque Fidel dijo "Bueno, vamos a visitarlos, pero vamos a llevarles algo." Se metió las manos en los bolsillos tenía un peso. Dijo "Bueno, vamos a comprarles con este peso, cigarros y fósforos", no teníamos más. Fuimos con nuestro cartuchito, cuando llegamos allí, le digo un poco en forma de queja a Abel, si Yeyé y yo, que éramos las más exigentes y las más intransigentes, le dijimos como en forma de queja que Montané, Gómez García y los demás compañeros se nos habían desaparecido y que a aquella hora todavía no los habíamos encontrado.

Entonces Abel se echó a reír, con una carcajada, él era muy alegre, entonces se echó para atrás en el Vivac, ahí en el Príncipe y les hizo una señal, entonces fueron apareciendo todos ellos: Montané, Gómez, todos en fila, que también estaban detenidos allí en el Vivac por la misma causa del periódico *El Acusador*.

Se abrió una causa en que quedaron ellos como encartados. Elda y yo, fuera de aquella causa. Y los únicos que no fueron detenidos por aquella cuestión, fueron precisamente Fidel y Yeyé. Todos los demás fuimos detenidos en aquella mañana del 16 de agosto.

Montané: —Sí, así fue, exactamente así.

—Compañero Tizol, nosotros quisiéramos que usted nos dijera si tuvo alguna vinculación a los asaltantes el dueño de la granjita Siboney.

Tizol: —No, compañero. El que era dueño de la granjita Siboney no tuvo ninguna vinculación con el movimiento. A nosotros se nos encomendó esa misión por la cobertura que se le dio a lo que iba ser el Cuartel General, o el punto de reunión, de concentración de nosotros. Entonces, como nosotros a la sazón nos dedicábamos al giro de la avicultura, por esa razón se nos encomendó esa misión y nosotros le presentamos a Vázquez uno o dos sitios. Queríamos implantar un negocio de pollos en la ciudad de Santiago de Cuba. Le presentamos aparentemente un negocio fabuloso en pollos, en donde participaba el compañero Abel, en calidad de socio nuestro, y así fue como nosotros logramos que se nos alquilara el lugar que hoy en día es la granjita Siboney. Pero en ningún momento Vázquez tuvo noticias ni se imaginó siquiera el verdadero propósito de la

granjita. Se enteró el día 26, cuando lo fueron a detener como dueño que era de aquel lugar.

—Compañero Ramiro Sánchez, nosotros quisiéramos que usted nos relatara y además que contribuyera a enriquecer nuestros elementos sobre qué condiciones, si se quiere, qué razones de tipo táctico-militares llevaron a simultanear el asalto al cuartel Moncada con el de Bayamo.

Sánchez: —Fíjate, compañero. Realmente los conocimientos sobre el asalto a Bayamo yo los vine a adquirir ya allí, un rato antes de la acción. Se nos habló, se nos explicó; que la misión, o sea, el objetivo del asalto a Bayamo era crear una vanguardia e impedir el paso de las tropas de la tiranía hacia Santiago, que era el otro punto de acción de aquel día. Creo que con eso está contestada la pregunta.

—Muchas gracias.

—Comandante Montané, nosotros tenemos noticias de que Fidel en *La historia me absolverá* plantea que fueron destruidos ciertos documentos por los esbirros sobre la Generación del Centenario, sobre este grupo que asaltó el Moncada. Nuestra pregunta en concreto es si existía algún documento, programa o manifiesto que definiera los objetivos a alcanzar después de haber tomado la fortaleza militar.

Montané: —En realidad, el compañero Fidel orientó al compañero Raúl Gómez García a redactar un manifiesto donde se planteaban los objetivos fundamentales que luego fueron plasmados en su famoso alegato *La historia me absolverá*. Este documento fue redactado, yo creo que la víspera del 26 de julio por el compañero Raúl Gómez García, en base a las ideas y orientaciones que directamente el compañero Fidel Castro le dio al compañero Raúl Gómez García, y estaba basado en lo mejor de nuestras tradiciones, en el Manifiesto de Montecristi, en el documento del programa de la Joven Cuba —de Guiteras—, y contenía toda una serie de medidas fundamentales para transformar la estructura nuestra en lo económico, en lo político y en lo social.

Ahora, estas ideas generales de este manifiesto hay que decir que fueron plasmadas posteriormente por boca del dirigente máximo de nuestra organización, el compañero Fidel, cuando el 13 de octubre, con motivo del juicio por los sucesos del 26 de julio, el compañero Fidel dijiera en el hospital civil Saturnino Lora, conocido como el alegato "La historia me absolverá".

—Gracias.

—Compañera Melba, ¿cómo fue la incorporación del inolvidable Julio Trigo al combate?

Melba: —Quizás esto también pudiera ampliarlo... alguien acá... Nosotros sabemos nada más, del hecho de que... Julio Trigo llegó enfermo a la ciudad de Santiago de Cuba, que por esas razones se le separó del colectivo que habría de participar en

la acción. En pleno combate llega Julio al hospital Saturnino Lora, procurando la asistencia médica que él requería.

Nosotros conocimos por primera vez a Julio Trigo allí, nunca lo habíamos visto.

Cuando Julito entra, debajo de aquella balacera, al hospital, y vé a nuestros compañeros vistiendo el repulsivo uniforme kaki que vestía el ejército de la tiranía, no ocultó su asco ante aquel grupo, ante aquellos combatientes, que interpretó primero que eran soldados mismos de la tiranía. Hizo un comentario a viva voz y Yeyé y yo nos dimos cuenta y le planteamos que nosotros no éramos aquellos, que nosotros éramos el pueblo. A la respuesta nuestra, Julito, sin pérdida de tiempo y olvidando su problema de salud, dijo: "Ustedes son los míos, denme un arma". Casi se hacía imposible, casi no, era imposible darle un arma. Coincidió con el hecho, de que una de las balas del ejército enemigo rompía un cristal de una de las ventanas del "Saturnino Lora" y hería en la cara al compañero Julio Reyes Cairo, que estaba combatiendo precisamente allí, en la zona donde estábamos nosotros, que veníamos a ser la retaguardia de la defensa del hospital. Ante aquellas heriditas de Julio Reyes, pero que sangraron mucho, precisamente por ser heridas en la cabeza, en la cara, Yeyé se dio a la tarea de prestarle auxilio y fue una oportunidad que no perdió Julio Trigo, para hacer útil aquella escopeta: ocupó el lugar de Julio Reyes. Repuesto Julio Reyes de aquella situación reclamó su arma, arma que no cedió Julio Trigo. Ahora bien, se produce otro incidente; y es el hecho de que cae, ya en el vestíbulo mismo del hospital, un policía de la dictadura armado de ametralladora. Osó entrar hasta el vestíbulo. Momentos antes había caído en el portal otro representante de la tiranía, tenemos entendido que era el teniente Feraud, también aquí hay mucho que hablar, pero este pudo entrar hasta el vestíbulo. Casi a boca de jarro, armado él con ametralladora y los combatientes con escopetas, como todo el pueblo de Cuba sabe, y un poco quizás sorprendido por la audacia de aquel hombre, al grito nuestro de ¡tírenle! ¡tírenle! se produjo un disparo simultáneo de uno de los combatientes del Moncada, uno de los hermanos Mateu, que resultó herido en la cabeza pero no con herida mortal, y herido el policía de la tiranía, con un tiro en plena frente, del mismo hermano Mateu, que resultó instantáneamente muerto. Ante ese hecho, Julito Trigo entregó su escopeta a Julio Reyes y se apropió de la ametralladora de aquel policía.

El hospital Saturnino Lora, que posiblemente se pueda decir después, combatió mientras nos quedó una bala por tirar, y después se va a explicar el porqué de esta razón. Creo yo que habrá oportunidad de explicarlo. Aquí se produjo un hecho, que quizás Yeyé pueda enriquecer, que fue que Julio Trigo, teniendo más parque en su poder y una ametralladora, hizo resistencia a la orden de terminar el combate hasta que se le

convenció que no, que lo que había que tomar era medidas para salvar lo más posible la vida de los combatientes del hospital. El accedió. El iba vestido con una guayabera, yo no sé si Yeyé se acuerda, una guayabera blanca, pulcramente planchada, no sé como se las arregló para hacer el cambio de la guayabera, y ante la orden de cese al fuego, volvió a vestirse con la guayabera.

Julio Trigo posteriormente fue detenido, conjuntamente con los combatientes del hospital "Saturnino Lora", y nos lo volvimos a encontrar, Yeyé y yo, en el salón de oficiales del cuartel Moncada. Ya en estas condiciones no era aquel joven pulcramente vestido, era un joven que llevaba muy bien marcada las huellas de la tortura, y no obstante esto, recordamos que él invocaba su condición de enfermo, y que si quería saber de él, investigar sobre él, se dirigieran a Menéndez Villoch —decía— que era un amigo de la familia y podía informar. Por supuesto que aquella soldadesca no aceptaba nada que se alegara. Menéndez Villoch, quizás Pedrito Trigo pueda dar algunos antecendentes sobre su prestigio. Como tampoco aceptó la tiranía los alegatos de Mario Muñoz, de que era un médico, de que vestía su bata de médico, de que enseñaba su nombre en la bata y de que fue balaceado o asesinado ante nuestros propios ojos, a la entrada del cuartel Moncada. Después, Yeyé puede hablar un poco más de esto, pasadas las horas, los días, no sé cuanto tiempo, cuando a nosotros nos trasladan al calabozo del cuartel Moncada, en que a pesar de la información que teníamos, aún conservábamos la esperanza de encontrar allí a Abel, vimos que también faltaba Julio Trigo y muchos de los demás compañeros que nos habían acompañado en la acción del "Saturnino Lora". Habíamos visto ya la suerte de Gómez García, prácticamente asesinado ante nuestros ojos, habíamos visto la suerte de uno de nuestros compañeros heridos en el vientre y también auxiliado por Yeyé y mi apoyo al trabajo médico. Y siempre nos quedó muy firme la imagen de aquel joven, de aquel bravo joven, que defendió su derecho a combatir, y nos quedó muy pendiente en nuestra mente el nombre de Menéndez Villoch, invocado por él.

Posteriormente, en la cárcel de Boniato, todos nuestros compañeros buscábamos a nuestros compañeros, y entre nosotros había otro que vino en la expedición del Granma y que es también un héroe y mártir glorioso de la patria, René Bedia, que ansiosamente buscaba a Julio Trigo. Pero como no sabíamos cómo se llamaba Julio Trigo, pero como no sabíamos cómo se llamaba Julio Trigo, no podíamos dar ninguna información de Julio Trigo. Sí recordamos que independientemente de esto que Julio Trigo alegaba el nombre Menéndez Villoch, recordábamos el odio feroz de la soldadesca contra Julio Trigo, por el hecho de vestir unas medias de seda, decían ellos...

Ya en la celebración de la Causa 37, del juicio de la Causa 37, René Bedia denuncia la desaparición de sus compañeros,

exacta y concretamente la desaparición de Julio Trigo. Cuando nosotros hacemos la denuncia de nuestros compañeros asesinados, hablamos de aquel que invocaba el nombre de Menéndez Villoch y que tampoco había sido respetado. Este hecho permitió que René Bedia conociera ya en el desarrollo de la Causa, del juicio, conociera de la suerte que había corrido Julio Trigo. Creo que hemos sido un poquito extensos en esto, porque Julio Trigo se incorpora así de una manera casual al combate, por sus razones de enfermo. Había ido dentro de aquel colectivo de compañeros en una máquina a combatir, por razones de salud no había podido hacerlo, llega al hospital "Saturnino Lora" en estas condiciones que nosotros referimos, comprende que nosotros somos los representantes del sentir del pueblo y pelea allí como un bravo, e integra hoy la lista de los mártires del asalto al cuartel Moncada.

No sé si está satisfecha con esto que... hemos planteado.

—Gracias.

Gil: —A mí me tocó ver, muy específicamente, cómo no se respetó allí ninguna vida de combatiente del Moncada. Yo fui de los que caí preso el mismo día 26 de julio con dos compañeros más, por allá por el pueblo, nos trajeron al Moncada. Ya cuando veníamos entrando por el polígono, que nos trajeron hasta la puerta de ahí, nos llevaron caminando hasta el cuartel, hasta los calabozos, ya íbamos viendo por todo aquel polígono, frente a las barracas, cómo había una cantidad de compañeros nuestros tirados como si hubieran muerto en combate. A mí que me tocó participar en lo que fue la posta, ya me fui dando cuenta, ese día 26, cómo estaban asesinando a compañeros nuestros. Así vimos, en un momento, cuando traen a Fernando Chenard. Fernando Chenard yo lo conocía muy bien, muy profundamente, éramos buenos amigos. Aquel día veo como traen a Fernando Chenard, como lo traían, a golpes, lo tiran allí en un sofá que había allí, en el momento que a mi me suben a la azotea del SIM. Yo paso, lo miro, me suben por aquella azotea y al poco rato se aparecen con Fernando Chenard, en aquella azotea. Nos mandan al grupo que quedábamos vivos en aquellos momentos a ponernos de pie y... ponen a Fernando Chenard a que tratara de reconocer a todo el grupo aquel que había allí. Fernando Chenard fue pasando por frente a cada uno de nosotros e iba diciendo: "Yo a este señor no lo conozco, yo a este señor no lo conozco", y así por todo el grupo aquel que habíamos allí, que más tarde fuimos presentados en audiencia, a los tribunales, pues... y de ahí es que desaparece ya Fernando Chenard, lo sacan de allí y aparece dentro de la lista de los muertos en combate, o los compañeros que murieron en acción.

Pero hay otra cuestión también que se debe decir aquí. Cuestiones, y ahí es donde estamos viendo como allí no se respetó a nadie, porque si se hubieran respetado nombres, pues... vería-

mos que se respetaba a alguien, pero allí no se respetó a nadie. Porque en un momento determinado cuando habíamos un grupo grande allí dentro de los calabozos, llegó un oficial con un grupo, y sacó 6 compañeros de allí. Estos seis compañeros, y yo decía que no respetó nombre porque no dijo nombre, él lo sacó al azar, precisamente lo que hizo allí fue pararse en la puerta, en aquella reja, abrió la reja y dijó: tú, tú, tú,... es decir que en ningún momento él mencionó nombre, él llamó a seis de los que habíamos allí presos y esos seis no regresaron más donde estábamos nosotros.

Cuestiones como ésta, como otras que vimos allí, que no se conocen pero las vimos nosotros allí. En uno de los momentos de interrogación, el comandante... el jefe del SIR de allí, Lavastida, estábamos en la azotea un grupo, me llama, me agarra y me señala que mirara para abajo, por el borde de la azotea. Yo miro para abajo y ví allí, sabía que eran compañeros de nosotros, compañeros que él me dice que por no haber hablado los habían lanzado de la azotea. Estaban en la acera, de la parte de abajo de la azotea y él me dice que los habían lanzado. Todo esto él lo hacía en el interrogatorio, puesto que los tres compañeros que caímos presos, pues planteamos que fuimos a los carnavales. Y eso es lo que nos salva a nosotros. Al yo decirle que yo no sabía de aquello, que yo había ido a los carnavales, que yo no sabía de aquel problema, pues allí también me dieron de las palizas que daban allí, pero sí resaltando y de verdad, para que se vea hasta dónde se cometieron todo tipo de crímenes allí, todo tipo de tortura, dentro de aquella fortaleza, aquella jauría, aquellos asesinos no miraban ni jóvenes, ni mayores, ni enfermos, no le respetaron la vida a Trigo. No se la respetaron a Manuel Saíz, no se la respetaron a los hermanos Mateu, no se la respetaron a Boris, a Abel, y así a ninguno de los que asesinaron allí, que sabemos que los asesinaron allí. Ya que vimos cosas allí tremendas, como esas, pero si es bueno que esta tarde aquí se diga y se conozca hasta donde fueron capaces de asesinar a una juventud, aquella jauría, aquellos asesinos de la tiranía.

—Se ha hablado en estos momentos de la página heroica que se escribió en el hospital "Saturnino Lora" y además de la actitud del combatiente Fernando Chenard. Nuestra pregunta tiene que ver con estos dos temas y se la vamos a hacer a la compañera Haydée Santamaría: Nosotros tenemos conocimiento que al hospital "Saturnino Lora" no llegó la orden de retirada al ser interceptado Chenard. Creemos que es importante que usted nos diga cómo reaccionó Abel, como jefe del grupo, al darse cuenta que los objetivos que se habían trazado en el asalto al Moncada, no se habían conseguido.

Haydée: —Nosotros allí nunca supimos de esa orden de retirada. No sé si Abel después en el Moncada, ya preso, tuvo oportunidad de saberlo. Nosotros nos dimos cuenta y Abel más, que no se estaba logrando el objetivo de la toma del cuartel al ver que... al sentir, al oir que los disparos ya venían del cuartel hacia acá, que no había nada de la calle hacia el cuartel. Tanto es, que él arrecia más el tiroteo para hacer ver que hay todavía gente luchando en la calle. Por un momento, yo recuerdo que fuimos hasta atrás, porque Abel estaba combatiendo detrás, por unas ventanas altas que había en el "Saturnino Lora" y que daban frente al cuartel. Él baja, recuerdo ahora que estaban como encaramados en algo, estaba encaramado en algo así, Abel era muy alto, y así y todo tenían que encaramarse en algo, así que quiere decir que las ventanas eran muy altas. Se bajó un momentico, no había recordado nunca eso así, pero ahora recuerdo que se bajó de algo, no sé de qué, y habló un momento allí y dijo que él consideraba que el objetivo de la toma del cuartel no se había logrado, que nada más se sentían tiros del cuartel hacia afuera. Que seguro que había pasado algo, que había fallado algo que desconocíamos totalmente. Yo recuerdo que le dije: "Bueno, si eso no es así, ¿qué hacemos nosotros?" Dice: "No, vamos a seguir, vamos a seguir combatiendo, hasta ver si nos llega algo". Y se siguió otro rato combatiendo.

Nosotros fuimos para alante otra vez, Melba y yo, porque es que era todo el extremo del cuartel... del hospital. El estaba atrás en el fondo y nosotros en el frente y había que caminar, por lo menos a mi me parecía un gran tramo, porque íbamos para alante, volvemos a ir para atrás y volvemos a preguntar y dijo que sí que ya no cabía la menor duda que el cuartel no estaba en manos de nuestros compañeros, que en el cuartel algo había fallado. Entonces yo también volví a decir un poco... y... creo Melba insistió, Melba insistió después creo, yo creo que estaba yo sola en ese momento con Abel... o hablando con Abel, que ¿qué íbamos a hacer nosotros allí? Entonces él dijo que seguir combatiendo. Yo aquello no lo entendía y llamé a Melba y es cuando Melba interviene allí, no recuerdo si fue alante o atrás mismo, atrás. El explicó que él tenía la plena seguridad que los compañeros, muchos, tenían que lograr ir hacia lo que Fidel había indicado, si fallaba la toma del cuartel. Y que nuestra misión allí era tratar de seguir combatiendo, para que aquella gente del cuartel creyera que todavía quedaban grupos combatiendo en la calle y que no se atrevieran a salir a perseguir, inmediatamente a los compañeros que tenían la oportunidad de ir hacia donde Fidel había indicado. Allí hubo un momento, naturalmente, temiendo por la vida de Abel, que alegamos que... Fidel decía que él debía de vivir. Entonces él alegó que el que tenía que vivir era Fidel, que esos tiros y ese combate ahí era para que Fidel lograra huir. Y se siguió combatiendo. Cuando ... a lo que tú me preguntas ¿cómo recibió Abel eso? Yo no creo que Abel se planteó o nos planteó por lo menos a nosotros eso. Por-

que cuando hablamos de eso, él nos insistió mucho, mucho, que había que resistir hasta el último momento allí, para que Fidel pudiera tomar las montañas y Fidel quedara con vida. Yo recuerdo, muy exacto, que yo le dije, que para qué quería Fidel quedar con vida si después no le quedaba nadie para poder combatir. Y él dijo que eso no... que yo estaba engañada, que parecía mentira que yo pensara y hablara así, que siempre y cuando Fidel quedara vivo, Fidel sabría buscarlos, que los sacaría de la inmensa cantidad de jóvenes luchadores y se haría otra cosa. También en un momento, también, siempre pensando en la vida de Abel; es verdad que pensábamos en la vida de Abel allí, como una obsesión; ... le dijimos que no encontrábamos razón de seguir allí, que no creíamos eso que él decía que Fidel pudiera después hacer solo o con un pequeño grupo, si tanto trabajo nos había costado realizar esto y ahora desaparecía... recuerdo así con gran precisión, porque eso, martilló en nuestro cerebro por mucho tiempo, cuando miró sonriendo... él tenía unos ojos muy dulces, y un rostro muy dulce. No estamos ahora aquí pensando que porque no está, lo vemos así, él era así, y por lo menos yo lo ví siempre así, no estoy idealizando ahora algo que no está con nosotros. El tenía una cara muy dulce, muy dulce, era muy firme, pero tenía una cara muy dulce. Entonces, sonriendo, con esa dulzura, dice: "No te das cuenta que ya Fidel tiene un 26 de Julio". Digo: "¿Y para qué lo quiere?" Dice: "Si hemos podido hacer esto sin un 26 de Julio, ¿qué se podrá hacer con un 26 de Julio?" Así que creo Abel siempre pensó en continuar la lucha, que no se planteó eso de... yo no creo que él se planteó que la orden de retirada y pensó en eso; él se planteó que Fidel continuaría la lucha y que de eso no cabía la menor duda.

Hubo allí también momentos de pensar si nos quedábamos dentro, si salíamos, qué hacíamos. Eso fue ya cuando no nos quedó una bala. Y también recuerdo a Abel cogiendo unos rifles y poniéndolos debajo como de una acera, ¿qué era aquella acera? era una cosa alta como que tenía unos horconcitos así... yo ví a Abel que cogió los rifles y echó los rifles ahí abajo. Aquello a mí me dio un aliento muy grande, porque yo, con esa fe en Abel, me decía: "Bueno, cuando Abel está guardando esos rifles es que él cree que estos rifles van a hacer falta para algo..." y esa fe así, además ese deseo de que fuera así, pensé que cuando él hacía eso es porque íbamos a tener alguna forma de salvarnos. Le pregunto eso mismo: ¿Bueno, y ahora aquí que va a pasar, porque te veo guardando esos rifles porque?... y también volvió a sonreir ...él tenía unos ojos tristes y una sonrisa alegre, tenía una sonrisa muy alegre pero los ojos tristes. Yo lo notaba así, estoy pensando como yo lo veía en los momentos más felices de su vida, aunque aquellos fueron momentos

felices para él, de verdad. No lo ví, yo no lo ví en ese hospital civil un momento que Abel no estuviera sonriente y alegre. Además en forma como si estuviéramos ganando una batalla. Algo inexplicable ¿no? Inexplicable, que perdíamos una batalla y Abel estaba eufórico, como si estuviéramos ganando una batalla. Y cuando le digo: "Que bueno, tu estás guardando esos rifles, hay alguna forma de... ¿qué vamos a hacer?" Dice él: "No, no, aquí cada cual debe hacer lo que crea. Ya aquí no hay salida para nosotros..." Yo dije: "Bueno, ¿qué orden tú das?" "Que cada cual haga lo que quiera". ¿Recuerdas Melba? "Que cada cual haga lo que quiera", porque aquí ya sí terminó todo, hace ya cinco minutos que nosotros no estamos combatiendo y estamos perdiendo el tiempo." "Bueno, ¿y qué debemos hacer?" "¿Y qué tú crees?" y vuelvo a darme cuenta otra vez que no es lo que yo pensaba, que no había salida. Entonces le digo: "Pero Abel, hay que hacer algo, tú tienes que dar una orden, tú eres el jefe de aquí." Dice: "Sí, hay que dar una orden: que hay que saber morir. Seguramente que todos los que estamos aquí, no vamos a vivir. Ahora, lo que sí creo que debemos prepararnos para saber morir." Aquello no lo entendíamos tampoco: "¿Qué preparación hay de qué?" —"Bueno, la preparación es que cuanto hagamos aquí y cuanto digamos aquí, estos mismos que nos van a asesinar van a ser los encargados de decirlo todo. Así que cuídese bien aquel que no sepa morir, porque no va a saber vivir. Aquí el que sepa morir va a vivir."

Yo pongo una cara un poco alegre, porque pensé, bueno vamos a morir, vamos a morirnos; cuando pongo esa cara alegre, no es alegre porque sea valiente, porque me quería morir, tal vez porque fuera cobarde, y no quería seguir viviendo después de aquello. Entonces él, con esa intuición que tenía, es cuando...

Tenía que pensar que él era la persona que me había dado todo tipo de oportunidades a mí, de luchar, y que me había dado todo tipo de oportunidades de seguir siendo una muchachita... oyendo consejos nada más de los que se le daban, en aquel momento, aún a las mujeres bastante grandecitas y había que obedecer en la familia. Y yo le dije que ¿qué hacía? Entonces el me dijo que no me preocupara, que no tuviera esa preocupación, que seguramente yo iba a encontrar más hermanos como él que me iban a ayudar a seguir luchando. Y que nuestro deber era vivir, porque esa era la misión que nosotros teníamos, de vivir para poder decir lo que allí había pasado. Que nosotros teníamos que vivir y además me agarró por los hombros dándome una orden: "Yeyé, piensa que después de esto es más difícil vivir que morir; vive, que a tí te toca vivir." Después habló con Melba, en otro momento que ya yo no oí mucho, supongo que le diría lo mismo. Pero yo no creo que Abel se planteó derrota, no lo creo, no lo creo en ningún momento que se planteó derrota, porque alguien que se plantea derrota no podía

tener aquel optimismo, no lo podía tener; es más, cuando le decimos y le planteamos que las enfermeras están en disposición de darles ropas de enfermos a los compañeros para ver si lograban salvarse, él sonrió, y dijo: "No"... como que no se la iba a poner. Él no podía quitarse el uniforme, él no llevaba ropa de civil abajo, no llevaba pantalones como otros compañeros, no sé porque no lo hizo, pero no la llevaba. Llevaba solamente su traje militar. Entonces le dije: —"Tu no te puedes quedar con ese traje de militar." "¿Qué tu quieres?" Digo: "Que te pongas esta ropa de enfermo." —"Tráemela, yo hago ahora en este momento todo lo que tú quieras." Entonces buscamos a una enfermera y le vendó un ojo, y yo estaba queriendo vendarle el ojo y la enfermera, claro, y yo no sabía hacerlo en la forma que se hace en los hospitales, me quitó y él sonreía nada más, él sonreía. Le dije: "¿Abel, por qué tú te ríes?" Dice: "No, yo hago lo que quieras, yo hago lo que tú quieras, ¿esto a tí te trae tranquilidad?, bien yo hago lo que tú quieras, pero tú tienes que hacer lo que yo te diga también, así que ahora mismo vayan a ver ustedes lo que hacen y prepárense para lo que viene." Así que Abel no se planteó, yo no creo, Melba, realmente son veinte años, no es que lo piense en este momento, lo he pensado; lo pensé en el cuartel, presa; lo pensé en el Vivac, presa; lo pensé en Boniato, lo pensé en Guanajay y lo pensé en la calle, cuando salí de Guanajay. Aquella sonrisa, aquel humor, ¿cómo era posible aquello? Yo creo que Abel no se planteó derrota, sino se planteó que era una forma de continuar una lucha, porque no cabe la menor duda que él, con aquella firmeza que dijo: "Si Fidel ha podido hacer esto sin un 26 de julio, ahora, teniendo un 26 de Julio, ¿qué no será capaz de hacer Fidel?"

Melba: —A pesar de su convicción de que moría, de que él moría, porque fíjate, Yeyé, que cuando él nos da la orden de que tenemos que vivir, él dice: "Ustedes dos, por su condición de mujeres, pueden ser las únicas que se puedan salvar. Y tienen que salvarse porque esto no puede terminar." O sea que con una serenidad tremenda, sin ningún estado de emoción anormal, Abel previó que las dos mujeres éramos las que nos podíamos salvar.

Haydée: —Sí, pero también tú le veías una forma alegre en la cara, una forma de vida, con un optimismo tremendo...

Melba: —Además, no salvarnos por salvarnos, él no está tratando de salvar a su hermana, de verdad, y a su otra hermana también de verdad; él está tratando de salvar a dos mujeres revolucionarias, que tienen que seguir viviendo para que la lucha continúe. Eso fue lo que yo sentí en aquella serenidad, que Abel demostró en todo momento, y que nos quiso trasmitir con aquella orden: de que teníamos que vivir.

Haydée: —En un momento me dijo: "Yeyé, no me has fallado nunca, no me falles ahora. Si tú no me has fallado nunca ¿cómo me vas a fallar ahora? ¿Qué te pasa? No me falles ahora."

Así que, compañero, vuelvo a repetirte, no creo que,... verdad que Abel, yo creo y te digo que no lo he pensado en este momento, lo he pensado muchos años, 20 años de mi vida, que Abel se planteó que la lucha continuaba, pero siempre muy presente que tenía que esté Fidel vivo, que con Fidel eso se haría pronto, rápido y bien. Porque esa era su... después que estábamos en el cuartel, ya Melba y yo presas, y que sabíamos que Abel no vivía y no sabíamos de Fidel, lo único que yo quería era llegar a ver a Abel para decirle: ¡Fidel está vivo! ¡Fidel está vivo! sin saber si Fidel estaba vivo. Porque yo quería que Abel muriera creyendo que Fidel estaba vivo, para que Abel muriera feliz.

Montané: —Haydée, yo quería entrar en algunos detalles ahí, precisamente en la víspera del ataque, como se ha publicado recientemente en el periódico *Granma*, un grupo de compañeros comieron en el hotel Rex y entre los compañeros que comimos estaba Abel, estaba Renato y estaba yo. Entonces nosotros nos pusimos de acuerdo, los tres, de que los tres íbamos a combatir juntos. De modo que cuando ya se precisó el lugar de la acción, allá en Siboney, Renato, Abel y yo dijimos que cuando Fidel diera la orientación de quiénes iban, quiénes querían ser los participantes de la posta 3, que nosotros íbamos a levantar la mano. En realidad, cuando Fidel pide voluntarios para la toma de la posta 3, todos los compañeros que estábamos allí, levantamos la mano. Entonces, levantó la mano Abel, y levantó la mano Renato y la levantamos nosotros conjuntamente con los demás compañeros. Pero Fidel escogió a 8 compañeros, y entre esos 8 no estaba Abel. Abel refunfuñó y peleó con Fidel y le dijo: "No, yo quiero participar también de la acción de la toma de la posta 3 porque es una de las acciones más audaces, y es donde yo creo que soy más necesario." Fidel le dijo: "No, tú te tienes que resguardar, porque tú eres el segundo jefe del movimiento y tú tienes que vivir." Esto lo saco a colación, porque tanto Fidel como Abel, uno y otro, querían que uno de los dos superviviera la acción, porque sabían la importancia del papel que cada uno jugaba.

En relación con lo que se plantea aquí del compañero Fernando Chenard, cuando ya el factor sorpresa en la posta 3, nos damos cuenta los compañeros de que la acción no se ha desarrollado en la forma que nosotros aspirábamos, el compañero Fidel le da una orden a Chenard, para que le avise inmediatamente a los compañeros del hospital. Después nos enteramos que el compañero Chenard nunca llegó al hospital, porque fue hecho prisionero en el transcurso del tiempo. Y ahora precisamente, con el relato del compañero Gabriel Gil, es que nosotros tomamos conocimiento de esta cuestión. Que creo ha sido muy inte-

resante el relato del compañero Gil, porque a nosotros personalmente nos ha esclarecido esta parte, que no la teníamos muy clara.

—Compañeros Haydée Santamaría y Melba Hernández, nosotros queremos que ustedes nos hablen de lo que sintieron al ver que el 26 de julio, del 53, el asalto al Moncada no había logrado los objetivos planteados, que ustedes estaban detenidas y que posteriormente fue detenido Fidel. O sea, su estado de ánimo, su forma de pensar, etcétera.

Melba: —Mira, Bruno, Yeyé te lo ha dicho ya. Abel nos preparó para eso, nosotras nunca vimos aquella cuestión como fracasada. Nosotras sabíamos que teníamos que seguir cumpliendo, nosotras sabíamos que allí se empezaba, que allí no se terminaba. Pero es que en este proceso que Yeyé acaba de relatar de segundos o minutos, no sabemos qué tiempo, fuimos preparadas.

¿Qué sentimos, dices tú? Mira... pasar por la detención de nuestros compañeros del "Saturnino Lora", tener nuestra primera prueba de ver asesinar precisamente a uno de nuestros compañeros del "Saturnino Lora", como fue Mario Muñoz; pasar por el salón aquel de oficiales del cuartel Moncada, donde fuimos viendo la suerte de cada uno de nuestros compañeros que se habían separado de nosotros sanos y salvos, pero aún de aquellos que habíamos dejado heridos en sus camas, que con sus vendajes nos acompañaron allí en aquel salón del cuartel Moncada; haber oído los comentarios de aquella jauría, como por ejemplo: Nos damos cuenta Yeyé y yo de que Boris resulta también detenido, la cosa aquella enfurecida de "ese con los zapaticos de dos tonos", y ya sabíamos que era Boris el de los zapaticos de dos tonos, y hacer comentarios sobre el carácter de Boris, que era un carácter muy particular, carácter muy recio, y oir los comentarios de la suerte de Boris, en la sala de torturas... Después, Yeyé y yo nos quedamos toda aquella primera noche del 26 de julio esperando una noticia. Y era la noticia sobre Fidel, sobre la suerte de Fidel. Hubo unos momentos en que sentimos unos ayes en el cuartel que, claro está, no eran de nuestros familiares, y las dos nos dijimos: "¿Será Fidel? ¿Será que habrán matado a Fidel?", y con la misma nos repusimos y recobramos nuestra confianza.

Después pasamos al Vivac. Vimos una mañana en que sacaron a coger sol a un grupo de los detenidos y entre ellos identificamos a Montané. Después vimos en un periódico, que nos proporcionaron las presas comunes, a Ernesto, y ¿qué sentíamos?, bueno, pues... sé que lo menos importante para las dos era nuestra suerte. A pesar de que, como Abel decía, era importante que viviéramos. En la misma medida que veíamos un compañero que vivía, era un compañero más que quedaba ahí. Cuando

vimos como un relámpago la entrada de Fidel al Vivac, la lucha no había terminado, empezaba, como había planteado Abel.

No fue en ningún momento para ninguna de las dos lo más importante nuestra suerte, como lo acaba de plantear ella. Que aceptar la tortura de nuestros compañeros y prácticamente ver ultimar a Gómez García sin poder actuar, en aquella impotencia, no era fácil. Yo no tengo más nada que decir sobre eso.

Haydée: —Mira, yo te pudiera decir que esa es una pregunta que se contesta yo no creo que siempre igual; que esa es una pregunta que nos la hacen, y que nos la hemos hecho. Nos la hacemos a cada rato y te puedo decir que siempre no la contesto igual. Siempre yo misma no me contesto igual. Hay que ponerse en el lugar del momento. Tal vez nosotros frente a ustedes jóvenes, que están dispuestos a todo, como la compañera que fue a Viet Nam, nos abochornemos y yo me abochorne de decir algunas cosas. Porque hoy ustedes no pueden comprender aquello, hoy ustedes, jóvenes, con esta Revolución, no pudieran comprender de ninguna manera que nosotros pudiéramos sentir y que yo pudiera sentir tantas cosas. Porque pensarían que soy una cobarde. Tal vez lo fui, porque es que esto, esto, es tan distinto hoy. Hoy, siendo aquella misma persona que yo fui al Moncada, y te lo digo sin ninguna jactancia, hoy yo fuera felicísima que se me mandara a algún lugar donde hiciera falta, a luchar. Porque lo terrible es ver que los años pasan y que se termina una vida y no se termina como se pensó terminar. Pero en aquel momento, yo te digo que yo sentí no sé cuantas cosas. Por momentos sentí tanto, que hubo veces que no sentí nada. Por momentos, si era de día, no ví el sol. Hubo momentos que a mí llegaba como si el mundo hubiera terminado para mí. ¿Por qué? ¿Por qué esa cobardía? Si lo analizo hoy creo que era porque creía que no podía seguir luchando sin Abel. Que no tenía oportunidades de luchar sin Abel. O simplemente porque sentía, sentía... que por lo que tanto habíamos luchado, que era aquella vida de Abel, que nos parecía que era tan necesaria, que había terminado. Hoy vemos que no es verdad. Que Abel tenía razón. Que han aparecido cientos y cientos de jóvenes como Abel. Y que están dispuestos a Moncadas y no solamente en su patria, pero es que hoy nos hemos educado para esto, y hoy lo que nos sentimos muy mal por ser viejos y que no nos escojan. Pero es que en aquel momento se nos había preparado o creía yo que se me había preparado, pero no era verdad.

Hoy yo tengo un hijo que se llama Abel, y si ese hijo mío en un momento diera un paso atrás, fuera la mujer más desgraciada de la tierra. En aquel momento hubiera sido la mujer más feliz de la tierra si hubiera sabido que aquel Abel estaba vivo. Y hoy sería la mujer más desgraciada de la tierra si el día que mi hijo tenga tu edad, no está en la disposición que

estás tú hoy. Aunque no lo vea más. Fíjate como cambian los tiempos. Para bien de todos.

Pero yo el valor que tengo hoy no lo tenía en aquel momento. Yo quería a Abel vivo, ¡yo quería a Abel vivo! Y hoy me doy cuenta que está vivo, en tí, en cualquiera de ustedes. Pero en aquel momento yo lo quería vivo, yo fui muy desgraciada cuando supe que no estaba vivo, pero muy desgraciada, cuando me di cuenta que Abel no respiraba más. Yo quería que Abel siguiera respirando, eso es verdad. Amaba a todos mis compañeros, quería a todos mis compañeros, Gómez García lo quería infinitamente, lo quería porque se ganaba el cariño de todos, lo quería porque era un muchacho sensible, lo quería porque era maestro, porque era poeta, porque era sensible, porque tenía unos ojos maravillosos, porque sabía trasmitir el pensamiento de Martí. Quería a Boris con toda mi alma... pero quería a Abel vivo, por encima de todo. Y han pasado los años y no siento igual. Porque es que en cualquier persona, en cualquier muchacho de tu edad, yo veo a Abel. Pero en aquel momento no era así. Nos lo queremos pintar así, pero no era así, Melba. La desesperación era infinita, lo que no la demostrábamos delante de los que no teníamos que demostrarla. Eramos fuertes delante de aquellos. Porque si Abel era fuerte, nosotras teníamos que ser fuertes. Y porque también es verdad, sabiendo que Abel estaba muerto, sabiendo que ya no vivía, esperábamos que saliera de allí del Moncada, junto a nosotros. Lo esperábamos y sabíamos que no estaba vivo, y a la hora de salir mirábamos la cara de todos aquellos que salieron, unos eran compañeros de nosotros, la mayoría, no. La mayoría eran presos que habían cogido por donde quiera. Y al no ver la cara de Abel, fue ver morir a Abel otra vez. Yo te digo que fue tanto, que aún cuando nuestros compañeros salieron de Isla de Pinos... yo ví salir a Abel de Isla de Pinos, yo ví caminar a Abel en Isla de Pinos. Tanto fue que recuerdo que llegó un momento que cuando venían nuestros compañeros yo lo veía, y no pude más, y llegó Ernesto y me abracé a Ernesto, y creo que si Ernesto no me aguanta me caigo, porque tuve la sensación que Abel salía de Isla de Pinos. Fue verlo morir otra vez. Y es que esta fijación no era por gusto, era que en aquel momento no se podía luchar como hoy. Hoy, ¿qué madre, qué padre, qué tío, le dice a una muchacha de 20 años que no luche? Que se atreva, ¡que se atreva! Pero en aquel momento, no era así. No teníamos forma ni de vivir ni de comer. No teníamos forma de cómo buscarnos una emancipación para poder seguir luchando. Y a todo aquello se unía lo que era Abel. Y no para mí, porque Melba tenía forma de seguir luchando, no tenía problemas, y también esperaba a Abel. Es que lo queríamos mucho, yo no creo que fuera por gusto, algo tenía que tener que lo teníamos que querer así. Y en Isla de Pinos, cuando salieron nuestros compañeros, esa felicidad

por la que tanto batallamos, por la que tanto luchamos, por la que nos opusimos contra todos y contra señores, muy señores, en este país en aquel momento, señores que quitaban y ponían gobiernos y cuando le decíamos que sin... que ellos estuvieran en la calle aquí no habría elecciones, lo decíamos para que ellos salieran. Mira si éramos felices que vivíamos para la amnistía de nuestros compañeros, y cuando los ví salir esperaba a Abel. Y cuando ví a Ernesto, nunca puedo olvidar que me agarré a él, porque no podía seguir de pie.

Así que los momentos que pasamos allí, lo que sentimos allí, si yo pudiera dibujarlo en un cuadro no me alcanzaría esa pared. Y si después de esto, ustedes jóvenes, piensan que ¿cómo es posible? si se les ha dicho que somos tan valientes, ¿cómo es posible que sintiéramos así?... Pero hoy sí te digo, hoy sí te digo, que lo único que hace falta es que siga el sol para luchar. Hoy sí es verdad que es distinto. Hoy nada más que me hace falta que el sol no se caiga, si el sol se cae, no puedo luchar, pero mientras haya sol, mientras que el sol no se caiga puedo luchar. Con 20 años más. Pero en aquel momento, no. En aquel momento realmente queremos pintar las cosas, Melba, pero no era así. Eso es lo que yo siento...

—Compañero Gil, nosotros quisiéramos que Ud. nos dijera ¿qué asaltantes del Moncada fueron posteriormente expedicionarios del Granma?

Gil: —Nosotros, después de los sucesos del Moncada, fuimos a parar a la Isla, —hoy la Isla de la Juventud— la Isla de Pinos, al Presidio Modelo, específicamente. Allí se fundó una Academia Ideológica, la "Abel Santamaría", donde se nos preparó ideológicamente para la lucha. Desde luego que todos los combatientes del Moncada no pudimos ir a México y después venir en el Granma. Pero sí todos estábamos preparados para cualquier acción, puesto que así se nos había preparado y precisamente vino ya el viaje a México, hicimos el viaje a México.

Decía Haydée que hablaba de Abel y nosotros recordábamos, mientras ella hablaba, cómo Abel se mantuvo en todo momento dentro de nosotros. Nosotros nunca perdimos a Abel, porque lo mantuvimos allí en la Isla, en una Academia Ideológica allí, y pensábamos en él, pensamos en él en todos los momentos. Y les decía que se nos preparó para cualquier contingencia. Muchos de los que estamos aquí, algunos de los que estamos aquí tuvimos la oportunidad de irnos a México y después regresar en el Granma. Los compañeros que vinieron después en el Granma: Fidel, Raúl, Almeida, el comandante Ponce, Ramiro Valdés, Cámara, Julito Díaz, Ciro Redondo, Armando Mestre, René Bedia, Ñico López, Montané, Calixto García, quien les habla, Francisco González, Reynaldo Benítez y Antonio Darío López. Hay un compañero que para nosotros es un participante del Moncada, que es el compañero René Reiné. Yo creo que sobre René Reiné,

el compañero Montané, específicamente, puede hablar más... que vino en el Granma.

Montané: —Bueno, nosotros prácticamente consideramos a René Reiné combatiente del Moncada, porque el compañero René Reiné fue orientado a que se le incluyera entre el grupo de los asaltantes al Moncada. Hace pocos días, en el periódico de la juventud, se publicó un gran relato que se le hizo a la señora madre del compañero René, donde ella explicó esa cuestión y no creo que sea necesario abundar mucho en ella, pero lo cierto es que yo tenía la orden de Fidel de llevar a René Reiné al asalto al Moncada, pero cuando llegué a la casa me encontré que la mamá, que Antonia, estaba enferma; me encontré que el único sostén de la familia era Rene Reiné y en realidad yo no tuve el coraje para plantearle a René Reiné que fuera con nosotros al asalto al cuartel Moncada. Ahora esta cuestión nos costó un disgusto muy serio con René Reiné, que posteriormente, cuando estábamos en Isla de Pinos, me lo echó en cara varias veces, y me dijo: "Bueno, Montané, me impediste que fuera al Moncada, pero a la próxima acción voy de todas maneras". Y es por eso que se decide que el compañero René vaya a México y participe en el desembarco del Granma.

Haydée: —Montané, debemos de decir ahí que además de eso, René Reiné desde que salimos Melba y yo de la cárcel, se incorporó junto a Melba y a mí a trabajar, junto a nosotros en lo que fuera. René Reiné fue uno de los compañeros que no se separó de Melba y de mí ni un momento, desde que salimos de la cárcel. Ellos estaban presos, Melba y yo estábamos solas en la calle, porque fuimos condenadas a muy poco tiempo. Y René Reiné, teniendo una madre que mantener y un hermano enfermo, no le importó un momento estar junto a nosotros, perder trabajo, no tener comida para la madre, ni medicinas para el hermano. Fue uno de los compañeros que no nos abandonó un momento desde que salimos de la cárcel. Tuvo que ver en todo, yo diría, que René Reiné, sin haber aparecido el Movimiento 26 de Julio —porque eso apareció mucho después, cuando ya salieron de la cárcel— fue uno de los primeros militantes de este Movimiento 26 de Julio.

Montané: —Haydée, por eso yo creo que es justo, como dijo el compañero Gil, que nosotros debemos reconocer, como reconocemos, a René Reiné como combatiente del Moncada también.

—Amigos televidentes, una vez llegado a este punto, yo creo que tanto ustedes como los compañeros combatientes del Moncada, se impone que se haga una última pregunta y para hacerla vamos a ceder la palabra al compañero Aldereguía.

Aldereguía: —Compañeros asaltantes: Hasta aquí se ha hablado ampliamente de los antecedentes, hechos y consecuencias del asalto al Moncada y a través de ellos hemos vibrado al conocer las virtudes esenciales de los jóvenes que allí pelearon. Sin embargo, nosotros creemos imprescindible ahondar más en las características de la personalidad y en los rasgos fundamentales del carácter de esos símbolos de la juventud de hoy. Por tanto, a manera de resumen, quisiéramos preguntar a ustedes, ¿cómo era el aspecto humano de Abel Santamaría, Renato Guitart, Boris Luis Santacoloma, Raúl Gómez García y todo aquel grupo de heroicos combatientes?

Trigo: —Ya que aquí se ha hablado del compañero René Reiné, nosotros queremos hablar del otro René. Que estuvieron muy confraternizados y muy hermanados en la preparación para la expedición del Granma en México: René Bedia Morales.

René Bedia Morales, de extracción muy humilde, del grupo de nosotros, aunque yo era el responsable de la célula, era el compañero de ideas más progresistas y de definición y formación antimperialista. Hasta inclusive después, en la cárcel de Isla de Pinos, escribe un artículo sobre Guatemala que hoy es considerado documento histórico por la dirección de nuestro Gobierno Revolucionario.

René también, al igual que Reiné, aunque Reiné tenía un hermano enfermo, era hijo único. Pintor de brocha gorda, pero un compañero de unos principios, de una moral extraordinaria.

Después que sale de prisión, cuando el asalto al cuartel Goicuría, René Bedia tiene que esconderse por la persecución de la pareja de Guardia Rural de Calabazar y de allí se traslada o lo trasladamos para una casa cerca de La Palma y acordamos que casi diariamente René Reiné lo iba a visitar. Ahí ya se estableció un contacto directo entre los dos Renés.

Nos acordamos que en una ocasión a uno de los dirigentes del Movimiento, René Bedia le hizo entrega de una cantidad de dinero y, por la noche, nos mandó a buscar para que lo ayudáramos económicamente, ya que llevaba más de tres días sin ingerir alimentos. Nosotros le preguntamos cómo no se había quedado con algún dinero del que él había recaudado, a lo que nos respondió que aquel era dinero para la Revolución y que era sagrado. Tuvimos que hacerle una colecta, prepararle hasta inclusive el pasaporte. Hoy en la actualidad tenemos varias noticias que para nosotros son de una satisfacción extraordinaria, que él antes de irse, él quiso que su padre lo reconociera legalmente. Cosa que hizo, ya que su padre de crianza lo fue el compañero Horacio Lara. Y hoy los hermanos de René Bedia, son militantes del Partido y dirigentes del Partido en la provincia de Santa Clara. Y eso queremos destacarlo, cómo sus medios hermanos han seguido el ejemplo de René. Ejemplo para nosotros extraordinario, ya que para nosotros René Bedia también nos formó en nuestras luchas.

Melba: —Yo quisiera decir algo más de René Bedia. Que es un pasaje que no se ha tocado nunca. René Bedia sale para México junto con Montané y conmigo. Llegamos a Ciudad Méxi-

co exactamente el 16 de agosto, no, el 13 de agosto y lo recordamos muy bien porque fue el día del cumpleaños de Fidel.

Allí cuando hicimos contacto con Fidel, cada cual se dirigió a su lugar de cumplimiento del deber. A René le tocó el puesto más abnegado y de más sacrificio, si se puede decir así, René tuvo que ir a vivir solo, a un apartamento donde estaban todas las condiciones creadas de lectura, de radio, pero solo, sin poder siquiera contestar al timbre de la puerta de aquel apartamento. Esto fue en el mes de agosto, repetimos, y la expedición del Granma sale el 25 de noviembre. Aquel apartamento, conocido por muy poquitos de los compañeros de México, por supuesto, era altamente respetado, porque sus razones tendría Fidel al tomar aquellas medidas con el apartamento. Después, en la práctica, se demostró a través de una serie de contratiempos que se produjeron en México. René Bedia se mantuvo en aquellas condiciones, en aquel apartamento que se inundó de comida y se inundó de todo para que no se volviera a tocar aquella puerta, desde el mes de agosto hasta el mes de noviembre, en que precisamente a nosotros también nos tocó el alto honor de recogerlo acompañado de otro mártir del Granma el compañero Cándido González. Cuando nos volvimos a encontrar con René fue de tremenda alegría, y en broma le planteamos: "Óyeme, en verdad que te tocó lo más duro ¿cómo te sentiste?" y René, con una firmeza tremenda, nos contestó de que si tenía que estar más tiempo allí lo hubiera estado. Y en definitiva traigo esto como una expresión más de las cualidades de René Bedia, en sus convicciones revolucionarias, como planteara Pedrito, y en su tremenda disciplina revolucionaria, que si la hubiera violado en cualquier momento, a pesar de tener un teléfono inclusive en la casa, hubiera arriesgado aquel apartamento donde estaban parte de las armas más importantes que vendrían después en la expedición del Granma.

Montané: —Compañero, yo creo que sería interminable hablar de las virtudes de los compañeros caídos. En el transcurso de las intervenciones de los compañeros nos hemos referido a muchos de nuestros queridos compañeros caídos en el asalto al Moncada y posteriormente en el desembarco del Granma y en la lucha en la Sierra. Nosotros no podemos olvidar al compañero Renato Guitart, ni podemos olvidar a Boris Luis Santacoloma, con su firmeza, con su carácter, con esa hombría de bien y sobre todo esa valentía que siempre desplegó en todos sus actos. No podemos olvidar a Raúl Gómez García, bien llamado el "Poeta de la Generación del Centenario", ni tampoco al compañero Gildo Fleitas que en el momento de la acción, cuando quedó guardando la retaguardia, cuenta el compañero Pedro Miret, que a pesar de los momentos de peligro que se vivía, el compañero Gildo Fleitas bromeaba y hacía chistes, es decir que desplegó una valentía inaudita. Hay compañeros que luego cayeron en la expedición del Granma, que consideramos que debemos mencionar aquí, como son Armando Mestre, el compañero Ñico López, el compañero Julito Díaz y Ciro Redondo, en fin... los hermanos Mateu, en fin, es una lista interminable de compañeros caídos que yo creo que le sirven hoy de ejemplo para ustedes la nueva generación y que estamos seguros de que por lo que los compañeros cayeron no cayeron en vano, estamos seguros que ustedes son el fiel representante de la Generación del Centenario. Ahora, como dijo Fidel en un discurso: La antorcha está en manos de ustedes, les toca a ustedes llevarla adelante hasta sus últimas consecuencias, no solamente en Cuba, sino donde nos demande el Comandante en Jefe y la Revolución nos diga.

[En: Archivo del Centro de Estudio de Historia Militar de las FAR.]

La acción del Palacio de Justicia

(Fragmento)

Seis fueron los combatientes que tomaron el edificio del Palacio de Justicia de Stgo. de Cuba para apoyar el ataque al Cuartel Moncada: José Ramón Martínez —muerto tres años y cinco meses más tarde en Alegría de Pío, después del desembarco del "Granma"—, Raúl Castro, Abelardo García, Mario Dalmau, Ángel Sánchez y Lester Rodríguez. Este último relata a VERDE OLIVO detalles de los preparativos de la acción dirigida por el Comandante en Jefe Fidel Castro, la misión del grupo bajo el mando del Cmdte. Raúl Castro y cómo se desarrolló la operación en la que hicieron prisioneros a 19 soldados y policías de la tiranía.

Por la madrugada llegó Fidel. En ese momento Raúl Gómez García nos recitó un poema que había compuesto y se leyó el Manifiesto que se iba a publicar para conocimiento del pueblo después de tomado el Cuartel.

Fidel habló a todos los que estabamos allí a las cuatro de la mañana y salimos con los primeros claros del amanecer. Como era verano, amanecía más temprano. Recuerdo que Haydée, impresionada por el espectáculo de la cordillera de la Gran Piedra que se divisa desde la casa de Siboney, dijo más o menos estas palabras: "Hoy sé por qué los hombres de Oriente son tan valientes: porque se ponen a la altura de esas montañas".

Yo fui el último en subir al carro número 3, donde iríamos los seis que tomaríamos el edificio de la Audiencia. Delante del nuestro iban dos carros que llevaban a Abel, Haydée, el Dr. Muñoz y otros compañeros, que tendrían a su cargo la toma del Hospital Provincial, situado frente al Moncada; detrás del nuestro venía el carro que conducía Renato Guitart, responsabilizado con tomar la posta del Cuartel, por donde entraría Fidel, que venía en el quinto carro.

[En: *Verde Olivo*, 26 de julio de 1964.]

La toma del Palacio de Justicia

(Fragmento)

En el auto que llevaba al grupo de Raúl al Palacio de Justicia, cinco compañeros, además de Raúl, se habían instalado: Mario Dalmau, robusto mestizo de unos treinta años. Lester Rodríguez, que había dormido también en Siboney, José Ramón,[1] y dos compañeros de Guanajay que no se separaban apenas: el pequeño Ángel Sánchez y el alto Abelardo García. Dalmau manejaba el auto, un Chevrolet de hacía cinco años, que era suyo.

Aunque Lester, cuya familia vivía en Santiago, hubiese reconocido con anticipación los lugares, estuvieron a punto de dejar atrás el Palacio de Justicia, pasaron por delante del Palacio de Justicia sin verle. Dalmau tuvo que volver en marcha atrás un buen trecho, y se detuvo frente a la entrada.

En ese momento vieron, dirigiéndose hacia ellos, un soldado. Era un pequeño mulato, muy delgado, Raúl dijo a Abelardo García: —"Hazle prisionero". García se acercó al soldado al que dominaba con su estatura, le encañonó con el revólver y le dijo: "¡Batista ha muerto! ¡Estás detenido!" El soldado alzó inmediatamente los brazos, las manos le temblaban y los dientes le castañeaban. García le quitó la pistola, observó de pasada que tenía en la cultata la bandera del 4 de septiembre,[2] y empujó delante de él a su prisionero. Las puertas del Palacio de Justicia estaban cerradas. Raúl apretó el botón del timbre. En el mismo momento, oyó los primeros disparos que partían del Moncada.

Raúl cogió entonces su fusil, y con la culata, golpeó la puerta repetidamente. Esta se entreabrió, y apareció el sereno. Era un

[1] José Ramón sobrevivió al Moncada, pero fue muerto algunos días después del desembarco del *Granma*.

[2] Para conmemorar el cuartelazo, de los sargentos del 4 de septiembre, que le había dado el poder, Batista había inventado una bandera personal que servía de unión a sus partidarios.

viejecito de unos sesenta años, canoso, barrigón y estaba desarmado. Raúl le puso el revólver en la cabeza y le dijo con voz fuerte:—"¡Batista ha muerto! ¡Estás detenido!" El sereno palideció extraordinariamente y se puso a temblar.

Entonces, el timbre de alarma del Moncada comenzó a sonar con una fuerza que dominaba el tiroteo. Está fracasado, pensó Raúl. Detrás del sereno, en el vestíbulo de entrada, Raúl descubrió un soldado que le miraba. Era un multato de gran estatura, parecía muy asustado y se dejó desembarazar de su Springfield sin resistencia. —"Muéstrame dónde está el elevador", dijo Raúl al sereno. Este no llegaba a responder, estaba pálido de miedo. —Viejito, no te preocupes, que no te va a pasar nada.

El elevador no llegaba más que al tercer piso, y allí, una escalera estrecha conducía hasta la puerta de hierro que daba a la terraza. Raúl sacudió la puerta que estaba cerrada y como no cedía, rompió la cerradura golpeándola con el revólver.

Todo el grupo, menos García, que se había quedado en la entrada para guardar a los tres prisioneros, y Lester Rodríguez, que se había quedado en el tercer piso, se lanzó a la terraza. La posición era excelente. Los combatientes, protegidos por un muro pequeño que les llegaba al pecho, dominaban desde arriba el cuartel, del cual les separaban apenas 80 metros. Veían claramente sobre las terrazas del cuartel, y más abajo, sobre el balcón, a los soldados disparar contra sus camaradas.

Raúl apoyó sobre el parapeto el cañón del Springfield que había confiscado al soldado que estaba en la puerta, rectificó el alza y tomó la línea de mira. Tenía encañonado a un soldado que estaba muy ocupado en tirar sobre los combatientes del grupo de Fidel. El soldado parecía tan tranquilo como en la barraca de una feria. Se creía perfectamente protegido, porque, desde la terraza de donde disparaba, nadie desde abajo, podía alcanzarle. Raúl afirmó la culata del Springfield en el hueco del hombro, pegó la mejilla a la caja del fusil, puso el dedo con suavidad sobre el gatillo, y aguantó la respiración. En ese momento, le sucedió algo que no había previsto: no lograba disparar. Tenía encañonada, precisa e inmóvil, la espalda del soldado. A esa distancia, estaba seguro de alcanzarle, pero no llegaba a apretar sobre el gatillo.

Desde lo alto de la terraza del Palacio de Justicia, Raúl y sus compañeros veían el Moncada bullir como un hormiguero. Los soldados salían de todas partes, y disparaban desde los balcones, desde las almenas del muro del recinto y desde las terrazas. Raúl no llegaba a impedir con su fuego la ocupación de las terrazas del cuartel, ni que pusieran en acción las ametralladoras que allí estaban instaladas. Su posición estratégica era fuerte, pero su armamento era insuficiente. El ejército, por

mal dirigido que estuviera, acabó por darse cuenta de ello, y desde la terraza del SIR dirigió sobre él un fuego violento.

Mientras que respondía lo mejor que podía, Raúl se dio cuenta de que corría el riesgo de ser sorprendido por la espalda. Tenía la impresión de que otros guardias se ocultaban en el edificio, y que éste era demasiado importante para no estar guardado más que por un sereno y un soldado. Decidió bajar de nuevo y registrarlo para asegurarse la retaguardia. Y, en efecto, el grupo descubrió en el sótano, dos soldados dormidos sobre sus camas de campañas, con el fusil al alcance de la mano. Habían bebido la víspera para celebrar el carnaval sin moderación, pues ni el tiroteo, ni el timbre estridente del Moncada, les habían interrumpido el sueño. Se les despertó, anunciándoles que eran prisioneros y se les confiscó sus Springfield.

Abelardo García se encontró así en posesión de cinco prisioneros, y para estar seguro de dominar la situación, les dio orden de acostarse sobre el suelo. Obedecieron. Raúl y sus 4 compañeros volvieron a subir entonces a la terraza. En cuanto aparecieron, fueron atacados por una ametralladora que disparaba desde la terraza del SIR, y se dieron cuenta de que el grupo de Fidel estaba retirándose. Raúl decidió entonces bajar de nuevo. Cuando llegaba a la planta baja, oyó que un auto se detenía delante de la puerta.

Esta se abrió para dejar paso a dos policías acompañados de tres civiles, los cinco armados con pistolas. El que parecía hacer de jefe dijo: —"Venimos a ayudarles". Los dos grupos estaban frente a frente, iguales en número, uno y otro armados, y hubo un segundo de vacilación. Raúl fue el primero que reaccionó. Gritó a sus compañeros: —"¡Desármenles!" Al mismo tiempo, encañonó con su revólver a uno de los policías, le arrancó su pistola, y dijo a los civiles: —"¡Están capturados! ¡Arriba las manos!" Los intrusos se quedaron tan estupefactos que no hicieron resistencia, y cuando quedaron desarmados, Raúl les ordenó que se acostasen en el suelo también. Ángel Sánchez inspeccionó las armas que se acababa de incautar a los "civiles", se dio cuenta de que se trataba de pistolas 38 del modelo reglamentario del ejército.

La llegada de ese grupo hizo pensar a Raúl que no tardarían en ser cercados. Y deliberó sobre eso con sus camaradas. Se había colocado en el Palacio de Justicia como apoyo al ataque, pero el ataque había fracasado, y la retirada del grupo de Fidel ponía fin a su misión. Estaba claro que la mejor solución era retirarse. Cuando esta decisión fue tomada, se descubrió que Lester Rodríguez ya se había marchado, solo y a pie. No tenía problema para encontrar refugio: sus padres vivían en Santiago.

Dalmau fue el primero que salió, y en cuanto puso su auto en marcha, José Ramón y García se reunieron con él. Raúl y Sánchez salieron con un poco de retraso, pues habían tomado

la precaución de llevarse todas las armas, para no ser fusilados por la espalda por sus prisioneros. En cuanto salieron a la explanada ante el Palacio de Justicia, las balas comenzaron a silbar a su alrededor. Raúl saltó de la explanada a la Avenida Garzón, alcanzó el Chevrolet de Dalmau, y le paró. Ángel se unió a él, subieron y Dalmau salió disparado.

Pero, aparte de Lester, que se había ido a pie, nadie conocía Santiago. Ni siquiera Raúl, ex-interno del Colegio Dolores. Después de haber tomado al azar un cierto número de calles el Chevrolet se volvió a encontrar delante del Palacio de Justicia. "¡Vamos a Ciudamar!", dijo Raúl. Era una playa de los alrededores de Santiago, y él conocía el camino: cuando era niño, los jesuítas de Dolores llevaban allí a sus alumnos.

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1966.]

En la última máquina salimos...

(Fragmento)

En la última máquina salimos para el Moncada. Con nosotros iban Julio Reyes, Raúl Gómez García y el Dr. Muñoz. De ese grupo sólo vivimos "Yeyé" y yo...

Llegamos al Hospital Civil bajo una balacera terrible. Los muchachos peleaban con coraje, con gran valentía. Las enfermeras, el personal del Hospital, la gente del pueblo, se identificaban con nosotros. Algunos ayudaban a cargar las escopetas calibre 22. Son ellos, también, combatientes del Moncada. El fervor patriótico de los jóvenes se contagiaba a todos.

Mis compañeros fueron los hombres más valientes que pueda haber. En ningún momento perdieron la serenidad ni se rebajó la moral. Allí, en el Hospital, "Yeyé" se creció. Ella conocía algo de colocar vendajes y curar heridos. En el central donde nació —que hoy lleva el nombre de "Abel Santamaría Cuadrado"— "Yeyé" se había puesto a trabajar junto al médico para atender a los campesinos y a las familias pobres. Ahora, en el Hospital aplicaba sus conocimientos atendiendo no sólo a los heridos nuestros, sino a las dos bajas que tuvo el enemigo. Yo no tenía experiencia de enfermera, pero creo que lo hice lo mejor que pude. Nunca había preparado siquiera una jeringuilla para una inyección. Allí lo hacía como una experta.

Delante del Hospital cayó el Tte. Fereaud. Parece que regresaba a esa hora de los carnavales. Su mujer lo acompañaba. Al oír los tiros fue hacia el Hospital pistola en mano. Se le dio el alto. No hizo caso. Cayó delante del Hospital. Su mujer fue hacia él. Yeyé y Gómez García fueron a prestarle auxilio. Yo les cubría. Una bala dio cerca de Gómez García que cayó aturdido. Fui a atenderle, la mujer del Tte. gritaba bajo las balas. Corría peligro, Yeyé la convenció de que se fuera. De que si algo se podía hacer por salvar la vida de su marido, nosotros lo haríamos. Y lo intentamos. Pero ya era tarde.

Allí, en el Hospital vimos un joven vestido con una guayabera muy limpia, que había ido a atenderse. Nos miró a nosotros con desprecio profundo por el uniforme que traíamos. Era Julio Trigo, que había venido para participar en el ataque, pero se le separó del grupo porque la noche antes tuvo una hemoptisis.

Había ido al Hospital a curarse. Cuando le explicamos quiénes éramos quiso enseguida combatir junto a nosotros. No sé cómo consiguió un uniforme. No teníamos armas para él. En ese momento, uno de los cristales de las ventanas saltó hecho añicos por los disparos e hirió en la cara a Julio Reyes. Mientras lo atendíamos, Julio Trigo siguió peleando con la escopeta de éste. Cuando Julio Reyes estuvo dispuesto para reanudar la pelea, costó mucho trabajo que Trigo le devolviera la escopeta. Luego se apoderó de una "Thompson" de un cabo de la policía y siguió peleando con ella. Se olvidó de su medicina, de su enfermedad. Cuando Abel dio la orden de que cesara el fuego porque ya se había acabado el parque, Trigo quería seguir peleando, ya que todavía le quedaban balas de la "Thompson". Hubo que darle una orden para que dejara la ametralladora y se pusiera de nuevo su traje de civil. Nosotros pensábamos que así podría salvarse.

Se estuvo combatiendo hasta las ocho de la mañana. El parque se había agotado. Ya el fuego había cesado en el resto de los puntos atacados. Abel dio la orden de que cesara el fuego y empezó a planear la manera de salvar el mayor número posible de compañeros. Las enfermeras y los enfermos del Hospital colaboraron mucho con nosotros. Recuerdo que un viejecito le dio su cama a Abel. La enfermera le vendó un ojo a éste para que pareciera un paciente. Los compañeros se pusieron batas sanitarias. Yeyé y yo fuimos para la sala de niños donde había un verdadero caos. Con los disparos, al iniciarse el ataque, los niños se habían despertado y hubo que adelantarles la hora del alimento. Ahora lloraban nuevamente y fuimos a tranquilizarlos.

[En: *Verde Olivo*, 28 de julio de 1963.]

El último legado de Abel...

(Fragmento)

¿En qué momento Abel sabe que ustedes están ya allí? Cuando nos ve en el Hospital. Abel era el jefe del Hospital. Abel se entera de que nosotras estábamos allá cuando nos encuentra en pleno combate. Nuestra máquina fue la última de la cadena de carros que fueron a la acción. Iba manejada por Mario. En ella íbamos Julio Reyes, iba Yeyé, iba Raúl Gómez García, e iba yo.

Cuando Abel nos ve se sorprende. Y entonces le explicamos, y le entró mucha alegría de que estuviéramos allá. Inmediatamente nos dio instrucciones: qué teníamos que hacer, de cruzar el pasillo ese grande que había entre el vestíbulo y el fondo del Hospital. Teníamos que cruzar todo ese pasillo, Yeyé y yo estábamos apoyando a la retaguardia integrada por uno de los Mateu, por Álvarez Breto, por Julio Reyes, y Julio Trigo, que estaban combatiendo allí, y entonces nosotras íbamos mucho por el pasillo a ver cómo andaba la cosa por allá, a recoger instrucciones de Abel. Él nos decía: "Tengan cuidado, atraviesen el pasillo así y tomen estas medidas, no se arriesgen por gusto".

¿Cuándo dejaron ustedes de ver a Abel?

El último legado de Abel Santamaría es aquél que nos da ya cuando tenemos que rendirnos y nos advierte que había terminado, todo, que no se podía perder la oportunidad de que el pueblo de Cuba conociera de aquella verdad y de la pureza de aquel Movimiento, y nos dice: "No sabemos la suerte de Fidel, la suerte que correrá Fidel. Todos nosotros seremos asesinados. Ustedes tienen que ser muy firmes ahora. Más importante que yo, más importante que nosotros, es que ustedes vivan, porque para que esto viva, ustedes tienen que vivir, en ustedes es donde hay más posibilidades de salvación, en ustedes: dos mujeres." Este fue el último legado de Abel: "Defiendan sus vidas, no pierdan la cabeza, no se afecten porque yo voy a caer, yo tengo que caer, no importa, pero ustedes tienen que vivir, no se entreguen, no se regalen, porque si ustedes se regalan, el pueblo de Cuba no va a saber

nunca la realidad de esto que ha pasado. Esto nace, no termina. Con esto empezamos".

¿Cómo fueron capturados ustedes?

Nosotras estábamos en la sala de niños, haciéndonos pasar por madres acompañantes, y somos delatadas. Nos capturan como fueron capturados todos los combatientes del Hospital, con excepción de Ferro que pudo escapar.

Entonces el único que pudo escapar fue él, todos los demás fuimos hechos prisioneros allí. A todos se nos entregó. A todos. Se nos fue delatando uno por uno. Porque de lo contrario, por qué iban a haber descubierto a Abel, si Abel estaba en una cama de enfermo con un ojo vendado, y muchos compañeros estaban hospitalizados. Y los heridos que estaban allí bueno, ésos estaban como heridos, ingresados ya. Pero a todos nos descubrieron en el último rastreo.

Se portaron muy bien las enfermeras, los enfermos, los trabajadores del Hospital y algunos médicos, muy bien, tremendamente bien. Se portó muy bien la gente que habíamos hecho prisionera, como por ejemplo el director de la Banda de Música de La Habana, que estaba allá con motivo de los carnavales. Ninguna de esa gente nos delató, de la gente que hicimos prisioneros.

[En: *Santiago*, junio de 1973.]

El asalto al Moncada

(Fragmento)

Para los santiagueros el tableteo de las ametralladoras en el amanecer de Santa Ana eran cohetes y juegos de pirotecnia que había anunciado una firma cervecera para contribuir al mejor lucimiento de la alegre y tradicional fiesta de Momo.

En la intersección de las Avenidas de Trocha y Garzón el contingente de automóviles se dividió en tres grupos, tomando cada uno respectivamente hacia la posta de la Avenida de las Enfermeras, la carretera central rumbo al Palacio de Justicia y al Hospital Civil Saturnino Lora. En el tercero de los que se dirigieron a la posta de guardia del Cuartel Moncada iba Fidel Castro. El primero de los automóviles de la tropa de choque, que era la que invadiría el Campamento, entró fácilmente identificándose como aforados que regresaban a descansar al cuartel. Una vez en el interior en acción de comandos desarmaron a los soldados de la posta, en absoluto silencio.

Parecía que todo iba a ocurrir según lo planeado, pero acechaba la fatalidad, el segundo auto que iba algo rezagado, al precipitarse chocó con el contén de la acera y se produjo la alarma. Violentamente salieron de esa máquina y de las demás sus ocupantes irrumpiendo en el Campamento Militar. La guarnición se movió hacia la posta atacada y se inició el combate. Algunos revolucionarios, entre ellos Renato Guitart, que caía momentos después, logró entrar hasta el cuerpo del edificio buscando el arsenal según los planos que poseía; pero donde antes se guardaban las armas estaba instalada ahora la barbería. Fidel Castro pegado al muro de la posta dirigía la acción, pero al comprender el fracaso de la misma, ordenó la retirada hacia Siboney.

Un cerrado fuego de fusilería y ametralladoras mantenido firmemente por sus compañeros desde varios flancos permitió la huida momentánea de muchos. Una veintena se dirigió al Hospital Lora, otros abandonaron sus uniformes y quedándose con las ropas de civil que llevaban debajo se refugiaron en hogares san-

tiagueros; en este caso estaban los menos. Los que siguieron a Fidel Castro hasta la playa Siboney y se internaron en las primeras ondulaciones de la Sierra próximas al Caney, tuvieron mejor suerte.

El tiroteo había durado aproximadamente dos horas, a las siete de la mañana se escuchaban aún disparos en medio de una confusión imponderable.

Desde unos ventanales al fondo de la clínica Los Angeles que asoma a la Avenida de las Enfermeras, Panchito Cano y yo recogimos las primeras impresiones de la batalla. Esa madrugada estábamos terminando un reportaje sobre los carnavales para la revista BOHEMIA cuando escuchamos las inconfundibles ráfagas de ametralladora. Su sonido no admitía dudas, no eran cohetes ni juegos de artificios sino un combate de gran envergadura.

La clínica Los Angeles donde primero estuvimos, está distante del Regimiento Uno Maceo, sólo cuadra y media del Hospital Saturnino Lora, unos seis metros atrevesando la calle. Nuestra magnífica visibilidad desde el segundo piso del edificio la abandonamos media hora después, nuestro propósito era entrar en el Moncada. Los comentarios dentro de la clínica eran que los soldados se estaban fajando entre ellos, o que había un tiroteo entre marineros y guardias borrachos, no fue sino hasta avanzada la mañana que se conoció la verdad.

Mientras veíamos correr de un lado a otro a hombres uniformados disparando sus armas y a otros apostados en improvisadas trincheras haciendo blanco en el cuartel o en los paredones del hospital y a un tercer grupo emplazando una ametralladora en el Palacio de Justicia, en el interior del Saturnino Lora la tortura y la muerte aguardaban a dos docenas de jóvenes.

Momentos antes de que los primeros autos irrumpieran en el Moncada, Abel Santamaría, el doctor Mario Muñoz Monroy, Julio Trigo, Melba Hernández, Haydée Santamaría y algunos jóvenes más entraron en el hospital. Llevaban consigo algunas armas, el maletín facultativo del doctor Muñoz, un paquete con arengas impresas y un disco que contenía el histórico discurso del *aldabonazo*, el último que pronunciara Eduardo Chibás en la emisora CMQ y que ellos pretendían propalar a través de las estaciones de radio locales tan pronto ocuparan el Moncada.

Fue Abel Santamaría vestido de militar quien sostuvo una rápida entrevista con el policía que guardaba la entrada principal del hospital.

—No es el Ejército, sino el pueblo el que va a ocupar el hospital, no le haremos daño alguno a usted, sólo vamos a desamarlo —le dijo al policía que estaba perplejo.

—Él es médico; y ellas, sus enfermeras. No queremos que ocurran muertos ni heridos, pero si son inevitables ellos los atenderán —agregó Abel aclarando la presencia de sus acompañantes.

Tan pronto estuvieron dentro del edificio escucharon los disparos del cuartel.

—Hay que combatir —dijo Abel apenado.

—¿Qué fallaría? —se preguntaba—. ¿Habrá muerto Fidel? —comentaba desolado.

El grupo del hospital se dividió en dos, uno fue hacia el fondo, sector del edificio que queda exactamente enfrente de la posta principal del Moncada y el otro grupo se quedó protegiendo la puerta del hospital.

La refriega se prolongó por mucho tiempo sólo en el Moncada. Fidel había dado la orden de que si se frustraban los planes los que pudieran se dirigieran al hospital para de allí evadirse y muy pronto comenzaron a llegar los primeros combatientes al Saturnino Lora, con el desaliento del fracaso. Detrás de ellos en su persecución entraron miembros de la Policía y del Ejército. Un reducido número de hombres sostuvo fuego de dentro hacia afuera con los aforados que querían desalojarlos del hospital. De esa manera distraían la atención del enemigo cubriendo la retirada a los compañeros.

El Dr. Mario Muñoz, comprendiendo que iba a ser prácticamente imposible la retirada de todos sugirió que se vistieran de enfermos los que estaban dentro del centro benéfico y ocuparan camas como si estuvieran recluidos, entendía que esa era la única forma de eludir a sus perseguidores. El Dr. Mauricio León, médico interno del Hospital Lora le señaló dónde estaban los escaparates con la ropa necesaria y ayudó a vestirlos; entre los presuntos enfermos estaba Abel Santamaría.

Con extraordinaria destreza, el Dr. Muñoz, Melba y Haydée vendaron en las piernas, en los brazos y en los ojos a sus compañeros y los [illegible]dujeron a las camas. Muñoz se mantuvo con su bata de médico y las mujeres que no tuvieron tiempo de vestir de otra manera se quedaron con sus *slacks* en la sala de niños. Allí ayudaron a las enfermeras a consolar a las criaturas que lloraban asustadas por el tiroteo

Aproximadamente cuarenta y cinco minutos después entraban los soldados en el hospital. En la primera incursión por todo el edificio no tuvieron el menor éxito. A reserva de la detención de dos o tres jóvenes heridos, los que resistían en la puerta, no hallaron a nadie más. Todos permanecieron en sus camas simulando estar recluidos. Melba y Haydée desde la sala de niños presenciaron cuando los soldados se retiraban, un acto desgraciado. Fue cuando un civil grueso de mediana estatura, de pelo negro, espejuelos de aro, vestido con un pantalón oscuro y camisa de cuadro detuvo a los oficiales que se marchaban y los indicó que buscaran en las camas.

—Jamás olvidaremos ese rostro —dirían ellas luego.

Los militares se volvieron y violentamente comenzaron a levantar a los enfermos de sus camas e investigarlos; pronto descubrieron el ardid.

—¿Conque ojitos malos, no? —dijeron al encontrar a Abel Santamaría con los ojos vendados— pues te los vamos a sacar para que sea verdad.

A culatazos y patadas sacaron del hospital a los que serían los primeros mártires del 26 de Julio. ¡Faltaban las mujeres!... El delator llamó la atención a los soldados de que ellas estaban en la sala de niños.

—Esas —dijo señalando a Melba y Haydée— no son enfermeras ni madres, ésas vinieron con ellos y también aquel disfrazado de médico —indicando para el doctor Muñoz.

Así detuvieron a los últimos.

Ya Panchito Cano y yo en una segunda y peligrosa incursión habíamos logrado acercarnos mucho más al Cuartel Moncada por la parte norte del polígono que limita con la embotelladora Coca-Cola; muy próximo al lugar en los límites del hospital militar se escuchaban ráfagas y se veían hombres uniformados correr de un lado a otro, así como a civiles heridos que podían andar por sus propios pies escoltados por soldados, entrar en el Hospital Militar.

Cuando iban detenidos del Hospital Saturnino Lora al Cuartel Moncada, por la Avenida de las Enfermeras, el Dr. Muñoz y las dos mujeres, los custodios dejaron que el médico se adelantara unos veinte pasos y gritando ¡disparen que huyen!... fue muerto Muñoz Monroy. Su caída era sólo el comienzo de la tragedia.

[En: *Bohemia*, 15 de febrero de 1959.]

MARTA ROJAS

La toma del hospital civil

(Fragmento)

Nada perturbaba aún el silencio del amanecer cuando el automóvil de Abel, prosiguiendo su camino por la Avenida Garzón, llegó al hospital civil. Bajó allí seguido de sus compañeros, se dirigió hacia el soldado que guardaba la entrada, y le dijo con voz fuerte: "¡Batista ha muerto! ¡Viva la Revolución! ¡Estás detenido!" Era la frase convenida en Siboney para impresionar a los soldados que se harían prisioneros. El soldado se dejó desarmar sin oponer resistencia, y el grupo de Abel, compuesto de veinte hombres, tomó posesión del hospital. Abel dividió inmediatamente a sus combatientes. Instaló a Mateu, a Reyes y a Gerardo Álvarez en el vestíbulo para guardar la entrada. Y llevó el resto para tomar posición en las ventanas del primer piso, que daban sobre el patio del fondo del Moncada.

Apenas había acabado de tomar esas disposiciones cuando el tiroteo del Moncada estalló. Miró a sus compañeros, y dijo con angustia: "¿Qué sucede? ¿Han matado a Fidel?" Se arrodilló detrás de una ventana, puso su fusil sobre el alféizar y dijo: "Luchemos". En el mismo momento el timbre de alarma del cuartel sonó. Parecía venir al mismo tiempo de todos los ángulos del cuartel. Ciento cincuenta metros apenas separaban a Abel de los edificios del Moncada, y él lo oía perfectamente.

En ese mismo momento, Melba y Haydée, que habían salido de Siboney en el último auto, en compañía de Raúl Gómez y del doctor Muñoz, llegaban delante de la entrada del hospital. En cuanto estuvieron en presencia de Abel, le preguntó angustiosamente: "¿Qué ha sucedido? ¿Saben algo?" —"No sé nada", dijo Haydée. "Pero cuando hemos pasado delante del Moncada, el combate ya había comenzado. He visto a Boris protegerse detrás de un auto, y me ha saludado con la mano."

En ese momento, sin que se supiera al principio de dónde venía, Julio Trigo surgió entre ellos, alto, buen tipo, un poco pálido, y muy elegante con una guayabera inmaculada. Les miraba, o mejor

dicho, miraba sus uniformes, con una mezcla de estupor y de desprecio, y hubo que explicarle que a los combatientes se les había vestido así por astucia de guerra, y que se atacaba el cuartel Moncada. Inmediatamente, se apoderó de la metralleta del soldado que Abel había capturado, y se puso a disparar en dirección al cuartel, mientras les explicaba cómo se encontraba allí. Después de la salida de los combatientes de la casa de la calle Celda, había tenido una nueva hemoptisis, y se había trasladado al hospital civil para que le atendiesen. Le habían puesto una inyección en la sala de urgencia; había oído los disparos, y subió al primer piso para ver de qué se trataba.

La muerte tenía ese día cita con Julio Trigo. Su primera hemoptisis estuvo a punto de salvarle. La segunda le condenó a perecer mucho más seguramente y más rápidamente que la enfermedad de la cual era el síntoma.

Melba, Haydée, Raúl Gómez y el doctor Muñoz se situaron cerca de la puerta de entrada, para socorrer más rápidamente a los heridos cuando se presentasen. Los disparos que los combatientes hacían desde las ventanas sobre el fondo del Moncada, decidieron al mando enemigo a enviar unos soldados a tomar el hospital civil, y los combatientes vieron a todo un grupo avanzar, como tiradores, de manera bastante indecisa, hacia la entrada del edificio.

El teniente Fereaud había festejado el carnaval con su mujer y sus amigos, y volvía a pie a su casa del Reparto Sueño,[1] cuando oyó disparos del lado del hospital civil. No estaba borracho, sino en un estado de euforia y de alegre excitación, que le hacía olvidar su fatiga. Cuando vio a los soldados agachados o acostados a distancia prudente del hospital civil disparando se acercó, con su mujer muerta de miedo a su lado, y se hizo explicar la situación. "Bueno, dijo, hay que asaltarlo". "Teniente", replicó un soldado, "¡Es que disparan sobre nosotros!" —"Estamos aquí para eso" dijo Fereaud teatralmente. Y añadió con tono de mando: "¡Vamos!" Ningún soldado se movió. Fereaud les miró y dijo con desprecio: "¡Cobardes!" Luego ordenó a su mujer que fuera a refugiarse bajo la puerta cochera de una casa, sacó su revólver de la funda, y avanzó solo, con paso firme, hacia la entrada del hospital.

Cuando estuvo a pocos metros de la entrada, agitó su revólver sobre su cabeza y gritó con voz fuerte: "¡Ríndanse! ¡Ríndanse!" Y no obtuvo respuesta. "¡Ríndanse!", gritó una vez más. Luego esperó. Nadie disparaba ya, ni los soldados, ni los combatientes. El silencio que siguió parecía casi anormal.

Fereaud reanudó su marcha. Se oyó una detonación seca, y cayó de bruces. Su mujer se puso a gritar, y el tiroteo se reanudó.

Melba vio a Haydée y a Raúl Gómez salir arrastrándose bajo las balas, para socorrer al teniente enemigo. "¡Ustedes están locos!" gritó.

[1] Barrio de Santiago de Cuba, cercano al Moncada.

Haydée, arrastrándose bajo las balas, no experimentaba ningún sentimiento de miedo. Desde que el combate había comenzado, temblaba por la vida de Abel. Y le parecía que la angustia que experimentaba con respecto a él inmunizaba su propia vida. El valor un poco loco del teniente le había emocionado, y se lanzó bajo las balas sin vacilar.

Melba vio a Haydée gritar algo a la mujer del teniente, pero aunque Haydée abría la boca completamente como si gritase, el tiroteo era tan fuerte que no pudo oír lo que decía. Luego Melba la vio llegar junto al teniente, tomarle la mano, y dejarla caer inmediatamente.

La mujer del teniente había comprendido el gesto. Se puso a gritar, con las manos en la cabeza. Haydée temía que cruzase la calle bajo las balas y le gritó que se quedase donde estaba. En el mismo momento, una ráfaga dio en el suelo muy cerca de Raúl Gómez. Este tuvo un violento sobresalto. Melba corrió a socorrerle. Había sido alcanzado en la nuca de rebote, pero la bala no había penetrado, y sólo estaba aturdido por el choque.

Desde las ventanas del hospital civil Abel no podía ver, como Raúl desde la terraza del Palacio de Justicia, lo que sucedía en la calle que llevaba a la Posta 3 del Moncada. No vio tampoco la retirada del grupo de Fidel, y sólo cuando el fuego de los soldados comenzó a concentrarse sobre las ventanas del hospital, se dio cuenta de que era el único que quedaba en acción. Pero en ese momento, el hospital estaba cercado por todas partes, y la retirada ya no era posible. Su grupo estaba compuesto de veinte hombres, no contaba más que con un herido leve, y quizás Abel hubiese podido, a costa de graves pérdidas, intentar una salida por sorpresa, y cruzar la línea de los soldados. Decidió quedarse en el hospital y luchar hasta que se le acabasen las municiones. El deseo, atrayendo sobre él el fuego del enemigo, de proteger la retirada del grupo de Fidel por un combate de retaguardia, explica esta decisión. El sacrificio era lúcido. No se hacía ilusiones sobre la suerte que le esperaba.

Un poco antes de las ocho, llamó a Melba y a Haydée, las llevó aparte y les dijo con voz grave: —Estamos perdidos. Ustedes saben tan bien como yo lo que me va a suceder, y quizás, lo que va a suceder a los otros. Ustedes, como mujeres, tienen más probabilidades de sobrevivir. No se arriesguen. Hizo una pausa y agregó: —Tiene que quedar alguien para contar lo que pasó aquí. Y antes de que las jóvenes pudiesen responderle, lanzó una última mirada a Haydée, giró sobre sus talones, y se volvió a su puesto de combate.

Sus compañeros no tenían ya más que un puñado de cartuchos. Hacía mucho calor. Y pronto haría tres horas que estaban disparando, y sufrían una sed terrible. Melba y Haydée no dejaban de ir de uno a otro para llevarles agua. Bebían a grandes tragos y reclamaban sin cesar más.

La cadencia de tiro de los combatientes había disminuido mucho, y entre los soldados que sitiaban la entrada, un cabo fue bastante valiente para penetrar en el vestíbulo, con la metralleta en mano. Las dos jóvenes, en ese momento, estaban abajo, y le vieron surgir, impresionándose. Uno de los compañeros que defendían la entrada le gritó: "¡Alto! ¡Alto!" El cabo les miró con sorpresa, luego miró a las dos muchachas, y continuó avanzando, teniendo encañonado con su arma a Mateu. Este no se movía, sugestionado. —"¡Dispara! ¡Pero dispara!", le gritaron las jóvenes. Disparó, y el cabo se desplomó. Pero, al caer, tuvo fuerzas para apretar el gatillo de su arma y una bala hirió a Mateu en la cabeza. El doctor Muñoz le curó y le forzó a acostarse. Pero su herida no debía ser muy grave, pues en cuanto fue curado y se acostó, se puso a hablar con las muchachas. En cuanto al cabo, murió instantáneamente.

Algunos minutos después de las ocho, el fuego cesó por falta de municiones. Una larga espera comenzó entonces. Pasó una hora larga antes de que el ejército se arriesgase de nuevo a entrar en el hospital. Sucediendo al tumulto del combate, el silencio más profundo reinaba allí, salvo en el servicio de maternidad. A las ocho, los recién nacidos se pusieron a gritar, todos a la vez. Cuando el tiroteo comenzó, a las 5:30, se despertaron llorando, y para calmarles, las enfermeras les habían dado el biberón que les correspondía a las ocho. Entonces, y a pesar del ruido infernal que reinaba a su alrededor, se habían vuelto a quedar dormidos felices y satisfechos. Pero tres horas más tarde, a la hora habitual del biberón matinal, se despertaron de nuevo, y manifestaron al unísono, con la precisión de un reloj, un hambre que no habrían debido tener.

Melba y Haydée ayudaron a las enfermeras a entretener a los bebitos. Esta tarea, que evocaba tan bien las dulzuras de la paz, apenas llegaba a distraerlas de su angustia. No temblaban por ellas. Pensaban en Abel y en los jóvenes tan valientes y tan alegres que habían acogido, la víspera, en Siboney, con un vaso de leche, y trataban, sin lograrlo, de tranquilizarse sobre su suerte.

Presencia de la mujer en las acciones del 26 de Julio

Mientras que el combate se desarrollaba furiosamente, Melba manifestó una gran actividad. Pero, inmediatamente que terminó, experimentó una sensación tal de fatiga que se desplomó sobre un banco del hospital sin poder moverse. Dos enfermeras la llevaron, sosteniéndola, a una pequeña habitación, y allí le trajeron un tazón de café con leche que la reanimó. El hambre tenía su parte en ese desfallecimiento. Desde el "Chilindrón de pollo", que había preparado la víspera en Siboney para Renato, no había comido nada.

Los empleados y las enfermeras del hospital civil tenían, como la gran mayoría de los santiagueros, sentimientos hostiles a la dictadura, y en cuanto conocieron el sentido de la operación, ayudaron a los rebeldes de todas las maneras. Cuando el combate se terminó, sugirieron a los fidelistas que se ocultasen en las salas. Para ello, les prestaron camisas de enfermos, y les distribuyeron por las diversas secciones. Abel tuvo un ojo vendado por sus cuidados, y le pusieron en la sala de oftalmología. En cuanto a las dos jóvenes, se les dio blusas de enfermeras.

El ejército entró en el hospital a las 9 de la mañana. Encontró las armas y los uniformes, y nada más. Se interrogó al personal, pero no pudieron descubrir nada. La presencia de los fidelistas en las salas fue denunciada por uno de esos soplones que el fascismo hace pulular. Ese chivato no era miembro del personal del hospital. Era un blanco de buena estatura, corpulento, de rostro fofo. Desde el comienzo del ataque, previó cómo terminaría éste y se puso a observar con atención a los rebeldes. Y cuando el oficial del ejército chocó con el silencio del personal, le llamó aparte, se dio a conocer y, a partir de ese momento, dirigó con él las búsquedas. Todos los fidelistas salvo uno, cayeron así en manos del ejército, pero eso no bastó al chivato. Reveló al oficial que en el grupo había dos mujeres, que esas dos mujeres no habían podido salir del edificio, y que estaba dispuesto a jurar que se ocultaban allí aún. [1]

Cuando Melba y Haydée vieron a los soldados entrar en la sala de oftalmología, comprendieron que Abel estaba descubierto. Corrieron a la entrada de la sala, pero sin atreverse a entrar allí. Vieron a los soldados arrancar a Abel el vendaje que le cubría el ojo, y golpearle a culatazos para hacerle caminar. El rostro de Abel estaba cubierto de sangre. Pasó delante de ellas sin mirarlas ni dirigirles la palabra. Temía traicionarlas.

Ellas volvieron a la sala de los recién nacidos, y pasó una hora aún antes de que se las descubriese. Durante esta hora, ninguna de ellas habló de Abel. Una y otra estaban convencidas, en el fondo de sí misma, de que los esbirros iban a matarle, pero las dos tenían la idea de que no diciéndolo, le mantendrían en vida.

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1966.]

[1] Ese chivato recibió como recompensa el grado de teniente del ejército batistiano. Detenido después del triunfo de la Revolución, fue juzgado y condenado a muerte. Luego su pena fue conmutada a 30 años de prisión.

Apuntes para la historia...

(Fragmento)

Inscripción 486. Doctor Mario Muñoz Monroy

Esta inscripción es la novena que se verificó. Fué de los cadáveres examinados en el cementerio de Santa Ifigenia el lunes 27 de julio, por la Sala Segunda de Vacaciones de la Audiencia de Santiago de Cuba, el octavo en ser reconocido, de acuerdo con el acta judicial suscrita.

Oficialmente aparece que el doctor Enrique Castellanos Fonseca, presidente del Colegio Médico de Santiago lo identificó. Lo cierto es que quien lo identificó fue el doctor Manuel Urrutia Lleo, presidente de la Sala actuante, que lo había conocido en Colón, cuando Urrutia era Juez de esa localidad, de donde era vecino el doctor Mario Muñoz.

La primera noticia sobre la muerte del doctor Muñoz la produjo "Prensa Universal" en su edición de 27 de julio, lunes, página 8, columna 1, cuando al referirse al recorrido que hicieron los periodistas por el cuartel Moncada, en compañía del jefe de regimiento coronel Del Río Chaviano, señala: "Entre los muertos aparecía un hombre trigueño vistiendo bata de médico que tenía en el bolsillo una inscripción que dice: Dr. Muñoz." En la misma plana, en la columna 5, aclara como fue identificado: "El doctor Muñoz fue identificado por el presidente del Tribunal de Urgencia doctor Urrutia, quien manifestó que cuando él desempeñaba el cargo de juez municipal en Colón, provincia de Matanzas, el galeno tenía su consultorio junto al Juzgado." "El cadáver del doctor Muñoz se encuentra en el refrigerador del necrocomio hasta tanto llegue su padre..."

El entierro se verificó el día 28, martes, por la mañana, cuarenta y ocho horas después de la muerte, y el acto lo describe "Prensa Universal", en la edición de julio 29, miércoles, página 8, columna 2: "Entierro del Doctor Muñoz." "Por gestiones del

Colegio Médico que preside el Dr. Enrique Castellanos Fonseca, como a las once y media de la mañana de ayer se efectuó el entierro del Dr. Mario Muñoz."

El cortejo fúnebre lo constituían, el presidente del Colegio, el Dr. D'Alessandro, las doctoras Goire, Isabel Luisa Fonseca, los doctores Olivares, Reyes Caos, Hermes León Ferrer y Sabas Vega. Fue sepultado en la bóveda de la familia Vidal-Asbert Yebra... Después de estar en la caja sobre la bóveda, hubo que esperar un rato hasta que llegaran la señora Dévora Algarra, viuda del occiso y el padre de él, Marcelino Muñoz...

La muerte del doctor Muñoz al repercutir en Colón, donde gozaba de un merecido prestigio, fue objeto de una noticia de "El Crisol", del día 28 de julio, página 5, columna 5: "Identificado el médico muerto en el ataque —Colón, jul. 28, Carlos Olivera—... como el prestigioso médico de esta ciudad, Dr. Mario Muñoz Monroy, de 39 años de edad, natural de Colón y vecino de Diago 74.

"Posteriormente el cadáver fue trasladado a Colón y luego, al triunfo de la Revolución devuelto de nuevo al cementerio de Santa Ifigenia, en Santiago, donde actualmente descansa".

"...El doctor Muñoz partió de Colón, provincia de Matanzas, para Santiago, el sábado 25 de julio en horas de la mañana, acompañado del también mártir Julio Reyes Cairo. Antes se había entrevistado con Fidel en el propio Colón, según declaración del compañero teniente Teodilio Mitchell Barbán, que fue quien condujo el automóvil que llevó a Fidel a Santiago.

Esto contradice lo expresado en el reportaje del periodista Vicente Cubillas relativo al mártir Julio Reyes Cairo, publicado en la página 35 del libro "Mártires del Moncada", que copio: "Mario Muñoz —el médico— y él salieron en el automóvil del primero a las ocho de la noche del viernes 24 de julio de 1953 del parqueo del hotel "Caridad", aquí en Colón. Se habían citado allí. Julio llevaba un revólver y dos pistolas encima. Al pasar por Placetas dejaron las armas en la casa de un amigo común de Muñoz y Bartolomé Soler, un compañero de Colón, con el encargo de que, si no volvían a recogerlas, se las entregasen a Bartolomé."

No he realizado investigaciones sobre la partida del doctor Muñoz y Reyes Cairo para obtener detalles de ésta y de los incidentes del viaje, pero no puedo conciliar la idea de dos personas que van a participar en un hecho de armas, fueran a dejar las suyas en un lugar lejano, al sitio donde se proponían plantear la acción, como se expone en el artículo de Cubillas. De todos modos debemos dirigir nuestra investigación en ese sentido para comprobar las posibilidades de ese hecho. Como que se sepa, el doctor Muñoz y Reyes Cairo viajaron solos desde Colón a Santiago, sólo una gran casualidad nos pondría en conocimiento de los pormenores de su viaje.

Es cierto que el doctor llegó a Santiago de Cuba alrededor de la media noche. Así lo declaró Reynaldo Benítez Nápoles, combatiente y pasajero del auto de Gildo Fleitas: "Llegamos a Santia-

go entre las doce y la una de la madrugada, Gildo trató de encontrar el contacto y no lo halló. Fuimos al hotel 'Rex', vimos a Fidel y al Doctor Muñoz y seguimos la máquina de Fidel que nos guió a Siboney. Fuimos uno de los últimos en llegar". Este detalle lo confirman dos combatientes más. El compañero Arnelio Ferrá Pellicer declaró: "Estuvimos en la Plaza de Marte a donde llegó el doctor Muñoz en su carro como con dos o tres más; conversó con Gildo Fleitas. En eso llegó Abel y nos dijo que siguiéramos su carro, cada uno tomó el suyo y lo seguimos." Teodilio Mitchell, que manejó el carro en que venía Fidel nos dijo: "...llegamos de noche a Santiago, tomamos café y otras chucherías en la Plaza de Marte y de allí salimos para Siboney". No nos extraña que los carros de Fidel, Abel y otros hayan coincidido en el momento de dirigirnos a Siboney.

Es cierto que el deseo del doctor Muñoz fue ser un combatiente más del grupo. En Siboney se vistió de uniforme, pero Fidel le pidió que se cambiara la ropa y fuera en bata de médico. El combatiente Arnelio Ferrá declara que cuando llegó a Siboney ya el doctor Muñoz estaba de uniforme. El también combatiente Rolando Guerrero Bello lo recuerda por un motivo muy particular: "Recuerdo en Siboney que Fidel le dijo al doctor Muñoz que se quitara el uniforme y se pusiera la bata de médico. El doctor me dio su gorra, porque yo no alcancé." Hay una tercera evidencia del deseo del doctor Muñoz de tomar parte como combatiente. Según Ramón Montes Cuba: "Recuerdo que abordé el carró en que salí para el Moncada en medio de una conversación de Fidel con el doctor Muñoz. Este quería pelear, ir a la acción."

Fidel destacó de modo relevante en la primera sesión del juicio celebrada el lunes 21 de septiembre, en el acto de la prueba de confesión, que la actividad del doctor Muñoz se concretó a prestar atención facultativa. "Prensa Universal", de ese día, página 8, columna 7, que transcribimos: "Refiriéndose al extinto doctor Mario Muñoz, dijo que había venido como médico, no a pelear, sino en calidad de médico."

Más tarde, en la sesión del juicio que se celebró en el hospital, Fidel formuló claramente la denuncia del asesinato del doctor Muñoz: "El primer prisionero asesinado fue nuestro médico, el doctor Mario Muñoz, que no llevaba armas ni uniforme y vestía su bata de galeno, un hombre generoso y competente que hubiera atendido con la misma devoción, tanto al adversario como al amigo herido. En el camino del Hospital Civil al cuartel le dieron un tiro por la espalda y allí lo dejaron tendido boca abajo en un charco de sangre."

Momentos antes de partir, el doctor accede a los deseos de Melba y Haydée de auxiliarlo en la atención de los heridos. Según lo publicado en "Relatos del Asalto al Moncada", en la página 82, Melba cuenta: "El doctor Muñoz propuso que fuéramos con él al Hospital Civil, ya que podríamos ser muy útiles en la tarea de curar a los heridos. Fidel nos permitió ir y le gustó la idea, ya

que estaríamos cerca de Abel, que ya había partido." Por esta declaración se deduce que la decisión se tomó a última hora; ya Abel estaba en camino.

Después de terminado el asalto, alrededor de las ocho de la mañana, fue cuando el ejército decidió recuperar el Hospital Civil. Melba puntualiza: "Se estuvo combatiendo hasta las ocho de la mañana." "Relatos del Moncada", páginas 74 y 83. Pasó bastante tiempo después de cesado el fuego para que el ejército irrumpiera en el Hospital. Más de una hora. Melba dice que sería las diez de la mañana cuando las encontraron —a ella y a Haydée—, en la Sala de Niños. "Relatos del Asalto al Moncada", página 75. En ese lapso los asaltantes tuvieron oportunidad de ocultarse entre los enfermos. Desconocemos qué hizo el doctor Muñoz en ese interín, pero las compañeras Melba y Haydée, que son testigos excepcionales, nos podrán hablar sobre el particular.

Según la periodista Marta Rojas —página 315, "La Generación del Centenario" en el Moncada: "Porro había ocupado el Hospital aquella mañana y estaban bajo sus órdenes los soldados que detuvieron a los revolucionarios que ocuparon esa posición al mando de Abel Santamaría..., etc." Luego sigue refiriéndose a la declaración de Porro en el juicio: "¿Qué misión tuvo usted el 26 de Julio?" —interrogó— el Fiscal.

—"El coronel Chaviano me ordenó que ocupara el Hospital Civil; enseguida me dirigí allí, informado que había revoltosos dentro, pero cuando penetró nada más que encontró a dos pobres muchachas" —dijo, refiriéndose a Haydée y a Melba.

—"¿Y no vio usted a ninguna otra persona, me refiero concretamente a algunos de los asaltantes que penetraron en el Hospital?" —indagó nuevamente el Fiscal.

—"No, no vi a ninguno, si hubiera visto siquiera uno lo habría hecho prisionero" —fue su respuesta.

No es cierto que Porro detuviera a los asaltantes del hospital Saturnino Lora.

Porro lo confiesa en su propia declaración que recoge el párrafo anterior: "Cuando penetré nada más que encontré a dos pobres muchachas..." y casi seguidamente, refiriéndose a los asaltantes: "No, no vi a ninguno, si hubiera visto siquiera uno lo habría hecho prisionero..." Prensa Universal, en su edición de octubre primero, página 8, columna 4, se refiere a la declaración del capitán Porro ante el tribunal en estos términos: "Ocupó el hospital Saturnino Lora, cuando cesó el fuego pero no encontró allí a los asaltantes, que sólo detuvo a dos mujeres que por investigaciones se las señalaron como que habían ido allí con los revolucionarios..."

Es decir. Porro no fue al Hospital hasta que no cesó el fuego. Antes que Porro llegara, ya el comandante Izquierdo había ocupado ese centro y había detenido a los asaltantes, después de Izquierdo llegaron los tenientes Piña Martínez y Martínez Arbona. Más adelante lo veremos en la declaración de Izquierdo.

No dudo que Chaviano haya ordenado a Porro que se hiciera cargo del Hospital, pero ciertamente nombró primero al comandante Izquierdo, cuando aún sonaban los tiros.

Dejemos al propio comandante Izquierdo que nos lo cuente: "Volví a la jefatura. Encontré a Chaviano que me dijo: óyeme, el asunto es que están atacando el cuartel desde el hospital..." y me ordenó: "Ve allí a ver". Fuí con ocho o diez hombres al Hospital... Revista Cuba, julio 1968, página 12, columna 1.

El comandante José F. Izquierdo Rodríguez, era Jefe de la Sección de la Policía Nacional de Santiago de Cuba, se consideraba un oficial conocedor de la tropa y con autoridad, había sido hasta hacía poco tiempo capitán ayudante del regimiento.

El comandante Rafael Morales Álvarez, inspector del regimiento, que se había hecho cargo de la defensa del campamento por órdenes de Chaviano, en ausencia del comandante Andrés Pérez Chaumont —que no apareció hasta cerca de la una de la tarde—; ordenó a dos oficiales que tomaran el hospital; nos remitimos a sus palabras: Revista Cuba, julio de 1968, página 12, columna 2, que copiamos textualmente: "Morales Sánchez (Sic): Yo cogí los oficiales, cada uno con un pelotón de tres escuadras y diecinueve hombres cada uno. Mandé al teniente Piña que cogiera por Garzón para tomar el Hospital Civil que era el que nos estaba atacando y a otro teniendo de apellido Martínez Arguera que cogiera por la Carretera Central a Martí a bloquear el Hospital Civil."

La Revista Cuba equivoca el apellido del comandante Morales Álvarez y lo apellida Sánchez. El teniente Pilá fue herido en el combate cuando se le encasquilló la ametralladora que había emplazado en medio del polígono, pero fue de tan poca importancia la herida que pudo ir a reclamar venganza al hospital "enarbolando las armas", como dijo el comandante Izquierdo. El teniente Martínez Arguera a que se refiere Morales Álvarez fue el teniente Mario Martínez Arbona, fue a Santiago desde La Habana, a disfrutar de las fiestas de carnaval y al percatarse del hecho se presentó para servicio; no pertenecía al regimiento Maceo.

El teniente Mario Martínez Arbona declaró en el juicio que pusieron diez hombres a su mando para tomar el Hospital Civil, según Prensa Universal, edición de septiembre 30, página 8, columna 2 y Diario de Cuba del propio día, página 5, columna 2, que copio: "...con diez hombres se trasladó al hospital Saturnino Lora, pero al parecer, ya otro oficial con soldados había estado allí, pues sólo halló, ya detenidas a Haydée Santamaría y a Melba Hernández". El capitán Porro declaró en igual sentido en cuanto a las compañeras Melba y Haydée.

Me he detenido en copiar estas declaraciones para que quede demostrado que fue el comandante Izquierdo y no el capitán Porro, quien detuvo a los asaltantes del hospital y los condujo al cuartel Moncada. Más adelante nos remitiremos a las declaraciones del propio Izquierdo para observar los detalles de esta operación.

El comandante Izquierdo recorrió el hospital, a medida que va haciendo prisioneros a veintitrés asaltantes. Todos menos Ramón Pez Ferro, que se libra. Los va situando en el patio central del hospital y cuando están todos inicia la marcha hacia el cuartel.

De todos los asaltantes del hospital, los únicos que superviven son: Melba, Haydée y Pez Ferro. Los demás fueron salvajemente torturados y asesinados en el cuartel.

Entendemos que Melba, Haydée y el doctor Muñoz recibieron un tratamiento distinto a los demás prisioneros en cuanto al traslado del Hospital al cuartel, como se verá más adelante.

El doctor Muñoz fue asesinado en el trayecto del Hospital al cuartel, dentro del perímetro del cuartel y en presencia de estas dos compañeras.

Vamos a transcribir la declaración que hizo la doctora Melba Hernández en la vista del juicio de la causa 37, que aparece en la página 26 del libro de la periodista Marta Rojas "La Generación del Centenario" en el Moncada: Deseo hacer unas manifestaciones antes de que se me pida que me retire. Si el señor Fiscal terminó su interrogatorio, puede hacerlas —respondió el Presidente.

—El Fiscal terminó su interrogatorio —señaló el propio doctor Mendieta Hechevarría y Melba tomó la palabra: —El doctor Muñoz —dijo—, vino como médico a auxiliar tanto a unos como a otros. Lo detuvieron en perfecto estado de salud junto con nosotras; a los tres nos condujeron a pie del hospital al Moncada; él caminaba entre dos escoltas a dos o tres metros de distancia delante de Yeyé y de mí; escuchábamos que él explicaba a un militar que era médico, no había llevado armas, el militar lo insultaba y lo empujaba violentamente, una de las veces que trató de pararse, porque lo habían lanzado al suelo, le dispararon por la espalda, asesinándolo.

A los que no conocen la topografía del Moncada y sus alrededores les tiene que confundir un tanto esta declaración y otras descripciones relativas a este episodio. La compañera Melba Hernández se percató de ello, y luego en una comparescencia por televisión, transcripta en el rotativo Granma de 26 de julio de 1969, página 5, lo aclara:

Melba Hernández: "Lo de Mario Muñoz fue a ojos nuestros".

Haydée Santamaría: "Sí, pero fue un compañero que no padeció..."

Melba Hernández: "Y Mario Muñoz es de estos compañeros que lo asesinan después de prisionero, pero que efectivamente no padeció tanto. Nosotros siempre hemos dicho que lo asesinaron en la calle, cuando lo llevaban del hospital al cuartel. No hemos aclarado bien —también hemos detectado eso ahora—, hemos creado un poquito de confusión: A Mario lo asesinan en la callecita, en la calle interior del cuartel. Pero cuando nosotros decimos 'calle' los que no conocen piensan que es en otras de las calles alrededor del cuartel." "Mario iba a algunos metros de nosotros. Nosotros veíamos la discusión de Mario con la soldadesca, y, de pron-

to, el tiro. Cae Mario... Entonces las dos cuando pasamos por el lado de él nos inclinamos mucho para ver si estaba vivo todavía y si se podía hacer algo. Pero yo creo que no, yo creo que no se podía hacer nada, yo creo que cayó inmediatamente".

Para darnos mejor cuenta del maltrato que sufrió el doctor Muñoz trasladémonos a los certificados médicos, expedidos por los forenses que examinaron los cadáveres de los asaltantes en el cementerio de Santa Ifigenia, en presencia de la Sala Segunda de Vacaciones de la Audiencia, constituida en Tribunal de Urgencia; entre los que se encuentra el correspondiente al cadáver del doctor Muñoz, que fue el octavo cuerpo en ser examinado y atendamos a lo que dice este fragmento: "...en su hábito externo presenta contusiones con hundimiento de ambos molares y heridas de proyectil de arma de fuego de grueso calibre, situadas en la región parietal izquierda, como orificio de salida, heridas en la cara anterior del hemitórax derecho, cara anterior del antebrazo derecho y región deltoidea derecha, que la causa de la muerte ha sido hemorragia inter-craneana y la indirecta heridas por proyectil de arma de fuego".

[En: Archivo del Centro de Estudio de Historia Militar de las FAR.]

La reagrupación en Siboney

(Fragmento)

Mientras que Jaime Costa alzaba a Abelardo Crespo, herido en el pecho por la portezuela del auto, Israel Tápanes llevaba a Reynaldo Benítez, con el muslo ensangrentado hasta el automóvil que Ciro Redondo manejaba. Pero Suárez, Montané, Vicente Chávez, Marino Collazo y Fidel se amontonaron como pudieron en el asiento de atrás. Pero, apenas Fidel había logrado acoplar su corpachón, vio un compañero que se retiraba a pie por la Avenida Garzón. Dio orden de parar, salió y le dejó el puesto.

El auto se fue sin él en dirección a Siboney, Pepe Suárez sentía que su camisa en su espalda estaba mojada. Creyó que estaba herido, y rogó a uno de los que estaban junto a él que se la quitase. Los combatientes estaban tan apretados que el menor movimiento era difícil, pero con la ayuda de Chávez, y a fuerza de contorsionarse, Pepe llegó a quedarse con el torso desnudo. No tenía nada, Marino Collazo, cuya herida en el cuero cabelludo se abrió de nuevo, le había regado con su sangre.

Precisamente en ese momento, alguien, cambiando de posición, hizo que se escapara un disparo. Agujereó el techo y, por dicha, no hirió a nadie. "Se nos persigue", dijo Pepe ~~Sánchez~~, lanzando una ojeada por la mirilla de atrás. Un automóvil civil, lleno de soldados, les alcanzaba a toda velocidad. Pepe desenfundó su pistola, y se preparaba a disparar, cuando alguien le gritó: "¡Estás loco! ¡Son nuestros!" Eran fidelistas, en efecto. Se reconoció a Santana en el volante.

Reinaldo Benítez descubrió que había perdido el pañuelo que Guerrero le ató sobre su herida. Pidió uno a su vecino, Abelardo Crespo, quien le respondió, muy tranquilo: "Yo también estoy herido". Como Abelardo Crespo era famoso por bromear con cara seria, Benítez no le creyó, y le lanzó una mirada furiosa. Pero su cólera se cambió en remordimiento cuando Abelardo Crespo salió del auto, en Siboney, con el pecho lleno de sangre y cayó inanimado.

A unos veinte metros de la Posta 3 del Moncada, Ricardo Santana el chofer de taxi de Artemisa, tiró su vieja pistola española, cogió a un soldado muerto su pistola 38, se metió en un auto, y lo puso en marcha. Como no podía pensar dar la vuelta en mitad de la calle a causa de la balacera, retrocedió en marcha atrás hasta la Avenida Garzón. En el mismo momento, unos soldados salieron del cuartel, Santana se pasó la pistola a la mano izquierda, se inclinó por la portezuela, y disparó cuatro veces, al azar. Los soldados se tiraron al suelo. Cuando Santana se enderezó detrás del timón, vio que el parabrisas y la parte alta del timón habían sido barridas por las balas.

Cuando volvía la esquina de la Avenida Garzón, oyó gritar: "¡Para! ¡Para! ¡No me dejes!" Era Rosendo Menéndez. Estaba acostado debajo de la guagua de la Banda Militar; los músicos del Regimiento habían vuelto del carnaval precisamente en el momento en que el combate comenzaba. Alocados abandonaron su guagua en la Avenida Garzón, a la entrada de la calle que llevaba a la Posta 3, y se habían dispersado en todas direcciones, dejando sus instrumentos en la guagua. Suerte tuvieron al hacerlo. Esta guagua, Dios sabe qué, pareció amenazadora al ejército. Desde el principio al fin del combate, no cesaron de acribillarla de balas.

"¡Ven!", gritó Santana, deteniendo el auto. "¡Cómo quieres que vaya!", gritó Menéndez. Estaba acostado detrás de un neumático de la guagua, y oía por encima de su cabeza los impactos de las balas en la carrocería: "¡Arrástrate!", le gritó Santana. Menéndez cruzó la Avenida Garzón arrastrándose, saltó al auto. Una ráfaga de ametralladora dio en el suelo en el sitio que acababa de dejar. El pie de Santana resbaló, y el auto fue a chocar en marcha atrás contra un muro. El choque fue brutal, pero Santana logró volverlo a poner en marcha, se lanzó por la bajada de la Avenida Garzón.

A 50 metros de la vuelta, Santana reconoció por la espalda a Fidel, a Alcalde, y a los hermanos Galán. Se detuvo, les recogió, y volvió a emprender la marcha haciendo chillar las gomas. El auto, un Studebaker 52 de alquiler, estaba machacado y agujereado en varios sitios, pero su motor funcionaba perfectamente, y Santana conducía muy rápido. Era un hombrecillo vivo, flaco, activo de ojos negros muy brillantes, casi febriles. Al llegar a Vista Alegre, vio a pocos metros de él, un auto que cabeceaba y zigzagueaba, con las cuatro gomas ponchadas, y, bien reconocible en el timón Ramiro Valdés.

Ramiro Valdés volvió a la izquierda; Santana se lanzó por la carretera de Siboney, pasó a un auto lleno de compañeros, y reconoció, de pasada, a Pepe Suárez, con el brazo fuera de la portezuela y una pistola en la mano.

La carretera hacia Siboney estaba libre, Santana pisó el acelerador, y el Studebaker dio un salto: "Oye, frena —dijo Oscar

Alcalde, siempre dueño de sí— No nos han matado en el combate, ¡y no es cosa de que tú nos mates corriendo como loco!"

Fidel estaba sentado al lado de Alcalde, silencioso. Reflexionaba. No se preocupaba por Abel: pensaba que él comprendería que la cosa había fracasado, y que no había más que retirarse. Estaba muy inquieto, por el contrario, por la suerte de los combatientes de Bayamo, porque estaba persuadido de que habían triunfado, y que a consecuencia de su propio fracaso, tendrían que enfrentarse con todas las fuerzas batistianas de la región. Imaginó durante un momento, para una maniobra de diversión, ir a atacar el cuartelillo del Caney, pero por la forma como sus compañeros en el auto, acogieron esta sugestión, comprendió que no habría ninguna probabilidad de arrastrarles a un nuevo asalto.

Otros autos, llenos de compañeros, llegaban a Siboney. La desmoralización era profunda, y la gran sala de la finca presentaba un aspecto indescriptible. En esta habitación ya muy llena de colchones, cada uno que llegaba aumentaba el desorden, en la prisa por encontrar sus propias ropas. Los heridos habían dejado por todas partes rastros de sangre. Si Benítez, con gran sorpresa general, podía mantenerse en pie y caminar, hubo que llevar a Crespo hasta la sala, y Collado se desmayó al bajar el auto. Rosell y Fidel le tomaron a cada uno por un brazo, y le acostaron sobre un colchón. Crespo estaba acostado a su lado, mortalmente pálido. Un compañero trató de tomarle el pulso. Era tan débil que no pudo lograrlo. Entonces, Crespo abrió los ojos. Su mirada era turbia, y con la mano hizo señal a sus camaradas de que debían irse.

Fidel anunció que iba a llegar al macizo de la Gran Piedra para continuar la lucha. Pidió voluntarios.

Los combatientes estaban aún bajo el golpe del fracaso. Acababan de sufrir un terrible bautismo de fuego, y habían salido de él conmovidos, los nervios en tensión. Para algunos, continuar la lucha estaba por encima de sus fuerzas. Otros pensaban que ocultándose en la ciudad tendrían más posibilidades de escapar a la represión. De los 40 compañeros que volvieron a encontrarse en Siboney al mismo tiempo que Fidel, 19 solamente consintieron seguirle a la Gran Piedra. De esos 19, 18 sobrevivieron.

El décimo noveno abandonó al cabo de algunos centenares de metros el camino de la montaña. Se llamaba Emilio Hernández. Era un joven de 19 años, pequeño, trigueño, con un bigote negro, y según Santana "un rostro muy inocente". Tenía zapatos nuevos que le herían los pies, y declaró que prefería volver a Siboney, y entregarse al ejército. Era una locura y se trató de disuadirlo, pero todo fue en vano. Arrojó su arma, y volvió a tomar el camino hacia la finca. Al día siguiente, su nombre fue citado en la radio, en el comunicado oficial, entre los que habían sido "muertos en el combate" bajo los muros del cuartel.

La Gran Piedra se alza por una serie de pequeñas colinas abruptas hasta su punto culminante. El sol era ardiente, la mar-

cha agotadora. En algunos sitios, los compañeros desaparecían hasta las caderas en la hierba de Guinea. El aire era de fuego, sufrían una sed ardiente, y no habían comido desde la víspera. Al cabo de algunas horas, alcanzaron una cumbre de donde podían ver la capital de Oriente, extendida al borde de su ancha bahía. Se detuvieron. Con la mano apoyada en un árbol, Fidel contempla Santiago, luego sus ojos se vuelven hacia la pequeña tropa que le rodea. Mira a sus compañeros, las pobres escopetas de caza con que estaban armados, sus rostros hundidos, y desconcertados, y luego dijo con una convicción tranquila: "Compañeros, hoy nos ha tocado perder, pero volveremos."

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1966.]

Robert Merle

La retirada

(Fragmento)

Con Gildo Fleitas, Fidel Labrador y otros cinco compañeros, Pedro Miret ocupaba el jardincito de la casa más cercana de la Posta 3, de la cual apenas unos quince metros les separaban. Cuando oyó a Fidel dar la orden de despegar, tuvo, sin saberlo, la misma reacción que Abel: decidió, por su propia voluntad, quedarse allí hasta agotar las municiones, para cubrir la retirada de sus compañeros.

Siempre vivo, siempre amable, incluso en el combate, desbordante de bromas como de costumbre, Pedro Miret había recuperado tres armas para su uso personal, y las había situado en tres posiciones de tiro diferentes alrededor de la casa. Y no cesaba de ir de una a otra, frotándose las manos, activo, alegre, concentrado en la acción.

Percibía, además, no sabía qué cosa de absurdo y de irrisorio en la situación. Iba de un arma a la otra, intercambiaba una serie de bromas con Gildo Fleitas, al parecer tan alegre como él. Lo que él hacía ahí era sencillo. "Disparan sobre mí, disparo sobre los que disparan sobre mí, eso era todo y nada más."

Rubio, grueso con los ojos azules, Gildo Fleitas conservaba bajo las balas, al mismo tiempo que su buen humor, una placidez asombrosa. Cuando Fidel, después de los primeros disparos, volvió a usar al Buick sin lograr ponerlo en marcha, Gildo se acercó a la portezuela y le dijo con tono más tranquilo: "No te pongas nervioso... Ya ves que no quiere marchar. Toma otro." Un poco después, otro compañero vio a Gildo sentado sobre un muro pequeño, dedicado a cargar su arma, y su actitud le sorprendió. Parecía tan tranquilo, tan al margen como si estuviese sentado en su comedor bebiendo un cafecito.

Pedro Miret tomó primero posición detrás de la casa, en un pequeño lavadero contiguo al edificio. Había allí un fregadero ancho y una pila, y detrás de ésta, una pared que llegaba a la altura del rostro. Desde ahí se veían, a una distancia de apenas unos diez metros, las ventanas del cuartel. La casa estaba cerra-

da, y las persianas también. Pedro Miret no trató de entrar, nadie trató de salir de allí tampoco, hasta el punto de que él no podría decirse si estaba o no habitada.

Pedro dirigió su tiro contra un soldado que estaba agachado detrás de la balaustrada del balcón que corría a lo largo de la fachada del cuartel. Ese soldado tiraba con mucha precisión, y alcanzaba la arista del muro, cada vez que Pedro se mostraba.

A pocos metros de Pedro Miret, Fidel Labrador disparaba. Como un soldado que regresaba del carnaval se acercase a él y le preguntase: "¿Qué es lo que pasa?" y "¿Qué es lo que había que hacer?" Le dijo: —"Tú eres prisionero. Coge tu pistola con la mano izquierda y tíramela." El soldado se sobresaltó, cogió la pistola con la mano derecha, disparó sobre Labrador tres veces, pero no le alcanzó y salió huyendo. En ese momento, Labrador vino a tomar posición al lado de Pedro, frente a la Posta 3, alzó la cabeza para disparar, e inmediatamente se desplomó.

Pedro se arrodilló y lo que vió le conmovió el corazón. La bala había penetrado por el ángulo del ojo y había salido cortándole la oreja. Del orificio de salida, un chorro de sangre comenzó a brotar, acompañado de sustancia cerebral blanca.

Pedro Miret arrastró el cuerpo a un lado. Estaba seguro de que Labrador había muerto, y se conmovió cuando le dijo con voz normal: —Pedrito llévame al hospital. Pedro Miret ordenó entonces a uno de los compañeros que llevase al herido hasta el hospital militar, del cual apenas unos veinte metros le separaban. Pensaba, en su ingenuidad, que el ejército no le negaría la asistencia. El compañero partió, llevando a Labrador a la espalda. Pero en cuanto llegó al espacio descubierto delante del hospital fue muerto por los soldados que ocupaban la entrada de éste.

Fidel Labrador no fue alcanzado por las balas, y no se dio cuenta siquiera de la caída de su salvador. Estaba inconsciente. No pudo jamás saber cómo se encontró, cuatro días después, en un lecho del hospital civil. Abrió su ojo válido, y vió un rostro de mujer que se inclinaba sobre él, le preguntó la fecha, y una voz dulce le dijo al oído: "Estamos a 30 de julio".

Pedro Miret descubrió que tiraban sobre él desde lo alto del Hospital militar. Comprendió que los soldados habían vuelto a ocuparle, y que su grupo estaba cercado. Se situó detrás de un muro de separación entre el jardincillo donde él se encontraba y el jardín de al lado. Volvía así la espalda al cuartel, y arriesgando una breve ojeada por encima del muro de cuando en cuando, acabó por comprender de dónde venían los disparos. La ventana de la derecha del primer piso tenía una persiana a la italiana, de la cual una de las láminas había tomado una posición vertical. Pedro Miret no pudo ver el cañón del arma, pero adquirió la certidumbre de que los disparos partían de la hendidura. Se dió cuenta también de que el tirador enemigo era muy hábil: Pedro Miret levantó su gorra algunos centímetros por encima del muro, y el individuo la agujereó inmediatamente.

Pedro comprendió lo que debía hacer. Sistemáticamente. Después de cada disparo, volvía a poner la gorra en su sitio, hasta que la cadencia del tirador enemigo se hizo regular. Contó los segundos que separaban cada disparo, y cuando estuvo seguro de no engañarse, pasó un ojo por encima del muro, apuntó a la hendidura de la persiana, y disparó. Después de eso, puso de nuevo su gorra encima del muro, no pasó nada, comprendió que había neutralizado al hábil tirador.

Dejó el arma contra el muro, y agachado, corrió a situarse en su puesto en el lavadero. Pero allí, se dio cuenta muy pronto que le sería imposible asomar la nariz por encima del muro sin ser inmediatamente liquidado. Los soldados habían descubierto su emplazamiento y dirigían sobre él un fuego cerrado de mosquetería.

Corrió a situarse entonces en la parte delantera de la calle, protegiéndose detrás de la esquina del muro, y se dedicó a localizar un soldado que disparaba sobre el grupo de la casa, desde una tronera del pequeño blocao de la Posta 3. Al cabo de un momento, la tronera pareció neutralizada. Pedro Miret se protegió detrás del muro, cargó de nuevo el arma, y luego sacó la cabeza para disparar de nuevo. En ese instante, vio el cañón negro de un fusil apuntando a su rostro y, detrás de ese cañón, percibió, con una extraordinaria claridad, la cabeza de un soldado que iba a disparar sobre él. "Era joven —me dice Pedro Miret—, rubio con un rostro fino; rosado, imberbe. Sus rasgos se grabaron en mi mente mientras yo le encañonaba a mi vez, aterrorizado por el cañón del que veía claramente el agujero negro dirigido hacia mí. No sé cuánto duró ese instante: dos segundos quizás. Los dos disparos partieron al mismo tiempo. Los dos nos fallamos. Estábamos tan cerca uno del otro, que el gas que dejó escapar su fusil llegó hasta mí."

Pedro Miret retiró vivamente la cabeza, e hizo una inspiración profunda. En ese momento, el tiroteo había disminuido mucho; incluso del lado del hospital civil. No se oía ya más que tiros aislados. En la calle que llevaba a la Posta 3, el grupo de la casa no contaba ya más que con Pedro Miret, Gildo Fleitas y cuatro compañeros. Combatía en un jardincito que no tendría más de cuarenta metros cuadrados y, por tres lados, estaba sometido al fuego del enemigo. Pero era claro que éste no se hallaba dispuesto a arriesgarse para tomar el último islote de resistencia. Había observado que los atacantes economizaban las municiones, y esperaba que se les agotasen.

—Yo —dijo Gildo Fleitas cuando Pedro Miret se refugió detrás del muro para cargar—, estoy fatigado. Voy a echar un sueñecito.

Y dicho esto se fue acostar contra el muro de la casa de al lado. Estaba muy grueso, sudaba enormente, y parecía, en efecto, muy fatigado, pero eso no le impedía bromear. —Pedrito —siguió

diciendo. Vamos a ver si tú puedes hacer que esos tipos guarden silencio, para que yo pueda echar un pestañazo tranquilamente.

Y a eso agregó una observación obscena, y Pedro Miret se echó a reír.

Pedro acabó tranquilo de cargar, levantó el cañón de su arma, y centímetro a centímetro, con todos los nervios tensos, arriesgó un ojo en la esquina de la casa. En ese momento, oyó una ráfaga de varios golpes sordos a su espalda, y un compañero dijo con voz tétrica:

—¡Gildo!

Pedro Miret, dijo, sin volver la cabeza:

—¿Qué le pasa?

—Está muerto.

—¿Se mueve?

—No.

Pedro Miret se volvió. El impacto de las balas estaba bien visible: la ametralladora que, de cuando en cuando, tiraba sobre el grupo desde lo alto de una terraza del Moncada, había alcanzado a Gildo en la cadera, en el vientre y en el pecho, diagonalmente.

Pedro Miret apretó los dientes, y se puso de nuevo a tirar. El grupo estaba reducido a cinco, y cuando ya no tuvo cartuchos, Pedro Miret, seguido de sus camaradas en fila india detrás de él, salió sin armas del jardín y cruzó el espacio libre que separa las casas del hospital militar. En ese momento, los soldados se pusieron a hormiguear en todas direcciones. Salían de todas partes como cucarachas. Se les veía pulular por las calles, por las ventanas, por los tejados. Unos veinte de ellos armados de metralletas, de pie delante del hospital militar, veían venir a Pedro Miret y sus cuatro compañeros sin moverse.

Pedro Miret pensó: "Es quizás el momento de levantar las manos." Las levantó, sus compañeros en fila india detrás de él las levantaron también. Fue como una señal. Los dos soldados más cercanos lanzaron una ráfaga: no les alcanzaron.

Pedro Miret se echó a reír, bajó las manos, y continuó su camino, derecho hacia ellos. Cuando llegó a su nivel, se produjo algo sorprendente: se apartaron para dejarle pasar. Entró en el hospital militar. No habría sabido decir por qué entraba allí en vez de ir a otra parte. Esperaba de un momento a otro ser muerto por la espalda. No pasaba nada. El pequeño hospital estaba lleno de soldados. Sudorosos, rojos de excitación, armados hasta los dientes. Miraban a Pedro Miret y le dejaban pasar.

Pedro Miret se dirigió hacia la escalera y, a cada paso que daba, los soldados se apartaban, del lado de la barandilla o del lado de la pared, para dejarle paso. No decían nada. No hacían nada. Le miraban en silencio y parecían cubrir la carrera sobre su paso.

El único piso del hospital militar da a un vasto pasillo, claro y aereado, del cual una parte es una galería sobre el patio interior. En cuanto Pedro Miret llegó a ese pasillo, vio unas personas que pasaban delante de él corriendo, y luego oyó disparos y gritos.

Un soldado que no tuvo tiempo de ver le dio un puntapié violento en la ingle. Cayó, y cuando se levantaba a medias, otro, al que tampoco vio, le dio en la cabeza un terrible culatazo. Tuvo la impresión de que su cabeza se abría en dos por el golpe, sintió que la sangre le invadía los ojos y la nariz, y se desplomó sobre el suelo, encogido, con las manos sobre la cabeza. Luego hubo aún disparos, los compañeros cayeron o fueron arrojados sobre él. Por su inercia, comprendió que eran cadáveres. Su cabeza permanecía lúcida y no sufría. Pero se sentía, poco a poco, inmovilizado por los cuerpos que se amontonaban sobre él.

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1966.]

Fidel ordenó la retirada

(Fragmento)

El tiroteo duraba ya una hora, poco más o menos. Fidel dio la orden de retirada. Había que volver a Siboney. Trabajosamente pudimos llegar a nuestro carro. No olvidaré nunca aquella visión de Fidel, con su formidable estatura, ignorando la granizada de balas, yendo de un lado a otro para dar las instrucciones de retirada. El auto, felizmente, no había sido tocado por los proyectiles en ninguna parte vulnerable. Pudimos ponerlo en marcha y emprender el regreso. Llevábamos herido en una rodilla a Reinaldo Benítez, que después tomaría parte también en la expedición del "Granma".

Recuerdo dos incidentes en esos momentos. Uno, a Ramirito Valdés, guiando su auto con las gomas ponchadas por las balas. Parecía aquello una cosa de locos, pues el vehículo daba grandes tumbos y parecía que iba a chocar contra las aceras y las paredes de las casas. Todavía ni me explico cómo fue que Ramiro pudo salir de allí. Lo otro que no olvidaré jamás es la confusión que tuvimos con Pepe Suárez Blanco. El iba vestido de completo uniforme Kaki y parecía un soldado batistiano. Benítez, que no lo conocía bien, a pesar de estar herido le apuntó con su rifle 22 y cuando iba a disparar, me dí cuenta de que era Pepe el que pasaba en su auto junto a nosotros e impedí que hiciera fuego. Por su parte, Suárez Blanco también se había confundido y estuvo a punto de dispararnos.

[En: *Revolución*, 22 de julio de 1963.]

26 de julio de 1953 hace 16 años

(Fragmento)

La retirada

Tuvimos que retirarnos en marcha atrás, pues por todas las direcciones ofrecíamos mejor blanco al enemigo. Nos retiramos por la misma calle por donde habíamos entrado. Era una callecita como de dos cuadras y media que daba a la Avenida Garzón. Las casas que había en esa calle estaban habitadas por clases y oficiales del ejército. La máquina de Ramirito estaba ponchada, así mismo caminó.

Cuando la máquina en que yo viajaba llegó a Siboney, ya Fidel y otros compañeros más estaban allí. En Siboney nos reunimos, según mis cálculos unos 45 hombres. Fidel nos dijo que sólo había dos caminos a seguir: los que quisieran volverse a la ciudad y esconderse y esperar nuevas orientaciones, y el de coger las montañas. "Yo estoy por el de las montañas" dijo Fidel. Con él nos fuimos 18. Había uno de estos compañeros que estaba herido en una pierna y andaba con mucha dificultad, teníamos que ayudarle a caminar, era Reinaldo Benítez Nápoles.

En busca de la Gran Piedra

Cuando salimos de la granjita para internarnos en las lomas, no conocíamos la zona. Fidel quería salir a la Gran Piedra, pero nos perdíamos a menudo, a veces marchábamos algún tiempo y volvíamos a salir al mismo lugar de donde habíamos partido.

Vimos una casita, un ranchito de guano, y Fidel nos ordenó que fuéramos a explorarlo. Nos dirigimos al bohío Oscar Alcalde, Roberto Galán, Israel Tápanes, Rosendo Méndez y yo. Ya serían como las 2 de la tarde cuando llegamos a la casita. Tenía aspecto miserable y no había nadie, pero vimos que había fuego en el fogón y una lata con café. En esos momentos llegó la dueña, una morena como de 80 años.

Le dijimos quiénes éramos y que queríamos un práctico, nos dijo que iba enseguida a buscar a su nieto para que nos sirviera de guía. Nosotros recelamos de la decisión de la señora, sospechábamos que nos iba a vender, ella lo notó y entró en un pequeño cuarto trayendo en la mano una caja de cartón... sacó unos papeles viejos... que la acreditaban a ella como mensajera, firmado por el general Antonio Maceo, y otros documentos más... firmados por otros generales de la guerra del 95.

Como a las dos horas de haber salido de la casa de la vieja, los que marchábamos a la retaguardia oímos un movimiento en la hierba, yo le dije: Alto, ¿qué pasa ahí? Vimos salir de la maleza un mulato joven con los brazos levantados... Yo soy el nieto dé Chicha, donde ustedes tomaron café ahora. Ella me mandó ayudarles y he venido corriendo.

Fui enseguida a avisarle a Fidel que marchaba alante, de que ya teníamos el guía. El joven estuvo con nosotros como dos horas y nos dio el rumbo correcto de la Gran Piedra.

[En: *Verde Olivo*, 27 de julio de 1969.]

El ataque al cuartel "Carlos Manuel de Céspedes" en Bayamo

(Fragmento)

Los combatientes de Bayamo se dividieron en tres grupos para atacar el cuartel, pero es imposible saber lo que hicieron dos de esos grupos, pues todos los combatientes de ellos murieron, y dos de los jefes, en desacuerdo con la Revolución, han emigrado al extranjero.[1] Los supervivientes del ataque, que pertenecen todos al tercer grupo, no son ya más que siete:[2] Adalberto Ruanes, el que tocaba la armónica, Cartaya, el poeta negro, Aguilera, Calixto García, el amigo y el compañero de Ñico; un plomero de La Habana, llamado Darío López, y Enrique Cámara, que trabajaba en Marianao, en una fábrica de calzado.

Este grupo atacó el cuartel por detrás, es decir por las cuadras, y parece ser que fue el que más se acercó a su objetivo. El lugar del ataque había sido bien escogido. De ese lado, en efecto, el cuartel de Bayamo no está rodeado de muros. Sólo está separado de un descampado por una cerca de alambre de espino, de dos metros de altura, en la cual se abre una puerta. Este descampado no está separado de la calle más que por una pequeña cerca de cinco alambres, de 1 metro 20 centímetros de altura. 4 FT.

El plan consistía en penetrar arrastrándose por debajo de esta cerca, llegar a la segunda, abrir la puerta de la alambrada, y hacer irrupción en el dormitorio del edificio. Varios combatientes lograron, en efecto, penetrar en el descampado, pero al acercarse a la cerca sufrieron una decepción: la puerta alambrada, que sabían que no se cerraba durante el día, tenía un candado durante la noche. Se disponían sin embargo a pasar por encima, cuando

[1] Raúl Martínez Arará y Orlando Castro.

[2] Es preciso naturalmente agregar a esa cifra los dos emigrados, y Ñico López, que sobrevivió a Bayamo, pero que murió en el desembarco del *Granma*.

dos o tres de ellos tropezaron en la penumbra con latas de conserva que se encontraban allí. El descampado servía, en efecto, de basurero para el cocinero del cuartel, quien tenía la costumbre de lanzar por encima de la cerca sus latas vacías. Al tropezar sobre ellas, los combatientes dieron por sí mismo la señal de alarma. Los caballos de la cuadra se pusieron a relinchar. Un perro ladró con violencia. Un centinela gritó: "¡Alto!" y a través de la cerca de alambre que le separaba de él, un compañero disparó, y le hirió.

El asunto estaba perdido. Sin embargo, lo mismo que en el Moncada, los fidelistas no consintieron retirarse inmediatamente. Se parapetaron detrás de un montón de troncos, y se pusieron a disparar sobre las ventanas del cuartel. El soldado Antonio Blanco Rodríguez fue alcanzado por una bala que, entrándole por el cuello, le salió por la boca.[1]

El parapeto de los atacantes fue descubierto por el ejército, y una ametralladora les atacó. Cada ráfaga hacía volar alrededor de ellos grandes astillas de madera, y, a consecuencia de la trepidación, los troncos, mal amontonados, se desmoronaban cada vez más, amenazando con dejarles al descubierto. Una bala silbó a pocos centímetros de la cabeza de Adalberto Ruanes, y le dejó en una especie de estupor. Varios minutos después, continuaba oyendo en sus oídos el silbido.

Hubo, entre los soldados, un momento de pánico, cuando los atacantes se pusieron a disparar con escopetas de caza recortadas, pues la detonación era tan fuerte que dominaba el tac-tac de la ametralladora. Esta, como espantada, se calló durante cerca de un minuto. Reanudó sus ráfagas sin embargo en cuanto los soldados hubieron comprendido detrás de sus muros, la poca eficacia de las armas que les habían espantado.

El tiroteo duró aproximadamente un cuarto de hora, luego Raúl Martínez Arará dio la orden de retirada. Los combatientes se retiraron arrastrándose, y pasaron de nuevo la primera cerca. Hubo un momento de confusión. Algunos volvieron a tomar los autos en que habían venido. Otros se dispersaron corriendo por la ciudad. El hermano de uno de los jefes de Bayamo, Mario Martínez Arará, llegó al auto que manejaba, se instaló al timón, y, al registrar sus bolsillos, se dio cuenta de que, en el ardor del combate, había perdido la llave de contacto. Salió, cerró la portezuela, y echó a correr.

Algunas horas más tarde, un hombre que habitaba en el tercer piso de una casa situada frente al cuartel de Bayamo, vio a través de las persianas, un joven torturado por los soldados en el patio del cuartel. Le quemaban los pies, las piernas y los brazos con periódicos ardiendo, y el desgraciado no cesaba de gritar. Cuando se cansaron de ese juego, sus verdugos le remataron a culatazos. El testigo de esta escena pudo hacer una descripción

[1] Sobrevivió.

de la víctima: era de poca estatura, muy rubio, con los cabellos cortados cortos a la alemana. Por esas señas, los supervivientes reconocieron que se trataba de Mario Martínez Arará.

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1966.]

En el cuartel de Bayamo se escribió otra página heroica

(Fragmento)

Salieron. Unos cogieron la carretera. Otros cruzaron por el patio. A los veinte minutos ya estaba andando el tiroteo. En tres grupos se dividieron los revolucionarios. Uno se situó en el acueducto, detrás del cuartel. El que comandaba Pedro Aguilera, dentista de Palma Soriano, ganó el patio de la casa de la familia Corona. Fue el que más se aproximó a la fortaleza militar. El tercer grupo avanzó por la calle delantera del cuartel, entrando por General García.

En el cuartel, la guarnición dormía. Sólo cinco hombres estaban en pie, incluyendo al cocinero. Un soldado que estaba de guardia en la parte posterior resultó herido. Otro, nombrado Antonio T. Blanco Rodríguez, fue alcanzado por una bala que le atravesó el cuello y le salió por la boca. Se salvó milagrosamente. De los atacantes, en el momento de la acción, sólo hubo que lamentar una baja: la de Raúl Martínez, herido en un pie, que logró escapar.

Aquella mañana Juancito Olazábal comenzó temprano sus labores. Iba tranquilo por la calle General García. Dos hombres armados, con trajes de militares, lo sorprendieron con un saludo revolucionario:

—¡Vamos a tumbar a la rata! ¡Coopera, que vamos a asaltar el cuartel!

Cuando se convenció que no se trataba de ninguna estratagema para "embaucarlo", aceptó gozoso. A la altura del garaje "Vallejo" se escuchó un tiroteo que se iba generalizando. Al ver que los grupos situados más arriba y cerca del cuartel se retiraban, el que acompañaba a Juancito expresó con amargura:

—¡Esto ha fracasado, vámonos!

A partir de ese momento, la ciudad se entregó a proteger y a esconder a los atacantes dispersos. Olazábal le facilitó la fuga a sus compañeros. Cuando estaba en este trámite le salió al encuentro un jeep con soldados de la dictadura.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió Olazábal—, éstos son guardias que están persiguiendo a los asaltantes.

—¡Ah, bien! Nosotros vamos a ver al teniente Roselló.

El teniente Juan A. Roselló Pando era el jefe y la hiena del Escuadrón No. 13 de la Guardia Rural. Al ocurrir el asalto no se hallaba en la ciudad. Después, asesinó a mansalva.

Frustrado el ataque, los que quedaron a la deriva sufrieron una odisea terrible. Con la ayuda de buenos bayameses algunos salvaron la vida. Otros cayeron bajo las garras del feroz Roselló. Pedro Aguilera, el dentista de Palma Soriano, pudo ser fletado en avión a La Habana, después de esconderse en casa de *Manfi* Corona. José Testá Zaragoza fue detenido en un ómnibus "Rivas", conducido al cuartel y asesinado por la hiena.

—Hazte cargo de ese hombre —le dijo Roselló al soldado Juan Pérez Castañeda.

—¿Con qué fin, teniente?

—¡Para matarlo!

—¡Esa orden no la cumplo yo!

Después pretendió obligar al soldado Filiberto Rodríguez:

—Mire, teniente —fue la respuesta firme—, yo no mato a hombres indefensos.

—¡Cobardes! ¡Esto se hace así!

Extrajo su revólver 38 y lo vació en el pecho de Testá, Roselló anduvo tres días con el mismo uniforme, manchado de sangre. Ante sus víctimas alardeaba de sus crímenes. Poco después de haber matado a Testá procedió de la misma manera con otro detenido.

El capítulo de persecución es inenarrable. En la finca de Amadeo Guerra se refugiaron algunos muchachos que después pudieron escapar. Hugo Camejo, Pedro Vélez y Andrés García consiguieron llegar hasta Manzanillo. Allí los arrestaron. Y por la noche, un oficial rubio, de ojos azules, los sacó hasta cerca del poblado de Veguitas, donde estranguló a los dos primeros con alambre de púas. García, que fue dejado por muerto, logró arrastrarse hasta el cementerio de Veguitas. Salvó la vida y fue juzgado. Trágico fin corrieron otros revolucionarios que se dispersaron. Tales son los casos de Lázaro Hernández Arroyo, Pablo Agüero Guedes, Rafael Freyre y otro que no pudo ser identificado. Fueron salvajemente asesinados después que se rindieron sin disparar un tiro, en el "encuentro" de Ceja de Limones.

Fernandito y Olazábal, detenidos por la hiena, sortearon miles de dificultades para salir con vida. Involucrados en el juicio del Moncada, fueron finalmente absueltos. Juan Manuel Martínez estuvo preso durante 62 días en Puerto Boniato junto a Raúl Castro. Le tocó hablar después del alegato de Fidel y lo pusieron en libertad.

Tal es en síntesis la historia del ataque al Cuartel de Bayamo. Con la sangre noble, valiente y generosa vertida en el Moncada y en la Ciudad Monumento se fue forjando la Revolución.

[En: *Bohemia*, 23 de julio de 1961.]

El asalto al cuartel de Bayamo

(Fragmento)

—Cuando intentamos cortar una cerca de alambre de púas, que protegía el acceso por este lugar, un soldado que estaba en la caballeriza se percató del ataque y rápidamente se movilizaron en gran número poniendo a funcionar las ametralladoras calibre 50 que tenían instaladas, sin que tuviéramos la menor posibilidad de tomar la posición. En el ataque cayeron dos compañeros y el resto nos dispersamos en distintas direcciones, siendo la mayoría capturados en las malezas y posteriormente asesinados.

—Tratando de escapar tomé un ómnibus en dirección a Manzanillo, para ver si podíamos llegar a la casa de unos parientes en Campechuela. Me acompañaban mi hermano de crianza, Hugo Camejo, y Pedro Vélez. Un policía que iba en el ómnibus sospechó de nosotros porque teníamos los zapatos enfangados y en Manzanillo nos detuvieron. Sobre las nueve de la mañana del día 26, nos trasladaron al cuartel de Bayamo.

—Sabíamos que estaban asesinando a todos los que caíamos prisioneros. Los golpes y vejaciones eran constantes. En las primeras horas de la madrugada nos sacaron del Cuartel de Bayamo por orden del teniente Suárez. El sargento de la Paz y el cabo Maceo nos trasladaron en un "jeep" hasta el Callejón de Sofía, al fondo del cementerio del pueblecito de Veguitas, a unos 67 kilómetros de Bayamo, en dirección a Yara.

—Estábamos seguros de que nos asesinaban. Allí comenzaron a darle culatazos a mi hermano Hugo. Estábamos maniatados. Me incorporé para interponerme y evitar con mi cuerpo el atropello. Fue aún dentro del "jeep". Me alcanzaron con la culata del fusil en la sien. Caí inconsciente. Sobre las cinco de la tarde de ese día (27 de julio) empecé a recuperar el conocimiento. Estaba terriblemente adolorido y con una soga que me apretaba fuertemente el cuello. Al parecer, la posición en que quedó, y por ser yo el que estaba atado al extremo de ésta, no logró estrangularme.

—El cuadro era espantoso. Mis hermanos de lucha yacían inermes. A rastras alcancé la manigua. Alguien me vió saltar la cerca próxima a la cuneta y poco después fui perseguido por los soldados, en un cañaveral de la finca de Ciro León. Los tuve tan cerca que, imposibilitado para huir, porque además, físicamente no lo podía hacer, me tiré boca arriba junto a un gran plantón de hierba guinea. Quería verles las caras a mis asesinos. Caminaron a prisa pensando que yo podía huir y me pasaron por el lado sin que me descubrieran. A la mañana siguiente me fui al batey de la vaquería contigua al cañaveral. No era un lugar seguro y me encaminé a un paso del río Buey para tomar un camino próximo, frente a la casa de un campesino. Acertaba a pasar por el lugar Bernardo Amaya López, campesino de la zona que venía a cortar caña. Vivía allí cerca. Cariñosamente me brindó ayuda. Su bondad infinita y su repudio al crimen, del que ya tenía noticias, hizo posible que yo lograra salir con vida de aquella zona que era constantemente recorrida por los soldados.

—No olvidaré jamás la valiente conducta de aquel campesino. De su familia, de su anciana madre, Manuela López, quien muchas veces preparó, como la esposa Bélica González, los alimentos que me llevaba al cañaveral donde me tuvo oculto, donde me curaba las heridas, hasta que logró que pudiera salir a un lugar seguro.

—Bernardo sabe —nos expresa Andrés—, que el Ejército ha tenido noticias de que estoy escondido en la zona. Que si permanezco allí me capturarán y junto con él nos darán muerte. Busca un contacto y localiza a "Ñico" Verdecia, de Bayamo. "Ñico" está vinculado a la ortodoxia. Es un buen revolucionario y me saca del lugar. Me inyecta, me cura y considerando que el medio más seguro es que, con las garantías necesarias, me lleven a Santiago. Lo logró con la intervención personal de Monseñor Pérez Serantes.

—Este posteriormente lo entregó a las autoridades y fue remitido a la prisión de Boniato, donde estaban Fidel, Raúl y los demás compañeros sobrevivientes del Moncada.

—En la prisión pude relatar a Fidel toda la odisea vivida y el asesinato de mis compañeros. Raúl me cortaba el pelo para que pudieran sanarme las heridas. Durante más de un mes tuve en el cuello el surco equimótico de la soga con que pretendieron ahorcarme. Tenía que decir que era una rozadura con los bejucos en el monte, pues me hubieran matado para que no pudiera relatar eso ante el tribunal.

[En: *Revolución*, 20 de julio de 1962.]

La acción

La noche del 25 de julio, a eso de las diez, Fidel visitó a los compañeros en el cuartel general de Bayamo.[1] Permaneció allí unos 20 minutos indicando cómo se iban a repartir las armas y quiénes serían los jefes de grupos en el asalto, y dio otras instrucciones generales.

Esa misma noche se presentó en el local el dueño, Juan Manuel Martínez, para ver cómo andaban las cosas, en una visita diaria, de la cual había hecho un hábito. Martínez se sorprendió esa noche al ver llegar numerosos jóvenes con maletas. Hubo que comunicarle los planes que se proyectaban y la necesidad que había de atarlo como medida de seguridad, así como advertirle que no saliera del local hasta que se hubiesen ido todos los combatientes. Martínez no se opuso a nada y manifestó que no había problema pues no era contrario a la acción.

El asalto al cuartel de Bayamo debía efectuarse, al igual que el del Moncada, a las 5 y 15 de la mañana. Algunos combatientes pasearon en coche esa noche por las calles de Bayamo, pero tenían la orden de estar en el cuartel general antes de las 12 de la noche.

Cerca de la hora señalada para la acción, comenzaron a levantarse los combatientes.

Detalladamente se les explicó el plan de acción a desarrollar y la importancia que tenía Bayamo como centro de comunicación.

El plan de acción era el siguiente: tomar el cuartel y la estación de policía. Luego el compañero Aguilera se trasladaría a Charco Redondo para obtener la dinamita necesaria para volar los principales puentes de la Carretera Central.

El factor sorpresa para el ataque al cuartel de Bayamo, se había cambiado del siguiente modo: Mario Martínez Arará, acompañado de un compañero de Bayamo, conocido de los soldados, entraría por la posta principal. El bayamés diría que Arará ne-

[1] Se refiere al cuartel general de los moncadistas en el hotelito de Bayamo.

cesitaba albergue pues era de afuera y había venido a los carnavales. En ese momento se desarmaría a la posta y así quedaría libre el camino para penetrar en el interior del cuartel.

Llegada la hora de partir para la acción, el compañero que debía entrar con Martínez Arará por la posta principal había salido con permiso y no había regresado. Arará estimó que podía tratarse de una delación o cobardía por parte del compañero y pensó que quizás el ejército estaría esperando a los revolucionarios. Por ello fue necesario alterar los planes del ataque.

Los revolucionarios se dirigieron hacia el cuartel a pie y en automóvil, divididos en tres grupos. Uno se situó en el acueducto, detrás del cuartel, que era por donde había una posibilidad de entrar al mismo. El grupo que comandaba Pedro Celestino Aguilera, ganó el patio de la casa de la familia Corona y fue el que más se aproximó al objetivo. El tercer grupo avanzó por la calle delantera del cuartel, entrando por General García.

En la parte posterior del cuartel estaba situada la cuadra de los caballos de la Guardia Rural. Al penetrar por allí el grupo de los revolucionarios, tuvieron que pasar una cerca de alambre de púas y en esta operación tropezaron con un basurero de latas vacías de leche y conservas. El ruido provocado alteró a los caballos, que comenzaron a relinchar. Esto produjo la alarma en el cuartel. La posta dio el alto y los combatientes le respondieron disparándole e hiriéndole. Inmediatamente se inició un fuerte tiroteo, los revolucionarios se parapetaron detrás de un montón de troncos y dispararon hacia el cuartel. Los soldados instalaron una ametralladora calibre 50 y ripostaron el fuego sobre el parapeto de los asaltantes, que comenzó a desmoronarse. En estas condiciones era insostenible el combate, aunque lucharon allí aproximadamente un cuarto de hora hasta que Martínez Arará dio la orden de retirada.

El grupo que estaba cerca del cuartel, en el patio de la casa de la familia Corona se retiró también. En esa situación el grupo que avanzaba por el frente del cuartel, al ver a los otros dos grupos retirarse, abandonó el lugar.

En la retirada, Ñico López, acompañado de Antonio Darío, Calixto García y Armando Arencibia, abordaron una de las máquinas y se dirigieron hacia la ciudad. Al caer la máquina en un hueco —Ñico López no sabía manejar— la abandonaron y siguieron a pie hasta llegar a una bocacalle en donde había una plazoleta. Allí se toparon con un jeep en el que venían un sargento y un policía. Ñico les disparó con su escopeta calibre 12 y los fulminó. Seguidamente se retiraron, tocando en las puertas de las casas y arengando a la gente con gritos de ¡Se cayó el dictador Batista, triunfó la Revolución! Ellos pensaban que en Santiago de Cuba el Movimiento había triunfado.

Asesinato de los revolucionarios

Una gran parte de los combatientes de Bayamo fueron detenidos y asesinados por la tiranía.

José Testá Zaragoza fue detenido en un ómnibus y conducido al cuartel de Bayamo donde fue asesinado.

En la finca de Amadeo Guerra se refugiaron algunos que después consiguieron escapar. Hugo Camejo, Pedro Vélez y Andrés García Díaz, pudieron llegar a Manzanillo, allí fueron detenidos y conducidos al cuartel de Bayamo. Por orden del teniente Suárez fueron sacados por la madrugada en un jeep y conducidos hasta el callejón de Sofía, al fondo del cementerio del pueblecito de Veguitas. Tras ser vejados y torturados, fueron ahorcados. Andrés García Díaz, aunque fue dejado como muerto por los esbirros, por estar atado al extremo de la soga no fue estrangulado y recuperó el conocimiento a las 5 de la tarde del 27 de julio, para encontrarse al lado de sus hermanos muertos. Arrastrándose se alejó del lugar hasta que fue encontrado por el campesino Bernardo Amaya López, quien lo auxilió y escondió. Más tarde Ñico Verdecia, de Bayamo, consiguió sacar a Andrés de allí. *Este joven fue el único sobreviviente de todos los prisioneros que se hicieron en la zona de Bayamo,* dijo Fidel en el juicio del Moncada, donde Andrés García Díaz pudo denunciar a los asesinos de sus compañeros y todos los horrores de que fue víctima.

Lázaro Hernández Arroyo, Pablo Agüero Guedes, Rafael Freyre Torres y otros combatientes no identificados, fueron salvajemente asesinados, después que se rindieron, sin ofrecer resistencia, en Ceja de Limones.

A otros participantes en la acción, Ángel Guerra Díaz, Luciano González Camejo y Rolando San Román y de las Llamas, los detuvieron y también asesinaron.

Fidel Castro denunció en el juicio del Moncada: *Cerca del Río Cauto, en un lugar conocido por Barrancas, yacen en el fondo de un pozo ciego los cadáveres de Raúl de Aguiar Fernández, Armando del Valle López y Andrés Valdés Fuentes, asesinados a media noche en el camino de Alto Cedro a Palma Soriano, por el sargento Montes de Oca, jefe de Alto Cedro donde aquéllos fueron detenidos.*

Y sobre estos compañeros, participantes en el asalto al cuartel de Bayamo, también declaró Raúl Castro en el juicio del Moncada: *Tres miembros de este movimiento, Raúl de Aguiar y otros dos, cuyos nombres en este momento no recuerdo estuvieron en casa de mi familia en Birán buscando recursos para salir de la provincia; ahora aparecen muertos en el cuartel Moncada.*

Los restos de estos combatientes mencionados por Fidel y Raúl no han podido ser encontrados.

Mario Martínez Arará fue asesinado en una alcantarilla de la carretera, cerca de Bayamo. Al ser interrogado por los soldados que querían saber quién era el jefe del grupo, expresó: *El responsable de esta Revolución es José Martí,* y murió valientemente.

Los sobrevivientes

Algunos combatientes de Bayamo pudieron eludir la persecución policíaca y del ejército. Enrique Cámara llegó a Santiago de Cuba y visitó la casa de unos amigos donde habló sobre el hecho en que había participado. Posteriormente tomó un ómnibus con destino a La Habana, pero se apeó en Camagüey. Allí se dirigió al cuartel donde explicó que era zapatero y que como había revueltas, pedía permiso para dormir en el cuartel, cosa a la que accedieron. Después siguió viaje y repitió la acción anterior en los cuarteles de La Esperanza y Santo Domingo en Las Villas, de esa manera logró llegar a La Habana, donde más tarde fue detenido.

Agustín Díaz Cartaya y Pedro Celestino Aguilera, después de la retirada en el asalto al cuartel de Bayamo, encontraron protección en casa de bayameses revolucionarios. Luego pasaron a casa de unos amigos de Aguilera, allí recibieron $100.00 y con ese dinero embarcaron por tren hacia Santiago de Cuba, adonde llegaron el mismo día 26 a las dos de la tarde.

Mientras duró todo aquel viaje, Aguilera y Díaz Cartaya trataron de aparentar un ambiente festivo de carnaval. Díaz Cartaya cantó y recitó, los pasajeros se alegraron, pero se hicieron comentarios sobre lo sucedido por la mañana en Bayamo. Cartaya terminó por comunicarle a los pasajeros que ellos habían participado en el asalto, lo cual les ganó las felicitaciones y simpatías, de tal manera que algunos decidieron unirse a ellos para luchar. Al llegar a Santiago de Cuba, tomaron una máquina y dieron vueltas por la ciudad, pasando cerca del Moncada. Más tarde Aguilera y Cartaya se dirigieron en tren hacia La Habana donde fueron detenidos días después.

Fernando Fernández Catá y Juancito Olazábal, un adolescente que se unió al grupo que iba a atacar por delante al cuartel, fueron detenidos desde temprano en Bayamo. La misma suerte corrió el dueño del local que alquilaron los revolucionarios, Juan Manuel Martínez. Todos fueron incluidos en el juicio del Moncada y resultaron absueltos.

Antonio (Ñico) López Fernández, Calixto García y otros combatientes pudieron llegar con mil trabajos a La Habana. Algunos se refugiaron en embajadas y salieron al exilio más tarde; otros tomaron el camino de la clandestinidad.

Ñico López, expedicionario del *Granma*, tras el combate de Alegría de Pío cayó prisionero y fue vilmente asesinado.

Bayamo se incrustó de nuevo heroicamente en la historia de Cuba en aquel amanecer glorioso del 26 de Julio de 1953.

[En: *El Militante Comunista*, julio de 1971.]

Entrevista a cuatro supervivientes del ataque al cuartel de Bayamo

Ruanes: (...) Cuándo íbamos para Santiago de Cuba, para Bayamo, el compañero (Darío) llevaba una guitarra y yo llevaba una filarmónica, entonces por todos los pueblos que pasábamos cantábamos "Al Carnaval de Oriente me voy".

Entonces, pues, en la casa habíamos como 28 compañeros; nos saludamos todos, pero en silencio, no se podía hablar, nada más que hacían señas...; nos sentamos en el suelo. Esperamos. Entonces "Ñico" nos exhortaba a que durmiéramos, descansáramos, que íbamos a tener un amanecer bastante *ajetreado*. Entonces que va, allí nadie pudo dormir...

Darío: A no ser Calixto García que roncaba que parecía un...

Ruanes: Sí, Calixto García sí... pudo dormir, bueno dos o tres compañeros.

Pregunta: ¿Pero estando allí no se les explicó nada?

Ruanes: Bueno no, todavía no.

Pregunta: ¿Eso fué el 25 por la noche?

Darío: En ese momento no se explicó nada.

Ruanes: No, no, no.

Aguilera: Sigue, sigue.

Ruanes: Bueno, ya al... éramos 28, entonces pues, en la pequeña célula, porque era por célula, ya más o menos sabíamos, por lo menos yo sabía, de que íbamos a atacar el Cuartel de Bayamo y era el motivo porque habíamos ido...

Pregunta: ¿La célula suya?

Ruanes: Sí, la célula mía. "Ñico" nos lo había confiado, vaya "Ñico" tenía plena confianza en mí, me dijo que habíamos hecho ese viaje cumpliendo órdenes de Fidel de atacar el Cuartel de Bayamo y...

Pregunta: ¿Se lo dijo al grupo de ustedes o por separado?

Ruanes: Bueno, por separado, me lo dijo a mí, entonces le dije que estaba muy bien, entonces me dijo: "Si sientes algún temor o no quieres hacerlo, pues, no te tienes por qué... no te obligamos, puedes regresar a La Habana si quieres, te resolvemos el viaje, puedes regresar. No te lo dijimos en La Habana para evitar que fueras a saberlo y que fuéramos a echar a perder los planes que teníamos." Entonces, pues, me quedé. Entonces por la madrugada, al amanecer ya, como a las cuatro de la mañana, me llamaron para un pequeño cuartico que había al fondo. Entonces había varios compañeros que ya estaban vestidos de uniforme de los soldados de Batista. Entonces me dieron mi uniforme y me lo puse. Me quedaban un poco largos los pantalones, me doblé los bajos; las mangas me quedaban un poquito largas, las doblé también; me puse las botas, entonces me dijeron que qué arma quería. Había varias escopetas de cartuchos, escopetas calibre 22; entonces yo vi una pistola calibre 45 muy bonita, y yo le dije al compañero: Oye, ¿no me podías dar mejor la pistola? Yo había tirado con revólveres 45 y sabía tirar perfectamente. Entonces accedieron a darme la pistola 45 con un peine y 50 balas que me las eché en el bolsillo y entonces salí contento...

Pregunta: Ruanes, de los uniformes que tenían allí ustedes, ¿había alguno que tenía grados?

Ruanes: Bueno habían varios con el grado de sargento. "Ñico", el compañero "Ñico", el uniforme de él tenía el grado de sargento, los demás éramos soldados. Entonces nos sentamos a esperar ya con el uniforme puesto y las armas. Entonces como a la...

Pregunta: ¿Qué cantidad de compañeros llevaban los fusiles calibre 22, y, pistolas, quienes más o menos llevaban...?

Ruanes: Bueno, pistolas habían dos nada más, todo lo demás eran escopetas de cartuchos y escopetas calibre 22. Pistolas nada más que habían dos. Entonces me dieron a mí una. Entonces como a las 5 de la mañana, 5 menos 20... (pregunta a Darío) ¿eran las 5 menos 20, no?

Darío: Bueno, ... llegamos al cuartel a las 5:25 de la madrugada.

Ruanes: Sí, porque ¿no era con anticipación al Moncada?

Darío: No, era coordinado.

Ruanes: Coordinado a la misma hora.

Ruanes: Entonces, varios compañeros, el compañero Raúl Martínez hizo uso de la palabra y nos informó "que a esa misma hora, el compañero Fidel con un grupo más de compañeros, atacaría el cuartel Moncada de Santiago de Cuba y que nosotros a la vez teníamos la misión de tomar el cuartel de Bayamo, exhortar al pueblo, después de tomado el cuartel, a que se uniera a nosotros, a la lucha", porque entendíamos que Bayamo era un pueblo de revolucionarios, Bayamo es un pueblo histórico donde las luchas libertadoras se iniciaron, donde se dieron grandes batallas y el pueblo siempre respondía... Y entonces, después de tomado el cuartel, teníamos la misión de tomar el telégrafo, la emisora de radio para exhortar al pueblo...

Pregunta: Raúl Martínez, cuando les habló, ¿les habló de tomar el telégrafo y eso?

Ruanes: Sí, aparte de eso, "Ñico" López nos había dado instrucciones también al respecto y había también que cuidar los bancos para evitar que fueran saqueados, en caso de que hubiera habido una batalla grande allí en el pueblo; y también había la misión de volar el puente que va de Bayamo a Holguín para evitar el paso de las tropas del cuartel Pantoja, de Holguín, hacia Bayamo. Después de tomado el cuartel y la Estación de Policía, pues se realizarían todas esas acciones. Después, pues, salimos ya... todos los compañeros, los 28 salimos para dos máquinas que teníamos parqueadas al lado de la misma casa. Entonces recuerdo que en una de ellas montó "Ñico", entonces como el grupo de nosotros quería estar siempre juntos para la misma cosa, pues montamos todos y entonces no cabíamos todos en las dos máquinas;... Recuerdo que en el guardafangos iban sentados compañeros y en la parte trasera también iban compañeros parados agarrándose de la máquina... Salimos rumbo al cuartel ya amaneciendo y nos detuvimos a un costado del cuartel, las dos máquinas; entonces nos replegamos por el fondo del cuartel y penetramos, siempre entrando todos repartidos por el patio del cuartel y recuerdo que había como una caballería, había gran cantidad también de pedazos de troncos, una... para llegar allí había que pasar por debajo de una cerca de alambre de púas, entonces...

Pregunta: ¿Y no había posta por allí, por fuera?

Ruanes: Bueno, al tratar de penetrar por debajo de la cerca, eh... algún compañero creo que hizo... tropezó... que había muchos troncos allí atrás y latas, tropezó y entonces la posta dió el alto o hizo un disparo al aire. Entonces acto seguido se originó el tiroteo, un intenso tiroteo...

Pregunta: ¿Pero todo el grupo?

Ruanes: No, no, replegado, un grupo delante y otro grupo más atrás.

Darío: Iba un grupo por el frente con Mario Martínez, por el frente, y entonces nosotros íbamos por atrás con la idea de nosotros, entrar los de alante, y nosotros por detrás y unirnos en el centro que era donde estaban las comunicaciones del cuartel, vaya, se nos dijo que el grupo de atrás iba a correr a adentro del cuartel, al centro del cuartel y el grupo de alante iba entrar hacia el centro del cuartel para tomar las comunicaciones y entonces de ahí arengar al pueblo que tenía también... y tomar las comunicaciones que venían de...

Pregunta: El grupo ese de atrás, ¿había alguien que lo dirigía?

Darío: Bueno, ahí estaba Raúl Martínez, estaba Gerardo Pérez Poey, estaba Orlando Castro y entonces por delante estaba Mario Martínez Arará con otros compañeros, que pensaron,

—desde luego, yo no me estoy metiendo en la conversación de este compañero— el problema es... lo que pasa es... se pensó que la posta estaba fuera pero que fue... al revés la posta estaba dentro, atrás de las rejas y cuando se acercaron allí, la posta, parece que ellos quisieron sorprender a la posta, vaya, pero no pudo ser y creo que lo tuvieron que matar allí. Es de ahí donde proviene el tiroteo porque ellos se defienden por delante porque no se podía entrar adentro del cuartel, y nosotros por detrás lo que teníamos eran 5 puntos de alambre más la caballeriza, que figurénse, al producirse el tiroteo los caballos empezaron a relinchar y a dar... aquello fue horrible lo que se formó allí...

Pregunta: Entonces el tiroteo se forma por el grupo de alante.

Aguilera: Mira, al llegar al cuartel, ya después, con el momento del ataque,... inicialmente el plan consistía en que Mario Martínez iría por el frente con un ciudadano de Bayamo, me imagino, muy conocido de las postas, de allí, que se pensaba que Mario Martínez, solo, podría en compañía de ese ciudadano tomar la posta y facilitar rápidamente la penetración nuestra en el cuartel, por detrás.

Pregunta: Aguilera, ¿por casualidad sería Fernando Fernández Catá?

Aguilera: No, ese ciudadano yo más nunca he vuelto a saber de él. Pidió permiso para ir a su casa. Fue un error del compañero Mario Martínez que se lo permitió. Al ir ese compañero a su casa, ese ciudadano, no me atrevo a decirle compañero, y no regresar, los planes variaron. Se pensó, que es lo que quiero aclarar, que era mejor atacar todos por detrás, puesto que ya no tendría ningún objetivo que Mario Martínez se presentara vestido correctamente de sargento en la parte del frente del cuartel, porque la posta no lo conocía. Al faltar un individuo conocido allí que iba a ir a decirle: "este compañero sargento que viene a los carnavales quiere dormir aquí en el cuartel" y ahí mismo desarmar a la posta...

Pregunta: ¿Era del ejército?

Aguilera: No, este ciudadano era de Bayamo. Sé que era de Bayamo porque pidió permiso para ir a su casa y regresar. Como no regresó...

Pregunta: ¿Por qué, si lo conocían en el cuartel era...?

Aguilera: No, lo conoce cualquiera en el pueblo. El cuartel es un cuartel de 100 hombres. El cuartel se compone de una capitanía de más o menos 100 hombres. Pero el cuartel de Bayamo a pesar de ser de una manzana, de ser de mampostería, ahí se conoce todo el mundo.

Pregunta: Yo le voy a indicar tres nombres de personas que estaban ligadas a lo de Bayamo y se nombran: Sergio González, Juan Manuel Martínez y Fernando Fernández Catá.

Aguilera: Fernando Fernández Catá es el compañero que habla con Guitart y es el que tiene que ver, incluso, con el al-

quiler del local, que era una antigua posada que estaba en ese momento desactivada...

Pregunta: ¿Qué era de Juan Manuel Martínez?

Aguilera: Exacto. Juan Manuel Martínez era el ciudadano aquel que era el encargado del hospedaje, que nosotros tuvimos allí momentos antes de... ¿Te recuerdas? que detuvimos al... que él quería salir a buscar café y en definitiva no lo dejamos hasta que tuvimos que decirle: "Esta detenido y de aquí no sale."

Pregunta: Compañero. Y ese compañero que iba a servir de guía para entrar al cuartel, ¿ustedes lo conocieron accidentalmente o ya estaba planificado...?

Aguilera: No, para mí él vino inclusive de La Habana, yo recuerdo haberlo visto en La Habana. Entonces yo no sé por qué motivo le dieron permiso para ir a su casa, era un individuo de toda confianza. Fué y no regresó. ¿Qué hizo suponer eso a Mario Martínez? De que ése nos había delatado, o que se había acobardado. Entonces de todas maneras, se acordó ir al ataque, así nos estuvieran esperando. Pero como el plan era ir por delante, entonces se acordó ir por detrás, todos pensando que si el compañero nos había delatado podíamos entrar en combate por detrás y no por delante, por donde ellos esperarían, puntualmente, la cosa. Entonces, yo tengo dudas de que si por delante se llegó a atacar. Por eso quiero que los compañeros me rectifiquen el problema.

Ruanes: Yo tengo dudas también.

Aguilera: Allí se formó un pequeño Estado Mayor donde se dieron grados de sargentos a determinados compañeros que llevarían al ataque a grupos de 4 ó 5. Habría que ver si los compañeros se recuerdan de eso. Entonces, que yo recuerde tenían grados de sargentos: Raúl Martínez Arará, que era el encargado, el jefe máximo del ataque al cuartel de Bayamo, Orlando Castro, Gerardo Pérez Poey, "Nico" López y yo (Pedro Aguilera).

Cartaya: Aguilera, perdona la interrupción. ¿Los jefes de grupo eran los únicos sargentos allí en Bayamo?

Aguilera: No recuerdo exactamente si fueron los únicos sargentos. Creo que sí.

Cartaya: Los únicos sargentos eran los jefes de células.

Aguilera: Sí, exactamente, yo no sé si esto tuvo que ver con que fueron los choferes que llevaban las máquinas... porque por ejemplo, yo fui manejando una máquina, entonces yo era jefe del grupo ese, sabía a donde iba y más o menos tenía ciertas orientaciones respecto a lo que iba a hacer allí. Pero bueno, el caso es que cuando se produce el pequeño Estado Mayor y se decide atacar por detrás...

Pregunta: ¿Dónde se reunieron, allí mismo?

Aguilera: Allí mismo, pero aparte de los otros compañeros.

Pregunta: ¿Operativamente allí?

Aguilera: Sí, operativamente nos reunimos todos. Aquí hubo un grave error. El compañero Raúl Martínez Arará tenía una información de cómo era Bayamo, cómo era el cuartel, era un compañero de aquí de La Habana. El estimó, él situaba 100 soldados, es decir, 100, el personal de ese cuartel en el cuartel. Y eso no es así, habría 8 ó 10 no más. Por cierto que yo soy de un pueblo igual que Bayamo, Palma Soriano, allí también hay Capitanía y uno sabe que se quedan a dormir unos cuantos soldados, los que están de guardia, de retén, y el resto duerme en sus casas. Entonces por eso si él hubiera creído lo que yo le dije, lo que yo le estaba diciendo, pues hubiéramos hecho el ataque en otra forma. Pero en él pesó mucho la ausencia del compañero de Bayamo. El esperaba que... efectivamente, él creía que nos estaba esperando. Que nos iban a estar esperando.

Pregunta: ¿Entonces el compañero ese debía esperarlos allí, en el cuartel?

Aguilera: El compañero ese iba a su casa, venía otra vez para acá, salía, con uno...

Pregunta: ¿Al hospedaje de ustedes?

Aguilera: Al hospedaje. Salía de ahí con Raúl Martínez Arará. Raúl Martínez Arará era el compañero que iba mejor vestido —yo no sé si ustedes se recordarán de eso. Se hizo un esfuerzo y creo que él estaba vestido correctamente de militar. Entonces, al ir por la posta de alante con un individuo de Bayamo— inclusive que conocía las postas pues no había ninguna duda, al llegar él: "Fulano, mira, el sargento amigo mío que viene para los carnavales se va a quedar aquí a pasar la noche". Inmediatamente ese individuo era detenido y nosotros íbamos entonces formando la entrada por detrás. Pero se cambian los planes, a mi entender, esta fué la última reunión que nosotros tuvimos allí por la creencia de que se nos va a estar esperando de todas maneras y que había una traición. Esperamos al compañero hasta última hora, —al ciudadano éste de Bayamo— y no llegó y de todas maneras nosotros teníamos el deber de atacar el cuartel y lo íbamos a atacar de todas maneras. Entonces yo recuerdo que...

Cartaya: Perdona la interrupción. Las dudas del compañero Raúl Martínez Arará surgen después que se efectúa la detención del militar aquel.

Darío: ¿Qué militar?

Aguilera: Hay un militar...

Cartaya: Hay un militar que está...

Aguilera: Hay un militar que está de posta afuera, pero no se llegó a detener. Se habló de mandarlo a detener, pero yo no creo que se llegó a detener.

Cartaya: Se detuvo el militar.

Darío: Me permiten hacer una aclaración ahí. Cuando se va..., que se está esperando a que el militar, que estaba parado

frente a la salida, y entonces ya se decidió, que ya llegaba, se estaba aproximando la hora y entonces cuando el grupo fué a decidirse, mirando por las persianas vió que en ese momento el militar empezó a caminar y cruzó la calle con dirección a un garage que había allí.

Aguilera: Mira, el militar éste, era un militar que estaba allí guardando creo que unas construcciones o algo allí que había, eh.

Cartaya: Otra duda que se aclara.

Aguilera: Toda la noche nosotros estuvimos pensando si deteníamos al hombre ya desde ahora o si no lo deteníamos y entonces se dijo: "No, no lo vamos a detener, porque si viene el relevo y no lo encuentra..." Pero ya uno tenía la idea de cogerlo allí mismo. Entonces, el hombre tuvo suerte, echó a caminar en ese momento y...

Pregunta: ¿Usted dice toda la noche, entonces durante toda la noche ustedes estuvieron en actividad de vigilancia al cuartel?

Aguilera: No, de vigilancia al cuartel no. Nosotros toda la noche estuvimos vigilando al...

Pregunta: ¿Entonces desde el hospedaje se localizaba el cuartel?

Aguilera: Estaba a dos cuadras, a dos cuadras.

Ruanes: ¿El cuartel, a dos cuadras?

Darío: La casa donde estábamos, estaba aquí. Y entonces aquí, el cuartel estaba dos cuadras allá, pero estábamos mirando específicamente los movimientos a ver si se veían movimientos, a ver si se veían movimientos sospechosos como de agrupamiento militar o algo así como para copar la casa, usted comprende. Esa era la preocupación de nosotros, era esa.

Aguilera: Yo no sé si ustedes se recordarán con qué grupo fueron ustedes al ataque. ¿Quién iba dirigiendo el grupo de ustedes en el ataque?

Darío: Raúl Martínez Arará.

Ruanes: Raúl Martínez.

Aguilera: Raúl Martínez. Entonces yo recuerdo que en ese grupo a mí me tocaba el tercer lugar. Iba Raúl Martínez, iba Gerardo Pérez Poey y en tercer lugar le correspondía al grupo mío. Pero yo no sé por qué motivo si es que en el grupo que iba yo iba THOMPSON, Cartaya, Cartaya avanzaría mucho, la cuestión es que en el momento del ataque, en ese momento, en el plan del ataque ya, cuando nosotros llegamos, situados ya, yo recuerdo que Orlando Castro estaba muy cerca de mí en la parte de atrás.

Cartaya: ¿Quiéres que te aclare?

Aguilera: Sí, aclárame esa situación que yo no recuerdo exactamente.

Cartaya: Yo estaba muy cerca... y te voy a aclarar.

Darío: Muy cerca...

Cartaya: Ustedes recuerdan que cuando comenzamos el ataque, que todos nos situamos en la parte de... habría que... la parte donde había que llegar a la quinta alambrada, 5 ó 4 más o menos... había a una distancia de 10 metros acomodada una porción de palos.

Darío: Exactamente.

Cartaya: Detrás de aquellos palos nos situamos todos los compañeros que iniciamos el asalto. Pero bien; cuando suena el primer disparo, que se intensifica la lucha, ya no sé si algunos de los compañeros presentes me vió avanzar por encima de la última alambrada un promedio —a ver, estábamos a unos 15 metros del objetivo—, yo avancé un promedio de 10 metros, luego viré para atrás, viré para atrás porque prácticamente las balas me estaban pasando por debajo de las piernas, por debajo de las axilas y por todos los lugares, digo: me van a peinar.

Pregunta: ¿Qué arma llevaba, Cartaya?

Cartaya: ¿Eh?

Pregunta: ¿Qué arma Ud. llevaba?

Cartaya: Un fusil 22. Viré para atrás, le dí la espalda a las balas, me vuelvo a situar después en el grupo de palos y continuamos la lucha solo, disparando para los soldados y los soldados disparando para nosotros, los caballos corriendo y es cuando yo veo a un compañero, Rafaelito, no sé si es Rafaelito, no me acuerdo el nombre completo.

Pregunta: ¿Rafael Freyre?

Aguilera: Rafael Freyre.

Cartaya: Y ya estaba precisamente en sangre ahí en el suelo. Después, después hubo retirada. ¿No se acuerdan que hubo retirada?

Ruanes: El primer grupo se retiró.

Cartaya: Se dispersó, se dispersó la tropa; unos por aquí, otros por allá. Tuvieron algunos combates diseminados por distintos lugares donde cogieron a los distintos combatientes; los encuentros, la Guardia Rural, la Policía, etc. Fué cuando a nosotros nos tocó la parte del sargento.

Ruanes: Yo fuí también uno de los últimos en la retirada. No sé si el compañero Cartaya recordará que...

Cartaya: ¿En qué parte tú estabas?

Ruanes: Bueno, yo estaba en... uno de los que más había avanzado, entonces estaba cerquita de por allí de los que... habían quedado 7 compañeros u 8 compañeros, entonces yo me retiro, me retiro y salgo por debajo de la cerca y me llego hasta una de las máquinas que estaba parqueada y entonces noto que faltaba una de las máquinas y entonces comprendí que la habían usado algunos compañeros para retirarse y ví que otros compañeros se retiraban por otros lugares. Regreso de nuevo, y le digo a los compañeros que se encontraban allí, el pequeño grupo que quedaba, les digo. Miren: síganme que ya todo el

mundo se ha retirado, nada más que faltamos nosotros, entonces me siguieron los demás compañeros y cuando salíamos a la calle, nos salieron dos soldados al paso.

Pregunta: ¿Los compañeros eran de la célula de ustedes?

Ruanes: No.

Pregunta: ¿O no se habían retirado en la forma de la célula?

Aguilera: Sigue, sigue en lo de los dos soldados.

Ruanes: Primeramente llegamos hasta la máquina que quedaba y al compañero Luis (equivoca el nombre de Mario Martínez Arará) se le había perdido la llave y entonces el resto de los compañeros que quedaban en la retirada no podían venir en la máquina porque se le había perdido la llave, entonces mientras estábamos en ese momento, llegan dos soldados y nos dicen: "Compañeros, ¿qué es lo que pasa, qué es lo que está pasando?" Entonces, yo con la pistola... pues habían varios compañeros que ya se les habían acabado las balas de las escopetas...

Aguilera: ¿Qué Luis?

Ruanes: Luis Martínez Arará.

Aguilera: No, ése es Mario Martínez Arará.

Darío: Mario Martínez Arará.

Ruanes: Digo, Mario Martínez Arará, entonces dígole a los militares: "Levanten las manos ahí, no se muevan"; entonces, uno de ellos estaba armado, entonces le dije a los compañeros: "Desármelo", yo le estaba apuntando, entonces el soldado parece que era uno... de estos soldados viejos que saben mucho, saben muchos trucos, cuando ve que se le van a acercar, creemos que el compañero comete la imprudencia de pasarle por delante, le tapa con el arma, se tira al suelo de pronto y empieza a dar vueltas por el suelo y hace varios disparos con el 45 desde el suelo, entonces ya...

Cartaya: ¿En qué momento fué eso y en qué lugar?

Ruanes: Bueno, eso fué ya al final cuando íbamos de retirada.

Cartaya: ¿En qué lugar? Mira vamos a hacer más o menos un esquema, vaya, éste es el cuartel, ¿por qué lugar del cuartel te sucedió eso, o fué mucho más alejado del cuartel?

Ruanes: Bueno, eso fue a un costado del cuartel.

Aguilera: Es el mismo caso de los otros dos, Thompson, él estaba allí, porque mira, la palabra esa, la palabra esa de ríndanse y esas cosas, además, los que vinieron fueron, yo me recuerdo perfectamente de los que desembocaron por un callejón frente a la casa... que en la casa de la familia Corona esa, Thompson, donde después nosotros nos cambiamos de ropa. Allí había una máquina parqueada al frente de la casa, me recuerdo vino un policía y un guardia rural, el guardia rural fué el que tiró, el policía salió corriendo, que venía corriendo medio poniéndose la camisa.

Ruanes: Sí, bueno cuando yo puedo hacerle el disparo ya el que venía con camisa blanca sentí cuando cayó, sentí como un cuerpo pesado que cae en la maleza, entonces...

Cartaya: ¿Tenía galones el guardia o no tenía galones?

Ruanes: No, el guardia no... Vaya yo ví... el soldado era de color fué el primero que me salió y el otro venía más atrás, pero al que yo le presté más atención era el de alante que era el que venía armado.

Cartaya: Pero no, no, ese encuentro no fué con nosotros.

Aguilera: El compañero no estaba presente ahí cuando lo del sargento, ni el sargento dijo que se rindan.

Ruanes: Bueno, el encuentro del sargento según tengo entendido fué Antonio López "Ñico".

Aguilera: No, ése es otro sargento.

Darío: No, ése no...

Ruanes: Bueno, eh...

Cartaya: Yo digo eso porque habíamos tres al costado del cuartel, a la misma salida del cuartel, de la alambrada, luego a mano derecha a unos pasos nada más del cuartel, que entonces al fondo inclusive había una casa de vivienda cuando nosotros saltamos al muro, posteriormente después que le descargamos a un sargento de la rural todo el parque; pero yo no le disparé porque yo le había dicho a este compañero Aguilera que no destrabara el 22 ese, que estaba encendido, entonces le disparó Angela que no lo he visto más, éste... (señala a Aguilera).

Ruanes: Y yo... bueno, casualmente...

Cartaya: Entonces después el hombre estaba tendido en el suelo —yo lo hubiera desarmado— y entonces hasta pensé quitarle el arma y veo que nos hace así: se para y empieza a correr y me la dejó a pié.

Ruanes: Entonces, precisamente, yo le he hecho más de 4 disparos a ese señor y según datos, he podido averiguar hoy en día que ese señor goza de perfecta salud.

Darío: ¿Por qué no le diste? Porque tiraba mal.

Cartaya: Ahora en la acción ésta del costado del cuartel habíamos tres personas y otro más, otro mulatico también, éramos cuatro.

Ruanes: Bueno, yo recuerdo que cuando salimos del cuartel ya eran los últimos que quedaban, nos dirigimos hacia la máquina.

Luis (equivoca el nombre de Mario Martínez Arará) comprobó que faltaba la llave, Mario comprobó que le faltaba la llave y no pudimos irnos en la máquina, entonces acto seguido cuando íbamos a salir el grupo para seguir huyendo, para irnos, fué cuando nos salieron los dos soldados al paso, no me fijé si era un sargento... entonces le dije: "Levanta las manos, manos arriba", entonces le dijo a uno de los compañeros: "Desármelo, desármenlo ahí". Entonces él levantó las manos, levantaron las

manos los dos; "¿pero que ha sucedido?", cuando se atraviesa el compañero; uno, el de color, se tira en el suelo y empieza a dar vueltas y hace varios disparos, entonces al hacer los disparos, todo el mundo hace así, se dispersa el grupo y empezamos a hacerle disparos, entonces se levantan y se mandan a correr; pero que entonces uno de ellos se cae como en un matojal por allá y el otro brincó una cerca y se fué. Entonces yo seguí disparando hasta que ya no pude tumbarlo.

Aguilera: Pero mira, déjame ver si yo puedo... abundar en algo en eso. Hay cosas que el compañero relata ahí que yo me recuerdo, yo voy a ver si ustedes, se recuerdan de una frase. Alguien le dijo al soldado: "¿Ustedes han visto a los rebeldes?" —¿Ustedes se recuerdan de eso?— (Dirigiéndose a Darío). No, no, tú no puedes recordarte Darío, tiene que ser del grupito ese último que salió.

Darío: Bueno, permítame, yo quiero hacerle una aclaración, permíteme, quiero hacer una aclaración sobre el grupito último que salió, quiero que usted sepa que habían... dos máquinas quedaban allá; una máquina nos metimos y no tenía llave y salimos de esa máquina y nos metimos en la otra, y "Ñico" no sabía manejar y era el que iba manejando, y la máquina iba haciendo así... (hace gestos de saltos) iba dando saltos. Salimos de allá y dimos la vuelta para entrar otra vez al cuartel.

Pregunta: ¿Bueno, el grupo ése que Ud. dice que se encontró cuando estaban... usted no sabe quién es? ¿Más o menos si había algún compañero que usted recuerda algo que estuviera en ese grupo también, quiénes eran?

Darío: ¿Quiénes eran?

Ruanes: Bueno, me recuerdo, me parece que uno de ellos era el compañero Cartaya.

Cartaya: ¿Dónde chico?

Ruanes: Allá en el patio del cuartel, yo ví a un compañero que se le había encasquillado la escopeta, yo estaba precisamente al lado. Entonces al comienzo del ataque, cuando se originó el tiroteo había un compañero que gritaba: "¡Ríndanse, ríndanse, que no queremos derramamiento de sangre!"

Cartaya: Ese era Castro, Orlando Castro.

Ruanes: Yo voy a decir una cosa que no se ha dicho de... Sinceramente, la verdad que los disparos que hacíamos nosotros eran muy pobres y en cambio, el que había en el cuartel era un tiroteo intenso.

Darío: Era una 30 o una 50.

Ruanes: Era una cosa...

Aguilera: Era una 30 de esa de boquita chiquita.

Cartaya: Con 30 y a ... 25 metros.

Ruanes: El pequeño grupo que avanzamos llegamos pegadito ahí al cuartel, había un jeep parqueado allí en el fondo del cuartel y el fuego era tan intenso que la madera donde estábamos

astillaba, había una astilla y la tierra se levantaba y de pie, nos pasó un balazo tan cerca del oído que estuve para largo rato con el sonido ese ahí, uh, uh...

Pregunta: ¿El grupo suyo pudo llegar hasta cerca de la alambrada de la primera?

Ruanes: Bueno, cuando entramos por el fondo, le digo que nos dispersamos, entonces yo ví un grupo que avanzaba y yo empecé a avanzar junto con él, hasta situarme detrás de los palos, o sea, el grupo, la célula que yo pertenecía, ya yo me había apartado de... Fíjate que a la retirada no pude retirarme con mi célula, sino me quedé entre un pequeño grupito que quedó, de unos 6 ó 7 ú 8 compañeros, no eran más, que eran los que nos quedamos allí haciendo fuego para permitir que los demás compañeros se retiraran, o sea, guardar la retirada que era el pequeño grupo que quedaba.

[En: Archivo del Centro de Estudio de Historia Militar de las FAR.]

La otra cara del Moncada

(Fragmento)

Hace 15 años, en el momento que el convoy de automóviles dirigido por Fidel Castro se acercaba a la fortaleza Moncada, los hombres que hablan en esta crónica dormían en sus casas o se divertían en una fatigosa noche de carnaval. Esos hombres, que minutos después fueron alertados por las detonaciones de las primeras ráfagas y que en muchos de los casos decidieron la táctica del contraataque, nos narran hoy, por primera vez de una manera coherente, las interioridades, decisiones y movimientos que asumieron las fuerzas acantonadas en Moncada: el oficial que dirigió la defensa del cuartel; el comandante de la policía que ocupó el Hospital Civil e hizo prisioneros a los rebeldes; el fotógrafo de Chaviano, que tomó el primer registro del combate; guardias y oficiales que participaron en los hechos, y el teniente que capturó a Fidel Castro. Ellos nos muestran hoy: LA OTRA CARA DEL MONCADA.

Rafael Morales Sánchez:[1] 65 años en la actualidad. El 26 de julio de 1953 era comandante inspector de regimiento. Comisionado por Chaviano, se hizo cargo de la defensa del cuartel, la que cumplió dentro de sus deberes militares. Hoy vive en Santiago de Cuba, en una sólida casa, y disfruta de un retiro militar.

Pedro Sarría Tartadull:[2] 64 años en la actualidad. Teniente de orden público del escuadrón 11 de la guardia rural, estuvo presente en el Moncada pocos minutos después del ataque, pero fue situado en una zona donde no se combatió. Hoy es capitán ayudante del Presidente del Gobierno Revolucionario. Sufre una seria enfermedad en los ojos que lo amenaza con la ceguera. Un pelotón a su mando capturó el último foco de resistencia revolu-

[1] Rafael Morales Álvarez. (*N. de la E.*)

[2] Pedro Sarría Tartabull. (*N. de la E.*)

cionaria, y por su actitud decidida esos revolucionarios no fueron asesinados.

José Izquierdo Rodríguez: 63 años en la actualidad. Era jefe de la policía de Santiago de Cuba, con el grado de comandante, en el momento del ataque. A su cargo estuvo la toma del Hospital Civil y el apresamiento de 20 revolucionarios, encabezados por Abel Santamaría, que habían combatido desde allí. Continúa viviendo en Santiago de Cuba.

Zenén Caravia Carrey: 60 años en la actualidad. Cumple en el presidio de Boniato una condena de 30 años por sus implicaciones en los sucesos del Moncada (delación) y sus relaciones delictivas con la tiranía de Batista. Fue fotógrafo-teniente del Regimiento Moncada,[1] íntimo amigo del coronel Río Chaviano y reportero de los periódicos oficiales de la época.

Julio Correa Monteagudo: 54 años en la actualidad. Hizo 29 años de servicio en el llamado "Ejército Nacional". Por todo entrenamiento recibió 90 días de clases en una escuela de reclutas donde aprendió el uso del Springfield, Garand, Thompson, Browning calibre 30, revólveres y pistolas, y rudimentos de infantería. Una patrulla a su mando capturó a Fidel Castro.

Mauricio Armando Feraud: 48 años en la actualidad. Vive en Santiago de Cuba en la misma casa donde escuchó los disparos de los atacantes del Moncada. De sus tres hermanos, dos se hicieron soldados junto con él (René y Pedro). Uno de ellos —Pedro— murió en la acción del ataque.

Genaro Quintana Rivero: 65 años en la actualidad. Era policía nacional destacado en el Palacio de Justicia. Fue tomado prisionero por los revolucionarios al mando de Raúl Castro. Hoy vive en Santiago y gusta de pasear a toda hora por la Plaza de Marte y el edificio de las oficinas del Correo.

"Sargento" Bayona: 60 años en la actualidad. Era músico de la banda del cuartel Moncada. Al escuchar los disparos del ataque, fue hacia el Moncada y lo acuartelaron en su unidad. Allí permaneció durante varios días. Hoy vive de su retiro. JULIO BAYONA CENTENO

SETENCIA NÚMERO 84 - TRIBUNAL DE SANTIAGO DE CUBA:

"Probado que el procesado René Zenén Carrey, mayor de 18 y menor de 60 años de edad... al conocer en la madrugada del 26 de julio de 1953 que existía un combate en las proximidades del Cuartel Moncada... tomó un jeep y se desmontó del mismo en la intersección de la Carretera Central con la Avenida de Garzón, avanzando por la primera de estas vías y llegando al hospital provincial donde se encontraba un grupo de aquellos muchachos... y parece que ganó la confianza de ellos alegándole su condición de periodista y permaneció en aquel lugar hasta que finalizó el combate, oportunidad en que los atacantes, ayudados por los enfermos

[1] Regimiento "Maceo" con sede en el cuartel Moncada. (*N. de la E.*)

cambiaron sus ropas y simularon que no eran tales y se acostaron en las camas con el propósito de no ser detenidos, lo que no lograron porque el procesado al hacer su entrada en el mencionado hospital los militares... le señaló cuáles eran los combatientes, lo que fue perfectamente apreciado por la doctora Melba Hernández y Haydée Santamaría."

Morales Sánchez: Yo estaba en el desfile del carnaval. Había una carroza que la componían muchachas que representaban la marina, el ejército y la policía, entonces yo ahí en la carroza tenía inclusive dos sobrinas. La carroza era un camión adornado donde las muchachas van ahí paradas, bailando y esas cosas.

Sarría: Estaba en trocha... era carnaval. No, no estaba arrollando. Yo era jefe del orden público compartido con la policía. Estaba de servicio propio mío, no mandado por el capitán sino dentro de mis responsabilidades: estaba viendo las patrullas que tenía en la calle. Sentado algunas veces en un kiosco muy lujoso llamado "El Príncipe", luego me pasaba para otro kiosco y así, observando desde las 12 de la noche.

Izquierdo: Hasta las 4 y media de la mañana estuve en la calle vigilando el orden público. A esa hora había cerrado unos casos de los que suceden en todos los carnavales, de gente que toma, que se acalora con la bebida y se va a las manos.

Zenén Caravia: Ese día de Santiago todo el mundo va a los carnavales. Yo también estaba allí, con la familia.

Morales Sánchez: Cuando terminó el desfile esperé a las muchachas y las llevé en mi máquina a su casa. Después me fui para mi casa y me acosté.

Bayona: Hasta la madrugada estuve tomando cerveza en la puerta de mi casa, aquí, con la vecina que ahora es presidenta del Comité de Defensa. Ella se lo puede decir. Tomando cerveza y conversando porque era carnaval en Santiago.

Feraud: Yo venía de los carnavales con mi hermano, el teniente Pedro Feraud y mi cuñada. Habíamos tomado bastante: estábamos alegres pero no borrachos. Me acuerdo bien.

Morales Sánchez: Yo estaba durmiendo.

Izquierdo: A esa hora dormía en mi casa.

Sarría: Eran poco más de las cinco y yo estaba en el kiosco ese de que le hablé, "El Príncipe", cuando me dicen allí mismo: "Teniente: hay fuego en el Moncada". Digo: "Voy para allá".

Izquierdo: Sentí los disparos con claridad. El cuartel está pegado a mi casa. Cogí el teléfono y llamé al Moncada: "Comandante, no se sabe nada. Los compañeros están fajados unos con otros. No se sabe lo que está pasando". Fui por mi carro, un Chevrolet 53. Me dirigí a la Jefatura de Policía, en Santa Rita y Rabí. De ahí llamé otra vez. La situación seguía confusa.

Morales Sánchez: Mi señora me despertó porque sentía, dice, unos disparos de armas y esas cosas. Yo atribuí aquello a los chinos, que siempre acostumbran a tirar cohetes en todos los carnavales. "Son los chinos" —le dije a mi mujer. "Fíjate bien, dice

ella, porque parecen disparos de ametralladora". Y efectivamente puse atención y eran tiros de ametralladora los que estaban sonando. Entonces cogí y me levanté y llamé por teléfono de mi casa a la jefatura y me salió el teniente Pupo, que hoy ya es difunto hace rato, y me dijo: "Mire comandante, aquí se ha formado una confusión, aquí hay un tiroteo enorme entre las fuerzas armadas". Entonces cogí y me vestí. Yo tenía mi vehículo enfrente, el jeep del Ejército y después que me vestí, antes de salir, volví a llamar y me salió el capitán ayudante del Regimiento y me dice: "mire Comandante, trate de entrar por detrás de la casa del coronel Chaviano porque enfrente de las casitas de los militares y la parte principal del cuartel, la tenemos ocupada por el enemigo".

Zenén Caravia: Eran ráfagas de ametralladora. Me levanté y llamé a la estación de policía. Sonaba ocupado. A los bomberos y sonaba ocupado. Llamé al despacho del jefe del Regimiento, y sonaba ocupado. Llamé a la casa particular de Chaviano y me respondió la señora María del Carmen y me dijo que estaban atacando el Regimiento. Me colgó. Lucía muy nerviosa.

Quintana: Yo había dormido en los bancos de la Audiencia. Me estaba lavando la cara cuando tocaron el timbre del Palacio de Justicia. Sonaron unos disparos. Llamé a un soldado y le dije "¿Qué pasará, qué será ese tiroteo?" Volvieron a golpear duro en la puerta. Fui y abrí. Me salieron unos cuantos individuos con fusiles, vestidos de soldados, con galones y qué se yo. Dicen: "¡Manos arriba!" "¡Desármelo!" ¡No, si estoy desarmado! —dije yo. "Vírese de espaldas" —me dijeron. Vinieron los guardias y también los cogieron. Nos acostaron boca abajo y pusieron a uno trigueño a vigilarnos. Ellos subieron a la azotea después de hacer saltar el candado de la puerta. Empezaron a disparar sobre el cuartel.

Izquierdo: En la Jefatura de Policía preparé un personal. Llevábamos carabinitas viejas, "Craks" de la guerra de Estados Unidos contra México, que ni disparaban, con parque inservible. Cogí por Trocha hasta San Miguel. Santiago estaba tranquila. La gente dormía después de una noche de fiesta. Algunos en la calle se preguntaban qué pasaba en el Moncada. Desde la Audiencia estaban tirando.

Morales Sánchez: Después de hablar con el Capitán Ayudante decidí ir al cuartel. Salí solo en mi jeep para allá. No me habían advertido que el hospital civil estaba ocupado ya por el enemigo y entonces al pasar por la Normal y cruzar la calle Trinidad me encuentro frente al hospital y veo ahí a unos cuantos militares con su uniforme y yo freno el jeep para ver qué ocurría. Pero entonces me entran a tiros a mí y me tocan las balas delante del jeep y entonces yo me pregunto por qué me disparaban los militares si, modestia aparte, los militares me llevaban bien a mí.

Feraud: Cuando oímos los disparos fuimos con mi hermano hacia el Cuartel. Nosotros para ir allí, teníamos una costumbre de siempre que era ir cortando camino por el hospital Saturnino

Lora y así nos salía más pequeño el camino. Los dos íbamos caminando con la tensión de los tiros que se escuchaban desde el cuartel. Yo iba desarmado porque mi revólver 45 estaba defectuoso y lo había dejado reparándose en la armería. Avanzamos hacia el hospital.

Cuando el teniente Feraud estuvo a unos metros del hospital agitó su revólver sobre la cabeza y gritó fuerte: "¡Ríndanse, ríndanse!" El silencio que siguió parecía anormal. Nadie disparaba. Feraud reanudó su marcha. Entonces sonó una detonación seca y cayó de bruces.

Feraud: El disparo se clavó en la vena aorta de mi hermano. Él dio una vuelta en redondo y cayó a mis pies. Al caer soltó el arma. Yo cogí el arma. Yo tenía buen conocimiento de pistolas. Traté de manipularla y entonces sentí una trepidación en el brazo. Me habían herido con doce perdigones. Caí. Fui reculando y me agazapé en un declive, dejando un rastro de sangre.

Morales Sánchez: Bajo los disparos que me hacían desde el hospital, apreté el acelerador y llegué hasta Martí y en Martí viré y llegué hasta la entrada principal del Moncada y entré, cruzando el polígono, bajo los dos fuegos. Había una situación difícil, caótica en el cuartel, mucho corre-corre de soldados y esas cosas.

Izquierdo: Desde la Audiencia, estaban tirando. Bajé por Garzón y entré por la posta principal, la que da a la calle de la Coca-Cola. El tiroteo era intenso. Muchos soldados salían de las barracas con sus armas, corriendo, a medio vestir.

Sarría: De Trocha salí para el cuartel. Fui en el jeep y en vez de entrar por la puerta de enfrente porque por ahí estaban tirando, cogí y entré por la posta que da a la casa de Chaviano que me quedaba del escuadrón mío más cerca. Fui uno de los primeros en llegar y cuando llego ya tenía un muerto dentro de mi escuadrón, acostado en una cama: se paró y desde el hospital por una ventana me le partieron la frente, en el centro de la frente, era un soldado que yo tenía prestado de Bayamo. Ese fue mi primer muerto. Entonces me pongo a buscar a mi sargento primero que es el sargento Silverio. "Silverio, Silverio". Nada. ¿Qué le pasa? Sí, él estuvo también en Trocha un rato y vino para acá para el cuartel. Entonces me dicen unos músicos que había allí: "él no ha venido por aquí". Entonces digo, ¿qué le pasará? Yo no podía saber que él estaba muerto en la puerta de su casa. Cuando venía a entrar al cuartel cayó también en el combate que había allí, en la puerta del cuartel.

Morales Sánchez: Subí allá arriba a la jefatura donde estaba el coronel Chaviano, muy nervioso, por cierto estaba acostado entre la pared y un buró que lo protegía, con el teléfono en el suelo, pidiendo refuerzos a La Habana. Entonces me ordenó: "Háhágase cargo de la defensa del cuartel". Tartamudeaba. Estaba muerto de miedo. La defensa no estaba a mi cargo. Yo no tenía mando de tropas. Era el Comandante Auxiliar Inspector del Regimiento. No tenía mando de tropas. La defensa del cuartel correspondía al comandante Andrés Pérez Chaumont, que se quedó en la playa de Ciudamar y dijo después que lo habían tenido rodeado unos rebeldes allí. Se apareció a la una de la tarde, Pérez Chaumont. Un hermano mío, el mayor, estaba herido de gravedad, acostado en una barraca. Entré allí y lo saqué a él y a otros heridos y dentro de la propia barraca había ya unos cuantos militares muertos, había 8 y estaban en calzoncillos y camiseta porque tiraban de pagaduría que está al lado de esa barraca. Saqué a mi hermano y lo mandé para el hospital. Allá lo operaron pero se murió. Entonces cogí y bajé para buscar a los oficiales, los reuní y ese negocio y preparé la defensa del cuartel.

Quintana: Nos acostaron en el suelo, boca abajo y unos vigilaban y uno tranquilo ahí... bueno muy tranquilo no... un poco nervioso. "Nada —pensé yo— que le han dado otro golpe a Batista". Se sentía un tiroteo de madre.

Cuba: Morales Sánchez, ¿cuáles fueron las primeras disposiciones que tomó usted para la defensa del cuartel?

Morales Sánchez: Hice lo que se hace en estos casos: tomar las posiciones estratégicas, es decir desde donde se pudiera responder ventajosamente al fuego, de donde pudiera impedir la llegada de refuerzos y entonces ocupar esas posiciones.

Cuba: ¿Cuáles fueron esas posiciones?

Morales Sánchez: Bueno, las más importantes eran detrás de la Carretera Central porque desde el Hospital Civil nos estaban tirando a nosotros. También situé personal para responder el fuego que venía desde la calle Trinidad y desde la Audiencia. Para responder al fuego de la Audiencia se emplazó una ametralladora en la parte alta del Club de Oficiales y Alistados. Otra ametralladora se situó en el polígono, frente a la jefatura, para tirarles a donde ya ellos habían penetrado que era la barbería y la sala mayor del batallón.

Izquierdo: En el polígono habían emplazado una ametralladora 30 que disparaba sobre la barbería. Desde allí respondían al fuego y también disparaban desde la jefatura del batallón y desde la pagaduría. El tiroteo era terrible y barría el polígono. Crucé corriendo hasta el edificio central y subí a la jefatura. Chaviano estaba refugiado debajo del buró del sargento mayor. Pregunté al comandante Morales: "Y mi hermano ¿dónde está?" Morales no sabía. Dijo: "Es todo muy confuso". Bajé, protegiéndome con la pared del cuartel. Caminé debajo del balcón de las barracas. Pasé entre unas literas que había allí y llegué a la posta 3. Encontré un hombre sentado en el suelo, recostado a la garita. Me acerqué y reconocí a mi hermano. Estaba blandito y caliente. Creo que acababa de morir. Lo llevé a una litera y le puse una almohada. A él no le correspondía hacer guardia esa noche: era un favor que le hacía al sargento de turno.

Sarría: Recibí órdenes de emplazarme con mis hombres en el lado norte del cuartel, frente a la casa de Chaviano y allí me situé. Por ese lado no hubo ataque. Estuve ocupando la posición

y no dejé que ninguno de mis hombres se regáran por ahí, que se fueran para la parte sur, por novelerías y esas cosas.

Zenén Caravia: Llegué a la posta dos con el capitán Abreu y otros oficiales. Todos los militares cruzaron la posta y siguieron por el polígono. Algunos lo hicieron corriendo. Otros le iban gritando a los compañeros que no se equivocaran. Yo me tuve que quedar en la posta porque el cabo Limia, de guardia allí, no me dejó pasar. Desde esa posta dos vi a los soldados con la ametralladora emplazada hacia el ángulo izquierdo del edificio y vi que por el pasillo exterior de las barracas corrían guardias con fusiles disparando hacia la puerta de entrada de la barbería. Los dos guardias que estaban en la posta decían: "Ese que está en la barbería es Pérez Chaumont que todavía no se ha rendido" porque ellos aún creían que era un alzamiento entre los propios soldados. Luego observé una pieza de tela blanca que salía por una de esas ventanas de la barbería y una gritería de soldados que decían: "No lo maten, para que hable". Desde mi distancia se veía la avalancha de soldados que sujetaban al hombre vestido igual que los otros de amarillo. De pronto oí una ráfaga. Los soldados se hicieron a un lado corriendo, dejando solo al recién capturado que se desplomó sin vida. Los soldados de mi posta comentaron "Ese es Chaumont, un traidor". Tenían razón: desde lejos parecía Chaumont. Los soldados me dijeron: "No puede permanecer en esta garita porque nos perjudica".

Bayona: Estuve tomando cerveza toda la noche. Se lo puede decir la presidenta del Comité que estaba con nosotros. Cuando los tiros empezaron, esperé un poco y después fui al cuartel. Tenía que presentarme ¿usted entiende? Pero yo soy músico. Yo no puedo decirle nada. Vaya: que fui a mi compañía, que era la tercera y estuve allí acuartelado. Puedo decirle que se peleó, que murió gente de ambas partes pero yo mismo, yo no vi nada, yo no era tropa combatiente, yo soy músico, yo tocaba el bombardino.

Morales Sánchez: De pronto notamos que el fuego de ellos disminuía hasta casi desaparecer. El combate no había mantenido siempre la misma intensidad así que aquello podía ser uno de esos momentos de receso. Mandé que los hombres mantuvieran sus posiciones. Hasta que nos convencimos que se habían retirado.

Quintana: Nos bajaron al sótano. Había como 4 ó 5 prisioneros más. Gente que había venido a la Audiencia y que también habían cogido. "¡Quédense ahí: que nadie se mueva!" —dijeron, y se fueron. Nos podían haber matado a todos pero nos dijeron "no se mueva nadie" y se fueron. El teléfono comenzó entonces a tocar... a tocar. Me fui arrastrando y levanté el auricular: "¿Qué pasa? no sé, lo que pasa que hay muchos tiros aquí". Se habían quitado los uniformes y los habían dejado en el Salón de la Audiencia y fusiles, revólveres y eso. —"Oye— le dije a los otros: la gente se fue". Arrastrándose salieron. Al poco rato llegó el Ejército y tomó aquello.

Cuba: Caravia: Díganos lo que sucedió en el Hospital.

Zenén Caravia: Preferiría no hablar de eso. Tengo una condena de 30 años por ese asunto y preferiría no hablar de eso.

Cuba: ¿A qué hora llegó usted al Hospital Civil?

Zenén Caravia: Le repito: desearía no referirme al tema.

Izquierdo: Volví a la Jefatura. Encontré a Chaviano que me dijo: "óyeme el asunto es que están atacando el cuartel desde el hospital" y me ordenó: "ve allí a ver". Fui con 8 ó 10 hombres para el hospital. Salí por el Club, por la posta 4, crucé la Carretera Central y fui por Trinidad hasta la puerta principal del Hospital Civil. Allí estaba tirado el cabo Pompa: a su lado tenía el rifle desbaratado. Se desangró allí.

El hospital estaba en completo silencio. Distribuí a mi gente por las dos bandas del interior del hospital. Nos movíamos en medio de aquel extraño silencio. Los pasillos estaban vacíos. Por ningún lado había gente armada. Entré en una sala y pregunté a una enfermera. ¿Dónde están? "Yo no sé nada, por favor" —dijo. Estaba asustada. Todo el mundo parecía asustado allí. Seguí preguntando y no saqué nada en claro. Pero entonces vino un miembro del SIM, de nombre Garay, creo, que había estado allí y me informó: "se sacaron los uniformes y los dejaron allá en el fondo con las armas: están en las salas disfrazados de enfermos". Empecé los interrogatorios: "¿Usted cómo se llama? ¿Está enfermo aquí? ¿Desde cuándo? ¿Qué tiene?" "Todo eso les iba preguntando. Cuando llegué a la sala de ojos un individuo joven, más bien bajo que más nunca volví a ver me señaló para un muchacho con el ojo vendado que estaba acostado allí: "ése es uno" —me dijo. Fui hacia la cama.

Cuba: ¿Abel Santamaría?

Izquierdo: Sí, creo que sí. Tenía una mancha sanguinolenta en la cara como si se hubiera herido o raspado allí. Se levantó de la cama y dijo "Quédense tranquilos". Seguí recorriendo salas y tomando prisioneros. Los reuní en el patio central.

Morales Sánchez: Yo cogí los oficiales, cada uno con un pelotón de 3 escuadras y 19 hombres cada uno. Mandé al teniente Piña que cogiera por Garzón para tomar el Hospital Civil que era el que nos estaba atacando y otro teniente de apellido Martínez Arguena que cogiera por la Carretera Central a Martí a bloquear el Hospital Civil.

Izquierdo: Llegó Piña y otro oficial bajito. Venían exaltados y enarbolando las armas. "Tiene que entregarme esos individuos" me dijo. "Estos son prisioneros de guerra y hay que respetarlos —respondí. Yo soy comandante y estudié derecho militar. Sé lo que hay que hacer". —"Han asesinado a nuestros compañeros" —dijo Piña. "También murió mi hermano" —respondí. Los ánimos estaban caldeados. Un soldado le tiró un golpe a un rebelde que encontraron escondido entre las rajas de leña, junto a las calderas. También golpearon al doctor Muñoz. "Aquí no se le pega una galleta a nadie" —ordené. El doctor Muñoz me dijo: "Hemos venido por un ideal". Un muchacho me preguntó: "¿Usted es

masón?" Sí, le dije. "Mi padre también. Yo soy de Artemisa". "¿Por qué vinieron a esta aventura?" —le pregunté. Han estado dichosos, los podrían haber matado a todos. Quise llevarlos en un camión pero el camión no arrancó. Una máquina que había allí, tampoco. Entonces formé dos columnas y en el centro puse los prisioneros.

Caminamos por Trinidad, cruzamos la carretera y entramos por la posta de allí. El doctor Muñoz caminaba con dificultad por el culatazo que le habían dado y se rezagaba. Cuando entramos al cuartel la gente estaba muy excitada allí. Al llegar al club de alistados le dije al comandante Asa que se hiciera cargo del doctor y yo seguí con los otros prisioneros: "Vigile que no le pase nada", le dije. Cuando estaba llegando al último piso sentí un disparo y me preocupé: "Algo ha pasado". Después Asa me explicó: "Me lo mataron en mis manos, ni sé cómo sucedió; fue una turba". Llegué a donde estaba Chaviano y le entregué los 20 prisioneros, sanos y salvos. "Está bien, dijo Chaviano, déjemelos aquí. Siga registrando". Dejé la jefatura y me fui para la comandancia de la policía.

Cuba: Ninguno de esos prisioneros quedó con vida.

Izquierdo: Ninguno. Cuando yo me enteré al día siguiente, se me enfrió el alma.

Cuba: Tandrón, ¿conoció usted al sargento Eulalio González, apodado "El Tigre"?

Tandrón: (capitán de la Guardia Rural, presente en el Moncada). Uno gago... que hablaba muy mal... sí, lo conocí, como no. También le decían "El Mulo", por lo bruto. Un guajirote que quería hacerse el gracioso. Un hombre de Chaviano, le arreglaba el jardín de la casa y eso. ¡Tenía cada cosa! Una vez a una chiva que le comía las flores en el jardín, cogió una tenaza y le sacó todos los dientes. "¡Que se las coma ahora! —decía y se reía."

Cuba: Morales Sánchez ¿qué sabe de la matanza de prisioneros?

Morales Sánchez: Yo... mi puesto de mando estaba en los bajos de la jefatura... en los bajos. Entonces... ese era el puesto de mando mío como defensa del cuartel. Ahora el puesto de mando superior de la jefatura estaba arriba, en el tercer piso y allá arriba era donde llevaban a Chaviano los asuntos... yo no tenía nada que ver con eso.

Cuba: Pero usted tuvo conocimiento...

Morales Sánchez: Yo estaba a cargo de lo que era la defensa del cuartel. Ahora, los responsables de las órdenes y de las noticias que le daban a Chaviano se la daban allá arriba su gente que Chaviano tenía para eso.

Cuba: ¿Qué gente específicamente era esa?

Morales Sánchez: Bueno, los que estaban a cargo del Servicio Especial a las órdenes de él.

Cuba: Un equipo que él tenía...

Morales Sánchez: Sí, exacto.

Cuba: ¿Usted recuerda los nombres de los integrantes de ese equipo?

Morales Sánchez: Bueno sí, el capitán Lavastida, era el responsable del SIR, el capitán Rico, también... Aguila Gil, el ayudante principal de Chaviano y otros que no recuerdo.

Zenén Caravia: Llegué a la jefatura y le pedí a Chaviano que me dejara retratar a los muertos. "Mire, capitán Lemus, acompañe al fotógrafo para que tome fotos de los muertos", le dijo Chaviano a Lemus, y enseguida advirtió: "pero sólo de nuestros muertos". Lemus llegó al Regimiento sólo unos minutos antes que yo y eso que vivía enfrente del Moncada, de manera que él no sabía cómo justificarse y decía que su mujer estaba sola en la casa y que por eso no se atrevió a salir. Es decir, este capitán tenía un miedo horrible y cuando Chaviano lo designó para acompañarme, yo pude controlarlo y actuar como quería, y así lo hice. Entonces salimos de la Jefatura y tomamos hacia el corredor de la derecha que va a la primera compañía, allí nos encontramos con 3 ó 4 muertos militares. Tomé las fotos y salimos nuevamente al pasillo y a unos metros me encuentro con el hombre que había visto antes desde la posta (el prisionero que agitaba una pieza blanca). Sin decirle nada al capitán hice fotos de ese hombre, que era grueso, pero no le ví el rostro porque había caído boca abajo. Luego seguimos al pabellón contiguo, donde radicaba la barbería, la sala de justicia, y todos esos departamentos estaban cerrados y en los pasillos había más muertos. Por la posición se veía que no habían caído allí sino que los habían puesto después del combate. El capitán Lemus, nervioso, me dice: "yo creo que éstos no se retratan". Pero sin responderle comencé a tirar las fotos: a mí me interesaba dar el "palo" periodístico. Y él me repitió: "No, estas no". Pero ya las había tirado y le dije: "bueno, éstas las anulo y a lo mejor no salen porque la tapa del chasis está puesta", y como él no entendía, aceptó la excusa. De allí salimos para la posta 3 que da para el Hospital Militar, o sea, por la misma posta que los combatientes entraron. Al llegar al Hospital Militar me encontré con el comandante Tamayo y los otros médicos en gran actividad, preparando las mesas de operaciones. En uno de los pasillos del hospital, hacia el ala derecha que terminaba en una sala de enfermos, me encontré con un herido en una pierna, estaba como azorado, sentado en el suelo, y con traje militar y galones de sargento. Tiempo después supe su nombre: José Luis Tasende. En seguida le hice una fotografía. Continué mi camino y entré en una sala donde vi un bulto que era una persona tirada en el suelo y tapada con una sábana. Alguien me dijo que era el teniente Morales. Así terminé mi labor de ese día y fui corriendo para el estudio a revelar y enviar los rollos para La Habana. Al otro día me enteré que también había dos mujeres presas. Fui a ver a Chaviano y conseguí autorización para retratarlas en el vivac. Ellas se acercaron a las rejas y así las retraté. Varios días después, recibía un cheque de 75 pesos, como pago

extra por mi labor en el Moncada. En esos días posteriores sucedieron cosas muy extrañas, porque yo seguí visitando el Moncada y resulta que aparecían nuevos muertos en lugares que no estaban antes, y yo retraté un mismo muerto en lugares distintos cada vez. Esos muertos estaban muy estropeados. Los soldados decían: "esos muertos son de nuevas batallas".

Izquierdo: Muertos que aparecían acribillados a balazos y con el uniforme intacto, sin ningún orificio...

Sarría: Ya en esa fecha del 31 de agosto se daba relativamente por terminada la rebelión surgida el día 26 de julio, pero no obstante para capturar los últimos que pudieran haber, pues seguimos mandando patrullas el día 28, el día 29, el día 30 y el día 31. Yo, como segundo jefe del escuadrón designé para una patrulla al segundo teniente Gamboa, 15 hombres al mando de él, para salir en la madrugada del día primero de agosto; y lo designé como a las tres de la tarde o las cuatro del día 31. Pero cuando llega la hora de salida que era las dos de la mañana, que yo como segundo jefe no sabía por dónde iba sino solamente mi obligación era designar la patrulla y allá el jefe sobre el escuadrón darles la consigna o las órdenes oportunas a última hora: "Tienen que ir para tal lugar". Eso yo no lo sabía. Cuando llega las dos de la madrugada entonces el capitán me llama y dice: Sarría. "Diga capitán" —digo yo. Díceme: Oye, tienes que hacerte cargo de la patrulla. Digo "por qué?" La patrulla en que designastes a Gamboa. Digo —"¿qué pasa?" Me dice —Gamboa está enfermo, tiene fiebre. Él era el capitán José C. Tandrón. Entonces yo le digo "que también estoy medio malo, afónico de tanto hablar con las designaciones de las patrullas en todos estos días". Díceme él: Bueno, tiene que ir. "No, sí voy a ir pero ¿puedo llevar a mi ordenanza?" Hombre sí, cómo no, me dice él. Entonces somos 15 y mi ordenanza 16 y yo 17. Dígole: "¿Cuáles son las órdenes y para dónde?" Díceme: Para la finca "El Cilindro". Digo; "Ah, ya sé, en Sevilla". Dice: Sí, que se suena que por allí hay unos cuantos hombres todavía y hay que recogerlos. Digo: "Órdenes". Dice: "Las que tú sabes, eso no hay que preguntarlo Sarría". "Dígole: No, como yo no he salido y como las cosas han variado". Díceme: "No, son las mismas". Las órdenes eran el castigo ejemplar.

Cuba: ¿Matarlos? ¿Habían hecho eso las anteriores patrullas?

Sarría: ¡Hombre! Con la mayoría: "mueren peleando". Eso automáticamente ya están dadas las órdenes de antemano. Entonces la consignación después es de que murieron peleando. Tienen armas, hay tiroteo, relativamente siempre hay algunos tiros, y mueren peleando. Pues salí con mi patrulla en un camión y llegué a la finca "El Cilindro" a 1 kilómetro del pobladito de Sevilla. Nos desmontamos, llamé al dueño de la finca, José Sotelo, hijo de un español y me dice: "Ah, usted por aquí, teniente Sarría". Digo "Sí". "Usted no había venido por aquí en estos días". Dígole: "No, yo estaba allá como segundo jefe, así que figúrate, no podía salir, y ¿cómo anda esto por aquí? Me dijo: "tranquilo, muy tranquilo

anda todo esto". Le digo: "Óyeme, ¿no hay por aquí alzados de esos?" Dice: "No, ya los que había... ya sabe Sarría". Digo: "Estoy enterado". Dice: "Ya sabe lo que ha sucedido: unos presos y otros muertos. Para allá por la carretera de Siboney... ya sabe lo que pasó". Digo: "Sí, ya estoy enterado de todo pero traigo órdenes de registrar tu finca, el fondo de ella, la de al lado que es de Don Manuel Leizán, español también, llegar casi hasta la Gran Piedra. Por toda la sierra hasta la Gran Piedra. Y tengo también órdenes de que tú me des un práctico de la finca". Dice: "Bueno, prácticos aquí no tengo muchos, pero hay un muchacho llamado Camagüey, que le decimos de nombre Camagüey, ese es el que le voy a dar. Bueno, pero antes vamos a tomar café." Digo: "Bueno, si lo cuela". Colaron café y entonces yo le dije: "Son las cuatro y hasta las cinco no vamos a salir". Y nos sentamos a conversar y eso y a las cinco fue que dije: "Camagüey, ya está dispuesto que tú me sirvas de práctico por aquí por la montaña, yo conozco bien la sierra pero necesito que tú... Sí hombre, como no". Y a las cinco de la mañana salimos hacia el este, de la finca hacia el noreste más bien. Cuando pasábamos ya a unos 500 pasos sobre la finca le dí un alto para tomar disposiciones, entonces le dije al cabo que llevaba, de apellido Suárez: "Óyeme Suárez, tú te vas a hacer cargo de 8 hombres y mi ordenanza Julio Corbea Monteagudo tú de siete, ocho y siete 15 y tú 16. Yo voy en el centro. Vamos a plantear a 20 ó 30 metros por hombre para cubrir un frente de 200 y pico de metros. Con toda cautela, con toda precaución, cualquier cosa me hacen primero un disparo al aire para evitar males. ¿Entendido? Entendido". Partimos, tran, tran, sube loma, sube loma y cuando ya eran las seis y media aproximado a las siete, en una parte pronunciada diviso en los linderos a un bohío de guano, como de vara en tierra, bajito. Y le pregunto a Camagüey: "¿Qué es lo que hay allí Camagüey, en aquella casa que se ve de aquí allá?" "Yo le di unos anteojos de campaña que tenía y de una sola vista, en vez de dos vistas, no, de una sola y me dice: aquello es una casita que hay allí para que cuando llueva los que están echando cercas, los peones de la finca, nos guarecemos allí, y la gente de al lado, la de José Leizán también." Le digo: "¿Está vacía?" "Sí hombre, cómo no". Dígole: "¿Seguro?" "Seguro, seguro teniente". Dígole: "No obstante, vamos a converger hacia aquella casita". Estaba a 3 kilómetros ó a 4, casi una legua. "Vamos a bajar por aquí y después subimos aquel otro cerro y entonces bajamos hacia la casita aquella". Y así lo hicimos, siempre a 20 metros o más converger todos allí, yo creo lo que dice Camagüey pero no estoy satisfecho del todo. Es posible que haya algo allí y entonces pran, pran, pran para allá. Cuando estamos próximos el soldado Corbea se me adelanta por la izquierda.

Pedro A. Suarez Gonzalez

Corbea Monteagudo: Vi el "vara en tierra" hundido en un monte de frijolillos medio amarillentos. El teniente Sarría me había ordenado: "Coge cinco soldados y registra ese bohío que

tú ves ahí". El bohío estaría como a medio kilómetro. Lo veíamos bien desde el alto. Transcurrieron 15 minutos de camino. Avanzábamos en silencio. Puse un número en cada esquina del bohío y entré por el frente con el soldado Leonardo Casa (que después murió en la Sierra Maestra en un combate en la Loma del Gato). Nos acercamos con las armas cargadas. Leonardo le dio una patada a la puerta. Yo quedé afuera listo con la Thompson. Leonardo reculó y de adentro salió un hombre con un pantalón sin piernas, y sin camisa, con la piel muy arañada. Se veía que lo habíamos sorprendido en el sueño. Salió con las manos levantadas. Atrás de él salieron otros dos hombres. El de los pantalones sin piernas fue a bajar los brazos y yo le dije: "No, no baje las manos". Los senté a los tres en la cocinita del "vara en tierra". "¿Cómo se llaman ustedes?", empecé a interrogar. "Yo me llamo Francisco González Calderín", me dijo el de los pantalones sin piernas. Yo le dije a un soldado: "Haga unos disparos al aire para que el teniente venga". El soldado lo hizo.

Sarría: Siento el tiroteo: pi... pa... pi... pa... y digo: "¿qué es lo que pasa?" Dice: "aquí hay alzados, teniente". Digo "Los quiero a todos vivos, a nadie muerto". Y voy para la casita y llego y digo: "Están presos, muchachos".

Corbea Monteagudo: Apareció Sarría y con Sarría vino un soldado que estaba muy nervioso y temblaba. El hombre del pantalón sin piernas, el que resultó ser Fidel Castro, me preguntó: "¿Qué le pasa al muchacho?" Yo le respondí: "Es que tiene un hermano grave en el hospital... por lo del Moncada". Entonces Fidel me dijo: "El muchacho no debe ponerse así. En estos momentos hay muchos compañeros míos que están muertos".

Sarría: El primero que sale es Fidel y se me para así, y atrás sale Oscar Alcalde y más detrás Pepe Suárez. Tres nada más había allí. Pero conté las armas que había y eran 8 Remingtons marcados casi todos juntos y entonces digo: "Ah, aquí faltan 5 hombres ¿dónde están?" Me contesta Fidel: "No, nada más que somos tres". Digo: "¿Y los 5 fusiles o los 5 Remingtons que quedan?" Dice: "Bueno, había 5 pero se fueron". Digo ¿Hacia dónde?" Dice: "Hacia allá". Digo: "No, pero si yo vengo ahora de la carretera, no es posible, cómo ¿a qué hora se fueron?" Dice él: "Como a las 4 y media o las 5". Digo: "Ya a las 5 yo venía para acá. No es posible, tienen que estar por aquí". Entonces digo: "Muchachos, vamos a prepararnos para el retorno cubriendo el mismo frente, el mismo orden, como unos 20 metros de intervalo entre cada hombre". Y le digo a ellos: "Bueno muchachos, ustedes se han rendido, ahora que no haya problema..." "Rendido, no", me dice Fidel. "Usted nos ha capturado cuando estábamos dormidos y cansados, pero nosotros no nos rendimos". Entonces digo al cabo Suárez si tiene papel y lápiz. Y comienzo a tomar las generales de los tres. Yo comienzo por Fidel: "Bueno, ya están capturados como tú mismo dices. Ahora ¿cómo te llamas?" "Francisco González Calderín". ¿Edad? "26 años". ¿Natural? "Marianao". ¿Ocupación? "Estudiante". Bien, el otro. Ven acá, ¿dime cómo tú te llamas? "Yo, Oscar Alcalde". ¿Edad? "25 años también ó 21". ¿Ocupación? "Empleado". ¿Natural? "Habana". Bien, el otro. ¿Y tú cómo te llamas? "José Suárez". ¿Edad? "29 años ó 30". ¿Natural? "De Pinar del Río". Entonces se me ocurre que pudiera ser que fuera el hombre que ya se da por muerto, pudiera ser el hombre que se hace el muerto en las lomas de El Caney, buscando ya la loma de Alto de Villalón, en vía de Ramón de las Yaguas. Ya habían dado la muerte de Fidel desde el día 27, había salido hasta en el periódico "Ataja", que era el de Salas Amaro. Hasta el gobierno estaba convencido de que Fidel Castro estaba muerto ya, pero que no lo habían identificado todavía. Entonces a mí viene la idea. Entonces lo veo y digo: "Ah, éste está muy trigueño, es mestizo parece", y para estar seguro doy la espalda, sin demostrarle a mis hombres el estado de desconfianza que yo tenía, ni a ellos tampoco. Lo dejo parado así de frente a mí, como está usted, le doy la espalda, camino como tres pasos hacia atrás y enseguida doy media vuelta rápido y le hago así: "¿Cómo tú me dijiste que te llamabas?". Me dice: "Francisco González Calderín" y me sostiene la mirada. Pero pensé, déjame ver lo que supongo. Y le metí la mano por el pelo y estaba muy rizado y muy duro, parece que a consecuencia del sol y de no tener sombrero en 4 ó 5 días y entonces me quedo medio convencido y así y digo para mí: "no, una que lo hacen muerto y otra que este capricho mío es infundado porque es mestizo"; porque yo conocí a Fidel aquí en la Universidad y yo era estudiante también. Él no supo por qué yo le di la media vuelta y le toqué el pelo ni los otros tampoco, y digo: "Bueno, hacia la carretera, cubriendo el mismo frente que dije antes, de 20 metros". Y cuando íbamos llegando a la carretera faltando como 500 metros, yo iba detrás con los detenidos, ya los llevaba amarrados y siento: pan..., pin..., pan... y digo: "Oigan, los quiero vivos". Dicen: "Sí, aquí hay unos cuantos". Digo: "Bueno pues igual". Entonces siguen los tiros y digo: "Vamos a tendernos por si acaso corren algunos hacia acá". Entonces Fidel me dijo: "Yo quiero morir, yo no quiero que usted me lleve a ninguna parte". Digo: "Aquí el que manda soy yo, ahora tú eres prisionero. A tenderse". Y ya tendido al lado de mí, Fidel me dice: "El hombre que usted se figuraba soy yo"... Y yo no me acordaba ya y le digo: "¿Cuál?" Dice: "Yo soy el jefe, el que usted pensó allá en la casita". Le digo: "¿Cuál fue el hombre que yo pensé?" Entonces me dice: "Yo soy Fidel Castro". Yo le digo: "Ah, caramba, efectivamente, lo pensé pero deseché la idea, cómo ha cambiado muchacho, cómo se ha puesto, qué cambio ha dado usted en tan poco tiempo". "Pues ya puede matarme, matándome, ya todo se acabó". Entonces yo me molesto y le dije: "Pero quién habla aquí de matar, ¿no sabe qué clase de hombre soy yo, muchacho? Tú no sabes qué hombre soy yo". "No, yo no quiero llegar vivo allá", dice él. Digo: "Bueno, mala suerte pero te tengo que llevar". Dice: "¿Y si lo matan a usted?" Le digo: "Fi-

gúrate, mal día, mala suerte, así es la guerra. Ahora, si allá combatiendo yo te hubiera matado, te quedas muerto y bien muerto, como tus compañeros igual, pero ya capturado, llegas vivo". Entonces dígole: "¿Cómo te las arreglaste para llegar hasta aquí?" "Bueno, yo salí con la gente cuando la retirada del ataque, pasé por la granjita y estuvimos por aquí comiendo guayabas verdes". Le digo: "¿No te ha traído comida nadie de por aquí?" Dice: "No, nadie, todos los días veíamos pasar cientos de hombres pero nadie nos pudo ver, únicamente usted, tenga la seguridad que únicamente usted me hubiera capturado". Digo: "¿Por qué?" Dice: "Por la formación que usted me hizo, no me dio tiempo a nada, si no, no me coge, porque por ahí pasaban cientos a diario y no pudieron". Le dije: "Mala suerte, ya ves chico, salí y fui yo". Me dice: "¿Dónde usted estudió la carrera militar?" Digo: "Como los demás oficiales en Cuba, en Managua. Al principio estando la academia de El Morro todavía en el 34, pasé allí también el curso y no completa la escuela de cadetes, pero sí pasé allí casi un año. Después en Managua completé mi carrera militar". Dice: "Pues nadie nos hubiera cogido sino tú". "Bueno, le dije, será la suerte". "No, dice, suerte no. Fue la formación, no podía escapar nadie". Entonces me pregunta si han muerto muchos de ellos y le digo que bastante. Dice: "¿Cómo cuántos? ¿Llegaron a 80?" Le digo: "Yo creo que sí". "¿Y cómo murieron?" "Ah chico, figúrate, eso no se puede determinar, fueron tantos los tiros". Y dice: "¿Cuántos muertos tuvieron ustedes?" "Nosotros 20 entre heridos y muertos. Muertos por los primeros tiros como 9 ó 10 y el resto después". Después le digo: "Bueno y ¿cuáles son las condiciones que ustedes han tenido en La Habana o fuera de La Habana para obtener las armas, y esa ayuda de levantar un movimiento con el fin de derrocar al gobierno?" Dice: "Pues nosotros solos, no había nadie rico y reunimos la cantidad de unos 16 mil pesos". Le dije: "¿No había ningún político fuerte?" "No, me dice". "Bien me alegro, le dije". Entonces ya tenían a los otros 5 reunidos y mando a tomarles el nombre. Eran Juan Almelda Bosque, había un Montano que se confunde por ahí con Montané, Armando Mestre y Martínez, que después resultó muerto en Las Coloradas, de los 8 éste es el único que está muerto. Entonces ya todos reunidos los siento en un tronco de madera, que había en el patio de la casa de Sotelo y pido un camión, antes me dice si le puedo dar café y digo: "Sí hombre, cómo no" y le dan a todos. Ya en el camión yo llevo a Fidel Castro entre el chofer y yo, yo en el lado derecho, el chofer manejando y Fidel en el medio. Pero antes de salir le pido a Sotelo un camión y me dice que él no tiene, que el que tiene es Leizán. Y al poco rato vino manejando Juan Leizán, hijo del dueño de la finca, y entonces les dije: "Bueno, arriba muchachos, los capturados en el centro y con mucho cuidado". Pero antes de subir le digo a mi personal: "Vamos para Santiago y necesito que ustedes me respondan una pregunta: ¿con qué me responden ustedes si por el camino por casualidad vinieran a quitarme los detenidos?" Todos respondieron: "Con la muerte, teniente". "Eso es lo que quiero", les digo. "Eso es lo que yo necesito, garantía en la conducción de estos muchachos detenidos". Montamos en el camión y al pasar como a los 50 metros quedaba la puerta de la finca de Leizán y allí están un jeep parado y se encuentra el fallecido hace poco monseñor Pérez Serante. Yo pensé: "Concho, qué hará por aquí el monseñor Pérez Serante". Y me dice: "Oiga teniente, párese ahí". Entonces yo le contesto: "No puedo monseñor". "Es que yo quisiera", me dice. "No, aquí no le puedo parar. Si usted desea algo dígaselo al coronel Chaviano allá en el Moncada. No puedo pararle, ya se lo he dicho monseñor", y pan, pan, pan, siguió el camión. Ya yo tenía la seguridad de la situación en caso de que se me presentara una dificultad por el camino, como se me presentó. Ya como a 4 kilómetros de Sevilla para Santiago de Cuba, hay una finca llamada "La Redonda" y en esa finca se me presenta después de la curva una patrulla al mando del comandante Andrés Pérez Chaumont y el comandante de operaciones del Moncada y además el capitán jefe mío, el capitán Tandrón y 20 hombres y ellos dos 22. "Alto ahí teniente". "Sí hombre, cómo no", le dije al chofer: "para". "Óyeme Sarría, traigo órdenes expresas que tú me entregues a todos los detenidos que traes ahí". Entonces le digo: "Imposible comandante, de aquí no me separo yo, tengo que seguir". Tandrón me dijo: "Mira Sarría que estás hablando con el comandante". Le digo: "Bueno capitán, él es comandante y es jefe de operaciones, cierto, pero yo soy el jefe del puesto, el jefe de la tenencia [1] y el segundo jefe del escuadrón bajo su mando. Yo he sido quien ha capturado a estos prisioneros y tengo la responsabilidad de conducirlos hasta Santiago, así que no se los puedo entregar". "Bueno, fíjate Sarría lo que estás diciendo". "Déme paso comandante, que tengo que seguir". Entonces miro a mis hombres como recordándoles el juramento que me habían hecho, que me respaldaran con su ayuda, y entonces veo que estoy seguro con la gente mía, que todos están conmigo con la vista, que yo tengo la razón y no el comandante. Y el comandante traía órdenes expresas de que yo no podía llegar allá, pero entonces yo me le impuse sobremanera, cosa que pueden corroborar los 7 que estaban allí, empezando por Fidel Castro, que escucharon toda la conversación y que por primera vez en la historia militar ocurre ese hecho, pero yo lo hice exprofeso porque si yo me separo 40 metros o más, se forma un tiroteo y la justificación es "que se quisieron dar a la fuga" y yo podía haberlo hecho, yo podía también cuando el comandante dice que trae órdenes que le entregue los prisioneros, podía hacer así como religiosamente hizo Poncio Pilatos, bueno usted es el comandante, usted es el que manda, ahí tiene a los prisioneros, pero yo me impuse, no se los quise entregar. Ni tampoco quise apartarme lejos con el sentido de que los prisioneros

[1] En el original dice por error ponencia. (*N. de la E.*)

en ningún caso pueden escuchar la discusión respecto a ellos entre jefes, el destino que van a tomar si se van a eliminar, si se van a conducir o si se van a apalear, cualquier cosa, no pueden escuchar con respecto a la vida de ellos o a la situación presente de ellos que traten los jefes, se tienen que apartar pero yo las cosas las hice de exprofeso, no me aparté de ellos y además había un fondo moral, yo les había prometido que los conduciría vivos, yo podía haberme evadido en cuanto a la responsabilidad porque cuando los superiores traen órdenes o las dan hay que obedecerlas y yo por mi parte no las quise obedecer porque sabía lo que podía suceder de que yo los capturé y que después se queda con ellos y por la noche pueda hacer otra cosa con las órdenes que él traía, expresas. Entonces me dice el comandante: "Bueno, no me lo entregues, no los lleves tampoco al Moncada que allí la gente está dada al diablo, si tú entras allí con ellos, yo no respondo". Digo: "Pues entonces no los llevaré allí". Dice: "¿Y hacia dónde los llevas?" "Entonces hacia el vivac" y entonces le dije: "Voy a pasar, usted siga delante". "Sí, yo sigo delante". Digo: "Pero a una distancia regular comandante", por si acaso él pretendía dar una marcha atrás en un recodo, en una curva y realizar una sorpresa. En este caso hubo algo más con la acalorada discusión que se me olvidó. El personal mío no sabía que entre los presos iba Fidel Castro. Lo sabía yo solo cuando él me dijo a mí acostado en el suelo: "Yo soy Fidel Castro, ¿cómo usted podrá arreglar con su personal?" Le digo: "Ellos no tienen que saberlo, lo sé yo, lo sé yo y nada más, yo que soy el oficial, el jefe y ya". Allí iba consignado Francisco González Calderín, pero cuando empieza la discusión el comandante me dice: "Ese que está al lado suyo es Fidel Castro, me lo tiene que entregar y todos los que van arriba". Digo: "Efectivamente, sí lo es". Entonces ese personal mío que va encima del camión es que sabe que entre los 8 detenidos está el jefe, está Fidel Castro. Ya en la finca "La Redonda" es cuando el personal mío se entera. Continuamos la marcha, entramos por Victoriano Garzón y allí los conduje [1] hacia el vivac. A la entrada tuve que ordenar unos cuantos disparos al aire, había allí muchas personas y no me iban a dejar entrar, unos por una cosa o por otra, porque eran familiares de los soldados muertos, 20 militares muertos, y entonces les dije: "Muchachos, unos disparos al aire, para poderle entrar allí en la calle Marina al vivac". Así fue como entré.

Izquierdo: Yo fui la primera autoridad que interrogó a Fidel Castro. Fue en el vivac, minutos antes de que llegara Chaviano. Con esa soltura que habla hoy, así mismo me habló recién capturado. "Buenos días. Yo soy el comandante Izquierdo, de la Policía". "Sí", dijo Sarría. "Me sorprendieron, dijo Fidel. Tengo sueño. Estoy cansado y desarmado". Yo debía averiguar si tenía algún compromiso con alguien adentro del cuartel. Fidel Castro

[1] En el original dice por error conducí. (*N. de la E.*)

me explicó que estuvieron chequeando el cuartel durante días. Me dijo que en el mundo se han hecho muchos ataques por sorpresa y que sólo habían fracasado el del Moncada y otro que no recuerdo. Yo le pregunté: "¿Y con el Moncada solo ibas a vencer?" Él respondió: "La policía no está bien armada y el distrito naval tenía que hacernos caso. Además con la toma del cuartel de Bayamo y la voladura del puente del Cauto, se cortaría el paso a las tropas que pudieran llegar de Holguín". Entonces llegó Chaviano y le dijo a Fidel Castro: "¿Ustedes se creían que el Ejército se iba a cruzar de brazos?"

Sarría: Y a mí Chaviano me dijo acremente: "Sarría, pero ¿qué has hecho?" Digo: "¿Qué es lo que he hecho?". "Tú sabes bien lo que has hecho Sarría". "Oye, está el general Batista en el teléfono dado al diablo, dado al diablo Sarría". Digo: "Creo que he cumplido con mi deber". "Sarría, tú sabes lo que es cumplir con el deber, tú me has desgraciado". Digo: "No, yo no dejé escapar a ninguno. Ocho eran y aquí están los ocho y además hay una cosa más importante para todos, para usted no solamente sino para el gobierno, porque Fidel Castro me prometió declarar aquí o dónde sea, cómo preparó los hombres, con qué recursos contaron y todo eso". Dice: "Pero ¿tú crees que eso es verdad, Sarría? Te ha engañado". Digo: "A mí nadie me engaña coronel y este muchacho dice la verdad". "Bueno, vamos a ver, hay que mandar a buscar 2 taquígrafos a Moncada". Mandaron a buscar a 2 taquígrafos y empiezan la declaración de Fidel solo, no de Almeida ni nadie, sino él solo. Estuvo hablando como dos horas y pico. Se tomó después cuando se transcribió la versión taquigráfica, la versión taquigráfica a máquina como 14 hojas en papel largo; si esa versión taquigráfica llegó a manos de Batista no lo sé, si llegó a manos del general Tabernilla tampoco lo sé, me supongo que sí, que llegaría a manos del jefe del ejército, que era Tabernilla, pero a manos del presidente me parece que no, no llegaría. Por conveniencia militar, en esa versión Fidel Castro dijo lo que me prometió y con qué contaba en el futuro para derribar el gobierno de Batista, con qué posibilidades, con qué táctica y con qué estrategia, siempre apoyándose en el pueblo. Esto lo declaró él allí durante las dos horas que estuvo, y también algo similar a lo que está en "La Historia me Absolverá" cuando Chaviano le pregunta: "Bueno, ¿y con qué fin?" Dice: "Acabar con el abuso, poner en manos del pueblo las tierras". "¿Cómo tú vas a hacer eso, chico, de dónde tú eres, cómo vas a quitarle las tierras a los dueños, qué es eso?" Dice: "Pues si triunfo eso será, los abusos se acabarán, todo será para el pueblo". Dice: "¡Tú eres un loco, muchacho!"

Morales Sánchez: Yo recibí la orden del coronel Chaviano de que me personara allá en la unidad a las 7 de la tarde para conducir los presos que estaban allí a la cárcel de Boniato. Eran 49 y Fidel Castro, que iba conmigo en la máquina adelante. Por cierto, cuando él salió pidió un tabaco y un capitán que había allí le dijo que no, y yo dije que sí, que había que darle un tabaco. En-

Jesús Yánez

tonces él, aquí está el chofer que era un teniente del ejército, aquí monto yo a Fidel al lado de él y yo monto al lado de Fidel. Atrás llevo yo a las 2 mujeres, entonces yo monté a mis dos hijos que eran soldaditos atrás con ellas. Entonces atrás fueron Raúl, Almeida y todos los rebeldes hasta completar los 49, iban en jaulas. Yo iba con un jeep alante como vanguardia y otro atrás como retaguardia, para proteger. Yo iba en una máquina con Fidel. Cuando salimos Fidel me dice: "Comandante Morales, lamento mucho la muerte de su hermano". Yo le digo: "No tenga pena". Eso fue lo único que hablamos por el camino. Entonces cuando llegamos allá a la cárcel que él se apeó y se sentó en un banco se puso a saludar a todos los que pasaban y cuando pasó el último me dice: "Oiga comandante, aquí me faltan compañeros". Digo: "Bueno, esos son los que me han entregado a mí en la unidad y usted sabe que yo por el camino no he hecho nada". Me dice: "Sí, eso lo sé". Le digo: "Ah, bueno". Entonces fui allí con el de la cárcel y me firmó un memorando con la copia con la relación de los presos y cogí la máquina y vine para acá.

Cuba: Morales Sánchez, y después que todo hubo terminado, ¿cuál fue la opinión que usted se hizo del asalto al Moncada?

Morales Sánchez: El asalto estuvo bien pensado. Si no llega a sonar la alarma y a formarse el tiroteo ante la posta 3 ellos hubieran podido tomar el cuartel. Al fallar la sorpresa, fue imposible. Nosotros teníamos un armamento muy superior y mejores posiciones.

Izquierdo: Tuvieron un tremendísimo valor. Lo que hizo esa juventud tal vez no lo hubiera hecho ninguno de nosotros. ¿Sabe lo que es atacar un cuartel como el Moncada con aquellas escopeticas?

[En: *Cuba*, julio de 1968.]

después de las acciones

Emplazo al dictador...

(Fragmento)

Las cosas que afirmó el Dictador desde el polígono del campamento de Columbia, serían dignas de risa si no estuviesen tan empapadas de sangre. Dijo que los atacantes eran un grupo de mercenarios entre los cuales había numerosos extranjeros; dijo que la parte principal del plan era un atentado contra él —él siempre él—, como si los hombres que atacaron el baluarte del Moncada no hubieran podido matarlo a él y a veinte como él, de haber estado conformes con semejantes métodos; dijo que el ataque había sido fraguado por el presidente Prío y con dinero suyo, y se ha comprobado ya hasta la saciedad, la ausencia absoluta de toda relación entre este movimiento y el régimen pasado; dijo que estábamos armados de ametralladoras y granadas de mano y aquí los técnicos del Ejército han declarado que sólo teníamos una ametralladora y ninguna granada de mano; dijo que habíamos degollado a la posta y ahí han aparecido en el sumario los certificados de defunción y los certificados médicos correspondientes a todos los soldados muertos o heridos, de donde resulta que ninguno presenta lesiones de arma blanca. Pero sobre todo, lo más importante, dijo que habíamos acuchillado a los enfermos del Hospital Militar, y los médicos de ese mismo hospital ¡nada menos que los médicos del Ejército!, han declarado en el juicio que ese edificio nunca estuvo ocupado por nosotros, que ningún enfermo fue muerto o herido y que sólo hubo allí una baja, correspondiente a un empleado sanitario que se asomó imprudentemente por una ventana.

Cuando un Jefe de Estado o quien pretende serlo hace declaraciones al país, no habla por hablar: alberga siempre algún propósito, persigue siempre un efecto, lo anima siempre una intención. Si ya nosotros habíamos sido militarmente vencidos, si ya no significábamos un peligro real para la dictadura, ¿por qué se nos calumnia de ese modo? Si no está claro que era un

discurso sangriento, si no es evidente que se pretendía justificar los crímenes que se estaban cometiendo desde la noche anterior y que se irían a cometer después, que hablen por mí los números: el 27 de julio, en su discurso desde el polígono militar, Batista dijo que los atacantes habíamos tenido 32 muertos; al finalizar la semana los muertos ascendían a más de 80. ¿En qué batallas, en qué lugares, en qué combates murieron esos jóvenes? Antes de hablar Batista se habían asesinado más de 25 prisioneros; después que habló Batista se asesinaron 50.

¡Qué sentido del honor tan grande el de esos militares modestos técnicos y profesionales del Ejército, que al comparecer ante el Tribunal no desfiguraron los hechos y emitieron sus informes ajustándose a la estricta verdad! ¡Ésos sí son militares que honran el uniforme, ésos sí son hombres! Ni el militar verdadero ni el verdadero hombre es capaz de manchar su vida con la mentira o el crimen. Yo sé que están terriblemente indignados con los bárbaros asesinatos que se cometieron, yo sé que sienten con repugnancia y vergüenza el olor a sangre homicida que impregnan hasta la última piedra del cuartel Moncada.

Emplazo al Dictador a que repita ahora, si puede, sus ruines calumnias por encima del testimonio de esos honorables militares, lo emplazo a que justifique ante el pueblo de Cuba su discurso del 27 de julio, ¡que no se calle, que hable!, que diga quiénes son los asesinos, los despiadados, los inhumanos, que diga si la Cruz de Honor que fue a ponerles en el pecho a los héroes de la masacre era para premiar los crímenes repugnantes que se cometieron; que asuma desde ahora la responsabilidad ante la Historia y no pretenda decir después que fueron los soldados sin órdenes suyas, que explique a la nación los setenta asesinatos; ¡fue mucha la sangre! La nación necesita una explicación, la nación lo demanda, la nación lo exige.

Se sabía que en 1933, al finalizar el combate del Hotel Nacional, algunos oficiales fueron asesinados después de rendirse, lo cual motivó una enérgica protesta de la revista "Bohemia"; se sabía también que después de capitulado el fuerte de Atarés las ametralladoras de los sitiadores barrieron una fila de prisioneros y que un soldado, preguntando quién era Blas Hernández, lo asesinó disparándole un tiro en pleno rostro, soldado que en premio de su cobarde acción fue ascendido a oficial. Era conocido que el asesinato de prisioneros está fatalmente unido en la Historia de Cuba al nombre de Batista. ¡Torpe ingenuidad nuestra que no lo comprendimos claramente! Sin embargo, en aquellas ocasiones los hechos ocurrieron en cuestión de minutos, no más que lo que dura una ráfaga de ametralladoras cuando los ánimos están todavía exaltados, aunque nunca tendrá justificación semejante proceder. No fue así en Santiago de Cuba. Aquí todas las formas de crueldad, ensañamiento y barbarie fueron sobrepasadas. No se mató durante un minuto, una hora o un día

entero, sino que en una semana completa, los golpes, las torturas, los lanzamientos de azotea y los disparos no cesaron un instante como instrumentos de exterminio manejados por artesanos perfectos del crimen. El cuartel Moncada se convirtió en un taller de tortura y de muerte, y unos hombres indignos convirtieron el uniforme militar en delantales de carniceros. Los muros se salpicaron de sangre; en las paredes las balas quedaron incrustadas con fragmentos de piel, sesos y cabellos humanos, chamusqueados por los disparos a boca de jarro, y el césped se cubrió de oscura y pegajosa sangre. Las manos criminales que rigen los destinos de Cuba habían escrito para los prisioneros a la entrada de aquel antro de muerte, la inscripción del infierno: "Lasciate ogni speranza, voi ch'e ntrate".

No cubrieron ni siquiera las apariencias, no se preocuparon lo más mínimo por disimular lo que estaban haciendo: creían haber engañado al pueblo con sus mentiras y ellos mismos terminaron engañándose. Se sintieron amos y señores del universo, dueños absolutos de la vida y la muerte humana. Así, el susto de la madrugada lo disiparon en un festín de cadáveres, en una verdadera borrachera de sangre.

Las crónicas de nuestra historia, que arrancan cuatro siglos y medio atrás nos cuentan muchos hechos de crueldad, desde las matanzas de indios indefensos, las atrocidades de los piratas que asolaban las costas, las barbaridades de los guerrilleros en la lucha de la independencia, los fusilamientos de prisioneros cubanos por el ejército de Weyler, los horrores del machadato, hasta los crímenes de marzo del 35; pero con ninguno se escribió una página sangrienta tan triste y sombría, por el número de víctimas y por la crueldad de sus victimarios, como en Santiago de Cuba. Sólo un hombre en todos esos siglos ha manchado de sangre dos épocas distintas de nuestra existencia histórica y ha clavado sus garras en la carne de dos generaciones de cubanos. Y para derramar este río de sangre sin precedentes esperó que estuviésemos en el Centenario del Apóstol, acababa de cumplir 50 años la República que tantas vidas costó para la libertad, el respeto y la felicidad de todos los cubanos. Más grande todavía es el crimen y más condenable, porque pesa sobre un hombre que había gobernado ya como amo durante once largos años este pueblo que por tradición y sentimiento ama la libertad y repudia el crimen con toda su alma, un hombre que no ha sido, además, ni leal, ni sincero, ni honrado, ni caballero un solo minuto de su vida pública.

No fue suficiente la traición de enero de 1934, los crímenes de marzo de 1935, y los cuarenta millones de fortuna que coronaron la primera etapa; era necesaria la traición de marzo de 1952, los crímenes de julio de 1953 y los millones que sólo el tiempo dirá. Dante dividió su infierno en nueve círculos: puso en el séptimo a los criminales, puso en el octavo a los ladrones

y puso en el noveno a los traidores. ¡Duro dilema el que tendrían los demonios para buscar un sitio adecuado al alma de este hombre... Si este hombre tuviera alma! Quien alentó los hechos atroces de Santiago de Cuba, no tienen entrañas siquiera.

Conozco muchos detalles de la forma en que se realizaron esos crímenes por boca de algunos militares que llenos de vergüenza me refirieron las escenas de que habían sido testigos.

Terminado el combate se lanzaron como fieras enfurecidas sobre la ciudad de Santiago de Cuba y contra la población indefensa saciaron las primeras iras. En plena calle y muy lejos del lugar donde fue la lucha le atravesaron el pecho de un balazo a un niño inocente que jugaba junto a la puerta de su casa, y cuando el padre se acercó para recogerlo, le atravesaron la frente con otro balazo.

El "Niño" Cala, que iba para su casa con un cartucho de pan lo balacearon sin mediar palabra. Sería interminable referir los crímenes y atropellos que se cometieron contra la población civil. Y si de esta forma actuaron con los que no habían participado en la acción, ya puede suponerse la horrible suerte que corrieron los prisioneros participantes o que ellos creían habían participado: porque así como en esta causa involucraron a muchas personas ajenas por completo a los hechos, así también mataron a muchos de los primeros detenidos que no tenían nada que ver con el ataque; éstos no están incluídos en las cifras de víctimas que han dado, las cuales se refieren exclusivamente a los hombres nuestros. Algún día se sabrá el número total de inmolados.

El primer prisionero asesinado fue nuestro médico, el doctor Mario Muñoz, que no llevaba armas ni uniforme y vestía su bata de galeno, un hombre generoso y competente que hubiera atendido con la misma devoción, tanto al adversario como al amigo herido. En el camino del Hospital Civil al cuartel le dieron un tiro por la espalda y allí lo dejaron tendido boca abajo en un charco de sangre. Pero la matanza en masa de prisioneros no comenzó hasta pasadas las tres de la tarde.

Hasta esa hora esperaron órdenes. Llegó entonces de La Habana el general Martín Díaz Tamayo, quien trajo instrucciones concretas salidas de una reunión donde se encontraban Batista, el Jefe del Ejército, el Jefe del SIM, el propio Díaz Tamayo y otros. Dijo que "era una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y que había que matar diez prisioneros por cada soldado muerto". ¡Esta fue la orden!

En todo grupo humano hay hombres de bajos instintos, criminales natos, bestias portadoras de todos los atavismos ancestrales revestidas de forma humana, monstruos refrenados por la disciplina y el hábito social, pero que si se les da a beber sangre en un río no cesarán hasta que lo hayan secado. Lo que estos hombres necesitaban precisamente era esa orden. En sus

manos pereció lo mejor de Cuba: lo más valiente, lo más honrado, lo más idealista. El tirano los llamó mercenarios, y allí estaban ellos muriendo como héroes en manos de hombres que cobran un sueldo de la República y que con las armas que ella les entregó para que la defendieran sirven los intereses de una pandilla que asesina a los mejores ciudadanos.

En medio de las torturas les ofrecían la vida si traicionando su posición ideológica se prestaban a declarar falsamente que Prío les había dado el dinero, y como ellos rechazaban indignados la proposición, continuaban torturándolos horriblemente. Les trituraron los testículos y les arrancaron los ojos, pero ninguno claudicó, ni se oyó un lamento ni una súplica; aun cuando les habían privado de sus órganos viriles, seguían siendo mil veces más hombres que todos sus verdugos juntos. Las fotografías no mienten y esos cadáveres aparecen destrozados. Ensayaron otros medios; no podían con el valor de los hombres y probaron el valor de las mujeres. Con un ojo humano ensangrentado en las manos se presentaron un sargento y varios hombres en el calabozo donde se encontraban las compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría, y dirigiéndose a la última, mostrándole el ojo, le dijeron: "éste es de tu hermano, si tú no dices lo que él no quiso decir, le arrancamos el otro". Ella, que quería a su valiente hermano por encima de todas las cosas, les contestó llena de dignidad: "si ustedes le arrancaron un ojo y él no lo dijo, mucho menos lo diré yo". Más tarde volvieron y las quemaron en los brazos con colillas encendidas, hasta que por último, llenos de despecho, le dijeron nuevamente a la joven Haydée Santamaría: "ya no tienes novio porque te lo hemos matado también". Y ella le contestó imperturbable otra vez: "él no está muerto, porque morir por la patria es vivir". Nunca fue puesto en un lugar tan alto de heroísmo y dignidad el nombre de la mujer cubana.

No respetaron ni siquiera a los heridos en el combate que estaban recluidos en distintos hospitales de la ciudad, a donde los fueron a buscar como buitres que siguen la presa. En el Centro Gallego penetraron hasta el salón de operaciones en el instante mismo que recibían transfusión de sangre dos heridos graves; los arrancaron de las mesas, y como no podían estar en pie, los llevaron arrastrando hasta la planta baja donde llegaron cadáveres.

No pudieron hacer lo mismo en la Colonia Española donde estaban recluídos los compañeros Gustavo Arcos y José Ponce, porque se lo impidió valientemente el doctor Posada diciéndoles que tendrían que pasar por sobre su cadáver.

A Pedro Miret, Abelardo Crespo y Fidel Labrador, les inyectaron aire y alcanfor en las venas para matarlos en el Hospital Militar. Deben sus vidas al capitán Tamayo, médico del Ejército y verdadero militar de honor que a punta de pistola se

los arrebató a los verdugos y los trasladó al Hospital Civil. Estos cinco jóvenes fueron los únicos heridos que pudieron sobrevivir.

Por las madrugadas eran sacados del campamento grupos de hombres y trasladados en automóviles a Siboney, La Maya, Songo y otros lugares, donde se les bajaba atados y amordazados, ya deformados por las torturas, para matarlos en parajes solitarios. Después los hacían constar como muertos en combate con el Ejército. Esto lo hicieron durante varios días y muy pocos prisioneros de los que iban siendo detenidos sobrevivieron. A muchos los obligaban antes a cavar su propia sepultura. Uno de los jóvenes cuando realizaba aquella operación se volvió y marcó en el rostro con la pica a uno de los asesinos. Otros, inclusive, los enterraron vivos, con las manos atadas a la espalda. Muchos lugares solitarios sirven de cementerio a los valientes. Solamente en el campo de tiro del Ejército hay cinco enterrados. Algún día serán desenterrados y llevados en hombros del pueblo hasta el monumento que junto a la tumba de Martí, la patria libre habrá de levantarle a los "Mártires del Cementerio".

El último joven que asesinaron en la zona de Santiago de Cuba fue Marcos Martí. Lo habían detenido en una cueva de Siboney el jueves 30 por la mañana junto con el compañero Ciro Redondo. Cuando los llevaban caminando por la carretera con los brazos en alto le dispararon al primero un tiro por la espalda y ya en el suelo lo remataron con varias descargas más. Al segundo lo condujeron hasta el campamento; cuando lo vió el comandante Pérez Chaumont exclamó: "¡Y a éste para qué me lo han traído!" El tribunal pudo escuchar la narración del hecho por boca de este joven que sobrevivió gracias a lo que Pérez Chaumont llamó "una estupidez de los soldados".

La consigna era general en toda la provincia. Diez días después del 26, un periódico de esta ciudad publicó la noticia de que, en la carretera de Manzanillo a Bayamo, habían aparecido dos jóvenes ahorcados. Más tarde se supo que eran los cadáveres de Hugo Camejo y Pedro Vélez. Allí también ocurrió algo extraordinario: las víctimas eran tres; los habían sacado del cuartel de Manzanillo a las 2 de la madrugada; en un punto de la carretera los bajaron y después de golpearlos hasta hacerles perder el sentido, los estrangularon con una soga. Pero cuando ya los habían dejado por muertos, uno de ellos, Andrés García, recobró el sentido, buscó refugio en casa de un campesino y gracias a ello también, el tribunal pudo conocer con todo lujo de detalles el crimen. Este joven fue el único sobreviviente de todos los prisioneros que se hicieron en la zona de Bayamo.

Cerca del Río Cauto, en un lugar conocido por Barrancas, yacen en el fondo de un pozo ciego los cadáveres de Raúl de Aguiar, Armando del Valle y Andrés Valdés, asesinados a media noche en el camino de Alto Cedro a Palma Soriano, por el sargento Montes de Oca, jefe de puesto del cuartel de Miranda, el

cabo Maceo y el teniente jefe de Alto Cedro donde aquellos fueron detenidos.

En los anales del crimen merece mención de honor el sargento Eulalio González, del cuartel Moncada, apodado "el tigre". Este hombre no tenía después el menor empacho para jactarse de sus tristes hazañas. Fue él quien con sus propias manos asesinó a nuestro compañero Abel Santamaría. Pero no estaba satisfecho. Un día en que volvía de la prisión de Boniato en cuyos patios sostiene una cría de gallos finos, montó el mismo ómnibus donde viajaba la madre de Abel. Cuando aquel monstruo comprendió de quién se trataba comenzó a referir en alta voz sus proezas y dijo bien alto que lo oyera la señora vestida de luto: "Pues yo sí saqué muchos ojos y pienso seguirlos sacando". Los sollozos de aquella madre ante la afrenta cobarde que le infería el propio asesino de su hijo, expresan mejor que ninguna palabra el oprobio moral sin precedentes que está sufriendo nuestra patria. A esas mismas madres cuando iban al cuartel Moncada preguntando por sus hijos, con cinismo inaudito les contestaban: "¡Cómo no, señora!; vaya a verlo al hotel Santa Ifigenia donde se los hemos hospedado". ¡O Cuba no es Cuba, o los responsables de estos hechos tendrán que sufrir un escarmiento terrible! Hombres desalmados que insultaban groseramente al pueblo cuando se quitaban los sombreros al paso de los cadáveres de los revolucionarios.

Tantas fueron las víctimas que todavía el gobierno no se ha atrevido a dar las listas completas; saben que las cifras no guardan proporción alguna. Ellos tienen los nombres de todos los muertos porque antes de asesinar a los prisioneros les tomaban las generales. Todo ese largo trámite de identificación a través del Gabinete Nacional fue pura pantomima; y hay familias que no saben todavía la suerte de sus hijos. ¿Si ya han pasado casi tres meses, por qué no se dice la última palabra?

Quiero hacer constar que a los cadáveres se les registraban los bolsillos buscando hasta el último centavo y se les despojó de las prendas personales, anillos y relojes, que hoy están usando descaradamente los asesinos.

Gran parte de lo que acabo de referir ya lo sabíais vosotros, señores Magistrados, por las declaraciones de mis compañeros. Pero véase cómo no han permitido venir a este juicio muchos testigos comprometedores y que en cambio asistieron a las sesiones del otro juicio. Faltaron por ejemplo, todas las enfermeras del Hospital Civil, pese a que están aquí al lado nuestro, trabajando en el mismo edificio donde se celebra esta sesión; no las dejaron comparecer para que no pudieran afirmar ante el tribunal contestando a mis preguntas, que aquí fueron detenidos veinte hombres vivos, además del doctor Mario Muñoz. Ellos temían que del interrogatorio a los testigos yo pudiese hacer deducir por escrito testimonios muy peligrosos.

Pero vino el comandante Pérez Chaumont y no pudo escapar. Lo que ocurrió con este héroe de batallas contra hombres sin armas y maniatados, da idea de lo que hubiera pasado en el Palacio de Justicia si no me hubiesen secuestrado del proceso. Le pregunté cuántos hombres nuestros habían muerto en sus célebres combates de Siboney. Titubeó. Le insistí, y me dijo por fin que 21. Como yo sé que esos combates no ocurrieron nunca, le pregunté cuántos heridos habíamos tenido. Me contestó que ninguno: todos eran muertos. Por eso, asombrado, le repuse que si el Ejército estaba usando armas atómicas. Claro que donde hay asesinados a boca de jarro no hay heridos. Le pregunté después cuántas bajas había tenido el Ejército. Me contestó que dos heridos. Le pregunté por último que si alguno de esos heridos había muerto, y me dijo que no. Esperé. Desfilaron más tarde todos los heridos del Ejército y resultó que ninguno lo había sido en Siboney. Ese mismo comandante Pérez Chaumont que apenas se ruborizaba de haber asesinado 21 jóvenes indefensos ha construido en la playa de Ciudamar un palacio que vale más de cien mil pesos. Sus ahorritos en sólo unos meses de marzato. ¡Y si eso ha ahorrado el comandante, cuánto habrán ahorrado los generales!

Señores Magistrados. ¿Dónde están nuestros compañeros detenidos los días 26, 27, 28 y 29 de julio, que se sabe pasaban de 60 en la zona de Santiago de Cuba? Solamente tres y las dos muchachas han comparecido; los demás sancionados fueron todos detenidos más tarde. ¿Dondé están nuestros compañeros heridos? Solamente cinco han aparecido; al resto lo asesinaron también. Las cifras son irrebatibles. Por aquí, en cambio, han desfilado 20 militares que fueron prisioneros nuestros y que según sus propias palabras no recibieron ni una ofensa. Por aquí han desfilado 30 heridos del Ejército, muchos de ellos en combates callejeros, y ninguno fue rematado. Si el Ejército tuvo 19 muertos y 30 heridos, ¿cómo es posible que nosotros hayamos tenido 80 muertos y 5 heridos? ¿Quién vió nunca combate de 21 muertos y ningún herido como los famosos de Pérez Chaumont?

Ahí están las cifras de bajas en los recios combates de la Columna Invasora de la guerra del 95, tanto aquellos en que salieron victoriosas como en los que fueron vencidas las armas cubanas: combate de los Indios, en Las Villas: 12 heridos, ningún muerto; combate de Mal Tiempo: 4 muertos, 23 heridos; combate de Calimete: 16 muertos, 64 heridos; combate de La Palma: 39 muertos, 88 heridos; combate de Cacarajícara: 5 muertos, 13 heridos; combate del Descanso: 4 muertos, 45 heridos; combate de San Gabriel del Lombillo: 2 muertos, 18 heridos... en todos absolutamente el número de heridos es dos veces, tres veces y hasta diez veces mayor que el de muertos. No existían entonces modernos adelantos de la ciencia médica que disminuye la proporción de muertos. ¿Cómo puede explicarse la fabulosa

proporción de 16 muertos por 1 herido, si no es rematando a éstos en los mismos hospitales y asesinando después a los indefensos prisioneros? Estos números hablan sin réplica posible.

"Es una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes; hay que matar 10 prisioneros por cada soldado muerto"... Ese es el concepto que tienen del honor los cabos furrieles ascendidos a generales el 10 de marzo, y ese es el honor que le quieren imponer al Ejército nacional. Honor falso, honor fingido, honor de apariencia que se basa en la mentira, la hipocresía y el crimen; asesinos que amasan con sangre una careta de honor. ¿Quién les dijo que morir peleando es un deshonor? ¿Quién les dijo que el honor de un Ejército consiste en asesinar heridos y prisioneros de guerra?

En las guerras los ejércitos que asesinan a los prisioneros se han ganado siempre el desprecio y la execración del mundo. Tamaña cobardía no tiene justificación ni aún tratándose de enemigos de la patria invadiendo el territorio nacional. Como escribió un libertador de la América del Sur, "ni la más estricta obediencia militar puede cambiar la espada del soldado en cuchilla de verdugo". El militar de honor no asesina al prisionero indefenso después del combate, sino que lo respeta; no remata al herido, sino que lo ayuda; impide el crimen y si no puede impedirlo hace como aquel capitán español que al sentir los disparos con que fusilaban a los estudiantes quebró indignado su espada y renunció a seguir sirviendo a aquel ejército.

Los que asesinaron a los prisioneros no se comportaron como dignos compañeros de los que murieron. Yo ví muchos soldados combatir con magnífico valor, como aquellos de la patrulla que dispararon contra nosotros sus ametralladoras en un combate casi cuerpo a cuerpo o aquel sargento que desafiando la muerte se apoderó de la alarma para movilizar el campamento. Unos están vivos, me alegro; otros están muertos: creyeron que cumplían con su deber y eso los hace para mí dignos de admiración, y respeto; sólo siento que hombres valerosos caigan defendiendo una mala causa. Cuando Cuba sea libre, debe respetar, amparar y ayudar a las mujeres y los hijos de los valientes que cayeron frente a nosotros. Ellos son inocentes de las desgracias de Cuba, ellos son otras tantas víctimas de esta nefasta situación.

Pero el honor que ganaron los soldados para las armas muriendo en combate lo mancillaron los generales mandando asesinar prisioneros después del combate. Hombres que se hicieron generales de la madrugada al amanecer sin haber disparado un tiro, que compraron sus estrellas con alta traición a la República, que mandan asesinar los prisioneros de un combate en que no participaron; esos son los generales del 10 de marzo, generales que no habrían servido ni para arrear las mulas que cargaban la impedimenta del Ejército de Antonio Maceo.

Si el Ejército tuvo tres veces más bajas que nosotros fue porque nuestros hombres estaban magníficamente entrenados, como ellos mismos dijeron y porque se habían tomado medidas tácticas adecuadas como ellos mismos reconocieron. Si el Ejército no hizo un papel más brillante, si fue totalmente sorprendido pese a los millones que se gasta el SIM en espionaje, si sus granadas de mano no explotaron porque estaban viejas, se debe a que tiene generales como Martín Díaz Tamayo y coroneles como Ugalde Carrillo y Alberto del Río Chaviano. No fueron 17 traidores metidos en las filas del Ejército como el 10 de marzo, sino 165 hombres que atravesaron la Isla de un extremo a otro para afrontar la muerte a cara descubierta. Si esos jefes hubieran tenido honor militar habrían renunciado a sus cargos en vez de lavar su vergüenza y su incapacidad personal en la sangre de los prisioneros.

Matar prisioneros indefensos y después decir que fueron muertos en combate, esa es toda la capacidad militar de los generales del 10 de marzo. Así actuaban en los años más crueles de nuestra guerra de independencia los peores matones de Valeriano Weyler. Las Crónicas de la Guerra nos narran el siguiente pasaje: "El día 23 de febrero entró en Punta Brava el oficial Baldomero Acosta con alguna caballería, al tiempo que, por el camino opuesto acudía un pelotón del regimiento Pizarro al mando de un sargento allí conocido por Barriguilla. Los insurrectos cambiaron algunos tiros con la gente de Pizarro, y se retiraron por el camino que va de Punta Brava al caserío del Guatao. El pelotón del regimiento Pizarro siguió la marcha hacia el Guatao seguido por otra compañía de voluntarios de Marianao al mando del capitán Calvo. Al penetrar la vanguardia en el caserío se inició la matanza entre el vecindario pacífico y asesinaron a doce habitantes del lugar haciendo prisionero al resto. No saciados aún con los atropellos cometidos, en las afueras de Guatao, llevaron a remate otra bárbara ejecución que ocasionó la muerte a uno de los presos y terribles heridas a los demás. El Marqués de Cervera, militar palatino y follón, comunicó a Weyler la costosísima victoria obtenida por las armas españolas; pero el comandante Zugasti, hombre de pundonor, denunció al gobierno lo sucedido, y calificó de asesinato de vecinos pacíficos las muertes perpetradas por el fascineroso capitán Calvo y el sargento Barriguilla".

La intervención de Weyler en este horrible suceso y su alborozo al conocer los pormenores de la matanza, se descubre de modo palpable en el despacho oficial que dirigió al ministro de Guerra a raíz de la cruenta inmolación: "Pequeña columna organizada por comandante militar Marianao con fuerzas de guarnición, batió, destrozándolas, partidas de Villanueva y Baldomero Acosta cerca de Punta Brava, causándole veinte muertos, que entregó para su enterramiento al alcalde de Guatao, haciéndole quince prisioneros, entre ellos un herido y suponiendo llevan muchos heridos; nosotros tuvimos un herido grave, varios leves y contusos —Weyler".

¿En qué se diferencia este parte de guerra de Weyler de los partes del coronel Chaviano dando cuenta de las victorias del comandante Pérez Chaumont? Sólo en que Weyler comunicó 20 muertos y Chaviano comunicó 21; Weyler menciona un soldado herido en sus filas. Chaviano menciona dos; Weyler habla de un herido y 15 prisioneros en el campo enemigo, Chaviano no habla de heridos ni prisioneros...

Igual que admiré el valor de los soldados que supieron morir, admiro y reconozco que muchos militares se portaron dignamente y no se mancharon las manos en aquella orgía de sangre. No pocos prisioneros que sobrevivieron les deben la vida a la actitud honorable de militares como el teniente Sarría, el teniente Campa, el capitán Tamayo y otros que custodiaron caballerosamente a los detenidos. Si hombres como esos no hubiesen salvado en parte el honor de las Fuerzas Armadas, hoy sería más honroso llevar arriba un trapo de cocina que un uniforme.

Para mis compañeros muertos no clamo venganza. Como sus vidas no tenían precio, no podrían pagarlas con las suyas todos los criminales juntos. No es con sangre como pueden pagarse las vidas de los jóvenes que mueren por el bien de un pueblo; la felicidad de ese pueblo es el único precio digno que puede pagarse por ellas.

Mis compañeros, además, no están ni olvidados ni muertos; viven hoy más que nunca y sus matadores han de ver aterrorizados cómo surge de sus cadáveres heroicos el espectro victorioso de sus ideas. Que hable por mí el Apóstol: "hay un límite al llanto sobre las sepulturas de los muertos, y ese es el amor infinito a la patria y a la gloria que se mira sobre sus cuerpos, y que no teme ni se abate ni se debilita jamás; porque los cuerpos de los mártires son el altar más hermoso de la honra".

... Cuando se muere
En brazos de la patria agradecida
La muerte acaba, la prisión se rompe:
¡Empieza, al fin, con el morir, la vida!

[En: *La historia me absolverá*. Ediciones Populares, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, julio de 1961, pp. 74-100.]

Manifiesto a la nación

Isla de Pinos Dic. 12 de 1953

Con la sangre de mis hermanos muertos, escribo éste documento. Ellos son el único motivo que lo inspira. Más que la libertad y la vida misma para nosotros, pedimos justicia para ellos. Justicia no es en este instante un monumento para los héroes y mártires que cayeron en el combate o asesinados después del combate; ni siquiera una tumba para que descansen en paz y juntos los restos que yacen esparcidos en los campos de Oriente, por lugares que en muchos casos sólo conocen sus asesinos; ni de paz es posible hablar para los muertos en la tierra oprimida. La posteridad que es siempre más generosa con los buenos levantará esos símbolos a su memoria y las generaciones del mañana, rendirán, en su oportunidad, el debido tributo a los que salvaron el honor de la patria en esta época de infinita vergüenza.

¿Por qué no se ha denunciado valientemente las atroces torturas y el asesinato en masa, bárbaro, y vesánico que segó las vidas de *setenta* jóvenes prisioneros los días 26, 27, 28 y 29 de Julio? Eso sí es un deber ineludible de los presentes, y no cumplirlo es una mancha que no se borrará jamás. La Historia no conoce una masacre semejante ni en la época de la Colonia ni en la República. Comprendo que el terror haya paralizado los corazones por largo tiempo, pero ya no es posible sufrir más el manto de total silencio que la cobardía ha tenido sobre aquellos crímenes espantosos, reacción de odio bajo y brutal de una tiranía incalificable, que en la carne más pura, generosa e idealista de Cuba, sació su sed de venganza contra el gesto rebelde y natural de los hijos esclavizados de nuestro pueblo heroico. Eso es complicidad bochornosa, tan repugnante como el mismo crimen, y es de pensar que el tirano esté relamiéndose los labios de satisfacción por la fiereza de los verdugos que lo defienden y el terror que inspira en los enemigos que lo combaten.

La verdad no se ignora, la sabe Oriente entero, la sabe en voz baja todo el pueblo; sabe también en cambio, que eran completamente falsas las canallescas imputaciones que se nos hicieran de haber sido inhumanos con los soldados. En el juicio oral, el gobierno no pudo sostener ninguna de sus afirmaciones; allí fueron a declarar los veinte militares que se hicieron prisioneros al enemigo desde los primeros momentos y los treinta heridos que tuvieron en el combate, sin haber recibido siquiera una ofensa de palabra. Los médicos forenses, peritos y hasta inclusive los mismos testigos de cargo se encargaron de destruir las versiones del gobierno, algunos declararon con admirable honradez; quedó probado que las armas se habían adquirido en Cuba; que no había conexión con los políticos del pasado, que nadie había sido acuchillado y que en el Hospital Militar sólo hubo una víctima, cierto enfermo herido que al asomarse a una ventana recibió la herida. Hasta el propio Fiscal —caso insólito— se vió precisado a reconocer en sus conclusiones "la conducta honorable y humana de los atacantes".

En cambio, ¿dónde estaban nuestros heridos? Solamente habían cinco en total. *Noventa* muertos y *cinco* heridos. ¿Se puede concebir semejante proporción en ninguna guerra? ¿Qué era del resto? Por otra parte, ¿dónde estaban los combatientes detenidos los días 26, 27, 28 y 29? Santiago de Cuba, sabe bien la respuesta. Los heridos fueron arrancados de los hospitales privados, hasta de las propias mesas de operaciones y rematados inmediatamente después, en ocasiones antes de salir del hospital. Dos prisioneros heridos entraron vivos con sus custodios en un elevador y salieron muertos del mismo. Los que habían sido recluidos en el Hospital Militar fueron inyectados con aire y con alcanfor en las venas; uno de ellos, el estudiante de ingeniería, Pedro Miret, sobrevivió a este mortal procedimiento y narró todo.

Solamente cinco, repito, quedaron vivos. Dos fueron defendidos por el doctor Posada, quien no permitió que se los arrebataran los soldados en la Colonia Española, José Ponce y Gustavo Arcos, y otros tres que deben sus vidas al capitán Tamayo, médico del ejército quien con gesto valeroso, de profesional digno, pistola en mano trasladó a los heridos Pedro Miret, Abelardo Crespo y Fidel Labrador del Hospital Militar al Hospital Civil. Ni aún a esos cinco querían dejar vivos. Los números son de una elocuencia irrebatible.

En cuanto a los prisioneros, bien pudo ponerse a la entrada del cuartel Moncada, aquel letrero que aparecía en el dintel del Infierno de Dante: "Dejad toda esperanza". Treinta fueron asesinados la primera noche. La orden llegó a las tres de la tarde con el general Martín Díaz Tamayo quien dijo que "era una vergüenza para el ejército haber tenido en el combate

tres veces más bajas que los atacantes y que hacían falta diez muertos por cada soldado".

Dicha orden era producto de una reunión sostenida entre Batista, Tabernilla, Ugalde Carrillo y otros jefes. Para allanar dificultades legales el Consejo de Ministros el mismo domingo por la noche entre otros suspendió el Art. 26 de los Estatutos que establece la responsabilidad del custodio por la vida del detenido. La consigna fue cumplida con horrible crueldad. Cuando los muertos fueron enterrrados, no tenían ojos, ni dientes, ni testículos y hasta de las prendas los despojaron sus propios matadores que sin pudor exhibían después. Escenas de indescriptible valor tuvieron lugar entre los torturados. Dos muchachas, nuestras heroicas compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría, fueron detenidas en el Hospital Civil, donde se encontraban en calidad de enfermeras de primeros auxilios. A la última, ya en el cuartel al anochecer, un sargento llamado Eulalio González, apodado "El Tigre", con las manos ensangrentadas le mostró los ojos del hermano que acababan de arrancarle; más tarde le dieron la noticia de que habían matado a su novio, también prisionero; llena de infinita indignación se les encaró a los asesinos y les dijo: "El no está muerto, porque morir por la patria es vivir". Ellas no fueron asesinadas, los salvajes se detuvieron ante la mujer. Y ellas son testigos excepcionales de lo ocurrido en aquel infierno.

En los alrededores de Santiago de Cuba, fuerzas al mando del comandante Pérez Chaumont asesinaron veintiún combatientes que estaban desarmados y dispersos. A muchos los obligaron a cavar su propia sepultura; un valiente volvió la pica e hirió el rostro a uno de los asesinos. No hubo en Siboney tales combates; los únicos que conservaban armas se habían retirado conmigo hacia las montañas y el ejército no trabó contacto con nosotros hasta seis días después que en un descuido nos sorprendió completamente dormidos, exhaustos por el cansancio y el hambre. Ya la matanza había cesado ante el enorme clamor popular. Aún así, únicamente el milagro de un oficial escrupuloso y la circunstancia de no haberme reconocido hasta que estábamos en el Vivac, impidió nuestro asesinato.

El día 27 a las doce de la noche en el Kilómetro 39 de la carretera Manzanillo-Bayamo, el Capitán Jefe de la primera localidad, ahorcó, arrastrándolos por el suelo con una soga al cuello, a los jóvenes Pedro Féliz, Hugo Camejo y Andrés García, dejándolos a los tres por muertos. Uno de ellos, el último, pudo recobrarse horas después, y presentado más tarde por Monseñor Pérez Serante, ha referido la historia.

En la madrugada del día 28, junto al río Cauto, camino de Palma fueron ultimados los jóvenes Raúl de Aguiar, Andrés Valdés y otros, por el Teniente Jefe del Puesto de Alto Cedro, el sargento Montes de Oca y el cabo Maceo, que enterraron a

sus víctimas en un pozo situado a la orilla del río cerca de un lugar conocido por Bananea. Estos jóvenes habían logrado hacer contacto con amigos míos que los ayudaron; después se supo la suerte que corrieron.

Todos estos hechos se efectuaron siempre con conocimiento anticipado de la Jefatura del Regimiento.

Es falso por completo que los cadáveres identificados hasta hoy —menos de la mitad del total— haya sido tarea del Departamento de Dactiloscopía. En todos los casos procedieron siempre a tomarle el nombre y generales a las víctimas antes de matarlas y después iban revelando los nombres, poco a poco. La lista completa no la dijeron nunca. Mediante las huellas digitales identificaron solamente una parte de los que murieron en combate, con otra parte no lograron hacerlo. Los sufrimientos y la incertidumbre que han producido en los familiares con estos procedimientos, son indescriptibles.

Estos hechos y otros similares fueron denunciados por nosotros con todos los detalles en el juicio oral a presencia de los soldados que armados de ametralladoras y fusiles llenaban la sala del Plenum de la Audiencia en evidente actitud coercitiva. Ellos mismos se impresionaron ante el relato de las barbaridades que habían cometido.

A mí se me arrancó del juicio en la tercera Sesión violando todas las leyes del procedimiento, para evitar que como abogado aclarara los hechos mediante el interrogatorio como iba haciendo, temían mucho sobre todo que las preguntas a los testigos de cargo pusiesen en evidencia los horrendos crímenes, que ejecutados sin cumplir las más elementales apariencias saltaban a la vista; a pesar de todo no pudieron evitarlo y el juicio fue un escándalo, pues otros abogados se encargaron de ello.

Días atrás se conmemoró el 27 de noviembre. Todos los que escribieron y hablaron con relación al tema, volvieron sus palabras iracundas y fieras, tan pletóricas de epítetos altisonantes como de fingida indignación contra los voluntarios que fusilaron aquellos ocho estudiantes, sin embargo, no dijeron siquiera una sola sílaba para condenar el asesinato de setenta jóvenes limpios como aquellos de pies a cabeza, idealistas...

Inocentes... y aún con su sangre caliente sobre el corazón de Cuba. Caiga sobre los hipócritas el anatema de la Historia. Los estudiantes del 71 no fueron torturados, se les sometió a un juicio aparente, fueron enterrados en lugares conocidos y los que tal horror cometieron se creían en posesión de un derecho de cuatro siglos, recibido de mano divina y consagrado por el tiempo, legítimo, inviolable, eterno. Según creencias abolidas ya por el hombre. NUEVE veces OCHO fueron los jóvenes que cayeron en Santiago de Cuba bajo la tortura y el plomo, sin juicio de ninguna especie, en nombre de una usurpación ilegítima y aborrecida de dieciséis meses, sin Dios y sin ley, violadora de las

más nobles tradiciones cubanas y los más sagrados principios humanos, que después esparció los restos de sus víctimas por lugares desconocidos, en la República que nuestros libertadores fundaron para la dignidad y el decoro del hombre, el mismísimo año del Centenario del Apóstol. ¿Cuál era el delito? Cumplir sus prédicas: "Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres, esos son los que se rebelan con fuerza contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarle a los hombres su decoro." ¿Cuál el interés lesionado? La ambición desmedida de un grupo de Caínes que explotan y esclavizan a nuestro pueblo en provecho exclusivo de su egoísmo personal.

Si el odio que inspiró la matanza del 27 de noviembre "nacía babeante del vientre del hombre", según expresión de Martí, ¿qué entrañas engendraron la masacre del 26, 27, 28 y 29 de Julio? Mas, no sé de ningún oficial del Ejército cubano que haya quebrado su espada renunciando al uniforme; la única honra de ese ejército consistía en "matar diez jóvenes por cada soldado muerto en combate", esa fue la que quiso para él su Estado Mayor.

No debieron haber caído jamás teorías estériles e inoportunas sobre putch o revolución, cuando era hora de denunciar los crímenes monstruosos que había cometido el Gobierno, asesinando más cubanos en cuatro días que en once años anteriores. Además, ¿quiénes han dado en Cuba prueba de mayor fe en las masas del pueblo, en su amor a la libertad, en su repudio a la dictadura, en desesperada miseria y en su conciencia madura? ¿Hubiera podido llamarse putch a los intentos del pueblo de levantar el Regimiento Maceo la mañana del 10 de marzo, aún cuando ya, todos los demás mandos se habían entregado? ¿Habrá menos conciencia hoy de libertad que la que había la madrugada del 10 de Octubre de 1868? Lo que se mide en la hora de empeñar el combate por la libertad no es el número de las armas enemigas, sino el número de virtudes en el pueblo. Si en Santiago de Cuba cayeron cien jóvenes valerosos, ello no significa sino que hay en nuestra patria CIEN MIL jóvenes dispuestos también a caer. Búsqueselos y se les encontrará, oriénteseles y marcharan adelante por duro que sea el camino; las masas están listas, sólo necesitan que se les señale la ruta verdadera.

Denunciar los crímenes, he ahí un deber, he ahí un arma terrible, he ahí un paso al frente formidable y revolucionario. Las causas correspondientes están ya radicadas, las acusaciones ratificadas todas. Pídase el castigo de los asesinos. Exíjase su encarcelamiento. Nómbrese, si es necesario, un acusador privado. Impídase por todos los medios que pasen arbitrariamente a la Jurisdicción Militar. Antecedentes recientísimos favorecen esa campaña. La simple publicación de lo denunciado será de tremendas consecuencias para el gobierno.

Repito, que no hacer esto es una mancha imborrable.

Espero que un día en la patria libre se recorran los campos de la indómita Oriente, recogiendo los huesos heroicos de nuestros compañeros, para juntarlos todos en una gran tumba, junto a la del Apóstol, como mártires que son del Centenario y cuyo epitafio sea un pensamiento de Martí: "Ningún mártir muere en vano, ni ninguna idea se pierde en el ondular y en el revolverse de los vientos. La alejan o la acercan pero siempre queda la memoria de haberla visto pasar."

Veintisiete cubanos, todavía tenemos fuerzas para morir y puños para pelear.

¡Adelante a conquistar la libertad!

FIDEL CASTRO RUZ

[En: *Bohemia*, 23 de julio de 1961.]

¡Mientes, Chaviano!

(Fragmento)

El señor Chaviano nos llama criminales cargados de odios mientras se califica a sí mismo de militar prestigioso y honorable, consagrado de por vida al ejercicio de las armas, que jamás ha hecho uso abusivo de la fuerza y le cabe el orgullo de haber respetado la vida de los prisioneros y heridos el 26 de julio.

Al calificativo que nos hace de criminales y cargados de odios respondo con las palabras del Señor Fiscal del Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba, publicadas en la Sección "En Cuba" de la misma BOHEMIA donde aparece la malhadada carta, pág. 63, Col. 2, párrafo 4: "Por parte de los revolucionarios, no me duele decirlo, actuaron con honradez. Fueron sinceros y valientes, fueron cívicos en la confesión. También actuaron con generosidad y con nobleza. Un ejemplo lo tenemos en este propio Palacio de Justicia donde respetaron la vida a un grupo de miembros de las fuerzas armadas a quienes pudieron haber matado..."

Jamás en un proceso de esta índole se pronunciaron palabras semejantes por un fiscal acusador. Fue el resultado de las pruebas irrebatibles desarrolladas en el juicio de que ningún soldado fue herido con arma blanca, ningún enfermo del Hospital Militar asesinado, ningún prisionero maltratado y que todos los soldados caídos lo fueron en combate limpio. Los certificados de defunción firmados por médicos militares, las declaraciones de muchos técnicos y militares probados, que no faltaron al juramento de declarar la verdad, infinidad de pruebas más, dejaron incuestionablemente aclarados los hechos.

El pueblo de Oriente conoce toda la historia; el pueblo de Oriente en la más grande manifestación multitudinaria que se ha contemplado en la región, clamó delirantemente durante horas por los combatientes del Moncada, y el pueblo, señor Chaviano, no clama ni delira por criminales. En cambio ese mismo pueblo

que aplaudía a los que fueron a darlo todo por el decoro de Cuba, gritó incesantemente también: "¡Abajo Chaviano!"

Pero ya que el señor Chaviano lo ha querido, ya que insiste en repetirlas, voy a decir de una vez por qué se fraguaron contra nosotros aquellas mentiras fantásticas. Estan en claro: para desmeritar el heroismo, para justificar la bárbara masacre que vino después, para ahogar en el terror y en el fango el idealismo de una juventud que no quiso ni está dispuesta a ser esclava de nadie. No de otro modo actuó Nerón cuando quiso justificar el asesinato de los cristianos acusándolos del incendio de Roma que él mismo había ordenado. Inteligente como es, el pueblo cubano lo comprendió así muy pronto. Desde las propias prisiones, a pesar de la incomunicación y el rigor, les ganamos la batalla de la verdad. ¿Para qué la censura previa durante 90 días?, ¿para qué la Ley de Orden Público, sino para que nunca se supiera la historia verdadera del 26 de julio? Es realmente extraordinario que con media docena de publicaciones clandestinas esa verdad se haya impuesto contra todo un aparato de propaganda oficial que con métodos Gohebelianos repetía las mismas calumnias. Hoy, sólo alguno que otro tonto interesado (más interesado que tonto) o un malvado sin conciencia, podría repetirlas. Esta vez, de la calumnia no quedó nada.

En cambio veamos si el señor Chaviano es capaz de responder a los siguientes hechos y datos:

Cuando Batista habló desde el Polígono Militar de Columbia al día siguiente de los hechos, dijo que los atacantes habíamos tenido 33 muertos; al finalizar la semana nuestros muertos ascendían a más de 80. ¿En qué batallas, en qué lugares, en qué combates murieron esos jóvenes? Antes de hablar Batista se había ultimado a más de 25 prisioneros; después que él habló se ultimaron 50. ¿Es así como respetó Chaviano la vida de los prisioneros?

Nuestros heridos sobrevivientes ascendieron a 5 en total. Si nuestros adversarios tuvieron 19 caídos y 30 heridos, ¿cómo es posible que nosotros hayamos tenido 80 muertos y 5 heridos? ¿Quién vio nunca combates de 21 muertos y ningún herido como los famosos de Pérez Chaumont en Siboney?

Allí están las cifras de bajas en los recios combates de la Columna Invasora en la Guerra del 95, tanto aquellos en que salieron victoriosas como en los que fueron vencidas las armas cubanas: Combate de los Indios en Las Villas: dos heridos, ningún muerto; Combate de Mal Tiempo: 4 muertos, 23 heridos; Combate de Calimete: 16 muertos, 64 heridos; Combate de La Palma: 39 muertos, 88 heridos; Combate de Cacarajícara: 5 muertos, 3 heridos; Combate del Descanso: 4 muertos, 45 heridos; Combate de San Gabriel del Lombillo: 2 muertos, 18 heridos... en todos absolutamente el número de heridos es dos veces, tres veces y hasta diez veces mayor que el de muertos. No existían entonces

los modernos adelantos de la ciencia médica que disminuye la proporción de muertos. ¿Cómo puede explicarse la fabulosa proporción de 16 muertos por cada un herido, si no es rematando a éstos en los mismos hospitales y ultimando después a los indefensos prisioneros? Estos números hablan sin réplica posible. ¿Es así como el señor Chaviano curó a los heridos?

Si estos datos y cifras no bastaran acudo al testimonio público del señor Waldo Pérez Almaguer, que era en aquellos momentos nada menos que gobernador de Oriente y que, según sus propias palabras, fue destituído del cargo por su inconformidad con la espantosa matanza de prisioneros. ¡Ah, si Waldo Pérez Almaguer estuviera dispuesto a decir valientemente todo cuanto sabe! Inmunidad parlamentaria tiene; esperamos de él que tendrá también el civismo necesario.

Menciona el señor Chaviano el hecho de que se respetara la vida del jefe de los revolucionarios cuando se rindió a las fuerzas armadas. Eso no es argumento. Dígase de una vez por todas, porque se ha querido tejer mucha maraña en torno a mi detención, que yo nunca me rendí al Ejército. Después de resistir una semana con diecisiete compañeros el cerco de mil quinientos hombres, al amanecer del sábado 1ro. de agosto, encontrándome en unión de José Suárez y Oscar Alcalde, completamente extenuados por el hambre y la sed, una patrulla, al mando del teniente Sarría, nos despertó con los fusiles sobre el pecho. Acompañaban a Sarría el cabo Suárez, el soldado Rodríguez, el soldado Batista y varios números más. Ninguno de ellos me reconoció en el primer instante. Cuando algunos miembros de la patrulla se disponían a ultimarnos en pleno campo con las manos atadas a la espalda, el referido militar gritó con formidable energía: "¡No hagan eso, que las ideas no se matan!" Al ver aquel gesto singular, me erguí delante de él y le dí mi nombre, informándole mi condición de jefe principal de los combatientes. Por toda respuesta aquel caballeroso militar me rogó que guardara en secreto mi identidad, se constituyó en guardián mío y me condujo directamente al vivac de Santiago de Cuba donde, enterado el pueblo y la prensa de mi presencia, fue ya imposible asesinarme. Habían transcurrido seis días de los hechos y en el pueblo se levantaba un inmenso clamor contra la matanza sin precedente de prisioneros.

Aunque en aquella ocasión guardé discreto silencio sobre las hermosas palabras del teniente Sarría, expresé por la Cadena Oriental de Radio delante del propio Chaviano y de numerosos militares, la forma en que fui detenido. Toda Cuba lo escuchó. Ninguno pudo ni podrá negarlo. La entrevista, publicada por "El Crisol", dio lugar a la recogida de la edición del lunes, 3 de agosto de 1953.

En ningún sentido fue honorable la actitud del señor Chaviano. Días después de mi ingreso en la prisión de Boniato,

ordenó la suspensión y expulsión de las filas de las fuerzas armadas del supervisor de la misma, un oficial honorable que se negó a envenenarme. Ya tenía preparado el veneno y una declaración pública dando la versión de un suicidio. ¿Será necesario que exprese el nombre de dicho oficial e invoque públicamente su testimonio? A él, como a Sarría, debo mi vida. Chaviano en cambio expulsa al militar pundoroso que se niega al crimen, mientras no ha podido dar todavía con los que atropellaron a los locutores de la CMKC.

¿Qué quiere pues Chaviano?, ¿que narre los crímenes espeluznantes que se cometieron con los prisioneros?, ¿que hable de los ojos arrancados y de los hombres enterrados vivos?, ¿que señale por su nombre a cada uno de los asesinos y de cada uno de los responsables, grandes o pequeños? Si así lo desea, estoy dispuesto a discutir con él por la prensa, la radio, la televisión, por dondequiera, aquellos hechos en todos sus detalles. Que caiga sobre él la responsabilidad por toda la pasión que ello pueda desatar, porque ha querido provocarnos cobardemente, cuando he tenido palabras generosas, como las tuve desde el primer día, para los soldados que cayeron valientemente frente a nosotros y para sus familiares igual que para los de mis compañeros. Porque soy cubano que desea el bien de todos y no de un grupo, porque queremos una patria con todos y para el bien de todos. Eduqué mi mente en el pensamiento martiano que predica el amor y no el odio, y es el Apóstol el guía de mi vida y como él me he visto en la amarga necesidad de empuñar las armas para usar contra la opresión que cierra todos los caminos de paz, y como él antes de saludar al adversario en la muerte hubiéramos deseado abrazarlo en la libertad, y como él sabremos caer de cara al sol luchando por el bien de los mismos que nos combaten.

Los soldados caídos en combate tendrán siempre nuestro respeto de adversarios sin miedo y sin odio, y sus familiares tendrán ayuda generosa cuando la revolución pensadora y magnánima sea poder, como la tendrán también los que hoy no la tienen, los familiares de los compañeros nuestros que cayeron víctimas del asesinato, la represión y el odio.

Con los soldados hemos combatido de frente; jamás los hemos utilizado de pedestal para escalar posiciones. Los defendí más que nadie antes del 10 de marzo y ahí están mis escritos en el periódico "Alerta" como prueba irrefutable. Nunca les pedí nada a cambio de ello. Hubiéramos deseado que en vez de bravos militares hubieran estado allí defendiendo la fortaleza, la camarilla de politiqueros que medran sin riesgo, y que como los ingleses del dicho que peleaban hasta el último francés, son capaces de hacer pelear hasta el último soldado, para después marchar al extranjero con sus maletas repletas de oro.

Mis sinceras simpatías para todo militar que sin odio y sin ira sabe cumplir con lo que estima su deber; que sabe morir peleando, pero no asesina jamás a un prisionero indefenso.

Mis respetos para los Sarría, los Camps, los Tamayo, los Roger Pérez Díaz y para todo militar pundoroso aunque no piensen igual que yo. Mi admiración para el caballeroso comandante Izquierdo, Jefe de la Policía de Santiago de Cuba que, habiendo perdido un hermano en el combate, conversó conmigo amablemente y sin sombra de rencor, porque nosotros fuimos a combatir contra un sistema de gobierno y no contra un militar en particular.

Ya ve el señor Chaviano, que yo, adversario, puedo hablar así; él no, porque con la sangre de sus compañeros muertos amasa una fortuna de millones que toda Cuba conoce. El vicio, el contrabando y todo negocio turbio en la zona oriental encuentra en él un magnífico empresario. Hasta las nóminas políticas están totalmente controladas por él, según lo denunció el legislador gubernamental Morcades. ¿Desea también que uno por uno enumere sus negocios?

Por último desearía saber si el Estado Mayor consintió la publicación de esa carta. Si ello fuera así mentiría el régimen al hablar de cordialidad y convivencia pacífica. ¿Acaso se propone el señor Chaviano levantar una bandera de odio dentro de las fuerzas armadas?, ¿qué macabros designios se esconden detrás de su actitud?

Ningún militar honorable podrá estar de acuerdo con este proceder. Justo es consignarlo, porque no combato en este escrito a las fuerzas armadas, sino a quien la deshonra con sus actos, y con una provocación cobarde e injustificable en instantes en que el país requiere más que nunca de la sensatez de todos. El uniforme es para honrarlo y saberlo llevar, no para lanzar cobardes y arteros ataques, agazapados en el cuerpo armado.

No importa que nuestras manos estén sin armas. Hoy somos columnas morales de la patria y, como columnas, nos desplomaremos antes que doblegarnos. En Cuba estamos a pesar de todos los riesgos, y nuestros pechos limpios se yerguen sin temor a la bala homicida y mercenaria.

[En: *Bohemia*, 29 de mayo de 1955.]

Aquella mañana del 26...

(Fragmento)

El grupo de reserva al que hace alusión Fidel y que se extravió, más tarde pudimos comprobar que se perdió en la ciudad; porque el automóvil que iba al frente del mismo desertó y en su huída, se llevó el resto de los compañeros. Cuando se vinieron a dar cuenta estaban alejados del cuartel en una ciudad que no conocían. Es decir que los hombres que atacaron al Moncada, contando a los 21 del Hospital Civil, los 7 del Palacio de Justicia y los ocho que tomaron la posta tres, más los 45, al frente de los cuales iba Fidel fueron en total: 87 hombres.

De acuerdo con los planes de proseguir la lucha en las montañas si fracasaba el ataque, una vez de vuelta en la finca Siboney, Fidel reunió a algunos hombres en total unos 18, con las armas y el parque que quedaba. Durante una semana ocuparon la parte alta de la cordillera de la Gran Piedra y el Ejército ocupó la base. Ni unos podían bajar, ni los del Ejército se decidían a subir. En medio de un terreno con muy escasa vegetación, sin agua, el hambre y la sed fueron venciendo la última resistencia. Fidel tuvo necesidad de ir distribuyendo a los hombres en pequeños grupos, consiguiendo algunos filtrarse entre las líneas del Ejército. Cuando sólo quedaban con Fidel dos compañeros, José Suárez y Oscar Alcalde, totalmente extenuados los tres, al amanecer del sábado primero de agosto, una fuerza al mando del teniente Sarría, los sorprendió durmiendo. Ya la matanza de prisioneros había cesado por la tremenda reacción que provocó en la ciudadanía, y este oficial, hombre de honor, impidió que algunos matones los asesinase en pleno campo con las manos atadas.

Aquella mañana del 26, el primer prisionero asesinado por la espalda fue nuestro médico Mario Muñoz, aunque la verdadera matanza de prisioneros no comenzó hasta las tres de la tarde, hora en que llegó de La Habana el general Martín Díaz

Tamayo, quien trajo instrucciones concretas salidas de una reunión, donde se encontraban: Batista, el jefe del Ejército, del SIM, el propio Díaz Tamayo y otros. Dijo que "era una vergüenza y un deshonor para el Ejército, haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y había que matar a diez prisioneros por cada soldado muerto"; orden que inmediatamente empezaron a cumplir con todos los que iban cayendo prisioneros.

Todos nosotros teníamos instrucciones precisas de ser humanos en la lucha, y tratar respetuosamente a los prisioneros. Al frente de un grupo de tres Ramiro Valdés, penetró en una barraca y tuvieron por un rato cerca de 50 prisioneros; los que fuimos la Palacio de Justicia hicimos 9 prisioneros; en otros lugares también se les capturó prisioneros; a todos se les trató correctamente. En cambio ellos nos dieron un pago diferente.

[En: *Fundamentos*, junio-julio de 1961.]

Veintiséis

(Fragmento)

...fue a Boris Luis el primero que vimos disparando junto a un muro del Moncada. Entre ráfaga y ráfaga, extendió la mano para saludarnos.

Cuando nos bajamos en el hospital, ya tuvimos que atravesar el espacio hacia la puerta bajo el fuego graneado. La batalla estaba andando. Casi enseguida que llegamos tuvimos que atender heridos: los dos primeros fueron soldados de la dictadura que levantamos del suelo inútilmente: estaban muertos. Más tarde llegó uno de los nuestros herido de bala a sedal en el vientre. Luego llegaron más y más. Pero el ruido de los balazos disminuía y eso era un signo malísimo.

Entró Abel y nos hizo notar que los disparos venían de un solo frente de los que se habían señalado para el ataque al Moncada. Esto era señal de que habíamos fracasado: por momentos el fuego era menos y menos y menos... Eran como las ocho de la mañana. Abel nunca perdió la serenidad. Nos llamó a las dos aparte y nos dijo: "Estamos perdidos. Ustedes saben igual que yo lo que me va a pasar a mí y posiblemente a todos. Pero lo que más me interesa es que ustedes, las mujeres, no se arriesguen. Escóndanse por el hospital. Ustedes son las que más oportunidad tienen de salvar la vida. Conserven la vida de cualquier manera. Tiene que quedar alguien para contar lo que pasó aquí." No supimos qué contestarle. Se nos fue entre las manos. Minutos después lo vimos en el patio, cuando lo detuvieron y se lo llevaron entre varios soldados, a golpes y culatazos.

Corrimos por los pasillos del hospital y nos refugiamos en la sala de niños, que era un infierno de chillidos y de terror; los niños no habían tomado alimento y gritaban de hambre y miedo. Ayudamos a la enfermera a preparar agua de cebada y eso nos ayudó a no pensar en lo que podía estar ocurriendo afuera.

A las diez de la mañana nos encontraron en la sala de niños. Nos subieron a un automóvil y nos llevaron al cuartel. Allí nos encerraron en una gran habitación que posiblemente pertenecía al club de oficiales, porque recuerdo que había mesas de billar. Y bajo las mesas de billar los muchachos ya torturados se quejaban sangrando sobre las baldosas. Se los llevaban de cuatro en cuatro, los arrastraban con ellos y un rato después los traían, desmadejados, para llevarse cuatro más. ¿Qué les hacían más allá de aquella puerta? Nunca lo supimos, porque a todos les habían arrancado los dientes a culatazos y cuando querían hablarnos sólo abrían la boca enseñando las encías ensangrentadas y murmurando cosas que no se entendían.

A mi lado dejaron caer al muchacho que habíamos atendido en el hospital. El de la bala a sedal en el vientre. No estoy segura, pero creo que ya estaba muerto. Había quedado a mitad del camino por donde pasaban los soldados y traté de levantarlo para que no le pasaran por encima. Con mucho trabajo lo senté y le apoyé la cabeza en mi hombro, pero pesaba mucho y se volvió a resbalar una y otra vez. Por fin no tuve más fuerzas para alzarlo y los soldados, sin preocuparse de apartarlo le pasaron varias veces por encima. La herida del vientre se abrió completamente y por ella empezaron a salirse los intestinos. Cuando nos sacaron de allí seguía tirado en el suelo: nunca supe cómo se llamaba.

Varios soldados nos llevaron a la oficina de la comandancia. Por el camino, uno de ellos nos dijo: "¿Ustedes no querían sangre? Pues vengan para que vean sangre."

Nos llevaron a la barbería del cuartel, donde por lo visto habían torturado a muchos. Estaba completamente cubierta de sangre: no sólo el piso, sino hasta las paredes y el techo. Nos arrastraron hasta un balconcito estrecho. Allí parecía haber un tragante tupido y la sangre se había estancado en un charco de 1 centímetro de profundidad. De afuera soplaba una brisita de mañana, que hacía pequeñas olas en el laguito de sangre, como un mar muy tranquilo rompiendo en la arena.

Encerradas en la oficina de Sarría pasamos un espacio de tiempo que no sé cuánto duró. No sé, me acuerdo que un soldado iba y venía, horrorizado, hablando solo y muy bajito como un loco, como un sonsonete que no paraba: "Esto sí que a mí no me gusta. Esto no puede ser". Me acuerdo que Haydée y yo comenzamos a tener arqueadas secas, con dolorosas contracciones del estómago vacío. Pedí agua y me dijeron que: "Ibamos en coche de que no nos hubieran matado y de contra pedíamos hasta agua."

Luego debe haber pasado un día, porque nos llamaron para que viéramos el entierro de los militares muertos. Nos asomaron por una ventana y vimos salir los carros fúnebres, con banda militar y banderas del 4 de septiembre. Buscamos para ver si

veíamos algún ataúd que pudiera ser de los nuestros. Pero de ellos sí que no volvímos a saber jamás. De afuera nos llegaban noticias que era mejor ni oír. A través de la puerta oímos gritar a una mujer en el pasillo: "Me mataron a mi marido". Luego nos dijeron: "Al cabecilla de ustedes, a Fidel Castro, lo hicimos tiritas" y hasta nos ofrecieron enseñarnos el cadáver.

En la noche un soldado le dijo a otro: "¿Qué se habrá creído ése de los zapaticos de dos tonos?" Y comprendí que habían atrapado y torturado a Boris Luis: él llevaba los únicos zapatos de dos tonos. En el fondo, creo que las dos estábamos seguras de que Abel había muerto, pero creíamos que si no lo decíamos lo mantendríamos vivo. Ni una sola vez habló Haydée de su hermano, como para no matarlo con el pensamiento. Sólo lo mencionó cuando nos trasladaron, una eternidad después al vivac de Santiago de Cuba.

Bajamos las dos desde la claridad de afuera hasta un sótano donde estaban hacinados los prisioneros. Y por primera vez Haydée dijo en voz alta lo que siempre había temido: "Mira bien. Si Abel no está aquí, es que lo mataron". Instintivamente nos apretamos las manos en la oscuridad mientras bajamos la escalera. Uno a uno empezamos a mirar a los muchachos, buscando el rostro de Abel, Haydée llegó primero con sus ojos al último de la fila, porque sentí que la presión de su mano iba disminuyendo hasta cesar: Abel Santamaría estaba muerto. Después, no sé como, alguien me dijo que ya era el 28 de julio.

Así, setenta y dos horas de mi vida desaparecieron.

Era el 28 de julio: la larga noche sin días del 26 de Julio había terminado.

[En: *Veintiséis*. Editorial Ciencias Sociales, Instituto del Libro, La Habana, 1970, pp. 117-123.]

Resueltos a continuar la lucha

(Fragmento)

Llegamos a Siboney nuevamente sin más problemas. El combate nos había enardecido y manteníamos los deseos de seguir tirando tiros. Fidel nos arengó otra vez. Calculo que habíamos allí todavía unos 60 ó 70 del contingente original. Nos dijo el líder que el que quisiera seguirlo que lo siguiera, pues él se iba para las montañas a pelear. Se inició una discusión sobre las posibilidades de triunfar en nuestro empeño, que en esos momentos eran nulas, por el fracaso del "Moncada". Entonces la mayoría decidió dispersarse. Muchos dejaron las armas en la casa y entonces me hice de una escopeta 16 y dos cajas de balas. Unos 19 decidimos formar una pequeña tropa con Fidel y seguirle hacia las lomas. En este grupo estábamos muchos de Artemisa: recuerdo a Emilio Hernández, Suárez Blanco, los dos Galán, Rosendo Menéndez, Mario Lazo, Gerardo Granados y Ricardo Santana, entre otros.

Emprendimos la marcha, siguiendo a Fidel y en la primera loma se nos perdió Emilito Hernández. Después supimos que apareció muerto en el Cuartel. Creíamos que el ejército venía pisándonos los talones, discutimos con Fidel nuevamente y lo convencimos de continuar internándonos. Llegamos a una casa donde había una morena de avanzada edad que nos recibió con grandes muestras de simpatía.

Le curó la herida a Benítez con algunos medicamentos que tenía allí y nos hizo café. Después nos indicó el camino a seguir y nos dijo que enviaría a su nieto a que nos alcanzara y nos guiara hacia la Gran Piedra, desde donde podríamos internarnos en la Sierra Maestra.

Efectivamente, como una hora más tarde nos alcanzó su nieto. Era un negrito fuerte, de unos 18 años. Nos acompañó largo trecho, hasta ponernos sobre la senda que nos llevaría a la Gran Piedra. Se portó muy bien, con gran valor, sin demostrar preocupación en ningún momento por las represalias que pudieran

tomar contra él. Inclusive nos dejó los cigarrillos que tenía y no quiso aceptarnos dinero. Cuando se separó de nosotros nos deseó buena suerte.

Continuamos ascendiendo, hasta llegar a la zona de Sevilla Arriba. Allí encontramos en un "vara en tierra" a un negro, fuertote él, que tenía una cría de pollos y puercos. Le ofrecimos comprarle algunos animales, para comer, pero el hombre se negó. Ni siquiera se inmutó ante la presencia de aquel grupo de 18 ó 19 hombres armados hasta los dientes. Una y otra vez rehusó vendernos los animales. Fidel, tan persuasivo, no pudo convencerle. Sin embargo, nos dijo que más adelante vivía un hermano de él que tenía una cría más grande y que ése sí nos vendería lo que necesitáramos. Como no nos había gustado la actitud del individuo, le conminamos a que fuera con nosotros hasta donde el hermano. Así lo hizo y poco rato después llegábamos al ranchito del pariente. En efecto, la recepción que tuvimos de éste fue bien distinta a la anterior. El hombre demostró gran entusiasmo por cooperar y mató un puerco y preparó unas viandas para que comiéramos. Por lo que conversamos con él, supimos que ya estaban enterados de lo que había pasado en el "Moncada". En toda aquella zona montañosa, la mayoría de las familias eran de negros o mestizos.

Fidel quedó impresionado con el moreno y le regaló una pistola 45 niquelada. El hombre le contó todos los trabajos que habían pasado con los terratenientes de la comarca, que los "llevaban recio". Fidel, en una salida muy suya, le dijo: "Pues cuando vengan a molestarte, ábreles fuego con esta pistola. No creas en nadie. Defiende lo tuyo." Antes de marcharnos, nuestro amigo y sus familiares nos indicaron que nos cambiáramos la ropa. Así lo hicimos y ellos escondieron la que nos habíamos quitado. Más tarde supimos que los dos hermanos habían sido brutalmente maltratados por los soldados mientras trataban de localizarnos. Nos causó una magnífica impresión ver cómo aquella gente de preparación rudimentaria demostraba sentimientos revolucionarios y compartían nuestras preocupaciones por el bienestar de la patria.

Antes de despedirnos, el campesino nos indicó que nos dirigiéramos hacia un bajío donde tenía otros parientes que nos brindarían ayuda también antes de escalar las montañas más altas.

El lunes 27 por la mañana estábamos en el bajío, donde hicimos contacto con los familiares del guajiro que tan amablemente nos había tratado. Allí se repitieron las atenciones. Nos prepararon comida y descansamos un buen rato de la penosa caminata. En un radio de batería escuchamos a Batista haciendo su repugnante discurso sobre el asalto al "Moncada". Después de hacer este alto para reponer fuerzas, reanudamos la marcha, para internarnos en la Sierra. Durante dos días tuvimos que estar eludiendo el acoso de los aviones del Ejército que volaban sobre nosotros, hostilizándonos. El miércoles y el jueves lo pasamos acampados. Rei-

naldo Benítez estaba muy mal por el balazo en la pierna. Jesús Montané, que tiene los pies planos, apenas podía caminar. Teníamos que llevarlos a ambos casi a rastras. Nos cogió la noche el jueves en un desfiladero y decidimos pasarla allí. Poco rato después de detenernos sentimos un disparo. Era Mario Lazo a quien se le había escapado un tiro, atravesándole el proyectil la axila derecha y saliéndole por el hombro. Ya eran tres los hombres de baja en la maltrecha tropa.

Volvimos a conferenciar con Fidel. No queríamos dividir el grupo, pero, evidentemente, los compañeros heridos no podían seguir escalando las montañas. Fidel se puso "duro". Me dijo terminantemente que tenía que regresar a Santiago con los heridos. A regañadientes, Rosendo Menéndez y yo aceptamos la misión de volver con los dos heridos y con Montané. En la marcha de retorno hicimos una parada en la casa donde nos habían atendido la última vez. Allí nos pidieron que les entregáramos la ropa para lavarla. Lazo había salido vestido de blanco de Siboney y ahora estaba rojo, tinto en sangre de pies a cabeza. Había perdido mucha sangre por la herida. Nos desnudamos y metimos en una cueva cercana. Llovía a cántaros. Pasamos un frío de los mil demonios. Varias horas después ya estaba lavada y planchada la ropa y volvimos a vestirnos. A Lazo le habían hecho una "cura de caballo" con una mascada de tabacos que, a pesar de lo rudimentario del tratamiento, le contuvo la hemorragia efectivamente.

Desde arriba habíamos visto una casa de vivienda y Lazo y yo nos pusimos de acuerdo para dirigirnos allí. Algo nos decía que si seguíamos juntos el camino hasta Santiago íbamos a tener problemas. Menéndez, Benítez y Montané insistieron en buscar el camino de Santiago y partieron delante de nosotros.

Como a las dos horas emprendimos la marcha Lazo y yo. Serían, poco más o menos las seis de la mañana.

Antes de llegar a la vivienda que habíamos localizado desde la montaña, nos topamos con un campesino, que nos dijo que a los otros tres compañeros los habían capturado apenas llegaron al llano, lo que confirmó la corazonada que habíamos tenido Lazo y yo.

Nos dirigimos a la casa, que resultó ser de Benjamín Arza, que hacía política por los auténticos. La gente que estaba allí "se erizaron" al vernos. Estaban enterados de todo lo que había pasado en Santiago, de las represalias tomadas contra los atacantes del cuartel y temían verse envuelto en aquello. Desde las ventanas nos miraban con el temor brillándoles en los ojos. Tuvimos que ponernos duros y amenazarlos casi. La esposa de Arza era tía de Rafael Díaz Balart. Pero se portaron bien y accedieron a ayudarnos. Nos condujeron a una loma detrás de la finca. Allí permanecimos un mes. Nos daban algo para desayunar y hacíamos una sola comida, que nos enviaban en una lata grande. La herida de Lazo no estaba nada bien. En un momento pareció que perdería el brazo. Yo le hacía curas con mertiolate y alcohol.

Recuerdo que un día le extraje cinco gusanos de la herida. Sobre el 29 de agosto, más de un mes después de la ingrata experiencia del "Moncada", salimos hacia Santiago. Un hijo de Arza que era jefe de veterinaria en la Capital de Oriente, había combinado nuestra salida. Íbamos en un camión de leche y nos precedía un jeep de la finca, que tenía la misión de ver si el camino estaba despejado, pues no sabíamos si el ejército continuaba buscando a la gente de Fidel. Ya estábamos enterados de que éste había caído prisionero y que los supervivientes de la odisea estaban presos en la cárcel de Boniato.

Nos llevaron a la casa de Alfredo Guerra, en Vista Alegre. Allí estuvimos tres días encerrados en un cuarto. Nos visitó un médico que se quedó sorprendido al ver que la lesión de Lazo estaba completamente cicatrizada. En aquel lugar nos separaron y me enviaron a la casa de Pepe Espín, padre de Vilma, donde estuve como dos meses.

Salí de Santiago en automóvil con un médico que me llevó hasta Palma Soriano donde tomé un carro de "Santiago-Habana", bajándome en El Cotorro, pues allí me esperaba un hermano que había hecho las gestiones para asilarme en la embajada de Guatemala. Estas gestiones fracasaron, pero, en definitiva, pude asilarme en la embajada de Uruguay, saliendo hacia Costa Rica al cabo de algún tiempo.

[En: *Revolución*, 22 de julio de 1963.]

Hay esos momentos en que nada asusta...

Estos son los hechos que Melba recordaba con precisión. Los que yo inútilmente he tratado de olvidar. Los que yo recuerdo envueltos en una nebulosa de sangre y humo. Los que compartí con Melba. Los que Fidel narra en *La historia me absolverá*. La muerte de Boris y la de Abel. La muerte segando a los muchachos que tanto amábamos. La muerte manchando de sangre las paredes y la hierba. La muerte, gobernándolo todo, ganándolo todo. La muerte, imponiéndosenos como una necesidad, y el miedo a morir sin que hayan muerto los que deben morir, y el miedo a morir cuando todavía la vida puede ganarle a la muerte una última batalla.

Hay esos momentos en que nada asusta, ni la sangre, ni las ráfagas de ametralladoras, ni el humo, ni la peste a carne quemada, a carne rota y sucia, ni el olor a sangre caliente, ni el olor a sangre coagulada, ni la sangre en las manos, ni la carne en pedazos deshaciéndose en las manos, ni el quejido del que va a morir. Ni el silencio aterrador que hay en los ojos de los que han muerto. Ni las bocas semiabiertas donde parece que hay una palabra que de ser dicha nos va a helar el alma.

La vida de Fidel era la de todos nosotros

Hay ese momento en que todo puede ser hermoso y heroico. Ese momento en que la vida, por lo mucho que importa y por lo muy importante que es, reta y vence a la muerte. Y una siente cómo las manos se agarran a un cuerpo herido que no es el cuerpo que amamos, que puede ser el cuerpo de uno de los que veníamos a combatir, pero es un cuerpo que se desangra, y una lo levanta y lo arrastra entre las balas, entre los gritos y entre el humo y la sangre. Y en ese momento una puede arriesgarlo todo por conservar lo que de verdad importa, que es la pasión que nos trajo al Moncada, y que tiene sus nombres, que tiene su mirada, que tiene sus manos acogedoras y fuertes, que tiene su verdad

en las palabras y que puede llamarse Abel, Renato, Boris, Mario, o tener cualquier otro nombre, pero siempre en ese momento y en los que van a seguir puede llamarse Cuba.

Y hay ese otro momento en que ni la tortura, ni la humillación, ni la amenaza pueden contra esa pasión que nos trajo al Moncada.

El hombre se nos acercó. Sentimos una nueva ráfaga de ametralladoras. Corrí a la ventana. Melba corrió detrás de mí. Sentí las manos de Melba sobre mis hombros. Vi al hombre que se me acercaba y oí una voz que me decía: "Han matado a tu hermano". Sentí las manos de Melba. Sentí de nuevo el ruido del plomo acribillando mi memoria. Sentí que decía, sin reconocer mi propia voz: "¿Ha sido Abel?" El hombre no respondió. Melba se me acercó. Toda Melba eran aquellas manos que me acompañaban. "¿Qué hora es?" Melba respondió: "Son las nueve".

Estos son los hechos que están fijos en mi memoria. No recuerdo ninguna otra cosa con exactitud, pero desde aquel momento ya no pensé en nadie más, entonces pensaba en Fidel. Pensábamos en Fidel. En Fidel, que no podía morir. En Fidel, que tenía que estar vivo para hacer la revolución. En la vida de Fidel, que era la vida de todos nosotros. Si Fidel estaba vivo, Abel y Boris y Renato y los demás no habían muerto, estarían vivos en Fidel que iba a hacer la revolución cubana y que iba a devolver al pueblo de Cuba su destino.

Lo demás era una nebulosa de sangre y humo, lo demás estaba ganado por la muerte. Fidel ganaría la última batalla, ganaría la Revolución.

[En: *Relatos del asalto al Moncada*. Editado por la Comisión de Orientación Revolucionaria de la Dirección Nacional del PURSC, La Habana, 1964, pp. 68-70.]

Recuerdos del ataque

(Fragmento)

Mientras avanzábamos hacia el cuartel, ocupando la tercera máquina, vimos venir por la acera a un soldado con un cartucho en la mano. Gustavo Arcos le dio el alto, bajándose rápidamente del carro. La primera máquina había forzado la posta tres. Fidel iba en la segunda.

Arcos al bajarse, resbala, el "casquito" estúpidamente quiere aprovechar el accidente y lleva su mano hacia el revólver. Este fue su grave y último error.

Mientras tanto, el fuego tomaba grandes proporciones. Fidel, desde la propia puerta del cuartel, daba órdenes de que avanzáramos... y el tiro "sato". Protegidos por el carro comenzamos a responder al nutrido fuego de la soldadesca. Así transcurrió largo rato. Entonces observé que algunos de los compañeros de la avanzada iniciaban la retirada, cumpliendo órdenes de Fidel. Nuestro pobre y escaso parque era cada vez menos.

Nuestra posición estaba sometida a un potente fuego. Los pedazos de mampostería de la pared del cuartel saltaban por el aire. Más tarde supe que estábamos bajo el fuego de una calibre 50. No era "familiar" para mí aquel tableteo rítmico y penetrante.

Avancé decidido hacia la segunda máquina, que estaba a mi derecha. Por un instante quedé al descubierto. De pronto sentí un fuerte impacto en mi hombro derecho, y en la mano izquierda, que me tumbó al suelo. En breves segundos tenía la mano horriblemente hinchada, de mi hombro salía abundante sangre. Pero comprendía que debía hacer acopio de todas mis fuerzas si quería salir vivo de aquel lugar.

Rápidamente gané la acera opuesta, escurriéndome a través de unas casas situadas frente al cuartel, logré alcanzar la calle. Después me enteré que aquellas casas pertenecían a oficiales de la tiranía.

Ya en plena calle, intercepté una máquina de alquiler. Sin detenerme a mirar le dije: "*Llévame para Siboney.*"

Él me respondió: "*No tengo gasolina para llegar hasta allí.*"

Sin titubear manifesté: "*No importa, le echamos.*"

La máquina estaba ocupada por un señor de cuarenta años, de acento español. Este y el chofer estaban extremadamente excitados. En lugar de llevarme para Siboney me condujo a la Colonia Española. No lo supe hasta que no llegué al lugar, yo no conocía tampoco Santiago. Allí me dijo: "*Quédate aquí para que te curen.*"

"*Espérate que voy a buscar al médico,* nos dijo el enfermero. Estábamos en la sala de reconocimiento. Cuál no sería mi sorpresa e indignación cuando vi llegar en lugar del médico a un "tremendo" cabo de la Guardia Rural.

Este venía un poco nervioso, parece que ya tenía noticias de los sucesos que se estaban produciendo. Ambos se pusieron a conversar sin dirigirse a mí. Yo permanecí sereno sobre la mesa de reconocimiento, tenía a medio colocar una bata sanitaria que me permitía ocultar mi pistola. En forma vaga el cabo le comunicó al enfermero que yo estaba detenido.

Hoy comprendo que el temor y la duda embargaba a este agente del batistato. Yo conservaba aún mi "camuflaje", el traje del ejército de la tiranía que habíamos adoptado como parte de nuestro plan.

Frente a esta escena, quizás, el cabo pensó de esta manera: "Si es enemigo lo tengo detenido, si es de los nuestros lo estoy cuidando... y así no tengo que ir al Moncada".

Al poco rato, ya había recibido los primeros auxilios y esperaba mi traslado a una habitación por orden facultativa, cuando hizo su aparición un hombre grueso, sin camisa, extremadamente pálido y con sus manos sobre el vientre... todo destrozado.

Dirigiéndose a mí, me preguntó: "*¿Tú eres transeúnte o revolucionario?*" Sin meditar, le respondí: *revolucionario.*

Enfurecido extrajo su pistola, varias personas que allí se encontraban se le abalanzaron. Tarde comprendí que éste seguramente era un agente de los cuerpos represivos de la dictadura, pero la suerte estaba de mi lado. Su tez adquirió un color cenizo y cayó de bruces al suelo antes de que pudieran auxiliarlo. Batista había perdido un asesino.

Ya en la habitación, junto al compañero Gustavo Arcos, que había sido sometido a varias operaciones a consecuencia de las graves heridas recibidas. Su estado me preocupaba... estaba casi muerto. Recibimos la visita, en forma descompuesta, de varios oficiales que traían órdenes del sanguinario Chaviano para sacarnos de allí. El doctor Posada los interceptó en la puerta y estableció con ellos una violenta discusión. El galeno se negaba, una y otra vez, a los propósitos criminales de los emisarios del tristemente célebre coronel Ríos Chaviano.

Durante varios días continuó el asedio de los criminales. Siempre la misma actitud valiente en el doctor Posada, cuya viril conducta hizo posible que conserváramos la vida. Había que pa-

Siempre supimos que el asalto al Moncada culminaría en la victoria

(Fragmento)

Los soldados de la tiranía no entraron en el Hospital hasta una hora después de cesar el fuego. Entonces comenzó la orgía de sangre. A uno de los hermanos Matheu que había sido herido, lo sacaron de su cama y lo desaparecieron. A nosotros nos llevaron hacia el cuartel. Antes de llegar al mismo, asesinaron al doctor Muñoz. Estaba a unos pasos de nosotras.

Nos llevaron al Club de Oficiales del Moncada. Allí iban llegando los muchachos que venían de las cámaras de torturas. Allí llevaron a un compañero al que habíamos vendado una herida en el vientre. Venía con el cuerpo destrozado, con la cara cubierta de sangre. Los habían golpeado terriblemente. Se sentó junto a mí. Apenas podía sostenerse. Yo traté de sostenerlo por los hombros. Pero era inútil. Cayó al suelo. Allí lo patearon y golpearon más aún. Estaba ya inconsciente. Luego se lo llevaron y no lo vimos más.

Haydée y yo oímos a aquellas bestias que hablaban:

—El de los zapatos de dos tonos es una fiera.

Nos dimos cuenta de lo que querían decir aquellas palabras. Boris tenía unos zapatos nuevos de ese tipo. Con ellos había ido al Moncada por una muchachada, ya que los demás se pusieron zapatos que venían bien con los uniformes. Hablaban de Boris. Lo estaban torturando y no podían dominarlo.

A Yeyé y a mí nos pasaron a una oficina. Desde allí vimos los funerales de los soldados y la llegada de Díaz Tamayo. Estábamos impacientes. Cerca de nosotras se estaba desarrollando la tragedia, se estaban cometiendo los crímenes terribles y nada conocíamos. "El Tigre" fue a vernos. Nos dijo lo que le habían hecho a Abel y a Boris. Haydée tuvo tanta firmeza en aquellos momentos que no puedo describirla. Fidel lo contó en "La historia me absolverá". Como él dijo: "Nunca fue puesto en lugar tan alto el heroísmo y dignidad de la mujer cubana".

Alrededor de las siete de la noche de aquel día terrible en que la soldadesca venía a rendirnos cuenta constantemente de sus atrocidades, un sargento que hasta entonces se había mantenido discretamente y no había participado en aquellos hechos siniestros, se acercó a nosotras. Le dio un pañuelo blanco a Haydée y le dijo:

—Toma, lo vas a necesitar. Lo que ustedes esperaban, pasó ya.

Por esta frase calculamos que fue a esa hora cuando asesinaron a Abel.

¡Con cuánta firmeza recibió Haydée aquella noticia! Hay que ver lo que era su hermano para ella. No he conocido hermanos más unidos. Más fácil hubiera sido para Yeyé perder la vida que perder la de los seres que más quería. Yeyé no querrá que hable así. Pero puedo decirlo. Las mujeres cubanas podemos enorgullecernos de contar con un ejemplo como el de ella.

Abel nos había dicho en el Hospital que sabía que iba a morir.

—Lo importante —decía— es que no muera ésto que hemos iniciado.

Fidel nos había enseñado que al final sería la victoria y a pesar de aquellos golpes terribles, a pesar de que pensábamos que el propio Fidel había caído, siempre mantuvimos la fe en los principios y en el triunfo final.

[En: *Verde Olivo*, 28 de julio de 1963.]

Raúl Gómez García, el poeta mártir del 26 de Julio

(Fragmento)

La muerte del Poeta Mártir fue relatada a la madre por sus compañeras de luchas Melba Hernández y Haydée Santamaría:

Raúl estuvo a nuestro lado. A nuestro lado sus últimos esfuerzos, dignos de su nobleza, de sus sentimientos humanos. El Tte. Feraud, de la guarnición del Moncada, fue abatido en nuestro frente, los médicos oficiales se negaron a atenderlo en medio de la balacera. Raúl desafió el peligro en el intento de conducirlo al hospital. Una bala rechazada por el muro lo hizo tambalearse. Intentó nuevamente su empeño, trató de llegar reptando, hasta que tuvimos que retirarlo aturdido por el golpe de una bala que le alcanzó a sedal en la cabeza.

Estábamos en el piso del Club de Alistados, prisioneras. Trajeron a un joven tan brutalmente maltratado que no pudo sostenerse y cayó al suelo. Cuando lo sentaron junto a nosotras, reconocimos a Raúl. Le habían sacado los dientes, los habían golpeado aquellos bárbaros en forma tan salvaje, que no se podía explicar cómo pudo mantenerse sentado. Más tarde, lo asesinaron a golpes.

Murió recitando unos versos de su poema "Reclamo del Centenario":

Maestro, bajo tu frente enorme,
En la profundidad perenne de tus sueños...

Poco antes de morir su pensamiento fue hasta la madre querida, su viejita, como él le decía, y escribió cuatro palabras:

Caí preso
tu hijo

En la tarde de aquel trágico día, aparecía su cadáver tendido en un patio interior del Moncada junto a él un arma semejante a un combatiente muerto en acción de guerra.

Manos puras hicieron llegar hasta la madre las cuatro palabras, donde se probaba que Raúl no había caído en el asalto sino había sido golpeado y ametrallado dentro de las mazmorras del cuartel Moncada. Así murió el glorioso "POETA MÁRTIR DEL 26 DE JULIO".

[En: *Bohemia*, 23 de julio de 1961.]

Los fundadores de la nueva Cuba

El primer cadáver que vimos tenía las manos crispadas hacia arriba, el cráneo vacío, un rifle al lado; lo que había dentro de la cavidad craneana estaba esparcido por el piso, mezclado con polvo, oliendo a pólvora. Recién habían vestido el cadáver de aquel joven con un uniforme nuevo, color kaki de los que usaba el antiguo ejército; los cordones de los zapatos estaban sin encintar, los labios destrozados, también los dedos. No se nos permitió observar detenidamente aquel mártir ni a ninguno.

Era de tarde, la tarde del 26 de Julio, el cielo estaba aplomado como el ambiente; iniciábamos un dramático peregrinaje por los patios, escaleras y pasillos del Moncada, diez horas después del ataque. Habían sido infructuosas todas las gestiones que hicimos durante la mañana para acercarnos a la garita de la entrada, en los minutos siguientes a la acción. Ahora comprobábamos por qué se negaron; el asesinato estaba premeditado, de haber realizado el recorrido horas antes sólo hubiéramos visto unos cuantos muertos y algunos heridos de parte y parte.

"En esta zona se hicieron fuertes ellos", decía el sicario que fungía de guía a los periodistas y autoridades civiles y judiciales. Así creía justificar el destrozo de aquellos cuerpos, los cadáveres horriblemente mutilados de los revolucionarios que intentaron la toma del Moncada sin otros armamentos que escopetas de caza, con perdigones y una o dos armas automáticas.

¿Ilusos? No, revolucionarios conscientes, convencidos de que el papel de los revolucionarios no es el de Job, como dijera Fidel, sino el de hacer la revolución con las armas, aunque éstas fueran tan escasas y deficientes como las que usaron en el Moncada.

Siguió aquel andar por los interiores y exteriores del Moncada haciendo esfuerzos tremendos por no mancillar con nuestras pisadas aquellos cadáveres que ya entraban en la historia. Los habían colocado de manera que fuera casi imposible no tropezar con ellos o con sus vísceras vaciadas sobre el piso; los guardias las pisaban o apartaban con la punta de la bayoneta calada.

Las paredes estaban manchadas de sangre, se veían las huellas de manos heridas que se afirmaron en la pared en la agonía, la fina capa de yeso que la revestían estaba rasgada por las uñas que se aferraron a ella en el afán de vivir para volver a servir a la Patria. Las uñas, llenas de sal habían sido magulladas por las botas de los guardias ebrios de odio y alcohol.

En los desniveles del piso se formaron pequeños y grandes charcos de sangre. Invariablemente había avulsión de la masa encefálica en los cadáveres —todos de rostros jóvenes. Los verdugos indicaban para la cabeza de sus víctimas: "Fíjense qué puntería la de los soldados, todos dieron a la cabeza", una sonrisa muy cínica rubricaba el comentario. "Fueron muertos a boca de jarro", afirmamos. "Esto es para ver y callar" ripostó colérico el Teniente Rico ayudante de Chaviano. ¿Y los detenidos?, repetíamos la pregunta que en la conferencia de prensa habíamos hecho: "No hay detenidos", fue la respuesta tajante. "¿Ni heridos? "Tampoco". Los detenidos y los heridos yacían asesinados sobre los mosaicos del cuartel y el césped de sus patios.

Contábamos los cadáveres, eran unos cuarenta y ocho a las cinco de la tarde, al día siguiente y en los sucesivos hasta el treinta de julio la cifra ascendía hasta cerca de un centenar, incluyendo los de Bayamo.

Casi a todos los cadáveres esparcidos por los patios interiores del Moncada, le faltaban los dientes y las uñas, estaban a medio vestir y debajo del uniforme podía verse una bata blanca, de las que usan los enfermos en el hospital, estos eran los jóvenes que comandaba Abel Santamaría.

Los carros del contingente de Abel, fueron los últimos en llegar a la zona de operaciones. Cuando los revolucionarios empezaban a bajarse de las máquinas comenzó el fuego; ese era un mal síntoma porque se había advertido que solamente se dispararía, en última instancia, si no se lograba tomar la posición por sorpresa como había sido planeado. Con Abel iban entre otros el médico Mario Muñoz y las dos mujeres que integraban el movimiento, Haydée Santamaría, hermana de Abel y Melba Hernández.

Como a las ocho de la mañana el fuego había disminuido extraordinariamente, sólo se producían disparos aislados. Fue entonces que Abel, serenamente, les dijo a sus compañeros: "Estamos perdidos, ustedes saben igual que yo lo que me va a pasar a mí y posiblemente a todos." Y dirigiéndose a las mujeres: "Pero lo que más me interesa es que ustedes las mujeres no se arriesguen, escóndanse en el Hospital y esperen. Ustedes son las que más oportunidad tienen de salvar la vida. Conserven la vida de cualquier manera. Tiene que quedar alguien para contar lo que pasó aquí..."

Después se vistieron de enfermos y ocuparon camas para no ser advertidos por los guardias cuando registraron el Hospital, la primera incursión fue negativa para los captores, pero la segunda, con la ayuda de un delator, resultó fatal para los revolucionarios. Al instante comenzaron las torturas, primero y con mayor ensañamiento en la persona de Abel y de Boris Luis Santa Coloma que había llegado al Hospital para ayudarlos, después de estar a salvo en la Granja de Siboney.

En el Moncada guardaban la retirada a los compañeros que tenían mayores posibilidades de salvarse: José Luis Tasende, Gildo Fleitas, Arcos, Miret y otros. Tasende tenía una rodilla herida pero se obstinaba al arma para disparar hasta el último tiro, fue hecho prisionero y asesinado después.

La fuerza enemiga, aunque desmoralizada, era numerosa y bien dotada de armamentos y municiones y entrada la mañana había comprobado que a los rebeldes no le llegaban refuerzos. El prostituido ejército decidió ensañarse con quienes lo desafiaron enarbolando la bandera del heroísmo y por cada militar muerto en combate fueron asesinados ocho o diez revolucionarios. En realidad era un grupo reducido el de los revolucionarios, no más de ciento sesenta de los integrantes del movimiento de la juventud del centenario estaban equipados y entrenados, aunque se puede afirmar que toda la juventud cubana se abrazaba al ideal de los del Moncada, sólo ese grupo se había preparado para la acción del 26 de Julio.

A los fundadores de la nueva Cuba les bastaba el recuerdo de sus hermanos muertos el 26 de Julio para crecerse en la lucha por los ideales que aquellos encarnaban. Debió ser muy grande la firmeza de tales ideales cuando ningún verdugo por feroz que fuera logró sacar de los labios de un prisionero revolucionario en las mazmorras del Moncada, el 26 de Julio, una palabra que comprometiera el posible triunfo del movimiento. Tampoco el látigo, las pinzas y toda la gama de instrumentos de tortura utilizados por los guardias fueron suficientes para reducir la moral de los combatientes presos ni para acallar su constante grito de Libertad o Muerte. Ahí están los relatos de los sobrevivientes, lo demuestra la ira del enemigo ante el descomunal valor de los revolucionarios. Un Raúl Gómez García recita versos compuestos por él, mientras es torturado. Abel muere en silencio, sin decir quién o quiénes más están comprometidos en la acción, le sacan los ojos y no habla, a la hermana la amenazan diciendo que si no habla van a hacerle otro tanto y calla, a Boris le extirpan sus miembros viriles, le pegan y torturan y no complace en un ápice a sus verdugos. Esto ocurría durante el día 26 de julio en los sótanos del cuartel Moncada.

Arriba sólo se veía el ir y venir nervioso de los guardias, con las botas ensangrentadas, las guerreras sudadas, los ojos desorbitados; olientes a ron, despedían olor a ron por los poros desde la más alta oficialidad hasta el soldado raso.

A medio día Chaviano llamaba a las instituciones cívicas y a la prensa para informar sobre los sucesos del Moncada. Limita las preguntas de los periodistas a una por cada órgano represen-

tado allí, él se reserva el derecho de responderla o no. Nosotros le preguntamos: "¿Presentará a los detenidos?" "No" —fue su respuesta y seguidamente aclaró: "Aquí no hay detenidos".

Nos aventuramos a la segunda pregunta: "¿Y las mujeres detenidas?" Por respuesta recibimos un fruncimiento de ojos del chacal, y el teniente Rico se le acercó y le habló al oído. La furia se le reflejó en el rostro. Más tarde sabemos que su edecán le informó que Panchito Cano logró retratar a Haydée y a Melba cuando se encontraban en la jefatura del cuartel. Siendo así las cosas, resultaba bastante audaz darles muerte, el miedo a la fotografía detenía a los verdugos. Más hay esto: Panchito no las había retratado realmente, sino hecho sólo el ademán con la cámara, ya que en ese momento en que las vio no tenía chasis colocado en la misma.

Más molesto que al inicio de la conferencia, Chaviano relató a su manera los hechos, dijo que los revolucionarios estaban muy bien armados, incluso con granadas de mano y rifles automáticos; que el ataque había sido financiado por Carlos Prío y que entre los insurrectos había muchos extranjeros, especialmente *indios putumayos*; sólo decía verdad cuando afirmaba que había venido al frente un joven llamado Fidel Castro Ruz.

Las falacias del informe de Chaviano leído aquella tarde, eran vergonzosas: el chacal atribuía a los revolucionarios asesinatos a mansalva; decía que habían abierto los vientres de los enfermos en los hospitales, usado arma blanca y decapitado a las postas; así querían tapar los crímenes horrendos cometidos por ellos. Después de la entrevista del jefe militar, que no había estado en el cuartel en el momento del ataque, sino que penetró en el mismo cuando el fuego había cesado, ordenó que todos los que habíamos llegado allí desde la mañana permaneciéramos incomunicados hasta tanto él diera la orden para salir a ver el teatro de la acción, según su propia expresión.

No habíamos más de quince personas civiles en la jefatura del Cuartel, éramos un grupo heterogéneo, de periodistas, fotógrafos y dirigentes de instituciones cívicas de la localidad y algunos abogados que fueron a interesarse por personas detenidas durante la mañana en cualquier parte de Santiago, apenas podíamos movernos del limitado espacio, nosotros concurrimos al Cuartel en los primeros momentos, aún se sentían algunos disparos, eran momentos de verdadera confusión; los soldados corrían de un lado para otro y salían como fieras del interior del campamento para tomar los jeeps en el polígono, esos jeeps los conducirían a las afueras de Santiago, al aeropuerto de San Pedrito, la carretera central y la playa Siboney; iban a la caza de los revolucionarios que pudieron retirarse una vez convencidos de que con las pocas fuerzas de que disponían no podían tomar Moncada.

Sobre una mesa de la jefatura vimos proclamas y discos, eran las que iban a ser distribuidas al pueblo y los discos con la última parte del discurso de Eduardo Chibás, intitulado el "Último Aldabonazo", o llamado a las conciencias dormidas para alertarlas en cuanto al estado de podredumbre política que el régimen de Prío había implantado, la herencia de deshonestidad dejada por otros regímenes se había desorbitado en los últimos tiempos. Los discos no pudieron propalarse por la radio como pensaba Fidel, para llamar al pueblo al Moncada, darle las armas y resistir en Santiago y en sus montañas. El plan era el de que la Revolución que se iniciaba se hiciera fuerte en la capital oriental y el pueblo armado se alzara a la manigua para reeditar la hazaña de los mambises. Tres años después los expedicionarios del Granma cumplirían ese propósito. Las proclamas y los discos habían sido ocupadas en el Hospital Civil, Saturnino Lora; fueron dejadas sobre un banco de mármol por Abel Santamaría y sus compañeros; Mario Muñoz que además de médico era un aficionado a la radiodifusión tenía la encomienda de organizar el aparato de divulgación en los primeros momentos, tan pronto se ocupara la segunda fortaleza militar de la dictadura.

Como simultáneamente se producía un ataque rebelde en Bayamo, la vía de la carretera Central quedaría bloqueada por los revolucionarios, de haber tenido éxito el levantamiento en la Ciudad Monumento.

La incursión por los lugares que el *chacal llamara el teatro de los hechos* continuó prolongándose hasta cerca de una hora. En realidad aquel no había sido el teatro de los hechos, o el campo de batalla. La acción militar se había concretado a la posta 3, los muros de esa ala del cuartel, el frente del Hospital Civil y la azotea del Palacio de Justicia, punto estratégico ocupado por Raúl y hacia donde hacía fuego una potente ametralladora enemiga. La senda por donde andábamos fue preparada por Chaviano y sus sicarios; sobre ella habían sido lanzados o arrastrados los cadáveres mutilados de los revolucionarios detenidos durante el día y muertos en las mazmorras del Moncada; donde había un joven caído, nunca observamos impactos de bala o de granada. Al más ignorante investigador era fácil advertir que los rebeldes no cayeron allí. Los propios médicos forenses declararían en sus actas judiciales la naturaleza de las lesiones que produjeron la muerte de cada joven y el estado de sus cuerpos.

Sorpresivamente el caminar entre héroes de talla de gigantes que yacían sobre la tierra que tanto amaban tuvo que cesar. Un imperioso secuaz del coronel mandó a detenernos. Anunció que se nos esperaba en el polígono para una información muy importante. No debíamos volver por donde hacía un instante anduvimos, sino por otro sitio. Muy pronto comprendimos lo que pasaba, un soldado comentó: "Ustedes no han visto nada". Nos condujeron por varios pasillos y de pronto estábamos en el polígono, Chaviano aguardaba colérico, había cometido otro error y sus amos lo requirieron, volviéndose a los periodistas y fotógrafos dijo: "De lo que acaban de ver, no se puede decir ni una palabra, les va

la vida en eso, hay censura absoluta de prensa, me acabo de comunicar con La Habana".

Dirigiéndose específicamente a los fotógrafos agregó: "Ustedes entréguenme los rollos de fotografías tomados, en seguida, de esto no puede salir nada, lo mandaremos a La Habana todo, y que no se quede ni un rollo olvidado en los bolsillos."

Había tres fotógrafos, dos comenzaron a buscar los rollos y chasis para entregárselo al coronel quien volviéndose a Panchito le advirtió: "Contigo tengo que tener cuidado, no te equivoques, y dame todas las fotos". En ese instante le anunciaban desde la ventana de su despacho que había otra llamada para él, fue la oportunidad para burlar la severa orden de requisa. Nosotros conservábamos las fotos de los carnavales que tomó Panchito la noche anterior para un reportaje que íbamos a escribir para *Bohemia*, la llevábamos en el bolsillo de la saya y rápidamente, sin que mediáramos una palabra, se las entregamos al fotógrafo, él incluso colocó en su cámara uno de estos chasis y sacó el último que había tirado en el Moncada. Dando una carrera Chaviano volvió al polígono y reiteró su orden: "Dame las fotos Panchito, quiero la cámara porque se te puede olvidar el rollo que tiene dentro" —dijo. El fotógrafo se la entregó y también una buena cantidad de rollos y chasis. "¿Son todos?" —preguntó. "Todos", respondió. Y eran todos los que había tomado durante los carnavales, los del Moncada estuvieron en *Bohemia* al amanecer del día siguiente.

A mitad de la escalera que conducía a los altos, había dos cadáveres tendidos de espalda, los brazos abiertos y sendos fusiles al lado; era una ironía, si en vida aquellos jóvenes hubieran tenido tales armas de seguro no habrían estado tendidos sobre los escalones del Moncada, sino rindiendo a los verdugos en batalla campal. Un poco más lejos, en Siboney y las inmediaciones de la Sierra Maestra, en Veguitas, en Bayamo se repetían las escenas de este tipo; toda la provincia de Oriente recibió un poco de la sangre pura de los fundadores de la nueva Cuba.

El cortejo saldría al día siguiente. Los llevaron al cementerio amontonados sobre tres rastras, ya aquella mañana eran más de 48, casi el doble; reposarían cerca de Martí.

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1962.]

Antes de ver a Fidel...

En el Moncada fue tanto el sufrimiento que llegó un momento que estaba insensibilizada... "Abel está muerto, Boris está muerto, ¿cómo yo no lloro ni siento nada? ¿Por qué no sufro?" Así pensaba yo. Vine a reaccionar cuando vi a Fidel.

Melba y yo estábamos en los altos, en el vivac, cuando sentimos una bulla y ella me dijo: "Ahí está Fidel". Cuando vi a Fidel vivo reaccioné y empecé a llorar, creo que estuve la noche entera llorando.

Antes de ver a Fidel yo pensaba que estaba muerta: me pellizcaba para ver si estaba viva y no me sentía. Melba creía que Fidel no estaba vivo, pero yo decía: "Si Fidel vive no importa lo demás". Lo del Moncada fue muy fuerte, para todos, porque uno no estaba preparado para esa cosa tan horrible que pasó.

Panchito Cano fue el que nos vio a nosotras allí. No en los primeros momentos, pero sí el mismo día. Cuando vimos a Panchito Cano, Melba y yo sentimos la misma sensación: este hombre no es guardia ni es malo. Él nos retrató a nosotras...

Nos sacaron del vivac en una máquina y nos ponen a Melba y a mí detrás. Delante iba un hombre, de espaldas, pero yo ni lo veía porque me daba igual todo... Y era Fidel. Si me hubiera dado cuenta que era él a lo mejor no me hubiera podido controlar. Cuando llegamos a la cárcel de Boniato que se bajó, ví que era él.

Cuando me vio me dijo: "Abel anda huyendo por las lomas." El no sabía que estaba muerto, y yo tuve que darle la noticia.

Boris, mientras tanto, había ido para Siboney, y allí se encontró a Ramirito Valdés. Le preguntó a Ramirito por nosotras dos y cuando le dijo que no sabía de nosotras, viró para Santiago de Cuba. Entonces es cuando lo cogen, ya él había tomado el camino de las lomas y viró.

El día 27 los militares trataron de hacer ver las cosas a su manera. Ríos Chaviano dio una conferencia de prensa. Yo recuerdo que él mostró los impactos de las balas, diciendo que eran de los ataques. Le pregunté dónde estaban los atacantes y dónde los guardias. Cuando me lo dijo le contesté: "Entonces los impactos no son de los atacantes, sino de los guardias".

Habló de las armas que traían "fabricadas en Montreal", y yo le pregunté: "¿Usted cree que en Montreal se fabrican armas?" Luego sacó la ametralladora de Pedrito Miret, que era un arma vieja, que yo conocía de antes, de Cayo Confites y de la Universidad. Pero cuando más se indignó fue cuando se le preguntó: "¿Dónde estaba usted en el momento del combate?"

Pero en el Moncada quedó vivo Fidel. Abel, en el hospital decía: "Bueno, aquí nos van a matar, pero Fidel es el que no puede morir". Y se lamentaba: "¿Por qué yo no iría con Fidel, se darán cuenta los que están con él que Fidel no puede morir?" Sabía que lo iban a matar, pero su obsesión era Fidel, que no le pasara nada.

[En: *El libro de los doce*. Editora Guairas, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1967]

Jovellar 107

(Fragmento)

Como a las 11 de la mañana del día 26 llega una vecina y me dice: "¿Usted no sabe lo que está pasando?" Y digo: "¿Qué pasa?" "Ay chica, dicen que en Santiago de Cuba están peleando soldados contra soldados". Y yo, ni por aquí. Digo: "Deja ver si se acaban de matar todos y se acaba tanta lucha y tanto cuento".

Más tarde, vienen y me dicen: "Óigame, dicen que en Santiago de Cuba se está peleando. Se dice que es Fidel con su gente pero que todo está sofocado y la mayor parte están muertos". Entonces, imagínense ustedes, pensé qué habrá de verdad en esto.

Pero ya por la tarde llegaron dos compañeros y me dicen: "¿Dónde está Melba?" y les dije: "Bueno, miren, Melba salió, ella no está aquí, está en Varadero". Los compañeros se miraron y entonces, dijeron ellos: "Es verdad". Ellos sí se dieron cuenta de qué pasaba. Pero todavía yo... "Mire Elena, Melba está en tal lugar". "¿Ustedes creen?"

Por la noche hubo una tirada especial de Alerta y el que lo vendía gritaba: "Asaltado el cuartel Moncada. Fidel está muerto y hay muchos muertos. Y hay dos mujeres presas que a una le dicen la doctora Elsa." Digo yo: "Ya aquí está segurito Manuel". Entonces Manuel bajó corriendo desde el tercer piso y compró un periódico.

Pasamos la noche, imagínense ustedes qué noche. Entonces por la mañana fueron llegando familiares de los desaparecidos: "Bueno, y ¿usted qué sabe?, ¿y fulano dónde está? dijo que iba para Varadero". Hasta que al fin, a las 4 de la tarde del día 27 salimos para Santiago de Cuba una tía de Boris, el novio de otra tía, el hermano de éste que manejaba la máquina y yo.

Llegamos a Santiago de Cuba el día 28 a las 12 del día porque primero estuvimos en Bayamo. Fuimos al cementerio y vimos los muertos que estaban allí. Después llegamos al cuartel y casi nos manda a fusilar el capitán que estaba en el puesto cuando llegamos allí: Que en Bayamo no había muertos ni había nada. Y no-

sotros acabábamos de ver los muertos. Eran como seis, no supimos quiénes eran; allí en el cuartico de hacer las autopsias, allí estaban; unos sobre la mesa de mármol blanco y otros en el suelo. Nosotros tratamos de ver si reconocíamos a alguno, pero aquello era ya imposible, estaban muy hinchados, aquello era horrible. Yo, que era la que más podía conocer a los muchachos, pero no era posible poder reconocerlos.

De allí salimos y nos fuimos a Santiago de Cuba. Llegamos a la jefatura de la policía, nos dijeron: "No aquí no hay nadie, aquí no ha habido nada". Están en el cuartel. Fuimos al cuartel y entramos. En el momento que llegamos entraban cinco compañeros al cuartico donde estaban torturando, pero dentro había otros, porque oíamos lamentos. Nos dijeron que a ellas las habían llevado para el Vivac. Salimos, vimos por ahí la máquina de Montané y nos fuimos del cuartel.

[En: *Santiago*, junio de 1973.]

El Moncada: hablan los forenses

(Fragmento)

¿En qué consistió la participación de ustedes durante los días posteriores al asalto?

Manuel Prieto: Podría dividirse en tres etapas. Sobre esto vamos a hacer un relato breve que se ampliará con las preguntas que ustedes puedan hacer. La primera etapa sería el levantamiento de cadáveres, que es una diligencia judicial dispuesta por una autoridad judicial. Esto se hizo a las diez de la noche del día 26 de julio. La segunda etapa es un nuevo reconocimiento de los cadáveres por disposición del presidente del Tribunal de Urgencia, el día 27 por la mañana en el lugar de los hechos. Y la tercera etapa, el reconocimiento de los cadáveres, uno por uno, en el necrocomio del cementerio de esta ciudad, el día 28 de julio a las ocho de la mañana.

José R. Cabrales: A las ocho de la mañana y a las dos de la tarde y a las ocho del otro día. El reconocimiento allá duró tres días.

¿Cómo se desarrolló la primera etapa?

M. P: Sobre las diez de la noche del día 26, la ciudad estaba sobrecogida por el terror. Todas las calles —yo vivo en una calle que realmente es solitaria: San Bartolomé— estaban desiertas, y sobre esa hora siento el frenar de unos cuantos vehículos. Luego sonaron culatazos en la puerta de mi casa. Salgo, y entonces se apean unos cuantos militares y me dicen que de parte del coronel Chaviano —entonces era coronel todavía, no era general—; que fuera al reconocimiento de los soldados muertos. Yo le dije: "Mire, dígale al coronel que yo soy médico forense, que eso es una diligencia que se practica a petición de la autoridad judicial correspondiente y en presencia del juez y con asistencia del secretario. Además, como son muchos muertos, tienen que buscar otro médico, aparte del juez y el secretario". Entonces les di la dirección del juez, que vivía cerca de mi casa. Lo

fueron a buscar, también al secretario del Juzgado del Norte, y al otro médico forense, que era el doctor Alipio Rodríguez.

Doctor, ¿cómo sabía que había muchos muertos?

M. P: Por los comentarios en la ciudad. Frente a mi casa había una Junta Provincial custodiada por militares, y la primera noticia que los mismos militares empezaron a difundir era que algunos soldados que habían llegado borrachos de los carnavales habían peleado con los que quedaban en el cuartel. Después, poco a poco ya fue trascendiendo la verdad al público y a las once o las doce de la mañana se sabía que había un combate y que había muchos muertos. Esa era la noticia general. Nadie se atrevía ni a acercarse por allá. Todas las bocacalles estaban cerradas por las postas de los soldados. En fin, salimos para el cuartel Moncada. La ida fue realmente espectacular. En cada cuadra paraban los jeeps. Era una caravana como de ocho o diez jeeps, todos llenos de militares con armas largas; se veían en zafarrancho de combate, mal vestidos. En cada esquina había una parada; apagaban las luces de los jeeps para que pudieran identificarlos los centinelas; la contraseña era "Baracoa" y había que repetirla continuamente. Así, después de muchas peripecias, llegamos al Moncada. Allí nos condujeron primeramente al salón de oficiales, donde estaban los catorce militares muertos, metidos en sus ataúdes. Les hicimos quitar la ropa y los reconocimos. Esa misión la realizamos el doctor Alipio Rodríguez y yo. Alipio Rodríguez se jubiló, se fue para La Habana y murió hace ya varios años. Bueno, mandamos a sacarlos de los ataúdes, los fuimos poniendo en una mesita y vimos que todos tenían heridas de bala en un plano frontal. Se veía que habían sido muertos en combate.

J. C: No tenían heridas de cuchillo, ni mutilaciones.

M. P: Eso fue lo que desmintió la versión que hizo preparar Batista a Chaviano, en el sentido de que los soldados de la posta habían sido pasados a cuchillo, para así hacer empalidecer la brutalidad de los asesinatos que cometió la dictadura posteriormente. Nosotros lo desmentimos firmemente; los cuatro forenses actuamos de la misma manera, y así consta oficialmente en todos los sumarios a pesar del riesgo concreto que eso implicaba. En realidad, se había dado la orden de que por cada soldado muerto debían caer diez revolucionarios, y querían justificar eso de alguna manera.

Los militares fueron vueltos a colocar en sus ataúdes y fuimos a ver a los muchachos muertos.

El espectáculo era realmente dantesco. En el pasillo, tiradas, había granadas de mano sin explotar. Todo estaba roto, partido por las balas o los fragmentos de metralla.

Entre los asaltantes muertos, saltaba a la vista otra gran mentira; los cadáveres semidestrozados estaban vestidos con uniformes caqui intactos, aún con el brillo de fábrica y sin una sola huella de bala. Evidentemente, los habían vestido después de muertos para hacer creer que habían caido en combate.

Había más de cuarenta cadáveres. A algunos les faltaba el cráneo casi completamente; otro sólo tenía parte del maxilar, o les faltaba parte del vientre. Había heridas mutilantes, heridas por la espalda... aunque la mayoría de estos detalles los vimos luego, en al segunda etapa, porque ese primer reconocimiento se hizo de noche, más bien al grupo que a cada uno..., pero era evidente que les habían vaciado cargas completas de ametralladoras. Después de muertos, los habían regado por las escaleras, la barbería, cerca de la posta, en los pasillos, siempre tratando de hacerlos aparecer como muertos en combate, pero luego supimos que así sólo morirían siete u ocho.

¿Cómo lo supieron?

M. P: Porque entre los heridos estuvo un muchacho íntimo amigo mío y ahijado de mi suegra, el hoy comandante Abelardo Crespo Arias. El me dijo, mucho después, que ahí morirían alrededor de siete u ocho. Luego, por prescripción de un capitán auditor, fuimos a ayudar al juez de instrucción. Entre la Audiencia y el hospital de la policía, donde hoy está la Escuela de Estomatología, había cinco cadáveres. Allí llegamos el juez de instrucción, el secretario y yo; Alipio Rodríguez se había quedado en el Moncada.

Los cinco cadáveres estaban boca arriba. Yo mandé a volverlos y de inmediato reconocí a Renato Guitart. Renato era un muchacho muy amigo de mi hijo, compañero de colegio de él. Además, tenía una marca de identificación, que era un nervio venoso, una mancha roja en el lado derecho de la cara. En Santiago de Cuba sólo había otro hombre con una señal así, pero era ya un señor mayor, imposible de confundir con él.

Al mirar otro de los cadáveres, le ví una bata de médico. Se había arrancado la tirilla con el nombre bordado que acostumbran a llevar algunos médicos en el bolsillo de la bata, pero en el bolsillo tenía un carné. Lo saqué y decía "Dr. Mario Muñoz, Colegio Médico de Colón". En la cara le noté, en la región molar, un enorme traumatismo con fractura, abultado, se veía que no era un tiro sino un golpe contundente, como después se demostró que había sido. Porque cuando terminó la batalla y Fidel dio la orden de retirada, Mario Muñoz trató de hacerse pasar por enfermo; se acostó en una cama del hospital y se tapó con una sábana, pero alguien lo denunció y un soldado le pegó un culatazo en la cara, cuando aún estaba en la cama. Esa fue la lesión que yo le ví al cadáver.

Luego fuimos a ver a dos militares en sus domicilios, los tenientes Feraud e Izquierdo. Feraud había muerto cuando regresaba a su casa con su esposa, mientras Izquierdo, que era hermano del entonces jefe de la Policía, sí había caído combatiendo.

Todo esto terminó hacia las dos de la madrugada. Al día siguiente por la mañana me llamaron urgentemente de la Audien-

cia: el presidente del Tribunal de Urgencia había ordenado una inspección ocular y un reconocimiento de cadáveres.

Fui con el secretario. Ningún cuerpo había sido movido, pero ya los uniformes nuevos estaban manchados de sangre. Fue entonces, al reconocerlos uno por uno, que vimos el ensañamiento y la magnitud del crimen.

A eso de las diez de la mañana, estando en el cuartel Moncada, yo le dije al presidente del Tribunal de Urgencia: "Doctor, aquí hay unos cuantos presos que seguramente los tienen aquí para matarlos esta noche". Yo lo sabía por una llamada que acababa de hacerme mi esposa. A casa había ido la señora de Villa Romero, que había sido jefe de la Policía, a decir que su esposo y un hermano de éste, también policía, estaban presos junto a muchos otros, y que temía por sus vidas. Le expliqué esto al presidente y le dije que pidiera ir a las celdas para ver estos presos. Si él los veía, ya no podían matarlos.

Entonces el presidente del Tribunal de Urgencia se dirige al capitán auditor y le pide bajar a las galeras. "Bueno, ahora no puede ser porque estamos esperando. A las doce va a hablar Batista y van a condecorar a los soldados. Todos están en formación, y no se puede". El auditor estaba evadiendo la petición del presidente del Tribunal de Urgencia: "No, no puede ser... vamos a ver, yo no sé que haya presos".

Tras el discurso y la ceremonia, el presidente insistió y fuimos allá. Efectivamente, había muchísimos. Entre ellos estaba preso el jefe de la Policía de Bayamo, Adolfo Fernández. El no había participado en nada, pero como en Bayamo también hubo un levantamiento y él estaba en Santiago ese día, lo cogieron preso, por sospechoso. Bueno, se tomó la lista de los presos y ya no los pudieron matar.

Después fuimos a ver los muertos que estaban al fondo de la Audiencia. Al llegar, vimos que había seis cadáveres en lugar de cinco, cosa que le hice notar de inmediato al presidente del Tribunal de Urgencia. "Eran seis", dijo el capitán auditor, y digo yo: "Mire capitán, yo sé sumar. Eran cinco; ahí estaban Renato Guitart, Mario Muñoz y otros tres que no identificamos". "Pues yo también sé sumar y eran seis". En fin, el sexto cadáver era el del Niño Calá, un viejo revolucionario de la época de Machado. Los soldados lo habían confundido con Enriquito Calás, quien estaba complicado con los revolucionarios. Al verlo, por el cementerio, uno de los soldados había dicho: "Mira, ese es Calás..." y le dispararon sin averiguar nada más. Luego arrojaron su cadáver junto a los otros cinco que había en ese sitio. Así terminó nuestra actuación el día 27. El 28 fue el reconocimiento detallado de los cadáveres, en lo que sería la tercera etapa.

No era necesario ver de nuevo a los militares muertos, porque eran pocos y ya todo se había anotado, de manera que nos fuimos al cementerio. Ya los cadáveres tenían cincuenta horas de muertos, y la putrefacción estaba muy avanzada por el calor de julio.

J. C: No cabían en el necrocomio, por lo que los reconocimos frente al mismo, en un espacio pavimentado que hay allí. Los cuatro médicos nos dividimos en dos parejas, de manera que cada cadáver era visto por dos médicos. Al quitarles los uniformes, vimos que algunos tenían hasta veinte balazos, o roturas de las masas musculares del abdomen a pesar de que los uniformes no presentaban una sola huella de bala. Hicimos ocupar esa ropa de acuerdo con la numeración de los cadáveses, para demostrar que habían sido vestidos después de muertos. Sin lugar a dudas, ellos no pensaron que se haría un reconocimiento detallado, aunque en realidad el estado y el número de los cadáveres no nos permitió ser tan minuciosos como hubiéramos querido.

¿Notó usted alguna otra prueba de asesinato?

M. P: Era evidente. Los pocos cadáveres de los caídos en combate presentaban dos o tres heridas, pero los prisioneros asesinados mostraban enormes mutilaciones. Me llamó particularmente la atención el caso de José Luis Tasende. Su cadáver tenía una pierna vendada. Por alguna razón alguien lo curó después de herido, incluso hay una foto suya, vivo, en que sólo se le nota la herida de la pierna. Sin embargo, cuando nosotros lo vimos, tenía todo el vientre desbaratado a tiros. Lo mataron en la celda.

Se ha discutido si Renato Guitart murió en combate o si fue asesinado. ¿Usted pudo saber algo sobre esto?

M. P: Él cayó herido en el combate, pero yo entiendo que fue asesinado. Abelardo Crespo Arias, que todavía tiene fragmentos de bala en un pulmón, me lo contó todo, y me dijo que Renato cayó herido, pero lo remataron, que los tiros que tenía no los recibió combatiendo, sino herido. El propio Crespo sí logró escapar. Se fue al campamento y allí lo encontró el gallego Núñez, quien lo trajo al Centro Gallego para que lo curaran. En el Centro lo cogieron preso, pero ya no pudieron matarlo.

J. C: Prieto, ¿cómo se llamaban aquellos dos combatientes que después estuvieron presos en la Colonia Española?

M. P: No logro recordar el nombre de uno de ellos; ha pasado mucho tiempo, pero el otro era Gustavo Arcos.

J. C: El caso es que había dos combatientes heridos y bajo custodia en la Colonia Española, y querían trasladarlos al Hospital Militar, seguramente para matarlos durante el trayecto. El Tribunal de Urgencia nos mandó a examinarlos. Gustavo Arcos tenía un tiro en la columna vertebral, si mal no recuerdo, pero el otro sí podía ser movido. Nosotros de todas maneras, dijimos que no podían ser trasladados bajo ningún concepto, y allí quedaron. Después, escaparon.

¿Qué contactos personales tuvieron ustedes directamente con el comandante Fidel Castro?

J. C: Hay una anécdota que yo no he contado antes. Nosotros fuimos a hacerle los guanteletes de parafina a todos los presos del Moncada. Yo creo que esto era superfluo, pero recibimos esa orden. A Fidel, como jefe, lo tenían en una celda aparte y tam-

bién fuimos a verlo con la parafina. Cuando le expliqué lo que queríamos, dijo él: "¿A quién? ¿A mí? No. Ponga ahí que da positivo, si yo sí tiré, yo no niego que he tirado. Ponga, ponga que da positivo y no me haga los guanteletes". Y efectivamente, no se le hicieron; fue el único a quien no se le hicieron los guanteletes de parafina.

[En: *Santiago*, junio de 1973.]

Del asalto al cuartel de Bayamo

Por la madrugada nos entregaron uniformes similares a los del ejército del tirano. Eramos 27, si mal no recuerdo. A las 5 y 25 de la mañana ya estábamos en los alrededores del cuartel, rodeado por más de cuatro cercas de alambre de púas y un basurero con más de tres mil latas de envases vacíos.

Nuestras armas eran de calibre 22; a cada uno se nos entregó 50 tiros. Nuestro grupo tenía la misión de atacar por la parte de atrás, donde había una caballeriza. Por el frente atacó otro grupo.

Las latas que estaban regadas entre las cercas, era un obstáculo. Parece que uno de los guardias, que se había levantado a hacer una necesidad, oyó ruido y dio el alto; le contestamos con fuego. Fue el primer soldado en caer. Al minuto estaba la 50 de los guardias cantando; por cierto que el que la manejaba era muy mal tirador, porque tenía una posición desde la que dominaba todos los accesos y no nos causaba bajas.

El grupo de delante avanzó más; había una reja a la entrada, y el guardia que hacía la posta estaba en la parte interior. Este resultó muerto, pero la puerta era infranqueable al estar cerrada por la pesada reja.

Nosotros, por atrás, llegamos hasta la segunda o tercera cerca. El tiroteo se intensificó y tuvo una duración de media hora. Los soldados, con mejores armamentos, mantenían un gran volumen de fuego en su defensa; nosotros estábamos en nuestras posiciones, pero sin poder avanzar más por las dificultades de las cercas.

Tomamos por la calle para dar la vuelta y salimos frente al cuartel. Las máquinas las habíamos dejado parqueadas afuera. Nos desplegamos en guerrilla Ñico, Calixto, Arencibia y otros dos compañeros que no recuerdo sus nombres, y yo.

Ñico se puso al volante del auto, pero no sabía manejar; el carro avanzaba dando saltos hasta que una de sus ruedas cayó en un hoyo y no pudo salir. Seguimos a pie, mirando hacia arriba y en torno nuestro; realmente habíamos perdido la ubicación del cuartel. Llegamos a una bocacalle; yo me adelanté y observé los dos extremos de la calle. Vi una doble avenida, con un paseo

por el medio. En dirección hacia donde estábamos nosotros venía un jeep de la Policía con dos tripulantes; un sargento y un policía de gran estatura que venía al timón. Le avisé a Ñico quien se adelantó y apostó con su calibre 12 de perdigones "mata elefantes". Donde había una rotonda el paseo, el sargento recibió un impacto de la escopeta de Ñico. El policía se tiró a la calle y echó a correr delante del jeep que seguía en marcha. Al atravesar la bocacalle recuerdo que vi un soldado parado con las manos en la cintura como si tratara de saber de dónde salían los tiros. Cuando éste oyó la descarga de la escopeta de Ñico echó a correr en dirección contraria. Avanzamos por el frente de las casas dando vivas a la Revolución y arengando a los vecinos. Recuerdo que decíamos "¡Se cayó el dictador!" Al pasar de esta forma frente a algunas de las casas, una anciana que oyó esta última exclamación dijo: "¡Ay mi madre, se cayó el dictador!"

Nos internamos en un montecito de aromas que había para esperar noticias sobre el resultado del asalto al Moncada y caso de que hubiera sido victorioso, recibir refuerzos para contraatacar el cuartel y tomar Bayamo. Así, estuvimos hasta las doce del día. Pasó sobrevolando el monte una avioneta; Ñico decía que el que la piloteaba era el doctor Muñoz, que era piloto. Entusiasmado, quería salir para hacer señas y yo lo halé diciéndole: "Ñico, estás loco, mira que nos pueden ver".

Tratamos de quitarnos los uniformes pero resultaban los mejores uniformes que se habían hecho para el ejército, porque tiramos infructuosamente de las corbatas y los grados y no había manera de arrancarlos; por tanto tuvimos que seguir con la ropa de guardia.

Caminábamos cuando entró al monte un hombre a caballo. Le dijimos quiénes éramos para que cooperara con nosotros. Lo seguimos; su casa estaba situada frente a una de las plantas retransmisoras de Bayamo. Entramos a la casa porque teníamos mucha sed. Ñico, Arencibia y yo estábamos en el interior y Calixto había quedado afuera. Propusimos al hombre que le cambiábamos nuestras armas, "que debe tener usted aquí para cuando sean necesario", por ropa de civil. El nos dijo que esperáramos un ratico, que iba en busca de un reloj que se le había caído. Calixto, que pasó en ese momento frente a una de las habitaciones, hizo un gesto para llamarnos la atención: había visto un enorme retrato de Batista en el interior del cuarto.

Nos marchamos del lugar; antes Calixto había dicho en voz alta, parece que para disimular frente a los seguros simpatizantes de la tiranía, que teníamos que estar a las doce en el cuartel. Lo seguimos.

Pasamos frente a una agencia de tractores, donde un hombre nos dijo que no pasáramos por allí. Seguimos caminando sin perder de vista la carretera, pero a prudencial distancia por el monte. El calor era sofocante y en esos días se habían reportado algunos casos de encefalomielitis en la zona.

Llegamos a una casa para cambiarnos de ropa, pero el hombre, asustado, se negó a dárnosla. Fuimos a una bodega; el propietario era contrario al régimen, porque al darse cuenta de quiénes éramos nos advirtió:

"Muchachos, ¡piérdanse! Que llegaron trece números del ejército a buscarlos a ustedes y le pusieron la ametralladora a mi hermano en la cabeza".

También nos dijo que nos alejáramos lo más posible, porque seguro llegarían los guardias y éstos le habían dicho que si nos veía pasar, tenía que informarlo. Y él debía hacerlo, porque si no su vida corría peligro.

Seguimos la marcha. A unos 4 kilómetros de la carretera, Ñico se tiró debajo de una mata a descansar. Minutos respués vimos un hombre, a quien Ñico propuso venderle su reloj en 10 pesos, que había comprado a plazos. El hombre aceptó y le dijo a Ñico que cuando tuviera el dinero volviera por su reloj. El mismo hombre nos indicó que nos internáramos en la manigua, que él nos llevaría comida más tarde, porque los guardias estaban hechos unos perros de presa. Que fuéramos hasta una finca que le decían "Santa Ana", donde había una arrocera en donde iban a buscar trabajo muchos jornaleros y que por tanto, de allí salía mucha gente a coger la guagua.

Con la ayuda del hombre conseguimos ropa sucia, que fue la que nos pusimos. Fuimos a la carretera con la nueva vestimenta y sin las armas. Yo me puse a parar los vehículos a ver si nos llevaban hasta Camagüey. Antes, con los uniformes, había hecho lo mismo en la carretera. Afortunadamente, por el excesivo calor, nos habíamos recogido las mangas. Por eso algunos guardias nos vieron y creyeron que éramos de sus gentes, porque la señal que tenían era de remangarse las camisas.

Cogimos la guagua. En Holguín, frente al cuartel, pararon el ómnibus para registrar a los pasajeros. Fue un momento de gran tensión después de haber escuchado en todo el trayecto de Bayamo a Holguín la risa de Ñico haciendo chistes.

Del ómnibus bajaron a Ñico y Calixto y le pidieron identificación. Arencibia y yo quedamos dentro sin ser molestados. Ñico dijo que era de Jatibonico y Calixto de Santo Domingo, Las Villas y que regresaban de la finca "Santa Ana", en donde habían trabajado, pero que volvían a sus casas porque no habría trabajo hasta un mes después. El Teniente dijo: "Parecen buena gente".

De la guagua bajaron a un hombre completamente calvo que se hizo sospechoso por llevar un pesado maletín. Cuando los guardias abrieron el maletín, aparecieron en su interior centenares de peines de a tres por medio. El Teniente dijo al vendedor ambulante: "Y tú, calvo, ¿por qué llevas tantos peines?"

Llegamos a Camagüey, donde vivía el cuñado de un cuñado mío. Necesitábamos dinero para seguir viaje. A quien buscábamos se llamaba Sebastián y yo ingenuamente preguntaba a todo el que veía: ¿Usted conoce a Sebastián, uno que trabaja en la gua-

gua? Por último, desesperado, grité cuando pasaba una guagua: "¡Sebastián!". La guagua paró y de ella bajó mi concuño, quien me dio la dirección de su casa, situada en el paralelo 38 nombre que dieron a esa calle porque eran los días en que se hablaba de la guerra de Corea y de la línea divisoria de ese país asiático.

Tuvimos dificultad para encontrar la casa, porque nadie en Camagüey, al no ser los vecinos de aquel repartico nuevo, sabía donde quedaba el paralelo 38 camagüeyano. Tuve que ver a Sebastián nuevamente en la ruta y éste me indicó que cogiera la ruta 17.

Sebastián nos sacó los pasajes hasta Jaronú. Aquí visité a mi familia y conseguí dinero para seguir a La Habana.

En la capital me incorporé a mi trabajo de plomero. En una oportunidad rodearon la manzana donde vivía y salí bien porque me encontraron trabajando en el oficio. Pero la situación se hacía difícil, porque muchos conocían en qué anduvimos. Nos asilamos en la embajada de Guatemala para continuar la lucha desde el exterior.

[En: *Verde Olivo*, 26 de julio de 1964.]

Está invitado a seguirnos al Moncada...

En cuanto se conoció el ataque al cuartel Moncada, la locura reinó en el campo batistiano. El dictador regresó a toda prisa de Varadero a La Habana, para refugiarse en el Campamento de Columbia y desencadenó, en toda la Isla, una represión desproporcionada con el acontecimiento.

Aunque la decisión de liquidar los prisioneros se tomó en la mañana del 26 en La Habana, por Batista y por el general Tabernilla, los propios soldados, en los primeros momentos se anticiparon a las órdenes... Más cómodos en la carnicería de lo que estuvieron en el combate, se bañaron en sangre.

El doctor Posada era ferviente católico, y todas las mañanas, a las cinco y media, salía de su casa de Vista Alegre para ir a misa. El 26 de Julio se levantó a las cinco menos cuarto, como de costumbre... escuchó el ruido de las detonaciones, y pensó con disgustos que los jóvenes de Santiago acababan estúpidamente la fiesta del carnaval haciendo estallar petardos. El doctor detestaba el desorden, y no amaba el carnaval.

Acabó de vestirse, y cuando cruzaba la puerta sonó el teléfono, volvió sobre sus pasos, descolgó, y una voz dijo a su oído: —"Doctor, no puedo decirle mi nombre, pero usted encontrará en la esquina de la calle 11 y de la calle 12 un joven gravemente herido. Ese joven le conoce a usted. Se llama Gustavo Arcos".

—Gustavo Arcos; —exclamó el doctor—. Pero, ¿cómo?... Se oyó un chasquido, su interlocutor había colgado.

El doctor sacó su Dodge del garage, preocupado. Ya no era posible confundirse sobre las detonaciones. El tac-tac de las ametralladoras era ahora bien reconocible, y el doctor se preguntó con tristeza si los soldados en su embriaguez, no habrían llegado a tirotearse entre ellos.

En el lugar que le habían indicado, vió un automóvil, cuyos cuatro neumáticos estaban ponchados, y a algunos metros más lejos, extendido bajo el porche de una casa, muy pálido y perdiendo mucha sangre, reconoció a Arcos.

—"¿Cómo te sientes?" —le dijo al acercarse.

Arcos bosquejó una sonrisa con sus labios exangües, pero no pudo hablar.

El doctor no sabía qué hacer. La calle estaba desierta a causa del tiroteo, y las persianas estaban cerradas. Arcos era alto y pesado, y el doctor no podía pensar en levantarlo él solo y ponerlo sobre el asiento de atrás del auto.

Un joven negro pasó, y cruzó la calle para venir a ver más de cerca el auto con las cuatro gomas ponchadas. El doctor Posada le llamó, le mostró a Arcos, y el joven negro le ayudó a cargar al herido.

Al llegar a la clínica, el joven negro transportó por si solo a Gustavo Arcos a la antecámara. Esta se hallaba llena de soldados heridos, y el doctor dio la orden de hospitalizarles inmediatamente. Cuando volvió, el joven negro ya no estaba allí. Terminada su misión se había eclipsado.

Mientras que el hijo y el yerno del doctor Posada, los dos médicos, preparaban para Arcos la sala de operaciones, el doctor Posada examinó a los heridos. Eran seis. Ninguno grave. El sexto tenía una herida en la mano y otra en el hombro. Cuando el doctor Posada se acercó a él, le dijo: —"Me llamo José Ponce. Soy un revolucionario, no un soldado".

—Para mí —dijo el doctor con su voz dulce—, tú eres un herido, nada más.

Al abandonar la sala de operaciones, y cuando iba por el pasillo, vio a Ponce salir corriendo de la sala donde le habían hospitalizado.

—¿Dónde vas? —le dijo en tono de reproche.

—Doctor —dijo José Ponce con respiración entrecortada— un soldado herido ha amenazado con matarme. Tiene un revólver.

—Voy a desarmarle —dijo el doctor Posada, sin perder su tranquilidad—. Mientras tanto te pondré en otra sala.

Apenas había terminado de hablar cuando la puerta de entrada de la clínica fue sacudida por golpes violentos. Media docena de soldados armados de metralletas, irrumpieron en el pasillo. Estaban, dice el doctor, excitados, como locos, y faltó poco para que no le encañonasen con sus armas al reclamarle los heridos. Habían recibido la orden, dijo uno de ellos gritando, "de llevarles al hospital militar".

—¿Dónde está el director? —gritó otro que apestaba a ron.

—Soy yo —dijo el doctor Posada, cruzando las dos manos sobre el vientre. Luego miró a los soldados uno tras otro, y dijo con voz dulce e inflexible.

—"Y como director de este establecimiento prohibo formalmente el transporte de los heridos. Se quedarán aquí todos hasta su completa curación".

A la misma hora en que el doctor Posada arriesgaba valientemente su vida oponiéndose a una orden del ejército, los soldados arrancaban de la Policlínica de Santiago al fidelista Ismael

Ricondo, que estaba siendo atendido allí, le llevaban al Moncada y le fusilaban.

En la mañana del 26, el ejército invadió también la Clínica del Centro Gallego y a pesar de la oposición del médico, se llevaron a la fuerza a Abelardo Crespo que, herido en el pecho y dado por muerto en Siboney por sus camaradas, había logrado llegar a la ciudad por sus propios medios, y ser hospitalizado. Se estaba haciendo una tranfusión a Abelardo, cuando los soldados vinieron a llevárselo. En su rabia, arrancaron el aparato de su brazo...

El 26 de julio, el señor René Guitart fue despertado al amanecer por un tiroteo violento. Poco después, un amigo de su hijo, Otto Parellada, llamó a su puerta y pidió hablar con Renato. En cuanto supo del señor Guitart que Renato no había regresado a la casa, empalideció, y, con aire medio furioso, medio apesadumbrado, se lamentó amargamente de que su amigo no había contado con él. Se fue sin preguntar más, pero a partir de ese momento, el señor René Guitart comenzó a preguntarse con inquietud si su hijo no estaba mezclado en el tiroteo. Sus temores se cambiaron en certidumbre cuando tres jeeps llenos de soldados se detuvieron delante de su puerta.

—Usted está invitado a seguirnos al Moncada —dijo el oficial.

—Pero, ¿por qué? —dijo el señor Guitart.

—Se lo dirán en el cuartel.

El jeep que lo llevó al cuartel pasó por la Posta 3 y vio a uno y otro lado del blocao, cadáveres y rastros de sangre. Le condujeron al primer piso de la Jefatura, a una pieza que parecía una antecámara. Un oficial de alta estatura se le acercó. Era cortés y sonriente le dijo:

—¿Usted es el padre de Renato Guitart?

—Sí, —dijo el señor Guitart empalideciendo.

—Se ha encontrado sobre su hijo el plano del cuartel Moncada —continuó diciendo el oficial, tomando de las manos de un ayudante una hoja arrugada y manchada, y sosteniéndola con la punta de los dedos, como si temiera mancharse sus manos finas.

—¿Sabe usted si su hijo conocía a militares?

—No, que yo sepa.

Después de esto, el oficial le volvió la espalda y no se ocupó más de él.

Seguía allí, temblando de incertidumbre, apoyado sobre una mesa, incapaz de pronunciar ni una palabra. Los soldados entraban y salían, como locos, de la antecámara donde se encontraba. Tenían los ojos desorbitados, apestaban y jadeaban como fieras. Traían jóvenes cuyas manos estaban atadas a la espaldas, y les golpeaban a culatazos y a punta piés. René Guitart observó con horror que se encarnizaban sobre un joven negro que no tenía ya rasgos humanos.

Permaneció más de tres horas en esa habitación, preguntándose qué es lo que había sido de su hijo. Se había difundido el rumor entre los soldados de que él era el padre de un revolucionario, y cada vez que pasaban a su lado le lanzaban injurias espantosas.

Al fin un comandante se compadeció de él y le sacó de allí.

A las cuatro de la tarde, el coronel Chaviano vino a buscar a los periodistas y les confió al teniente Rico, para que les mostrase lo que él llamaba pomposamente "el teatro de la acción"... Rico llevó a los periodistas a la Posta 3, les mostró los impactos de las balas sobre el cemento, y tres cadáveres de "revoltosos", que estaban tendidos sobre la pequeña banda de césped, que separa las dos calles de sentido único que corren delante del cuartel. Los fotógrafos tomaron fotos. Aunque los tres cuerpos tuviesen el cráneo aplastado, la hierba sobre la cual se hallaban no estaba manchada de sangre, así como tampoco los uniformes nuevos con que estaban vestidos. A su lado se encontraba un Springfield, nuevo, flamante, también.

Los periodistas se miraron. Esa escenificación estúpida les daba muy mala impresión.

Guiados por el teniente Rico, subieron por la escalera más cercana hasta el balcón, y entraron en la barbería. Pero, antes de subir, tuvieron que salvar, en la parte de abajo de la escalera, un enorme charco de sangre, y debían poner cuidado en donde pisaban, pues en todos los escalones había manchas grandes de sangre coagulada. En la barbería contaron cinco cadáveres. Los cinco tenía el cráneo destrozado. Sus masas encefálicas estaban dispersas sobre el cemento, mezcladas con el polvo del suelo.

Al salir de la barbería, Rico les hizo pasar a un patio, donde unos quince cuerpos estaban tendidos, con el cráneo estallado. Más de la mitad de ellos tenían, además, las uñas de las manos aplastadas, los labios tumefactos y ni un diente en la boca. Era evidente que éstos habían sido torturados.

—Ustedes pueden comprobar —dijo el teniente Rico— que nuestros hombres son excelentes tiradores. Todos estos revoltosos han sido alcanzados en la cabeza...

Rico les paseó por todo el cuartel, sin perdonarles ni un solo cadáver. Marta Rojas contó cuarenta y ocho. Se habría podido creer, viendo tantos cuerpos tendidos alrededor de los edificios, que el combate se había desarrollado en el interior del cuartel...

En el Moncada, se llevó al doctor Prieto Aragón y al juez Despagua al club de los oficiales, para comprobar allí, primero, el fallecimiento de los soldados. El doctor contó dieciséis. Casi todos habían sido muertos de un balazo en la cabeza por un arma de pequeño calibre. El cuadro cambió cuando un capitán les llevó junto a los cuerpos de los revolucionarios. Estaban

dispersos por todas partes en el cuartel, y los dos hombres contaron unos cuarenta. El cráneo en la mayoría estaba estallado, y el doctor llegó a la conclusión de que habían debido ser fulminados por varias metralletas disparando a quemarropa. Uno de ellos no tenía más que un fragmento de mandíbula. Otros tenían el cuerpo despedazado, lo que parecía indicar que se había utilizado granadas para ultimarlos. Un joven delgado, cuyo uniforme llevaba los galones de sargento, tenía en la pierna un vendaje... Se llevó a continuación al doctor y al juez al pequeño descampado entre el Hospital Militar y el Palacio de Justicia. Había allí cinco cadáveres y, entre ellos, el doctor reconoció a un amigo de su hijo: Renato Guitart. Su cuerpo y su cabeza estaban acribillados de balas. Al lado de él estaba tendido boca abajo, el cadáver de un revolucionario vestido con una bata de médico. El doctor Aragón le volvió, y, bordado sobre el bolsillo de la derecha de la chaqueta, leyó el nombre del desdichado doctor Muñoz. Comprobó que el maxilar superior derecho estaba hundido, probablemente de un culatazo, y contó en la espalda, varias entradas de balas.

Algunos instantes después, el rehacer el mismo recorrido, el doctor Aragón tuvo la sorpresa de comprobar, en el mismo sitio, seis muertos en lugar de cinco. Se lo hizo observar al capitán.

—Usted se engaña —dijo el doctor Aragón—. Había cinco.

—Había seis —dijo el oficial alzando la voz. Y agregó con insolencia:

—¿Usted sabe de esto quizás más que yo?

El doctor Aragón le miró a los ojos:

—Usted sabe quizás más que yo sobre lo que ha sucedido aquí, capitán... Pero yo sé contar hasta cinco.

—Le repito una vez más —dijo el capitán—. ¡Había seis!

Desde los primeros minutos del ataque, y aún antes incluso de que el combate hubiese terminado, la dictadura lanzó sobre la isla una inmensa red de hierro. La red de los cuarteles y de los cuartelillos que cuadriculaban el territorio fue puesta en estado de alerta, y sobre las carreteras, en las paradas de los autobuses, en las estaciones, en los aeródromos, y en los cruces importantes de las ciudades, cincuenta mil hombres comprobaban las identidades y procedían a realizar registros.

En pocas horas, los chivatos nacieron por todas partes como hongos. Por la denuncia más simple, o la sospecha más fútil, se detenía a centenares de personas... Como el combate había hecho heridos entre los fidelistas, se pasó por la criba las clínicas y los hospitales, y en Santiago, se llevó a todos los heridos mezclados, incluso a los que eran víctimas de accidentes de la circulación. La fobia hacia los heridos era tal entre los soldados, que nadie podía mostrarse por la calle con un arañazo de navaja de afeitar en la cara, o una venda en un dedo, sin ser inmediatamente detenido. Un desdichado santiaguero que tenía un

brazo enyesado, fue llevado al Moncada y espantosamente apaleado.

Gabriel Gil, el camarero del Hospital Nacional, estaba disparando contra el Moncada, cuando un fidelista que se encontraba a su lado, y cuyo nombre no conocía le grito: "¡Estoy herido!" Gil volvió la cabeza. La mano de su compañero colgaba de su brazo ensangrentado.

—Ven —dijo Gil—, voy a llevarte para que te curen.

Y se dirigieron hacia el centro de la ciudad. Un barbero estaba abriendo su local. Gil entró, y obtuvo del barbero que curase a su camarada. Después, el herido se quitó el uniforme, y el barbero que comprendió su situación, le prestó ropas.

—Mete la mano en el bolsillo —dijo Gil cuando salieron. Hay que huir de la ciudad lo antes posible.

Pero el herido no lo entendía así. Quería encontrar una clínica para que le curasen mejor, y, después de una breve discusión, se separaron. Gabriel Gil no volvería jamás a verle.

Gabriel Gil salió a la carretera central. A la salida de la ciudad, vio a los soldados registrar autos y peatones, y, a un lado de la carretera, un grupo nutrido de personas que miraban la operación. Se mezcló a los curiosos, y encontró entre ellos a Sosita y a Ulises Sarmiento, y, escabulléndose detrás de la multitud, logró con ellos burlar la vigilancia de los guardias.

En cuanto se vieron a salvo, contaron el dinero de que disponían. Entre los tres poseían ocho centavos: entraron en una bodega y compraron unas galletas, que dividieron en lotes iguales. Eran las once de la mañana y no habían comido nada desde la víspera.

Cuando los tres compañeros reanudaron su marcha por la carretera, Gabriel les dijo:

—Si se nos detiene, es preciso que los tres digamos lo mismo, y no apearnos de ahí. Aún si nos apalean.

Ulises y Sosita lo aprobaron, y Gil siguió diciendo:

Diremos que hemos venido de La Habana a Santiago, para la fiesta, en "auto-stop" en un buick azul.

A pocos kilómetros de Santiago, en la desviación de la pequeña carretera que conduce al Santuario del Cobre, hay un cuartelillo, y delante de él, dos soldados armados con metralletas charlaban y montaban la guardia. Miraron venir de lejos a los tres compañeros, y se rieron de lo bajitos que eran Gil y Sosita.

—A esos —dijo uno— no vale la pena de registrarlos... ¡Mira el tipo que tienen! ¡No son capaces de atacar nada...!

Pero precisamente en el momento en que los tres jóvenes pasaban delante de ellos, uno de los centinelas vio una mancha de sangre en la guayabera de Gil. Cuando salió de la barbería, hacia algunas horas, la mano del herido debió frotarse contra su cadera sin que él se diera cuenta.

La vista de la sangre produjo en los soldados un efecto extraordinario. Se levantaron, enarbolaron sus metralletas, y comenzaron a gritar:

—¡Sangre! ¡Sangre!

Y como los tres compañeros les miraban sorprendidos, uno de ellos gritó:

—¡Arriba las manos! ¡No se muevan!

Eran las tres y media de la tarde. Les llevaron al interior del cuartelillo, y allí, a puñetazos, a culatazos y a zurriagazos, comenzaron a pegarles para que confesasen.

Dos horas después, los tres compañeros fueron conducidos al Moncada, como "sospechosos". Se daban claramente cuenta de que debían a sus declaraciones coincidentes sobre el "auto-stop" en un Buick azul, el no haber sido "muertos en combate en la región del Cobre".

Al final de la jornada del 26 de julio, el agotamiento se hacía sentir en algunos soldados del ejército. Ya hacia el final de la tarde, dos fidelistas, Ciro Redondo y Marcos Martí, fueron descubiertos por una patrulla cuando se ocultaban en una gruta de la región del Caney. Los dos soldados que les habían descubierto parecían tan nerviosos que Ciro Redondo les gritó desde lejos que no se espantasen que iban a tirar las armas.

—¡Manos arriba! —gritaron los soldados sin acercarse.

—¡No podemos! —gritó Marcos Martí— ¡No tenemos cinturones en los pantalones!

Tenían un cordel en la mano y se preparaban para enfilarlo en los pasadores, cuando los soldados le sorprendieron.

—¡Manos arriba! —gritó de nuevo uno de los soldados. Ciro Redondo y Marcos Martí obedecieron y salieron de la gruta, los soldados iban retrocediendo paso a paso delante de ellos. En el momento en que salían a la luz del día, el pantalón de Marcos Martí se le cayó a media pierna, y él bajó las dos manos en un gesto instintivo para subírselos.

—¡Dale! —gritó uno de los soldados, con voz furiosa, a su compañero. El disparo partió. Marcos vaciló, giró sobre sí mismo y cayó muerto a los pies de Ciro Redondo. Un segundo después, Ciro Redondo recibía en la cabeza un terrible culatazo, y rodaba sin conocimiento por el suelo.

Ciro Redondo acababa apenas de salir de su desmayo cuando el jeep pasaba por la posta 3. Oyó a un capitán reprender en términos violentos a los dos soldados:

—¿Por qué le han traído ustedes? ¿No saben cuáles son las órdenes?

Los soldados se consideraban en falta y quedaron callados. Su oficio consistía en matar, y ¿qué habrían podido responder sino que estaban fatigados del crimen?

La suerte, la energía y la rapidez de los reflejos salvaron a Calixto García de la muerte. Había logrado salir del infierno

de Bayamo y pudo regresar a La Habana, donde llegó el 28 al amanecer. Trabajaba en una droguería grande del centro y, por la mañana, después de haber dado una vuelta por su casa, se presentó en su trabajo como si nada hubiera ocurrido. De todos modos, antes de subir a su puesto en el tercer piso del almacén, pidió a uno de sus amigos, que trabajaba en la planta baja, que le avisase si veía llegar a los policías del SIM. Estos, felizmente tenían la costumbre de ir a detener a la gente en un estilo teatral con gran despliegue de jeeps, fuertes chirridos de frenos, gran ruido de botas, metralletas enarboladas, una ametralladora con trípode encañonando las ventanas, como si fuesen a sitiar el inmueble del sospechoso. Además se reunían veinte, armados hasta los dientes, para ir a capturar un hombre.

Cuando el camarada de Calixto García vio llegar ese comando al final de la mañana, tuvo tiempo de subir de cuatro en cuatro los escalones de los tres pisos, y de gritarle: "¡Suben por el elevador!" Calixto García saltó hacia la escalera, pero reflexionó que habrían seguramente puesto a un hombre, al final, en la planta baja, y corrió al montacargas y se dirigió con paso tranquilo hacia la puerta de atrás. Por un acuerdo tácito, como si él se hubiera vuelto, de repente, invisible, ninguno de los obreros pareció verle.

Al llegar a la puerta de atrás, Calixto García arriesgó una rápida ojeada. Vio dos cosas: a la derecha de la puerta, a unos 10 metros aproximadamente, un agente del SIM que estaba vigilando. Y sobre la acera de enfrente, una mujer muy corpulenta que se preparaba para brincar la calle en su dirección. Esperó, y en el momento preciso que la mujer llegaba a la acera, y se encontró entre el agente del SIM y él, se adelantó con paso rápido y, marchando delante de ella bien alineado, ágil y ligero como un gato, la precedió dos o tres metros. Miraba delante de él la esquina, dándose cuenta de que estaba muy cerca, pero que esa distancia le parecía infinita.

—Esperaba a cada instante oir detrás de mí el silbido estridente. Pero no pasó nada. Di la vuelta a la esquina, la mujer también. Le di gracias en mi interior por ser tan gruesa, y eché a correr.

El SIM no tardó en descubrir que el enfermero militar Florentino había comprado a sus camaradas un gran número de uniformes. Registraron entonces su casa, y en el fondo de un armario descubrieron el papelito en el que Pedro Trigo había escrito, para su amigo el nombre y la dirección de Melba. El SIM interrogó entonces a Florentino y no obtuvo nada de él. Pero su convicción estaba echa. Y le encerraron en una "bartolina".

El SIM se daba a sí tiempo para reflexionar. Quería la muerte del culpable, pero sabía que la justicia no se la daría sobre indicios tan pequeños. Sabía también que era mucho más difícil

liquidar un soldado que ejecutar a un civil... La ejecución de un miembro del ejército exigía el respeto de las formas.

Cuando se sacó a Florentino de su "bartolina", fue para llevarle al despacho de un oficial del SIM, a quien él no conocía, y que comenzó por ofrecerle su amistad. Luego sacando su pistola de la funda, se la ofreció y le dijo:

—Cógela y sujétela como si fueses a disparar.

—Pero, puede estar cargada —dijo Florentino.

El oficial se echó a reir.

—¿Crees de verdad que yo confiaría una pistola cargada a un detenido? Vamos cógela. Haz lo que te digo. Quiero ver como la manejas.

Florentino obedeció.

—Bien —dijo el oficial. Ahora, apunta en dirección a la ventana, haz como si fueras a disparar.

Florentino obedeció.

—Aprieta el gatillo —dijo el oficial.

Florentino obedéció. El disparo estalló, la bala atravesó un cristal y el oficial se puso a gritar. Al mismo tiempo se arrojó sobre Florentino, le desarmó, y cuando llegaron unos soldados a la habitación, les dijo, mostrándoles el agujero en el cristal, que "el detenido había querido asesinarle". Se apoderaron de Florentino y le sometieron a la prueba de la parafina. Como es natural, fue positivo. Florentino fue entonces apaleado y arrojado ensangrentado en el calabozo.

Cuando recuperó el conocimiento, comprendió que estaba prometido, a breve plazo, al consejo de guerra y al paredón. Reflexionó durante toda la noche y al día siguiente, tomó una decisión. En el hospital militar había tenido ocasión de observar a los enfermos mentales, y resolvió imitarles. Cuando los guardianes le trajeron la comida, la arrojó al suelo y, con los ojos desorbitados se puso a coger a su alrededor en el vacío objetos inexistentes. Los presos que se encontraban con él en el calabozo, llamaron al soldado de guardia. Este entró en la mazmorra y le dio a Florentino un violento puntapié en los riñones. Aunque sintió un dolor atroz, Florentino hizo como si no hubiera sentido nada. El soldado cogió miedo y desapareció.

Algunos minutos después, volvió con un médico y varios enfermeros que se lanzaron sobre Florentino, le pusieron una camisa de fuerza y le llevaron al servicio psiquiátrico del hospital.

Durante más de un año, Florentino jugó su papel sin un momento de debilidad. Se negaba a comer y había que alimentarlo a la fuerza. En cuanto se le acostaba en un lecho, se levantaba y se acostaba en el suelo. Cuando iba al baño, cogía los excrementos, hacía con ellos pequeños cubitos y se los llevaba a los labios. Hizo, en presencia de varios testigos, varias tentativas de ahorcarse utilizando sábanas.

Florentino no engañó la vigilancia del SIM, quien dijo inmediatamente que era una simulación. Pero, logró, por el contrario, engañar al psiquiatra del hospital. Este se opuso a todas las tentativas del SIM para arrancarle a sus servicios. Se interesó por el caso de Florentino. Ordenó aplicarle electrochoques, y quería conocer los resultados del tratamiento... Un martirio terrorífico comenzaba para él. En un año, recibió ocho electrochoques, y estuvo a punto de perder la razón de verdad... Se sentía cogido en la trampa, pues no tenía ni el recurso de fingir que iba mejor. Sabía que en caso de curación sería entregado al SIM e inmediatamente ejecutado...

La intendencia militar encontró costoso mantener al soldado Florentino sin sacar de él ningún servicio, y obtuvo que fuera borrado de los cuadros por incapacidad física. El hospital militar entregó entonces a Florentino a su padre, encargándole continuar, a costa suya, el tratamiento. En Guanajay, donde fue a vivir con su padre, Florentino sufría depresión, perturbaciones de la palabra y de la locomoción, e incapacidad para entrar en contacto con la gente. Pero la desaparición del tratamiento psiquiátrico permitió, poco a poco, que desapareciesen las perturbaciones, y, al cabo de pocos meses, se restableció.

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1966.]

Robert Merle, Moncada

Inicio de la cruenta represión

A las 11, el oficial batistiano dio la orden de trasladar las dos jóvenes al Moncada, allí se las condujo a pie con fuerte escolta. Se las hizo pasar entre el Palacio de Justicia y las casas de los suboficiales, y cuando llegaron aproximadamente a la altura del pequeño solar yermo, que separaba el Palacio de Justicia del hospital militar, vieron de espaldas, a pocos metros de ellas, al doctor Muñoz, bien reconocible por su chaqueta blanca. Estaba encuadrado por dos soldados a los que trataba de explicar que él era médico, y que su papel se había limitado a curar a los heridos. Pero sus explicaciones, lejos de calmar a los soldados, les exasperaron. Comenzaron a golpearle salvajemente a culatazos. Muñoz se protegía como podía, pero un golpe violento le alcanzó en la mandíbula, y cayó, de bruces. Inmediatamente, los soldados le vaciaron en la espalda los cargadores de sus Springfield.

El cuerpo del doctor Muñoz permaneció en el mismo sitio donde había caído, hasta el día siguiente por la mañana. Como había confiado la víspera a Fidel, el 26 de Julio era el día aniversario de su nacimiento, y acababa de cumplir 45 años.

Haydée y Melba trataron de acercarse al cuerpo, pero los soldados se lo impidieron. Congestionados, sudorosos, sobreexcitados, oliendo a ron y a odio, se parecían más a lobos que a seres humanos. Empujaron a las dos jóvenes, abrumándolas de insultos, hasta el cuartel. Allí, las pusieron en una gran sala, donde un sargento vino a quitarles todos los pequeños objetos que poseían. Pidieron que se les permitiera al menos conservar sus pañuelos, pero el sargento que las registraba no quiso permitirlo. Eran las 11 y media, hacía un calor sofocante, y las lágrimas y el sudor corrían sobre sus rostros sin que ellas pudieran enjugarlos.

La gran sala donde se encontraban estaba contigua a una pequeña habitación de donde partían alaridos desgarradores, y cuya puerta se abría de cuando en cuando para dejar pasar los compañeros que habían sido torturados. Uno de ellos, un joven

de veinte años, tenía todos los dientes rotos a culatazos, y su rostro, martillado y deformado por los golpes no era ya más que carne sanguinolenta. En cuanto a los soldados que le sostenían por las axilas le soltaron, se desplomó sobre el suelo. Le recogieron y le sentaron en el banco al lado de ellas. Pero el joven parecía tan débil, que apenas sí, sentado, podía conservar el equilibrio. Sin embargo, cuando los soldados salieron, aún tuvo fuerzas para garabatear una palabra sobre un trazo de papel y pasarlo a Melba. Ella leyó:

Caí preso
Tu hijo.

Melba comprendió que le pedía hiciera llegar esa frase a su madre, pero como no había firma, levantó la cabeza con aire interrogativo. En el mismo momento, el joven volvió la cabeza y la miró. Y, en sus ojos, ella reconoció al poeta Raúl Gómez.

En esto, los soldados volvieron, y se llevaron a Raúl Gómez. Pasó un minuto. Hubo unos disparos, y eso fue todo. Durante toda la mañana, el mismo proceso se renovó: los compañeros salían, tambaleantes y torturados, de la habitación, luego se les venía a buscar y, algunos momentos después, una breve ráfaga estallaba.

Poco después de Raúl, los soldados trajeron a la sala a un compañero que había recibido una bala en el vientre. Exangüe y herido, había sido, además, torturado, y cuando los soldados le sentaron sobre el banco de las muchachas, rodó al suelo. "Déjenle —dijo uno de los verdugos— y pasemos por encima de él." A partir de ese momento, los soldados tomaron a juego, cada vez que pasaban a la habitación, caminar sobre el vientre de él. La herida del desgraciado comenzó a sangrar, y murió a la vista de las dos muchachas.

Esperaban también, de un momento a otro, ser llamadas a la habitación vecina, torturadas y liquidadas. Pensaban con razón que los verdugos no las habían dejado ver tantos horrores, si tuvieran la intención de dejarlas vivas. Un coronel, del que supieron después que se llamaba Chaviano, hizo una breve aparición al final de la mañana, se detuvo en la puerta de la sala sin entrar, las miró, y se fue sin decir palabra. Su rostro fatuo y bastante estúpido no expresaba nada.

Los soldados entraban y salían constantemente de la sala donde se encontraban. Al principio las insultaban, luego habían terminado por acostumbrarse a su presencia, y comentaban delante de ellas, vanagloriándose de eso, en los términos más crudos, las atrocidades que acababan de cometer. Llamaban a los fidelistas los "coreanos", por analogía con los coreanos del Norte, y se pusieron a hablar, no sin cierta admiración, de un "coreano" muy alto, muy fuerte. Desarmado, se batía, decían ellos, a piñazos con los soldados, y hubo necesidad de atarle los brazos

y las piernas, con el fin de poder torturarle, y había muerto bajo los golpes sin pronunciar una palabra. Cuando uno de ellos agregó que ese "coreano" llevaba zapatos negro y blanco, Haydée cerró los ojos, y su rostro se hundió: acababa de comprender que se trataba de Boris.

Unas horas más tarde, un sargento que los soldados llamaban "el tigre", se acercó a ellas y preguntó: "¿Cuál de ustedes se llama Haydée Santamaría?" —"Soy yo", dijo Haydée volviendo la cabeza. "Estamos torturando a tu hermano", dijo el Tigre. Luego se quedó un momento observando la expresión huraña en los ojos de Haydée, y se fue.

Un poco más tarde, otro sargento entró en la sala. Había ya venido varias veces, pero participó en las torturas y estaba claro que las desaprobaba. Sus maneras eran dulces y su rostro expresaba tanta humanidad que podía preguntarse por qué error del destino se encontraba mezclado en esa jauría. Se acercó a Haydée, sacó de su bolsillo un pañuelo limpio y se lo ofreció: —"Te he oído quejarte de no tener pañuelo. Toma el mío." Y como Haydée iniciase un gesto de rechazo, siguió diciendo en voz baja: "Tómalo. Lo vas a necesitar". Haydée se puso en pie vacilando: —¿Abel? —dijo con voz apenas perceptible. El hombre bajó la cabeza. Haydée sintió las dos manos de Melba sobre sus hombros. Estaba de pie, inmóvil, con los ojos secos. No podía llorar.

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1966.]

Pensé en Abel...

(Fragmento)

Pude hacer una buena amistad con Abel porque desde un principio, en las semanas que estuve en la granjita Siboney, antes del 26 de julio, me demostró sus cualidades: su trato, su educación, aquella familiaridad con que me ganó su confianza desde el primer momento.

Del 26 recuerdo que tempranito en la mañana, cuando fui a encerrar los terneros, vi a un grupo (más tarde supe que entre ellos iba Fidel) cruzar la carretera y atravesar mi finca.

Inmediatamente me fui a casa. A todo esto yo no sabía ni lo que había pasado ni lo que estaba pasando. Llegan unos vecinos y me dicen que en la granjita había un muerto. Voy hacia allá y veo que el "muerto" estaba tratando de levantarse. Después me enteré que era Abelardo Crespo. Lo ayudé a llegar al borde de la carretera. Pasaron por lo menos sesenta máquinas y nadie quiso parar hasta que llegó un amigo mío, Julio Mongolé, y accedió a llevarlo. Y me dijo:

—Núñez, ahí me quedan ocho hijos:.. ¡Si me matan tú te haces cargo de ellos!

A la entrada de Santiago de Cuba, donde está el Árbol de la Paz, se cruzó con la caravana del ejército al mando de Pérez Chaumont que se dirigía a la granjita Siboney.

Como las carreteras no estaban tomadas todavía, Mongolé pudo llegar sin problema hasta la Quinta del Centro Gallego y allí dejó a Crespo.

Minutos más tarde llegó la caravana, y abriéndose en abanico, tomaron toda esta zona militarmente. Al poco rato me viene a buscar una pareja y me lleva a la granjita. Entonces Pérez Chaumont me mete en uno de los cuartos y trancó la puerta. Me apuntaba con el revólver y me dijo que tenía que informarle el rumbo que ellos habían cogido. Pensé en Abel, y lo primero que se me ocurrió fue despitar a Pérez Chaumont indicándole el lado contrario al que habían cogido los muchachos.

Esa misma noche, sería como la una de la mañana, oía desde mi casa, que está como a unos cincuenta metros frente a la granjita, los gritos de los muchachos que estaban torturando allí; también oí los tiros de fusil y luego se hizo silencio... Después no oí más gritos. Inmediatamente empezaron a sonar las ametralladoras 50 y las 30 y las voces de mando simulando un combate. Mi casa temblaba. Aquello duró más de una hora.

Al día siguiente ví cinco cadáveres al fondo de la granjita. Y al otro día apareció un nuevo cadáver en la portería. Tres días estuvieron tirados allí.

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

Angel Nuñez

Tendrá que pasar por encima de mi cadáver...

El 26 de julio de 1953 el doctor Alejandro Posada era director de la Clínica de la Colonia Española. Además de los soldados heridos, había allí dos moncadistas que estaban siendo atendidos. De pronto se oyeron unos golpes violentos y aparecieron seis soldados ametralladoras en mano.

—Traemos la orden de llevarnos los heridos para el Hospital Militar —gritó ásperamente uno de los soldados.

—¿Y el director dónde está? —gritó otro.

—Soy yo —contestó el doctor Posada. Y añadió:

—Y como director de esta Clínica, prohíbo terminantemente el traslado de los heridos. Todos se quedarán aquí hasta que estén completamente curados.

Se retiraron pero una hora más tarde descendieron de cinco jeeps, ametralladora en mano, otros treinta soldados bajo el mando de un oficial. Invadieron los pasillos y las salas amenazadoramente.

Indignado, el doctor Posada respondió a la provocación:

—¡Retire sus hombres, teniente! ¡Es criminal que molesten a mis enfermos!

—La orden que tengo del coronel Chaviano es la de llevarme de aquí a los heridos —dijo éste.

—Le repito que me responsabilizo con la vida de esos heridos y le prohíbo que me los mueva de aquí.

La discusión se hacía cada vez más acalorada hasta que el teniente enfurecido gritó:

—Entonces me los llevo a la fuerza.

—¡En ese caso —contestó el doctor Posada en tono firme— usted tendrá que pasar por encima de mi cadáver!

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

El reconocimiento médico-legal...

En los dictámenes emitidos por los médicos forenses, doctores Manuel Prieto Aragón, Carlos Padrón Ferrer, Ramón Cabrales Arjona y Alipio Rodríguez López, el 27 de julio de 1953 y los días subsiguientes, ante las autoridades judiciales competentes, previo reconocimiento de los cadáveres, uno por uno, emitieron los correspondientes dictámenes sobre los 33 cadáveres.

Al respecto dice el doctor Prieto Aragón:

"El reconocimiento médico-legal de los cadáveres fue horripilante. Todos vestían uniformes de kaki amarillo, unos camisa y pantalón y otros solamente pantalón. Todos estos uniformes estaban intactos, no tenían huellas de balas. Otros cadáveres tenían el uniforme puesto al revés. Al desvestirlos se apreció con toda su rudeza la crueldad y ensañamiento que se había cometido con ellos. Unos, debajo del uniforme, tenían ropas de enfermos del Hospital Civil "Saturnino Lora", y otros ropas de civiles. Había un gran número con la cabeza destrozada por granadas o por ráfagas de ametralladoras. Muchos estaban mutilados, otros habían perdido los dientes y los ojos como consecuencia de las torturas a que fueron sometidos antes de asesinarlos.

Debo añadir que en el asalto al Cuartel Moncada sólo murieron ocho combatientes y trece soldados. Los demás cadáveres fueron añadidos en las horas siguientes al heroico hecho.

En aquella época la dictadura pregonó, con ánimo de confundir al pueblo y para justificar sus atrocidades, que muchos militares habían sido pasados a cuchillo, pero nuestro reconocimiento médico-legal que obra en los Dictámenes, desmintió tal falacia, comprobándose que todos ellos murieron por heridas de armas de fuego, recibidas en un plano anterior, es decir, de frente, lo que demuestra que murieron en combate.

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

En una finca de Siboney...

El 27 de julio a las cuatro de la tarde llegó a mi casa la compañera Arminda Castellanos y me dijo que en una finca de Siboney unos vecinos tenían tres muchachos escondidos, que no querían dar sus nombres porque temían ser descubiertos, pero que era necesario que se les mandara ropa porque todavía llevaban puestos los uniformes de militar. Fui al escaparate de mis hermanos, cogí tres mudas de ropa, les quité las marcas de la tintorería y se las di a Arminda, quien se encargó de enviarlas a través de los dueños de la finca donde estaban escondidos esos compañeros.

Los santiagueros que estaban ayudando a los asaltantes me suministraban ropa, dinero y provisiones para los muchachos que estaban escondidos en distintas casas de Santiago.

Luego se me indicó que fuera al Hospital Civil "Saturnino Lora", a visitar a un asaltante herido que estaba recluído allí. Fui con Arminda Castellanos. Ya ante él nos presentamos. Era Abelardo Crespo. Sus condiciones de salud eran muy precarias por la pérdida de sangre que había tenido. Había recibido un balazo en un pulmón.

Empezamos a visitarle todos los días y le llevábamos alimentos, medicina y ropa.

Había transcurrido algo así como una semana cuando llegué un día al hospital y el capitán Porro, que era el director, me mandó a llamar. Me preguntó si yo era familiar del recluso hospitalizado allí. Le dije que no, que no era familiar mío. Me respondió que ese individuo tenía muy poca vida, y que si por desgracia se salvaba, nadie le quitaba treinta años de las costillas por atentar contra los poderes del estado.

Entonces le contesté que bastaba media vez que fuera un cubano con ideales para que todavía hubiera gente capaz de interesarse por su salud y de velar por su seguridad. Me replicó que para lo poco que le quedaba de vida podía seguir visitándolo.

La sala donde estaba recluido en realidad era una celda. Una de las veces que lo visité me encontré a unos albañiles raspando las paredes para que al aspirar el polvo del repello le hicera daño.

También le inyectaron aire en las venas.

Tres días después, estando en la visita acostumbrada, llegó una pareja de guardias jurados del hospital, abrieron la puerta y tiraron a un señor endrogado en la misma celda de Crespo. Este señor enseguida se puso a tirar muebles, pataleaba, gritaba malas palabras y no se estaba quieto ni un momento. Era una provocación del director del hospital para que Crespo se rebelara, se enfrentara con el endrogado, se levantara de la cama, hiciera esfuerzos que en su debilidad y gravedad podían precipitar su muerte. Pero Nicolás, un preso común encerrado en la misma celda y que se portaba muy bien con Crespo, pudo al cabo de dos horas de terribles momentos, someter al endrogado.

En todo ese tiempo yo le hablaba y le hablaba a Crespo, tratando de convencerlo para que no interviniera ni hiciera esfuerzos que pudieran perjudicarle la salud.

Claro que los vaticinios del director del hospital no se cumplieron. Crespo iba mejorando su salud cada día y luego fue trasladado para la cárcel de Boniato.

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

No es un asunto de militares...

El primero que nos puso sobre aviso de lo que realmente había ocurrido en el Moncada fue el compañero Rubén Pérez, quien vino a mi casa y me dijo:

—No, no, no es asunto de militares, se trata de un grupo de jóvenes que vienen de occidente y quieren producir una situación revolucionaria en Cuba. Lo peor es que ha fracasado el golpe y los están asesinando. Algunos, como no son de Santiago, no conocen la ciudad y se encuentran desperdigados y es posible que ese desconocimiento los haga caer en manos de los soldados de la dictadura.

Entonces nos dimos a la tarea Rubén, mi hermano Max, otro compañero y yo a buscar estos jóvenes donde estuvieran y salvarles la vida. Inmediatamente nos pusimos en contacto con la familia Díaz Cominche, que hizo una magnífica labor de salvamento, y logramos rescatar a varios de ellos.

También nos ocupábamos de los presos, especialmente de Melba y Haydée. Para los otros combatientes que estaban detenidos logramos, a través del colegio de abogados, mandarles ropa, medicinas, alimentos. Esto nos ligó ya directamente con los "muchachos del Moncada" como les llamábamos.

Cuando se conoció en Santiago la realidad del hecho del Moncada, la mayor parte de la ciudadanía se volcó a ayudar a estos compañeros. Tanto a los presos como a los heridos, como a los que estaban escondidos en diferentes lugares.

Recuerdo cuando me fue entregado uno de los combatientes. El salía de la imprenta de los Díaz Cominche. Yo tenía que esperarlo en la esquina de San Francisco y San Félix. Mi hermano pasaría en la máquina —a pesar de que el tránsito estaba prohibido por las calles de Santiago a esa hora— pero teníamos que arriesgarnos para salvar esa vida. Lo tomé del brazo, fuimos hasta la esquina, pasó mi hermano, lo metimos en la máquina y siguieron. Yo tuve que tomar una guagua para disimular mi presencia allí. Me bajé de la guagua dos cuadras más adelante. Cuando me dirigía a mi casa, una pareja de las tantas

que recorrían la cuidad, me preguntó qué era lo que hacía en la calle. Dije que tenía un enfermo muy grave y que había ido a solicitar la ayuda de un médico. Sólo así pude seguir hasta mi casa.

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

Aquel domingo...

En 1952 un policía le dio un cabillazo a José Ramón Martínez, uno de los combatientes del Moncada, allá en Guanajay, y fue ingresado en el Hospital de Emergencia en La Habana. Yo llevé un hijo mío grave y así fue como se iniciaron las relaciones con José Ramón. Cuando nos despedimos en el hospital le di mi dirección en Santiago de Cuba.

Aquel domingo, al regresar de la iglesia, como a las ocho y cuarto de la mañana, me encontré a tres hombres sentados en el sofá de la sala y al reconocer a José Ramón le pregunto:

—¿Están en los carnavales o están paseando?

El me contestó que estaba buscando trabajo.

Al hacerlos pasar para que desayunaran hicieron confianza y le contaron a mi esposo, Alfredo Díaz, y a Rubén Pérez, en lo que estaban. Después me llamaron y me dijeron todo lo que había ocurrido. Le dije que tuvieran confianza, que se quedaran encerrados en el cuarto ya que en la imprenta de mi esposo, que estaba al lado de la casa había muchos empleados.

Joaquín Méndez, mi hijo de crianza, me buscó el enlace para que los otros dos compañeros se refugiaran en lugares seguros.

José Ramón se quedó dos días más y entonces lo llevamos en automóvil para La Habana. En todo el trayecto hubo registros hasta Matanzas.

José Ramón tenía un aire de familia y en cada registro yo decía que era sobrino mío.

Al llegar a Holguín nos retuvieron en el cuartel. En el automóvil íbamos mi esposo, dos de mis hijos que tenían nueve y diez años en aquel entonces y mi "sobrino" José Ramón. Unos guardias nos hicieron abrir el maletero. Llevábamos una maleta y mangos bizcochuelos. Cuando vieron los mangos se volvieron locos de contento y ni abrieron la maleta. Mi esposo les dio una buena cantidad y dijeron:

—Bueno, sigan viejo, sigan...

Sin embargo, vi a José Ramón que estaba pálido porque lo hicieron bajar de la máquina, entonces yo le dije:

—Mírame el zapato, amárrame el cordón, —y el agacharse, la sangre le subió a la cabeza, le volvieron los colores y no hubo mayores inconvenientes.

Al día siguiente de estar en La Habana, yo no sé cómo, José Ramón, Alfredo mi esposo y mi hijo Alfredito se reunieron con José A. Echeverría y otros dirigentes estudiantiles en un sótano de la Universidad. José Antonio y los otros muchachos tenían mucho interés en saber por boca de uno de los asaltantes lo que había ocurrido en el Moncada con todo sus detalles. Ya llevaban un buen rato reunidos, cuando José Ramón tuvo una corazonada y le dijo a mi esposo y a mi hijo:

—Vamos, que nos estamos tardando demasiado.

Al poco rato, efectivamente, llegaba la policía y asaltaba el lugar. Después en tono de broma, mi esposo le decía a José Ramón:

—Oye, yo creo que tú tienes algo de brujo, chico...

Por último, mi hijo Alfredito hizo las conexiones para el asilo de José Ramón en la Embajada de Panamá. Luego se fue a Panamá y de allí a México a unirse a los muchachos que luego vinieron en el Granma cayendo heroicamente en los días posteriores al desembarco.

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

La cueva del muerto...

En esa época yo tenía trece años. Por la mañana en Siboney se comentaba que eran guardias contra guardias, inclusive que eran los de Pedraza contra los de Batista.

Recuerdo que estaba en la casa, salgo, veo desde el corredor a gente extraña, entro y le digo a mi papá:

—Padre, ahí van dos muchachos que no son de por aquí.

Entonces mi papá me dijo:

—Turi, llámalos, llámalos, que van hacia la muerte.

Como a trescientos metros de nuestra casa estaban los guardias cazando a los que pasaban por la tienda de Siboney.

Esto fue después de almuerzo.

Entonces les dije a los dos:

—Entren, entren a la casa.

Entraron. Empecé a conversar con ellos.

Mi padre los llevó para el cuarto y allí entablaron un diálogo. A mi padre le parecía que no estaban hablando con toda claridad.

Tengan confianza en mí —les dijo mi padre— que yo soy republicano español y estoy en contra de Batista.

Mi mamá, Mercedes Moya, también participó en la conversación.

Mi papá les enseñó la pierna herida de la guerra civil española.

Tengo una pierna más corta que la otra —dijo mi padre.

Creo que ese gesto les dio confianza y confesaron que habían participado en el asalto al Moncada. Se cambiaron de ropa, uno de pantalón y el otro de camisa porque estaba impregnada de mucho olor a pólvora. Se franquearon y dijeron los nombres: el del pantalón era Ciro Redondo, el de la camisa, Marcos Martí.

Mi padre les preguntó quién era el jefe de ellos y se negaron rotundamente a dar el nombre. Él no insistió.

Se quedaron en el cuarto y mi padre fue rumbo a la finca pero vio que un grupo de guardias venían avanzando, registrando todas las casas de los alrededores. Volvió de inmediato a la casa y me dijo:

—Súbelos para la cueva y escóndelos enseguida.

La cueva es "La Cueva del Muerto" y se encuentra a unos cincuenta metros detrás y a un costado de la casa. La entrada de la cueva estaba protegida y cubierta por unos saos muy altos y tupidos.

Yo me quedé un rato largo con ellos en la cueva. Conversábamos. Regresé a la casa y por la tarde volví y les llevé agua en dos botellas. Al oscurecer les llevé latería y un cuchillo para que abrieran las latas.

Ya todo aquello estaba plagado de soldados y de agentes del SIM vestidos de civil.

Al otro día no pude moverme de la casa y sólo por la noche les llevé alimentos y agua.

Casi todos los vecinos se fueron para Santiago ante la situación que había en Siboney.

Pérez Chaumont ordenaba el asesinato de varios combatientes en la granjita adonde los habían llevado. Incluso asesinaron a seis en el camino de Juraguá.

El 29 de julio fuimos a Santiago y cuando regresábamos el 30 a Siboney, al llegar al entronque de la Anacahuita, nos dijeron que había un muerto en la carretera y que no se podía pasar por allí. Dimos la vuelta por el crucero de Firmeza que estaba al fondo de la finquita nuestra y llegamos a la bodega de Siboney antes de ir para la casa. Allí nos informaron que un chivato vecino de Siboney los había denunciado. Los guardias rodearon la cueva y los sacaron de allí.

Los llevaron a pie a la Anacahuita. En el trayecto asesinaron a Marcos Martí.

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

La reacción popular...

En la tarde del 26, a partir del momento en que se hablaba que Fidel venía al frente del grupo que había asaltado el Moncada, hubo inquietud en Santiago. Se decía que entre los que se habían retirado algunos estaban regados por la ciudad y necesitaban auxilio.

Creo que en la población entera —y en esto no se puede individualizar— la reacción fue de ayuda y de solidaridad con los que atacaban al Moncada.

Día y noche se sentían tiros y ya la gente empezaba a hablar de que estaba asesinando a los prisioneros; también se hablaba de que las tropas de Pérez Chaumont habían realizado una matanza de combatientes apresados en Siboney.

El pueblo santiaguero se movilizó. Las distintas organizaciones: profesores, estudiantes, obreros, instituciones cívicas, organizaban la defensa para impedir que los prisioneros fueran asesinados y buscaban refugios, ropa y alimentos para los combatientes en las casas de Santiago y para los heridos en el hospital.

Como teníamos un contacto muy estrecho con la familia Díaz Cominche, y en su casa habían varios combatientes refugiados, me tocó trasladar a algunos de ellos.

Hicimos los contactos para buscarle refugios a Mario Lazo y Severino Rosell, "Vero", quienes fueron trasladados de una finca en la zona de Santiago a la ciudad.

Ambos tuvieron que cambiar de refugio varias veces hasta que Mario Lazo se fue para la casa de las hermanas Atala Medina y "Vero" Rosell fue para la casa de Vilma Espín.

A Léster Rodríguez hubo que trasladarlo de Palma a Santiago. Fue necesario buscar una casa donde permanecería un tiempo en Santiago hasta que se hicieron las gestiones para trasladarlo a La Habana y de ahí al extranjero.

Pero el caso más difícil fue el de un asaltante del Moncada con quien tuve que pasarme el día entero porque nos había fallado la casa donde debíamos llevarlo. Como era de Artemisa y el acento lo delataría le sugerí que no hablara una palabra con nadie. Estuvo buena parte de la tarde en la biblioteca de la Universidad. Alguien se le acercó pero no habló. Luego, hicimos un recorrido muy largo por las calles de Santiago. Lo llevamos a un colegio y allí conoció a Frank País. Al fin, por la noche, pudo encontrar refugio en casa del compañero Rodríguez en la calle Gallo.

Los atacantes del Moncada se ganaron a la población de Santiago y ya a partir de ahí no se pensaba en otro tipo de oposición al gobierno de Batista que no fuera el de los muchachos del Moncada. Aquello fue un impacto muy fuerte y mucho más a medida que se fueron conociendo todas las injusticias, torturas y asesinatos que se habían cometido.

Es necesario destacar en primera línea la actitud de la mujer en aquellos momentos. Porque se trataba en muchos casos de mujeres que no estaban en partidos ni en ninguna organización. Se formaron grupos de mujeres y toda su labor se canalizaba a través de comités de auxilio y de ayuda.

La reacción popular fue masiva en Santiago pero luego se extendió a todo Oriente. Se formaron comisiones de ayuda en toda la provincia. Se había roto con un cierto conformismo; se iniciaba una nueva etapa con una nueva estrategia en la lucha, ahora frontal contra Batista. Eran los únicos que habían utilizado la lucha armada contra el tirano.

Tuve la oportunidad de oír la entrevista que le hicieron a Fidel por radio cuando estaba en el vivac. Fueron unas palabras de tanta fuerza emocional que impresionaron hasta a los soldados que estaban allí. La entrevista la cortaron y después no la volvieron a retrasmitir ni fue publicada en los periódicos. Fidel habló de las razones y de los objetivos del asalto al Moncada, del significado de aquella acción frente a la tiranía.

También pude escuchar la entrevista que le hicieron a Raúl cuando lo detuvieron. Le preguntaron que si lo habían vejado o había sido víctima de maltratos. Y Raúl contestó enérgicamente:

—¿Qué si me han vejado? ¿Qué si me han maltratado? En primer lugar eso no hubiera ocurrido porque yo habría contratacado, no lo hubiera permitido.

Y añadió que sólo dándole un tiro, muerto, lo habrían podido maltratar. Y luego, al igual que Fidel, explicó cuáles eran los objetivos que ellos se habían propuesto al asaltar el Moncada pero también le quitaron el micrófono.

Estas dos alocuciones escuchadas en la propia voz de Fidel y Raúl produjeron una reacción todavía más solidaria porque fue una identificación con los ideales que habían movido aquella gesta y la valentía con que fueron defendidas esas ideas en momentos en que estaban detenidos por la tiranía.

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

Estoy listo para incorporarme...

A los dos o tres días del asalto al Moncada, supimos por la compañera María Antonia Figueroa, que había necesidad de proteger a un asaltante: Ángel Sánchez. En esta misma casa de Calvario 416, donde vivía mi hermano Armando Ferrer, casado con Carmelina Palasí, hicimos el primer contacto con él.

Acordamos con Carmelina y Armando traerlo para esta casa puesto que en la mía, mi esposo, el doctor Quinidio Armaignac, tenía consulta y la puerta permanecía siempre abierta y no ofrecía seguridad en aquellos momentos.

Ángel permaneció aquí día y medio. Esta casa es larga y estrecha y tenía pocas posibilidades de escapar. Determinamos que fuera trasladado para la casa de mis padres que viven aquí, al voltear, en San Jerónimo 474.

Allí permaneció hasta el 31 de agosto. Este muchacho, aún en esos momentos de persecución permanente y en una situación tan dura, hablaba con fervor y una admiración tan grande por la personalidad de Fidel que nos decía:

—Si ahora mismo él nos invita a participar en otra acción, estoy listo para incorporarme.

Hablaba con una convicción profunda de los ideales y de las proyecciones del movimiento.

En los primeros días, dada la frecuencia con que eran registrados todos los hogares de la ciudad y previendo que esto nos ocurriera, mi esposo, que entonces era profesor de la Universidad de Oriente y compañero del doctor Julio López Rendueles, habló con éste para buscar la forma de borrar todo vestigio de pólvora que pudiera quedar en las manos de Ángel. El doctor López Rendueles le entregó una preparación química que mi esposo aplicó a sus manos. Recuerdo cómo se retorcía por el ardor que le producía.

Ya en contacto con María Antonia y con la familia Méndez Cominche, se empezaron a crear las condiciones para su traslado a La Habana y su asilo en la embajada de Panamá.

El 31 de agosto de 1953, yo acompañé a Ángel Sánchez en la guagua hasta La Habana. Pero antes fue necesario hacerle

una fotografía para un carné que le estaba preparando mi cuñado el doctor Armaignac con el nombre cambiado que era el de Rubén.

En el trayecto registraron varias veces la guagua. Teníamos los nervios de punta pero el impacto terrible fue cuando llegamos a Camagüey. Bajamos a un café, donde paraba la guagua, para tomar un refresco y al sentarnos a la mesa llegan dos guardias rurales, se sientan con nosotros y nos dicen:

—¿Hacia dónde van?

Y les dijimos, como era natural, que íbamos para La Habana. Quizás a ellos les llamó la atención que parecíamos una pareja de recién casados.

—Nosotros nos quedamos antes, —dijeron ellos mientras Ángel los miraba a través de los gruesos espejuelos de aros de metal blanco, de esos que acostumbran a usar los viejos, y que transformaban la expresión de su rostro.

Al llegar a La Habana pudimos trasladar a Ángel a la embajada de Panamá.

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

De una carta de Frank País

(Fragmento)

"Te escribo ante todo para decirte que en estos días no me ha pasado nada, no estoy mezclado en absolutamente nada, pero quisiera. Ese día salí a la calle buscando quien tuviera un rifle o un revólver y suerte para ellos que no lo encontré porque si no por cada bala que me hubieran dado me hubiera llevado a uno."

En otra parte y refiriéndose otra vez a los acontecimientos del domingo de la Santa Ana, Frank advierte a su compañera de estudios "...no le hagas caso a lo que dicen por radio ni en los periódicos". El sabía que la censura impuesta por el régimen dejaba las puertas abiertas a la mentira y al engaño.

También hace referencia a los primeros instantes de aquel día y a la disposición inmediata de incorporarse a los que combatían contra el régimen. Junto a Frank, en esos momentos, está Pepito Tey:

"Yo acababa de venir de una excursión y estaba tan cansado que me acosté y a eso de las 5 y media de la mañana me despertó un intenso tiroteo de ametralladora y rifle, me levanté con mi hermano y subimos al techo, de donde sentimos el tiroteo en el cuartel. Pensamos que eran salvas del carnaval, pero al ver que continuaba, pensé que se trataría de broncas entre soldados y al seguir el tiroteo pensé que se trataría de un golpe militar... los radios no funcionaban y no sabíamos nada. Tey vino a mi casa y fuimos a reunirnos unos cuántos, fuimos a las cercanías del cuartel a tratar de conectarnos con los supuestos soldados insurrectos, pero los batistianos nos impidieron pasar a tiro limpio. Luego fuimos a buscar armas y no las encontramos, y anduvimos todo el día caminando y enterándonos de lo que pasaba."

Tras referirse a la represión desatada por las fuerzas de la tiranía, después de que los revolucionarios fueron rechazados Frank País escribe:

"Los jóvenes se marcharon a Siboney y luego a la Gran Piedra y demás lomas donde los guapos ahora los están persiguiendo como a perros, a todos los matan, a los que se rinden también, imagínate, ellos que no conocen esos lugares, los matan como a mosquitos, son unos asesinos, quieren desquitarse como cobardes lo que no supieron defender como hombres cuando tenían que hacerlo. Me dio una rabia y un dolor ver cómo morían y mueren decenas de muchachos jóvenes. Yo los llegué a ver el domingo por la noche porque me llegué a colar con un grupo que traía un soldado herido, estaban todavía tirados en el suelo, todos llenos de sangre, de balas y de honor. jovencitos algunos, que no tenían barba siquiera, uno colgado de un árbol, las piernas al aire y los pies en el suelo cortados, tirados en el suelo, mientras el cuerpo se bamboleaba en el aire. Era algo horrible y más horrible aún el asesinato que están cometiendo por esas lomas sin que nadie los vea asesinos y cobardes."

[En: *Granma*, 30 de julio de 1973.]

El destino de los restos...

Después del asesinato de los combatientes del Moncada era preciso conocer el destino de los restos de esos compañeros.

Hubiera sido una vergüenza, un deshonor para los orientales que de aquellos muchachos que habían venido a morir aquí por la libertad de Cuba se perdieran sus restos.

Nos propusimos fijar el lugar donde reposarían los héroes del Moncada en el cementerio de Santa Ifigenia para que cuando el pueblo supiera que estaba ahí lo convirtieran en lugar de peregrinaje. Era también un incentivo para recordarle a los hombres y mujeres de esta tierra que ellos habían venido a abrirnos un camino.

Seguros ya donde estaban enterrados en las nuevas fosas, decidimos marcarlas en el Patio Común a la izquierda y al fondo del cementerio, muy cerca del basurero, donde enterraban a los pobres. No quisimos hacer una tumba lujosa, no diferenciarla, sino hacerles una igual que la de los desposeídos. Una especie de cajones de madera con una cruz y entonces sembrarlas todas de flores. Así lo hicimos. Había un terror muy grande. Ellos querían hacer desaparecer los cadáveres y en aquellos momentos sí era peligroso emprender esta tarea de construir las fosas. No había ningún sepulturero que quisiera hacerlo. El único que lo hizo fue Juan Caternaux y un muchacho medio anormal que lo ayudaba. No es que yo confiara tanto en él pero como él vivía de eso ofrecí pagarle a Caternaux y le dije:

—Tú me haces las fosas, los cajones, las cruces y te vas a ocupar de todo y además te voy a pagar todos los meses para que atiendas las tumbas, les siembres flores, las riegues y las mantengas bonitas y no vas a correr ningún peligro pues yo te autorizo a que tú les digas, si ellos te preguntan, que tú trabajas particular y que yo, Gloria Cuadras, te pago para que tú las cuides. Échame la responsabilidad a mí.

Comenzamos a hacer las gestiones para conseguir la madera. Me dirigí con dos compañeras y un compañero a un aserrío. El aserrío era de un viejo amigo mío quien accedió a dármela a

escondidas de su socio. Después fui a buscarla en una carretilla que alquilé y la trasladé al cementerio entregándosela a Caternaux para que comenzara a construir los cajones.

Los construyó pero el ejército los destruyó al día siguiente y tuvimos que empezar de nuevo. Se llevaron preso a Caternaux y él dijo que yo le había autorizado. Tal como lo esperaba, recibí la visita de los guardias quienes me instaron a desistir de mis propósitos y a explicar las razones que me llevaban a velar por las tumbas de los combatientes del Moncada. Yo les expliqué que porque soy mujer, que esos muchachos no son bandidos, no son ladrones, no son asesinos sino que se sintieron inflamados por el amor a la patria y han muerto por un ideal. Les dije que esos muchachos hoy están muertos y ningún mal les podían hacer a ellos y añadí que mi deber como cubana, y como revolucionaria era hacer eso para que las madres, el día de mañana, sepan dónde están enterrados sus hijos.

Así les dije. Poco después del Moncada hubo un ciclón. Como yo era comentarista radial de CMKC hice un llamamiento para que todo el que se sintiera apto acudiera en auxilio de los necesitados. Frank acudió al llamado, y como ya trabajábamos juntos, salimos él, mi esposo y yo. Instintivamente nos dirigimos al cementerio porque los tres habíamos pensado exactamente igual: saber en qué estado se encontraban las tumbas de los mártires del Moncada. El viento soplaba fuerte y algunas cruces habían caído. Entonces Frank bajó, las recogió con gran amor y respeto (se le notaba en la cara) y las colocó de nuevo en su lugar. Salimos de allí empapados pero satisfechos de haber estado con los muchachos.

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

Una rastra repleta de cadáveres...

Al día siguiente del Moncada empezamos a tratar de hacer algo sin tener una idea precisa de lo que se iba a hacer. Buscamos ropa usada porque ya nos habíamos enterado que había combatientes escondidos y era necesario cambiarles la ropa. Se tomaban las precauciones quitándoles las marcas de tintorería.

El pueblo de Santiago se conmovió mucho cuando el 27 de julio por la tarde salió una rastra repleta de cadáveres. A plena luz del día, por la tarde, bajó por la calle Martí: fue una afrenta al pueblo. A su paso el pueblo se descubría y el ejército daba bofetones y golpes. La gente lo comentó y la reacción fue tremenda. Aquellos cadáveres los tiraron en el cementerio sin poder apenas identificarlos.

También se habló mucho de los militares que exhibían las prendas, las cadenas, los relojes, después de haber saqueado los cadáveres de los combatientes.

Recuerdo aquella cantidad de mujeres que fueron al reparto Santa Maria, en la ruta por donde pasaban los muchachos que estaban presos en la Cárcel de Boniato y los trasladaban a la Audiencia en aquellos días de los juicios. Era emocionante porque los aplaudían, les gritaban, les tiraban flores...

Cuando Mario Lazo llegó a nuestra casa estaba receloso. No quería ni hablar. Le pregunté su nombre y me dijo:

—Me llamo Mariano Arce.

Yo insistía y él repetía lo mismo. Le expliqué que había un compañero que quería conocer el destino de algunos combatientes de Artemisa. Entonces cogí una figurita que estaba en una repisa, saqué una tirita de papel y le dije que esa lista de nombres me la había dado el padre de Ramiro Valdés para ver que se sabía de ellos. Cuando lo leyó se sorprendió y me dijo:

—El primer nombre de la lista soy yo.

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

El único sobreviviente del grupo de Abel

Todos los combatientes del grupo de Abel fueron torturados y liquidados en la jornada del 26 de Julio. Uno solo escapó a todas las búsquedas a las cuales se entregó el ejército en el hospital civil, durante la mañana del 26. Ese compañero se llamaba Ramón Pez Ferro.

Fui a verle a su casa diez años después. Es profesor de escuela secundaria, y vive en su apartamiento de planta baja en el centro de La Habana. La puerta de la casa está decorada con un banderín con los colores del 26 de Julio, y tiene en el centro el perfil de Fidel. Me invita a entrar en una habitación amueblada con un piano y mecedoras. La ventana, con reja, da a una pequeña terraza al borde de la calle y, en la pared, hay un diploma de trabajador ejemplar a nombre de Ramón Pez Ferro. El diploma es de satén rosado, y yo lo miro con sentimientos mezclados: apruebo en principio, pero deploro el satén rosado.

La puerta se abre. Un adolescente aparece, muy delgado, bastante pequeño. Su tez es trigueña, los cabellos crespados, los ojos vivos. Me tiende la mano, y como yo le miro con aire interrogativo, me dice: "Yo soy Ramón Pez Ferro". No es así como yo imaginaba un veterano del Moncada, y le digo: "¡Usted parece tener 18 años!" Ríe animadamente, sus ojos brillan, y su labio inferior se adelanta. "Tengo 28... Y siempre he parecido de menos edad de la que tengo. Tenía 18 años en el momento del Moncada, y era tan pequeño y tan delgado, que no representaba más de 12." Se echa a reír y agrega: "Eso es lo que me ha salvado la vida."

A las 8 de la mañana, en el hospital civil, cuando se disparó el último cartucho, los combatientes se quitaron sus uniformes. Ramón les imitó. Por suerte, había conservado debajo sus ropas civiles. "Es lástima —dijo uno de los fidelistas dirigiéndose a un grupo de veteranos—. Este joven camarada está vestido de civil, podría salvarse. Es un estudiante del instituto, debería hacerse algo por él." Los mambises, a los que se dirigía no tenían, en su mayoría, otra enfermedad que su vejez. Rodeados del respeto de

todos, estaban agrupados en una sala del hospital. Y desde el comienzo del combate, habían salido para manifestar su simpatía por los jóvenes valientes que luchaban contra la dictadura. "Yo me encargo de él" —dijo al fin un veterano. Era un hombre de color, llamado Tomás Sánchez. Tomando a Ramón de la mano, le hizo entrar en la sala de los mambises, y le dijo que se sentase sobre una silla al lado de su lecho. "Oye bien —le dijo—. A partir de ahora, para todo el mundo, eres mi nieto."

El subterfugio salió bien. Los soldados entraron varias veces en la sala, miraron uno a uno a todos los mambises, pero ninguno prestó la mayor atención al chiquillo que estaba sentado tan tranquilo sobre una silla al lado de su abuelo.

—La partida no está ganada, —dijo Tomás Sánchez a Ramón cuando los registros cesaron—. Hay que sacarte de aquí. Y pronto, pues con todos esos "chivatos"... "Reflexionó durante algunos minutos, y luego dijo al enfermero: —llama al capitán". Cuando el capitán del ejército estuvo allí, Tomás Sánchez se alzó sobre sus almohadas, bosquejó un saludo militar, y dijo:

—Tengo un problema, capitán. Mi nieto está aquí desde ayer por la tarde. Esta mañana no ha podido regresar a su casa a causa de la batalla, y su madre va a inquietarse.

El doctor estaba en ese momento en la sala pasando visita, y el capitán le interrogó: —¿Usted conoce a este muchacho, doctor? El doctor volvió, su mirada se deslizó rápidamente sobre Ramón, se detuvo un cuarto de segundo sobre Sánchez, entornó los ojos y dijo con voz indiferente:

—Sí, sí, le conozco.

El capitán dio una palmada sobre el hombro de Ramón:

—Ven muchacho, voy a hacerte salir.

Los pasillos del hospital estaban llenos de pequeños grupos de soldados armados, que revisaban la identidad de todos, enfermos, empleados, enfermeros, enfermeras e incluso médicos. Con el capitán a su lado, Ramón pasó sin dificultad entre esos grupos. Sin embargo, recordaba los temores de Sánchez, temía a cada paso ser reconocido por un chivato. Después de una interminable marcha por los pasillos del hospital, bajaron por la escalera y vio al fin aparecer con un suspiro de alivio, las puertas que había pasado algunas horas antes, de uniforme, con un fusil en la mano.

—Vete, muchacho, vuelve pronto a casa de tu madre —le dijo el capitán dándole un empujoncito en la espalda. Y Ramón se vio en la calle.

[En: *Bohemia*, 27 de julio de 1966.]

¿Tú eres de Pinar?...

Aquel 26 por la mañana yo había salido a buscar ropa para los tres combatientes del Moncada que se habían refugiado en casa de la familia Díaz Cominche. Al llegar a la esquina de Santo Tomás y San Francisco veo que viene otro joven: sucio, ripiado, pero afeitado y peinado y con zapatos buenos. Me sorprendo y enciendo un cigarro para dar tiempo a que se acerque a mí. Al llegar le pregunto:

—¿Tú eres de Pinar?

Y él muy asustado y sorprendido me dice que sí. Entonces le tiro el brazo por el hombro, nos echamos a caminar y le digo:

—No temas, estás en buenas manos, no te va a pasar nada. Intentó detenerse varias veces por temor pero yo lo animaba y le daba confianza. Lo llevé a casa de mis padres que quedaba cerca de allí hasta que pudimos mandarlo para La Habana.

Más tarde tuve que recoger durante dos días seguidos, a la misma hora, a dos muchachos que se habían refugiado en una finca en El Cristo. El lugar que habíamos fijado para recogerlos fue en la parada de guagua que había en San Francisco entre San Pedro y San Félix donde siempre habían muchas personas porque todas las rutas de guaguas de Santiago pasaban por allí. El primero de los combatientes se lo entregué a Max y María Antonia Figueroa que estaban esperándonos en un automóvil a media cuadra de allí. Para poder refugiar al otro llamé a casa de la doctora Zenaida Zambrano, hija de un dominicano perseguido por Trujillo, que llevaba muchos años en Santiago.

Cuando Zenaida consultó con su padre la posibilidad de que un combatiente se refugiase en su casa él respondió:

—¿Cuántos son? Los que sean pueden traerlos para acá.

Luego se hicieron las gestiones para sacarlos del país en un barco maderero que hacía la travesía entre Santiago y algunos países de la América Central. Logramos meterlos en el barco haciéndose pasar por pintores para evitar la posible reacción de los portuarios y los chivatos. Acordamos con el capitán y el primer oficial que esos dos compañeros permanecieran escondidos en el fondo del barco, y ya en alta mar, a una distancia donde se hacía

difícil el regreso, el primer oficial haría una señal para que los dos "pintores" salieran y fueran descubiertos. Acto seguido se los llevaría al capitán como polizontes y tratando de que la tripulación los oyera, confesarían ser asaltantes del Moncada.

Es ahí donde el capitán, como parte de la trama, reúne a la tripulación y le hace saber la existencia de dos polizontes. El capitán se dirige a la tripulación y afirma, fingiendo, que por ser dos prófugos de la justicia regresaría a Santiago a entregarlos a las autoridades competentes. Entonces interviene el primer oficial —ya también como parte de la combinación— haciéndole ver al capitán que al entregarlos en Santiago serían irremisiblemente asesinados y que sobre su cabeza pesaría ese cargo de conciencia. Todo esto, lo decía buscando el apoyo de la tripulación.

Efectivamente, la tripulación unánime, le pidió al capitán que no regresara a Santiago de Cuba. El capitán los comprometió diciéndoles que se dieran cuenta de lo que hacían ya que todos eran cómplices —incluyéndose él mismo— de la salvación de esos muchachos y esta actitud los obligaba a la mayor reserva. Además, el capitán les recordó que debían atracar en Nicaragua, que allí estaba Somoza, íntimo amigo de Batista. La tripulación le dijo al capitán que también habría que tocar puertos en otros dos países donde había dictaduras pero que ellos se comprometían a protegerlos. Y así mismo fue.

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

Proteger a los combatientes

Max Figueroa me planteó que se estaba tratando de localizar a los muchachos para ayudarlos y que me tendrían en cuenta para estos trabajos.

En esos días, dos de los combatientes del Moncada que habían encontrado protección en una finca tenían necesidad de trasladarse a lugares donde tuvieran mejor protección. Supimos la cosa y la planteamos a través de Max Figueroa.

Estos compañeros bajaron escondidos en un carro de leche. Los recibimos en un garaje que se encontraba en Garzón y Sueño. Después, un compañero se hizo cargo de ellos.

A partir de esta coordinación, Max Figueroa comenzó a utilizarme en una forma más intensiva; comencé a tener una labor muy estrecha cambiando compañeros de lugar; algunos los llevaba a mi casa hasta tanto pudieran ser trasladados a otro lugar o el propio Max los llevaba a mi casa.

En el mes de agosto vino a vivir a casa, durante un tiempo, Lester Rodríguez con quien tuve largas conversaciones sobre los objetivos de la revolución. Esta estancia de Lester en casa nos sirvió para iniciar una politización más amplia.

La preocupación y el desinterés con que se trabajaba para proteger a los combatientes del Moncada que estaban en peligro en esos momentos, se puede entender mejor cuando afirmamos que ningún compañero de los localizados por nosotros fue apresado por la policía.

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

Determiné robarme los restos...

Yo lo que supe del contacto de Renato con Fidel fue un día que él vino de La Habana y estábamos comiendo y me dijo:

—Viejo, conocí en La Habana a un muchacho que ese sí es un verdadero líder. Te aseguro que como él nace uno cada quinientos años. Como Martí.

—¿Y quién es, Renato? —le pregunté. Me dijo.

—Es Fidel Castro, papá. Lo conocí en el Hospital Calixto García donde fui a ver a Rubén Batista (el primer mártir de la tiranía).

A pesar de esto Renato nunca me hizo saber nada de sus actividades revolucionarias. Sé que como trabajábamos juntos me pidió vacaciones en aquel mes de julio de 1953. El 23 de julio llega una tarde a la oficina y me pide que le preste 500 pesos. Le hice un cheque y se lo di. Y cuando ya se iba, se volvió sonriente, extendió el cheque y dijo:

—Oye, viejo, este cheque es para la libertad de Cuba.

Aquel 26 siento los disparos. Salgo, me quedo en el patio oyéndolos, subí a la azotea de la casa y ahí me orienté: los tiros procedían del Moncada.

Un jeep del SIM lleno de gente con ametralladoras me vino a buscar a las diez y media de la mañana.

Me preguntan:

—¿Aquí vive Renato Guitart?

—Sí, —contesté.

—¿Él no vino a dormir anoche? —volvieron a preguntar.

—No, él no vino a dormir anoche. Yo no sé donde está.

Violentamente me llevaron al Moncada, me condujeron a una oficina donde había un teniente y me interrogaron. Sólo después de la una de la tarde me dejaron ir.

A las ocho de la noche me llamó un amigo que conocía a Renato. Fui a su casa y me dijo que había estado en el Moncada, que allí había visto a Renato muerto.

Recabé ayuda y al día siguiente por la mañana pude ir al Moncada, pero Renato no estaba allí. Lo habían tirado al fondo del Hospital Militar junto con otros compañeros entre los cuales había algunos con señales de torturas.

A las cuatro de la tarde me entregaron a Renato y lo llevé para el Cementerio de Santa Ifigenia.

Como una hora después llegó una rastra llena de cadáveres y de soldados encima de los sarcófagos. Lo primero que hicieron fue tirar las cajas al suelo junto al necrocomio. Muchas se rompieron y los muertos se salieron de ellas. Había cuatro sin cajas, los soldados los agarraron por los brazos y por las piernas y los tiraron como si fueran sacos de papas. Caminando por entre los cadáveres vi a tres soldados que señalaban, entre la larga hilera de sarcófagos destapados ya, a uno de ellos. Uno de los soldados dijo:

—Mira, éste es Santamaría, el que cogieron preso en el Hospital.

Gracias a Pablito Lavadí, que había sido designado jefe de los enterradores de los caídos en el Moncada, pudimos señalar para la posteridad el lugar exacto donde primero fue enterrado Abel Santamaría y todos sus compañeros del Moncada en un Patio Común al fondo del cementerio de Santa Ifigenia.

Una vez a la semana llevaba flores y las depositaba en las tumbas de los combatientes.

A mediados del año 1955 me enteré de las expresiones de Chaviano en su oficina. Decía que ya se estaban cumpliendo dos años de lo del Moncada, que había que barrer con esas tumbitas que eran motivo de que los estudiantes estuvieran dando escándalos. Frente a esta situación determiné robarme los restos de los 33 muchachos para colocarlos en una tumba secreta en el propio cementerio de Santa Ifigenia y así impedir que Chaviano cumpliera sus amenazas.

Hablé con Pablito Lavadí de las pretensiones de Chaviano y le pedí ayuda para ver de qué forma nos podíamos robar los restos lo más rápidamente posible, sin que la gente del SIM que estaba allí se enterara.

Inmediatamente compré un terreno. Por cierto, que una vez que Renato y yo fuimos al entierro de un amigo nuestro, me pidió que si moría antes que yo lo enterrara en algún lugar desde donde se viera la tumba de Martí. El terreno, precisamente, quedaba cerca de la tumba de Martí. No perdí tiempo y mandé a construir una bóveda modesta. Todo esto se hizo ocultamente. Como Lavadí solo no podía exhumar y transportar 33 cadáveres en los casi 300 metros que los separaban de la nueva tumba secreta, buscamos a otro sepulturero conocido por el "Chino" para que lo ayudara.

Los dos empezaron a sacar los restos a las cinco de la mañana. A esa misma hora, después de haber saltado la tapia del Cementerio, me encontré con ellos. Esto duró hasta las siete de la mañana. Cuando se cerró el cementerio a las doce del día, reiniciamos el

trabajo hasta las dos de la tarde. Y cuando se cerró el cementerio a las seis de la tarde, continuamos hasta las ocho de la noche. Ya al día siguiente, al mediodía, habíamos terminado.

Por cierto que la mayor inquietud al trasladar los restos fue que al contarlos faltaba uno. Como los muchachos habían sido enterrados en un lugar pantanoso que siempre que llovía se inundaba, había una tumba cubierta de agua y el fango calaba profundamente. Era debajo de ese lodazal que Pablito, con el agua a las rodillas, encontró el cadáver perdido.

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

:nventé un cuento

Al ordenarse la retirada de los atacantes, abandoné a pie las inmediaciones del cuartel de Bayamo. En un camión de reparto de leche me trasladé a las afueras de la ciudad. Allí próximo al cementerio, tropecé con un campesino. Le dije que era revolucionario, que acababa de participar en la acción contra el cuartel, y él me proporcionó agua.

Inmediatamente empecé a caminar en dirección a Manzanillo. Pasé un río y muchos potreros. Caminé hasta las dos de la tarde. Fui a parar al lado de un caserío entre dos lomas, cerca de una hacienda propiedad de un norteamericano.

Un matrimonio campesino me facilitó ropas, pudiendo abandonar el uniforme amarillo utilizado en el ataque. También me dio comida. Este gesto es más significativo si se tiene en cuenta que eran muy pobres y sólo contaban con lo más elemental para subsistir.

Sobre las 5 de la tarde del propio día 26 fui en unión del campesino a Manzanillo.

Comí un "sandwich" y tomé una malta. Al día siguiente partí en ómnibus, ya disfrazado debidamente de campesino, para Bayamo y Santiago. En el viaje escuché comentarios confirmando el revés en el Moncada.

En el trayecto de Bayamo a Santiago, los guardias estaban haciendo registros. Le dije claramente a una señora que iba en el asiento contiguo que era revolucionario. Ella, hija de un veterano que se encontraba recluido en el Hospital "Santa Ifigenia", se ofreció para hacer ver que viajábamos juntos. Y no tuve mayores contratiempos.

En Santiago me introduje en una casa de la Avenida Garzón. Volví a esgrimir con éxito la verdad: dije que era revolucionario. Me dieron agua y otro pantalón. Además, un muchacho de la familia me acompañó hasta el paradero de la ruta 34. No había asientos vacíos, pero el conductor me cedió el suyo. Para mí que se dio cuenta que estaba huyendo.

En el viaje se multiplicaron los registros, pero no tuve mayores dificultades. Recuerdo que en uno de los registros se llevaron

detenido a un joven que tenía una pequeña maleta azul al cual había visto bailar con patines en más de una ocasión en las calles de la Habana. Nunca más lo volví a ver y quizás lo hayan matado.

Con el resto del dinero que me quedaba, unos 50 centavos, llegué a Camagüey. Eran las 7 de la tarde del día 27. En el "Oasis", un pequeño café que no sé si existe todavía, tomé un refresco. Y no sabiendo qué hacer para no despertar sospechas, opté por un golpe audaz: me presenté en el cuartel y pedí que me dejaran dormir. Inventé un cuento a la posta. Dije que era zapatero, que había partido de la Habana en busca de trabajo, que tenía dos hermanos pequeños que mantenía y que buscaba en Camagüey un tío.

El cuento dio resultado: no me hice sospechoso. Pero me advirtieron que no podía pasar la noche en el cuartel y me enviaron de nuevo al "Oasis". Esa noche peleaba Gavilán por la faja mundial y al día siguiente 28, fui a la casa de la madre del boxeador y le pedí dinero, hablándole de su hija política, a quien conocía de Marianao.

También esa mañana le pedí a un señor con una maleta y me dio una moneda de 20 centavos. Traté de penetrar en un colegio de curas y uno de éstos me botó. Recorrí la zona del mercado y nada conseguí. A una señora le ofrecí hacerle determinados trabajos en la casa, pero no aceptó.

Arranqué a pie para Ciego de Ávila. El que quiera saber lo que es una caminata de este tipo no tiene más que hacerla. En Ciego me hice amigo de un camionero y me llevó hasta Placetas. Aquí le di la coba al chofer de un ómnibus y me permitió viajar, sin pagar pasaje, hasta Santa Clara.

Desesperado y temeroso de hacerme sospechoso, abandoné a pie la capital villareña. Sudoroso y muy cansado llegué a La Esperanza. Volví a emplear con éxito el cuento de Camagüey y me presenté en el cuartel del Ejército.

Más de un soldado me creyó e hicieron que un camión que iba hacia Güira de Melena me llevara. Pero el chofer me dejó uno o dos pueblos más adelante, en Santo Domingo, entregándome medio peso.

Conociendo ya por experiencia cuál era la mejor manera de no levantar sospechas me presenté en la estación de Policía de Santo Domingo. Pero aquí me falló el truco. Un policía moreno me dijo: "Yo creo que tú eres de esa gente de la que ya hemos tronado dos o tres". Y me metió en una celda en unión de varios sospechosos.

Más tarde vino el jefe de la estación, un oficial gordo, y repetí el cuento del zapatero. Me creyó y me dio 50 centavos para que comiera en una fonda que está o estaba situada al lado de una tienda llamada "La Ópera". Pedí carne con papas, arroz y Materva y un tabaco de 5 centavos. Ah, el café no me lo cobraron.

Un sargento de la Policía, por orden de su jefe, hizo que un camión rastra de transporte de gasolina me trajera para la Habana. Recuerdo que al chofer le decían "Lloviznao". Así regresé al punto de partida.

Pero en cambio, cuando ya me creía a salvo en La Habana fui detenido en el barrio "Hornos" en Marianao. Me llevaron para el SIM. Me vejaron e hicieron que me quitara la ropa. Mirabal y Perdomo, dos de los jefes, me interrogaron, pero los "convencí" de que era ajeno a sus imputaciones. Justifiqué con suerte que la infección e inflamación que tenía en la mano —causada por la cerca que rodea el cuartel de Bayamo— y los pies hinchados —consecuencia de las caminatas—, se debía a otros motivos.

Al fin me pusieron en libertad, pero cuando bajaba la escalera principal del SIM, el teniente San Román, padre de uno de los cabecillas de los mercenarios de Girón, me reconoció y me mandó para el calabozo.

Empezaron de nuevo los interrogatorios, esta vez más fuertes. La prueba de la parafina dio positiva —el rifle con que había tirado era de calibre 22 y deja muchas huellas en las manos—, y en esta ocasión me estuvieron golpeando durante tres días, una de las veces en presencia de Ugalde Carrillo.

De ahí me enviaron para el cuartel "Moncada". Allí fui vejado en unión de otros revolucionarios. Después me uní con Fidel y demás compañeros, primero en la cárcel de Boniato y luego en el presidio de Isla de Pinos.

[En: *Revolución*, 25 de julio de 1963.]

El asalto al cuartel Moncada

(Fragmento)

La Habana hervía en rumores la tarde del domingo, cuando nos dirigíamos a Rancho Boyeros para tomar el avión que debía conducirnos a Santiago. "El cuartel Moncada" estaba bajo un asalto. "Se contaban cuarenta muertos". "El coronel Chaviano, jefe del distrito militar de Oriente, figuraba entre aquellos".

Tales entre nosotros, los rumores circulantes. ¿Eran ciertos o se trataba de las clásicas "bolas", tan prodigadas en estos días?... Por el camino al aeropuerto, la radio del auto nos hizo escuchar unas declaraciones del general Batista condenando los hechos y anunciando que la situación estaba dominada por la fuerza pública. No había duda, pues. En Santiago estaba ocurriendo o había ocurrido algo. Otra confirmación nos vino durante el vuelo, entre Camagüey y la capital oriental: nuestro avión debía cambiar de rumbo para situarse sobre el aeropuerto de San Pedrito y descender con las luces apagadas. Temíase que tirotearan el aparato. ¿Habría revolucionarios en el aeropuerto de Santiago?

Nuestro aterrizaje fue épico. El avión descendió por entre las lomas, casi rozándolas con las alas. Por un momento temimos caer violentamente sobre los picachos que bordean la capital santiaguera, donde tocamos tierra a las once y media de la noche.

Una ciudad abandonada

A esa hora Santiago tenía todo el aspecto de una ciudad abandonada. Ni un alma en las calles desiertas. Ni siquiera soldados o policías. En medio del lúgubre silencio al pasar frente al edificio de Correos vimos las únicas personas que encontramos al paso desde el aeropuerto: unos soldados armados de rifles y ametralladoras, que nos apuntaban amenazadores al tiempo que escuchábamos un alto rotundo y comunicatorio. Identificados, nos dejaron continuar.

El hotel donde nos hospedamos está situado a tres cuadras del cuartel Moncada. Cerca de la una se oyeron algunos tiros. La refriega había terminado, pero por las calles las patrullas de soldados disparaban sobre algún sospechoso. El hotelero nos informó: "Hasta ahora se han dado oficialmente 30 civiles y 15 militares muertos."

El combate comenzó a las cinco y media de la madrugada. Los asaltantes del cuartel Moncada penetraron por la posta tres, después de matar a los soldados de aquélla. En seguida se apoderaron del ala derecha, haciéndose fuertes allí. El fuego comenzó entonces desde dentro de la jefatura entre los asaltantes y los soldados que acudían al ruido de los tiros.

Durante cuatro horas se combatió en el interior del campamento. Los asaltantes penetraron también en el Hospital Militar y ocuparon el Palacio de Justicia, próximo al cuartel. En el primero de estos establecimientos mataron, según el coronel Río Chaviano, a algunos de los enfermos, uno de los cuales desde la cama, derribó a tiros a tres asaltantes.

Los revolucionarios en Santiago

Todas las gestiones oficiales y extraoficiales, coinciden en afirmar que lo asaltantes del Moncada llegaron a Santiago en cincuenta máquinas procedentes de Artemisa, Guanajay y La Habana. Pocos santiagueros tomaron parte del asalto.

Santiago estaba celebrando alegremente sus carnavales, circunstancias que, al parecer, fue aprovechada por los revolucionarios para penetrar sin sospechas en la ciudad. Veinticinco de aquellos se hospedaron en el hotel "Rex", el mismo donde nosotros tomamos habitación.

La ciudad amaneció el lunes animada. Entre grupos se comentaban los sucesos. Algunos lo calificaban de locura de los habaneros. Se hablaba de grupos ocultos en las fincas de las proximidades de la playa de Siboney, a algunos kilómetros de Santiago. También se les describía combatiendo.

El periódico Oriente alrededor de las nueve salió a la calle para dar los primeros informes oficiales. En una nota advertía que la información gráfica había sido censurada por las autoridades militares.

El diario oriental daba la lista de los oficiales y soldados muertos, que eran dieciséis, hasta esos momentos. Los heridos militares llegaban a veintinueve, algunos de los cuales morían después. En cuanto al número de los atacantes muertos, todavía el número era incierto; oscilaba entre 30 y 36, que más tarde montarían a cuarenta, al sumárseles dos de Bayamo y cinco que murieron combatiendo con la fuerza pública en Siboney.

Alrededor de las diez pudimos penetrar en el cuartel Moncada. Entre las tropas se notaba un estado de extrema excitación,

la cual se reflejaba también en algunos oficiales. Iba a comenzar la ceremonia de imposición de insignias de grado por ascensos póstumos a los féretros de los oficiales y soldados muertos. Se escuchaban los ayes de algunas mujeres, de familiares de los militares caídos.

Mientras esperábamos ser recibidos por el coronel Río Chaviano un teniente nos comunicó que el solemne acto iba a comenzar y que los fotógrafos debían limitarse a tomar fotografías del mismo. El tono y la actitud eran conminatorias.

Ante la tropa formada y toda la oficialidad presente, mientras una banda ejecutaba unos acordes marciales, fueron expuestos dieciséis féretros. Un sol despiadado brillaba sobre las banderas que los cubrían. Leída la orden del ascenso póstumo, con mención de cada una de las víctimas, el general Díaz Tamayo auxiliado por el coronel Río Chaviano, fue prendiendo las medallas.

Allí estaban los muertos militares. ¿Pero dónde se hallaban los treinta y seis cadáveres de los asaltantes del Moncada? No muy lejos del lugar, esperando ser trasladados al cementerio, cosa que se hizo en la tarde del lunes, utilizándose para ello la rastra número 10 del expreso "Alvarez". Nosotros la vimos regresar vacía al campamento cuando esperábamos hablar con el coronel Río Chaviano, quien nos había citado para las cuatro de la tarde.

Declaraciones de Río Chaviano

En ese momento en el cuerpo de guardia, dos mujeres estaban siendo interrogadas. Una de ellas vestía de negro y parecía serena; la otra, con pantalones de hombre, se mostraba nerviosa. Ambas habían sido detenidas, en compañía de los asaltantes del Moncada. Durante la mañana del domingo. Los soldados las contemplaban con visible resentimiento. El coronel Río Chaviano nos diría más tarde, que esas mujeres, pistola en mano, habían impedido a las enfermeras del hospital militar atender a los militares heridos, obligándolas en cambio a que curaran a los revolucionarios.

—¿Quiénes cree Ud. que sean los autores intelectuales del asalto? —pregunta un periodista al jefe del distrito de Oriente, cuando éste nos recibió, al fin, en su despacho.

—De acuerdo con las investigaciones, corroboradas por declaraciones de los detenidos —responde el coronel Chaviano— los autores intelectuales del asalto son el expresidente Prío y los demás líderes políticos reunidos con aquél en Montreal. Entre los asaltantes hemos podido discernir tres grupos: uno comunista, a quien se ha encontrado abundante documentación; otro, el mayor, ortodoxo, y el tercero, auténtico.

—¿Cree Ud. que se produzcan nuevos hechos similares al del cuartel Moncada?

—Es posible, pero para triunfar tendrán que exterminar las fuerzas armadas antes.

—¿Iban todos los asaltantes uniformados?

—El noventa por ciento uniformado completamente, el resto a medias.

—¿Cuál piensa Ud. que pueda ser el número de los que atacaron el cuartel?

—Calculo que fueron unos ciento cincuenta.

—¿Estaban bien armados?

—Tenían subametralladoras, rifles y calibre 22 con balas dumdum y escopetas de perdigones, todas ellas con balas de Montreal, como un cargamento de guantes de goma refractaria, para manejar ametralladoras, que sorprendimos en un barco llegado a Santiago, con destino sin duda a los asaltantes.

—¿Había alguien dentro del campamento comprometido con éstos?

—Nadie.

—¿Quién dirigía la acción?

—Fidel Castro, que está siendo perseguido en Siboney, junto con los que lograron huir de aquí. Es posible que a éstas horas se halle ya en nuestro poder, pues en los combates librados con la fuerza pública han muerto cinco asaltantes más. Todo el parque que se les ha capturado tiene etiqueta del Canadá.

—¿Cuántos suman los muertos de los atacantes ahora?

—Cuarenta, más cuatro o seis heridos muy graves.

—Se ha dicho que hay extranjeros entre ellos. ¿Es cierto?

—Por lo que se puede observar en su físico, parece haber polacos, peruanos y algún guatemalteco.

—¿Estaba Ud. en el campamento cuando ocurrió el ataque?

—No. Me hallaba en mi casa, al otro lado de la calle que bordea el cuartel.

—¿Qué sabe Ud. del teniente coronel de la Marina de Guerra que fue enviado a La Habana, preso y herido?

—Tengo entendido que se rebeló contra nosotros y pretendió tomar el mando del distrito naval del cual era el segundo jefe. Este oficial de la Marina de Guerra, según nuestros informes, se nombra Fernández Febles.

[En: *Carteles*, 2 de agosto de 1953.]

En el cuartel Moncada

(*Fragmento*)

A las 10 de la mañana del 27 nos fue permitido penetrar en el cuartel. Cuando abordamos el muro exterior para abordar la entrada, sonaron unos tiros. Algunos soldados corrían blandiendo sus rifles. El miedo seguía disparando las armas. Dentro del cuartel la excitación de la tropa era visible, y también el desprecio de los soldados hacia los oficiales, a quienes aquellos acusaban en voz alta de no haber estado presentes en el combate.

Estaba preparándose la ceremonia para la imposición de grados por ascenso póstumo. Una fila de ataúdes se alineaba en el césped. Eran los militares muertos. Los cadáveres de los revolucionarios caídos también estaban allí, cerca. Pero no en ataúdes, sino amontonados en la rastra número 10 del expreso "Alvarez". Una lona los cubría. Poco después serían llevados al cementerio y enterrados en una fosa común. La rastra volvió vacía al cuartel.

Entre redobles de tambores se llevó a cabo la imposición de insignias a los ataúdes, cosa que haría el general Díaz Tamayo. Un sol abrasador parecía arder en los sables y las bayonetas. Se escuchaban algunos ayes. La escena quería ser conmovedora. Pero no lo lograba. Nuestro pensamiento estaba en el combate del día anterior, en los hombres que se habían lanzado a tan osada acción y cuyos cadáveres no nos habían dejado ver y mucho menos retratar.

Bajo la guía estricta de un oficial, recorrimos algunos establecimientos del cuartel. La fachada del edificio de la jefatura, cuyo interior visitamos, mostraba incontables impactos. Allí se había librado lo más recio del combate. En el interior no se advertía demasiado desorden: algunas puertas rotas, algunos muebles derribados. No vimos huellas de sangre. ¡Los atacantes morirían después del combate!

En el cuerpo de guardia vimos a dos mujeres. Vestian pantalones. Estaban inmóviles y como ausentes de todo lo que las

rodeaba. Sus rostros aparecían impasibles, y si algo reflejaban era indiferencia. Los soldados las miraban con no disimulado resentimiento. Eran Melba Hernández y Haydée Santamaría, que acababan de vivir el más doloroso y atroz trance de su vida. Hubiéramos querido hablarles, pero se nos prohibió terminantemente.

Un militar descompuesto

El teniente coronel Río Chaviano, jefe del Regimiento, accedió después de muchas reticencias y vacilaciones, a recibir a los periodistas. Estaba en su despacho, sentado tras su buró. En los ojos saltones e inyectados de sangre había un brillo siniestro. Un bigotico negro se deslizaba bajo la nariz de anchas fosas.

Los periodistas le hicieron algunas preguntas. Río Chaviano informaba que el autor intelectual del asalto al Moncada era el doctor Carlos Prío y que entre los atacantes había comunistas, ortodoxos y auténticos. ¡Prío dirigiendo un movimiento en que se mezclaban adictos de Chibás y de Blas Roca! Como jefe de acción mencionaba a Fidel Castro, quien, según dijo, estaba siendo perseguido en Siboney.

Al que esto escribe se le ocurrió formular una pregunta que tuvo la virtud de provocar un gesto iracundo y descompuesto de Río Chaviano.

—¿Dónde estaba usted al ocurrir el ataque? —tal fue nuestra pregunta. Levantándose del asiento como si un resorte le hubiese disparado y golpeando violentamente en la mesa con ambos puños respondió en el tono más destemplado y brutal. ¿Dónde iba a estar? ¡Aquí, en el cuartel!

Chaviano mentía y la prueba era aquella actitud descompuesta e injustificada. No estaba en el cuartel, desde luego. Llegó a las ocho de la mañana, mucho después de que el combate había cesado. Luego nos mostraron las armas y los uniformes de los asaltantes al Moncada. Había allí, entre escopetas calibre 22 y algún Winchester, revólveres, balas "kollow point", cuchillos comandos, estos añadidos por orden del propio Chaviano para probar la falsedad de que los soldados de la posta tres habían sido muertos con esta arma, lo mismo que algunos de los recluidos en la enfermería del Cuartel.

Visitamos también este lugar, donde, en realidad, no habían estado los asaltantes del Moncada. Pero se montó la farsa de que aquéllos, utilizando los citados cuchillos, habían dado muerte a algunos enfermos. Y se inventó también la *hazaña* de uno de los enfermos, un sargento, matando a tres de los atacantes con un revólver que guardaba debajo de la almohada. Todo era falso. El único hospital ocupado por los combatientes del Moncada fue el "Saturnino Lora", que está fuera del recinto del cuartel.

Un fotógrafo y unas fotografías

En el Moncada habríamos de conocer a un hombre que desempeñaría triste papel en los acontecimientos del 26 de julio de 1953. Llamábase Senén Carabia. Era fotógrafo oficial del Ejército y aspiraba, por tal motivo, a una plaza de teniente. Carabia había fotografiado a los que cayeron prisioneros dentro del cuartel antes y después de ser asesinados, así como otras escenas de la acción. Nos llevó a su casa (íbamos Funcasta y el que escribe). No se sabe si por orgullo de profesional (era amigo de Chaviano), quiso mostrarnos las fotografías tomadas. Era el documento que probaba el asesinato múltiple cometido por Chaviano en el Moncada después del combate. Allí, en una fotografía, aparecían los atacantes al rendirse, algunos de ellos heridos. En otras fotos, los mismos hombres yacían en el suelo, muertos, sus cuerpos agujereados a tiros y todos mostrando un balazo en la cabeza.

Senén Carabia nos confesó que no podía darnos aquellas fotos, ni aún pagándoselas porque no sólo arriesgaba su vida, sino un puesto de teniente que le habían ofrecido.

El asalto al Cuartel Moncada iba a tener importancia primordial en los acontecimientos que habrían de seguirse. Aún fracasado, serviría para sacudir las conciencias y revelar la catadura del régimen batistiano, es decir, sus métodos de terror, su naturaleza despiadada e inhumana. Era el primer acto de un drama que habría de prolongarse durante seis años. ¿Cómo fue en realidad el ataque al Moncada? El hecho ha sido relatado por algunos de sus principales protagonistas entre ellos el propio Fidel Castro, inspirador y jefe de la audaz acción.

La partida de Siboney

Son varios los supervivientes del asalto al Moncada, pero no fue fácil encontrarlos, y aún después de localizarlos, tampoco lo fue hacerles hablar. Un sentimiento de modestia parecía dominarlos y dictarles cierta reticencia a relatar el papel que tuvieron en el señalado acontecimiento, no insignificante por cierto el de algunos.

El primero a quien visitamos y de quien logramos, al fin, su versión directa del hecho es el señor Oscar Alcalde, hoy alto funcionario del Ministerio de Agricultura. Alcalde nos cuenta cómo se organizó la partida de Siboney en la madrugada del 26 de julio. Estaban divididos en tres grupos: Uno, mandado por Fidel, atacaría el cuartel propiamente; otro, bajo las órdenes de Raúl Castro, ocuparía el edificio de la Audiencia, y el tercero, dirigido por Abel Santamaría, se apoderaría del hospital "Saturnino Lora". Estos dos últimos tenían la misión de apoyar la acción contra el cuartel.

—Íbamos —añade Alcalde— en 16 máquinas, pero una de ellas se destacó del grueso para adelantarse unos minutos al resto porque tenía la arriesgada consigna de ocupar la posta tres, es decir, la entrada al cuartel. En ella, entre otros, iba Jesús Montané. Yo iba en la tercera máquina, junto con otros. Cuando llegamos a la posta tres ésta estaba en manos de nuestros compañeros. Todas las posiciones fueron tomadas. Pero iba a intervenir el factor imponderable, lo imprevisto.

Alcalde relata que la guardia nocturna que hace la ronda en el exterior del recinto del Moncada, la llamada "guardia cosaca", que a aquella hora, seis menos veinte de la mañana, debía estar ya en la puerta principal del cuartel después de haber pasado por la posta 3, se había demorado.

—Llegó a la posta 3 cuando los ocupantes de la segunda máquina llegaron allí. Sin embargo, en ese momento los dos soldados de la guardia no parecieron sospechar nada, sin duda porque creyeron que los que se apeaban de la máquina frente a la posta tres eran soldados que volvían de los carnavales (íbamos vestidos de uniforme). Saludaron cordialmente y siguieron. Pero a cierta distancia se volvieron a mirar cuando nuestros compañeros de la segunda máquina se apearon y comenzaron a penetrar en el cuartel. Entonces, esgrimiendo sus ametralladoras, hicieron ademán de tirar. Viendo esto, los revolucionarios que habían quedado afuera, desde las máquinas, dispararon contra los dos guardias, y éstos huyeron a esconderse detrás de los árboles.

Pero la alarma había sido dada. El factor sorpresa, indispensable al éxito de la acción, fallaba. El tiroteo se generalizó dentro y fuera del cuartel y también en la Audiencia y el hospital "Saturnino Lora".

—Todo ocurrió rápidamente —prosigue Alcalde. Yo creo que no transcurrió media hora desde nuestra llegada hasta que se dio la orden de retirada. Generalizado el tiroteo, con nuestras armas no podíamos sostener combate frente a ametralladoras 30 y 50, que pronto empezaron a tabletear dentro del cuartel desde diferentes lugares.

—¿Fue usted del grupo de los que lograron entrar?

—No. Como le dije, yo iba en la tercera máquina, que llegó cuando ya la guardia exterior era tiroteada en vista de que amenazaba con su ametralladora a los compañeros que comenzaban a atravesar la posta 3. Poco después Fidel daba la orden de retirada, ordenando a un grupo comandado por Pedro Miret que nos protegiera impidiendo la salida de los soldados por la citada puerta.

—¿Todos se retiraron hacia el mismo lugar?

—No. La consigna era dispersarse en grupos si fracasaba el ataque. Yo, con Fidel y seis más, huir hacia el Siboney. Pero luego acordamos que cinco de los menos comprometidos, dos de ellos heridos, se entregaran mientras los tres restantes nos quedábamos en las lomas con el propósito de ocultarnos o morir peleando. Los tres éramos Fidel, José Suárez y yo. Como inspector de Ha-

cienda que era, el gobierno tenía mi carné y otros datos de identificación, lo cual me ponía en evidencia.

Fidel, Alcalde y Suárez estuvieron en las lomas una semana, al cabo de la cual fueron sorprendidos por una patrulla de soldados mientras dormían en el interior de un bohío.

—Estábamos extenuados después de muchas noches sin dormir y sin comer. Entonces no hubo ningún Crescencio que nos ayudara. Por el contrario, los campesinos nos miraban con recelo, y, si no nos delataban, tampoco nos prestaban auxilio. No estaba madura todavía la conciencia revolucionaria.

—¿Qué intervención tuvo Monseñor Pérez Serantes en la detención de ustedes?

—Ninguna, y es necesario que esto se aclare, pues se ha dicho que Fidel Castro se salvó bajo la sotana del arzobispo de Santiago. Esta versión, además de ser maliciosa, tiene una sombra de fundamento en el hecho de que los otros cinco del grupo sí se acogieron a la protección de Monseñor Pérez Serantes y estaban con éste en la carretera cuando nosotros llegamos conducidos por los soldados que nos detuvieron. Para nosotros y para Fidel hubo, sí, un salvador: el teniente Sarría.

—¿Cuál fue el papel del teniente Sarría en ese hecho tan decisivo?

—Sencillamente, para mí es el padre de la revolución, porque sin él Fidel habría muerto irremisiblemente. Cuando los soldados penetraron en el bohío, su primera intención fue ametrallarnos allí mismo, y lo hubieran hecho si Sarría, interponiéndose entre los soldados y nosotros, mientras decía "las ideas no se matan", no lo hubiese impedido. Fue la primera vez que nos salvó la vida, pero no la última. Cuando poco después, fuera del bohío, fueron descubiertas las armas largas que llevábamos y que habíamos dejado en el exterior para no comprometer a los guajiros (nos habíamos quedado con las escopetas de los otros cinco compañeros) los soldados quisieron matarnos de nuevo. Le decían al teniente Sarría que aquellas armas indicaban la presencia cercana de otros revolucionarios y le sugerían que fueran a buscarlos, mientras un grupo de ellos se quedaba con nosotros. Era el pretexto para alejar al teniente y matarnos. Pero nuestro salvador no se dejó convencer.

Apresados y apreensores iniciaron entonces la marcha hacia el llano. Cuando llevaban algún tiempo andando se escuchó un nutrido tiroteo. Sarría ordenó a los prisioneros que se arrojaran al suelo haciéndolo él al mismo tiempo sobre sus cuerpos, —como si quisiera protegerlos— con el suyo. Este gesto nos salvó de nuevo, pues los soldados hicieron ademán de disparar sobre ellos aprovechando la ocasión del cercano tiroteo.

—En aquel momento —refiere Alcalde— Fidel, que al principio se había identificado como Alejandro González, su nombre de guerra, le dijo al teniente Sarría quién era en realidad y que no debía seguir exponiendo su vida por salvarlos. Sarría, que había sospechado la verdadera identidad de Fidel, respondió que lo hacía porque no quería manchar su uniforme haciéndose cómplice de un asesinato. Llegamos por fin, a la carretera, y allí nos encontramos con los cinco compañeros que habíamos dejado unos días antes a quienes acompañaba Monseñor Pérez Serantes. Montamos todos en un camión y seguimos hacia Santiago, pero a la mitad del camino nos encontramos con el capitán Pérez Chaumón, quien le dijo a Sarría que debía entregarle los prisioneros.

Esta vez, el bravo teniente, con enérgica resolución, dijo a su superior:

—Tendrán que matarme primero. A estos hombres los conduciré yo mismo al vivac de Santiago.

Así lo hizo Sarría, salvando por cuarta vez a Fidel Castro y sus compañeros. Sin duda, Oscar Alcalde no exagera al decir que el hoy capitán Sarría es "el padre de la Revolución", pues, preservando la vida del futuro héroe de la Sierra, hizo posible la prosecución victoriosa de la lucha contra la dictadura. Preso en La Cabaña desde 1953, Sarría recobraría su libertad el 1ro. de enero de este año.

Los de la posta tres

Estamos ahora frente a Jesús Montané, actual director de Prisiones del Ministerio de Gobernación. Como se ha dicho, Montané era uno de los ocupantes de la primera máquina, es decir, los que tenían que ocupar la posta tres para abrir camino a sus compañeros hacia el interior del cuartel.

—¿Quiénes eran los que le acompañaban?, —preguntamos a Montané.

—En el asiento delantero íbamos Pedro Marrero, que hacía de chofer, Renato Guitart, jefe de la operación, y yo. Atrás, José Suárez Blanco, José Luis Tasende (muerto dentro del cuartel), Ramiro Valdés (hoy comandante del ejército rebelde) y un muchacho de Pinar del Río de apellido Noa, que también murió.

—¿Cuántos soldados guardaban la posta?

—Tres, dos de ellos muy jóvenes, bisoños, y el tercero un sargento. Los dos primeros fueron dominados fácilmente, pero el sargento hizo resistencia y tuvimos que ultimarlo cuando trató de hacer funcionar el timbre de alarma y aún creo que lo logró. Nuestra consigna era no matar a nadie, si la necesidad no lo exigía. Fidel quería ganarse la adepción de los soldados, pero aquel sargento tenía que morir porque era su vida a cambio de la nuestra.

—¿Qué arma utilizaron en este caso?

—Una pistola. En ningún momento se usaron cuchillos, como quisieron hacer creer los voceros de la dictadura. Y no los usamos, sencillamente, porque no los llevábamos. Ocupada la posta, Ramiro, Renato y yo avanzamos hacia el interior del cuartel. Guitart se dirigió hacia el centro telegráfico con el propósito de impedir toda comunicación por ese medio. Momentos después se escuchó

una ráfaga de ametralladora seguida de un grito que partía del lugar a donde se había dirigido Guitart. Siempre he creído que éste cayó allí mismo. Ramiro Valdés y yo penetramos en una barraca próxima a la posta y allí mantuvimos dominados a cincuenta soldados durante algún tiempo mientras otros compañeros ocupaban la jefatura. Nuestra consigna era entrar sin tirar un tiro. Sólo así podía tener éxito la operación. La presencia de la "guardia cosaca" cerca de la posta tres a la hora en que comenzábamos a llegar frustró el plan. Fue un hecho imprevisto. Yo mismo, personalmente había observado en días anteriores los movimientos de esta guardia nocturna. A aquella hora debía haber llegado a la posta principal, bien lejos de la posta tres. Pero ese día, inexplicablemente, se había demorado.

—¿Qué hicieron después?

—Al cabo de una media hora de combate en vista de que no había ninguna oportunidad de enfrentarnos con ventajas a los soldados, superiores en número y sobre todo en armas, Fidel ordenó la retirada, dejando a Pedro Miret y un pequeño grupo en la puerta para cubrir nuestra retirada. En esa acción Miret dio muerte de un certero balazo a uno de los soldados que disparaban una ametralladora 50. En la dispersión que siguió a la retirada, a mí me tocó ir en el grupo de ocho en que iba Fidel. Logramos llegar a las lomas, de donde, por orden del propio Fidel, bajé con dos más acompañando a dos compañeros heridos. En la carretera, una mujer histérica, creyendo hacernos un favor, nos delató a dos policías de carretera que pasaron, quienes nos entregaron al capitán Lavastida, que nos interrogó entre amenazas.

En el cuartel, Montané fue encerrado en un cuarto, solo.

Allí continuó el interrogatorio. Le mostraron un guante manchado de sangre y una navaja barbera con la cual decían haber mutilado a Abel Santamaría y a Boris Luis Santa Coloma.

—Pero yo negué obstinadamente mi participación en el asalto al cuartel y eso me salvó, pues muy pocos o ninguno de los que fueron llevados al Moncada salieron vivos. Sólo después, durante el juicio y por consejo de Fidel, confesé mi participación.

La acción exterior

Alejandro Ferrás, otro combatiente del Moncada, nos ha hecho también el relato del histórico acontecimiento. Ferrás es un hombre de fila, uno de los 135 que tomaron parte en la acción. Refiere Ferrás la arenga que les dirigió Fidel momentos antes de salir de Siboney. Iban en una misión, díjoles, en que se jugaban la vida. Recomendó no matar a los soldados mientras no fuera imprescindible, sino arengarlos y hacer que se sumaran al movimiento.

—Teníamos —dice Ferrás— una palabra de orden: "¿Quién es tu jefe? Eduardo Chibás". Cuando llegamos a la calle Victoriano

Garzón, en uno de los lados del cuartel, ya se estaba peleando. En nuestra máquina íbamos Isidro Peñalver, Armelio y Antonio Ferrás, hermanos míos, Pez Ferro de Artemisa y Léster Rodríguez, que manejaba y mandaba el grupo.

—¿Llegaron a participar en el combate?

—Sólo en el exterior, cuando vimos acercarse a un oficial y dos soldados que venían de un reparto militar contiguo al cuartel. Aunque teníamos órdenes de no matar a nadie, aquellos hombres significaban un peligro para la retaguardia de nuestros compañeros y por eso disparamos contra ellos. El oficial (y digo oficial porque tenía muchas medallas) murió, pero los dos soldados debieron quedar heridos, pues poco después, cuando pasé por el lugar, ya no estaban allí.

—¿Hasta qué hora estuvieron junto al cuartel?

—No lo sé a punto fijo, pero creo que debían ser las siete y media cuando nos dieron la orden de volver a la máquina, orden que se convirtió en retirada poco después. Cuando nos alejábamos, ya no se escuchaban tiros dentro del cuartel y sólo se oían algunos disparos de escopeta 22 que salían de la Audiencia. Habíamos andado muy poco, cuando nos salió al paso un carro perseguidor que nos inutilizó la máquina. Entonces nos apeamos. Yo me quité el uniforme y me quedé con la ropa de civil que llevaba abajo, como todos los demás. Así me mezclé a los grupos de curiosos que se reunían frente al hotel "Rex", y tuve ocasión de escuchar los comentarios que hacían. Creían que el combate había sido entre militares. Luego, en una máquina particular, me dirigí a La Habana. Al pasar por Bayamo nos detuvieron en el cuartel, pero al militar que me interrogaba le mostré un carné de la Logia Unión Fraternal de Gibara, mi pueblo, y me dejó seguir. Llegué a La Habana el día 27.

La toma del hospital

Melba Hernández, como se ha dicho, es una de las dos mujeres que figuraron en la acción del Moncada. Junto a Haydée Santamaría la vimos aquella fatídica mañana del 27 de julio de 1953, en el cuerpo de guardia del cuartel Moncada. Ahora estamos en su casa, sentado a su lado y lo que no pudimos hablar con ella hace seis años, lo hacemos en este diálogo diferido que ya es historia.

—Yo iba en la última de las 15 máquinas que salieron de Siboney. Mandaba el grupo el doctor Mario Muñoz y lo completaban Haydée, Raúl Gómez García y Julito Reyes. Nuestra misión era ocupar el hospital "Saturnino Lora", para lo cual habíamos sido asignados 23. Todos, menos Haydée y yo, murieron asesinados después del combate.

—¿Llegaron antes de comenzar el tiroteo?

—No, había empezado ya, hasta el punto de que nuestros compañeros tuvieron que hacer un alto en el fuego para que nosotros

pudiéramos entrar en el hospital. Entramos y nos situamos en un saloncito contiguo al vestíbulo. Al llegar allí tuvimos que romper los cristales de un armario que contenía medicinas de primera cura. Tres compañeros habían ocupado la puerta de entrada del hospital. Sólo recuerdo a dos de ellos: Gerardo Alvarez y Wilfredo Mateu.

El combate prosiguió. Melba y Haydée ayudaban alcanzando cajas de balas y cargando fusiles. Una enfermera del hospital se unió a ellas y lo mismo otras personas que habían buscado refugio en el hospital huyendo de las balas.

—Recuerdo entre esas personas a un músico de la banda de policía de La Habana que se encontraba en Santiago por los carnavales y otro hombre de edad que vestía uniforme de la policía municipal. Este último llegó a convertirse en jefe de aquella ala del edificio, ordenando el fuego y dándonos aliento cuando en cierto momento crítico nuestra moral decayó un tanto. Había en esa ala tres combatientes y un civil de nombre Balart que se había unido. Al poco rato cayó el teniente Feraud cuando trató de entrar en el hospital. Una bala de los nuestros le alcanzó en mitad de la frente. Los familiares de Feraud que vivían en frente, le vieron caer, y su esposa gritando, corrió hacia el lugar.

Añade Melba que la escena conmovió a todos profundamente. Ella, Haydée y Raúl Gómez acudieron a auxiliar a Feraud, aunque era inútil porque había muerto instantáneamente. Cuando se acercaban una bala alcanzó en la cabeza a Raúl y lo derribó, el proyectil apenas le había rozado. Otro compañero cayó herido también.

—El hecho nos afectó tanto, que por un momento desfallecimos y estuvimos a punto de abandonar la lucha. Fue entonces cuando el policía municipal que he mencionado nos hizo reaccionar, diciéndonos que la guerra era así y que teníamos que seguir combatiendo. Aprovechando aquellos momentos de pasajero desaliento, un cabo de la policía, armado de una ametralladora de mano, llegó hasta el vestíbulo. Mateu le conminó a que se retirara, pero el cabo siguió avanzando. Entonces ambos dispararon casi al mismo tiempo. El cabo se desplomó con un tiro en la frente y Mateu también, aunque la herida de éste no era mortal, pues no perdió el conocimiento. Le curamos y con la ayuda de un médico, le pusimos un suero. Estaba herido en el vientre.

El suplicio de Mateu

La lucha en el hospital terminó cuando se agotaron las municiones. Eran las ocho.

—A esa hora —continúa Melba— nos rendimos. Pero era tal el miedo que tenían los soldados, que sólo media hora después se atrevieron a entrar en el hospital. Habíamos tenido tiempo para disfrazar de enfermos a todos nuestros compañeros, y nosotras, vestidas de enfermeras, nos situamos en la sala de niños.

—Alguien los delató, sin embargo...

—Sí, fue un hombre llamado Senén Carabia, que decía ser fotógrafo y se había refugiado en el hospital. Carabia fue denunciándonos uno por uno. Fue responsable de la muerte de nuestros 21 compañeros, todos asesinados vilmente. Ese hombre acaba de ser juzgado y sentenciado a muerte en Santiago de Cuba. Yo fui uno de los testigos de cargo.

Después vino el suplicio de los 21 combatientes del hospital, que en algunos casos tuvo lugar en presencia de Melba y Haydée.

—A las dos nos llevaron al cuartel —dice Melba—, dejándonos en una especie de salón de billar. En un cuarto contiguo interrogaban y torturaban a nuestros compañeros. Al cabo de algún tiempo, entró un grupo de soldados trayendo a Mateu. Éste tenía el rostro desfigurado por los golpes. No podía tenerse en pie y trataron de sentarlo, pero se caía. Entonces le dejaron en el suelo y comenzaron a pasar por encima de él, pisoteándole el vientre hasta que los intestinos se le salieron por la herida. Fue un espectáculo monstruoso, horrible.

Las torturas continuaban en el cuarto contiguo al salón donde estaban Melba y Haydée.

—Oíamos los golpes y los brutales comentarios de los soldados. Por una alusión a unos zapatos de dos tonos dedujimos que estaban golpeando salvajemente a Boris Santa Coloma. Poco después se presentó ante nosotros el sargento Eulalio González. Era la estampa abominable del verdugo. Tenía las manos ensangrentadas, y nos dijo que acababa de mutilar a Boris y a Abel Santamaría, a quien, además, le había sacado un ojo. Nosotras, decía, debíamos confesar si queríamos que no le sacaran el otro ojo. A ninguno de los dos los vimos más. A otros, en cambio, los traían para que los viéramos, golpeados, inconscientes, moribundos.

Haydée y Melba pasaron la noche del 26 en el Cuartel Moncada. Luego las llevaron al vivac, donde tuvieron que dormir en el suelo.

—No fuimos maltratadas materialmente, pero lo hubiéramos preferido al suplicio de hacernos presenciar la tortura y la muerte bárbara de nuestros compañeros. Nunca he visto a hombres más salvajes y desalmados que aquellos militares. No eran hombres, sino fieras. En la cárcel de Boniato, que es, como se sabe, una prisión para hombres, nos entregaron literalmente a los apetitos de los presos comunes. Sólo que éstos fueron más humanos que los militares. No sólo no nos molestaron, sino que se comportaron como hermanos durante los dos meses y medio que estuvimos allí.

Así termina Melba su crispante relato, y nosotros ponemos también punto final a esta evocación del histórico asalto al cuartel Moncada.

[En: *Carteles*, 26 de julio de 1959.]

hacia las montañas

Con rumbo a la Gran Piedra

Aquella mañana del 26 regresamos a la Granjita de Siboney tal como se nos había planteado. Si mal no recuerdo fuimos 18 compañeros los que seguimos a Fidel. Íbamos con rumbo a la Gran Piedra que por su altura era el lugar que él había escogido.

En cada una de las casas de los campesinos donde nos deteníamos en nuestro ascenso siempre recibíamos la ayuda y la cooperación más desinteresada.

Luego, accidentalmente, se disparó mi pistola y la bala me penetró por la axila derecha saliendo por la espalda. A la mañana siguiente Fidel se reúne con todos nosotros y plantea que había algunos compañeros que por su estado de salud, por las heridas que tenían, debían regresar a Santiago. Éramos seis. Empezamos a descender y a pasar por los mismos lugares anteriormente recorridos. Ya me había quitado el uniforme militar y me había puesto un pantalón y una guayabera. En casa de un campesino donde ya habíamos estado se asombraron al verme porque yo iba lleno de sangre de pies a cabeza. Nos curaron, lavaron y plancharon las ropas de un compañero y la mía y allí permanecimos hasta que oscureció. Otro compañero y yo planteamos quedarnos más tiempo en el monte porque conocíamos la situación y, sobre todo, teníamos presente todo el tiempo que Emilio, uno de los compañeros que había subido con nosotros y que había decidido regresar a Santiago, había sido detenido y asesinado aunque en la información que oímos por radio los voceros de la dictadura lo daban como muerto en combate.

Después, junto al compañero Severino Rosell, nos refugiamos en la finca de unos campesinos que tenían una vaquería. Allí estuvimos alrededor de un mes. Primero estuvimos en pleno monte y luego en un bohío de la misma finca. Se hicieron las gestiones y los contactos para trasladarnos a Santiago de Cuba. Esa familia nos alimentó y consiguieron medicinas para poder curarme la herida. Después de dos intentos infructuosos por fin pudimos llegar a Santiago. En un lugar acordado previamente

nos estaban esperando los compañeros Evelio Goderich y Alfredo Guerra, llevándonos éste último para su casa donde estuvimos tres o cuatro días. De ahí nos trasladaron a casa de un abogado donde también estuvimos muy breve tiempo hasta que fuimos llevados a la casa de la familia Atala Medina donde permanecimos 20 meses. Tuvimos que iniciar el aprendizaje de Santiago: sus costumbres, sus calles y su historia, su manera de hablar y su léxico particular y además, perdimos el nombre porque allí nos llamábamos Mariano Arce Medina, es decir, "primo" de la familia Atala Medina.

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

¡Buena suerte, Juan!

El día 26 yo estaba en la fiesta de los carnavales. Estuve como hasta las cuatro de la mañana y cuando regresaba a mi casa —que está situada a nueve kilómetros en la carretera de Siboney—, me encontré con una caravana de automóviles que luego resultó ser la de los que iban al asalto al Moncada. En aquel momento pensé que eran gentes que regresaban de fiestar en la playa Siboney.

A partir del asalto al Moncada se puso muy difícil la situación por toda la zona de Siboney pues allí estaba enclavado el cuartel general de los asaltantes. La carretera era patrullada noche y día por el ejército y las casas de toda la zona eran periódicamente registradas para que no pudieran darle ayuda a ninguno de los asaltantes. Así, el jueves 30 de julio, andando yo por dentro de la finca, me encontré con un grupo de asaltantes y a las primeras palabras que nos cruzamos ellos se identificaron como tales, y a partir de ese momento, por la peligrosidad de la situación que había junto a la carretera, les dije que quería tratar con su jefe. Dando un paso adelante uno de los ocho muchachos, robusto y con toda la piel rasgada por el sao, me dijo que él era el jefe. A partir de ese momento empezamos a tomar acuerdos de lo que se iba a hacer. Una de las primeras cosas que me pidió fue alimento y agua para los que venían con él. A él no le interesaba otra cosa que hablar del asalto y de la situación del país en aquellos momentos. Y por su forma de expresarse comprendí que era Fidel. Me gané su confianza. Me planteó vestirse de campesino. Le conseguí ropa mía y de mis hermanos. Así podría confundirse con los campesinos, despistar al ejército y poder hacer la revolución en la montaña. Eso fue el 31 de julio.

Al otro día al amanecer, que él pensaba volver a la montaña, el ejército rodeó la zona y detuvo a Fidel, Oscar Alcalde y Pepe Suárez en el bohío que está en mi finca, y al otro grupo donde estaban Juan Almeida, Mestre, Montano y dos más que no recuerdo, los detuvieron más abajo.

o.

Siboney a Santiago. En el reco-
ntercepta el convoy al mando del
Cuando se iba acercando a noso-
uviera la marcha. Así lo hice. El
la presencia de Pérez Chaumont.
ı no darle oportunidad a que vi-
:ara a Fidel.
sostenían ambos. Sarría mantenía
:n su responsabilidad para con los

inutos. Sarría regresó al camión,
/ me ordenó que prosiguiera la
'idel conversaba con Sarría y me
ıocer sus intenciones. Así llega-
teniente ordenó desviar por calle
del le preguntó por qué íbamos

es peligroso por la cercanía del

:a a la ciudad hasta llegar a Lo-
ı llegar al vivac donde el teniente
erró el tránsito a ambos lados, y

ıjó por el lado del timón. Sonrió

[En: *Bohemia*, 21 de julio de 1972.]

—El día 26 por la mañanita, domingo, fui a buscar cigarros, cuando pasé por la casa de unos amigos me llamó la atención que estuvieran a esa hora reunidos en el portal, me llamaron contándome lo que había pasado. Dijeron que en la Granjita había muchos hombres armados. Eran como las 7:30 de la mañana.

—Fui para la tienda, allí me aconsejaron que no fuera para ningún lugar, pero cogí para la casa de Núñez. Núñez me contó que no sabía lo que pasaba, que habían llegado máquinas con hombres armados a la casa de Abel y que ya se habían ido. Estando allí vimos salir a un hombre del interior de la Granja. Caminaba encogido y con una mano puesta en el pecho. Salió a la carretera, la cruzó y abrió la portería de Núñez. Nosotros salimos a su encuentro. "Búsqueme una máquina que estoy herido", nos dijo. En eso venía de Siboney un carro de alquiler, lo paramos y lo montamos. Núñez le dijo a Mongolé el chofer, llévalo al Centro Gallego y ese viaje va por mí (ese era Abelardo Crespo, comenta Alcalde).

—Después me fui para casa de un vecino, porque me enteré que los guardias habían roto mi cuarto buscándome. Vigilé que no había soldados y entré a mi casa. Como a las cinco de la tarde me topé con los soldados que venían de casa de Chicha. Uno de ellos era amigo mío y no me pasó nada.

—Abel era una bella persona, era un hombre como deben ser los hombres. Me enteré de su muerte como a los 4 ó 5 días, me lo dijo un soldado porque yo se lo pregunté. Luego supe cómo lo habían matado.

[En: *Verde Olivo*, 25 de julio de 1967.]

Recuerdos del Moncada

(Fragmento)

Fidel se percata de que la operación sorpresa, tan bien planeada, había fracasado y ordena la retirada. El repliegue se efectúa ordenadamente a pesar de las dificultades y de la creciente incorporación de fuerzas del cuartel que aumentaban el poder de fuego de los defensores de la fortaleza.

Sin pérdida de tiempo Fidel da órdenes precisas a los compañeros Pedro Miret, Labrador y otros para que protejan la retirada bajo el inmenso tiroteo. Montamos en los automóviles al amparo de la defensa de los compañeros que disparaban sin cesar contra el cuartel, cumpliendo la orden de proteger nuestra marcha. En el camino, uno de los autos que regresaba a Siboney, tomó por la calle Victoriano Garzón, donde se encontró con otro grupo de compañeros a cuyo automóvil se le había reventado un neumático y los recogió. Nuestro auto tuvo que detenerse al llegar al semáforo y sorpresivamente un ciudadano que regresaba de los carnavales se subió al capó mientras cantaba: "Sarandonga, y nos vamos a comer, Sarandonga, un ñame con bacalao en el alto del Puerto chivirí con chivirí..." El compañero que manejaba, indeciso con la luz roja y con el ciudadano en el capó, escuchaba nuestros gritos:

—¡Dale! ¡Dale!

Continuamos el viaje y recorrimos unos dos kilómetros con el rumbero, hasta que el compañero chofer detuvo el auto y ordenó al rumbero que se bajara, insistiéndole que su vida corría peligro. En aquellos momentos escuchamos que se producía un tiroteo en las cercanías. El hombre se negó rotundamente a bajar seguimos hasta la salida de la ciudad donde se le insistió de nuevo explicándole que veníamos de atacar el Moncada y que por ello su vida estaba en peligro si continuaba con nosotros, y respondió:

—¡Qué va, compay, ahora sí que me voy con ustedes!

Fue necesario bajar por la fuerza a aquel hombre de pelo lacio como el de un indio, para seguir hacia Siboney.

Cerca de la Granjita, al llegar al puente de hierro, observamos que una persona venía en dirección contraria. Sin mucha meditación decidimos conducirla detenida para evitar una posible delación sobre nuestro rumbo. Al llegar a nuestro punto de partida ya había llegado otro automóvil y unos minutos después llegaron otros dos.

El ciudadano que habíamos detenido vivía a medio kilómetro de Siboney y de inmediato fue sometido a un interrogatorio. Expresó que no sabía nada y que sólo había oído un disparo en la madrugada. Sus palabras nos hicieron recordar el incidente, pues, efectivamente, como a las 3:30 a.m. se le había escapado un tiro a uno de nuestros compañeros.

Fidel esperó un tiempo prudencial por el regreso de los compañeros y, finalmente, convocó a una reunión para analizar la nueva situación y decidir sobre las acciones futuras del Movimiento.

Los acuerdos de Siboney nos llevan a la loma "Altos de Ocaña"

En la reunión de análisis sobre la nueva situación, el compañero Fidel, tras revisar los resultados de la acción y las posibilidades futuras del Movimiento, expresó que en su opinión teníamos dos alternativas: la primera dirigirnos a las montañas y hacer contacto con la ciudad desde allí para procurar salir del país, organizarnos con mejores armas para continuar la lucha, y la segunda, salir de la Granjita y hacer contactos con otros compañeros de la ortodoxia con el fin de regresar a nuestros respectivos pueblos.

Señaló Fidel que él se decidía por la primera alternativa, es decir, marchar hacia las lomas, aclarando que aunque él haría eso nos dejaba a nuestro arbitrio el seguirlo o no. Diecinueve compañeros dimos un paso al frente, decididos a seguirlo hasta las últimas consecuencias.

Más del 40 por ciento de aquellos hombres eran artemiseños. Fidel ordenó que nos cambiáramos aquel odiado uniforme de la tiranía por nuestras ropas y rápidamente emprendimos la marcha hacia las montañas. Al comenzar a escalar la loma Moya vimos al compañero Emilio Hernández. Al llegar a la cima miramos por todas partes, pero no lo divisamos. Rosell y yo comenzamos a llamarlo a gritos, pero no nos oyó. A más de veinte años de este incidente el recuerdo tiene plena vigencia en nuestra memoria.

Una de las primeras dificultades con que nos tropezamos fue el desconocimiento de los lugares por los que nos movíamos. Ninguno conocía la zona y teníamos como propósito dirigirnos a la Gran Piedra. Eso imponía la necesidad de buscar un práctico con urgencia.

Como a las tres horas de fatigosa marcha, Fidel ordenó hacer un alto para descansar y aprovechamos para informale de la desaparición de Emilio. Emprendimos nuevamente la marcha y tan pronto como divisamos una casa en las estribaciones de la montaña, Fidel, preocupado por encontrar un práctico, indicó a Montané, Rosendo y a mí que nos acercáramos a la misma para indagar sobre la posibilidad de lograr nuestro objetivo, mientras el resto de los compañeros se mantenían a resguardo, a cierta distancia.

Avanzamos con sigilo y, al llegar, comprobamos que se trataba de una típica vivienda campesina de piso de tierra y paredes rústicas con techo de guano, compuesta de dos secciones de igual construcción, una dedicada a habitación y otra a cocina-comedor, unidas entre sí por un canal de zinc. En aquellos momentos no había nadie en la casa. Entramos a la cocina donde dormitaba una gata con sus críos encima de la leña y observamos que el fogón tenía brasas, por lo que dedujimos que sus moradores no podían estar lejos aunque no se les viera. Llamamos: ¡Familia! ¡Familia! Nadie respondió. Decidimos volver para informar a Fidel y al salir se presentó una anciana a la que saludamos con afecto y alegría, procediendo a explicarle que necesitábamos un guía. La viejecita respondió que ella estaba sola en la casa, pues su nieto, el único que nos podía ayudar, no estaba en aquellos momentos ya que había ido al río por agua, pero que si queríamos ella podría avisarle y, a continuación, quizás al vernos tan desmejorados, añadió:

—Bueno, vamos a colar café. ¿Cuántos son ustedes?

Menéndez contestó de inmediato que éramos 25. Un poco asombrada, la anciana Leocadia García (Chicha), expresó:

—Entonces no alcanza el café hecho, hay que atizar la candela para hacer más.

Los tres nos pusimos a ayudarla. Acarreamos leña, hicimos fuego y se puso el agua que pronto comenzó a hervir. Montané y Menéndez fueron a informar a Fidel y yo quedé en compañía de Chicha, un poco receloso, a pesar de la naturalidad con que trajinaba nuestra nueva amiga y de su trato maternal. Intenté encender un cigarro húmedo por el sudor infructuosamente, y ella, que me observaba, entró en su cuarto trayendo una rueda y dos cajetillas sueltas.

Yo me había puesto a tratar de revolver el café con una paletica y al verme sonrió y dijo:

—Dame, muchacho, ustedes no saben de estas cosas.

El café había estado a punto de derramarse, cuando comienzan a entrar los compañeros atraídos por el aviso y el aroma, en grupos de tres o cuatro. Saboreamos la caliente infusión y cada uno cogió una cajetilla de cigarros.

Fidel comenzó a conversar con Chicha e, inquieto por conocer el desarrollo de los sucesos acaecidos en el Moncada, le preguntó si tenía radio. Leocadia explicó que estaba roto y todos nos quedamos con el deseo de conocer la situación.

Luego de un breve descanso nos despedimos de la anciana y partimos como a las 11:30. Chicha se había comprometido a enviar a su nieto para que nos sirviera de práctico. A las dos horas de marcha, los que íbamos a la retaguardia oímos unos silbidos, y...

—¡Alto! ¿Quién vive? —gritamos a coro.

Un jovencito se acercó:

—Mire, compay, soy el nieto de Chicha. Ella me mandó para que les enseñara el camino.

El muchacho dijo llamarse Emérito Rivera e informó que al regresar a su casa con el agua, Chicha lo había mandado a servirnos de guía. Enseguida avisamos a Fidel que iba a la vanguardia y la columna se detuvo, conduciendo hasta el mismo al recién llegado. Fidel saludó a Emérito e inició una breve conversación para conocer las posibilidades de llegar a nuestro objetivo y el joven contestó:

—Sí, sí conozco el camino a la Gran Piedra, vamos a coger por aquí. —Durante dos horas el nieto de Chicha nos guió a través de las montañas, expresándonos finalmente las últimas orientaciones para él poder regresar. Por su conducto, enviamos recuerdos a su abuela.

—Serán dados fue su última frase antes de perderse de nuestra vista en medio de la maleza.

La orden de alto a la tropa se da en el río Carpintero, en cuyas aguas limpias y claras, apagamos la sed. Miro mis zapatos. No creo que duren mucho más. Los de mis compañeros también estaban bastante estropeados; algunos han perdido hasta las suelas en aquellas escarpadas montañas. Se da la orden de partida y continuamos la marcha por la ribera del río. Hemos andado un poco cuando se escucha una voz femenina que nos advierte de algo. Es una señora que no quiere que continuemos por el río porque su niña se está bañando. Oscar Alcalde le dice:

—No se preocupe, vamos a mirar para el otro lado.

Todos, cumpliendo la palabra del compañero, continuamos la marcha. En la tarde llegamos a un bohío solitario y tocamos a la rústica puerta de yaguas. Para nuestro asombro la puerta cayó a lo largo y entramos. A la vista estaba la riqueza de sus habitantes: sobre un rústico mueble un poco de sal, un pedazo de ñame, algo de café sin tostar y una vasija con agua. Por la puerta trasera salimos al patio en el que, amarrado al tronco

de un guayabo gruñía un pequeño cerdo. Al rodear el bohío vemos a un campesino que nos observa, sentado al pie de una mata que había en el costado. Este, al acercarnos, se incorpora. Fidel lo saluda y comienza a hablarle para que nos vendiera el lechoncito. Necesitábamos comer tras la larga caminata sin haber ingerido alimentos. El campesino, tomado por sorpresa, gagueó al responder:

—Qué va, compay, yo no puedo vender ni matar mi machito. Es lo único que tengo. Fidel, agotados los recursos que podía emplear para insistir, continuó con voz persuasiva:

—Bueno, ya que usted no nos quiere vender su puerquito, háganos el favor de enseñarnos en qué lugar podemos hablar con alguien que nos prepare comida.

—Ah, bueno, compay, eso sí yo lo puedo hacer.

Era Felipe Rangel, un humilde campesino que vivía solo en los Altos de Ocaña, quien considerando el asunto dispuso:

—Vengan por aquí, vamos a casa de mi hermano, él sí tiene bastantes machos, seguro resolverá...

[En: *Verde Olivo*, 23 de julio de 1978.]

Del Moncada a las montañas

(Fragmento)

¿Vivirá Chicha? ¿Habrá muerto?

Estas preguntas nos la hicimos mientras atravesábamos los potreros hacia la casita donde primero estuvieron los combatientes del Moncada.

Subimos y bajamos lomas, y pensábamos en ella. Los revolucionarios fueron sus huéspedes por breve tiempo, catorce años atrás. Ansiaban volver a verla. Nosotros queríamos conocerla. Ya sabíamos cosas de ella, porque hace dos años hablamos con Mario Lazo y le comunicamos la idea de este recorrido. El, entonces nos contó anécdotas impresionantes, y nos habló de Chicha:

Después de pasar un arroyo, donde tomamos agua, vimos un bohío dentro del potrero. Fidel mandó a que lo explorámos. Fuimos cuatro hombres. En la casita no había nadie, pero pudimos ver unas ropas planchadas en un perchero y notamos que el fogón tenía candela. Estábamos en eso cuando llegó una anciana que nos saludó con afecto. Vimos que no había peligro y avisamos al resto de la gente.

Le dijimos quiénes éramos y Fidel le pidió orientaciones para seguir rumbo a La Gran Piedra. Ella se lamentó de que por la edad no podía servirnos de práctico, pero dijo que iba a buscar un nieto que lo haría por ella. Nosotros mostramos recelos con eso de ir a localizar una persona, y ella lo comprendió. Entonces dijo:

—Yo sé que no tienen confianza en mí, pero yo soy revolucionaria como ustedes. Entonces entró a la pequeña habitación del bohío y regresó con una caja de zapatos muy vieja, amarrada con tiras de tela. La caja contenía unos cuantos papeles, ya amarillos por el tiempo. Entre los documentos ví uno en que se acreditaba a Chicha como práctico del Ejército Mambí y estaba firmado por Antonio Maceo.

[En: *Verde Olivo*, 25 de julio de 1967.]

Llegaron a mi casa tres jóvenes...

(Fragmento)

Queremos llegar a Siboney de día, pues tenemos en nuestros planes visitar los lugares donde estuvieron escondidos Julito Díaz, Marcos Martí y Ciro Redondo. Lloviznaba aún cuando llegamos. Nos dirigimos a la casa de Ricardo Prada, administrador del Correo de Siboney. En la sala vemos, colgado a la pared, un retrato de Julito. Prada hace un recuento de aquellos días:

—El día 26, como a las 9 de la mañana, llegaron a mi casa 3 jóvenes en un jeep. Nos dijeron que habían venido al carnaval de Santiago y que estaban perdidos. Nosotros no sabíamos lo que había pasado en el Moncada. Nos dijeron que habían dos compañeros más que andaban extraviados, que luego llegaron. Cuando se desmontaron del jeep llevaban a Julito de la mano. Lo recostamos, estaba como asfixiado, luego le dimos almuerzo.

Por la tarde comenzaron a llegar los soldados a la zona. Les pregunté a los muchachos si habían hecho algo, y nos contaron lo del Moncada. Les reunimos dinero para los pasajes y se fueron a buscar una máquina, uno de ellos no regresó más. Un rato después sentimos un silbido, era Julito. Nos dijo que no se podía pasar, que todo estaba lleno de guardias.

Ciro y Marcos Martí se habían encontrado con Campanal y los escondió en una cueva más adelante. Julito se escondió en una piedra detrás de mi casa pues dentro de la casa era peligroso, estaban los soldados registrándolo todo. El permanecía durante el día en ese sitio. Mi mujer y mi hijo Luisito, que tenía 10 años, fingían que estaban echándole maíz a las gallinas y llevaban escondida en la ropa la comida para el muchacho. Cuando la noche entraba bien, Julito silbaba y llegaba a la casa.

Un día llegaron cantidad de guardias, corrí y le avisé que corriera loma arriba. Se situaron frente al lugar donde estaba Julito y tiraron mucho con las ametralladoras. Nosotros creíamos que lo habían matado, pero él se parapetó tras una piedra y no le pasó nada. Los soldados se fueron y vino para la casa.

Yo quería llevármelo para Santiago, sabía cómo pasarlo, pero no quiso, no quería comprometernos. Un día, un señor de por aquí lo denunció y lo cogieron. Julito estuvo como 5 días por acá, aprendimos a quererlo y él a nosotros. La madre siempre que viene a Santiago nos visita. Luisito nunca lo ha olvidado, a pesar de que era muy chiquito le llevaba a la cueva, todos los días, la comida y el periódico.

[En: *Verde Olivo*, 25 de julio de 1967.]

Fidel me dijo: hasta aquí...

(Fragmento)

Hablan de cómo Fidel siempre iba delante y que no mostraba cansancio. "Iba siempre a la cabeza, rompiendo manigua, sin camisa, y herido todo el cuerpo por las espinas"...

Feal interviene:

—Cuando llegó a mi casa lo que llevaba puesto no se le podía llamar pantalón. Había perdido las dos piernas y el calzoncillo era más largo que el pedazo de pantalón que traía.

Pedro cuenta:

—El día 27 llegaron a mi casa, como a las 7 dos muchachos, recuerdo que uno se llamaba Rosendo...

—Ese era Rosendo, dice Lazo, y el otro era yo.

—¡Ah! era usted; pero no me dijo que se llamaba Mario Lazo.

—No Pedro, yo le dí otro nombre.

—¡Fíjese cará! Bueno, pues dijeron: "buenos días" y me pidieron un cigarro. Después dijeron que si les podía hacer comida, que eran 18... Había uno que estaba herido en una pierna.

—Sí, ese era Benítez.

—¡Oiga, qué bravo era!, mira que caminar todos esos vericuetos con un tiro en la pierna... Yo le dije que sí y bajaron los otros, eran 18. Fidel me dijo que era el Jefe y lo que había pasado en el Moncada. Yo mandé a un hijo mío a dar una vuelta por si veía a los guardias y cuando regresó dijo que los había visto. Entonces yo le dije a Fidel que estaba dispuesto a darle comida cuantas veces fuera, que si no tenía la buscaba, pero que no se quedara en la casa porque el ejército estaba cerca. Recuerdo que comieron en la cocina. Fidel no tenía camisa, la llevaba amarrada a la cintura.

[En: *Verde Olivo*, 25 de julio de 1967.]

¡Oigan, qué van a hacer!...

(Fragmento)

—Mire Clavijo, hemos querido verlo, porque usted vio a los muchachos que mataron ahí abajo... ellos fueron nuestros compañeros en el ataque al Moncada, y quizás por lo que usted nos diga podamos identificar a algunos.

Ahora Clavijo se ha despojado del sombrero y sin desmontarse tiende la mano. Notamos que los bellos de los brazos se le han erizado lo mismo que la piel del cuello.

—Eran las cinco y cuarto del jueves 30 de julio cuando mataron a los muchachos. Esa tarde había llovido mucho, yo iba bajando y el río estaba crecido, entonces yo era lechero y bajaba a llevar la leche, cuando vi que de un carro amarillo cerrado bajaban a unos muchachos. Me escondí detrás de un matojo, cerca de ellos, y los vi...

—¿Ellos no hablaron nada?

—No, no dijeron nada. Pues sí, los ví que los bajaban uno por uno, tenían puesto unos sudarios blancos, limpios (camiseta enguatada de mangas largas). Tenían los ojos vendados y las manos amarradas hacia atrás con alambre... La figura que más se me quedó en la mente fue la de un muchacho alto, de pies muy grandes, pesaba unas doscientas libras. Los iban sacando del carro y los sentaban en la lomita donde ahora está el obelisco, los sentaban sobre un tronco... lo que menos pensaban ellos que les iba a pasar lo que les pasó, estaban serenos. Pues sí, yo estaba mirando toda esa operación, y sabía lo que venía atrás, entonces me entró una cosa, salí del escondite y les grité a los guardias: ¡Oigan, qué van a hacer!

Mientras Clavijo habla y evoca aquella matanza, notamos que su mano derecha se aferra en ocasiones a la enlazadera que cuelga de la montura.

—Entonces un guardia flaco me palanqueó el fusil y me dijo: "lárgate de aquí que te matamos so..."

Yo guardé aquel papelito...

—¿Ustedes nos vieron pasar a nosotros el día 26 de julio?

—No, porque ustedes pasaron del lado bajo, por la cañada.

—Yo sí los ví, yo me estaba bañando en el río con mi hermanito y mi abuela, tendría yo unos siete u ocho años entonces, estábamos desnudos, cuando vimos unos hombres. Nos dijeron que estaban cazando. Abuelita los regañó y les dijo que no podían pasar, porque estaban bañándose, y uno alto...

—¿Fidel?

—No, yo conozco a Fidel, uno alto y delgado le dijo a la abuelita: Viejita, vamos a mirar para el otro lado, pero de todas maneras tenemos que pasar.

—Ese fuí yo, dice Alcalde.

—Sí, usted mismo, pero no tenía canas, los ojos sí son los mismos. Recuerda la hija de Cundingo.

—¿Y tu hermanito?

—Estudió Geología, ahora trabaja en Santiago.

Hortensia recuerda:

—Aquel día vi pasar a un muchacho, que por la facha que traía me di cuenta que no era de por aquí, iba camino arriba, rumbo a la Gran Piedra. Tenía puesta una camisa de rayas, después lo vimos bajar en un camión rumbo a Santiago. Me enteré que paró el camión y le pidió a los que iban en la cabina que lo trasladaran a Santiago. Los hombres le dijeron que sí, pero no sabían que era uno de los asaltantes del Moncada. En el camino se lo quitaron los guardias... figúrese qué dolor para aquellos hombres que le arrebataran al muchacho. Si ellos lo hubieran sabido, si él le hubiera dicho quién era, quizás... Después lo llevaron a La Granjita, y allí lo asesinaron.

—Ese era Emilio Hernández... ¡Mira cómo murió! ... comentan Lazo y Alcalde.

[En: *Verde Olivo*, 25 de julio de 1967.]

Yo no sabía que aquel muchacho era Fidel...

Eran como las 6 de la tarde del jueves día 30, yo había acabado de bajar de mi campito, donde estaba trabajando; yo vivía solo, y me puse a calentar una comida que tenía ahí desde por la mañana; recuerdo que era un poco de arroz blanco y un potaje de frijoles, lo había juntado todo y lo revolvía en un caldero. Lo tenía arriba del fogón de 3 piedras, cuando vi aparecer cerquita de mí a dos hombres. Me dijeron que estaban perdidos y enseguida aparecieron 6 más, eran ocho. El más alto de todos, que después me enteré que era Fidel, venía sin camisa, todo arañado de la manigua, casi en calzoncillos, y traía en las manos un saquito con mangos verdes y mamoncillos nuevos. Cuando dejó caer el saquito, vi que rodaron los mangos aquellos, algunos estaban mordidos ya pero los seguían guardando. Entonces yo vi aquello y pensé: yo comí esta mañana y esta gente sabe Dios desde cuándo no comen, hay que ayudarlos, me dije. Fidel enseguida que me vio preguntó si yo sabía lo del Moncada. Le dije que sí y acto seguido volvió a preguntarme si yo sabía que habían matado al hermano del jefe, el hermano de Fidel Castro. Le dije que no sabía.

Le brindé la comida aquella, Fidel cogió el caldero y con la única cuchara que había comenzaron a comer. Fidel comió la primera cucharada y después se la pasó al que estaba al lado, así fueron comiendo todos.

Me preguntó que qué se decía del ataque al Moncada, y que cómo estaba el Partido Ortodoxo por la zona, que ellos pertenecían a la Juventud Ortodoxa. Yo le dije que el Partido estaba fuerte por aquí. Me preguntaron que dónde estaban y yo les dije que cerca de la carretera de Siboney. Se sorprendieron, pensaban que estaban por Songo. Después se apartaron un poco de mí y oí cuando uno dijo, creo que Pepe Suárez: "Si trata de irse hay que matarlo". Entonces oí que el muchacho alto le dijo: "Aquí no se mata a nadie, además, ese muchacho nos va a ayudar bastante". Fidel parece que tenía fe en mí, y cuando dijo eso yo me sentí más seguro.

Como a un kilómetro de aquí, estaban los guardias, y yo les enseñé las luces de la casa donde permanecían, serían las 9 de la noche, cuando se lo dije.

Como lo que habían comido era un par de cucharadas de aquello, el hambre seguía. Fidel me dijo que si no podía conseguir un poco de comida, yo le dije que sí, que en casa de Leizán podía resolver, y arrancamos para allá. Ellos fueron conmigo hasta la cañada, que está cerca de la casa, y yo seguí solo. Cuando llegué a la casa del viejo Leizán serían como las 10 de la noche. Pregunté por Lelín, y el viejo me dijo, Lelín no está, ¿no te es igual Juan? Es igual le dije. El viejo me preguntó que por qué estaba sin bañarme y sucia las ropas a esas horas. Parece que estaba sospechoso.

Juan salió y hablamos aparte. Le dije lo que había y que en la cañada, junto a la turbina, había dejado a los muchachos. Juan me dijo: "Mira Piña, vamos a esperar que se acuesten las mujeres porque son muy alborotosas". (Piña interrumpe la narración para preguntarle a Juan: ¿no fue eso lo que me dijiste?, Juan le contesta, "así mismo fue"). Entonces yo bajé para la cañada y no encontré a los muchachos donde los había dejado, empecé a silbar y comenzaron a salir de distintos lugares, me puse bravo con aquel muchacho que yo no sabía que era Fidel, y le dije: ¡Chico, por qué se me riegan! Entonces, Alejandro, que así me dijo que se llamaba, me puso la mano en el hombro y me dijo: "¡No chico, estábamos aquí mismo!" Preguntó lo de la comida y le dije lo que había, que teníamos que esperar que las mujeres se durmieran. Dijo que quería hablar con el dueño de la finca, con Leizán, y subí de nuevo. Juan me dijo: "que suba uno solo", parece que estaba un poco acobardado porque había muchos guardias cerca. ¿No era así, Juan?

Juan le contesta:

—Figúrate, no era para juego la cosa, esto estaba lleno de soldados.

Piña continúa.

—Subí y traje la comida, eran 8 chorizos, pan, galleta y un litro de leche. Los tres muchachos que estaban alante se tomaron el litro de leche y los otros se quedaron sin probarla, parece que como era de noche y estaba oscuro, pensaron que yo traía más. Entonces llegó Fidel y les hizo una descarga, se puso bravo y les dijo que cuando apareciera algo tenía que ser para todos, aunque fuera a buchitos, pero después a él se le olvidó y se puso a hablar de otra cosa.

Cuando me dieron la comida bajé rápido pa' que no se me regaran.

Yo les dije: Bueno, el jefe de ustedes tiene que seguir ahora conmigo para hablar con el dueño de la finca. Fidel dijo: "Yo soy el que voy". Le dije que dejara la pistola y se la dio a un compañero diciéndole: "Muchachos, guárdenme esa pistola ahí". Re-

Ocho camas de guano en el potrero

(Fragmento)

—¿Ustedes sabían que el Ejército estaba ahí tan cerca?

—Sí lo sabíamos, pero ya estábamos dispuestos a fajarnos...

—¡Mire eso! Yo estaba como a 100 metros de ustedes, pero no nos vimos. Aquella tarde era llueve, llueve que te llueve, qué día pa'llover aquél. Ustedes estaban en los cortes de las minas, en las canteras, y no hago más que llegar a mi casa, que entro por una puerta y me paro en la otra para exprimir la camisa, cuando veo al grupo parado frente a mi bohío. Era noche. Enseguida fui al encuentro de ustedes y les dije, no tienen que decirme nada, yo sé quienes son, ahora, óiganme lo que les voy a decir, les ruego que no lleguen a mi casa, porque mi mujer acaba de dar a luz y un susto le puede suspender el parto, y si se me muere qué me hago yo con tantos muchachos sin ella. Entonces me los llevé para abajo de una mata de mango que está en lo alto, y allí hablamos. Fidel me preguntó para dónde quedaba Santiago, y para donde Siboney, le contesté. Fidel me volvió a hacer la misma pregunta, entonces yo le dije que yo creía que hablaba un poquito el español, y no obstante, Almeida volvió a preguntar que para dónde quedaba Siboney. Yo quería mantener a mi mujer fuera de la cosa, pero ella vio por las rendijas lo que había y le dijo a los muchachos, vayan a ver qué le ha pasado a su padre que hace rato que subió por ahí con unos hombres armados. No se si usted se acordará que mientras yo hablaba con ustedes se aparecieron en la mata de mango, éste que está aquí, mi hijo General, que entonces tenía como diez años, y que después se alzó junto conmigo, y otro más chiquito. Fidel me había pedido un pantalón, pues estaba casi desnudo, y algo de comer para ustedes. Entonces él me dijo, mira chico, manda a los muchachos para que busquen eso, y yo le contesté, no, esto no es asunto de muchachos, si hay que ir treinta veces voy yo. Entonces fui y le dije a ésta que eran unos cazadores, y subí

con un saquito de galletas y café con leche y el pantalón... fíjate si me acuerdo, que era miércoles. Después les indiqué el camino que debían seguir, recuerdo que les dije, siempre hacia el este, hacia el corazón de la montaña, y cuando fui a buscarlos, ¡nada! Ustedes se dejaron rodar loma abajo y recalaron en el llano, ¡en la muerte! ¿Por qué hicieron eso? ¿Por qué no durmieron en la cueva como yo les dije?

—Mire Feal, nosotros dormimos cerca, un poquito más arriba de la cueva.

—Ah, por eso al día siguiente me encontré con ocho camas de guano, ¡mire cará! las cogí y las deshice para despistar por si iba el soldao... Feal está diciendo a Alcalde, una especie de regaño fraternal, a pesar de que ya han pasado catorce años, "¿Por qué me desobedecieron...?"

[En: *Verde Olivo*, 25 de julio de 1967.]

La cueva de Fidel

Salimos al claro de una elevación y vimos al frente una cordillera impresionante.

—Eso no hay quien lo suba...

—Pues por aquí anduvimos nosotros y sin práctico, comenta Alcalde.

A un lado de la estribación pueden verse las canteras de la mina, donde estuvieron los combatientes antes de llegar a casa de Feal.

Comienza a llover torrencialmente y la columna con Feal a la cabeza desciende rumbo a la cueva de Fidel. La hierba del potrero casi nos tapa, y a pesar de que hay nylons en las mochilas nadie se cubre.

—La cueva está más abajito, pero aquí fue donde encontré las ocho camas de guano, que yo recogí por si venía el guardia, dice Feal.

—Fidel quería seguir loma arriba, pero ya no podíamos más, y yo le dije que sigan que me quedo aquí mismo. Entonces Fidel decidió que durmiéramos en este lugar. Cogimos yaguas y guano y nos tiramos.

Aún llovía cuando llegamos a la cueva. Es una piedra enorme, que en forma de visera mira al norte.

—Antes se llamaba la "Cueva de los chivos", ahora la gente le dice la "Cueva de Fidel", señala Feal.

—Yo recuerdo que la cueva estaba más oculta en aquella época, había un tupido bosque aquí al frente, recuerda Alcalde.

—Sí, era un bosque de mangos, pero los tumbaron para sembrar y para hacer carbón. Ahí en esta parte fue donde yo les dije a ustedes que pasaran de uno en uno y arrastrándose, porque no sabíamos lo que podía haber en la loma del frente. Fíjense si me acuerdo, tan es así, que me acuerdo como ahora el día que pasé a ser jefe de ustedes...

Los integrantes de la columna ríen, y Feal continúa:

—Ah, se ríen, pues así fue. Resulta que Fidel recala en mi casa por segunda vez, porque se perdió y volvió a caer al mismo

lugar de donde había salido, entonces él me dijo: "Mira chico, perdóname que haya vuelto a llegar a tu casa, te pido que me saques de por aquí". Y entonces yo le dije, "bueno, tú me pides eso, y yo te pido otra cosa". "¿Qué cosa me pides?", me preguntó, y yo le respondí: "Lo que te pido es que yo sea el jefe de este grupo". Fidel me puso la mano en el hombro y dijo: "Ah, eso es lo que me pides, pues ya eres el jefe". Entonces lo encaminé y le di órdenes, pero no las cumplió...

Cuando voy a verlos donde los había dejado, ¡nada! Recuerdo que me pidió un pantalón y yo le dije que el más gordo de mi casa era yo, y él dijo: "no importa, lo desabotono por delante y lo abro por detrás"...

Feal se lleva el índice a la sien y dice:

—¡Fíjense qué cosa!, aquello me impresionó.

Por esos días me encontré a Chilingo y dijo que iba para arriba pero que había visto mucho chapoteo de fango y que le parecía que por ahí había gente cimarrona. Le dije que eran las vacas y lo despisté. Nadie supo que ustedes estuvieron por aquí, hasta que vieron la caravana de Pérez Serantes... sí señor, ¡qué muchachos! a veces me daban ganas de coger un cinto y entrarle a cintarazos, estaban alzados, estaban perdidos, hambrientos y hacían chistes y se reían.

[En: *Verde Olivo*, 25 de julio de 1967.]

Después del asalto

(Fragmento)

Una vez que nuestras posiciones se hicieron insostenibles en el Moncada se dio la orden de retirada. Un grupo regresó a la finca Siboney. Allí Fidel exhortó de nuevo. Nos dijo que los que quisieran continuar la lucha con él en las lomas, lo siguieran. El grupo estaba compuesto por Almeida, Pepe Suárez, Benítez (herido en una pierna), Montané, Mario Lazo y otros más cuyos nombres no recuerdo.

Salimos de la finca a pie. Eramos unos diez y nueve.

A doscientos metros de la carretera próxima a la finca, había una pequeña elevación. Fue la primera loma que subimos. Allí Fidel nos detuvo y nos dijo que debíamos esperar a los soldados para cuando estos vinieran a registrar la finca tomarlos por sorpresa y atacarlos. Después se cambió de táctica, y seguimos nuestra marcha hacia la Gran Piedra. Todos íbamos vestidos de civil.

Al segundo día de marcha llegamos a casa de un campesino, le explicamos quiénes éramos. El, personalmente, nos brindó ayuda, pero nos condujo a casa de un pariente cercano que nos trató amistosamente a pesar de haberse enterado de las noticias del ataque al Cuartel.

Mató un puerco, salcochó viandas, y después que hubimos descansado un rato nos acompañó un largo trecho.

Al tercer día comenzamos a ver avionetas y soldados por la zona; exhaustos llegamos a un cuartón. Allí nos dieron comida, nos recibieron con simpatía (ya sabían lo del ataque) y algunas mujeres se ofrecieron para lavarnos la ropa. Estando en ese cuartón escuchamos el discurso de Batista donde falsificaba los objetivos de la heroica empresa, e incitaba a la soldadesca a acciones más bajas. Aquel discurso, al enterarnos de la suerte que habían corrido muchos de nuestros más valiosos compañeros, nos llenó del más profundo odio contra todo aquel régimen de podredumbre.

Al cuarto día decidimos enfrentarnos contra la primera tropa con que nos topáramos. Con este propósito en mente llegamos cerca de un poblado, pero cuando nos acercábamos un campesino se nos aproximó. Nos alertó de que había muchos soldados allí, de que nuestra idea era una locura, que nos iban a matar a todos. Nos persuadió para que lo siguiéramos. Nos internó en unas lomas. Y nos llevó a una cueva que él conocía. Poco después nos trajo pan y unas botellas con leche. Ya por aquel entonces el grupo había disminuído. Benítez y Mario Lazo, heridos ambos, se les había ordenado que se refugiaran en lugar seguro hasta tanto se les pudiera sacar de las lomas. Los acompañaban Montané, Rosendo Menéndez y Severino Rosell.

Ya se conocían las gestiones de las instituciones cívicas y religiosas de Stgo. de Cuba, con Batista, para lograr que se respetara la vida de los grupos de asaltantes que aún se mantenían sobre las armas. Hicimos contacto en una finca de la zona con el propietario, comprometiéndose a entrevistarse con las mencionadas instituciones cívicas y religiosas. En las condiciones que nos encontrábamos la resistencia se hacía cada vez más imposible. Un grupo de compañeros decidió que salvaran sus vidas a través de las gestiones que al efecto se hicieran con las instituciones antes mencionadas.

Fidel, Pepe Suárez y yo nos volvimos a internar en las lomas. Pero los soldados ya estaban sobre la pista. Al día siguiente, de mañana, estando durmiendo en un bohío relativamente próximo a la finca donde habíamos dejado al resto de los compañeros, un grupo de soldados al mando del Tte. Sarría, nos sorprendió. No pudimos hacer resistencia. Como medida de precaución la noche anterior habíamos dejado nuestras armas escondidas a cierta distancia del bohío. La soldadesca tenía intenciones de asesinarnos allí mismo, pero el Tte. Sarría se impuso valientemente y lo impidió.

[En: *Verde Olivo*, 26 de julio de 1964.]

Oscar Alcalde

Me pareció que aquel muchacho era mi amigo de toda la vida...

—Yo me paré ahí, detrás de un tronco que había, y esperé que Piña subiera con el muchacho, yo no sabía que era Fidel. Los vi subir, Fidel estaba casi desnudo. Se me acercó y me preguntó en voz muy baja:

—¿Cómo te llamas?

—Juan, le dije.

—¿Juan qué?, volvió a preguntar.

—Leizán, contesté.

—Ah, Juan Leizán...

Me tendió la mano y comenzamos a conversar. Piña estaba detrás de él como un guardaespalda. Me preguntó que cómo estaba la consternación del país, que qué decía la gente del ataque al Moncada, y los periódicos, y el radio. Le di la camisa de trabajo que tenía puesta, porque él me dijo que quería ropa de campesino. Preguntó si tenía un hermano más chiquito para conseguir otras ropas. Me daba la mano y casi me tumbaba, a pesar de que estaba débil. A mí me pareció que aquel muchacho había sido mi amigo de toda la vida, mi compañero de colegio, no sé, ¡qué personalidad!

Juan se ha puesto de pie y notamos que ha palidecido. Se ve emocionado, luego continúa:

Lo demás ya ustedes lo han oído. Cuando estoy en el potrero con Piña oigo que un guardia me llama, era Sarría. Preguntó si tenía un camión. Cogí el carro y arrancamos para Santiago. Cuando veo que Sarría hace una distinción con aquel muchacho, que lo monta en la cabina, al lado de él y mío, me dijo: ¡Dios!, este hombre sabe que este muchacho es el jefe, ¿quién se lo habrá dicho?

Fidel llevaba las manos amarradas, iba en el centro y nos hablaba del ataque, y comentó con Sarría que había perdido a compañeros muy valiosos; habló de Santamaría, y me di cuenta de que era un factor muy valioso.

En la carretera vimos un contingente grande de tropas. Nos pararon. Era el comandante Pérez Chaumont, que había matado

¡Las ideas se combaten, no se matan!

El teniente Sarría, con 15 números y su ordenanza estaba de operaciones, en busca de algunos de los atacantes del "Moncada" que se suponían aún por las lomas próximas a Santiago, a la izquierda de la carretera que conduce a Playa Siboney.

Tres jóvenes extenuados se habían rendido por el sueño en una casita de guano, vara en tierra, en el lomerío de la finca "Mamprivá" a mitad del camino a Siboney cuando fueron sorprendidos y rodeados por las fuerzas de Sarría. Era la madrugada del 1ro. de agosto de 1953. Se trataba de tres de los asaltantes del Cuartel el histórico 26 de julio. Sarría hace su relato, en el mismo lugar del hecho.

Sarría había desplegado sus hombres, y avanzó en pinzas sobre el lugar. Llevaba un práctico de la zona conocido por "Camagüey" quien respondiendo a las preguntas del oficial le informó que en aquella casita se guarecían los campesinos cuando llovía. Habían entrado por la finca "El Cilindro" que daba acceso a las lomas.

—Estaban exhaustos. Le pasé la mano por el pelo a uno de ellos que me imaginé que era Fidel. Estaba desconocido. Más prieto que yo. Para ver si lo identificaba. Lo conocía de la Universidad.

Mientras, los soldados rastrillaban los rifles para disparar sobre los prisioneros.

—¡No disparen! ¡Los quiero vivos a todos!

—Las ideas se combaten, no se matan —gritó Sarría conteniendo a los guardias.

—¿Comó te llamas? le pregunté señalando para él.

—Francisco González Calderín.

Era el más alto y se mantenían firme los tres.

Caminé varios pasos hacia un lado y nuevamente le volvía a preguntar. ¿Ese es tu verdadero nombre? ¿De dónde eres y que edad tienes? ¿Cuántos son?

—Me llamo Francisco González Calderín, soy de Marianao y tengo 26 años. Somos nosotros solos. (Los otros dos eran Oscar Alcalde y José Suárez).

En el lugar fueron ocupadas dos escopetas marca "U", y dos pistolas.

Faltaban varios del grupo —narra Sarría— y emprendimos la marcha hacia la carretera. Cuando habían descendido a una hondonada sonó un disparo. Rápidamente gritó:

—Al suelo, para que no los maten.

Los soldados de Sarría habían hecho contacto con los cinco restantes, entre los que se encontraba Almeida, que se hallaban próximos a la carretera. Cuando pasó el incidente Fidel dirigiéndose al teniente le dijo:

—Ya en la portería de la finca con los ocho prisioneros, Sarría —relata— mandó un recado a Manuel Leizán, que vivía en la finca contigua, cerca de la carretera, para que le facilitara un transporte. Envió a su hijo Juan Leizán Montero con un camión que manejaba él mismo. Por orden del teniente subieron a la cama del vehículo siete de los prisioneros, con los soldados. Delante. En el asiento del camión. Entre el chofer y su escolta sentó a Fidel. El se situó junto a la puerta derecha del camión.

Me sospechaba que vendrían del Moncada a interceptarme para quitármelos. Y previendo eso, antes de partir hacia la ciudad les dije a mis hombres: ¿Se dejarían quitar ustedes estos prisioneros? ¿Con qué me responden?

—¡Sólo con la muerte!, —respondieron—, afirma Sarría.

Así fue. No se los dejaron quitar.

No habían andado dos kilómetros. En la recta de la Carretera, en la Redonda, frente a la casa de Artemio Alvarez, ya venía el comandante Andrés Pérez Chaumont y Altuzarra (de tan triste historia), Jefe de las Operaciones. Traía 22 soldados a sus órdenes. En aparatoso despliegue interceptaron el camión en que Sarría llevaba los ocho sobrevivientes del ataque al "Moncada".

—Ese que llevas ahí es Fidel Castro. Tienes que entregármelo.

Le dijo Chaumont —nos relata Sarría— mientras señalaba con el dedo para el detenido.

Me lo puse hacia atrás a mi espalda y le contesté: No se los entregaré. Estos detenidos están bajo mi responsabilidad y los llevaré a su destino, al vivac.

—Soy el comandante Jefe de Operaciones y tienes que acatarme. ¡Entrégamelos! lo increpó nuevamente Chaumont.

—Yo soy Jefe del Puesto de la Guardia Rural de Santiago de Cuba. Jefe de la 1ra. Tenencia del Escuadrón 11 de este término. Segundo al mando del Escuadrón, responsable del orden público. Y tendí la mirada a mis hombres. Estaban firmes.

Respondió el teniente Sarría, y seguidamente le dijo:

Ábrame paso, comandante, que continúo con los detenidos.

El digno oficial le había tomado la acción a Pérez Chaumont que bañado en sangre de cerca de 80 jóvenes que habían sido asesinados en los días siguientes al asalto al "Moncada", el 26, 27 y 28, no tenía moral para enfrentársele. En un gesto de impotencia, falto de honor militar, por lo que había hecho y por lo que se proponía hacer con esos ocho prisioneros, abrió paso.

No los lleves al "Moncada"... Sarría le contestó: Los llevaré al vivac.

En el trayecto Monseñor Pérez Serrantes interceptó a Sarría con los prisioneros y le pidió que le permitiera acompañarlos. Sarría no aceptó. Su deber, estimaba, debía cumplirlo solo, sencilla y llanamente, y le aconsejó que no lo siguiera de cerca, que si lo hacía debía hacerlo a distancia. Minutos después llegaba con los prisioneros al vivac de Santiago de Cuba, en Aguilera y Padre Pico.

Llegó también el comandante Alberto del Río Chaviano. También me increpó —expresa el teniente Sarría— diciéndome: ¡Qué has hecho Sarría! ¡Que le diremos al presidente, a Batista!

—He cumplido con mi deber, comandante—, le contesté.

[En: *Revolución*, 26 de julio de 1962.]

Cuídese, mi viejo

El bohío tiene aún los horcones, y alrededor de ellos, cercándolo, una pared de tablas de palmas, como de dos pies de alto, con una pequeña puerta a un lado.

Alcalde está parado dentro, junto a Juan y a Piña, y hace memorias de aquellos momentos desagradables y tristes:

—Estábamos durmiendo aquí dentro del bohío, atravesados en el piso de tierra, Fidel, Pepe Suárez y yo. Ya era de madrugada cuando nos acostamos y Fidel nos había dicho por la tarde que íbamos a comer y a dormir bien para nosotros tres volver a las montañas. Por lo cansados que estábamos, el sueño nos rindió enseguida. Yo era el primero a la entrada del bohío atravesado junto a la puerta, después en la misma posición, Fidel y más atrás, atravesado también, Pepe Suárez. Cuando el sol salió todavía estábamos durmiendo. Yo oí que le dieron un empujón a la puerta que estaba pegada a mí, y entonces desperté, y lo primero que vi junto a mí, fueron las botas de soldado, entonces se me ocurrió decir: nosotros somos gente buena. Contestaron con una catarata de insultos. Me hicieron salir con las manos en la cabeza y me dieron unos culatazos; atrás salió Fidel con las manos en alto también y después Pepe Suárez. A Fidel no le dieron ni a Pepe tampoco. Los pararon aquí mismo y comenzaron a poner bala en el directo a los fusiles. Yo pensé, aquí termino todo, pero ninguno dijimos nada. En eso llegó Sarría y dijo. "¡Un momento! ¡un momento!, que las ideas se combaten no se matan".

Nos amarraron las manos. Los soldados estaban insubordinados, querían matarnos de todas maneras. Le dijeron a Sarría, "mire teniente, por allí hay más 'coreanos', por qué usted no los va a buscar y nosotros nos quedamos cuidando a estos presos". Sarría no aceptó, y ordenó comenzar la marcha hacia la carretera. En esos momentos se formó un tiroteo cerca de nosotros, le estaban tirando a Almeida y a los demás, y Sarría nos ordenó que nos tiráramos en el suelo, y él se tiró sobre nosotros tres para protegernos. Cuando Fidel vio el gesto de aquel militar, le dijo: "Mire teniente, usted se está arriesgando la vida por nosotros, yo soy Fidel Castro", y Sarría le contestó: "yo respondo de su vida con la mía".

Alcalde habla con cariño del capitán Sarría. "Si no es por él, nos matan".

Alcalde lo llamó desde Santiago, lo invitó a que viniera al bohío de Piña. Sarría le contestó que había sufrido cuatro operaciones en la vista y que le hubiera gustado mucho estar allí. Alcalde lo trató con afecto, y al final de la conversación, que era como de padre e hijo, le encargó: "Cuídese, mi viejo".

[En: *Verde Olivo*, 25 de julio de 1967.]

Venimos a regenerar a Cuba

(Fragmento)

Cuando se produce el asalto al Moncada, yo laboraba en la emisora provincial CMKR, cuya planta central estaba en Santiago de Cuba. Ejercía funciones de locutor y de periodista.

Como se sabe, a partir del 26 de julio de 1953 se trabajó bajo la censura y sólo se podían transmitir las notas oficiales que redactaban los personeros del régimen. No era posible informar objetivamente de los acontecimientos.

El día primero de agosto de 1953 llegué temprano a la emisora y supe que Fidel había sido detenido y que se encontraba en el vivac de Santiago. Por esa vocación periodística que uno lleva dentro, agarré una grabadora grandísima y vieja que había allí y me dirigí al vivac (la grabadora pesaba como 30 libras).

Frente al vivac, en la acera del otro lado de la calle, había muchas personas. La mayoría eran curiosos que seguían todas estas cosas. La gente estaba a la expectativa.

Me incorporé a aquel grupo y esperé una oportunidad para pasar al interior del vivac. Transcurrió la mañana. Se decía que Fidel estaba en el segundo piso y que lo interrogaban. Apenas hubo movimiento de salida de personas del edificio. Recuerdo que no permitían estar en la calle, sino en la acera de enfrente. El vivac estaba custodiado por soldados con armas largas.

Permanecí atento a cualquier llamado a los periodistas o a alguna oportunidad para entrar. Poco después del mediodía, desde adentro, escuché una voz que gritaba: "que vengan los periodistas". Es que iban a presentar a Fidel a la prensa.

Pensé: "ésta es la mía" y caminé hasta la puerta del vivac. Los guardias me pararon, pero les enseñé el carnet de prensa y me permitieron pasar. Tomé la escalera hacia la oficina. En un salón anterior a ésta, había varios detenidos sentados en un banco. Luego supe que eran asaltantes también.

En la oficina estaba Fidel. Cuando voy a entrar se interpone el comandante Pérez Chaumont y me dice que no se puede pasar, que ya no había espacio para más personas. Le insistí y expliqué que llevaba mucho tiempo esperando y que no podían dejarme fuera. Al fin, me dijo que entrara.

El local era relativamente pequeño. Creo que era la oficina del jefe del vivac. Estaban allí el coronel Río Chaviano, otros militares y algunos periodistas. También se encontraba el teniente Sarría, que detuvo y trasladó a Fidel al vivac, y que en valiente decisión se negó a entregar a los prisioneros al sanguinario comandante Pérez Chaumont.

Es la imagen que tengo del momento. Pero todo fue muy rápido. En medio de la agitación y la prisa atiné a encontrar la grabadora y después preparé el equipo. Me parece que Fidel no había empezado a hablar aún. Puse la grabadora en el suelo y comencé la grabación.

Solicité hacer una pregunta. La formulé quizás en un tono algo tímido por las circunstancias que rodeaban el suceso y sobre todo al detenido. Inquirí sobre los objetivos que perseguían los asaltantes al realizar la acción del 26 de julio.

Fidel estaba de pie, al centro, erguido. Si mal no recuerdo llevaba una camisa clara de mangas cortas y un pantalón desteñido en las rodillas. De mezclilla, creo. Su rostro, con barba naciente, se le notaba quemado por el sol.

Respondiendo a mi pregunta, y aunque mi memoria no me permite reconstruir textualmente sus palabras, Fidel —en síntesis apretada y en forma muy concreta— se refirió al programa que tenían los revolucionarios, en caso de triunfar.

Señaló que se pretendía devolverle al pueblo su soberanía, asegurar al campesino su permanencia en la tierra, librar al hombre de campo de las amenazas del desalojo y el tiempo muerto, darles participación a los trabajadores en los frutos de su trabajo, garantizar el derecho de los colonos pequeños, la atención médica a los enfermos y la educación a los niños que carecían de escuelas y maestros, sanear la administración pública y adecentar la vida del país.

Mira, hay una frase con la que concluyó Fidel su respuesta y que jamás la he olvidado. Dijo: "en fin, venimos a regenerar a Cuba".

Hay una cosa. Mientras Fidel decía todo aquello, Chaviano —que se movía inquieto y nervioso— exclamaba a media voz: "este hombre está haciendo política". Sin embargo, no se atrevió a interrumpirlo.

Aquello se desarrolló en unos quince o veinte minutos, aproximadamente. La entrevista fue muy rápida y creo que hubo sólo tres o cuatro preguntas. Así, en respuesta a otro periodista, Fidel denunció que había escuchado a Batista en su discurso de Co-

lumbia sobre los hechos del 26 de julio, y que "Batista no había dicho la verdad".

La impresión que guardo de Fidel en aquellos instantes es que estaba sereno. Sus palabras brotaban firmes y sin titubeos. Creo que no gesticuló ni una vez.

Fidel enfatizó en otra parte de su intervención que en la organización, en los preparativos y en la propia acción no participaron elementos de la vieja política, es decir, políticos tradicionales. Subrayó que todo aquello se hizo con el sacrificio, el desinterés y el patriotismo de los jóvenes, y que de esa forma se reunieron los pocos recursos que se utilizaron en el asalto.

Hubo un momento en que Fidel hace referencia a los soldados de la tiranía que cayeron en el combate y aclaró que respetaba la memoria de aquéllos que habían muerto en cumplimiento de "lo que ellos consideraban su deber".

Chaviano, mientras tanto, se exasperaba por minutos. Fidel era muy concreto, directo y conciso en sus frases. Parece que estaba consciente que tenía poco tiempo y que debía aprovechar cada segundo.

En aquel momento Fidel no sabía todavía, en detalles, de la masacre que se venía cometiendo con los revolucionarios sobrevivientes. El estuvo aislado en las montañas y su primer contacto con la ciudad fue en aquel primero de agosto.

Chaviano que quería cortar aquello, aprovechó la primera ocasión para dar por terminada la entrevista y desalojar la sala. Yo me quedé unos instantes recogiendo la grabadora y los implementos auxiliares del equipo. Chaviano me dice que tengo que ir para el SIM con la grabadora y la cinta. Su gente me insiste para que los acompañe. Al mismo tiempo, Fidel me preguntaba si había grabado bien, si había salido bien. Yo le decía "sí, sí..." Fue una situación muy embarazosa, prácticamente de segundos. Yo estaba algo nervioso.

Pero para ser justo, creo que todo el mundo allí estaba nervioso. Y puedo decirte una cosa, con franqueza, la única persona serena de todos los que estábamos en aquel local —incluyendo al propio Chaviano y los militares— era Fidel. Ya, después, en mi casa, más tranquilo, yo meditaba y razonaba que aquel hombre no era un preso cualquiera, que era un preso distinto.

Bueno, pero sigamos la narración. Cuando terminó la entrevista, me quedé rezagado. Ya en la calle me obligan a montar en un yipi del ejército que llevaba también a varios soldados. Me trasladaron al SIM, en el cuartel Moncada.

En las oficinas del SIM cogen el rollo de cinta que yo había utilizado. Recuerdo que tenían dos grabadoras dispuestas para editar. Estaban presentes Chaviano, el capitán médico Tamayo y otros militares. Colocan la cinta en una de las grabadoras y empieza a salir todo. Entonces me doy cuenta que están reeditando la cinta, quitando lo que en opinión de Chaviano no debía trasmitirse.

Cuando llegan a la parte en que Fidel dice que respeta la memoria de los soldados que cayeron en cumplimiento de lo que ellos creían que era su deber, Chaviano —evidentemente disgustado— ordena que se cierren las ventanas para evitar que los soldados del cuartel pudieran oír lo que expresaba Fidel.

Razono, como te expliqué, que están editando una nueva cinta en la otra grabadora, o sea, pasan a otro rollo lo que consideran menos peligroso. Cuando termina esa operación sin advertencia alguna, me dan el rollo de cinta. Pero no el que yo había entregado antes —que tenía una duración de unos 15 ó 20 minutos—, sino otro que ellos mutilaron a su antojo y que no pasaba de 8 minutos de grabación. Lo cogí y fui para la emisora.

Como no me dijeron que no se podía pasar la cinta y como me la entregaron en las propias oficinas del SIM, estimé que se podía trasmitir y se lo hice saber a Armando Núñez, subdirector del noticiero y en la práctica el principal ejecutivo de la planta, pues los dueños depositaban en él gran confianza.

Este compañero, Armando Núñez, que siempre se destacó por su clara postura antibatistiana, fue quien decidió insertar la entrevista —rápidamente— en un espacio extraordinario de la programación de la emisora.

Aquella grabación salió al aire sobre las tres de la tarde del mismo día primero de agosto. Esa fue la primera trasmisión de la entrevista, ya censurada, de Fidel. Se pasó en un horario fuera del noticiero. El anuncio de presentación fue muy parco, breve, escueto. Más o menos se informaba: "Inmediatamente escucharán ustedes una entrevista con el doctor Fidel Castro, jefe del grupo que asaltó el cuartel Moncada y que fue detenido y traído en la mañana de hoy al vivac de Santiago de Cuba".

La misma cinta se volvió a trasmitir unos minutos más tarde. Y prácticamente cuando concluyó de salir al aire llegó un grupo de soldados, allanó el local y ocupó la grabación de las palabras de Fidel y se la llevaron para evitar que volviera a utilizarse.

Para nosotros aquello fue una sorpresa. Nunca pensamos que eso iba a suceder, porque no se trataba de la cinta original, sino del rollo mutilado por ellos mismos, de lo que se suponía no consideraban peligroso.

Ahora bien, sinceramente, la intervención de Fidel había sido tan contundente, sus frases encerraban tanto, fue tan concreto en sus palabras, que a pesar de que la entrevista había sido mutilada y reducida extraordinariamente, tenía un contenido revolucionario tremendo.

Parece que cuando los militares y los sicarios del régimen escucharon nuevamente la grabación, trasmitida por la radio, se

dieron cuenta que habían cometido un error y decidieron con urgencia evitar que saliera otra vez al aire. Temían hasta las palabras mutiladas de Fidel.

[En: *Granma*, 20 de julio de 1973.]

crímenes y mentiras

Circular No. 4/953

RESERVADO
SOpns EMG, Cdad Mtar, 28 Jul·953,
No 4/953. AÑO DEL CENTENARIO DE JOSÉ MARTÍ.

A TODOS LOS MANDOS DEL EJTO.

Al objetivo de que sea estudiada por ese mando y sirva de base a futuras decisiones sobre contramedidas a adoptar o a la revisión de las que ya se encuentran vigentes, a continuación tengo el honor de transcribirle una versión comentada de este Cen sobre los sucesos acaecidos en la provincia de Oriente en la mañana del día 26 del actual, la cual debe difundirse hasta los Jefes de Puestos en los mandos de GR y hasta las Co en los mandos tácticos:-

1.- *SUCESOS DE SANTIAGO DE CUBA.*

En relación con los sucesos ocurridos en Stgo de C se sabe positivamente que los asaltantes se dirigieron en distintos autos desde Artemisa, Matanzas y otros pueblos hacia la citada Cdad de Stgo de C, pernoctando desde días antes en una finca del barrio Siboney, sin que su presencia despertara sospecha alguna por ser muy numerosa la concurrencia de personas extrañas en la Cdad con motivo de las fiestas carnavalescas.

El ataque contra el Ctel "Moncada" hubo de efectuarse por dos grupos, casi simultáneamente.

Uno de ellos, vistiendo uniformes militares, y aprovechando la circunstancia de que por los alrededores del Ctel se habían instalado quioscos alegóricos a la festividad y también la tribuna del jurado que otorgaría los premios, así como que por las calles colindantes al puesto cruzaba el desfile de comparsas y parrandas, se introdujo en el Hosp Mtar atacando alevosamente con cuchillos a los enfermos militares recluídos, causando la

muerte a tres de éstos, entre ellos un recién operado, al propio tiempo que trataron de penetrar por la fuerza en las casas de alistados aledañas al Ctel, sorprendiendo en muchos casos a los militares residentes en las mismas cuando procedían a abrir sus puertas. En esta forma se afirma que pereció uno de los Sgts que figura entre los muertos.

Entretanto, casi simultáneamente, el otro grupo compuesto de unos 18 hombres bien armados con ametralladoras de mano, modernas, sin marca, fusiles Remington, New Springfield y Winchester, escopetas Remington Cal 12, y bien provisto de parque, explosivos y granadas de mano, penetró por sorpresa por la posta 3 del Ctel, causando la muerte a los que en ella se encontraban de servicio y a varios otros alistados que en esos momentos penetraban en sus cuarteles para comenzar sus labores diarias.

La posta 3, por donde penetraron los asaltantes, se encuentra inmediata al costado oriental de la manzana que ocupa el edificio principal del Campamento. En los sótanos de dicho edificio, se encuentran distintas instalaciones logísticas del Rgto así como una entrada general para vehículos. A ambos costados, sendas escaleras que conducen a un corredor, al que salen las oficinas de las distintas unidades y la puerta de la barbería del Rgto, situada en la esquina SE. Al centro de dicho costado dos escaleras centrales principales. (Véanse Croquis Nos 1 y 2).

Los asaltantes fueron recibidos a tiros por el personal de guardia, generalizándose el tiroteo y recibiendo en ese momento la muerte cuatro de ellos y otros militares. Al tratar de ocupar una ametralladora de la línea defensiva del Ctel, que precisamente había sido cambiada de posición el día anterior, (veáse Croquis) para dominar mejor la entrada del Campamento, recibieron también fuego de ésta, viéndose forzado este grupo de catorce hombres a hacerse fuerte en la barbería que se ha citado. Esta ametralladora y el resto del personal continuaron en tanto cruzando sus fuegos con los asaltantes, los que eran fácilmente identificables, a pesar de vestir uniformes color kaki, por no usar sombrero, gorra o kepis, ni cinturones, ni zapatos ni armamento reglamentario.

Un grupo de tres asaltantes, al notar que la ametralladora que les hacía fuego se quedaba sin parque, salió de la barbería donde se había hecho fuerte e intentó tomar dicha arma, pereciendo bajo el fuego del personal militar que se encontraba en un lugar más alto en el edificio.

Finalmente, todos los integrantes del grupo que penetró en el Ctel, fueron muertos.

Mientras, otros grupos se atrincheraron y tomaron posiciones en las ventanas y azoteas del Hospital y de la Audiencia, logrando apoderarse momentáneamente de estos edificios y situando grupos de dos o tres hombres en cada ventana, desde donde hacían fuego contra el Ctel Moncada, en tanto que otros, vestidos de enfermeros y médicos, penetraban en el Hosp Saturnino Lora y proseguían desde allí el tiroteo contra el Ctel.

Es de notar que, de acuerdo con los resultados del encuentro, puede afirmarse que todos los asaltantes habían sido bastante bien entrenados, lo que queda expuesto por la disciplina demostrada y por el hecho de haberse sabido hacer fuertes en distintas posiciones.

Dominada al fin la situación, comenzaron las Opns de limpieza de los edificios colindantes y del mismo Hosp, donde muchos de los asaltantes se fingían enfermos para pasar desapercibidos y que no se les capturara, ocultando las armas bajo las ropas de enfermos.

Un grupo numeroso logró fugarse, dirigiéndose a una finca cercana a la playa Siboney, hasta donde fueron perseguidos por tropas del Rgto 1 GR "Maceo", continuando así el combate.

Interesa destacar de esta acción contra el Ctel "Moncada" lo siguiente:

a. Que tal como se había previsto en los reportes y anexos de Int, los asaltantes trataron de penetrar por la fuerza en el Campamento, apoyados por grupos que ocuparon edificios dominantes de los alrededores del Ctel, causando la muerte por sorpresa a las postas y al personal que en horas tempranas de la mañana llegaba a sus puestos, con la intención manifiesta de tomar el Campamento y, posteriormente, ir procediendo al arresto o muerte de los que continuaron llegando.

b. Que los asaltantes vestían de uniforme, con pantalón largo y camisa kaki, aunque cometieron el error de no usar nada para cubrirse la cabeza, ni cinturones ni zapatos reglamentarios, lo que unido al hecho de que su armamento no era tampoco reglamentario, permitía su fácil identificación en medio del combate.

c. Que el entrenamiento y la moral de los asaltantes, demostrados en esta acción, deben calificarse de buenos, aún cuando es de señarlarse que cometieron varios errores, entre ellos el de tratar de hacerse fuertes en un lugar indefendible, como lo es la barbería.

d. Que la hora seleccionada para el ataque fué bastante apropiada, así como las circunstancias, con motivo de la afluencia de personas de otras localidades a la Cdad debido a las fiestas carnavalescas.

e. Que, para concentrase desde el primer momento y luego como lugar para replegarse y tratar de reorganizarse, hu-

bieron de seleccionar la finca que se ha mencionado cercana a la playa Siboney, donde tenían establecido su Cuartel General y donde, posteriormente a la acción, al resultar desorganizados, dejaron abandonada gran cantidad de equipos, vestuarios, armamento y parque.

f. Que la situación provocada por el asalto resultó bastante crítica por la confusión que provocó el hecho de vestir ropa militar los asaltantes, pero que esta situación fué dominada debido a la diligente acción y al valor del personal del Rgto 1 CR "Maceo".

g. Que los asaltantes, aprovechando la sorpresa, asesinaron a mansalva, en sus propios hogares, algunos militares residentes en las proximidades del Ctel.

2.- *LOS SUCESOS DE BAYAMO.*

El ataque contra Ctel de la Capitanía del Esc 13 GR, en la Cdad de Bayamo, MN, se gestó y desarrolló en la siguiente forma:

Aproximadamente el día 16 de Jul, tres o cuatro individuos desconocidos en la Cdad, se presentaron en el Hotel "Gran Casino", situado en la entrada de la población y propiedad del Sr José Manuel Martínez, haciéndose pasar por industriales con la intención de establecer una granja agrícola, alquilándole el hotel al propietario por un término de diez días y abonando el alquiler total por adelantado, significando que esperaban a varios socios para comprar el edificio e iniciar la construcción de otra planta sobre él.

Con el pretexto anterior, cerraron el hotel y se alojaron en el mismo, reuniendo en él ropas color kaki, armas, parque y otros materiales y equipos.

Sobre las 0430 del día 26 montaron en varias máquinas y se dirigieron al Ctel. Al encontrar por el camino un jeep, en el que viajaba el Sgt PN Jerónimo R Suárez Camejo, abrieron fuego sobre éste, causándole la muerte al referido Sgt, sin que se conozca a ciencia cierta si fué porque se le hicieron sospechosos o si le atacaron traicioneramente. (Véase Croquis No 3).

Posteriormente, trataron de tomar el Ctel haciendo fuego sobre el mismo, causando heridas graves a dos soldados que repelieron la agresión, fracasando su intentona de tomar el Ctel al ser contraatacados por el personal militar. En la refriega que se generalizó, perecieron dos de los asaltantes y el resto emprendió la fuga abandonando algunos autos y el material y equipos que tenían depositados en el Hotel.

3.- *CONCLUSIONES FINALES.*

A. Los ataques por sorpresa contra los campamentos de Stgo de C y Bayamo formaban parte de un vasto plan, en el que probablemente entraban desembarcos de tropas y armas y otros ataques y desórdenes en diferentes localidades, así como atentados personales contra altas figuras del Gbno, fracasando, al parecer, por falta de coordinación general por parte de los asaltantes y por la rápida adopción de las contramedidas necesarias por las Fzas Armadas.

B. La dirección intelectual del movimiento corresponde a facciones ortodoxas, auténticas y de otra filiación, firmantes del pacto de Montreal, con probables ramificaciones entre los comunistas.

C. Los armamentos, parque y equipos, han sido introducidos de contrabando en el territorio nacional y se ocultaron en sitios estratégicos, siendo probable que haya otros ocultos o en vías de desembarco, por distintos lugares de la Repb.

D. Los atacantes y demás comprometidos han recibido entrenamiento militar y es factible que se continúe impartiendo tal entrenamiento en lugares aislados, con vistas a la repetición de hechos como los que han tenido lugar en Stgo de C y Bayamo y probablemente, en escala mayor.

E. La actuación de las Fzas Armadas contra los enemigos de la Repb debe ser enérgica y agresiva, conforme a los planes elaborados al efecto.

De usted respetuosamente,
"POR LA LIBERTAD DE CUBA"

E A Cantillo, MMNP,
Gen Brig, AGE.

ANEXOS:-3 Croquis
CSF/cpr

[Se publica de acuerdo con el original. En: Archivo de la Sección de Operaciones del Ejército.]

Una carta a Río Chaviano

"30 de julio de 1953.
Coronel Alberto del Río Chaviano
Jefe del Regimiento No. 1 "Maceo"
Ciudad.

Muy distinguido amigo:

Gustoso me brindo a ir en busca de los fugitivos que atacaron al Cuartel Moncada en la mañana del domingo pasado, y agradezco mucho a usted las facilidades que me dé para lograr el noble propósito que a Ud. y a mí nos anima en este caso. Asimismo agradezco las garantías que a los fugitivos y a mí nos brinda Ud. para llevar a vías de hecho el nobilísimo fin de que aquéllos depongan las armas y vuelvan a la normalidad, llevando la tranquilidad a sus desolados hogares, y a toda la familia cubana, que está sufriendo preocupada por la suerte de estos muchachos, y por la tranquilidad de la República.

Prestar este servicio y cualquier otro por árduo que sea, que esté a mi alcance, nunca será demasiado para quien está tan obligado, como lo estoy yo, a procurar el bienestar de la familia cubana, y a sacrificarse cuanto sea necesario por servir a sus hermanos.

Sólo espero que Ud. me haga el favor de facilitarme la manera de poder encontrar pronto los fugitivos, donde quiera que se encuentren, con tal que pueda llegar al lugar donde ellos se hallen, o acercarse ellos a un lugar seguro convenido de antemano. Espero, pues, sus indicaciones para dar comienzo sin más dilación a esta labor.

Aprovecho esta oportunidad para felicitar a Ud. una vez más por sus nobles y cristianos sentimientos, por este rasgo propio de un militar altamente pundonoroso, honra y prez del Ejército, digno del alto cargo que desempeña, de tanta responsabilidad siempre, pero de modo especial en estos críticos momentos. Suerte para la República, y suerte grande para Santiago de Cuba contar con un Jefe así a la hora presente.

Bendiga el Señor esta empresa y bendíganos a todos. Bendiga a la República. Su s. s. amigo y Prelado, que le bendice.

ENRIQUE, Arzobispo de Santiago".

[En: *La historia me absolverá*. Ediciones Populares de la Imprenta Nacional de Cuba, julio de 1961, pp. 133-134.]

Condecorado con la Cruz de Honor el Regimiento No. 1 "Maceo"

Por vez primera en la historia de la República una unidad de nuestras Fuerzas Armadas ha sido honrada colectivamente con la más alta condecoración que en ellas se confiere, por actos excepcionalísimos de mérito. En efecto, se ha impuesto la corbata de la Cruz de Honor al Regimiento Número Uno de la Guardia Rural, "Maceo", en un acto único, en distinción extraordinaria, que alcanza a todos los miembros de esa unidad. Muchos componentes de tan distinguida fuerza, manteniendo con recia resolución y denodado brío su espíritu de cuerpo, al ofrendar su sangre para salvar a la Patria de los desastrosos efectos de la guerra civil, guardaron a costa de ella las vidas de muchos cubanos, y de ese modo, con tal resolución supieron elevarse a la altura de la denominación de la fuerza: Antonio Maceo. Unos cayeron en la inmolación; otros fueron mal heridos, pero todos cuantos se hallaban en el Cuartel Moncada en el aciago amanecer del 26 de Julio, con igual resolución y bravura, lo mismo que en Bayamo, se hicieron dignamente merecedores de esa elevadísima condecoración. Templados todos sus hombres, a la par que cuantos integran nuestras instituciones armadas, en el espíritu de concordia y paz y en el deber hacia la Patria, nada describe mejor sus cuadidades que la exposición de motivos que contiene el Decreto del Hon. Señor Presidente de la República Gral. Fulgencio Batista y Zaldívar G C de FA por el cual se los condecora colectivamente. Supieron cumplir valerosamente con su deber en toda la amplia medida que los hechos imponían y reclamaban, sin luego dejarse arrastrar, en ningún instante, por la pasión del escarmiento preventivo, o hundirse en el funesto odio entre hermanos, que por pasión desbordada, por monomanía agresiva, o por irresponsabilidad total frente a las conveniencias comunes, se condujeron a ese choque, que si encontró en las tropas la repulsa enérgica y animosa de la agresión, no logró precipitarla en actos de venganza, faltos de generosidad y nobleza. Bien ganada está la condecoración y bien ganado ese nombre que es timbre y símbolo de tal fuerza: Antonio

Maceo, dechado del patriotismo, de la maciza disciplina, de la más cumplida responsabilidad militar, y de la generosa virtud de la piedad hacia el arrebatado agresor, que tomó la triste iniciativa de querer inaugurar la sangrienta noche sin amanecer ni cuartel ni tregua del fratricidio, en suelo cubano.

En la mañana del domingo 2 de agosto el Honorable Señor Presidente de la República, Mayor General Fulgencio Batista y Zaldívar, se trasladó a la Capital de Oriente para imponer a la bandera del Regimiento 1, "Maceo", mandado por el Coronel Alberto del Río Chaviano, la Cruz de Honor, premiando así su comportamiento en la defensa del Cuartel Moncada.

El Presidente Batista llegó al Aeropuerto de San Pedrito en Santiago de Cuba, a las once y cuarto de la mañana a bordo del avión presidencial "Guáimaro". Acompañaron al Presidente en su viaje los Generales Luis Robaina Piedra y Arístides Sosa de Quesada; el doctor Ramiro López de Mendoza; los Coroneles Francisco Tabernilla Palmero, Manuel Ugalde Carrillo, Orlando Piedra y Carlos Pascual Pinard, que piloteaba el avión. Viajaban también en el mismo avión el Teniente Coronel Antonio Blanco Rico, el Capitán Luis Martínez Arbona y otros oficiales.

Para recibir al Presidente y darle la bienvenida habían acudido al Aeropuerto varios centenares de personas que lo aplaudieron con entusiasmo. Se destacaban entre los concurrentes el Jefe del Regimiento No. 1 "Maceo", Coronel Río Chaviano; los Ministros Ing. Alfredo Nogueira y doctores José Elías Olivella; Gastón Godoy, Rafael Díaz Balart, César Camacho Covani y Justo Salas; el Gobernador de la Provincia, señor Waldo Pérez Almaguer, el alcalde, señor Maximino Torres; el doctor Anselmo Alliegro; el Alcalde de Alto Songo, señor Lino Senmanat; el Alcalde de Manzanillo, señor Tito Figueredo; y otras distinguidas personas civiles y militares.

A la llegada del Presidente, la Banda del Regimiento tocó el Himno Nacional y una batería del Distrito Naval de Oriente, le hizo los honores de cañón correspondientes a su jerarquía.

El Presidente se dirigió del Aeropuerto al Cuartel Moncada, precedido por un pelotón de motocicletas del Ejército y seguido por una caravana de automóviles, a cuyo paso, por las calles de la Ciudad y de un modo especial por el Paseo de Martí, millares de personas situadas a ambos lados de la vía y en los balcones y azoteas de las casas prorrumpían en aplausos y vítores.

A los acordes del Himno Nacional hizo su entrada el Presidente Batista en la Jefatura del Cuartel Moncada donde acto seguido, en el Polígono Militar, y en medio de un silencio expectante, el Capitán Ayudante del Regimiento No. 1 "Maceo", Manuel E. Águila Gil, leyó el Decreto por el que se concede la Cruz de Honor a dicho Regimiento que textualmente dice así:

"POR CUANTO: El artículo 341-A del Reglamento General para el Ejército, 1928, en vigor, establece la "Cruz de Honor"

como condecoración adecuada para premiar hechos excepcionales que superen extraordinariamente los requisitos exigidos para la concesión de la Orden de Mérito Militar.

POR CUANTO: El personal del Regimiento Número 1, de la Guardia Rural, puso de manifiesto durante la acción sostenida el 26 de julio actual y en días siguientes su disciplina, valor y espíritu de sacrificio, ofrendando la vida de sus hombres, en cumplimiento de sus deberes para garantizar la paz, el orden y las instituciones del Estado, y haciéndose acreedor a la más alta expresión de reconocimiento.

POR TANTO: En uso de las facultades que me están conferidas por la Ley Constitucional y demás Leyes vigentes, y a propuesta del Ministro de Defensa Nacional,

RESUELVO:

Primero: Conceder la "Cruz de Honor" al Regimiento Número 1 de la Guardia Rural, por los méritos consignados en el segundo Por Cuanto de este Decreto.

Segundo: Que en armonía con lo dispuesto en el párrafo 234 (B) del RI 290-100, "Instrucción de Infantería", sea impuesta dicha condecoración a la Bandera del Regimiento 1 de la Guardia Rural, en ceremonia solemne que se efectuará el próximo domingo día 2 de Agosto, en el Polígono del Cuartel "Moncada", Santiago de Cuba, sede del mando.

Tercero: El Ministro de Defensa Nacional queda encargado del cumplimiento de lo que por el presente Decreto se dispone.

Leído el Decreto, el General Batista, acompañado del General Robaina del Jefe del Regimiento y del Teniente Coronel Blanco Rico, se adelantó al centro del Polígono y prendió de la bandera la Cruz de Honor, labrada en oro y pendiente de un lazo ejecutado con cintas de los colores nacionales.

Una vez impuesta de modo tan solemne la Cruz de Honor a la Bandera del Regimiento, se celebró una Revista Militar, tomando parte en el desfile la Banda de Música, Motociclistas, Infantería de Marina, Infantería del Ejército, Infantería de la Policía, Scout-cars y Artillería con sus piezas; todas ellas, al mando del Teniente Coronel Ángel González Alfonso, Segundo Jefe del Regimiento.

Después con honda emoción, tras de exponer los hechos, desde la Tribuna alzada en el Polígono de Maniobras, el Honorable Señor Presidente de la República, dijo:

"Por primera vez en la historia de Cuba, un Regimiento es condecorado con los más altos timbres: la Cruz de Honor exhibe

hoy su gloriosa cinta en la bandera de este Mando Militar. En lo adelante, cuando se llame por su nombre al Regimiento Maceo, se le agregará este apéndice honorable: C. de H.

"Esta condecoración que pende de nuestra bandera regimental está simbólicamente prendida en el pecho de cada uno de los hombres de este Regimiento, porque ellos, los que sobrevivieron, y aquellos de los nuestros que cayeron, pelearon bravíamente defendiendo la dignidad cubana y el patrimonio de la justicia y de la paz que contiene el 10 de Marzo salvador, como revolución del pueblo de las Fuerzas Armadas.

"Maceo y Moncada son nombres estelares bajo los cielos de Cuba. Sus heroicos nombres se unen con su historia inaccesible, con sus leyendas magníficas, en homenaje que simbolizan los nombres del Regimiento y del Cuartel. ¡Qué respondan presente los bravos que se nos fueron, al reglamentario pase de lista!"

Después del discurso

Terminado su discurso, el Jefe del Estado pasó al despacho del Coronel Del Río Chaviano.

Allí el General Batista, muy emocionado, recibió a las viudas y a los hijos y familiares de muchos de los miembros del regimiento que perdieron la vida en el asalto al cuartel "Moncada" en la madrugada del día 26 de julio.

Dispuso que cuanto antes el Coronel Del Río Chaviano presentara una nómina de todas las viudas e hijos de los caídos en la acción del "Moncada" para que fueran atendidos de inmediato.

Los niños —comentó el Jefe del Regimiento— por orden del Jefe del Estado, serán inmediatamente ingresados en el Instituto de Ceiba del Agua, donde recibirán educación y toda clase de atenciones mientras apredan un oficio que los haga aptos para buscarse la vida por sí mismos.

Terminado este doloroso trámite de saludar a las viudas y familiares de los caídos, el Presidente Batista hizo una visita al Hospital Militar, donde encomió y felicitó por su bravura y tuvo para ellos frases alentadoras, a los miembros del Ejército que allí, en plan de curación de las heridas recibidas en el combate, se encuentran internados.

Luego el Honorable Señor Presidente de la República rindió su homenaje y sus mejores tributos ante las tumbas de los soldados muertos en la acción del cuartel "Moncada", en donde colocó ofrendas florales.

Regreso del Presidente

De la capital de Oriente regresó el día 4 el Presidente de la República, Mayor General Fulgencio Batista y Zaldívar. Le acompañaron en este viaje los Generales de Brigada Arístides Sosa de Quesada y Luis Robaina Piedra, los Coroneles Francisco Tabernilla Palmero, jefe de sus ayudantes; Manuel Ugalde Carrillo, jefe del S.I.M.; Carlos Pascual, jefe de las Fuerzas Aéreas quien piloteó el avión presidencial "Guáimaro"; Teniente Coronel Antonio Blanco Rico, ayudante presidencial, y el comodoro de la Marina de Guerra, J. Arias.

Para recibir al General Batista se hallaban en el aeropuerto militar "Teniente Brihuega", el Ministro de Defensa Nacional, doctor Nicolás Pérez Hernández; el jefe del Estado Mayor del Ejército, mayor general Francisco Tabernilla; contralmirante José Rodríguez Calderón, jefe de la Marina de Guerra; el jefe de la Policía Nacional, brigadier Salas Cañizares; los generales de brigada, Eulogio Cantillo, Martín Díaz Tamayo, Juan Rojas González y Pedro Rodríguez Ávila; los coroneles Dámaso Sogo y Fernández Rey, jefes de los Regimientos 5 y 6 respectivamente y Manuel Larrubia, Director de la Escuela de Oficiales; Francisco Ceballos, del Regimiento 10; Julio Sánchez Gómez, del Regimiento 7, de Artillería; teniente coronel Pedro Barreras y coronel Ignacio Leonard, así como numerosos oficiales de la Marina de Guerra y de la Policía Nacional.

También fueron a esperar al general Batista, su esposa, la primera dama de la República, señora Martha Fernández Miranda de Batista, con sus hijos Jorge, Roberto y Carlos Manuel.

[En: *Boletín del Ejército*, julio - agosto de 1953.]

valoración del moncada

En el VII aniversario del Moncada

(Fragmento)

Y así empezó aquel esfuerzo hace apenas 7 años. Aquel 26 de Julio de 1953 que fue la culminación del esfuerzo de un grupo de jóvenes llenos de ideales que se lanzaron hacia aquella lucha desigual y difícil. Y aquello no fue más que el inicio, el inicio de una lucha de siete años, porque así son los frutos que los hombres deben adquirir con su esfuerzo, los frutos que los pueblos han de conquistar con sacrificio y trabajo, que muchas veces mientras más próximos parecen, más se alejan de nuestras posibilidades. Y así aquel 26 de Julio fue para nosotros un minuto, en que cuando parecía culminar una lucha, cuando parecía culminar un esfuerzo para iniciar la batalla por la liberación de nuestro pueblo, no era el fin, sino el comienzo.

[En: *Obra Revolucionaria*, 27 de julio de 1960.]

En el VIII aniversario del Moncada

(Fragmento)

Hace ocho años, un día como hoy tuvo lugar aquel episodio que estamos conmemorando del ataque al Cuartel Moncada. Aquel combate significó un revés para nosotros. No fue una victoria de las armas, pero fue una victoria de la moral y de la dignidad. El revés no importó. No fue solo un revés el que hubo de soportar la Revolución en su larga marcha. La Revolución libertadora había sufrido otros reveses en el siglo pasado. Había sufrido un gran revés al final de su lucha heroica por la independencia, con la intervención norteamericana. La Revolución venía sufriendo reveses, la liberación venía sufriendo reveses. Y aquel 26 de Julio fue una escaramuza más de la larga lucha que nuestra nación libraba por su liberación.

Pero los reveses no importan. Aquel revés, que hizo creer a la camarilla militar y a sus amos imperialistas que había garantizado para siempre la permanencia de sus privilegios y de sus intereses, fue sin embargo, el comienzo de aquella lucha. Ocho años no es mucho. Sin embargo, desde aquella chispa hasta hoy, al cumplirse ocho años, se ha hecho algo: el pueblo conquistó el poder político, el pueblo destruyó la camarilla militar, el pueblo se liberó de los monopolios imperialistas, el pueblo con el poder en la mano, comenzó a resolver los problemas más urgentes inmediatos, y ha creado las condiciones para nuevos pasos de avance y está dando esos pasos de avance.

Los reaccionarios, los contrarrevolucionarios y los imperialistas deben tener presente la historia de los combatientes revolucionarios. Y vale la pena que recuerden que la Revolución empezó sin armas, que la Revolución empezó sin recursos, que la Revolución surgió de la nada, y que aquella Revolución se fue imponiendo a cada revés, y que aquella idea revolucionaria, aquel propósito revolucionario, fue desarrollándose, fue creciendo, fue conquistando el apoyo de las masas, y llegó a ser lo que es hoy.

Luego, el poder revolucionario no es producto de una imposición. El poder revolucionario no es producto de un golpe aventurero, el poder revolucionario no es producto de un cuartelazo. El poder revolucionario es producto de un largo proceso de lucha, el poder revolucionario es la culminación de un anhelo grande de todo nuestro pueblo, que comenzó a luchar desde el siglo pasado sin haber logrado alcanzar nunca verdaderamente ese poder revolucionario.

Y las últimas batallas de esta larga lucha las libró esta generación, y comenzaron hace ocho años un 26 de julio; y luchando, y sangrando, y peleando y sacrificándose llegó el pueblo al poder, después de pagar un altísimo precio de sus mejores hijos.

[En: *Pensamiento Crítico*, julio de 1967.]

En el IX aniversario del Moncada

(Fragmento)

El 26 de Julio comenzó la última y definitiva etapa de la contienda por la independencia nacional, que había venido librando nuestro pueblo desde 1868. Por eso para nosotros, trabajadores y campesinos, para nosotros esta conmemoración en la ciudad de Santiago de Cuba suscita una emoción profunda.

Esta provincia de Oriente, precisamente, trae los recuerdos más gloriosos de nuestra historia: fue aquí, en esta provincia, el Grito de Yara; fue aquí, en esta provincia, la Protesta de Baraguá, fue de aquí de esta provincia, de donde salieron los contingentes invasores que con Antonio Maceo y Máximo Gómez llevaron la guerra libertadora hasta los confines de Pinar del Río; es aquí, en esta provincia, donde yacen los restos gloriosos de nuestro Apóstol, caído en Dos Ríos.

[En: *Obra Revolucionaria*, 28 de julio de 1962.]

En el X aniversario del Moncada

(Fragmento)

La importancia que tiene esta fecha radica en que aquel día inició nuestro pueblo, en escala modesta si se quiere, inició el camino que lo condujo a la Revolución. Cruzarse de brazos ante aquella situación habría significado la continuidad indefinida de la camarilla militar, la continuidad indefinida en el poder de los partidos reaccionarios de las clases explotadoras, habría significado la continuidad de la politiquería, de la corrupción y del saqueo sistemático de nuestro país.

La importancia de aquella fecha es que abrió un nuevo camino al pueblo; la importancia de aquella fecha radica en que marcó el inicio de una nueva concepción de la lucha, que en un tiempo no lejano hizo trizas a la dictadura militar y creó las condiciones para el desarrollo de la Revolución.

El ataque al Cuartel Moncada fue la réplica enérgica y digna al 10 de marzo, fue la réplica decidida a aquel gobierno instaurado a fuerza de bayonetas; fue la respuesta que, una vez superados los primeros reveses, una vez superadas las deficiencias, una vez superada la inexperiencia, una vez desarrollada plenamente, hizo posible lo que antes parecía imposible, hizo posible la destrucción de un ejército moderno, en contra de una serie de teorías según las cuales el pueblo no podía luchar contra esa fuerza; hizo posible lo que parecía imposible, pero no fue un milagro. Lo que ha tenido lugar en Cuba no fue un milagro.

Todo lo que en Cuba se ha hecho, y aún más y mejor de lo que en Cuba se ha hecho, es posible hacerse también en muchos otros pueblos de América Latina.

Para nosotros los cubanos, no tendría tanta trascendencia conmemorar con júbilo, con entusiasmo, con fervor revolucionario esta fecha, si esta fecha ante nuestros ojos no tuviera el valor de una lección útil, utilísima, a decenas y decenas de millones de hermanos de América Latina.

Si esta fecha y lo que ella simboliza, no entrañara un sólido aliento, una firme esperanza de que hay remedio a los males de los explotados y hambrientos de este Continente, de los millones de trabajadores y campesinos y de indios esquilmados en este Continente; si no entrañara una esperanza y un aliento a la posibilidad de resolver de una vez y para siempre los trágicos males sociales de este Continente, donde los porcentajes de muerte entre la población infantil se encuentra entre los más altos del mundo, donde el promedio de vida es bajísimo, y donde minorías oligárquicas —en complicidad con los monopolios yanquis— saquean despiadadamente a esos pueblos.

¡Esta fecha tiene valor no como hecho que se proyecta hacia el pasado, sino como hecho que se proyecta hacia el porvenir! Porque aquí en nuestro país había un poderoso ejército profesional al servicio de los explotadores, aquí habían numerosos partidos burgueses que arrastraban a una parte no desdeñable de la masa por caminos erróneos, y había todo un sistema de prensa, de radio y de televisión al servicio de los intereses creados. Y aún más: cuando Batista dio el golpe de Estado, tenía una situación financiera el país que no tiene hoy ningún pueblo de la América Latina, porque encontró en las arcas del Banco Nacional de Cuba más de 500 millones en divisas. Y esa no es la situación de Guatemala, esa no es la situación del Ecuador, esa no es la situación del Perú, esa no es la situación de Argentina, esa no es la situación de Colombia, esa no es la situación de Venezuela, esa no es la situación de Nicaragua, de Honduras y de otros países de la América Central.

Y, sin embargo, en aquellas difíciles condiciones para la Revolución —del esfuerzo surgido, como ocurre siempre en los acontecimientos históricos en que el esfuerzo y la idea surgen de unos pocos y si es un esfuerzo bien dirigido y si las ideas son justas, van convirtiéndose poco a poco en el esfuerzo y en la idea de las masas—, en aquellas difíciles condiciones nuestro pueblo encontró una salida.

El Cuartel Moncada no cayó. Factores imprevistos hicieron fallar el intento de ocupar la fortaleza, factores imponderables. Aquello habría podido ser un duro golpe para nosotros, para nuestra convicción y nuestra fe de que aquél era el camino; aquello pudo circunstancialmente fortalecer la opinión de aquéllos que afirmaban que no era posible luchar contra el ejército de Batista; pudo circunstancialmente fortalecer la opinión de los politiqueros y los argumentos de los politiqueros en favor de las componendas electoreras donde jamás el pueblo obtiene nada. Sin embargo, nuestra fe se mantuvo firme, inconmovible, de que aquel era el camino; y nos dimos de nuevo a la tarea, ya con más experiencia, ya más elaborada, de llevar adelante aquella lucha.

Mas, cuando nosotros desembarcamos en el "Granma", 82 hombres, aún nos traicionó la inexperiencia, aún nos traicionó nuestra inmadurez como combatientes, y de nuevo un duro revés se asentó sobre nuestro esfuerzo y aquella fuerza expedicionaria —organizada y preparada con grandes esfuerzos y sacrificios— quedó virtualmente dispersa y aniquilada.

Aquello habría podido ser un golpe tremendo para nuestra fe y para nuestra convicción de que aquél era el camino; mas, sin embargo, nuestra fe y nuestra convicción se mantuvieron inalterables. Creíamos que aquél era el camino, ¡y al fin la historia y los hechos, la realidad y la vida, se encargaron de demostrar que aquel era el camino!

[En: *Obra Revolucionaria*, julio de 1963.]

En el XIII aniversario del Moncada

(Fragmento)

Ninguno de esos nombres queridos, de los hombres que dieron su vida por esta Revolución, eran conocidos; ninguno de esa legión de hombres, que aquel día ofrendaron su vida a la Patria, los conocía nadie; ninguno de ellos había aparecido nunca, posiblemente, en las letras de molde de un periódico; ninguno de ellos figuraba en los cálculos de los agoreros de la política; ninguno de ellos se vislumbraba como figuras prominentes en el corazón del pueblo. ¡Pero eran del pueblo y venían del corazón del pueblo y de la sangre del pueblo!

No se podía pensar entonces, y nadie lo pensó, ninguno de los que intervinimos en aquellos hechos aquel día, hace trece años, habíamos pensado en actos como éste; no estábamos pensando escribir historia. Estábamos ciertamente haciendo historia, sino que estábamos luchando para el pueblo.

No fue afán de gloria ni afán de prestigio o de popularidad, ni mucho menos ambiciones personales de ninguna índole. Muy lejos estábamos de suponer, o de pensar en estas cosas. Pensábamos en la lucha, pensábamos en la Revolución en sí misma, pensábamos en la obra que era necesario realizar en nuestro país. [...] (En realidad, en las demás cosas que han ido acompañando el proceso revolucionario no pensábamos. Ninguno de nosotros podíamos imaginarnos en ese momento que cada año, cada 26 de Julio, habríamos de reunirnos con el pueblo para conmemorar aquella fecha. No eran esos los cálculos, los objetivos que entraban en nuestras mentes.)

Sí teníamos una absoluta fe en el pueblo, y toda la estrategia de la Revolución se basó siempre en el pueblo, siempre —lo hemos dicho en otras ocasiones— en una gran confianza en el pueblo, en una gran convicción acerca de las enormes energías morales del pueblo, acerca de la enorme fuerza revolucionaria que se encerraba en el pueblo.

Cuando se vaya a definir a un revolucionario, lo primero que habría que preguntarse es si cree o no cree en el pueblo, si cree o no cree en las masas.

Nosotros éramos un puñado de hombres, no pensábamos con un puñado de hombres derrotar a la tiranía batistiana, derrotar a sus ejércitos no. Pero pensábamos que aquel puñado de hombres podía, no para derrotar aquel régimen, pero sí para desatar esa fuerza, esa inmensa energía del pueblo que sí era capaz de derrotar a aquel régimen.

Y el 26 de Julio ciertamente que no logramos de inmediato nuestros objetivos, ciertamente que no logramos tomar la fortaleza. Eso es cierto.

Nosotros consideramos los factores que infortunadamente se presentaron de forma adversa y nos impidieron lograr aquel objetivo inmediato. Nosotros, aún hoy, después de años en que experiencias en este tipo de cuestiones se fueron adquiriendo más y más, estamos seguros de que nuestro plan era bueno. Y estamos seguros de que era posible tomar aquella fortaleza; que factores imponderables, que siempre se presentan en las guerras, que muchas veces se pueden presentar en los campos de batalla, produjeron un resultado adverso.

Naturalmente que cuanto menor es el número de armas y cuanto más inferior es la calidad del equipo en un combate, tanto más riesgosa resulta la operación, tanto más susceptible de fallar en sus resultados con algunas cosas insignificantes que se produzcan de una manera diferente.

¿Pero quién podía pensar en aquella época en una revolución contra el ejército? ¡Nadie podía pensar en aquella época en una revolución contra el ejército! Incluso existía el apotegma, que se venía repitiendo no se sabe desde cuánto tiempo hacía, de que las revoluciones se podían hacer con el ejército o sin el ejército, pero nunca contra el ejército. Y aquella idea prevalecía de manera absoluta en la mente de los políticos de aquellos tiempos.

La idea de una revolución contra el ejército, contra sus Fuerzas Armadas, contra el sistema, parecía a mucha gente una idea absurda, parecía a todos los políticos burgueses, que eran los que dirigían la política de este país, una locura. ¿Pensar, además, en una revolución contra todas aquellas fuerzas, prácticamente sin un solo depósito de armas; mas, no sólo sin un depósito de armas, sin un solo centavo para comprar armas? Eran muy pocos los que habrían podido creer en aquello. Sólo hombres del pueblo, de las filas más humildes del pueblo, sanos, desprovistos de ambición, podían sentir aquella posibilidad, podían sentir aquella fe, podían creer en que fuera posible llevar a cabo una lucha en condiciones tan difíciles.

Y, sin embargo, no aceptamos el punto de vista de los que creían que lo que había ocurrido el 26 de Julio era una prueba de que no se podía hacer una revolución contra el ejército; no aceptamos los puntos de vista de los que querían sacar de aquella

fecha una prueba en favor de sus argumentos; no aceptamos los puntos de vista de aquellos que decían que sí, que era una cosa heroica, pero que era una cosa ilusoria, que era un sueño, que era una aventura de muchachos románticos; no aceptamos ni mucho menos, aquel punto de vista de que Batista se podía caer del gobierno únicamente si los norteamericanos le retiraban su apoyo. Porque esas eran las dos cosas; no se puede hacer una revolución contra el ejército, no se puede mantener un gobierno frente a la oposición del gobierno de los Estados Unidos.

[En: *Bohemia*, 29 de julio de 1966.]

En el XIV aniversario del Moncada

(Fragmento)

Nos encontramos en la ciudad que se convirtió, en aquella fecha, en el símbolo del inicio de la lucha revolucionaria en nuestro país. La historia es sobradamente conocida. Ni las armas, ni el tipo de las armas, ni la experiencia, y ni siquiera los factores fortuitos, acompañaron aquel primer esfuerzo. Pero aquel primer esfuerzo significó un camino que no se habría de abandonar después jamás; significó un camino que nos ha llevado a lo largo de 14 años; significó el camino que abrió para el pueblo revolucionario la conquista del poder.

Es innecesario recordar esa historia. Pero hay un hecho que resalta, que fue la tenacidad del pueblo, la confianza del pueblo, la perseverancia en esa lucha. No hemos llegado, ni mucho menos, al final de ese camino; pero hemos adelantado ya un trecho importante.

Y esa característica esencial del movimiento revolucionario que surgió aquel día es hoy también la característica esencial de nuestra Revolución: la confianza del pueblo en sí mismo, la fe del pueblo en su causa, la convicción del pueblo de que no habrá dificultad, por grande que sea, que no logremos vencerla; que no habrá camino, por difícil que sea que no seamos capaces de seguirlo hasta el final.

El asalto al Moncada puede decirse que constituía el primer asalto a una de las tantas fortalezas que habrían de ser tomadas después. Quedaban, entre otras cosas, el Moncada del analfabetismo; y nuestro pueblo tampoco vaciló en atacar aquella fortaleza; la atacó y la tomó; el Moncada de la ignorancia; el Moncada de la inexperiencia; el Moncada del subdesarrollo; el Moncada de la falta de técnicos, de la falta de recursos en todos los órdenes. Y nuestro pueblo no ha vacilado en emprender también el asalto de esas fortalezas. Pero quedaba el Moncada más difícil de tomar, que era el Moncada de las viejas ideas; y ese Moncada de las vie-

jas ideas, de los viejos egoístas sentimientos, de los viejos hábitos de pensar y de concebirlo todo y de resolver los problemas, ese Moncada no ha sido todavía totalmente tomado.

[En: *Orientador Revolucionario*, julio de 1967.]

En el XX aniversario del Moncada

(Fragmento)

El 26 de Julio ha pasado a ser una fecha histórica en los anales de la larga y heroica lucha de nuestra patria por su libertad. No era este alto honor, ciertamente, el propósito que guiaba ese día a los hombres que quisimos tomar esta fortaleza. Ningún revolucionario lucha con la vista puesta en el día en que los hechos que se deriven de su acción vayan a recibir los honores de la conmemoración. "El deber debe cumplirse sencilla y naturalmente", dijo Martí. El cumplimiento de un deber nos condujo a esta acción sin que nadie pensara en las glorias y los honores de esa lucha.

Era necesario enarbolar otra vez las banderas de Baire, de Baraguá y de Yara. Era necesaria una arremetida final para culminar la obra de nuestros antecesores, y eso fue el 26 de Julio. Lo que determinó esa arremetida no fue el entusiasmo o el valor de un puñado de hombres, fue el fruto de profundas meditaciones sobre el conjunto peculiar de factores objetivos y subjetivos que imperaban en aquel instante en nuestro país.

Dominada la nación por una camarilla sangrienta de gobernantes rapaces, al servicio de poderosos intereses internos y externos, que se apoyaban descarnadamente en la fuerza, sin ninguna forma o vehículo legal de expresión para las ansias y aspiraciones del pueblo, había llegado la hora de acudir otra vez a las armas.

Pero hecha esta conclusión, ¿cómo llevar a cabo la insurrección armada si la tiranía era todopoderosa, con sus medios modernos de guerra, el apoyo de Washington, el movimiento obrero fragmentado y su dirección oficial en manos de gansters, vendida en cuerpo y alma a la clase explotadora, los partidos de opinión democrática y liberal desarticulados y sin guía, el partido marxista aislado y reprimido, el maccarthismo en pleno apogeo ideológico, el pueblo sin un arma ni experiencia militar, las tradiciones de lucha armada distantes más de medio siglo y casi olvida-

das, el mito de que no se podía realizar una revolución contra el aparato militar constituido, y por último la economía con una relativa bonanza por los altos precios azucareros de posguerra, sin que se vislumbrara todavía una crisis aguda como la que en los años 30 de por sí arrastró a las masas desesperadas y hambrientas a la lucha?

¿Cómo levantar al pueblo, cómo llevarlo al combate revolucionario, para superar aquella enervante crisis política, para salvar al país de la postración y el retraso espantoso que significó el golpe traicionero del 10 de marzo y llevar adelante la revolución popular y radical que transformara al fin a la república mediatizada y al pueblo esclavizado y explotado en la patria libre, justa y digna, por la cual lucharon y murieron varias generaciones de cubanos?

Tal era el problema que se planteaba al país en los meses que siguieron al nuevo ascenso de Batista al poder.

Cruzarse de brazos y esperar o luchar era para nosotros el dilema.

Pero los hombres que llevábamos en nuestras almas un sueño revolucionario y ningún propósito de resignarnos a los factores adversos, no teníamos un arma, un centavo, un aparato político y militar, un renombre público, una ascendencia popular. Cada uno de nosotros, los que después organizamos el movimiento que asumió la responsabilidad de atacar el cuartel Moncada e iniciar la lucha armada, en los primeros meses que sucedieron al golpe de Estado, esperaba que las fuerzas oposicionistas se unieran todas en una acción común para combatir a Batista. En esa lucha estábamos dispuestos a participar como simples soldados, aunque sólo fuese por los objetivos limitados a restaurar el régimen de derecho barrido por el 10 de marzo.

Los primeros esfuerzos organizativos del núcleo inicial de nuestro movimiento se concretaron a crear e instruir los primeros grupos de combate, con la idea de participar en la lucha común con todas las demás fuerzas oposicionistas, sin ninguna pretensión de encabezar o dirigir esa lucha. Como humildes soldados de fila tocábamos a las puertas de los dirigentes políticos ofreciendo la cooperación modesta de nuestros esfuerzos y de nuestras vidas y exhortándolos a luchar. Por aquel entonces, aparentemente, los hombres públicos y los partidos políticos de oposición se proponían dar la batalla. Ellos tenían los medios económicos, las relaciones, la ascendencia y los recursos para emprender la tarea de los cuales nosotros carecíamos por completo. Dedicados febrilmente al trabajo revolucionario, un grupo de cuadros, que constituyó después la dirección política y militar del movimiento, nos consagramos a la tarea de reclutar, organizar y entrenar a los combatientes. Fue al cabo de un año de intenso trabajo en la clandestinidad, cuando arribamos a la convicción más absoluta de que los partidos políticos y los hombres públicos de entonces engañaban miserablemente al pueblo. Enfrascados en todo tipo de

disputas y querellas intestinas y ambiciones personales de mando, no poseían la voluntad ni la decisión necesarias para luchar ni estaban en condiciones de llevar adelante el derrocamiento de Batista. Un rasgo común de todos aquellos partidos y líderes políticos era que, a tono con la atmósfera maccarthista y con la vista siempre puesta en la aprobación de Washington, excluían a los comunistas de todo acuerdo o participación en la lucha común contra la tiranía.

Entretanto, nuestra organización había crecido notablemente y disponía de más hombres entrenados para la acción que el conjunto de todas las demás organizaciones que se oponían al régimen. Nuestros jóvenes combatientes habían sido reclutados, además, en las capas más humildes del pueblo, trabajadores en su casi totalidad, procedentes de la ciudad y el campo, y algunos estudiantes y profesionales no contaminados por los vicios de la política tradicional ni el anticomunismo que infestaba el ambiente de la Cuba de entonces. Esos jóvenes llevaban, en su corazón de patriotas abnegados y honestos, el espíritu de las clases humildes y explotadas de las que provenían y sus manos fueron suficientemente robustas y sus mentes suficientemente sanas y sus pechos suficientemente valerosos para convertirse más tarde en abanderados de la primera revolución socialista en América.

Fue entonces cuando, partiendo de nuestra convicción de que nada podía esperarse de los que hasta entonces tenían la obligación de dirigir al pueblo en su lucha contra la tiranía, asumimos la responsabilidad de llevar adelante la Revolución.

¿Existían o no las condiciones objetivas para la lucha revolucionaria? A nuestro juicio existían. ¿Existían o no las condiciones subjetivas? Sobre la base del profundo repudio general que provocó el golpe del 10 de marzo y el regreso de Batista al poder, el descontento social emanado del régimen de explotación reinante, la pobreza y el desamparo de las masas desposeídas, se podían crear las condiciones subjetivas para llevar al pueblo a la revolución.

La historia después nos ha dado la razón. ¿Pero qué nos hizo ver con claridad aquel camino por donde nuestra patria ascendería a una fase superior de su vida política y nuestro pueblo, el último en sacudir el yugo colonial, sería ahora el primero en romper las cadenas imperialistas e iniciar el período de la segunda independencia en América Latina?

Ningún grupo de hombres habría podido por sí mismo encontrar solución teórica y práctica a este problema. La Revolución Cubana no es un fenómeno providencial, un milagro político y social divorciado de las realidades de la sociedad moderna y de las ideas que se debaten en el universo político. La Revolución Cubana es el resultado de la acción consciente y consecuente ajustada a las leyes de la historia de la sociedad humana. Los hombres no hacen ni pueden hacer la historia a su capricho. Tales parecerían los acontecimientos de Cuba si pres-

cindimos de la interpretación científica. Pero el curso revolucionario de las sociedades humanas tampoco es independiente de la acción del hombre; se estanca, se atrasa o avanza en la medida en que las clases revolucionarias y sus dirigentes se ajustan a las leyes que rigen sus destinos. Marx, al descubrir las leyes científicas de ese desarrollo, elevó el factor consciente de los revolucionarios a un primer plano en los acontecimientos históricos.

La fase actual de la Revolución Cubana es la continuidad histórica de las luchas heroicas que inició nuestro pueblo en 1868 y prosiguió después infatigablemente en 1895 contra el colonialismo español; de su batallar constante contra la humillante condición a que nos sometió Estados Unidos, con la intervención, la Enmienda Platt y el apoderamiento de nuestras riquezas que redujeron nuestra patria a una dependencia yanqui, un jugoso centro de explotación monopolista, una moderna Capua para sus turistas, un gran prostíbulo, un inmenso garito. Nuestra Revolución es también el fruto de las heroicas luchas de nuestros obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales, durante más de 50 años de corrupción y explotación burguesa y dominio del imperialismo que intentó absorbernos culturalmente y destruir los cimientos de nuestra nacionalidad; es fruto de la ideología revolucionaria de la clase obrera; del movimiento revolucionario internacional; de las luchas de los obreros y campesinos rusos que en el glorioso Octubre de 1917, dirigidos por Lenin, derribaron el poder de los zares e iniciaron la primera revolución socialista; del debilitamiento del poder imperialista y los enormes cambios de correlación de fuerzas ocurridos en el mundo.

¿Qué aportó el marxismo a nuestro acervo revolucionario en aquel entonces? El concepto clasista de la sociedad dividida entre explotadores y explotados; la concepción materialista de la historia; las relaciones burguesas de producción como la última forma antagónica del proceso de producción social; el advenimiento inevitable de una sociedad sin clases, como consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo y de la revolución social. Que "el gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa". Que "los obreros modernos no viven sino a condición de encontrar trabajo, y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acrecenta el capital". Que "una vez que el obrero ha sufrido la explotación del fabricante y ha recibido su salario en metálico, se convierte en víctima de los otros elementos de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etcétera". Que "la burguesía produce ante todo sus propios sepultureros", que es la clase obrera.

El marxismo nos enseñó sobre todo la misión histórica de la clase obrera, única verdaderamente revolucionaria, llamada a transformar hasta los cimientos a la sociedad capitalista, y el papel de las masas en las revoluciones.

"El Estado y la Revolución", de Lenin, nos esclareció el papel del Estado como instrumento de dominación de las clases opresoras y la necesidad de crear un poder revolucionario capaz de aplastar la resistencia de los explotadores.

Algunos de nosotros, aun antes del 10 de marzo de 1952, habíamos llegado a la íntima convicción de que la solución de los problemas de Cuba tenía que ser revolucionaria, que el poder había que tomarlo en un momento dado con las masas y con las armas, y que el objetivo tenía que ser el socialismo.

¿Pero cómo llevar en esa dirección a las masas, que en gran parte no estaban conscientes de la explotación de que eran víctimas, y creían ver sólo en la inmoralidad administrativa la causa fundamental de los males sociales, y que sometida a un barraje incesante de anticomunismo, recelaba, tenía prejuicios y no rebasaba el estrecho horizonte de las ideas democrático-burguesas?

A nuestro juicio, las masas descontentas de las arbitrariedades, abusos y corrupciones de los gobernantes, amargadas por la pobreza, el desempleo y el desamparo, aunque no viesen todavía el camino de las soluciones definitivas y verdaderas, serían, a pesar de todo, la fuerza motriz de la revolución.

La lucha revolucionaria misma, con objetivos determinados y concretos, que implicara sus intereses más vitales y las enfrentara en el terreno de los hechos a sus explotadores, las educaría políticamente. Sólo la lucha de clases desatada por la propia Revolución en marcha, barrería como castillo de naipes los vulgares prejuicios y la ignorancia atroz en que la mantenían sometida sus opresores.

El golpe del 10 de marzo, que elevó a su grado más alto la frustración y el descontento popular, y sobre todo la cobarde vacilación de los partidos burgueses y sus líderes de más prestigio, que obligó a nuestro movimiento a asumir la responsabilidad de la lucha, creó la coyuntura propicia para llevar adelante estas ideas. En ellas se basaba la estrategia política de la lucha iniciada el 26 de Julio.

Las primeras leyes revolucionarias se decretarían tan pronto estuviera en nuestro poder la ciudad de Santiago de Cuba, y serían divulgadas por todos los medios. Se llamaría al pueblo a luchar contra Batista y a la realización concreta de aquellos objetivos. Se convocaría a los obreros de todo el país a una huelga general revolucionaria por encima de los sindicatos amarillos y los líderes vendidos al gobierno. La táctica de guerra se ajustaría al desarrollo de los acontecimientos. Caso de no poder sostenerse la ciudad con mil armas que debíamos ocupar al enemigo en Santiago de Cuba, iniciaríamos la lucha guerrillera en la Sierra Maestra.

Lo más difícil del Moncada no era atacarlo y tomarlo, sino el gigantesco esfuerzo de organización, preparación, adquisición de recursos y movilización, en plena clandestinidad, partiendo virtualmente de cero. Con infinita amargura vimos frustrarse nues-

tros esfuerzos en el minuto culminante y sencillo de tomar el cuartel. Factores absolutamente accidentales desarticularon la acción. La guerra nos enseñó después a tomar cuarteles y ciudades. Pero si con la experiencia que adquirimos en ella se hubiese planteado de nuevo la misma acción, con los mismos medios y con los mismos hombres, no habríamos variado en lo esencial el plan de ataque. Sin los accidentes fortuitos que infortunadamente ocurrieron, lo habríamos tomado. Con una mayor experiencia operativa lo habríamos podido tomar por encima de cualquier factor accidental.

Lo más admirable de aquellos hombres que participaron en la operación es que habiendo entrado en combate por primera vez, arremetieron con tremenda fuerza los objetivos que tenían delante, creyendo que se hallaban ya dentro de las fortificaciones, cuya configuración exacta ignoraban. Pero la lucha se había entablado por desgracia en las afueras de la fortaleza. Con aquel ímpetu con que descendieron de sus carros, ninguna tropa desprevenida los habría podido resistir.

Pero la estrategia política, militar y revolucionaria, concebida a raíz del Moncada, fue en esencia la misma que se aplicó cuando tres años más tarde desembarcamos en el Granma y ella nos condujo a la victoria. Aplicando un método de guerra ajustado al terreno, a los medios propios y a la superioridad técnica y numérica del enemigo, los derrotamos en 25 meses de guerra, no sin sufrir inicialmente el durísimo revés de la Alegría de Pío, que redujo a nuestras fuerzas a siete hombres armados, con los que reiniciamos la lucha. Este increíblemente reducido número de efectivos con que nos vimos obligados a seguir adelante, demuestra hasta qué punto la concepción revolucionaria del 26 de Julio de 1953 era correcta.

Cinco años y medio más tarde, el primero de enero de 1959, desde la ciudad de Palma Soriano, rodeada ya Santiago de Cuba y los cinco mil hombres de su guarnición por nuestras fuerzas, lanzamos la consigna de huelga general revolucionaria a los trabajadores. El país entero se paró de modo absoluto pese al control gubernamental del aparato oficial del movimiento obrero, y en horas de la tarde las vanguardias rebeldes ocupaban el Moncada sin dispara un tiro. El enemigo estaba vencido (...) los asesinos aterrorizados vieron surgir de los cadáveres heroicos de los hombres asesinados en el Moncada el espectro victorioso de sus ideas. Era la misma consigna de huelga general que pensábamos lanzar el 26 de Julio de 1953, después de tomada la ciudad de Santiago de Cuba.

El Moncada nos enseñó a convertir los reveses en victorias. No fue la única amarga prueba de la adversidad, pero ya nada pudo contener la lucha victoriosa de nuestro pueblo. Trincheras de ideas fueron más poderosas que trincheras de piedras. Nos mostró el valor de una doctrina, la fuerza de las ideas, y nos dejó la lección permanente de la perseverancia y el tesón en los propósitos

justos. Nuestros muertos heroicos no cayeron en vano. Ellos señalaron el deber de seguir adelante, ellos encendieron en las almas el aliento inextinguible, ellos nos acompañaron en las cárceles y en el destierro, ellos combatieron junto a nosotros a lo largo de la guerra. Los vemos renacer en las nuevas generaciones que crecen al calor fraternal y humano de la revolución.

[En: *Granma*, 28 de julio de 1973.]

Conferencia de prensa en Santiago de Chile

(Fragmento)

...si nos encontráramos de nuevo en Cuba en 1953 o en 1955 o en 1956, en las condiciones en que nosotros nos encontrábamos, con la experiencia que tenemos hoy, habríamos seguido el mismo camino.

Quizás habríamos ahorrado una larga vuelta. Porque ustedes saben, nosotros iniciamos la lucha con el ataque al cuartel Moncada, empleando 160 hombres: 120 de los cuales en el Moncada, y 40 en otra fortaleza situada en la ciudad de Bayamo. Cometimos el error de dividir las fuerzas. Debimos haber concentrado los 160 en el punto principal. Después, llegamos a Cuba con 82 hombres. Pasamos dificultades muy grandes.

Hoy, no repetiríamos el ataque al Moncada. Hoy, no repetiríamos el desembarco del "Granma". Hoy, con aquellos hombres que hicimos la primera acción, habríamos estudiado la zona de la Sierra Maestra, nos habríamos dirigido hacia allí, habríamos tomado una pequeña unidad, habríamos ocupado sus armas, y habríamos comenzado la lucha de esa forma, ahorrando el largo viaje del Moncada y del "Granma".

No es que el Moncada hubiese sido imposible tomarlo. Nosotros habríamos podido tomarlo. Analizado aún hoy, a la luz de nuestras experiencias, creemos que pudo ser factible la toma. Y que la toma de aquel regimiento —que era la segunda unidad más importante del país— habría podido producir en fecha mucho más temprana la victoria de la Revolución. Pero era un camino mucho menos seguro, porque podía depender de muchos imponderables.

Pero sí le puedo asegurar que nosotros, ahorrando esa operación compleja y difícil —que fue necesario preparar en plena clandestinidad—, ahorrándonos la tarea de organizar también en la clandestinidad y en condiciones difíciles una expedición prácticamente de 82 hombres —que en definitiva quedó reducida a siete hombres armados, y que nos vimos en la necesidad de proseguir esa lucha con esos siete hombres que volvieron a reunirse con armas—, habría sido mucho más lógico, mucho más sencillo, mucho más simple y mucho más seguro comenzar por allí: comenzar precisamente por la Sierra, sin ataque al Moncada y sin desembarco del "Granma".

Pero, además, por una razón adicional: cuando hicimos la operación del Moncada fue el intento casi de tomar el poder de una manera en cierta forma fulminante, apoderarnos del regimiento y de sus armas, levantar la ciudad de Santiago de Cuba, lanzar la consigna de la huelga general en el país. Y si en último caso no lo lográbamos, sencillamente marchar a las montañas con aquellas armas.

Pero si hubiésemos obtenido la victoria en ese momento, la habría obtenido un equipo de hombres muy nuevos y sin suficiente experiencia. Al fin y al cabo la lucha de la Sierra Maestra nos enseñó mucho más en todos los órdenes de la vida: nos enseñó a combatir, nos enseñó a resolver problemas difíciles, desarrolló las mejores virtudes de hombres del pueblo a lo largo de 25 meses de lucha. Y nosotros creemos que esa experiencia fue decisiva en los momentos ulteriores. Me pregunto qué habría ocurrido si nosotros en 1953 hubiésemos obtenido la victoria, con mucha menos experiencia, pero además con una correlación de fuerzas mucho menos favorable.

Los hechos han sucedido de tal manera que precisamente llegamos a la victoria casi en el minuto y en el segundo exacto en que nosotros podíamos haber encontrado una situación internacional que en muy difíciles circunstancias no habría dado un mínimo margen de supervivencia.

[En: *Granma*, 4 de diciembre de 1971.]

En el VIII aniversario del Moncada

(Fragmento)

El 26 de Julio es una gran fecha en la historia de nuestra patria; el 26 de Julio se prolonga en el Granma, en la Sierra, en el llano, se materializa en enero de 1959, en el 17 de mayo de la Reforma Agraria, en la Reforma Urbana, en los cuarteles transformados en escuelas, en la nacionalización de los pulpos de la electricidad y el teléfono, los centrales, los bancos y demás grandes industrias y empresas del país, lo que permitió a la Revolución tomar en sus manos todos los principales resortes de nuestra economía, medida elemental para fortalecernos y seguir avanzando en medio de las circunstancias que nos rodean.

El 26 de Julio se enlaza y continúa con la Declaración de La Habana, con la victoria de Playa Girón, y con la proclamación del carácter socialista de nuestra Revolución, que realiza en nuestra querida tierra el más alto ideal de la sociedad humana: acabar con la explotación del hombre por el hombre.

El ataque al Moncada falló y el motor pequeño, en ese momento, no pudo echar a andar el grande. No pudimos vencer de entrada y fueron prolongándose los años de lucha, que resultaron de vital importancia para forjar, bajo el fuego, a la nueva generación, de donde surgieron probados y valiosos cuadros.

No debemos olvidar que años después del Moncada, cae abatida por el imperialismo la Guatemala progresista de Jacobo Arbenz. Entre tanto, los años mencionados fueron fortaleciendo paulatinamente a los países amantes de la paz y del campo socialista, encabezados por la poderosa y fiel amiga, la Unión Soviética, haciéndose aún más favorable la correlación de fuerzas internacionales para la victoria contra el imperialismo.

Si no fuese así, si no pudiésemos contar con la ayuda de esas fuerzas, el imperialismo hubiera hecho pagar a nuestro pueblo con un río interminable de sangre, la audacia de haberse sublevado contra la explotación imperialista.

Para llegar a nuestros días fueron de vital importancia los resultados históricos de aquel fracasado ataque al Cuartel Moncada. En primer lugar, inició un período de lucha armada que no terminó hasta la derrota de la tiranía. En segundo lugar, creó una nueva dirección y una nueva organización, que repudiaban el quietismo y el reformismo, que eran combatientes y decididos y que en el propio Juicio levantaban un programa con las más importantes demandas de la transformación económica, social y política, exigida por la situación de Cuba y que, como consecuencia, rechazaban el "plattismo" de los viejos dirigentes que fueron dejados atrás, mientras perdían éstos la influencia que tenían en las masas.

Como un ejemplo de lo que decimos, recordamos que apareció en la sección "Cabalgata Política" de la revista "Bohemia", de fecha 4 de diciembre de 1955 lo siguiente:

"Fidel Castro resulta un competidor demasiado peligroso para ciertos jefes de la oposición, que durante estos tres años y medio no han acertado a tomar una postura correcta ante la situación cubana.

"Esos jefes lo saben muy bien. Se sienten ya desalojados por el volumen que va alcanzando el Movimiento Revolucionario 26 de Julio en la batalla antibatistiana. La reacción lógica de los políticos, ante ese hecho evidente, debiera ser enfrentar una acción política resuelta a la acción revolucionaria del fidelismo".

En tercer lugar, el 26 de Julio destacó a Fidel Castro como el dirigente y organizador de la lucha armada y de la acción política radical del pueblo de Cuba. Y, en cuarto lugar, sirvió de antecedente y experiencia para la expedición del "Granma" y la acción guerrillera de la Sierra Maestra.

Fidel no se lleva a la dirección nacional de Cuba, sólo porque demostrara valor y arrojo, firmeza y decisión en el asalto al Cuartel Moncada, sino porque expuso, junto a eso, el programa de la Patria, el programa del pueblo. Y no sólo expuso ese programa, sino que demostró la voluntad de realizarlo y señaló el camino para ejecutarlo.

Si Carlos Marx dijo que los comuneros de París "intentaron tomar el cielo por asalto", del ataque al Moncada por varias docenas de jóvenes armados con escopetas de matar pájaros, alguien debiera decir que "trataron de tomar el cielo por sorpresa".

[En: *Obra Revolucionaria*, 2 de octubre de 1961.]

Discurso del 22 de julio de 1973

(Fragmento)

Hace veinte años, por estos mismos días, se ultimaban los preparativos de la acción mediante la cual poco más de un centenar de jóvenes —armados en su mayoría con escopetas de caza— intentarían apoderarse de la segunda fortaleza militar del país, con el propósito de convertirla en un bastión revolucionario que permitiera la movilización armada del pueblo y el desencadenamiento de la rebeldía popular.

Aquella acción se apoyaba en el repudio total que la nación, y en particular las clases trabajadoras, sentían hacia Batista, su gobierno y lo que éste significaba como representante de los intereses de una especie de trinidad integrada por los monopolios norteamericanos, los latifundistas y los grandes comerciantes importadores que en nuestro país detentaban el dominio económico-político y sometían al pueblo a la explotación más despiadada haciéndole vivir en las peores condiciones de miseria, desempleo, insalubridad e incultura. Se apoyaba, además, en las tradiciones de lucha de nuestro pueblo y en la siembra de conciencia política que otras generaciones de revolucionarios habían venido haciendo a través de todo el período de la república neocolonial y burguesa, principalmente a partir de la década de los años 20.

Como se plantea en la Segunda Declaración de La Habana, las revoluciones no nacen del cerebro de los individuos ni están determinadas por la voluntad de alguna persona en particular. La revolución, desde luego, necesita organizadores y guías, hombres que inicien las acciones en el momento oportuno y orienten con decisión, claridad y firmeza a las masas que constituyen la fuerza que rompe los viejos moldes y abre camino al avance de la historia.

Pero esos hombres, los dirigentes revolucionarios son, a su vez, un producto del momento histórico en que les ha tocado vivir y su papel reside en tratar de promover y orientar la acción de las masas acorde con las exigencias que plantean las leyes del

desarrollo social para su época y para las condiciones concretas en que desenvuelven su actividad; y en impulsar la revolución sobre la base de determinadas condiciones objetivas. Ese fue el papel de aquel grupo de hombres de la "generación del Centenario" que atacó el Moncada y que más tarde desembarcó en el "Granma", guiados por la certera visión de los acontecimientos que en todo momento tuvo nuestro máximo dirigente, el compañero Fidel.

El ataque al Moncada, no obstante haber constituido una derrota militar logró una de sus finalidades esenciales: sembrar en la conciencia de las masas la convicción de que, en las condiciones impuestas por la tiranía y el imperialismo en la Cuba de entonces, la lucha armada era la única alternativa posible para culminar la obra independentista y llevar a cabo la revolución social.

La acción del Moncada destacó a una nueva dirección revolucionaria y a una nueva organización cuyo líder, en el propio juicio que se le siguió por tales sucesos y frente a las bayonetas de los soldados de la tiranía, proclamó un programa de transformaciones políticas y socio-económicas enfilado contra las mismas raíces del dominio neocolonial y sólo realizable mediante una revolución profunda, antimperialista y popular.

Este alegato, que circuló clandestinamente entre las masas con el conocido título de "La historia me absolverá", le dio a conocer al pueblo los objetivos de la lucha iniciada el 26 de Julio de 1953.

El Moncada fue, además, antecedente necesario y experiencia aleccionadora para la posterior organización de la expedición del "Granma" y para el desarrollo de la guerra de guerrillas en la Sierra Maestra.

Pero el significado histórico del Moncada sólo puede comprenderse si se analiza todo el proceso que le antecede, condiciona y prepara. Como ha expresado Fidel en más de una ocasión: las revoluciones no son nunca obra exclusiva de una generación, sino resultado de la conducta y acción de varias generaciones.

Cerca de un siglo transcurrió desde que Carlos Manuel de Céspedes proclamara en Yara el dilema de "Independencia o Muerte" hasta el momento en que Fidel resumiera la determinación socialista de nuestro pueblo en la nueva disyuntiva histórica de "Patria o Muerte". En el transcurso de ese tiempo fueron muchas las luchas que se libraron, a veces largas y cruentas; muchos los hombres que dieron su vida por alcanzar los objetivos de la verdadera independencia, abonando con su prédica, su práctica y su sangre el terreno de la lucha; sembrando con su palabra y con su acción las semillas que germinaron con el Moncada, con el "Granma", con la Sierra Maestra y cuyos frutos se comenzaron a recoger el 1ro. de enero de 1959. Pero como dijera Lenin, no importa que la siembra esté separada por decenios de la cosecha.

Y en este contexto de relevos, de continuadores y de sembradores que nunca aspiraron a cosechar para sí, es que debemos

mostrar a la nueva generación el proceso de nuestras luchas pasadas más recientes.

Es imprescindible la evocación de las gestas y de los hombres que hicieron posible el Moncada, el "Granma", la Sierra, el llano y el 1ro. de enero de 1959. Es indispensable traer el recuerdo imborrable de las condiciones en que vivía nuestro pueblo, generadoras del asalto al Moncada. Es necesario, y también imborrable, el recuerdo de la conducta rufianesca, bestial e inhumana de la mayoría de los miembros de aquel ejército de la tiranía al servicio de los peores intereses, y el recuerdo del ensañamiento criminal de la mayor parte de los oficiales y soldados destacados en la fortaleza oriental sobre los combatientes de aquella acción del 26 de julio que resultaron heridos y prisioneros.

[En: *Granma*, 23 de julio de 1973.]

Discurso en las maniobras militares "XX aniversario del asalto al cuartel Moncada"

(Fragmento)

La demostración ofrecida en el día de hoy por esta unidad blindada, por la magnífica cooperación entre las unidades participantes y las de apoyo fundamental —como fue la aviación de combate, los paracaidistas y tropas helitransportadas— en un momento complejo del desarrollo del combate, subraya y acentúa la enorme diferencia entre las fuerzas armadas del presente y el destacamento de jóvenes que, armados con viejas escopetas y fusiles de pequeño calibre, atacó la que fuera segunda fortaleza militar del país hará próximamente 20 años.

La acción del Moncada, a cuyo vigésimo aniversario dedicamos esta importante maniobra, constituyó entonces para nosotros una derrota militar. Sin embargo, para llegar a nuestros días fueron de vital importancia los resultados históricos de aquel fracaso que, en primer lugar, dio inicio a un período de lucha armada que no terminó hasta la derrota de la tiranía batistiana el primero de enero de 1959.

El asalto al cuartel Moncada creó una nueva organización y una nueva dirección, opuesta al quietismo y al reformismo, combatiente y decidida, que levantaba un programa con las más importantes demandas de la transformación económica, social y política exigida por la situación de Cuba; y en consecuencia, rechazaba la sumisión al dominio neocolonial de nuestro país, entregado al imperialismo yanqui por los viejos politiqueros burgueses, quienes fueron dejados atrás, perdiendo definitivamente su influencia entre las masas.

Los hechos del 26 de julio de 1953 destacaron al compañero Fidel como el dirigente y organizador de la lucha armada y de la acción política radical del pueblo de Cuba, y sirvieron de antecedente y experiencia para la organización de la expedición del Granma y la lucha guerrillera de la Sierra Maestra.

[En: *El Oficial*, No. Extraordinario, junio-julio de 1973.]

Discurso del 16 de julio de 1977

(Fragmento)

Artemisa fue el centro principal del movimiento revolucionario organizado por Fidel, en la antigua provincia pinareña. De Artemisa salió uno de los mayores contingentes de jóvenes para dar inicio a la lucha armada revolucionaria. De esta localidad partimos hacia Santiago de Cuba cerca de una treintena de combatientes la víspera del 26 de julio de 1953. Catorce revolucionarios de Artemisa, Guanajay y Pinar del Río murieron en el Moncada, en su mayoría asesinados después de la acción. Otros tres compañeros, participantes del Ataque, y más tarde expedicionarios del Granma, dieron sus vidas después del 2 de diciembre de 1956. José Ramón Martínez, asesinado después del desembarco, y Julito Díaz y Ciro Redondo, que cayeron peleando en la Sierra Maestra durante el primer año de guerra revolucionaria.

Recordábamos las dificultades inmensas de todo tipo con que se iniciaron los preparativos insurreccionales. Las armas escasas con que contábamos al comienzo de la lucha. Pero al mismo tiempo, la seriedad, la disciplina, el entusiasmo, la confianza en el futuro y en Fidel de aquel grupo de combatientes. Creo firmemente que en aquellos jóvenes trabajadores y humildes, surgidos de la entraña más genuina del pueblo, estaban ya estampados muchos de los rasgos que hoy queremos forjar en el nuevo hombre comunista.

Recordamos hoy a Ciro Redondo, compañero que participó en el asalto al Moncada, se salvó milagrosamente de ser asesinado, nos acompañó casi dos años en el presidio, fue expedicionario del Granma y cayó heroicamente en combate en la Sierra Maestra, siendo ascendido póstumamente por Fidel, a proposición del Che, al grado de Comandante del Ejército Rebelde. Ciro era un sencillo hijo de este pueblo, empleado de una tienda, y apenas tenía al morir 26 años de edad.

Recordamos también a Julito Díaz, trabajador humilde de una ferretería, que fue combatiente del Moncada, estuvo 22 meses preso

en Isla de Pinos, marchó al exilio en México, vino en el Granma y murió gloriosamente en el ataque al Uvero, el 28 de mayo de 1957.

Recordamos a José Ramón Martínez, joven obrero de Guanajay, que participó bajo el mando de Raúl en la acción del Palacio de Justicia el 26 de Julio, fue expedicionario del Granma y cayó asesinado en los días siguientes al desembarco y al revés de Alegría de Pío.

Basta pasar revista a la relación de los jóvenes de Artemisa y otras zonas pinareñas asesinados en el Moncada para comprender la pureza de las raíces populares sobre las que se ha levantado el edificio de la Revolución. Aquellos combatientes tenían en su sangre el espíritu inconforme y rebelde de las clases trabajadoras y explotadas, no estaban vinculados a ninguno de los vicios de la politiquería imperante y llevaron a la acción del 26 de Julio la generosidad, la limpieza de ideales y el desprendimiento más absolutos.

Tomás Alvarez Breto, obrero de la construcción de 25 años de edad, fue torturado y asesinado después de tomar parte en la acción del hospital "Saturnino Lora".

Antonio Betancourt Flores, obrero y más tarde trabajador por cuenta propia, tenía 20 años de edad al caer por la Revolución.

Flores Betancourt Rodríguez, obrero de 24 años, fue rematado por los esbirros después de combatir en el Moncada.

Gregorio Careaga Medina, obrero y después humilde empleado de una funeraria, fue asesinado brutalmente en Maffo al día siguiente de la acción del 26 de Julio. Tenía al caer 30 años de edad.

Rigoberto Corcho López, empleado de 22 años, llevó al Moncada su profundo espíritu martiano y dio su vida por estas ideas.

Guillermo Granados Lara, trabajador por cuenta propia, tenía al morir 30 años de edad.

Emilio Hernández Cruz, obrero de 21 años, se destacó por el ardor con que siguió a Fidel en los preparativos y en la acción que dio inicio a la lucha armada revolucionaria.

José Labrador Ruiz, campesino de esta zona, murió en el Moncada a la edad de 27 años.

Marcos Martí Rodríguez, el más joven de los artemiseños caídos en el Moncada, tenía 19 años cuando fue cobardemente asesinado, hallándose desarmado y prisionero, después de intervenir en la acción. De origen campesino pobre, fue obrero agrícola y más tarde empleado de un almacén.

Carmelo Noa Gil, campesino trabajador de 27 años, fue uno de los participantes en la toma de la Posta 3 de la fortaleza santiaguera.

Ismael Ricondo Fernández, también campesino humilde de esta región, sólo contaba 23 años al combatir y caer asesinado en el cuartel Moncada.

Alfredo Corcho Cinta, campesino de Guanajay, fue asesinado después del ataque. Era un compañero de gran carácter y responsabilidad.

José Costa Velázquez, obrero de 29 años, de origen campesino y miembro también de la célula revolucionaria de Guanajay, fue ultimado cobardemente luego de participar en la acción.

Lázaro Hernández Arroyo, humilde obrero de la construcción, natural de Pinar del Río, estuvo entre los atacantes del cuartel de Bayamo y cayó asesinado junto a varios de sus compañeros después del combate. Tenía apenas 19 años de edad al morir.

En una Revolución, como bien dijo el Che, se triunfa o se muere, si es verdadera. A triunfar o a morir marchamos hace 24 años, junto a muchos otros, los combatientes de Artemisa, rumbo a una acción revolucionaria que aún no sabíamos ni dónde ni cómo se habría de realizar, y que resultó el ataque al cuartel Moncada. ¡Cuántos compañeros no regresaron de aquel viaje! ¡Cuántos hermanos heroicos y admirables quedaron para siempre a lo largo del camino que abrió el 26 de Julio! Para muchos de ellos, los que murieron junto a la tumba de Martí en el Año del Centenario, los que le dieron al Apóstol su sangre y su vida para que él siguiera viviendo en el alma de la Patria, no hubo retorno de aquella cita con el deber. Y hoy, al contemplar esta emocionante ceremonia, al ver la enorme y fervorosa multitud que ha venido a acompañar hasta su último destino los restos de los héroes caídos, más que un acto luctuoso, nos parece contemplar el regreso victorioso de aquellos combatientes, multiplicados en el pueblo, multiplicados en la Revolución, multiplicados en las firmes manos de nuestros obreros y nuestros campesinos, que sostienen en alto la gloriosa enseña del Moncada y que la llevarán adelante, con fuerza invencible, hasta el triunfo definitivo del socialismo y el comunismo.

¡Que vivan eternamente los héroes de la Patria!
¡Viva nuestro Partido Comunista de Cuba!
¡Viva Fidel!
¡PATRIA O MUERTE!
¡VENCEREMOS!

[En: *Granma*, 18 de julio de 1977.]

A 9 años de distancia. Origen y significado del 26 de Julio

(Fragmento)

Ya en los albores de la gesta histórica del 26 de Julio se hizo claro para sus dirigentes que con la clase proletaria se construiría la Revolución, expresa la Dra. Melba Hernández, heroína del asalto al Moncada junto con Haydée Santamaría, las dos únicas mujeres que participaron en aquel espectacular inicio de nuestro proceso de cambio social.

A una distancia de nueve años, aquella fecha singular prefigura las raíces progresistas de la movilización colectiva que derrocó primero la dictadura y después promovió la más profunda transformación estructural de toda Hispanoamérica.

Melba da la clave de esa epopeya social:

—Fidel siempre tuvo presente al pueblo. Era en los de abajo donde esperaba encontrar la más segura comprensión de las grandes luchas que comenzaban.

Es revelador —añade— que los asaltantes del Moncada no se propusieran tomar el cuartel para atrincherarse en él, sino para dotar de armas al pueblo, para abrirle vías con que reclamar su derecho a la libertad y la soberanía.

Y agrega enfática, con la mirada perdida en el recuerdo de aquellos días de luz y luto: "Fidel Castro es el mismo de ayer. Más maduro, más crecido por la experiencia del trabajo creador, siempre le impulsó la misma razón de lucha que le animara desde el principio".

Mucho se sabe de los detalles históricos y el curso objetivo de aquella alborada que urgió con sangre el sacrificio de la llamada "Generación del Centenario".

Poco se recuerda, en cambio la preparación política y disciplina interior de aquel grupo que ha permanecido idéntico a sí mismo a través del tiempo.

"La formación ideológica —expresa Melba— fue una de las cosas que más se cuidaron desde entonces. De ese grupo no han

salido desviaciones. Unos pocos perdieron la homogeneidad debido a prejuicios burgueses. La mayoría continuó la línea de los que integraron el equipo audaz del "Granma".

Recuerdo que en sus contactos formativos y en los insistentes y entusiastas aleccionamientos de aquella época, Fidel mantenía una constante: la de que no podíamos nunca declararnos anticomunistas, sino antimperialistas.

Debido a una capaz táctica y a la visión de una amplia estrategia de futuro se lograron crear condiciones objetivas de lucha y adelantar el proceso revolucionario.

Quizás debido a esa segura concepción de los cambios históricos, el triunfo de la causa popular no culminó en un mero cambio de nombres. La participación de la burguesía y su cooperación activa en el proceso —que fue conscientemente o no, la de mediatizar los resultados y prolongar su subsistencia— no logró tergiversar los altos fines de dar al país un régimen popular basado en el cambio de estructura económica. Esto demuestra que los objetivos estratégicos de la Revolución se mantuvieron pese a todas las posibles influencias deformadoras que pudieron surgir a su paso.

Abundando más en los primeros antecedentes del proceso revolucionario, Melba Hernández se refiere a la finca del Reparto Siboney donde ocultaban las armas para el asalto al Moncada y de donde salieron las valerosas huestes del "26" —que aún no se llamaban "Generación del Centenario", nombre que adquirieron después de la acción, durante algún tiempo— encontró la soldadesca un tomo de las obras de Lenin.

—Se estima que el libro perteneciera a Abel Santamaría, que aunque no tenía una formación de izquierda cuando se unió a Fidel, su patriótico entusiasmo le condujo a dedicar largas horas a los estudios políticos y al intercambio orientador. Cuando cae, ya conocía una amplia bibliografía marxista.

Respecto a la participación cívica del pueblo santiaguero —emocionante e inolvidable, dice Melba— se destacó en el curso de la entrevista y muchos combatientes hallaron protección inmediata en numerosas casas. "Un crecido número se salvó por la comprensión que tuvieron las familias de Santiago en aquellos momentos, que se portaron como siempre lo han hecho a través de luchas históricas."

Aún más, refiere que el pueblo se lanzó a las calles y a la carretera de Siboney cuando comenzó la ordalía de sangre, para impedir que continuaran los asesinatos ordenados por la dictadura. Por otra parte, expresa, muchas de las tumbas y fosas comunes en que fueron apresuradamente enterradas las víctimas de los soldados, se cuidaron y vigilaron valientemente día y noche, siendo ubicados sus restos gracias a la gestión del pueblo.

—Fue algo más que una información y un aporte. Gracias a ellos pueden hoy sus familiares y la patria conservar sus restos.

En relación con el Manifiesto de la Generación del Centenario, que no se llegó a divulgar como fue planeado, su tesis no sólo se orienta contra la injusticia social y la opresión, sino que apuntaba también a favor del impulso económico del país, la integración de las clases trabajadoras y la unificación de la voluntad nacional.

Este documento fue redactado por Fidel y Raúl Gómez García en casa de Abel Santamaría, dos o tres días antes del asalto. El nombre de Generación del Centenario fue tomado de un poema de Raúl Gómez García, escrito para el movimiento en relación a la fecha martiana, cuyos 100 años se cumplían en 1953.

"Lo demás —explica— es historia conocida: la finca fue alquilada por Ernesto Tizol Aguilera y Renato Guitart, conjuntamente con Abel Santamaría y Elpidio Sosa, entre otros. Hoy está dedicada a granja avícola, pero en aquel entonces sirvió para guardar equipos y reunir al grupo antes de la acción."

Del total de participantes, veinte se quedaron en Bayamo, cuyo cuartel atacaron sincronizadamente a la misma hora del ataque al Moncada. Algunos se salvaron, otros fueron asesinados después de torturárseles. "Los restantes que no pudieron escapar tras el empeño de Santiago, fuimos capturados. Fueron días de confirmación y terror, de espanto y fragua".

En un trazo final, Melba sintetiza el 26 de Julio de 1953:

"Aquel esfuerzo representó lo que tenemos hoy. Se creó con elementos de la base, procedentes de las capas más humildes y activas. El hecho del '26' marcó lo que habría de venir después, por el pueblo y para el pueblo."

[En: *El Mundo*, 22 de julio de 1962.]

apéndice

Relación de asaltantes a los cuarteles Moncada y "Carlos Manuel de Céspedes"

Caídos durante las acciones

René Miguel Guitart Rosell "Renato"
Flores Betancourt Rodríguez
Gildo Miguel Fleitas López
Guillermo Granados Lara
Pedro Marrero Aizpurúa
Carmelo Noa Gil

Asesinados después de las acciones

Remberto Abad Alemán Rodríguez
Pablo Agüero Guedes
Gerardo Antonio Álvarez Álvarez
Tomás Álvarez Breto
Raúl de Aguiar Fernández
Juan Manuel Ameijeiras Delgado
Antonio Betancourt Flores
Hugo Camejo Valdés
Gregorio Careaga Medina
Pablo Cartas Rodríguez
Alfredo Corcho Cinta
Rigoberto Corcho López
Giraldo Córdova Cardín
José Francisco Costa Velázquez
Fernando Chenard Piña
Juan Domínguez Díaz
Víctor Escalona Benítez

Rafael Freire Torres
Jacinto García Espinosa
Raúl Gómez García
Manuel Gómez Reyes
Virgilio Gómez Reyes
Luciano González Camejo
Ángel Guerra Díaz
Emilio Hernández Cruz
Lázaro Hernández Arroyo
Manuel Isla Pérez
José Antonio Labrador Díaz
Reinaldo Boris Luis Santa Coloma
José de Jesús Madera Fernández
Mario Martínez Ararás
Marcos Martí Martínez
Horacio Matheu Orihuela
José Wilfredo Matheu Orihuela
Roberto Mederos Rodríguez
Ramón Ricardo Méndez Cabezón
Mario Muñoz Monroy
Miguel Ángel Oramas Alfonso
Oscar Alberto Ortega
Julio Reyes Cairo
Ismael Ricondo Fernández
Félix Rivero Vasallo
Manuel María Rojo Pérez
Manuel Saíz Sánchez
Rolando San Román de la Llama
Abel Santamaría Cuadrado
Osvaldo Socarrás Martínez
Elpidio Sosa González
José Luis Tasende de las Muñecas
José Testá Zaragoza
Julio Trigo López
Andrés Valdés Fuentes
Pedro Véliz Hernández
Armando Valle López
Gilberto Barón Martínez

Caídos durante los primeros días del desembarco del Granma

René Bedia Morales
Antonio López Fernández "Ñico"
José Ramón Martínez Álvarez
Armando Mestre Martínez

Caído en el combate de El Uvero

Julio Díaz González

Caído en el combate de Mar Verde

Ciro Redondo García

Asesinados durante la lucha clandestina

Reinaldo Castro Fernández
Vicente Chávez Fernández
Humberto Valdés Casañas

Sobrevivientes

Fidel Castro Ruz
Raúl Castro Ruz
Juan Almeida Bosque
Ramiro Valdés Menéndez
Pedro Miret Prieto
Jesús Montané Oropesa
Calixto García Martínez
Haydée Santamaría Cuadrado
Pedro Aguilera González
Emilio Albentosa Chacón
Oscar Alcalde Vals
Reinaldo Benítez Nápoles
Enrique Cámara Pérez
Marino Collazo Cordero
Orlando Cortés Gallardo
Abelardo Crespo Arias
Mario Dalmau de la Cruz
Agustín Díaz Cartaya
Guillermo Elizarde Sotolongo
Florentino Fernández León
Antonio Ferrás Pellicer
Armelio Ferrás Pellicer
Alejandro Ferrás Pellicer
Orlando Galán Betancourt
Roberto Galán Betancourt
Abelardo García Illis
Gabriel Gil Alfonso
Alberto González Campo
Ángel Sánchez Pérez
Ulises Sarmiento Vargas

Francisco González Hernández
Carlos González Seijas
Rolando Guerrero Bello
Pedro Gutiérrez Santos
Orbeín Hernández Díaz
Genaro Hernández Martínez
Melba Hernández Rodríguez del Rey
Fidel Labrador García
Mario Lazo Díaz
José Luis López Díaz
Antonio Darío López García
Generoso Llanes Machado
Rosendo Menéndez García
Teodulio Mitchel Barbán
Isidro Peñalver O'Reilly
Ramón Pez Ferro
José Ponce Díaz
Oscar Quintela Bonilla
Léster Rodríguez Pérez
Severino Rosell González
Adalberto Ruanes Álvarez
Gerardo Sosa Rodríguez
José Suárez Blanco
Israel Tápanes Vento Aguilera
Pedro Trigo López
Ernesto Tizol Aguilera
Ramiro Sánchez Domínguez
Ricárdo Santana Martínez
Andrés García Díaz
Eduardo Rodríguez Alemán

Sobrevivientes no integrados

Orestes Abad
Gustavo Arcos Bergnes
Armando Arencibia
Héctor de Armas
Carlos Bustillo
Ramón Callao
Orlando Castro
Mario Chanes de Armas
Julio Fernández Alfonso
Gelasio Fernández Martínez
Gerardo Granados Lara
Moisés Maffdut
Jaime Costa Chávez
Raúl Martínez Ararás
Eduardo Montano Benítez

Ramón Montes Cuba
Gerardo Pérez Puelles
Rolando Rodríguez
Tomás Rodríguez Rodríguez
Manuel Suardíaz
Juan Villegas

Relación de los miembros del Ejército y de la Policía Nacional, que resultaron muertos y heridos en los hechos acaecidos en la provincia de Oriente, el día 26 de julio de 1953

Muertos del Ejército

1. 1er. Tte. Pedro V. Feraud y Mejías, MM.
2. 1er. Tte. Andrés D. Morales y Álvarez, MM.
3. 2do. Tte. Ramón V. Silverio y Enríquez, MM.
4. 2do. Tte. Luis Oliva, MM.
5. Sgt. de 3ra. Isidro C. Izquierdo y Rodríguez, MM.
6. Sgt. de 3ra. Nemesio A. Traba y Montenegro, MM.
7. Cabo Urbano Sánchez y Ávalos, MM.
8. Cabo José J. Vázquez, MM.
9. Cabo Pedro Guilarte, MM.
10. Cabo Saturnino Ramírez y Santiestévez, MM.
11. Cabo Felino Miró y Ríos, MM.
12. Cabo Eusebio A. Varó y Melodio, MM.
13. Cabo Jesús R. Sánchez y Pruna, MM.
14. Cabo Manuel I. Álvarez y Morgado, MM.
15. Cabo Efraín Galano y Liranza, MM.

Muertos de la Policía Nacional

1. 1er. Tte. 2da. Categ. Gerónimo Suárez y Camejo, MP.
2. Cabo 1ra. Categ. DC Manuel Miras y Mieres, MP.
3. Cabo 2da. Categ. Pedro H. Pompa y Castañeda, MP.
4. Cabo 2da. Categ. José H. Ferrándiz y Millán, MP.

Heridos del Ejército

1. 2do. Tte. Jan E. Piña y Martínez, MM.
2. Cabo Gerardo Hechevarría y Granados.

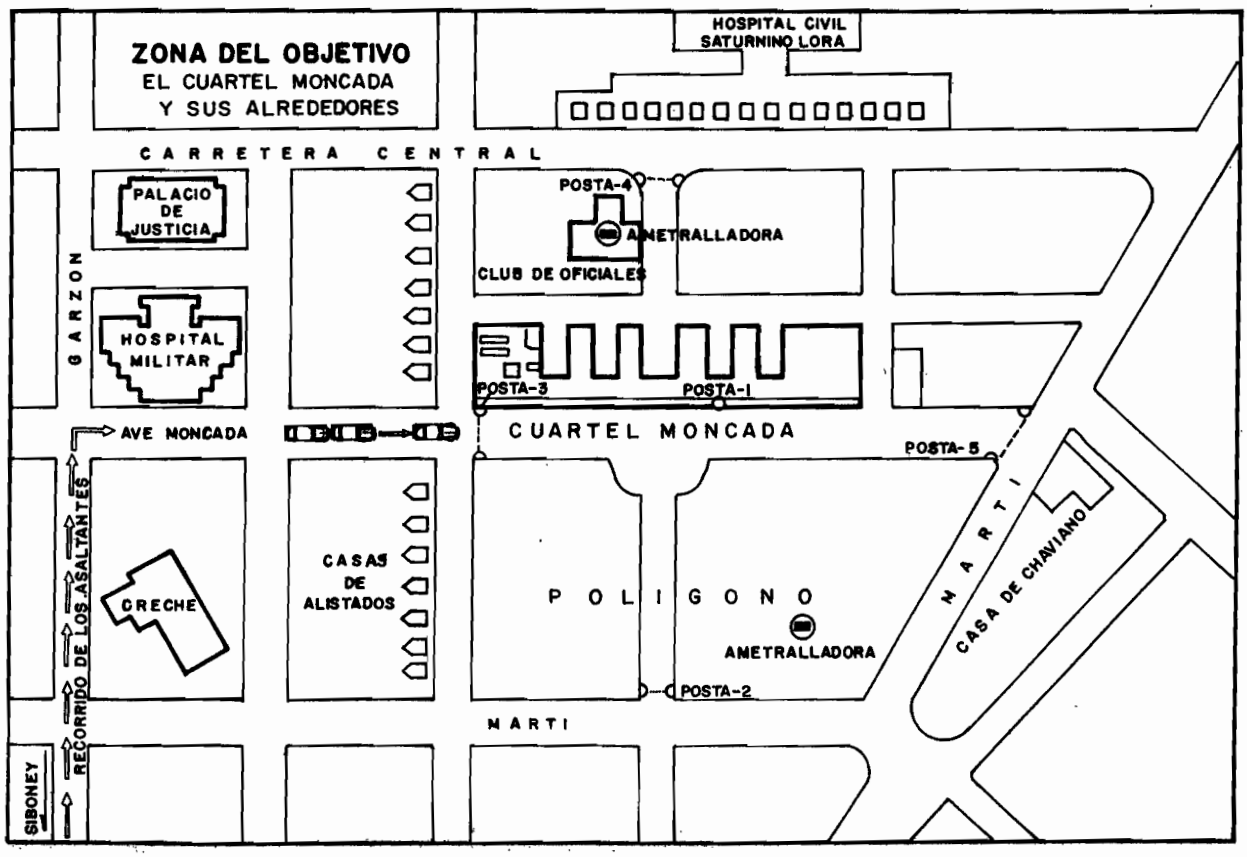
3. Cabo José C. Llanes y León.
4. Cabo Norberto Batista y Seguí.
5. Cabo Eugenio Alcolea.
6. Cabo Mauricio Feraud y Mejías, MM.
7. Sold. Clemente Godo y Estenoz.
8. Sold. Argeo Sarmiento.
9. Sold. Lázaro L. Tejadilla y Suárez.
10. Sold. José W. Fonseca.
11. Sold. Diócles Martínez.
12. Sold. Pedro Puerto Chacón.
13. Sold. Luis M. Frómeta y Naranjo.
14. Sold. Mariano M. Ruiz.
15. Sold. Cosme J. Águila y Cuevas.
16. Sold. Daniel Lavastida.
17. Sold. Luis H. Hodelín.
18. Sold. Ángel L. Dubaillón y Gilbert.
19. Sold. Juan P. Navarro y Molina, MM.
20. Sold. Antonio T. Blanco y Rodríguez.

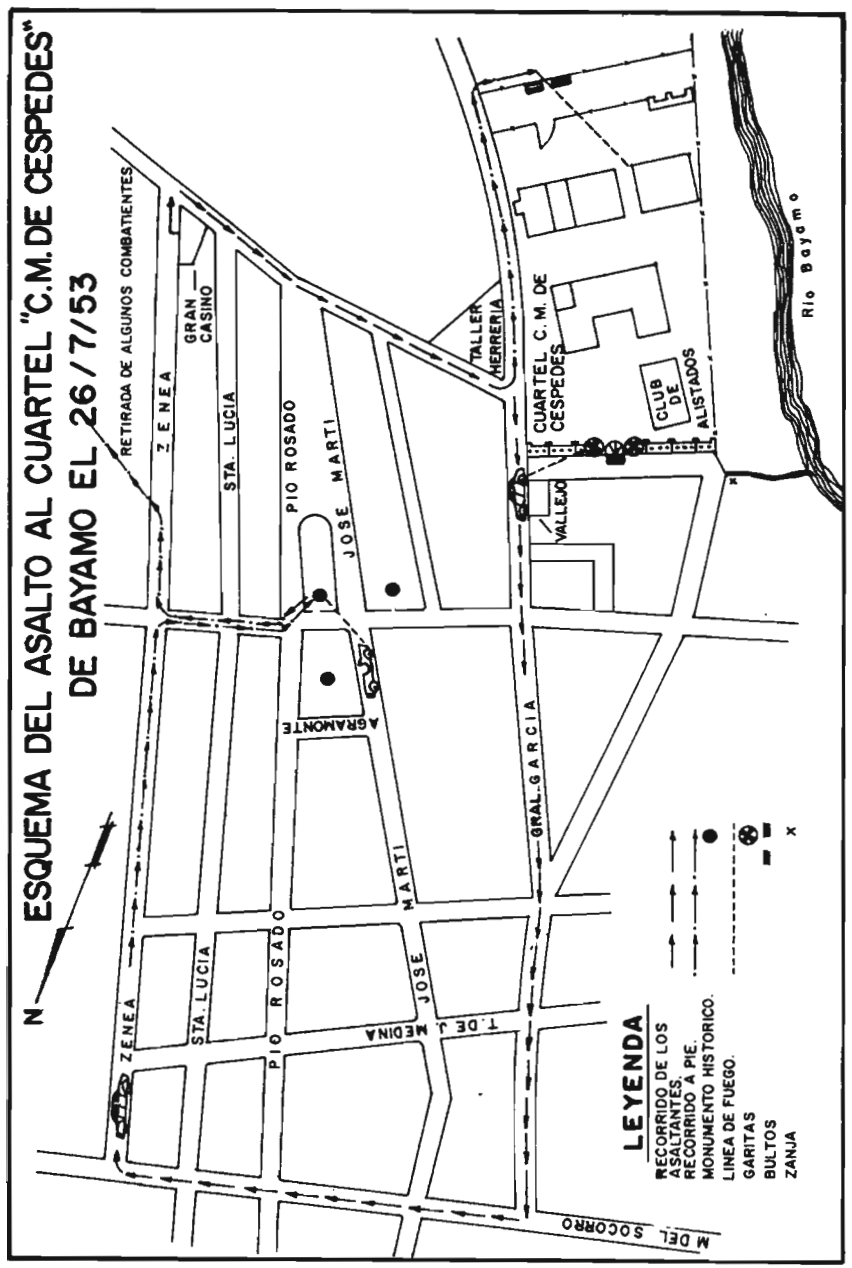
Heridos de la Policía Nacional

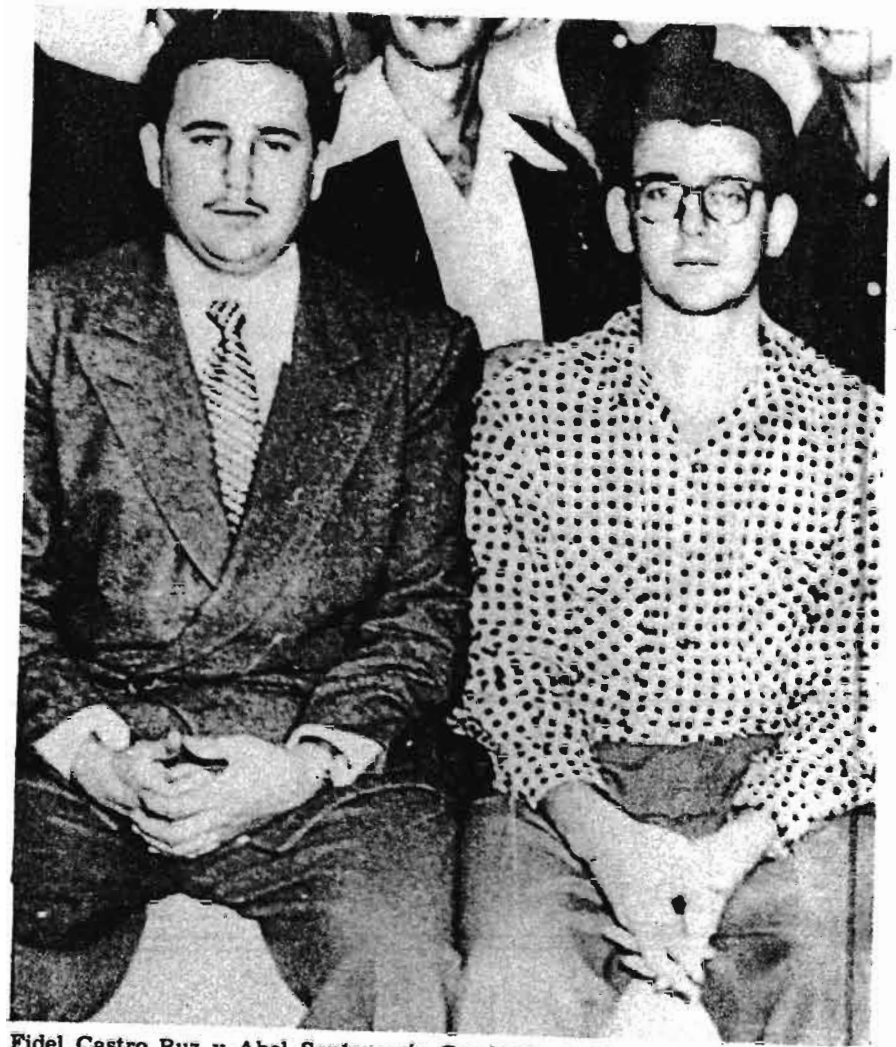
1. Sgt. Mús. DC Alberto Pagés.
2. Vgte. Patricio Moreno.

[En: *Boletín del Ejército*, julio-agosto de 1953.]

testimonio gráfico


ZONA DEL OBJETIVO
EL CUARTEL MONCADA
Y SUS ALREDEDORES
HOSPITAL CIVIL
SATURNINO LORA
CARRETERA CENTRAL
PALACIO
DE
JUSTICIA
HOSPITAL
MILITAR
GARZON
POSTA-4
AMETRALLADORA
CLUB DE OFICIALES
POSTA-3
POSTA-1
CUARTEL MONCADA
AVE MONCADA
POSTA-5
MARTI
CASA DE CHAVIANO
CRECHE
CASAS
DE
ALISTADOS
POLIGONO
AMETRALLADORA
POSTA-2
MARTI
RECORRIDO DE LOS ASALTANTES
SIBONEY

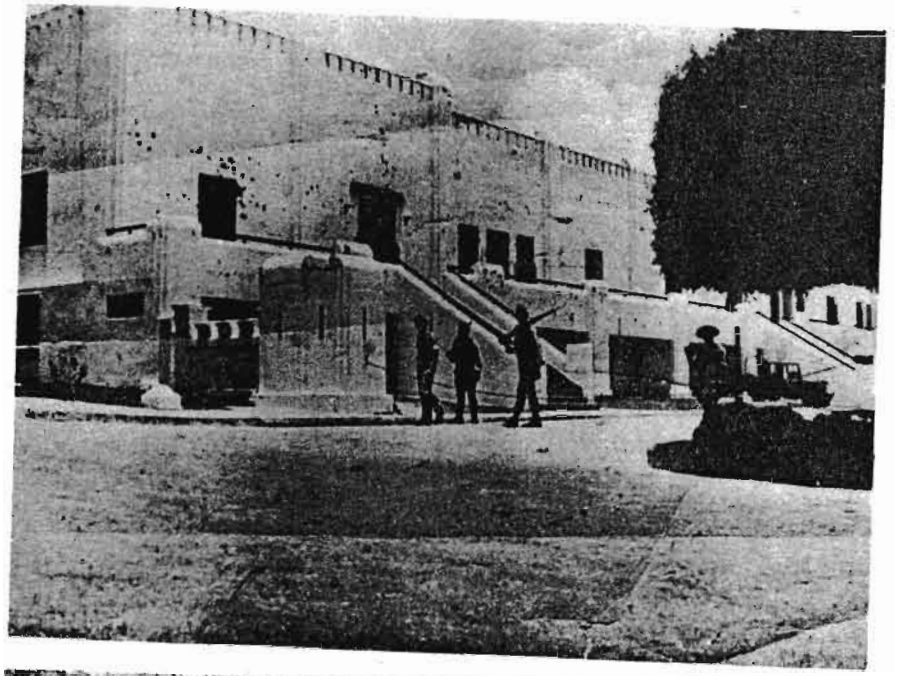




Fidel Castro Ruz y Abel Santamaría Cuadrado, primero y segundo jefe del asalto al Moncada.

Entrada de la granjita Siboney, de donde partieron los asaltantes hacia el Moncada.

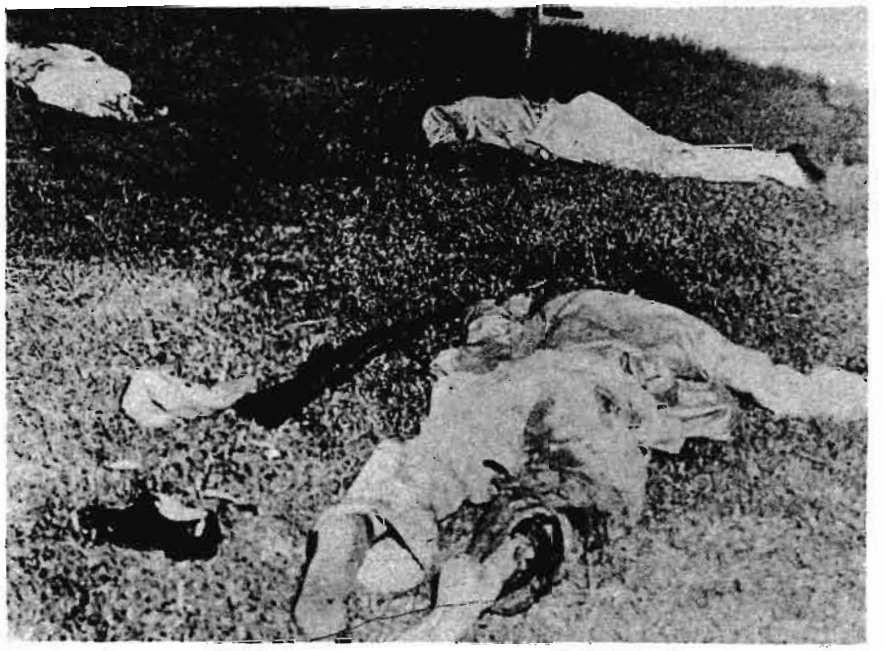
Hotel Gran Casino de Bayamo, desde donde salieron los asaltantes al cuartel "Carlos Manuel de Céspedes".



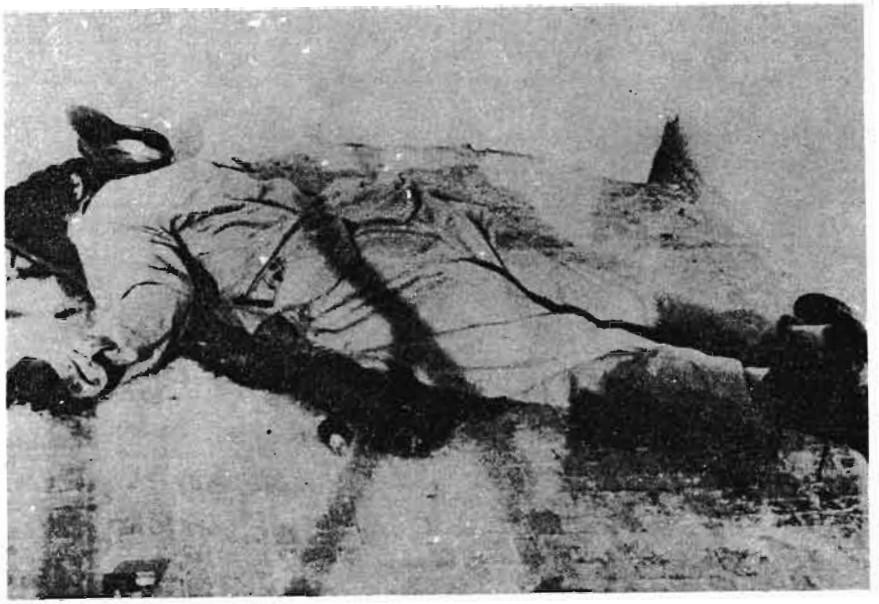
Ángulo del Moncada desde donde se aprecia la garita principal de la posta 3. En el edificio se observan los impactos de balas de la acción.

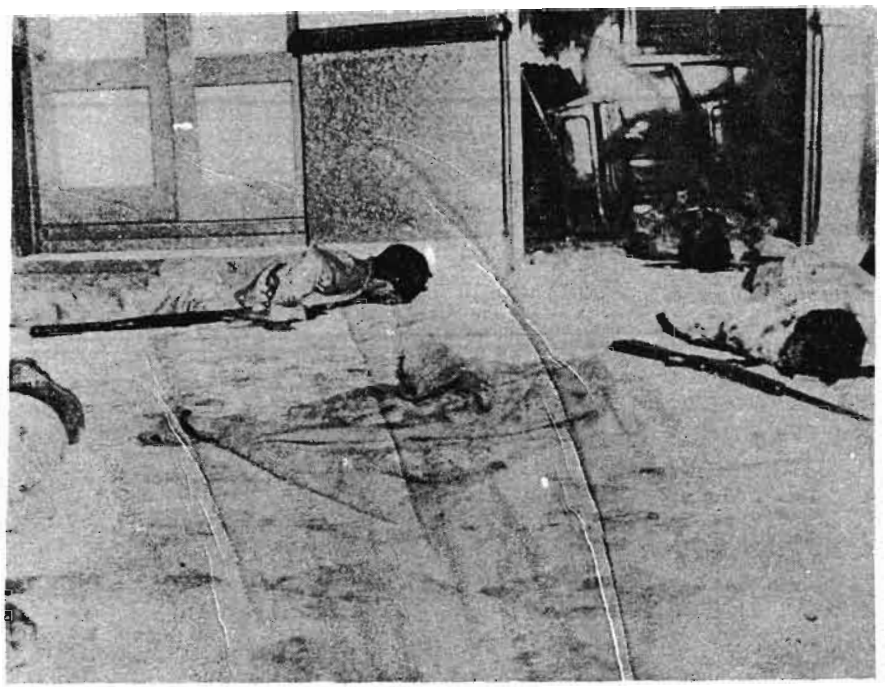
Entrada frontal del cuartel de Bayamo.

Cadáveres de los asaltantes en los pasillos interiores del Moncada. Nótense los uniformes nuevos que les pusieron sus asesinos después de torturarlos salvajemente y ultimarlos.



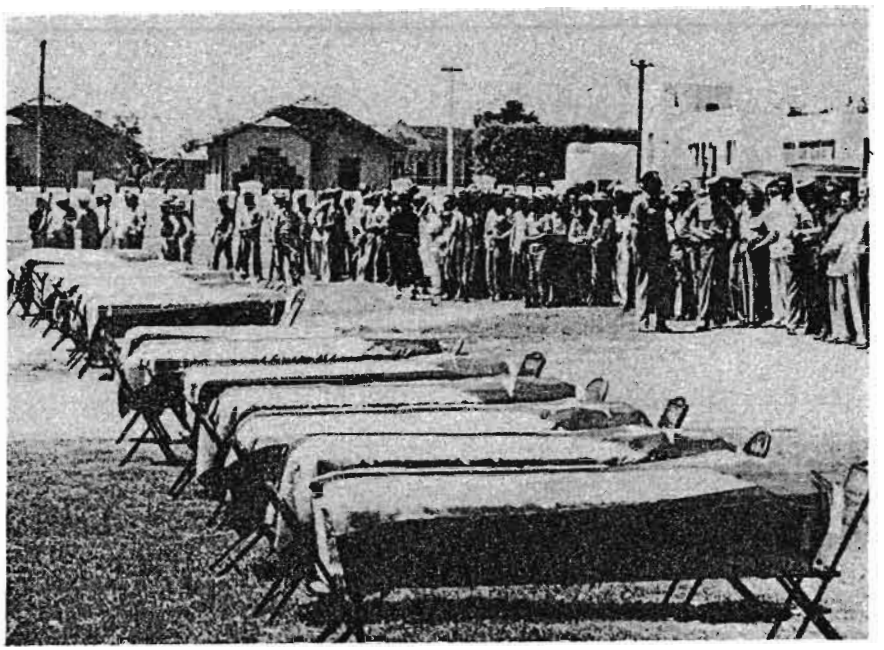
Muchos de los cadáveres de los asaltantes estaban descalzos, lo que demuestra que fueron torturados con ensañamiento antes de ser asesinados.





Más cadáveres de moncadistas en el recinto del cuartel.

Los asesinos de la tiranía observan su obra macabra.

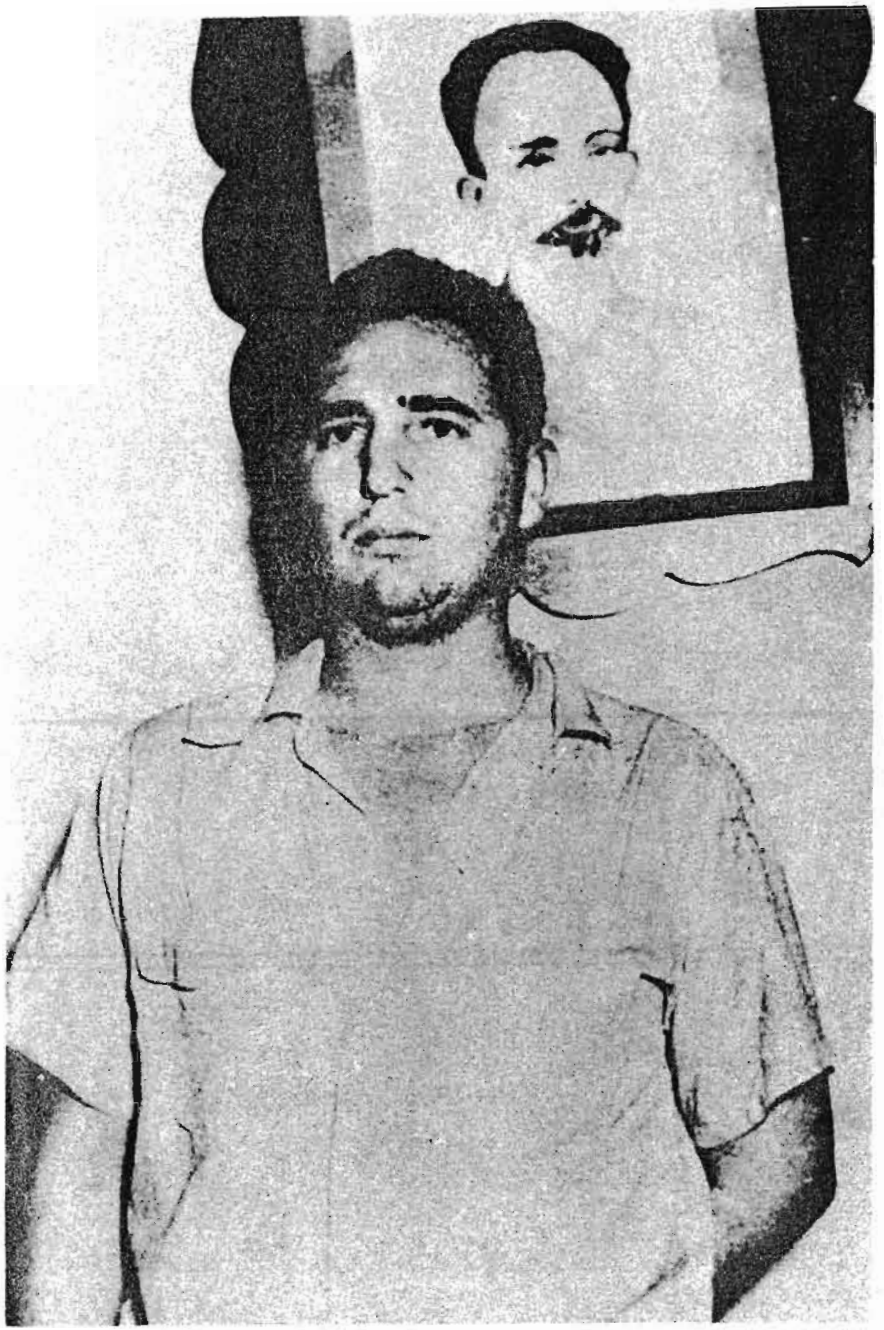


Los sicarios del régimen batistiano registran la granjita Siboney después de las acciones.

Ridículo homenaje póstumo de la alta oficialidad del régimen a los soldados que cayeron defendiendo sus mezquinos intereses.

Fidel y otros moncadistas poco después de ser detenidos.

Fidel presta declaración en el Vivac de Santiago de Cuba. A su derecha, el asesino Río Chaviano; inmediato a su izquierda, el teniente Sarría, pundonoroso oficial que impidió el asesinato del líder de la Revolución y otros moncadistas.



En el Vivac de Santiago de Cuba, Fidel junto a la imagen del autor intelectual del asalto al Moncada: José Martí.

Ante sus enemigos, Fidel se proclama autor material y dirigente máximo del asalto al Moncada.

Fidel y otros participantes en el asalto, poco después de ser detenidos.

Dignas representantes de la mujer revolucionaria cubana:
Haydée Santamaría Cuadrado y Melba Hernández Rodríguez del Rey, participantes en los sucesos.

Fidel y otros moncadistas en el Vivac de Santiago de Cuba.

Raúl Castro Ruz y otros detenidos por los sucesos del Moncada.

Armas y pertenencias ocupadas a los revolucionarios.

Otras pertenencias y armas ocupadas a los asaltantes.

Después del asalto, las represalias no se hicieron esperar. Muchos de los prisioneros no regresaron con vida.

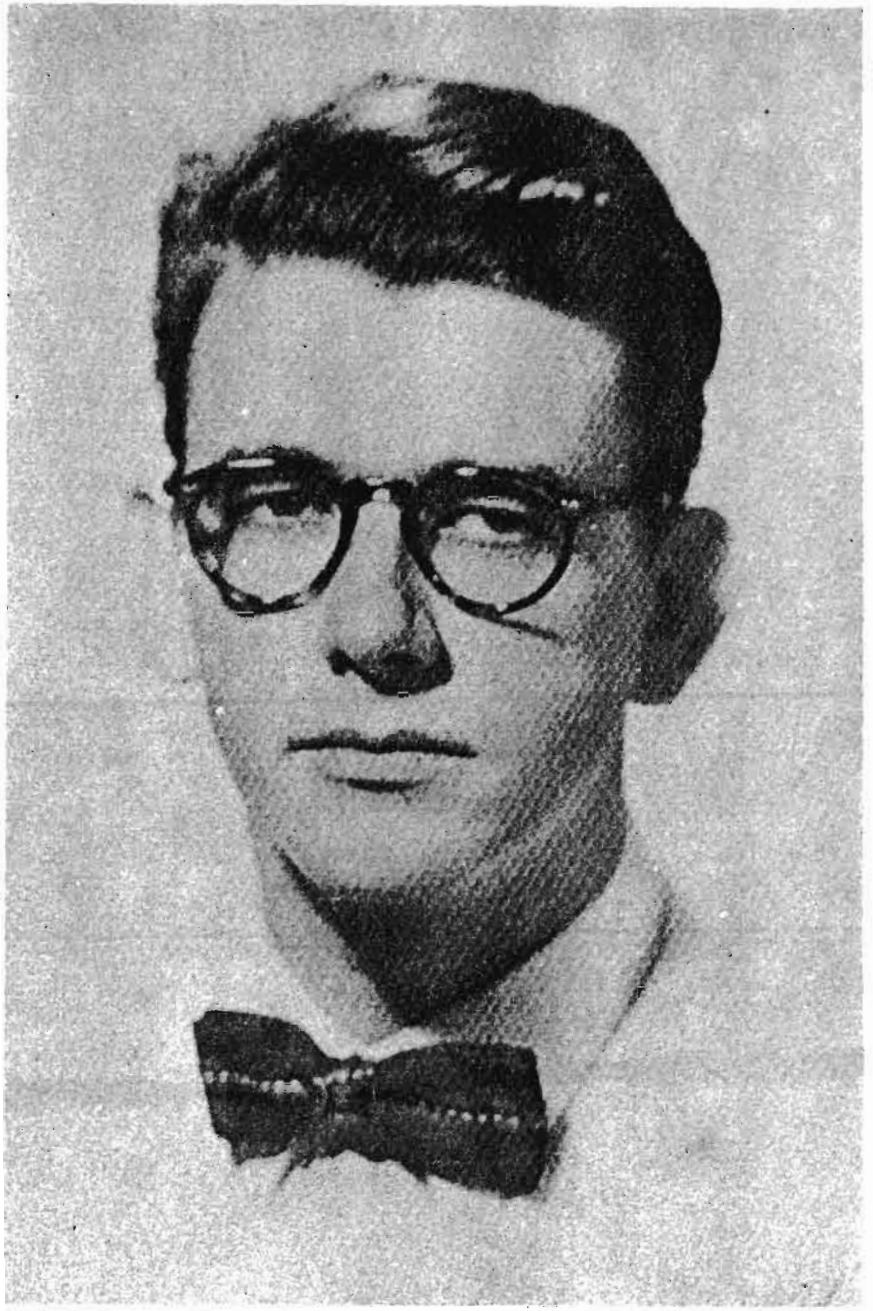
Los cadáveres de los heroicos atacantes al cuartel Moncada, en su mayoría, no tenían zapatos, prueba evidente de las torturas a que habían sido sometidos antes de ser asesinados. En la foto pueden verse los pies sangrantes.

Cadáveres de los heroicos combatientes del Moncada. Se identifica claramente el de Pedro Marrero Aizpurrúa quien fue uno de los primeros compañeros que integró el grupo revolucionario dirigido por el doctor Fidel Castro.

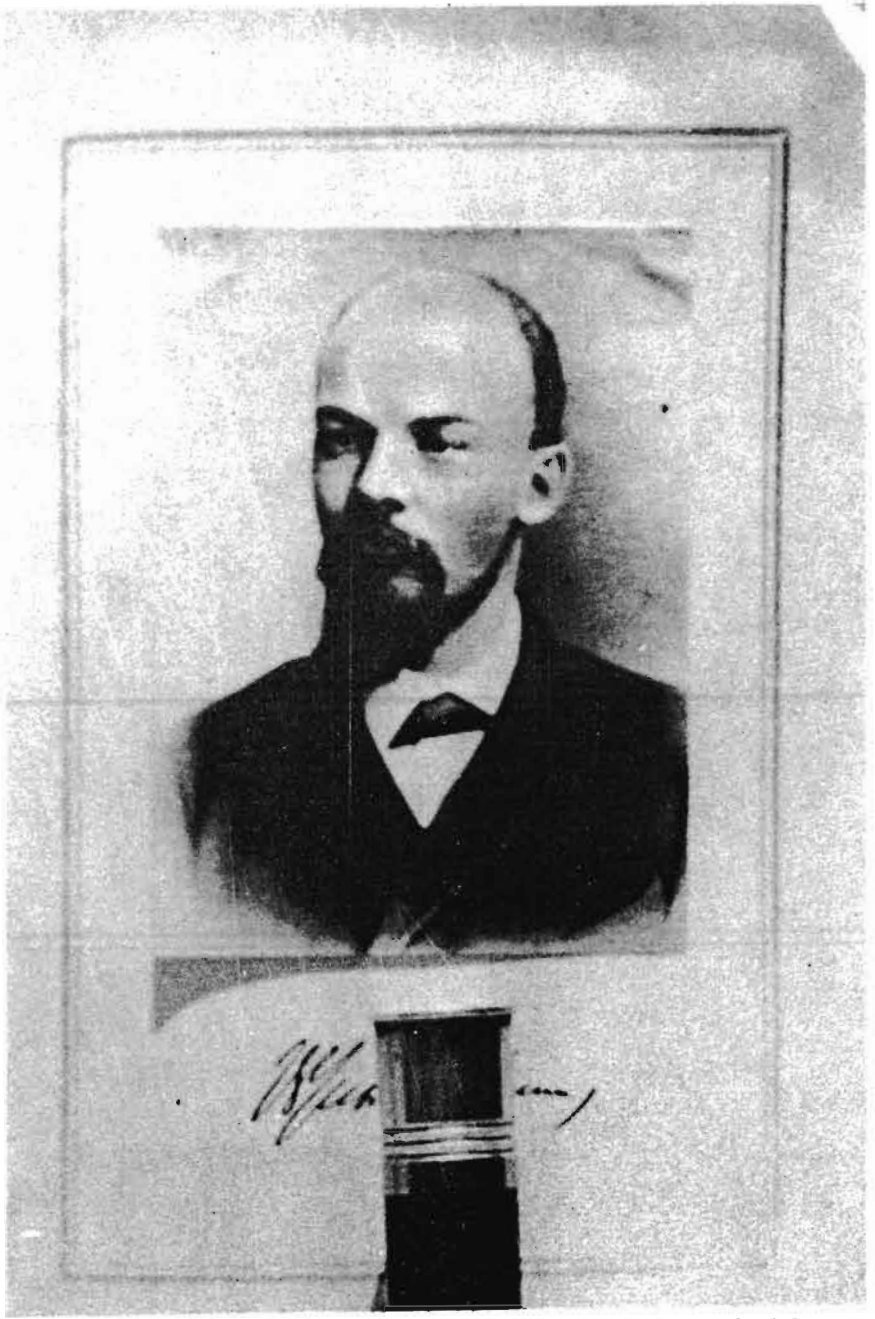
Renato Guitart Rosell.

Boris Luis Santa Coloma.

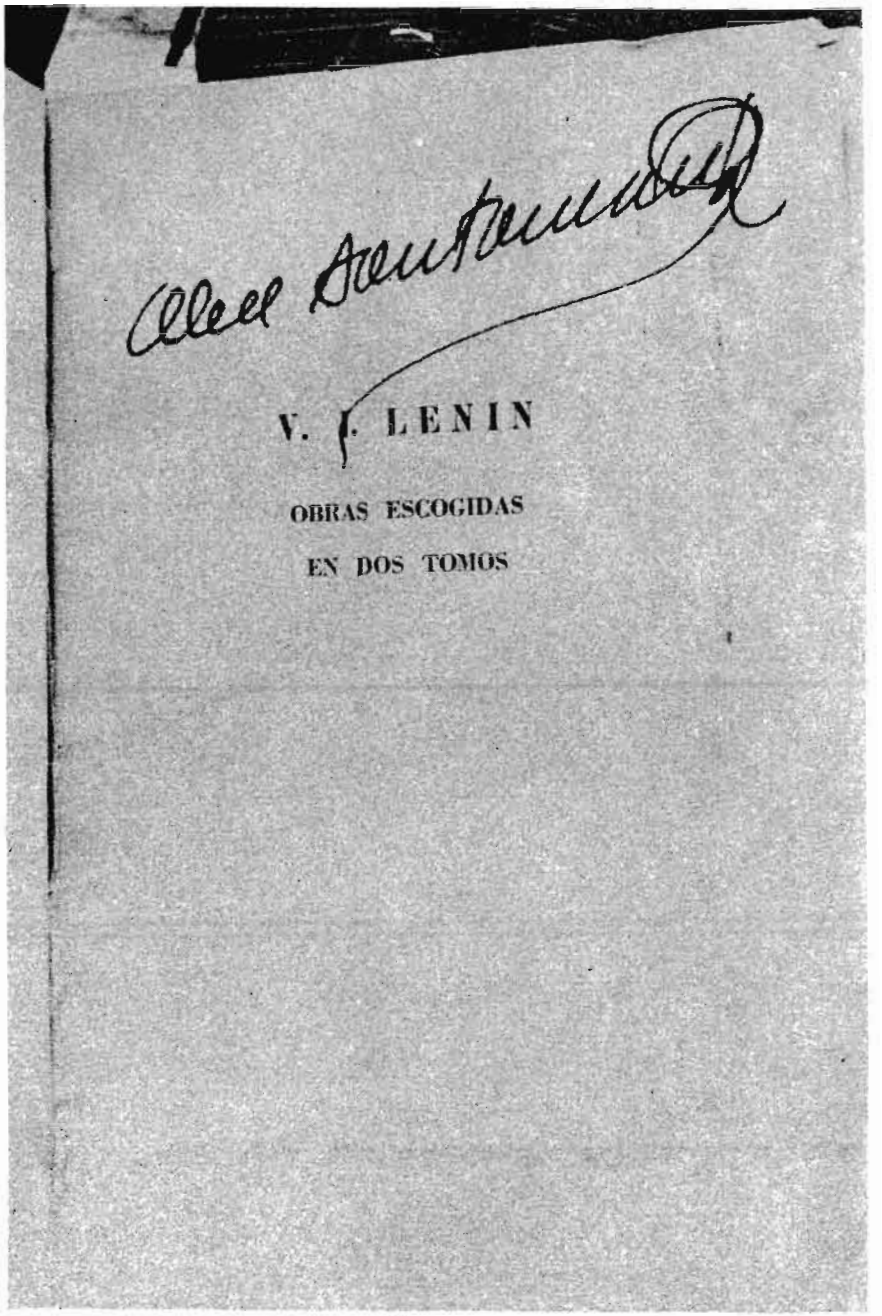
Fernando Chenard Piña.



Abel Santamaria Cuadrado.



Página de la obra de Lenin que leía Abel Santamaría, segundo jefe del ataque al cuartel Moncada. Fue ocupada en la granja Siboney.



Firma de Abel Santamaría en el libro de su propiedad *Obras escogidas* de Lenin, lo que fue utilizado como prueba de convicción contra los asaltantes al Moncada.

José Luis Tasende.

índice

Prólogo 1

YA ESTAMOS EN COMBATE 3

La estrategia del Moncada 5
Fidel Castro Ruz

No se olvide nunca... 23
Fidel Castro Ruz

Los primeros disparos... 24
Raúl Castro Ruz

Historia del cuartel Moncada 25
Héctor Hernández Pardo

Moncada. Primer combate de Fidel Castro 33
Revista Bohemia

El día 26 de Julio en la prensa... 34
Revista Bohemia

El cuartel Moncada 37
Revista Bohemia

Hacia el combate 40
Revista Bohemia

LAS ACCIONES 41

Recuerdos del Moncada 43
Mario Lazo Díaz

El asalto a la posta tres 45
Jesús Montané Oropesa

Casi al llegar a la posta tres 47
José Suárez Blanco

Nos reciben a tiro limpio... 49
Severino Rosell González

El asalto 51
Revista Bohemia

Logramos encañonar a más de 50 soldados... 55
Jesús Montané Oropesa

A todo esto... 58
José Suárez Blanco

La posta tres estaba barrida... 59
Revista Bohemia

Aquí comienza todo a tiro limpio... 62
Carlos González Ceijas

La acción en el Moncada 63
Revista Bohemia

El asalto 68
Léster Rodríguez Pérez

Manteníamos un fuego intensivo... 71
José Suárez Blanco

Charla de combatientes del Moncada 72
Centro de Estudio de Historia Militar de las FAR

Entrevista colectiva con moncadistas 88
Centro de Estudio de Historia Militar de las FAR

La acción del Palacio de Justicia 124
Léster Rodríguez Pérez

La toma del Palacio de Justicia 125
Revista Bohemia

En la última máquina salimos... 129
Melba Hernández Rodríguez del Rey

El último legado de Abel... 131
Melba Hernández Rodríguez del Rey

El asalto al Moncada 133
Revista Bohemia

La toma del hospital civil 137
Revista Bohemia

Apuntes para la historia... 142
J. Leyva

La reagrupación en Siboney 149
Revista Bohemia

La retirada 153
Revista Bohemia

Fidel ordenó la retirada 158
Severino Rosell González

26 de julio de 1953 hace 16 años 159
Mario Lazo Díaz

El ataque al cuartel "Carlos Manuel de Céspedes" en Bayamo 161
Revista Bohemia

En el cuartel de Bayamo se escribió otra página heroica 164
Revista Bohemia

El asalto al cuartel de Bayamo 167
Andrés García Díaz

La acción 169
El Militante Comunista

Entrevista a cuatro supervivientes del ataque al cuartel de Bayamo 174
Centro de Estudio de Historia Militar de las FAR

La otra cara del Moncada 186
Revista Cuba

DESPUÉS DE LAS ACCIONES 205

Emplazo al dictador... 207
Fidel Castro Ruz

Manifiesto a la nación 218
Fidel Castro Ruz

¡Mientes, Chaviano! 224
Fidel Castro Ruz

Aquella mañana del 26... 229
Raúl Castro Ruz

Veintiséis 231
Melba Hernández Rodríguez del Rey

Resueltos a continuar la lucha 234
Severino Rosell González

Hay esos momentos en que nada asusta... 238
Haydée Santamaría Cuadrado

Recuerdos del ataque 240
José Ponce Díaz

Siempre supimos que el asalto al Moncada culminaría en la victoria 243
Melba Hernández Rodríguez del Rey

Raúl Gómez García, el poeta mártir del 26 de Julio 245
Revista Bohemia

Los fundadores de la nueva Cuba 247
Revista Bohemia

Antes de ver a Fidel... 253
Haydée Santamaría Cuadrado

Jovellar 107 255
Revista Santiago

El Moncada: hablan los forenses 257
Revista Santiago

Del asalto al cuartel de Bayamo 263
Antonio Darío López García

Está invitado a seguirnos al Moncada... 267
Revista Bohemia

Inicio de la cruenta represión 277
Revista Bohemia

Pensé en Abel... 280
Revista Bohemia

Tendrá que pasar por encima de mi cadáver... 282
Revista Bohemia

El reconocimiento médico-legal... 283
Revista Bohemia

En una finca de Siboney... 284
Revista Bohemia

No es un asunto de militares... 286
Revista Bohemia

Aquel domingo... 288
Revista Bohemia

La cueva del muerto... 290
Revista Bohemia

La reacción popular... 292
Revista Bohemia

Estoy listo para incorporarme... 294
Revista Bohemia

De una carta de Frank País 296
Periódico Granma

El destino de los restos... 298
Revista Bohemia

Una rastra repleta de cadáveres... 300
Revista Bohemia

El único sobreviviente del grupo de Abel 301
Revista Bohemia

¿Tú eres de Pinar?... 303
Revista Bohemia

Proteger a los combatientes 305
Revista Bohemia

Determiné robarme los restos... 306
Revista Bohemia

Inventé un cuento 309
Enrique Cámara Pérez

El asalto al cuartel Moncada 312
Revista Carteles

En el cuartel Moncada 316
Revista Carteles

HACIA LAS MONTAÑAS 327

Con rumbo a la Gran Piedra 329
Mario Lazo Díaz

¡Buena suerte, Juan! 331
Revista Bohemia

Un hombre como deben ser los hombres... 333
Revista Verde Olivo

Recuerdos del Moncada 334
Mario Lazo Díaz

Del Moncada a las montañas 339
Revista Verde Olivo

Llegaron a mi casa tres jóvenes... 340
Revista Verde Olivo

Fidel me dijo: hasta aquí... 342
Revista Verde Olivo

¡Oigan, qué van a hacer!... 343
Revista Verde Olivo

Yo guardé aquel papelito... 345
Revista Verde Olivo

Yo no sabía que aquel muchacho era Fidel... 346
Revista Verde Olivo

Ocho camas de guano en el potrero 349
Revista Verde Olivo

La cueva de Fidel 351
Revista Verde Olivo

Después del asalto 353
Oscar Alcalde Vals

Me pareció que aquel muchacho era mi amigo de toda la vida... 355
Revista Verde Olivo

¡Las ideas se combaten, no se matan! 357
Periódico Revolución

Cuídese, mi viejo 360
Revista Verde Olivo

Venimos a regenerar a Cuba 362
Periódico Granma

CRÍMENES Y MENTIRAS 367

Circular No. 4/953 369
Sección de Operaciones del Ejército

Una carta a Río Chaviano 374
La historia me absolverá

Condecorado con la Cruz de Honor el Regimiento No. 1 "Maceo" 376
Boletín del Ejército

VALORACIÓN DEL MONCADA 381

En el VII aniversario del Moncada 383
Fidel Castro Ruz

En el VIII aniversario del Moncada 384
Fidel Castro Ruz

En el IX aniversario del Moncada 386
Fidel Castro Ruz

En el X aniversario del Moncada 387
Fidel Castro Ruz

En el XIII aniversario del Moncada 390
Fidel Castro Ruz

En el XIV aniversario del Moncada 393
Fidel Castro Ruz

En el XX aniversario del Moncada 395
Fidel Castro Ruz

Conferencia de prensa en Santiago de Chile 402
Fidel Castro Ruz

En el VIII aniversario del Moncada 404
Raúl Castro Ruz

Discurso del 22 de julio de 1973 406
Raúl Castro Ruz

Discurso en las maniobras militares "XX aniversario del asalto al cuartel Moncada" 409
Raúl Castro Ruz

Discurso del 16 de julio de 1977 410
Ramiro Valdés Menéndez

A 9 años de distancia. Origen y significado del 26 de Julio 413
Melba Hernández Rodríguez del Rey

APÉNDICE 417

Relación de asaltantes a los cuarteles Moncada y "Carlos Manuel de Céspedes" 419

Relación de los miembros del Ejército y de la Policía Nacional, que resultaron muertos y heridos en los hechos acaecidos en la provincia de Oriente, el día 26 de julio de 1953 424

TESTIMONIO GRÁFICO

Este libro ha sido impreso en el Establecimiento 06, "René Meneses" del Comb. Poligr. "José Maceo" en el mes de noviembre de 1981, Año del XX Aniversario de Girón.

762-50
CA-04